3 1761 09372947 3

SUÁREZ
ECIADOS 48
MADRID

MIS MAESTROS

Y

MI EDUCACIÓN

LS
R8966m

MIS MAESTROS

Y

MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

OBRA PÓSTUMA E INÉDITA

DEL DOCTOR

D. FEDERICO RUBIO y Gali

PUBLÍCALA SU HIJA

PRÓLOGO

POR EL DOCTOR

LUIS MARCO

254884
10.8.31

MADRID
Imp. y encuad. de V. Tordesillas
Tutor, 16.—Teléf. 2.042
1912

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que previene la Ley.

PRÓLOGO

Con profunda emoción y gratitud recibí el honroso y lisonjero encargo de revisar y poner en cuartillas para la imprenta el manuscrito autógrafo de las *Memorias de niñez y juventud* originales del inmortal Dr. D. Federico Rubio, con quien tan prietos vínculos de cariño perdurable me unen. En el campo de los sentimientos coincidíamos siempre, y con frecuencia grandísima en la esfera de las ideas.

La revisión del original la he hecho al ponerlo en limpio para imprimirse. Leve cuanto grata ha sido mi modestísima obra.

Como borrador escrito con la enorme facilidad que para ello tenía el insigne maestro, quien jamás volvía a leer sus propios trabajos, ni aun para corregirlos, mi tarea se ha reducido a quitar una palabra repetida, poner un vocablo que faltaba, colocar la debida puntuación, completar con algún verbo una oración demasiado elíptica, etc.; pequeñeces, en suma, que no tocan a la redacción, y respetan en absoluto la frase y el pensamiento propios del escritor.

Esta obra póstuma e inédita consta de dos partes: *Niñez* y *Juventud,* una y otra divididas en parágrafos numerados con cifras romanas, rotulados los últimos de la primera parte y casi

todos los de la segunda. He completado la rotulación poniendo los epígrafes que faltaban y tomándolos de frases textuales contenidas en el parágrafo correspondiente, o bien de su idea madre. Para que no se le atribuyan esas útiles y sencillas adiciones mías, he señalado con un asterisco los epígrafes puestos por el mismo Dr. Rubio.

Si a lo antedicho se añade la dirección editorial y la corrección de pruebas, queda expuesto así por completo cuanto constituye la humilde labor que he realizado para darse a la estampa la obra más primorosa de mi venerado maestro y entrañable amigo del alma.

Aquí debiera terminar esta nota, con el carácter de mera advertencia preliminar a los lectores.

Mas, una voluntad superior a la mía me obliga, con dulce forzamiento, a que la noticia se alargue hasta Prólogo. Esa voluntad es la de la muy ilustre dama D.ª Sol Rubio, viuda de García del Busto, hija única del glorioso cirujano, escritor y filántropo; la cual señora, en cumplimiento del mandato paterno, costea la presente edición, que delata por sí misma la carencia de todo móvil de lucro, aun siendo honrado y respetable, como la ganancia mercantil. Quiere la cultísima dama que yo diga al público lo que acerca de esta obra de su amado padre le he dicho en el seno de la bondadosa y fina amistad con que D.ª Sol (c. p. b.) me honra y favorece.

He aquí la expresiva carta en que tiene a bien encomendarme todo lo antedicho:

«Sr. D. Luis Marco.—Amigo mío: Deseo cumplir con un deber publicando unas Memorias inéditas de mi amado padre (q. e. p. d.). ¿Quién como usted puede prestarme ayuda en esta obra piadosa? Usted, con su talento de escritor insigne, con el amor que conserva a su memoria, nunca desmentido, es el indicado para prestarme su apoyo, como siempre, desinteresado y leal.

»Guardo en el fondo de mi alma, impresas siempre, las pa-

labras que, pocas horas después de morir su maestro, escribía usted y publicaba por la noche *La Época*. Decían así: *No tengo que enseñar a los míos a quererte; tú solo hiciste que te amasen los seres a quienes amo y que me aman.*

»No fueron palabras vanas; usted y los suyos son los míos también, son los que me prestan amor y compañía, son los que me muestran a todas horas lo mucho que amaron a mi padre, queriéndome a mí inmerecidamente.

»¿Quiere usted ordenar las cuartillas escritas, corregirlas y poner Prólogo a la obra y, por tanto, ayudarme a publicar las «Memorias de un niño contadas por un viejo»?

»No dudo que lo hará, y será una prueba más de su adhesión y cariño a la hija de Federico Rubio.

»De usted siempre agradecida y afectísima,—*Sol Rubio*, viuda de García del Busto.»

Así como en Inglaterra es muy copiosa la literatura biográfica y en Francia lo es la autobiográfica total o parcial, en España escasean esos dos géneros de monografías históricas, particularmente el último.

Refiriéndome no más que a las de autores modernos, de gran talla literaria y social, sólo recordaré aquí las *Memorias de un setentón* (Mesonero Romanos), las de Alcalá Galiano, las del segundo marqués de Mendigorría (General Córdoba), las del poeta Zorrilla (*Recuerdos del tiempo viejo*), la obra de Cánovas *El solitario y su tiempo* (referente a su tío D. Serafín Estébanez Calderón); sin contar algunos otros libros relacionados con hechos políticos de un período contemporáneo, referidos por actores más o menos secundarios en los sucesos que narran con mayor o menor fidelidad.

Es una verdadera lástima que nuestros grandes hombres, en toda especie de elevadas actividades humanas, no hayan publicado sus *Memorias*.

Las de D. Federico Rubio tienen dos limitaciones voluntarias: primera, no abarcan toda su vida, sino sólo las épocas de

la niñez y de la juventud escolar; segunda, tampoco abarcan todos los aspectos de estas dos edades, sino únicamente el aspecto pedagógico en sus dos ramas fundamentales, la instrucción académica, la educación familiar y social. Ambas limitaciones constituyen el plan y la finalidad de las presentes *Memorias,* por deliberado y manifiesto propósito del autor.

Hijo y nieto éste de abogados y médicos y catedráticos, en plena clase media ilustrada, y aun ilustre, en plena Andalucía pintoresca, y en pleno período trágico de transición del régimen absolutista al régimen liberal, estos tres elementos mezclados íntimamente retratan no ya la vida de un individuo, antes de adquirir personalidad y relieve como los que, andando el tiempo, adquirió Rubio, sino a la vez y hasta con toques más briosos, si cabe, la vida nacional española y la vida regional andaluza, en ese período de transformación social, de lucha a muerte entre lo pasado y lo entonces venidero, actual hoy en nuestra patria.

¡La clase media! Ella misma se pone en solfa por boca de escritores de sus propias filas, como una mezcla informe y compleja de intereses mezquinos, de ambiciones chicas, de miserias y vanidades combinadas en *lo cursi,* de aspiraciones sin límites a la riqueza y al poder, sin pujos de heroísmo ni de santidad, sin grandes vicios ni grandes virtudes, todo a ras del suelo; reptando o gateando para avanzar y subir sin gloria, por no poder correr, saltar ni trepar en el asalto a las alturas sociales; sabedora de que es ella la Democracia que vence por obra de la Revolución, y, no obstante su plebeya burguesía, despreciando y explotando a quienes económicamente están por bajo, a la vez que admirando y copiando en caricatura a la nobleza por ella derribada (luego de destruído el feudalismo por los reyes absolutos), para venir a parar ridículamente en excelentísimos e ilustrísimos señores, en aristócratas haitianos de nuevo cuño borroso, zafio y de baja ley, cual moneda falsa.

Y esa misma clase media tan heterogénea es en la presente

organización económica el nervio de la sociedad actual (como la clase proletaria es carne y sangre), con los títulos de agricultores, industriales, comerciantes, hombres de carrera, funcionarios, intelectuales (?)... y *clases directoras* burguesas, filisteas, beocias. Todo ello representa, no la totalidad de las energías y del trabajo social, pero sí la riqueza y la cultura nacionales.

Pues bien: la clase media, tan pequeña al parecer, individuo por individuo, tan grande en realidad por su empuje vital, lleva en la evolución de su existencia un sello tragicómico, dramático y no épico, intensamente humano, y sin reflejos o cambiantes semidivinos como los de las altas clases directoras antiguas, a quienes destronó y sustituyó en la vida social y política.

Es una existencia entreverada de lances ridículos con energías colosales, primero para sostenerse, luego para ir subiendo, al fin para llegar a las cumbres los que llegan. Es una vida de combates continuos en la conquista del pan nuestro de cada día, de las indispensables levita y chistera, hasta del frac y el clac, de los perifollos aparatosos para la mujer y las hijas, de la carrera fructuosa para los hijos, de la fama o la riqueza, del poder o de la gloria.

D. Federico Rubio pinta al vivo y del natural la clase media española en sus *Memorias*. Y la pinta en Andalucía, y la pinta durante la guerra entre lo antiguo y lo moderno en la España del 23 al 48 del pasado siglo.

De igual modo que la clase media es un semillero de contrastes vigorosos dentro de su, al parecer, monótona y hasta ramplona mediocridad, Andalucía es una comarca en que terreno y población tienen individualidad propia y profundos contrastes dentro de su, a primera vista, ligereza alada.

Marismas, llanuras, vegas, costas, montañas y serranías con tajos hondísimos y picos que ascienden a la región de las nieves perpetuas en un clima meridional; viñedos, olivares y dehesas, puertos exteriores e interiores, ríos navegables: todo

eso y mucho más, bañado en luz espléndida, en cuanto al terreno.

En cuanto a la población, bella y graciosa en todas las clases sociales, no meramente con gracejo natural, sino con una gracia que no necesita ser ática, pues le basta y aun sobra con ser andaluza; población ligera y superficial, alegre y gozadora, llena de imaginación y júbilo infantil, tiene a la par los más viriles, enérgicos, infatigables, talentosos, profundos y serios *caracteres* que en España ilustran todas las ciencias y las artes todas. De ese pueblo, tan oriental o tan africano, salen hombres de hierro con incrustaciones de oro, fuertes y bellos cual joyas de Zuloaga o armaduras del Renacimiento. Que son una minoría, se dirá; pero ¿dónde no son la minoría los grandes hombres, que siempre son a la vez grandes caracteres? Claro que el elemento regional común, lo típico vulgar, es la Andalucía de pandereta y cromo de cajas de pasas: lo pintoresco y de exportación, lo más burdo y falso, la caricatura de un país.

D. Federico Rubio es inimitable costumbrista andaluz en sus *Memorias*. Pinta al pueblo gaditano (y me pienso que al sevillano igualmente) como un Goya al madrileño casi por la misma época; las modificaciones traídas por el escaso intervalo de tiempo entre ambos, casi no son más que de indumentaria.

Y esto me trae a hablar de la época. La retratada por el Dr. Rubio, empieza tras la sublevación de Riego por la Libertad en España, y termina tras la sublevación de varias naciones de Europa por la Democracia en 1848. Es el período culminante de la guerra entre liberales y absolutistas, exaltados y moderados, cristinos y carlistas, progresistas y reaccionarios: liberales, exaltados, cristinos y progresistas, el régimen nuevo que nace; absolutistas, moderados, carlistas y reaccionarios, el régimen viejo que muere matando.

Al presentarnos a los exaltados como unos locos de atar, a los progresistas como unos tontos de capirote, al Ejército como

bandas pretorianas en busca de botín con los *pronunciamientos,* si quienes así hablan son liberales, resultan ingratos, olvidadizos e inconscientes; si son reaccionarios, dan la coz del asno, no al león moribundo, sino al enemigo victorioso, y están en su derecho... del pataleo.

Aquellos locos y aquellos tontos y aquellos pretorianos sublevados, con su entusiasmo *loco,* con su honradez *tonta,* con su valor y su sangre, con la pérdida de la libertad, la patria, los bienes de fortuna, la vida, el sosiego de la familia, con las lágrimas de los seres queridos y el sudor de la pelea cruenta, trajeron a España lo que tenemos de remozamiento y barniz moderno. Todo eso, que representa vigor, abnegación, grandeza de alma, persecuciones, destierros, llanto y miseria, cárceles y presidios, horca, garrote vil, fusilamientos, batallas campales, motines urbanos, todo eso constituye las gestas liberales en la generación heroica de la primera mitad del siglo XIX.

¡Qué cómodo es hoy ser o llamarse liberal o demócrata, socialista o anarquista! ¡Cuán pacífica y honestamente burgués todo ello, cuán manso y acomodaticio, cuán *burocrático* y *financiero!* Sí; riámonos de aquellos locos y tontos y pretorianos, bien repantigados nosotros en blandos sillones de accionistas, mano a mano con los enemigos eternos de aquello por lo que nuestros abuelos y padres sacrificaron todo lo suyo en bien de los demás.

Hijo Rubio de un compañero de Riego, al describir los años negros de su vida y familia, del *ayacucho* que sucede al *negro*, como consecuencia de las persecuciones políticas contra los liberales, nos hace ver la época triste y gloriosa de sus días de niñez y juventud en aquella riente y jocunda Andalucía, donde vino al mundo para ser su gala.

Sabido es que D. Federico Rubio nació en el Puerto de Santa María, el 30 de Agosto de 1827, y murió en Madrid, el 31 del mismo mes del año 1902, o sea cuando acababa de cumplir tres cuartos de siglo justos. Sus *Memorias* abarcan el período de su vida corrido hasta los comienzos del año 1850,

en que terminó en Cádiz su carrera de médico; en realidad, no son veintidós años, sino veinte, los de vida consciente rememorada, pues la primera impresión de sus recuerdos, la más remota en su memoria senil, se refiere a cuando tenía cumplidos no más que los dos años iniciales de su existencia.

¿Cuándo escribió Rubio la presente obra? En ella dice él mismo haberla redactado a los sesenta muy cumplidos; lo cual, dada la precisión con que señala en el texto las edades de los personajes que menciona, indica haberse escrito por el año de 1888, probablemente poco antes de cumplir los sesenta y uno, al fin de la primavera y comienzos del verano.

Fuera de eso, no hay hechos contemporáneos de la fecha de la redacción más que la referencia a las hazañas de un perro (*el perro Paco),* y las hazañas de un bandido (*el Bizco del Borge),* mediante dos alusiones. He ahí cuanto puedo precisar: que las *Memorias* del Dr. Rubio fueron escritas pronto hará veinticuatro años cabales, en el momento de publicarse por el amor filial en el décimo año de la defunción del autor, cumpliéndose la voluntad manifestada por el escritor insigne de que no se diesen antes a la imprenta.

El fin de la obra es esencialmente pedagógico, narrando Rubio cómo y quiénes le instruyeron y educaron en su vida familiar, escolar, estudiantil y social, hasta la fecha en que iba a revalidarse para adquirir el título de Licenciado en Medicina. Analiza todos los momentos culminantes de su propia instrucción y educación, para sacar consecuencias trascendentales, útiles y prácticas en ese terreno de tamaña importancia para la patria. Tiene para ello que pintarse a sí mismo, que retratar a cuantos le rodearon en su país y en su época durante aquel período de rudo aprendizaje de la vida y estudio de una carrera universitaria.

De ahí resultan el color local gaditano y el sabor de época de transición política y social; color y sabor tan reales que constituyen el mayor encanto de este precioso libro, Biblia del buen decir.

Cosas y personas están enfocadas admirablemente, con vigor de pincelada franca y finura de toques a un tiempo, con justo y brillante colorido, firme dibujo, enérgico claroscuro, perspectiva lineal y aérea tan exactas como la realidad se representa estereoscópicamente en nuestras retinas. Las figuras (¡qué hermosa y varia galería de soberbios retratos!) son semblanzas vivientes; los fondos y accesorios son costumbristas, constituyendo en conjunto una serie pasmosa de cuadros de género, jugosos, plásticos, llenos de brío y delicadeza juntamente, como los de un maestro de los Países Bajos.

Cuando el Dr. Rubio teoriza y generaliza en sus reflexiones, el lector aprobará o desaprobará, según su particular criterio sobre todas o cada una de las ideas del pensador.

Mas, cuando Federico Rubio narra, describe, dialoga y pinta, aquí tienen que unirse todos los lectores para declarar que el artista, el escritor, el literato, son de primer orden en las letras españolas.

Léxico rico, sin rebuscamiento de vocablos; un decir fluido, sencillo, natural, claro, transparente, en el *registro medio* (el de los grandes cantores), que abrillanta las notas del registro alto y redondea las del registro bajo; donosura, gallardía, espontaneidad, agudeza, gracejo, suave ironía, benevolencia amable para las humanas flaquezas del prójimo, severa inflexibilidad consigo mismo, candor optimista sin enervamientos; fe en sí propio, fe en la tierra, fe en el cielo; robustez viril y delicadeza femenina en sentimientos y actos; juventud sana de cuerpo y alma; construcción sintáxica en estilo cortado y aun a veces elíptico; sobrio de adornos y afeites, enemigo de lo ampuloso, del estilo periódico, oratorio, florido, oriental, que tanto influye en la literatura española: todo esto veo y me asombra en las *Memorias* de D. Federico Rubio.

No hay ditirambo ninguno en este merecido y pálido elogio al escritor, ni me mueve la pluma el amor que tuve a su persona y guardo a su memoria querida. Honradamente he tratado en este Prólogo de huir del influjo avasallador del cariño, del

respeto, de la veneración, de la admiración al hombre y al sabio, para que en mis impresiones de lector no se reflejasen esos puros y nobles sentimientos y extraviasen la imparcialidad de mi modesto juicio literario personal, hasta por el motivo de que carezco de autoridad para hacer lo que se llama alta crítica a la moderna.

La obra del Dr. Rubio no es para los médicos, sino para el público general, desde quien sólo sepa leer hasta los que mejor saben escribir artísticamente. Para apreciarla no hace falta cultura general ni especial de ningún linaje. Y cuanto mayor en extensión e intensidad sea la cultura de quien leyere, más y mejores goces tendrá en la lectura de ella.

Si yo tuviese la autoridad literaria que necesitaría para emitir una opinión dogmática, diría que estas *Memorias* merecen ser clásicas porque lo son en sí mismas al aparecer. Pero esto incumbe decirlo, si así lo estiman justo, a nuestros grandes maestros en el pensar y en el decir. A ellos cedo respetuoso la palabra solemne y definitiva.

Yo abandono el proscenio saludando, me retiro por el foro y dejo que al fin se alce el telón; todo para regocijo del público amante de las grandes obras, escritas por los magnos ingenios en la rotunda y elegante habla española castiza.

Dr. Luis Marco

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

PRIMERA PARTE

LA EDUCACIÓN DE UN NIÑO, CONTADA POR UN VIEJO

INTROITO

Hace tiempo, me preocupa el problema de la Educación.

Acreció mi interés con la lectura del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* que, llevando en nuestro país la bandera de los últimos adelantos pedagógicos, al tratar los múltiples temas que la misma entraña, ha aguijoneado mi perezosa voluntad hasta hacerla saltar y, sin poder contenerme, tomar la pluma y dejarla correr.

¿Cómo se educa al hombre? O lo que es lo mismo: ¿cómo debe educarse a un niño para que sea buen hombre? Este es el problema del *Emilio,* el problema que procura resolver la gran ciencia de la Pedagogía. Para hacerlo con acierto y fruto, trabajan muchos pensadores de buena voluntad. Déjolos en su noble labor. Quiero reducirme a más humildes propósitos: a averiguar, por la observación y la experiencia propias, cómo se ha educado a los niños en el tiempo en que yo lo era; y, para errar menos en las apreciaciones, cómo me han educado a mí, con lo cual podré hacer un estudio de auto-observación y de endo-observación u observación interna, que no considero de todo punto inútil para servir de dato a la Pedagogía general.

I

Mi primer recuerdo: un alfiler.

¿Cuándo, en qué época o edad de la infancia tiene el niño idea o conciencia de sí propio? Creo que este problema no deja de ser interesante.

Por mi parte, lo que puedo decir es que uno la idea primera de mi existencia con la del primer recuerdo. Antes de este recuerdo, nada sé de mí. Después de él, puedo dar cuenta, más o menos particularizada, de los distintos hechos, emociones y pensamientos que constituyen los eslabones de la cadena de la vida. ¿Prueba esto, por ventura, que antes de ese recuerdo no tuviera yo alguna idea de mí mismo? Creo que debía tenerla; pero no involucremos cuestiones de suyo complicadas; dejemos esto para luego. A partir de la observación de mí mismo, tengo que asignar hoy a mi conciencia la fecha del primer recuerdo mío que yo alcanzo.

¿Qué recuerdo fué éste? Allá va su relato. ¡Con qué viveza se presenta a la mente! ¡Cuántos otros de ayer los veo más borrados y confusos!

En un colchoncito extendido en el suelo, la cabecera tocando a la pared, en el centro de una alcoba blanca, con una puerta abierta al comedor, donde había una luz que dejaba colar tenue claridad en la estancia, acababa de acostarme mi bendita y entonces hermosísima madre. Me había desnudado, colocando las ropas en una silla baja, de asiento de anea. Cogiéndome la mano, me persignó, diciéndome ella despacio las palabras para que yo procurara repetirlas; me dió un beso y me dejó acurrucado.

No debí, como otras veces, quedar dormido: una pequeña cosa dura molestaba mi sien derecha, que apoyaba sobre la almohada; llevé allí la manecita, y los dedos asieron una diminuta y dura redondez; tiré de ella y salió un alfiler grande, que en

Andalucía llaman zanca o alfiler de a ochavo. Lo llevé a la boca y, sin saber cómo, se fué adentro. El temor más profundo se apoderó de mí: no sentía dolor ni molestia, pero esto no me tranquilizaba; creí firmemente que un alfiler tan grande, tragado, tenía que ser, sin remedio, causa de inmediata muerte. Pensé si gritar para que acudiese mi madre; no lo hice, reprimí el lloro. Razones que me impulsaron a guardar silencio: la idea de haber hecho una diablura; la de que nadie podría ya sacarme el alfiler del cuerpo, y que la cosa no tenía remedio. Entonces me encogí como un feto; hecho un ovillo y temblando bajo la cubierta de la cama, esperé la muerte... y me quedé dormido.

Desperté por la mañana, y fue gran sorpresa ver que no había muerto, al convencerme de que estaba bien y de que nada me dolía. Hagamos punto en el relato. He reflexionado muchas veces, en distintas edades, sobre él, y siempre he sacado iguales consecuencias.

Por el enlace de recuerdos sobre sucesos posteriores, por preguntas hechas a mi madre acerca de la camita en el suelo, la habitación contigua al comedor, la silla baja al lado derecho de la cabecera, etc., resulta que el caso ocurrió en la ciudad de Medinasidonia, hacia el otoño del 29, contando yo, por tanto, de veinticuatro a veinticinco meses: Quiere decir, que un niño de dos años, aun antes de poseer amplio lenguaje, tiene ya ideas y sentimientos suficientemente desarrollados para darse cuenta de los mismos y dejarlos indelebles en la memoria, como punto de partida de su existencia consciente.

He preguntado a hermanos de menor edad, a nietos y a otras personas cuya vida íntima me es suficientemente conocida, y en todos he comprobado que ese primer recuerdo se establece en la primera infancia. En mi hermano coincide a la misma edad; en los demás se advierte algún retardo, dependiendo, entre otras causas, de la ocasión de un accidente capaz de producir gran atención y pensamiento reflexivo sobre él.

Analicemos ahora el contenido del primer recuerdo.

Desde luego, supone necesariamente, a modo de imperativo categórico, que al ocurrir el lance ya tenía yo idea y conocimiento perfecto de mi madre, de mi cama, de mi habitación, de sus relaciones con la pieza contigua, de mi relación con todos esos objetos, de la luz natural, de la claridad emanada de la artificial; tenía también intuición de lo bien y de lo mal hecho, de la vida, de la muerte; y un sentir muy vivo del peligro, de su causa y sus efectos; y un sentir más vivo aún del susto de morir. Pero no resultan del análisis estas ideas y estos sentimientos tan sólo; hay además otros actos intelectuales superiores: la reflexión que hace guardar silencio, por el motivo bien fundado de que nadie podría sacarme el alfiler.

Luego es evidente que si yo no tengo hoy de mi madre una idea anterior a la de la noche en que tragué el alfiler, no es porque careciese entonces de su conocimiento, sino porque se me han olvidado la hora y el punto anteriores en que la llegué a conocer; y así puede afirmarse de lo demás enumerado. La solución de este asunto, por otra parte, no entiendo que sea tan difícil comc a primera vista parece. Es un problema que se plantea en el hombre diariamente, hasta en su edad más avanzada. No hay día en que no pueda adquirirse algún conocimiento que, apareciendo como nuevo a nuestro juicio, no tiene nada de nuevo en realidad; sino sólo que se nos presenta entonces y se nos aparece con una luz más clara, porque, por cualquiera otra causa, fijamos más y mejor la atención en él.

Esto quiere decir que de lo inconsciente a lo consciente no hay solución, sólo hay una seriada gradación; y hasta en las mismas ciencias constituídas, labor la más alta y profunda del género humano, hay cosas meramente sentidas, cosas confusas, cosas sueltas, mal relacionadas, y otras (las menos) bien articuladas y sistematizadas.

Deseo que discurramos ahora sobre si tienen o no tienen valor y trascendencia para la vida práctica posterior las primeras impresiones. Como las mías quedan enumeradas en el

cuadro que he hecho de mi primer recuerdo, no creo difícil el contestar a la pregunta.

Me consta de ciencia propia y por experiencia personal que la nota más aguda que vibra en mí es el temor al peligro. No creo equivocarme si aseguro que el alfiler tragado desarrolló esta idiosincrasia particular; al menos, fisiológicamente, se explica bien el hecho.

No estoy tan cierto acerca de si el silencio reflexivo y que denota cierto esbozo así como de embrionaria prudencia, fuera ya cosa innata y natural, revelada por la ocasión, y que después no ha hecho más que volver a manifestarse; o si, por el contrario, el acto de reserva fue pauta para que en tiempos posteriores haya seguido siendo de carácter reservado. Lo que veo más claro es que el temor y la reserva son un sentimiento y una condición que se asocian naturalmente.

Sobre lo que no me queda duda es respecto a la trascendencia de mis dos contrarias y últimas impresiones: cuando me replegué y encogí esperando la muerte, y cuando me vi sano y salvo por la mañana.

Este rudo contraste, mezclado más o menos con los sentimientos que antes dejo analizados, han constituído, y aun en la vejez siguen constituyendo, los dos polos en que ha girado y gira actualmente mi vida en todos los trances apurados. Polos que se revelan con dos frases, que en casos tales, casi inconscientemente, escapan de mi boca: «De morir no ha de pasar. *Post núbila Foebus*»; o, lo que es lo mismo, echarse el alma a la espalda y no perder la esperanza.

II

Un cartucho de dulces.

Segundo recuerdo.—Es más confuso: debe corresponder a fecha muy posterior; se liga a un sentimiento mixto, físico-moral. Retrospectivamente evocado ahora, aparece como uno

de esos cuadros antiguos, de fondo oscuro, cuyas figuras sobrecargadas de sombras sólo permiten ver una nariz, una mano u otra pequeña parte, sin embargo de lo cual dejan declarar el asunto. Este recuerdo, pues, lo conservo como en dos partes: una perfectamente gráfica, y que podría dibujar; otra de fondo, que no se presta al dibujo, pero de existencia positiva en mi mente, y que completa el cuadro.

Un señor, del que sólo veo ahora la cara y una espada ceñida, me hace caricias; tómame en brazos y me saca a la calle, conduciéndome a una confitería; me sienta en el mostrador y me da un cartucho de dulces.

La espada, la cara del señor, el cartucho de dulces, el mostrador y la confitería están en mi memoria representativa vivísimos, hasta en sus más pequeños detalles, hasta en el talco dorado y plateado de las vitrinas y la caoba del mostrador.

La cara de mi obsequiante era un poco oblonga, de color claro encendido, nariz pequeña; labio superior, cubierto de espeso bigote castaño algo canoso, corrido a ambos lados con las patillas, cortadas a medio carrillo, en forma de chuleta. La espada era ceñida, con empuñadura de oro y nácar. Claro es que dicho señor debía de estar vestido de uniforme, debía de llevar en la cabeza algo correspondiente al mismo; y, sin embargo, es seguro que no atendí a estas particularidades, y, por consiguiente, no se revelan a mi acuerdo. Nótese ahora el contraste que sigue: el nombre de ese señor, primero de quien recibí un obsequio, y hacia el que sentí el primer movimiento de gratitud, no se me ha olvidado nunca: D. Benito Chaín.

El nombre lo recibí entonces, pues por tal órgano entran las impresiones fonéticas, pero en mí no existe crónica para ellas; así, no por representación, como sucede con la memoria de lo visual o de lo sentido cual emoción, sino por cálculo, asigno la época en que adquirí el conocimiento de dicho nombre. El hecho es que no lo he olvidado, y que resulta el primero inscrito en la lista de los nombres propios.

De D. Benito Chaín no vuelvo a hacer memoria ocular, y,

sin embargo, continuamos relaciones algún tiempo; pero por relatos a él referentes, de mis padres y otras personas afines, recogidos no sé cómo ni cuándo, soy la única existente hoy sobre la tierra que pueda dar algunas noticias de la biografía de dicho señor. Aquella primera emoción de gratitud que despertó en mi sér, quiero pagarla ahora, siendo la última onda, tenue y apagada, de la memoria de quien la produjo.

D. Benito Chaín era un Español natural de Chile; su familia, de las más antiguas, distinguidas y opulentas del país. Dedicado desde su juventud a la milicia, le sorprendió la sublevación separatista mandando cuerpo; no sólo permaneció fiel a la bandera que había jurado, sino que resistió y combatió por ella heroicamente. Perdida la campaña, vino a España con restos de otras tropas. Así dejó el país donde naciera, familia, deudos, inmensas propiedades y riquezas, para presentarse en la madre patria (que no conocía), con sólo su fiel espada, gloriosa, aunque no vencedora, y su empleo de Brigadier, ganado en los campos de batalla.

Infestada de contrabandistas y malhechores mucha parte de España, en ninguna había tomado el mal tan graves proporciones como en Andalucía. No individuos, no familias, no pueblos: comarcas enteras se dedicaban a la vida del contrabando, haciendo de él su casi exclusivo modo de vivir. Conventos, con sus guardianes a la cabeza, en vez de al coro, marchaban a las veredas y encrucijadas, montados a caballo sobre sus tercios, convirtiendo los claustros en depósitos de telas y tabacos. Pueblos en totalidad, con su aristocracia de aldea, nobles de blasones y aun titulados, alcalde, cura, alguacil y fiel de fechos, salían a los caminos, tapadas las caras con pañuelos de seda, a emular las glorias de José María.

Por más que la seguridad individual no se considerase entonces función del Gobierno, el escándalo por una parte, y por otra (más principalmente) la anulación de la renta de Aduanas, obligaron a tomar alguna determinación. Fue ésta, organizar un cuerpo de ejército, dividido en tres columnas o briga-

das. La correspondiente a la provincia de Cádiz recibió el nombre de 3.ª Columna móvil de Andalucía, confiriéndose el encargo de organizarla y mandarla al brigadier D. Benito Chaín, por su fama de hombre incorruptible, activo y bizarro. Esto debió de suceder el año 1828.

Al organizar la brigada, en el Puerto de Santa María, se encontró el Jefe con la necesidad de un Asesor. Había de perseguir el contrabando, tenía que descubrir y castigar, no sólo a los fautores, sino a sus jefes y directores; tenía que incoar procedimientos contra bandidos de baja y alta estofa; y para todo esto necesitaba un Abogado.

Tomó varios informes, y un día se anunció y presentó en casa de mis padres.

—Soy el Brigadier Chaín, necesito un Asesor para mi columna, y vengo a suplicarle que admita el cargo.

Mi padre quedó sorprendido de tan inesperada proposición, y tuvo que contestarle:

—Señor, ¿no sabe usted que estoy impurificado y que no puedo ejercer?

—Sí que lo sé. Como sé que es usted un negro de los más peligrosos de la Provincia; que fue usted el segundo de la partida de D. Pedro Valdés, fusilado hace poco en Algeciras; y que después fue usted ayudante de Riego y prisionero en Jódar.

—Pues bien, si usted lo sabe, sabrá que no sólo estoy bajo la vigilancia de la Autoridad, sino que incurriría en las penas que se imponen a los impurificados cuando quebrantan la condena.

—Eso queda a mi cargo: el régimen absoluto tiene sus ventajas, y una de ellas es que cada Autoridad puede hacer lo que quiera, sin darle cuenta a nadie. Yo soy el Jefe de mi columna, y en en ella mando yo. Además, escribiré al Comandante general y al Ministro, que lo he nombrado a usted porque así conviene. Necesito un Abogado entendido, activo y que no se deje ganar por influencias ni dinero.

Se marchó, mandó un oficio a mi padre nombrándole Asesor, y así quedaron las cosas, a pesar de la impurificación.

Organizada la columna, se dividió en varias partidas, estableciéndose la plana mayor en la ciudad de Medina, adonde, por consiguiente, fué a vivir mi padre con la familia.

A fines de otoño del 29 se trasladó la plana mayor a Vejer, por conveniencia del servicio. Allí hubo de residir poco tiempo, no obstante lo cual corresponden á esa época mis 3.°, 4.°, 5.° y 6.° recuerdos.

III

Mujeres llorando.

Como al fin de una mañana y cercano el medio día, mi padre, tomándome de la mano, me condujo a una plaza cuadrada, terriza y muy bañada por el sol. En el frente principal, un edificio aislado, mayor y de mejor aspecto que los demás de la plaza. En la puerta, unos soldados. Mi padre dijo a uno:

—Tenga usted este niño, hasta que yo salga.

Y desapareció portal adentro.

El soldado, unas veces paseándome y otras cogiéndome en brazos, procuraba entretenerme.

Mi padre tardaba, y yo sentía, ora impaciencia, ora aburrimiento. Por la puerta aquella entraban y salían más gentes de lo que yo estaba acostumbrado a ver. Había transcurrido mucho tiempo. Mi impaciencia llegaba a punto de impulsarme a llorar, cuando un grupo más numeroso que los anteriores, del cual salían voces y gemidos, no sólo me distrajo, sino que absorbió del todo mi atención.

En el grupo venían unos presos, y tras ellos tres mujeres llorando a grandes gritos, haciendo exclamaciones y contorsiones suplicantes, de desesperación y de dolor.

No sé cómo me di cuenta, pero encontré cierta relación entre aquellas mujeres, aquellos presos, mi padre y D. Benito

Chaín. Sentí un movimiento de viva compasión hacia las que lloraban y se retorcían, otro de disgusto hacia mi padre y don Benito. Quedé triste largo rato, salió mi padre, me recogió y no recuerdo más.

Según se desprende del relato, fija este recuerdo, como los anteriores, una emoción profunda, una vibración de la sensibilidad interna, más viva que las ordinarias y de naturaleza distinta de las habituales.

La huella de compasión que tal escena produjo en mi espíritu quedó indeleble por todos los días de mi vida, dejándome desarmado para resistir la súplica llorosa de cualquiera mujer.

El trance más difícil en que puedo verme es que una mujer me pida así una cosa irregular. Me siento en casos tales sin fuerza para resistir; la lucha entre el deber y la conciencia de no poder sostenerme, me obliga a fingir enfado y falsa indignación, a levantar la voz para llamar con disimulo gente que corte la demanda y salir del apuro.

IV

Me confirman.

Hacia la misma época corresponde la primera imagen de un templo que conserva mi memoria: iglesia de una sola nave, el presbiterio dos o tres escalones elevado; una balaustrada lo separa de lo demás del templo. En su centro, a mi derecha, veo el cancel de madera que aisla la puerta principal; encima de ella, una gran ventana, lucerna circular cerrada por pequeños vidrios empañados.

No recuerdo quién me condujo, ni si había gente. En cambio, me parece de ha poco la siguiente escena: véome sentado, al lado del Evangelio, sobre el pasamano de la balaustrada; alguien me sostenía allí seguramente, quizá de mi propia familia, pero no guardo la representación. Sí veo salir por una pequeña puerta, del lado de la Epístola, un señor raro: ancho

por abajo, terminado en punta por arriba, que se viene a mí despacio, como de una sola pieza. Del señor sólo distinguía la cara, pequeña y arrugada. No sentí miedo porque relucía con sedas y dorados desde los pies á la cabeza. Lentamente llegó adonde yo estaba, y quedóse un rato delante de mí, como hablando para sí. Le miraba con extrañeza; me dió un golpecito en la mejilla, a modo de caricia, aunque con la cara seria, y en este punto se interrumpe el cuadro.

El lector habrá comprendido que se trataba del acto de mi confirmación. A él, seguramente, acudieron varias personas de mi familia, con los padrinos; debe notarse cómo, conservando la representación gráfica de tantas particularidades, queda el cuadro vacío de toda otra imagen de persona, fuera del señor Obispo; y es, sin duda, que la atención es la puerta de toda idea o todo conocimiento, así objetivo como subjetivo. Recuerdo, pues, lo que, por serme extraño y nuevo, movió mi atención; y quedaron borradas y vanas en absoluto todas las demás cosas que me eran ya conocidas y habituales.

La experiencia posterior de la vida me ha hecho advertir que a los niños nada les es tan fácil como *entender;* lo que les es difícil es *atender*. Por más que lo que acabo de decir me parece una verdad vulgar, tengo motivos para lamentarme de que, si no la ignoran, muchos parecen ignorarla.

He podido hacer, igualmente, otra observación baladí. Los niños no es por mala voluntad por lo que no atienden, sino por dos motivos distintos: por cansancio y agotamiento temporales, o por distracción; o, lo que es lo mismo, por hallarse solicitada su atención por muchos objetos a la vez. Son para ellos muchas cosas, y, por consiguiente, los niños efectúan un trabajo de atención tres o cuatro veces más grande que el de cualquier adulto.

V

Primer espectáculo.

Ignoro quién me ha conducido a un corral grande, limitado por viejos paredones. En su centro, con bastante número de bancos y de sillas, queda circunscrito un espacio circular, interrumpido a mi derecha.

Estoy sentado, así como otras gentes; por detrás del cerco hay también algunos espectadores de pie.

Un payaso toca una trompeta; sale una jaquilla enana, que cocea, persigue y muerde al trompetero; luego se amansa, entran en amigables coloquios y hace varias habilidades.

Después, una mona vestida de mujer, con papalina blanca y traje encarnado, absorbe mis potencias. Entiendo que es animal y que se parece á las personas. Salta por un aro, toca el violín y castañetea los dientes. Creció mi agrado cuando, saliendo al redondel un perro de lanas, la mona se montó en él, corrieron el circuito e hicieron otras gracias.

También salió de actor un oso, que se puso en dos pies, anduvo como un hombre y, con un palo al hombro, hizo el ejercicio.

No es fácil describir ciertas emociones; y, entre ellas, la más difícil de explicar puede que sea la emoción que produce lo grotesco. Sin embargo, opino que hay mucho campo que estudiar en estas particulares sensaciones endonérveas. De buena gana pensaría ahora sobre la materia, si no resultara extemporáneo y empalagoso.

Diré, sintetizando, que si me preguntaran en un examen: ¿Qué entiende usted por grotesco?, contestaría: Toda emoción semejante a la que se experimenta la primera vez que se ve una mona.

VI

Primera emoción estética.

La sirviente me saca de paseo: llévame a una casa de pobre aspecto; la recuerdo muy bien. Pequeño zaguán oscuro. Abierto el portón, negro, entramos en un patio empedrado: un arriate, con unos cuantos matojos, unido a la pared de la derecha; al ángulo izquierdo del frente, una escalerilla de ladrillos. Subimos a su primero y único descanso. En él una puerta baja, por la que entramos en la primera habitación. Ya dentro, otra, como cocinilla, en comunicación hacia la derecha; aquí, una mujer entrada en años. Ella y mi sirviente entablan amigable y larga conversación.

Me desasí de la mano de mi conductora; eché una mirada a la primera habitación; y como viera una ventana abierta frente a la puerta de entrada, me dirijo a ella. Aunque no muy alta, rebasa a mi estatura, y sólo alcanzo a ver el cielo. Con esto se aviva la curiosidad por asomarme. Hay una sillita próxima, arrimada a la pared. Empujo, la arrastro al sitio, súbome en su asiento, y recibo de pronto una grata impresión. La impresión del siguiente panorama: inmediatamente debajo de mi vista, un corral; otros mayores y menores, delante y a los lados; algún ruinoso cobertizo; caballetes de tejado, más altos y más bajos, corriendo a la derecha. Al frente, campo abierto, en diversos niveles; tangente a los corrales el descenso de una loma pedregosa, que aumenta la altura de mi punto de vista.

En el hondo algunos huertecillos, algo más grandes que los corrales, compartidos en cuadros y rayas de distintos verdes. Más allá un camino entre dos vallados, rotos por frecuentes portillos. En sus restos, chumberas lozanas de grandes palas verdes; en mayor número, otras secas y de las que apenas quedan más que los troncones. Luego campos amarillos, cam-

pos verdes y campos pardos, que se pierden y confunden poco a poco con el velo de neblina de un día cubierto y melancólico, de principios del tibio invierno de Andalucía.

Completa el cuadro una vieja, que, sentada en un burro y arrebujada la cabeza con su rojo zagalejo vuelto, transita por la hijuela, seguida de un muchacho a pie, y de un perrillo ruin con el rabo enroscado.

Muy grato debió serme aquel espectáculo imprevisto. Por vez primera, sin duda, había fijado la atención en cosas semejantes. Grata, melancólica y sencilla la impresión, todavía me agrada su recuerdo. Y ahora caigo en una particularidad que hasta aquí no había entendido: mi afición a descubrir el campo desde lugar cerrado; mi preferencia por los días de tibia luz amortiguada por las nubes.

Del relato resulta que a poco más de los dos años pude sentir una emoción estética. Si el hecho este no fuera de observación, y de mi propia observación, no lo creería. El sentido estético, es, quizá, el más superior de todos, el que tarda más en desarrollarse, y aun el que suele faltar en gran número de individuos. Por otra parte, es un sentido cuyas puertas son varias; y es común observar que unas están abiertas y otras cerradas en las distintas personas. Sin salir de mí, es singular el contraste. Quien sintió emoción estética movida por la visión de un paisaje natural, ha tenido cerrada la puerta musical hasta la edad de treinta años. Antes, la música me era indiferente, y hasta molesta, si proseguía mucho tiempo. Después de los treinta años comenzó a serme grata, aunque no han llegado a emocionarme más que ciertos cantos religiosos y la música guerrera.

Nada tan frecuente como encontrar individuos que tienen abierta la puerta musical hasta llevarlos de la emoción al éxtasis, y tienen cerrada la puerta de otras Bellas Artes, siéndoles indiferente que un cuadro, una escultura o un edificio sean mejores o peores, no alcanzando a diferenciarlos ni distinguirlos.

También es muy común que personas cultas y de alto sentido estético tengan cerrada la puerta de la contemplacion de la naturaleza, viéndose que, lejos de agradarles, les resultan enojosos el campo, los paisajes y todo otro gran espectáculo natural. Los habitantes de Madrid, por lo común, pecan de esto.

La aptitud desarrollada para sentir los placeres dulces y sencillos, es el mejor antídoto de las pasiones y de los vicios groseros. Poseedores de esta verdad, es reprensible que no se ponga más cuidado en desarrollar y cultivar el sentido estético en los niños.

Al presente, fuera de los profesores de la Institución Libre de Enseñanza, nadie piensa en esto. Antes al contrario, con la fatal y secular manía de enseñar la retórica y poética, la literatura, la música y el dibujo por preceptos, aburren a los niños; y en ellos agotarían todo sentimiento estético, si la sabia naturaleza no se opusiera a tan estúpida mutilación, iniciándolos en el arte por el intermedio de lo grotesco.

Efectivamente, obsérvese lo que pasa en los niños y en los pueblos nuevos, que vienen a ser pueblos niños. Pues los niños, como los pueblos incivilizados, sienten una atracción irresistible por lo grotesco. Los payasos, las pantomimas, las muecas, contorsiones y escenas ridículas, esas son las cosas que les agradan y que procuran con afán.

Nótese ahora que el arte, en sus comienzos, empieza también por lo grotesco. Díganlo si no las figuras que dibuja el niño con carbón en la pared. Díganlo el ídolo indio, el americano, las primeras deidades egipcias, la Proserpina española, los toros de Guisando, el tamboril y las danzas de negros, la huesera, el pito y el chinesco.

Es más: por todo el mundo está hecha y admitida la observación de que, cuando un pueblo civilizado retrograda, se marca, como el calor por un termómetro, por el retroceso de sus artes. Pues bien, el retroceso llega hasta a volver a lo grotesco. ¿Qué quiere esto decir? Pues declara que la emoción es-

tética empieza por la sensación más primitiva, más sencilla y natural: por el placer de la risa. De tal modo, el niño abre su sensibilidad subjetiva por el intermedio de la objetiva, creando así por el uso una función superior que lo perfecciona y dignifica.

Tengo por cierto que sin la conmoción que produjo en mi sensibilidad la mona habilidosa, sin la atención que desenvolvió en mí el espectáculo, sin aquellos vagos pensamientos sobre si era un bicho o una criatura racional, mi espíritu no hubiera quedado predispuesto y apto para impresionarse por el primer paisaje desplegado a mi vista al asomarme a una ventana.

VII

En la amiga.

In diebus illis... Bueno es que empiece pedantescamente este recuerdo, puesto que va a relatar el primer paso de lo que entonces (¡ah, y ahora!) se entendía por *educación.*

Por aquellos días me llevaron a una *amiga:* quiere decir, a una especie de rudimentaria, natural y espontánea escuela de párvulos, que entonces se usaba, y de las que, de seguro, aún habrá muchas en España. Allá va la estereotipia que de la mía conservo grabada en la calva mollera.

En la acera de una calle excusada, un portalón inmenso por donde podría entrar una galera cargada. En el portalón un postigo, único que se abría y se cerraba, por el cual pasé a un corral largo y estrecho, cerrado por altos paredones. A la derecha (entrando) el dintel, peldaño y marco de una puerta sin puerta, esto es, libre al aire y demás elementos. Da acceso a una sala baja desmantelada; digo mal, en ella había una «arcajada» de cañas y un pollero de mimbres, ambos desalquilados de gallinas y pollos, o sea, de sus propios habitantes.

En dicha sala, a sus testeros, en el de la izquierda una co-

cinilla y en el de la derecha una puerta comunicante con otra habitación, en la que entré, y que constituía el local propiamente dicho de la *amiga*. Era de figura cuadrada, ni grande ni pequeña, iluminada por una alta ventana abierta. Su mueblaje, el siguiente: fila de sillitas corrida a los lados de las paredes; una más robusta y de más ancho asiento, aunque baja también, en el centro del testero. De las sillitas, unas estaban vacías, otras ocupadas por niños de mi edad próximamente. El asiento, de anea, perforado por un vano circular; debajo, entre las patas de la silla, un orinal. De brazo a brazo de la misma, un palo al través, circunscribiendo con el respaldo un lugar cerrado en el que el niño quedaba sentado y prisionero. En la silla central, una anciana pobremente vestida, que se levantó y adelantóse para recibir a su nuevo alumno.

La criada que me conducía llevaba en la mano izquierda una sillita de palos blancos y asiento de anea, semejante a las descritas, pero sin el consabido agujero. La maestra me miró, y tomando la silla, hubo de hacer reparos sobre la falta; la sirviente contestó que su niño era limpio y que pedía la ca..., a cuya razón la maestra me volvió a mirar, bajando y subiendo la cabeza, con cierto aire de consideración y respeto.

Hiciéronme tomar plaza en mi asiento. Me puse a examinar lo que me rodeaba, y como a poco concluyese la tarea, comencé a aburrirme; sentí después cierto malestar e impulsos de levantarme; al fin, no pude resistirlos y me puse de pie. La maestra, desde su sitio, dijo: «Niño, sentadito.» Aunque el tono fue algo amable, yo entendí que expresaba mandato, y me senté. La situación no podía ser más monótona ni desagradable. El olor de la estancia, empalagoso; algún chicuelo que lloraba; la maestra que procuraba sosegarlo: esto era todo. Gracias a Dios, dió una hora, levantóse la maestra y rezó el Bendito; algunos chiquillos le hicieron coro, y otros continuaron mudos o llorando.

Terminado el Bendito, fué la maestra descorriendo el palo travesero de las sillas: los que sabían andar saltaron del asien-

to, yo eché a correr con más velocidad de la que correspondía a mis años. Salimos al corralón; unos a gatas y otros en pie, comenzamos a gritar, rodar y correr desatentadamente. En esto, se abría de vez en cuando el postigo; entraban una o unas mujeres, que, dirigiéndose al revuelto grupo, cogían una criatura y se la llevaban en brazos. Al fin llegó mi vez.

—Fulanito de Tal—gritó mi sirviente. Corrí a ella y me condujo a mi casa.

Pocos días (cuatro o cinco) duró mi educación en aquella pobre *amiga*, porque la Plana mayor, en su propio movimiento militar, dejó a Vejer y regresó a Medinasidonia.

No aprendí mucho que digamos, y, sin embargo, algo aprendí. Primero, la necesidad de estar sentado largas horas aguzó en mi sér la desagradable agitación de la impaciencia, y me hizo impaciente y defectuoso en tal respecto por todos los días de mi vida.

La impaciencia me hizo revoltoso, cuando antes lo era menos. Y un tantico ladino, pues al segundo día ya observé que la maestra solía dejarnos algunos ratos para entrar en la cocina, echar carbón o zangolotear la olla para que no se le pegasen los fréjoles; ello es que aproveché el primer momento para levantarme, correr por la academia y contagiar a otros párvulos de la aristocracia de los limpios, con lo que, percatándose la maestra, volvió enfadada y nos puso en orden, amenazándonos con una larga caña.

Aprovechando la lección, ya en otra ausencia me levanto quedo, con el dedo en la boca impongo igual conducta a mis cofrades, y salimos a la chita callando hacia el corral. Debióse de hacer la disimulada la maestra o transigió con aquella escapatoria, siquiera porque pecábamos con disimulo y sin escándalo. La cosa fué que ya al tercer día considerábamos las ausencias de la profesora como un derecho para irnos, sin empacho ni disimulo.

Aquella sociedad de pequeños libertinos la componíamos tres o cuatro de sexos diferentes, porque en las *amigas* se re-

cibían niños y niñas. Aunque la fisonomía de la infancia es común a los dos sexos, y en tal edad y por aquellos días vestíamos igual, de enagüillas unos y otras, yo (sin saber por qué) diferenciaba bien los niños de las niñas; no obstante, una observación, traída al azar, me preocupó curioso.

La arcajada y el pollero no estaban aquel día en la sala de entrada, sino en el corral, como su sitio propio. Ver la arcajada y ocurrírsenos meternos dentro, fue una misma cosa; y por asociación de ideas, vernos convertidos en gallinas y ocurrírsenos jugar a los pollitos, fue también cosa de un momento. No puedo recordar en qué consiste este juego infantil, pero sí recuerdo que nos sentamos apretados, tocando pie con pie unos con otros. Las cortas enagüillas y (aunque *limpios*) la maternal precaución de disponer abiertos los calzones para facilitar ciertos casos, púsome a la vista notables diferencias entre las Mariquitas y los Juanitos. No eché en saco roto la observación anatómica, y aun saqué consecuencias sobre su correlativa variante fisiológica en la emisión de la orina.

Resumen: en cuatro o cinco días aprendí en la *amiga* a ser impaciente, a ser travieso, a burlar la autoridad, a distinguir anatómicamente los sexos. Tales fueron los frutos del primer paso de mi *educación*.

VIII

El tío Mejía.

Otra vez en Medina, habitamos la misma casa: calle de la Loba. Apenas instalado, contraje el vínculo de mi primera amistad.

En la accesoria abierta a la calle, a la derecha de la acera de mi casa, hallábase establecido un puesto. Cualquier cosa pongo yo a que el lector que no sea andaluz ignora lo que sea un *puesto*, a secas, como no se trate de un puesto de periódicos.

Véase lo que en otra acepción significa en mi querida tierra. Un puesto es una pequeña tienda de materias varias, ya al aire libre sobre tablas o sobre el suelo, ya fijo en una humilde estancia de un inmueble.

La accesoria, en verdad, era corta y estrecha, sin ser más pródiga en altura; y ocasionaría chichones al inquilino, si no robara al suelo dos escalones bajo el nivel de la calle.

Como es consiguiente, la puerta de entrada era estrecha y baja, hallándose casi obstruída por vacías cajas de higos puestas boca abajo, a derecha e izquierda, dejando entre sí un ajustado paso.

Yacían sobre las cajas diversas mercancías, a saber: un lebrillejo con altramuces, un cajetín con piedras de encender, una esportilla con yesca de cardo, otra con torrados, un cajoncillo de pasas sequeronas. No era esto solo el surtido de la tienda; también había, colgados en la pared, alguno que otro soplador de esparto, cuatro o seis escobas de palma, un manojo de torcidas para candil y otro de amarillas pajuelas.

Como pasé por allí, se me antojaron los garbanzos, y me compraron un ochavo; el comerciante me lo dió colmado, y me fuí muy contento.

Naturalmente, quise repetir otros días el bateo; con lo cual llegué a entrañable conocimiento, y más que conocimiento, dulce e imperecedera amistad con el vendedor.

Me parece que le estoy mirando: apenas se destaca su figura, sentado en medio de la oscura tienda, sobre el mazo de un pitaco; pero, entrando, ya los ojos se acostumbran a la escasa luz, y puedo contemplar con deleite a mi viejo amigo. Alto, enjuto, encorvado por los años y el amor a la lumbre, inclínase sobre una cazolilla con picón encendido que le sirve de brasero. Parece el personaje que sirvió de original a los viejos de barro fabricados en Málaga para los Nacimientos de Navidad.

A las pocas visitas, no consintió en tomarme los ochavos. Rogaba a la criada que me dejase un rato; yo sentía bienestar

apoyándome en las rodillas de aquel viejo, y él debía experimentar cierta dulzura en verse acariciado por un niño. Nada más natural: anciano, solitario, sin familia, relegado en el comercio social al agujero obscuro de su tienda, seco de carnes, seco también de espíritu, debía sentirse, como una esponja seca, ávido del jugo de la juventud y hambriento de algún cariño.

Por mi parte, puedo decir que andaba a vueltas de mi madre para que me llevaran con el tío Mejía, cuyo era el nombre de mi pobre amigo. No sé su historia; moriría a poco que lo dejé de ver. Habría sido trabajador del campo, antes de que la edad lo inutilizara; quizá contrabandista. ¡Quién sabe! Aunque encorvado, su porte era noble; su rostro oval, a pesar de las arrugas, conservaba esa belleza viril propia de algunos tipos andaluces.

A veces interrumpía la paz de la entrevista algún muchacho mal criado o alguna traviesa criadilla, que, asomándose a la puerta gritaban:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

El viejo no hacía caso; pero, después de ocultarse un momento el interpelante tras el quicio de la puerta, volvía á aparecer y gritar:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

Y así, hurtándose y volviendo a aparecer con la pregunta, agotaban la paciencia de mi viejo y hubieran agotado la del santo Job. Hasta que saltaba, procurando correr para castigar al insolente, quien concluía la burla retirándose de espaldas, a modo de toreo, y repitiendo:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

A partir de esta fecha, que, según mis cálculos, debía de ser a primeros de Diciembre del 29, se multiplican mis recuerdos. Como materia de observación para inquirir el modo y manera en que va adquiriendo la criatura sus datos de conocimiento y empiezan a moverse los afectos, convendría seguir analizándolos; pero su misma abundancia haría pesado el asunto, y debe

la discreción poner sus límites. Saltaré por muchos, trayendo a cuento uno que sirva de jalón, marcando el fin del año.

IX

Temor e imprevisión.

Serían las primeras horas de la mañana, y a poco de levantado, oí unos berridos horrorosos que partían del patio de mi propia casa; habitaba el piso alto. Excepto en Cádiz, las casas de Andalucía constan, por lo común, de dos plantas: baja y alta.

Sentí miedo y también curiosidad. Vi cerrado el portón de la escalera, con lo que el susto disminuyó y acrecentóse la curiosidad. Los berridos iban apagándose; me atreví a asomarme a la cristalería del balconcillo que del corredor miraba al patio. Oía gente que hablaba en el corredor bajo de la derecha, a cubierto precisamente de mi visual. Pugnaba inútilmente por enterarme.

Pasó tiempo, y todo quedó en silencio. Por fin me decidí: arrastré una silla para aumentar sobre ella mi estatura, levanté el picaporte del portón de la escalera, retiré la silla, abrí la puerta una rajita, miré, escuché. ¡Nada!

Abro más, dudo, me atrevo y bajo el primer tramo, que formaba ángulo con el segundo. Apenas lo afronto, al llegar al descanso me sobrecoge un encuentro: dos hombres de mala traza están sentados en los primeros peldaños del segundo tramo. Quiero volverme y huir, pero no puedo; figúraseme cerrado el portón y que van a cogerme por la espalda. Pero me dan las suyas y no me han visto. Queda un espacio libre en el peldaño, por donde poder pasar. Pegado a la pared me deslizo callandito. Mas apenas rebaso la línea de los hombres, entiendo haber caído en el mismo peligro que temía: el dar la espalda a aquellos hombres. No encontré más remedio que seguir bajando, mirándolos disimulado con el rabillo del ojo.

¡Horror! El mismo horror me dió fuerzas. De aquellos hombres, feos, negros, patilludos y pringosos, estaba el uno escribiendo en un papel sobre la palma de la mano; el otro tenía en la derecha un tintero de cuerno y una romana entre las piernas. ¡En ambos se veía a la cintura un ancho y enorme cuchillo!

Los hombres, distraídos en sus cuentas, no me dijeron nada. Acabé de bajar, con la cabeza vuelta, sin perderlos de vista, esperando a cada momento que me echaran mano. Apenas estuve en el corredor, di á correr cuanto pude, viendo al pasar un cerdo abierto y colgado; tomé por un estrecho pasadizo que conducía al corral, para ganar la escalera excusada que desde él ascendía al comedor. Todo ello lo recorrí sin volver la cara; mas al llegar al descanso y encontrarme cerca de salvamento, di media vuelta para ver si me seguían; pero con tal desgracia y atolondro, que perdí pie y caí al suelo del corral. Carecía de balaustres la escalera, y quedaba más altura que mi cuerpo entre el piso y el pasamano.

A pesar de la elevación, no me hice daño: el suelo, terrizo, estaba removido por el cerdo y enfangado por la lluvia. Es más, no experimenté susto por aquello; sí lo sentí de verme menos lejos de los hombres, y emprendí de nuevo la subida con la mayor velocidad que pude.

El recuerdo transcrito manifiesta cuán desenvuelta y poderosa es la curiosidad en los niños: tan poderosa, que lucha con el miedo y hasta vence al terror. Si supiera aprovecharse la curiosidad de las criaturitas aplicándola a la educación, se obtendrían resultados sorprendentes.

Cosa extraña: cuando de otros sucesos anteriores, obtuve cierta enseñanza, ya intelectual, ya afectiva, del último no entendí la consecuencia. Alguien debiera haberme dicho:— «Niño, el temor imaginario trae peligros y daños efectivos.»

Advierte además la observación del caso, cómo la previsión es muy escasa o nula en la primera infancia. El niño siente lo presente, recuerda con conciencia o sin ella lo pasado y carece

aún del sentido de lo futuro. Sentí el peligro presente de volver la espalda, y no pude presentir que después de emparejar con los hombres aquellos, había de dársela necesariamente. En efecto; para adquirir la facultad y virtud de la previsión es necesario tener la facultad de ver en lo presente la imagen de lo futuro, y también de sentirla. Dicha propiedad sólo se adquiere por la experiencia. Un chiquitín se sube en una silla, se apoya contra el respaldo, pierde el centro de gravedad, cae y se asusta, ó se asusta y al mismo tiempo se hace daño. Como sólo se asuste, sin otras consecuencias, el suceso no le sirve de lección; antes bien, le estimula a repetir la diablura, por gozar de la atractiva emoción del susto desvanecido. Si se lastima, ya es otra cosa: le sirve de experiencia; y como la memoria del suceso no se borra, toma para otra vez sus precauciones; o lo que es lo mismo, pone su mente en relación con lo futuro.

Resulta poco eficaz el pretender que los niños sean precavidos por mera admonición: «¡Fulanito, estate quieto, que te vas á caer! ¡Fulanito, suelta esas tijeras, que te vas a pinchar!» Sobre que ellos se han movido otras veces y no han sufrido nada, y sobre que tienen en las manos las tijeras y no les pinchan, contradiciendo el presente que conocen al futuro que no sienten, desarrollan con esto un principio de incredulidad.

Por tanto, debe enseñárseles por experiencia, dejándoles subir a la silla, estar al aviso, recogerlos al caer y decirles: «Un niño se mató por subirse en una silla; si yo no estoy al cuidado, te haces daño.» Y respecto a la tijera, decirles: «Vamos a jugar con ella, tú me la das a mí y luego yo a ti.» Exclamando en el juego: «¡Ay! que me he pinchado. Mira, esto (poniendo la punta en su manita) pincha; juguemos con otra cosa.»

No entra en mi plan intentar nada que se refiera a la Pedagogía docente; pero han de perdonarme que en aquellos puntos donde advierta grandes vacíos, aunque sea enojoso, me

permita hacer ligeras indicaciones. La mayor parte de las desdichas de la vida proviene de tener atrofiado el sentido de lo inmediato futuro. El de lo mediato futuro o más remoto, es cosa de santidad, que también alcanzan por ciencia ciertos hombres en algunas esferas, verbigracia, la Astronomía, la Medicina y otras. Pero de lo futuro inmediato, todo sér racional, y aun muchos irracionales, tienen sentido; no hay más sino que en la inmensa mayoría de las criaturas es tardo en su aparición, y queda atrofiado por falta de educación y de ejercicio. Acerca de este particular de tanta monta, no conozco que se emplee más procedimiento que el de acostumbrar a los escolares a hacer imposiciones pecuniarias en las Cajas de Ahorros; y para eso, sólo se practica en las mejores escuelas de los países adelantados. Algo es, pero comparándolo con la magnitud e importancia del asunto, me parece muy poco.

Deben establecerse otros muchos ejercicios y prácticas para despertar el sentido antedicho, y en el mayor número de direcciones que sea posible: verbigracia, dándoles dinero para que compren el juguete o fruslería que apetezcan, con uño u otro motivo, se demorará que lo adquieran inmediatamente, facilitándoles así la ocasión de que pierdan la moneda o la gasten en otras fruslerías. Conseguido esto, se les hará pasar como al acaso por el punto donde se halle el juguete deseado, y a su petición para adquirirlo se les dirá: «Es muy bonito, haces bien en quererlo y en comprarlo; saca tu dinero.» El niño entonces echará de ver que lo ha perdido o gastado y que no puede adquirir lo que desea. Quizá llore y tome una perrera, pero es necesario hacerse firmes y decirles: «No llores, yo te daré un realito cada día; y cuando reúnas los ocho que piden por el muñequito, te traeré para que lo compres.»

En otra dirección: «¿Ves este vaso de agua verde? ¿Ves ésta blanca? ¿A que te las hago negras?» Se vierte el agua de agallas en la disolución de caparrosa, y el niño quedará admirado de la realidad de la previsión. Otro día se le induce a que haga el milagro, y se le muestra en qué consiste, evi-

tando explicaciones. El talento, en puridad, sólo consiste en ponerse sobre el tiempo: es una facultad de previsión desarrollada.

El asunto lo he indicado, no más. No puedo omitir una cosa: es preciso dar a conocer al niño que él mismo es el principal factor de su destino.

X

Cama que anda.

Al rayar el día, una sensación de menudos golpecitos fríos en la cara me sacó del sueño. Me llevé la mano a ella y advertí humedad. Como aquello caía, miré al techo; y en lugar de su vista encontré el cielo, oscuro, lloviznando sobre mí. La extrañeza que esto me produjo calcúlela el lector. Busqué con la vista las paredes de mi habitación, y no estaban; miré al suelo, y había desaparecido. La cama no era la mía: otras cubiertas, más corta, más angosta. Mi confusión, lejos de menguar, crecía por momentos: la cama andaba, y yo en ella. Sentí que estaba suspendido en el espacio, y eché a llorar desconsoladamente.

—«¡Hijo, no llores!», gritó una voz, que era la de mi padre. Siguió momentáneo ruido de trote, y apareció junto al extraño lecho mi padre, montado en un caballo. Con el corazón oprimido continué sollozando, hasta que, poco a poco, readquirí la calma.

Más tranquilo, quise darme cuenta de tan extraña situación. Procuré incorporarme cuanto pude: vi el pescuezo y la cabeza de un mulo; delante, un hombre a pie que lo llevaba del ronzal. En el mulo, dos capachos de mimbre de los que sirven para conducir sardinas, uno a la izquierda y otro a la derecha: el primero, convertido en cama provisional, y allí durmiendo mi hermana mayor, tapado el cuerpo con una manta; el segundo, dispuesto de igual suerte, era el que yo ocupaba

y me correspondía. Delante, algo más lejos, mi madre en un burro con jamugas y mi otra hermana al pecho.

Tranquilo ya de que no andaba perdido por los aires y que caminaba acompañado de mis padres, como siguiera lloviendo, metí la cabeza bajo la manta; y el cuneo del mulo en el capacho me produjo sueño.

Al parar la caravana desperté. No llovía entonces, el cielo continuaba ceniciento. Bajaron a mi hermana y a mí del alto mulo y nos sentamos en el banco de una venta. Sobre una mesilla desataron los picos de una servilleta: apareció liada en papeles una tortilla, frutas y pescado frito.

A pesar del camino y de la hora, no tenía hambre. La profunda emoción de la mañana, el cambiado aspecto de mi padre que parecía pensativo, el besar y estrechar mi madre a mi hermana mayor y a mí con inusitada frecuencia y con los ojos llorosos, todo esto producía cierto no sé qué, anulando la alegría infantil que tanto excitan las novedades. Poco después volvimos a la marcha, ocupando nuestras respectivas posiciones.

Vendría a ocurrir lo relatado hacia Enero del año 30. Después de comer, la tarde se hizo corta y oscureció en el camino. Aunque menudo, llovía a ratos y a ratos escampaba. Temía perderme en la oscuridad, y escuchaba atento el paso de las caballerías; no oyendo la de mi padre, daba voces llamándole y me contestaba cerca: «Aquí voy, aquí voy.»

Más entrada la noche, el pisar de las bestias se hizo ruidoso de cuando en cuando; saqué la cabeza, y vi que habíamos entrado en un pueblo. Me pareció mayor que Medina. Las puertas a la calle, abiertas; bastantes zaguanes, limpios y alumbrados. Sin embargo, en algunos sitios se metían en fango las caballerías, hasta el punto de atascarse el burro que conducía a mi madre. Al fin, llegamos a una calle aún más fangosa que las otras. Nos paramos ante la puerta de una casa. Salió una familia, y dieron muchos abrazos a la mía. Entráronme en brazos, y en los que me cogieron me cogió el sueño.

XI

«¡A casa, a casa!»

Recuerdo el despertar al otro día. Una sala grande, con bastantes cuadros; en el suelo una cama, ya deshecha y desierta; yo en otra, con mi hermana. Grité, y vino al punto mi madre. En tres o cuatro días no cambió la situación. ¡Estaba extraño aquello!

La casa era hermosa, mucho mayor y más noble que la de la calle de la Loba. Los muebles me llamaban la atención: mesas doradas, con tablero de piedra de bonitos colores; sillones grandes, de caoba; aparadores y vitrinas, de metal y cristales; cuadros grandes cubriendo las paredes. Todo eso era nuevo para mí, y me hacía andar curioso y embobado. El ajuar de mi casa era el de un impurificado convertido a la vida militar: alguna cama de bancos y tablas, unas mesas de pino mayores y menores, varias sillas del Norte y media docena de baúles forrados de pellejo.

El nuevo mobiliario me atraía, despertando cierto respeto de superioridad hacia sus dueños. Hasta aquí, todo iba bien.

Pero mi madre extremaba cada vez sus caricias y lloraba tomándome en su regazo, sin poder contenerse. Las señoras de la casa hablaban con mi madre, procurando consolarla. Me quitaban de su falda; hacían también por acariciarme y distraerme. Alguna vez me preguntaron: «¿Te quieres quedar con nosotras?» Respondí que no, llorando y alargando los brazos a mi madre, como si fuese a perderla para siempre.

Otra vez oí «cárcel», «Malvar», «desterrado», y todo esto me daba mala espina, haciéndome andar receloso. Cuando, a fuerza de obsequios y estampas y de llevarme a la cuadra para ver el caballo, o al corral para enseñarme los palomos y las gallinas, echaba de ver que me habían separado de mi madre, pugnaba por volver adonde la había dejado.

Así amaneció el quinto día. Una como doncella preferente, cuarterona y bien vestida, fue quien logró adquirir algún tanto mi confianza. Ella era la que me enseñaba el borriquito chico, animal de mi predilección entonces y que aún en la actualidad conserva mis mayores simpatías; ella la que me sacaba a la puerta de la calle, ponía el babero y daba de comer con su propia mano.

La tarde antes habló de un huertecito, con unos árboles preciosos que daban manzanas y otros peras; algunos, bolitas de oro; y unos cuantos, preciosísimos juguetes. Entré en deseos de ver el huerto, y convinimos en que me levantaría tempranito, me vestiría e iríamos a él.

En efecto, me despertó y levantó. Nada noté: mi hermana quedaba dormida; mi madre se había levantado antes, según costumbre. Cogióme en brazos y me sacó a la calle; en ella estaba un burro con jamugas, atado a la ventana; no necesité más.

—¡No voy, me engañas! ¡Mamá, mamá!

Retorciéndome hacia atrás y hacia adelante, forcejeaba y gritaba desaforadamente.

¡Qué no sufrirían mis padres, que no se habían atrevido a verme para evitar la violencia de la separación, al oir mis gritos desgarradores!

La doncella, en aquel difícil trance, fue valiente: no retrocedió, porque ya era imposible retroceder. Me alejó de tal manera, sin cesar de decirme que no me engañaba y que lo del huerto era verdad. Salió al campo; la lucha, al forcejear por escaparme, agotaba mis fuerzas. Los gritos eran ya roncos y ahogados; la impotencia rindió al cuerpo, sin rendir la voluntad, y me dejé conducir.

Llegamos al cabo a un bonito huerto, que efectivamente tenía naranjos, perales y granados. No es bueno mentir a las criaturas: con la verdad basta. No estaban los árboles de las bolitas de oro ni de los muñecos, con lo cual adquirí el conocimiento lógico que antes sentía instintivamente. En vano fue

que me dijera que árboles de tanto valor podían robarlos, que el hortelano los tenía guardados, y que no tardaría en llegar con la llave. Volví a protestar, de la única manera que puede hacerlo un niño: renegando, llorando y pataleando. La crisis fue más corta; estaba agotado y sucumbí al cansancio.

—«¡A casa, a casa!» exclamaba sin violencia y más bien suplicante: «¡a casa!»—«Allá vamos», contestaba la buena de Gertrudis, que debió de padecer mucho aquel día.—«¡A casa!» Y salió del huerto como entramos, llevándome en sus brazos. Anduvo el campo, entró en una calle, luego en otra larga, y así fuimos mucho rato. Conocí que alargaba el camino y que tardábamos más en el regreso que en la ida. Sólo podía reiterar mi súplica angustiosa: »¡A casa, a casa!» Gertrudis temería llegar antes de que mis padres hubieran tenido tiempo para irse.

Al fin, llegamos. Llamó a la campanilla del portón, y salió a recibirnos la familia de la casa.—«¡Mamá, mamá!» Soltáronme y salí corriendo por en medio de todos.—«Ha salido, pero vuelve pronto»—me contestaron.—«¡Papá, papá!», y corrí a la sala: las camas habían desaparecido.

No es posible pintar mi desconsuelo. Largo rato anduvo la familia rodeándome y detrás de mí, para amenguar o distraer mi desolada pena; mientras más hacían, más aumentaban mi dolor. Afligidos también, y viendo que todo era inútil, tomaron el buen acuerdo de dejarme solo.

XII

Trinidad Malvar.

Este verdadero drama infantil necesita ligeras explicaciones.

Por aquel tiempo se había recrudecido la persecución a los liberales. Fernando VII nombró un intendente de policía *ad hoc,* para que purgara de negros la provincia de Cádiz. Iba

revestido de toda clase de poderes, al igual de los ministros, y superior a toda otra autoridad civil, militar y judicial.

A poco de instalado, olfateó a mi padre, averiguó su paradero y dirigió a D. Benito Chaín la orden que sigue:

«*Inmediatamente que reciba V. S. el presente mandato, constituirá V. S. en prisión segura a Don J. R. y L., asesor de su columna, y sin pérdida de tiempo lo hará conducir, convenientemente custodiado y bajo la más estrecha responsabilidad de V. S. a la cárcel de Jerez de la Frontera, recogiendo el competente recibo del alcaide, con el visto bueno del comandante de armas.*—Trinidad Malvar.»

D. Benito Chaín se puso lívido y luego rojo, echó tacos y venablos, pensó escribir a Malvar y al ministro; pero después de pensado, escuchando los consejos de mi padre, vió que todo era inútil, contraproducente, y que sólo sería parte a aumentar los rigores de la pena. Pero no consintió prender al asesor ni mandarlo escoltado. Aceptó mi padre el beneficio, constituyéndose preso bajo palabra de honor. Así dejó de ser asesor, a pesar de D. Benito Chaín.

El mismo día mandó a Jerez, con el ordinario, unos baúles con la ropa de la familia, y a la madrugada del siguiente me despertaba la frialdad de la lluvia, viajando sobre un mulo en un capacho de sardinas. Por la noche de aquel día, después de saludar a la familia a cuya casa fuimos, se presentó en la cárcel: quedó preso, y mandó el recibo con un propio a D. Benito Chaín.

Ejercía el cargo de comandante de armas D. Tomás de Castro, comandante de realistas; hallábase emparentado con la familia de que éramos huéspedes.

Tan feliz casualidad, hizo que, a pesar de obrar en su poder una orden muy severa de Malvar para que al hacérsele entrega del preso lo mantuviese así, esperando sus órdenes y rigurosamente vigilado, a ruegos de la familia, y no obstante sus contrarias opiniones, casi fanáticas por cierto, pretextando para sí que mi padre era militar, lo hizo conducir al cuartel de

realistas; y ya en él, bajo palabra de honor, le permitió salir hasta que el intendente dispusiera.

Como había decretado la prisión tan sólo por sospechas, no viendo términos para poderle ahorcar, esperó a mejor ocasión, reduciéndose entretanto a mandarlo desterrado a Morón, bajo la vigilancia de las autoridades y los frailes, y así no perderlo de la mano. Recibida la orden, mis padres se vieron forzados a dividir la familia. A la hermana mayor le cupo en suerte ser recogida por la abuela materna; a mí, quedarme en Jerez en la casa donde me hallaba. Mis padres marcharon con la niña de pecho a cumplir el destierro.

XIII

Inducciones.

Si del recuerdo anterior al que se acaba de relatar sacamos por consecuencia que la previsión se desarrolla tardíamente, del contenido del último resulta, entre otras cosas, que el niño a las proximidades de los dos años y medio puede ya gozar de la facultad de la inducción, que en la jerarquía psicológica parece ser una de las más elevadas facultades.

En efecto, nada resulta tan difícil como hacer bien una inducción. Atender, *atender con atención*, que es un principio de observación, comparar, sentir la relación conforme o disconforme de dos o más objetos entre sí, enjuiciar, en una palabra, y hasta deducir o sacar de una cosa algunas de sus partes, todo esto es fácil relativamente, y nadie duda que puede hacerlo un niño tan pequeño. Pero ¿inducir? Preciso es un hecho de observación autógena e interna para dejarlo establecido. ¿Y qué clase de inducción? Porque debe advertirse, que hay muchas clases de inducciones. Las hay directas, indirectas, por lógica natural y por malicia.

En toda inducción entran dos elementos: uno ideal y otro sentimental o de sensibilidad interna. Así, pues, para inducir

no basta la razón, es preciso que se asocie a ella el *sentir*, esto es, cierto vibrar artístico. Concluir de la vista de un burro con jamugas que mis padres iban a abandonarme, examinado bajo el aspecto exclusivamente racional, no tiene congruencia; pero si se agrega el elemento de vibración sentida o de vibraciones seriadas y correlativas, como en el caso relatado, se verá lógicamente y se explicará fisiológicamente por cualquiera la exactitud de la inducción.

Observando en otros niños los primeros indicios de esta facultad, me ha parecido encontrarlos en la *malicia*. Esta condición del niño revela los primeros pasos como inciertos, y, por consiguiente, torpes, de la facultad de inducir.

Atribuyo la precocidad ofrecida en mi individuo al alfiler tragado, que, por el mero instinto de conservación, puso en conmoción varias facultades y afectividades de mis centros psicofísicos; y a la circunstancia de ser ya poseedor de la sensibilidad estética, según he dado cuenta.

XIV

Una explicación.

Deseara pasar por alto ciertas relaciones que a nadie pueden interesar y que me son penosas. Pero exponer cómo me he educado y en qué consistía la educación de mi tiempo es imposible, si suprimimos el medio externo de la vida, las condiciones particulares y generales en que la educación se desarrolla.

XV

Dos cariátides.

A solas, sin mis padres y hermanas, una vez que cesaron las solicitudes de la familia de la casa, cambió mi género de pena: de exasperada y protestadora, vino a melancólica.

El «ya no tiene remedio», no me consoló, pero me hizo re-

signado. La duda de si volvería a ver a mis padres llevaba y traía mis esperanzas, conmoviendo el dolor con las olas del mar que se abisman y suben. Aunque más quedo, seguía llorando. Lloraba y pensaba, primero en mis padres, después en mis padres y en mi situación, más tarde en mi situación y en la familia de la casa. A medida que pensaba, se iba interrumpiendo el llanto por intervalos mayores. Al principio andaba vivo por las galerías del patio, como si fuese en busca de mis padres; después, de menos a más lento. Por fin, me detuve ante dos cariátides de piedra, que adornaban las claves de dos arcos de la galería, una de mujer y otra de hombre. La pareja trajo a mi pensamiento al señor y a la señora de la casa; y con ese pensar vino otro: el de que había hecho mal rechazando sus caricias. Entonces, cabizbajo, fuí aproximándome al dintel de la puerta de la sala donde se hallaban, pegándome al quicio sin atreverme a entrar. No tardaron en advertirlo, y llamáronme con dulzura. Entré despacio, con la cabeza baja, reprimiendo los últimos pucheros.

XVI

La familia Torres.

La gran influencia que la nueva familia ejerció en mi educación obliga a darla a conocer.

Allá, por el año 20, descollaban entre los estudiantes de Derecho de la Universidad de Sevilla, si no por más estudiosos, por más vivos, alegres y gallardos, D. Ramón de Torres y mi padre. De igual edad, el uno de Jerez, el otro del Puerto de Santa María, simpatizaron porque en muchas cosas se parecían y en muchas otras desemejaban. La amistad llegó a tan estrecha, que mi padre quería a Ramón sobre sus propios hermanos, y éste a aquél, cuanto un amigo puede querer a otro. Tan vecinos el Puerto y Jerez, concluída la carrera y licenciados ambos, continuaron sus estrechas relaciones, jamás luego interrumpidas hasta la muerte.

Torres, por liberal, pasó en la primera época sus apuros, aunque su temperamento y sus condiciones, pasada la edad estudiantil, lleváronle al campo moderado, con lo que gozó de una paz octaviana. Mi padre comenzó con los exaltados y concluyó con los progresistas, con lo que pasó la aperreada vida que puede suponerse.

Las amistades de los condiscípulos trascendieron a las familias. A los padres de Ramón se les caía la baba con la gracia simpática de Pepe, y como cosa propia se dolían de que fuese de opiniones exaltadas.

La señora madre de D. Ramón era el miembro más importante de la casa. Matrona de tipo fino, tez blanca, ojos azules, carácter pronto y enérgico, corazón excelente, dominaba a todos.

Su marido, la bondad y afabilidad personificadas; estas mismas condiciones le hacían posponer su voluntad a la de su esposa. Demasiado obeso, tenía los hábitos reposados de su temperamento y posición de propietario. Carecía de opiniones políticas. Religiosísimo sin ser fanático, oía diariamente la primera misa, rezaba mucho, leía las horas y no se le caía el breviario de la mano.

Aparte de Ramón, tenía otro hijo y una hija: Joaquín, médico, pero que no ejercía; la hija, soltera, y por la época a que me refiero, de edad de veinte años.

XVII

Gama de afectos.

Un niño chiquitín, en una familia sin pequeños, pronto se abre paso. Agregábase el ser hijo de unos amigos muy queridos y en situación desgraciada. En la familia sentí la varia escala de la gama de los afectos. La señora me tomó un amor vehemente; el señor, un afecto dulce y de constante altura; Joaquín adquirió hacia el niño un cariño profundo, desigual y

a veces exaltado; el del compañero de mi padre era diverso: se mantenía a cierta distancia, no me festejaba tanto, aunque sentía y me mostraba agrado. Paréceme que su actitud quería reemplazar la ausencia de mi padre, tomando la seriedad que se necesita para que los niños conozcan la superioridad y no se suban a las barbas.

Quizá el mismo día, o al siguiente, ya los había calificado y puesto nombres: llamé a la señora *Mamá abuelita;* al señor, *Papá abuelito;* al condiscípulo de mi padre, *El caballero;* a los otros dos hijos (así, con *sans-façon*), Joaquín y Concha a secas.

Y estos nombres seguí usando, menos el del *Caballero*, que troqué cuando adulto por el suyo propio de Ramón; hasta que uno tras otro fueron desapareciendo por la muerte.

XVIII

La caverna del dragón.

Tomado el terreno, no por eso me consideré dueño de la casa. La idea de que no era la mía, llevábame a guardar ciertos miramientos, a no ser exigente, a no alborotar demasiado. Por otra parte, el alma continuaba templada por la pena. A veces la desechaba con la distracción y temporal olvido, a veces se despertaba espontáneamente o por cualquiera cosa.

La casa era grande. Andaba por aquí y por allí; aquella libertad me complacía, y así no experimentaba impaciencia ni inclinación a las travesuras. «Es un niño bueno», exclamaban con frecuencia, y muy particularmente la *Abuelita.* Llevábanme al corral, en el que estaban la cuadra y la puerta de la bodega. El corral y la cuadra eran mi dicha. Aquí el borriquito chico; aquí la jaca negra, reluciente y hermosa; aquí el borrico pío, grande como un mulo, blanco casi todo, salpicado de manchas negras. Allí las gallinas y los pollitos recién nacidos; allí también, huraña y con las alas cortadas, una cigüeña flaca y langaruta, de patas sobre un palo atravesado de pared

a pared en un rincón, y que nos miraba con desconfianza, moviendo el pico a modo de veleta, marcando siempre al paso nuestra dirección.

Y para que nada faltase, allí la puerta entornada de la bodega, por cuya rendija salía un olor extraño, fuerte y atractivo, y por la que se entreveían indecisas tinieblas; cuyos misterios aumentaron con la siguiente advertencia de Joaquín, que me llevaba de la mano:

—Niño, no entres ahí, que hay un dragón.

Nada faltaba al alimento de un espíritu infantil: seres vivos diversos, prontos a saciar curiosidades y a satisfacer el apetito que siente el niño por el comercio de la vida; tinieblas misteriosas, excitadoras de la curiosidad y pábulo a imaginaciones y conjeturas.

Después de mucho rato me sacó Joaquín del corral, trayéndome por el propio camino de un callejón, un pasillo y su ensanche final en cierta especie de estancia de comunicación con el resto de la casa. En dicha estancia existía un brocal enrejado, correspondiente a un estrecho pozo. Joaquín también me dijo:

—Niño, este agujero es la caverna donde habita el dragón de la bodega; no te acerques, no te coja.

Contraproducente advertencia para suplir la previsión, como se verá después.

XIX

El placer de la venganza.

Al otro día me quedé un momento solo. El borriquillo, la jaca, los pollitos, parecían llamarme a grandes voces del deseo: nada más natural. Tenía que pasar por la estancia del agujero del dragón, y me espeluznaba. Se repitió una escena semejante a la de la matanza del cerdo; y, como entonces, venció el deseo al temor.

Con la espalda pegada a la pared, doy vuelta al pozo, y una vez en el pasillo, echo a correr; atravieso corriendo el callejón, descerrojo la puerta del corral, entro rápido y echo la aldabilla en un momento; respiro; me vuelvo con alegría para ir hacia la cuadra, cuando en el mismo punto la flacucha cigüeña, que me ve solo, se precipita de una zancada sobre mí, hiriéndome con su pico en la flexura del párpado superior izquierdo. Doy un grito, llévome la mano al ojo, me vuelvo de espaldas, pego la cara a la puerta del corral, abro y salgo huyendo y llorando.

A mi grito acudió la familia. Grandes fueron el susto y la ansiedad al verme el ojo cubierto por la sangre. Lávalo Joaquín presuroso, reconoce que el pico ha penetrado por encima y no está herido el globo; me pregunta si veo con él, y le contesto afirmativamente. Me preguntan cómo ha sido aquéllo; digo que la cigüeña.

Joaquín toma un palo y se precipita hacia el corral.

A mí me dió alegría: sentí por vez primera el placer de la venganza.

XX

«Sana, sana, culito de rana.»

En unos días, no volví solo al corral. Cuando entré, aprovechando una ida del mozo de la cuadra, no estaba la cigüeña. Pregunté por ella al criado, quien me contestó:

—A esa bruja la han matado.

Lo sentí; tuve, pues, concepto de la injusticia, por la desproporción de la pena. Y, sin embargo, ¡cuánto tarda el hombre en corregirse! Por una coincidencia singular, puedo apreciarlo.

Ya en edad provecta, hallábame en el campo con mis nietos. Mi nieta, por entonces poco mayor de un año, salió a la puerta de la hacienda. De una tropa de gansas destacóse una,

que con cuello tieso y alas batientes se arrojó sobre la criatura, tirándola un picotazo. Mi nieta gritó, de ese modo con que piden auxilio las criaturas; al grito, salí corriendo y la encontré desemblantada.—¿Qué te ha sucedido?, pregunté. Apenas sabía hablar aún, y señalándome la boca del estómago, me contestó:—*Papá, pipí pupa.* Monté en cólera, y con el revólver solté un tiro al pájaro; no le di, le disparé el segundo. Iba a tirar el tercero, cuando, calmado el primer rapto, eché de ver que era yo tan ganso como la gansa y que obraba sin reflexión, por mero impulso.

La satisfacción producida por la venganza es un asunto que merece atención seria. Implica necesariamente que en la naturaleza humana existe innato un mal sentimiento. La observación demuestra que ya se patentiza en la primera edad. Debe de ser, pues, y lo es en efecto, un sentimiento atávico que viene heredándose de padres a hijos desde los tiempos salvajes. Entonces, si bien se mira, no existiendo más garantía de seguridad individual que la fuerza de cada uno, era consiguiente el estado de lucha; de ahí los temores y sufrimientos de la derrota, y, por tanto, el placer de la victoria, asegurado con la satisfacción de la venganza. Aún, al presente, no consiguen la ley ni la justicia defender de la lesión moral; y por eso subsiste imperante la costumbre del duelo.

De todas maneras, es de esperar que tan avieso sentimiento vaya menguando a medida que la acción de la justicia social se perfeccione. Para conseguirlo, conviene también que la Pedagogía fije más su atención sobre este punto, y no se contente con decir: «Los niños no deben ser vengativos.» Importa sobre todo desterrar ciertas costumbres que tienden a fomentar el espíritu de la venganza.

Frecuentemente, cuando un niño cae o tropieza con un mueble y se lastima, se echa mano, para acallarlo y consolarlo, de dos recursos singulares.

El primero consiste en encararse con el mueble en que el niño tropezó o con el piso donde cayó, y darles golpecitos con

la mano a manera de azotes, diciendo: «¡Toma, toma, pícaro, por haber lastimado al niño.» En efecto, suele verse que el niño atiende y suspende el llanto, consolado por el placer de la venganza. Nadie que posea sentido común dejará de conocer la brutalidad del procedimiento, y cuán eficaz resulta para alimentar y desenvolver ese mal instinto, que la educación debe proponerse atenuar; y, si le es posible, extinguirlo.

Por venir a pelo, quiero también indicar otro procedimiento más inocente, pero no menos curioso, que se emplea para tranquilizar a los niños cuando se lastiman. Frótanles con la mano la parte dolorida, leve y velozmente, al mismo tiempo que les dicen: «Sana, sana, culito de rana.»

Dicha práctica, que sin sentido y por mera tradición viene empleándose desde sabe Dios cuándo, ofrece más qué pensar de lo que su simplicidad aparente manifiesta. Constituye nada menos que uno de los pocos ensalmos que nos quedan de las primeras épocas humanas. Lo juzgo tan antiguo como el canto del sueño y el de la muerte. Es ensalmo perfecto, por constar de dos partes: una locutiva y otra de acción o ceremoniosa. La locutiva, el «sana, sana, culito de rana». La ceremoniosa, el friccionar la parte dolorida rápida y suavemente. Considero del mayor interés el asunto, porque, en cosa tan oscurecida por el tiempo, este ensalmo completo, milagrosamente salvado de la ruina de los siglos, viene a ser como un monumento desenterrado que nos revela con cierta claridad la naturaleza y virtud de ellos.

Efectivamente, éste, al menos, no resulta una nonada; tiene la virtud de acallar y consolar a los niños de su dolor, cuando se lastiman. ¿Cómo y por qué? He ahí el misterio, la virtud. El hecho es que los niños callan. Pero no quedemos atónitos y con la boca abierta. La virtud es indudable. Respecto al misterio, el cómo y por qué, oigamos a la esfinge: «Sana, sana, culito de rana.»

El niño necesita creer. Cree desde que nace: de ahí su credulidad; no hay niño escéptico. Al decirle «sana, sana», cree

que va a sanar y se pone en aptitud de sugestión. Prolóngase el tiempo de ésta por el agregado de la frase (1), que vibra en su oído con la cadencia rítmica, parando la vibración en otra semejante por la consonancia *culito de rana*. La idea de sanar, la fe que presta, la métrica y la consonancia, reúnen cuanto es posible reunir para efectuar un acto de sugestión. Añádase a esto que el niño separa la atención de su dolor para fijarlo en esas palabras extrañas y algo maravillosas por su misma incongruencia.

Pero, por si no bastara, todavía queda la parte de acción o ceremonia: la fricción ligera y suave sobre el punto dolorido; remedio fisiológica y terapéuticamente mucho más eficaz y científico que el árnica y otras insulseces que suelen recomendar algunos sabios. En efecto, la fricción sobre la parte dolorida es un remedio instintivo, cuya utilidad no se ha reconocido por la ciencia de un modo perfecto hasta hace poquísimos años, dando lugar a una rama de la terapéutica, bautizada hoy con el nombre de *amasamiento*.

XXI

Cuentos de abuela.

Pasé felizmente el año 1830. Con frecuencia me llevaban al campo; en él sentía un bienestar indefinible, ese placer que sienten los pájaros y los niños, el placer de la vida.

Conviene que la educación tienda a hacer buenos a los hombres, pero también a ser felices. Y para esto considero capital el desenvolver en ellos la afición y el placer de los goces campestres. Son infinitos: la siembra de árboles y flores, la cría de animales, la salida y puesta del sol, los paisajes, la caza y pes-

---

(1) Aún es más larga la frase en Madrid, pues yo la he oído así, de niño: «Sana, sana, culito de rana; si no sanas hoy, sanarás mañana.»—L. M.

ca, la merienda con hambre después del ejercicio, las carreras al aire libre, salvar un río a nado con las ropas en la cabeza, ascender una loma empinada, rodar por otra suave; todo esto y mil cosas más templan el espíritu infantil virilmente, desarrollan el amor a la libertad y a la vida, por el placer inefable que en vivir se experimenta. Ninguna mejor gimnasia física y moral.

Hoy que la edad y los trabajos han apagado todos mis deseos, conservo vivo el de la vida campestre; y a ella me entregaría, como un mozo al amor, si los deberes no me ataran al vivir urbano.

En mi tiempo, sólo se entendía por educación lo que resultará de mis apuntes. Gracias a que la naturaleza llenó los vacíos y corrigió tantas absurdidades. Digo que el campo me educó suficientemente para corregir muchos entuertos surgidos de la escuela. No adelantemos los juicios.

En este año, tercero de mi vida, se acumulan tantísimos recuerdos, que es imposible enumerarlos, ni menos relatarlos. En lo que tengan de más influencia educativa, unos corresponden a sucesos, emociones e impresiones que ya he indicado, venidos por la acción del campo y su propia libertad sobre mi espíritu; otros proceden de la influencia del amoroso trato familiar, y muy especialmente de los cuentos.

La *Abuelita* me acostaba todas las noches en una camita baja, al lado de su cama; me hacía persignar y rezar el Bendito, y allí permanecía queda hasta sentir la acompasada y suave respiración que declara que el niño se ha dormido. Tardé en hacerlo una vez, y la abuela se puso a contarme un cuento. ¡No le cayó mala lotería! Desde aquel punto hasta cumplidos cinco años no la dejé respirar, si no me contaba uno o más cuentos cada noche.

Agotó su repertorio, que por cierto no era pobre, y hasta se convirtió en autora fecunda de este género literario. La blanda arcilla no se presta y amolda a la mano del alfarero, como mi sér entero al influjo de aquellas relaciones.

Ya sea por ellas mismas, ya por las circunstancias en que se encuentra un niño, cuando entrando en reposo su inervación muscular, por el cercano sueño, parece reconcentrar toda la atención y toda la sensibilidad en los centros cerebrales, el hecho evidente es que a esas horas un cuento resulta en sus efectos lo que un drama representado por buenos actores, en un buen teatro y con magníficas decoraciones, respecto a otro ejecutado por una compañía de la legua en el mesón de un lugar. Bien dirigido, nadie sabe adónde podría alcanzar el cuento como instrumento de educación.

Deploro no acordarme de las particularidades y trama de los mismos. No es extraño, luego se verá por qué; mas importa poco el caso. Con relación a mis impresiones, puedo dividirlos en varias clases: *inocentes*, como el cuento de las hormiguitas; *cómicos*, cual el del pobre zapatero que se encuentra un tesoro; *dramáticos,* como el de las matitas de albahaca; *heroicos,* cual el del infante de la estrella de oro; *fantásticos,* como los de brujas, duendes y mágicos.

Realmente, todos me gustaban; pero cada clase producía efectos muy distintos. Prefería, con mucho, los *heroicos;* y esta preferencia deja fuera de duda que el gusto nace hecho en la criatura, cosa que contradice en redondo el apotegma admitido generalmente de que el «gusto se hace». El gusto se perfecciona; pero, como todo asunto de sensibilidad subjetiva, está inmanente en el individuo. Ahora bien, lo que no sé es el motivo de mi ánimo para esa preferencia. Pensando ahora sobre tan curioso tema, veo entre los cuentos *heroicos* que me referían y las novelas que criticó Cervantes, cierto parecido, digo mal, identidad. Los cuentos esos resultan verdaderos bocetos de historias de Caballería; a detenerme en la materia, quizá pudiera probar que fueron como el huevo de donde surgieron dichos libros.

Al influjo de aquellas relaciones, mi espíritu se ampliaba saliendo al exterior: quería volar por aquellos espacios imaginarios, penetrar en los castillos murados, con la paloma men-

sajera que afirmaba la fidelidad amorosa del valiente caballero y anunciaba la próxima libertad de la cautiva. Como el del héroe, se contraía mi brazo en la ocasión de dar cuchilladas y mandobles. Ya me sentía volar sobre el caballo, y hundir el acicate en sus ijares; siendo la particular que esa especial sensación todavía de viejo lo experimento muchas veces, en esos intervalos indecisos entre el sueño y la vigilia.

Así como esos cuentos me exteriorizaban, en cierta manera, poniendo en energía actual todas mis afectividades y potencias, cual una luz que, apagada, se enciende de pronto y llena un gran espacio, así, por contrario modo, los cuentos de brujas y de duendes me replegaban y encogían.

He extraviado algo la primera idea. Iba a decir que mi gusto decidido por los cuentos *heroicos* pudiera proceder de la particular tensión de mi sensibilidad debida al atavismo; sin duda, mis antecesores la templaron así, con la lectura de los libros de Caballería.

Andando el tiempo, no dudo que podrá sacarse gran partido de todo esto, no sólo para la educación y la instrucción, sino como medio terapéutico para corregir ciertas direcciones morbosas que en su afectividad suelen presentar los niños, y que más tarde los constituyen, ya en huraños, ya en egoístas, ya en irascibles, ya en indiscretos, ya en groseros, ya en hipocondríacos y neuropáticos para toda la vida.

XXII

Reconcomios.

Las simpatías del niño trascendieron a las personas anejas de la familia. La *Abuelita* tenía un hermano casado, que carecía de hijos. Experimentaba, tanto como su señora, esas ansias que producen los deseos insatisfechos.

—Déjame el niño, para que lo vea María—rogaba con frecuencia a su hermana, consiguiéndolo a veces.

—Déjamelo por un día;—y así llegó a suceder que, al enviar por mí, alargaran el plazo.

No hay que decir si el *tío Periquito* y la *tía Mariquita* me tratarían a cuerpo de rey.

La Nochebuena de aquel año la pasé en su casa. Me compraron, armaron y regalaron un lucido Nacimiento, una zambomba y una pandereta. Mi felicidad llegó a su colmo. Vino la Pascua con sus tortas, dulces y festejos.

Tío Periquito y *tía Mariquita* eran unos labradores de los más ricos de Jerez. Hermosa casa, extensos graneros, cuadras llenas de hermosísimos caballos, desahogados corrales bien empedrados y limpios, abundantes oficinas para las necesidades de la labor.

Vi un patio lleno con una manada de pavos. Allí observé la singularidad de cómo alargaban y encogían el rojizo moco, y cómo lo varíaban de color, del encarnado al morado y del morado al blanquecino: unos, macilentos; otros, que de pronto hacían *tac* y me asustaban, ahuecando las alas y desplegando la cola en forma de abanico.

Luego, la *tía Mariquita* entró con una larga tira de papel y empezó á leer:

Cuatro a las Capuchinas.
Cuatro a Santo Domingo.
Cuatro a las Franciscas.
Dos a mi confesor.
Dos al médico.
Dos a D. Mateo, el escribano.
Dos a mi abogado D. Julián.
Dos a mi cuñado D. Ramón.
Dos a D. Fulano.—Y así sucesivamente.

A cada nombre, yo esperaba con inquietud oir pronunciar el de mi padre; pero pasaban y pasaban otros, y el de mi padre no venía.

Cuando terminó con el último pavo y el último nombre, volvió *tía Mariquita* las espaldas. Yo sentí una de las impre-

siones más singulares, de pena, enojo y disgusto; era la primera vez que la experimentaba de su especie: la impresión de preterición, de amor propio ofendido y de desaire.

No se había acordado de mi padre. Olvidé, sin duda, que mis padres estaban desterrados a muchas leguas. Pero el caso manifiesta que, transcurrido un año, los conservaba en los pliegues más reconditos del corazón. Salí del corral y entré mohino en las habitaciones.

Hubieron de notar mi aspecto, y me preguntó el tío Periquito:—«¿Qué tienes?» Y yo contesté:—«¡A casa de Abuelita!»

Y como continuara así, repitiendo lo mismo, me llevaron a la calle de Piernas.

La susceptibilidad, esa especie de pasión indefinida y tan compleja, se desenvuelve muy precozmente en las criaturas. Si en mí se manifestó a los tres tres años y cuatro meses, sería porque no ocurriera antes una ocasión que la provocara. La he observado en niños de menos edad, en mi nieto, siendo aún de pecho (podría tener diez u once meses), con el motivo siguiente: volvía yo de un viaje, y traía varias «maritatas», como recuerdo a la familia.

Trajéronme los nietos, y comencé a sacar de la maleta sus regalos. Dió la casualidad de que venían encima los de mi nieta. Extraje una muñeca, y se la di; su hermano, en brazos del ama, miró la muñeca con interés. Saqué un cochecito, y lo entregué a la nieta; extraje otro juguete, y resultó tambien de los dedicados para la niña. El niño sufrió conforme el segundo. Pero al tercero rompió a llorar, al punto mismo que el ama, no distraída como yo e intimada con los sentimientos de la criatura, exclamó sulfurada y encendida:—«¡Todo para la niña, y nada para mi niño!»

Pronto los tranquilicé, mostrando los juguetes que le correspondían.

Desde el punto que sentí la impresión aquella, vine a ser muy susceptible. Esta pasión es tan compleja, que la conside-

ro como la más varia, más diversa, más difícil de apreciar y analizar en los matices de sus numerosas modalidades. Baste recordar el sinnúmero de palabras, frases y figuras que emplean los idiomas para significar esa pasión.

Del que la sufre, se dice en castellano: susceptible, impresionable, sentido, sensible, puntilloso, delicado, picado, picajoso, quemado, requemado, volado, enojado, lastimado, resentido, etiquetero, desairado, menospreciado, preterido, ofendido, desatendido, olvidado, desconsiderado, postergado, etc. Y no bastando esas palabras, muchas de ellas impropias por tener diversas acepciones y ser todas metafóricas (lo cual prueba la falta de precisión con que se lucha para expresar netamente dicho sentimiento), todavía echamos mano de frases no menos equívocas, impropias y metafóricas, como: amor propio herido, punto de honra, sentimiento de dignidad, volver por sus fueros, humo por las narices, fino de epidermis, blando de sensibilidad, suprasensible, y otras. Todo esto demuestra que hay una deficiencia en el lenguaje.

Ciertos afectos y pasiones tienen un signo fonético propio y bien definido, sin otra más acepción, por ejemplo: amor, odio, ira, envidia, codicia, etc. Pero ese sentir que se experimenta, como yo cuando el regalo de los pavos y mi nieto cuando el reparto de los juguetes, ¿por qué no ha de tener un nombre propio, neto y exclusivo? «Sentimiento» se le dice; y «sentimiento» es una voz genérica que corresponde lo mismo al amor que a la amistad, al odio que a la impaciencia.

Bien es cierto que recibe una acepción particular cuando trata de ese particularísimo que nos ocupa. Pero, ¿sentimiento de qué? Para mi uso, lo distinguiría perfectamente llamándolo el sentimiento de pavo. Sin duda, sería muy conveniente darle otro nombre más propio y también más particularizado que el que, a falta de otro, resulta imperfecto en el lenguaje corriente.

Pocas cosas hay tan difíciles como inventar y hacer aceptar una palabra. Sin embargo, las ciencias, descubriendo ob-

jetos nuevos, se ven obligadas a inventarlas, y muchas luego las recibe el habla corriente.

Respecto a ese sentimiento especial de que tratamos, no hay duda que se necesita una palabra propia, y que ha de inventarse cuando por el estudio de los estados de ánimo sean éstos más conocidos.

Para mí, el de que hablo ahora es un estado pático interior, muy profundo: puede constituir una enfermedad del espíritu, y de aguda y transitoria hacerse crónica; no veo inconveniente en denominar a dicho afecto, hasta nueva orden y de un modo interino, *impatía*.

Abordo los inconvenientes del pedantismo, porque sin eso no podría expresar lo que se me ocurre acerca de tan importante materia.

Pero, siendo cosa larga, antes de entrar en ella no quiero diferir otra observación que surge del relato: esa impresión de resentimiento es tan fuerte, que borra los anteriores sentimientos de gratitud.

Cuando tantos agasajos y consideraciones personales acababa de recibir, una supuesta desconsideración meramente imaginativa, puesto que mis padres no podrían recibir pavos encontrándose ausentes; un mero olvido a lo sumo en caso posible, mueve en mí un fuerte, íntimo, doloroso, exasperado y despechado sentimiento de ofensa, que me hace no sólo olvidar la gratitud, sino trocarla en desafecto.

¿Qué misterios son éstos del corazón humano? ¿Es mala índole de mi particular naturaleza? ¿Es un resorte universal en todas las criaturas? ¡Cuánto hay que observar y estudiar en todo ello!

Y que ese sentir vicioso tiene una fuente pura, no hay que dudarlo. Ser sentido, ser delicado, ser pundonoroso, constituyen modos afectivos virtuosos. ¡Cuán grosera y bestial sería sin ellos la especie humana!

Pero, como todo afecto puro, ofrece gran aptitud a la desarmonía. Resulta en esto lo que en las obras de arte delica-

das, donde el más leve defecto las echa a perder. Así, el amor se convierte en pasión y se transforma en odio; el instinto de conservación, en cobardía; el sentido de previsión, en avaricia; la dignidad, en fatua vanidad.

Diría que mi nieto mostró su estado de ánimo como fisiológico, su sentimiento era sano; y que yo lo experimenté patológico, enfermo. ¿Por qué la variante en mi nieto y en mí? El temperamento en mi nieto es más dulce, no es sanguíneo; el mío es más arrebatado, como sanguíneo y nervioso.

Además, mi nieto no había estado en ninguna *amiga*. Yo en ella, atado a una silla y sin poder moverme, quedé impaciente, y por tanto, dispuesto a dispararme cual un arco de acero en forzada tensión.

Ahora bien; dejemos las palabras «sentido, resentido, delicado, pundonoroso, digno, etc.», para el sentimiento puro fisiológico, y adoptemos la palabra *impatía* para que sirva de signo matriz de sus diversos estados patológicos.

Curándome poco de rigorismos etimológicos, para adaptarme a la varia procedencia de nuestro idioma castellano, con lo cual será más fácil que se comprenda la significación de las nuevas palabras, de *impatía* pueden inducirse el verbo *impatir* y todos sus correlativos tiempos; quedando ese sentir indubitado y especialísimo en posibilidad de expresarse locutivamente de un modo preciso, neto y sin tener que apelar a dudosas anfibologías.

Será de igual manera posible significar esa multitud de grados diversos del movimiento pasional de que se trata, quedando lleno el vacío que advertimos.

Impato o *impatible* podrá decirse de aquel que sea susceptible, ocasionado o fácil para experimentar esa emoción.

Impato, el acto de rapto interior que se experimenta. Nótese la semejanza de esta palabra con la corriente y usual de «ímpetu». Adviértase que ímpetu es un movimiento anímico fuerte, pero que viene del interior al exterior y desarrolla una fuerza que se exterioriza; tanto, que en el ímpetu hay explo-

sión y a veces acometida externa a persona o cosa, o cuando menos dercarga por voces, interjecciones o esfuerzos musculares; mientras que el *ímpato* corresponde a un movimiento interno que no se exterioriza, sino que más bien se interioriza, determinando un fenómeno lógico que se expresa muy bien diciendo de él que es un ímpetu para adentro o un ímpetu al revés.

Impático expresará al tocado de ese vicio afectivo.

Impatonil podrá decirse del tan en extremo susceptible a la emoción, que se mueva por un nada o por mera sospecha de motivo infundado que su propia mente fragua. Vendrá a representar con signo propio lo que hoy queremos indicar con la palabra «quisquilloso».

Impatiforme significará el dado a impresionarse por motivos de forma exterior, cual el que hace cuestión grave de amor propio lo que se refiere a las cosas de etiqueta. Nótese que la palabra «etiquetero» la usamos en nuestro lenguaje corriente en dos sentidos: uno, que se aplica a los que son muy dados a las ceremonias de la etiqueta, y si, por observarlas, se hacen empalagosos, ceremoniosos o etiqueteros; el otro sentido es referente a los que en cualquiera omisión de forma, sea real o supuesta, que con ellos se tenga, sienten una exagerada emoción de amor propio ofendido. Convendría, pues, dejar la palabra «etiquetero» para la primera acepción, y la de «impatiforme» para la segunda.

Impatuoso es grado y afectibilidad algo parecidos a los anteriores, pero distante de ellos; se refiere al «*impático*» por exceso de inflación y vanidad.

Impatidor debe decirse de ciertos individuos que tienen la mala condición de provocar el *impatismo* en las personas a quienes tratan. Es un defecto grave, muy común, y que, a falta de palabra que lo signifique, ha procurado expresarlo la necesidad del común sentir, por medio de frases más o menos precisas, diciendo, por ejemplo: «¡Qué cargantees Fulano! Don Zutano no habla sino hiriendo. El señor de Tal me en-

cocora, sin saber por qué. Don Mengano tiene la virtud de ofender a todo el mundo.» Etcétera.

Cuánto importa al pedagogo, al padre, a la madre y al tutor del niño meditar sobre el punto que tratamos, para poder estudiar en la criatura la manera cómo siente esos efectos y los grados en que los siente, no cabe ponderarlo. Basta saber que, de un lado, podrá dar lugar a que salga un hombre delicado, sentido, pundonoroso, apto para toda honradez y empresa noble; mientras que, de la misma fuente, puede salir un hombre susceptible, puntilloso, cócora, antipático, insoportable, ofensor de la dignidad de los demás y (lo que es peor aún) rencoroso, y más tarde vengativo y criminal.

En efecto, la *impatía,* moviendo hacia adentro la sensibilidad, concentra el sentimiento, predispone a la tristeza crónica, a la envidia, a la malquerencia, al resentimiento torvo y mudo, que a ciertos organismos los lleva a fraguar proyectos de rencor y de venganza.

Sobre todo, no se reprima al niño: desenvolvamos en él la cualidad de la franqueza; que no guarde nada en su interior. Observadle; y si no declara lo que siente, investigadlo y declarádselo vosotros para que se acostumbre a sentir hacia afuera. No reprimáis sus ímpetus: el ímpetu es lo contrario al *impato* y su mejor medicina; el impetuoso podrá ser violento, pero siempre es noble. El *impato* viene siempre a rencoroso y vengativo. El impetuoso, luego del rapto, se calma, y con educación suave, él mismo se corrige. El *impato* va de más en más, hasta ser un desdichado.

Se ha dicho por alguien que cada escuela abierta cerraba un presidio. Es inexacto: en las escuelas no se educa. En la educación, lo de menos es enseñar; lo de más, lo esencial, es modelar los afectos y hacerlo prácticamente.

La mayoría de las criaturas nacen para el bien; pero de éstos, muchos aberran por circunstancias externas. Otros, ya por atavismo, ya por defecto orgánico, nacen para el mal. De los aberrados, no hay que decir si pudieron haberse librado de

su destino. Pero aun respecto a los atávicos y orgánicos, no debe perderse la esperanza. Yo la tengo de que, andando el tiempo, ha de surgir una rama de la frenopatía, que se ocupe, no ya en curar al loco de la inteligencia, sino al pático de los afectos en su infancia. El opio, las preparaciones de bromuros y otras drogas, los cuentos y espectáculos apropiados, la dietética, etc. (y aun las operaciones quirúrgicas), podrán lograr, una vez hecho el diagnóstico de una enfermedad afectiva, corregirla y curarla.

XXIII

Y el primer huevo, ¿quién lo puso?

Entrando en el año 31, en cuyo mes de Agosto hube de cumplir los cuatro de mi existencia, no encuentro en sus recuerdos sucesos culminantes que referir, de esos que son como llaves maestras del corazón y de la inteligencia del niño.

No obstante, es evidente que el tiempo no pasó en balde. La influencia del cariño de la familia adoptiva, el recuerdo de la propia, las frecuentes idas al campo, mi afición a los cuentos y demás medios externos, fueron ahondando las buenas y las malas disposiciones que ya conocen los lectores. Sobre dos pequeñeces quiero hacer punto y aparte.

Es la primera, que hacia esta época vine a ser un preguntón insoportable. No me acercaba a persona de mi confianza que no le preguntase alguna cosa, y que, obtenida la respuesta, no repitiese otra pregunta sobre ella, y así hasta el infinito, concluyendo el interrogatorio con la paciencia del interrogado, que al fin ponía término al asunto con esta frase, singular por el tono algo amostazado con que la pronunciaba:

—¡Caramba con el niño, que es más preguntón que un fraile!

Efectivamente, he observado en todo el curso de mi vida que los niños son muy curiosos y, por tanto, preguntones. No

era esa condición mía exclusiva, es propia de la edad. Todo es nuevo, se presentan muchas cosas ignoradas; de consiguiente, entra el deseo de saberlas y viene en pos la serie de preguntas.

Un niño de tres años me preguntó cierto día:

—¿Por qué las ratas tienen rabo?

Yo le contesté:

—Porque se les prolongan las vértebras del espinazo.

—¿Qué son vértebras?

—Son—le dije—unos huesos pequeños que se unen en fila y forman el rosario del caparazón. ¿No has visto tú el caparazón de un pollo o de un conejo guisado?

—No—contestó el niño.

—¿Y la espina grande de un pescado?

—Sí.

—Pues esas son las vértebras—le dije yo.

—¿Y para qué sirven las vértebras?

—Pues sirven para armar el esqueleto.

—¿Y qué es el esqueleto?

—El caparazón de los huesos; los huesos unidos, pelados de carne.

En este punto, el niño calló. Y cuando yo me creía *aprobado*, por haber respondido a las preguntas, después de un momento en que pareció reflexionar, me dijo:

—¿Y por qué se les alargan las vértebras?

A cuya última pregunta vinieron las *calabazas*, porque tenía que contestarle:

—Pues... hijo, no lo sé.

Mi nieta me dió aún calabazas más redondas, teniendo la misma edad. La paseaba de la mano por el campo.

—Papá Quico, ¡un bicho!

—Ese bicho es un escarabajo.

—¿Y por qué lleva esa pelota?

—No me lo ha dicho, ni he leído si para comérsela cuando tenga hambre; pero supongo que será para poner dentro los huevos.

Me miró sorprendida, y me dijo:

—¿Son gallinas?

—No, pero todos los animales ponen huevos; aunque a algunos no les salgan del cuerpo, sino que se les quedan dentro. Pero al escarabajo le salen fuera, y los ponen dentro de esa bolita de estiércol, para que, con el calor, se animen y salgan los escarabajitos chicos.

—¿Salen de huevos los bichos?

—Sí, todos, y aun los que no son bichos: hasta tú y papá Quico.

Y saltando por una serie de preguntas que ella se tuvo que hacer y contestar a sí misma, en silencio, sin continuar el proceso inmediato de su curiosidad, me preguntó de pronto:

—Y el primer huevo, ¿quién lo puso?

Aprovechemos esta preciosa cualidad de los niños, para instruirlos y educarlos. Ellos van rápidamente a lo último, al *por qué*. Y, sin apagar ese deseo de saber esencial, convendrá declararles que en el *por qué* de las cosas somos tan ignorantes como ellos, pero que en el *cómo* y relación de las cosas entre sí sabemos bastante más; y que eso se averigua y aprende, no sólo preguntando, sino observando, mirando las cosas con reflexión y cuidado. Sería un ejercicio utilísimo y capital, cuando un niño nos haga una pregunta fácil de contestar, que no lo hiciéramos inmediatamente, sino que pusiéramos al niño en el camino de hacer, con nuestra ayuda, por sí mismo, la averiguación. Por ejemplo, en el caso de la pregunta de la rata, haber contestado:

—Pues mira, no lo sé; pero mañana encargaremos que nos traigan un animal con rabo, un conejo que compren en la plaza, y así veremos por qué la rata y el conejo y otros animales tienen rabo.

Estoy seguro de que el niño ansiará la venida del nuevo día, y que asistirá gustoso y será un actor útil de una disección en que, insensiblemente, y sin trabajo, aprenderá lo que es piel,

músculo, hueso, tendón, vértebra y la constitución del rabo y de la columna vertebral.

Tampoco dudo de que, a pocas investigaciones en uno u otro sentido, adquirirá la pauta inicial para la investigación independiente, discurrirá por sí mismo, y no se verá reducido al papel de repetidor o de mona intelectual, que es adonde lleva y llega la malhadada educación que pretendieron darme.

La segunda pequeñez se refiere a la honda afición que sentí a ciertos animales, y que, por ser también condición general de todos los niños, es importante examinar.

Reflexionando sobre las gratas y atractivas impresiones que me producían los animales, columbro en ellas una raíz muy honda; y puesto que el fenómeno es común a todos los niños, conviene ver en qué puede consistir y si es susceptible de aplicación educativa.

Sin duda, lo veo bien, la atracción depende del apetito de superioridad y de dominio que toda criatura trae innato, al verse cerca de poder satisfacerlo.

Podrá el sér humano parecerse anatómica y fisiológicamente cuanto se quiera a los demás animales; pero, en cuanto a una determinada categoría de sus afectos, hay tanta o más distancia que entre las facultades intelectuales del llamado irracional y las del racional.

Sea como quiera, el hombre está sobre la tierra para llenar una misión que le es exclusiva, única en mi concepto que establece la divisoria irreductible entre él y el resto de la naturaleza, así animada como inanimada: esa misión es la de dominar el espacio y el tiempo; o, lo que es lo mismo, vencer en lucha a la fatalidad, ser libre.

Como este es el ideal innato que persigue, claro está que aun hoy día no ha llegado a alcanzarlo como colectividad; pero, si bien se examina, no queda duda de que empieza a lograrlo parcialmente, y casi del todo, por ciertos y determinados individuos, aunque escasos.

El más escéptico no podrá desconocer ni negar que el hom-

bre civilizado es menos esclavo de la naturaleza y está menos sujeto a la fatalidad del espacio y del tiempo que el habitante de las selvas.

Poco a poco hemos venido conquistando y dominando lo fatal, o sea la naturaleza bruta. El que camina en ferrocarril se coloca sobre el tiempo y el espacio lo que va de diferencia entre el año que se emplearía para ir a pie de Lisboa a Rusia y los pocos días en que ahora puede recorrerse igual distancia. Colón, descubriendo América, dominó la tierra; con el telégrafo eléctrico tenemos prisionero el espacio y el tiempo en una de sus formas de mayor interés para la vida libre.

Tales hechos prácticos y evidentes son nada, comparados con los triunfos sorprendentes que sobre la Naturaleza hemos de alcanzar, tan sorprendentes que pasarían por quiméricos si hoy se anunciaran.

Volviendo al punto de partida, digo que mi atracción o afición a los animales procedía de la ocasión que daban para satisfacer la propia inclinación de posesión y de dominio sobre aquellos seres.

El apetito éste se despierta en el niño y se acentúa por contraste. Siéntese débil, inferior y dependiente de los humanos que le rodean. Ve autoridad en el padre, en la madre, en los parientes, en los amigos de la casa; por todas partes se ve rodeado de personas de mayor fuerza y de mayor inteligencia. Sólo advierte cierta inferioridad en los sirvientes: por eso los niños prefieren hallarse en las cocinas a estar en las salas, y el trato de los criados al de los amigos de la casa; pero todavía no quedan satisfechos con los servidores, viendo en ellos algo menos, pero no materia de posesión y perfecto dominio. Este deseo lo sienten plenamente realizado en su comercio con los vivos irracionales, y el niño goza inconscientemente (sin explicarse el por qué, pero goza); él, subordinado e inferior a los demás humanos, se ve jefe, superior y dueño de otras criaturas.

Observemos cuidadosamente al niño en el ejercicio de su

imperio; nada podrá dar a conocer mejor su naturaleza. En él veréis al hombre del porvenir: en él se declarará bueno, humano, compasivo; en él también, duro, despótico, tirano. Ya veréis el niño que se priva de los postres, para regalar con ellos al animal amigo; ya le veréis, con maligna frialdad, punzarle los ojos con una aguja.

Gracias a Dios, yo no recuerdo haber caído en tales excesos; sin embargo, como se verá más adelante, cuando tenga que referirme a sucesos de alguna mayor edad, tendré que acusarme también de algún pecado de tiranía. Respecto a la a que ahora me refiero, bien puedo referir mis impresiones.

Las gallinas me gustaban, pero no las apetecía. Los pollitos eran mi deleite; mas al cogerlos y poseerlos me parecían poca cosa: así como si, siendo mujer, me deslumbrase una joya, que, examinada, resultase de piedras de Francia solamente. Los palomos, hermosísimos, ¡cuánto los apetecía para mí! Pero volaban y no se dejaban coger. Les echaba migas de pan y aun de bizcocho; bajaban a picarlas, y cuando, cerca ya de ellos, yo me inclinaba para pasarles la mano y hacerles una caricia, ¡ingratos! volaban, mirándome desde el tejado.

El caballo, ¡oh, el caballo!, hubiera constituído mi fortuna. Pero había en él mucho de brutal para mis tiernas fuerzas. La cigüeña me había hecho más cauto y receloso; así, me acercaba al caballo guardando respetuosa distancia. Procuraba seducirlo hablándole de lejos y enseñándole un pedazo de pan. Aquí las cosas no pasaban a mayores, excepción hecha de cuando llegaba el mozo de cuadra a echar el pienso; momento en que aprovechaba la coyuntura para acercarme más, y andando días, hasta para darle alguna palmadita en el arranque de los brazos.

En fin, ya que no con el caballo, me atreví con el borrico pío, manso y burro de bien como el mejor del mundo. Amaba más al borriquito chico; pero, inestable y travieso, se me huía y acercaba; y con sus morisquetas y respingos, conocía yo que, sin mala intención, podría lastimarme.

La dificultad misma del pleno dominio aumentaba mis empeños. De ello saco que debe ser malísimo para la educación satisfacer el deseo en los infantes inmediatamente, tanto porque pierden su resorte, cuanto porque predispone al hastío y más tarde a la infelicidad mayor que hay en el mundo: la infelicidad de los felices.

Con estos antecedentes se podrá calcular cuánto placer recibiría una tarde, al traerme un criado del campo una avefría que cogió viva, y a la que recortó las alas para que no se escapase. Más pequeña, parecíase a una paloma. Tenía plumas blancas, otras tornasoladas entre azules y negras, brillantes. La cogí entre las dos manos; la besaba y metía su pico entre mis labios. Quise darle de comer, no quiso; agua, tampoco. Estaba triste, tanto como yo alegre; me daba pena. Quise darle a entender que no temiese, que yo era su amigo, que la quería y la trataría muy bien, pero nada; sin duda, el animalito, separado de los suyos, sentía la pena que yo cuando las circunstancias me separaron de mis padres.

«Mañana estará alegre», pensé, y seguí con mi avefría, sin dejarla un momento.

Llegó la noche, y quisieron encerrarla dentro de un canasto. No lo consentí: era mía, y defendí mi derecho, de tal modo, que la familia transigió.

Desnudáronme, me acostaron, recé el Bendito y otra oración al Angel de la Guarda, que me habían enseñado. Aquella noche no pedí los cuentos. Me acosté con el pájaro, le di besos, lo acurruqué conmigo, teniendo la precaución de dejarle la cabecita fuera del embozo, y me dormí tan feliz como la madre que da el primer pecho a su reciénnacido.

Al despertar por la mañana, los ojos y el pensamiento se abrieron para mi ave; y ¡ah, horror! estaba muerta, debajo de mi propio cuerpo, con la cabeza aplastada; y una mancha de sangre seca en la sábana y en mi camisa, denunciándome como asesino.

XXIV

No quiero amigas.

—A este niño es necesario enseñarle ya la doctrina—dijo un día D. Ramón.

—Es muy chiquitín—contestó la *Abuelita;* además, sabe persignarse y el Bendito, y otras cosas que yo le enseño al acostarlo.

—No basta, mujer; no digo a nosotros, a los padrinos que no viven con los niños les ordena la Iglesia que, a falta de los padres, enseñen la doctrina a sus ahijados.

La razón no tenía vuelta de hoja, y dieron con mi cuerpo en otra *amiga.*

Era peor y era mejor: peor, porque no había corral ni aire libre; mejor, porque siquiera a los chiquitines se nos ocupaba en algo. Eso sí, sentaditos horas mortales.

En coro se nos hacía persignar: la maestra, atenta a la colocación de los dedos, corregía las imperfecciones. También a coro rezábamos el Bendito y la Salve y el Padrenuestro, llevando la voz la misma maestra.

En la pared pendían algunos cartones con dos o tres abecedarios, presididos por una cruz que daba comienzo a ellos. A la cruz se le llamaba *Jesús María.*

Con la caña, indispensable cetro de las maestras de su especie, señalaba a la cruz, y los niños en coro pronunciaban *Jesús María.* Acto seguido señalaba la *a,* y los chicuelos debíamos repetir *aaa*, y así sucesivamente. El *Jesús María* lo aprendí, pero no las letras; porque, no atendiendo a la caña, sólo cuidaba de repetir con los demás párvulos el sonido que pronunciaba la maestra.

Concluídos tan sanos ejercicios, se daba reposo a las labores; pero, eso sí, cuidando de que los niños no hiciesen ruido ni se

movieran. Luego, vuelta a empezar con el persignado y el Bendito, con la caña y el *Jesús María*.

Alguna que otra vez, consentía la disciplina alguna indulgencia mayor: como, por ejemplo, dejarnos echar la madejita; cosa que aprendí desde la «cunita» a «los cordeles», mientras que en el abecedario no pasé del signo de la cruz.

A pesar de mi humildad, tenía aversión a ir a la amiga; y, aunque no protestaba y me dejaba conducir, la *Abuelita* conoció el sacrificio y decidió suspender mi *educación*. Protestó el esposo; volvió a apelar a la autoridad de la Santa Iglesia; pero, como la *Abuelita* era de carácter más enérgico, dijo que no, y quedé libre y otra vez feliz.

XXV

La vendimia.

No sólo iba al campo cuando solía ir la familia, sino también todos los sábados en que el capataz pagaba los jornales, llevándome él montado en el borrico pío y delante yo, sujeto entre sus brazos. No hay que decir que Orihuela (tal era su nombre), antiguo y honrado sirviente, me cobró mucho cariño, y que yo le correspondía.

Por la vendimia, la temporada era más larga. Todos permanecíamos en el campo, excepto D. Ramón y *El Caballero:* el uno quedaba atendiendo a la casa y el otro a su bufete, si bien el último iba los sábados por la tarde para regresar el domingo por la noche.

La casa de la viña no podía ser más pequeña. En una sola estancia hallábanse el lagar y la bodega de los mostos, y las tinetas y los demás utensilios de labor; sin embargo, en los pequeños claros y en una pequeña cuadra, aseada y habilitada para el efecto, dormíamos perfectamente. ¡Qué feliz se puede ser con poco!

No sé, pero hay operaciones tristes y operaciones esencial-

mente alegres. Quizá ninguna tanto como la vendimia. Es bello el ver salir una cuadrilla de hombres, uno tras otro, por la estrecha vereda, con la tineta vacía en la cabeza; verlos llegar al tajo, repartiéndose e inclinándose cada uno hacia su cepa, separar las anchas hojas y descubrir los nutridos racimos que penden como tetas henchidas de dulce zumo; llenar las tinetillas hasta el colmo, volver con ellas otra vez en fila, guardando firme equilibrio en la cabeza del vendimiador, para vaciarlas sobre el redor de esparto, colocado en el almijar para el oreo. Luego, aboca la noche. Los redores se vierten en el lagar. Dos robustos trabajadores, casi desnudos, hacen muestra de sus varoniles y vellosos miembros; sus herrados zapatones chascan estrujando las uvas, y corre el sudor por sus nobles cuerpos en tanto corre por el caño el mosto bullidor. Retíranse fatigados, sustituyéndolos dos parejas que amontonan la estruja a la machina, sujetándola por larga cinta de estera, montan la ruda tuerca sobre el husillo, atraviesan las dos largas palancas y comienzan a tirar al compás de hondos jipidos. Fuerza, trabajo, fruto recogido, madre naturaleza, industria humana: ¡oh, cuadro encantador! ¿Cómo he de olvidarte?

Concluída la faena, los pisadores y estrujadores van a la gañanía, desarrollan su lecho de anea y se acuestan, roncando apenas echados; mientras que los restantes viñadores, sentados sobre un cantero tendido o sobre un taburete de pitaco, cuentan historias, o recitan o leen un romance, a la luz indecisa del humoso candil.

¿Qué aprendí en mi segunda amiga? ¿Qué en la vendimia?

En la amiga, a aburrirme y hacérseme odiosa la escuela, el *Jesús María* y echar la madejita.

En la vendimia, a placerme la dulce sobriedad, a despreciar el lujo impertinente, a amar el trabajo, a simpatizar con el trabajador, a conocer una industria agrícola de la que penden el presente y el porvenir de mi querida tierra. Y luego, cierta cosa misteriosa, un no sé qué literario: o los romances son España, o yo me sentía un pedazo de romance.

XXVI

«¡Vaya un niño delicado!»

Me daba muy bien cuenta de mi situación. Oía decir: «¡Pepe es muy loco!» Ese Pepe era mi padre. Por otra parte, eso era lo mejor y más cariñoso que se podía entonces decir de un exaltado; o, lo que es lo mismo, de un liberal dispuesto siempre a sacrificar su reposo, su fortuna, su vida y su familia por el triunfo de la suspirada Libertad, y sin cuyos heroicos esfuerzos estaríamos todavía en aquella odiosa situación de los Felipes y Fernandos.

Que no debía abusar, que necesitaba hacerme grato, lo tenía muy sabido y procuraba atemperar a ello mi conducta.

Lo primero era la *Abuela*, ya porque sentía su amor como más vehemente, ya porque conocí que era el verdadero jefe de la casa. Mi afecto seguía después para Joaquín: era el menos en la familia, pero, después de su madre, es el que me demostraba más ternura. Venían luego *El Caballero*, el Sr. D. Ramón, y su hija, la última.

Al levantarme, recibir las caricias de la *Abuelita* y corresponderlas, iba de habitación en habitación de cada uno, dándoles los buenos días y haciéndoles una visita: primero a ver al *Caballero;* en seguida, a la hermana y a Joaquín; por último, a D. Ramón, cuando volvía de misa, por levantarse con el alba, oir las cinco o seis primeras diariamente en los frailes de Santo Domingo, y no volver a casa hasta las diez de la mañana.

Un día, al entrar en el cuarto de Joaquín, éste debió de estar de mal humor (aunque bueno y cariñosísimo conmigo, era desigual); el caso fue que, en vez de recibirme con agrado, me dijo: «¿A qué vienes aquí? ¡Vete!» Añadiendo a la palabra la acción de empujarme.

Lo de los pavos no fue nada, para el *ímpato* que aquello

me produjo. Salíme al corredor, y en el ángulo de sus paredes ceñí mi cuerpo como si quisiera que la tierra me tragase. No lloré; aunque dolor, arrebato, enojo, sentimiento, pena, y todo unido, parecía conjurarse y recorrer desde los dedos al corazón y desde la cabeza a las entrañas.

Pensé y decidí irme de allí, huir de la casa, marcharme en busca de mis padres. Pero, no sabía dónde estaba Morón, ni por dónde se iba; en la lucha, no pudiendo vencer, quedé abatido bajo el peso de mi dolor, no resignado como al tragar el alfiler; y es que hay penas que siente la criatura más vivas y profundas que el presentir la muerte.

Pasada una hora larga, salí de mi rincón; aunque procuraba reprimirme y recatarme, Concha salió al paso, y al verme así, me preguntó: «¿Qué tienes?» Sin poderme contener, salió un puchero, y dije: «¡Que Joaquín me ha echado!» A lo que contestó: «¡Vaya un niño delicado!» Con lo cual volví a caer en lo profundo.

No sé cuánto duraría el estado agudo, porque de estas cosas, como de otras muchas, se sabe dónde empiezan, pero no dónde acaban. Lo que puedo decir es que la *impatía* me quedó crónica hasta hace poco, en que ya a la vejez, convencido de que nada valgo y que es necio el amor propio, he logrado poner a raya el dolor de sus heridas; y aun a veces me complacen, porque la experiencia me ha enseñado que las alabanzas de la amistad, o sirven poco o perjudican, mientras que las ofensas, si son injustas, no deben mellar el ánimo de los fuertes, y si justas, han de aceptarse con resignación como suprema enseñanza para corregirnos.

No obstante la *impatibilidad* a que quedé sujeto, seguí amando a Joaquín, sin conservarle rencor, ni disminuir en nada mi afecto hacia él. Pero, eso sí, me quedó cierto rescoldo perseverante, que me llevó al propósito de ser algún día superior a él.

XXVII

La dueña de mis delicias.

Tampoco guardé ningún resentimiento con la *tía Mariquita;* antes por el contrario, volvió a aparecer mi atracción hacia su casa, donde tanto me divertían y obsequiaban. Así, pues, no puse inconveniente, pasado algún tiempo, en dejarme llevar por *tío Periquito.*

Acababa de cumplir los cuatro años, criábame robusto; por una parte, el campo y las cabalgatas en el pío; por otra, mi propia naturaleza, fuerte desde su origen, y la influencia de las circunstancias, todo contribuía a determinar alguna precocidad física, afectiva e intelectual; así es que cualquiera me hubiera tomado como un niño de cinco años, o quizá más.

Hallándome ya en casa del *tío Periquito,* llegaron a mis oídos por primera vez las marciales vibraciones de una banda militar. Oirla y pedir que me sacaran a la calle fue lo mismo, y acceder la familia cosa inmediata. Me tomó de la mano el criado; y, calle adelante, desembocamos en la calle Larga, por donde pasaba el regimiento, que sin duda venía de fuera, a juzgar por lo sucio y empolvado de los uniformes.

En Medina, a poco de llegar, había visto soldados sueltos y alguna guardia; pero no un regimiento con su música y su coronel a la cabeza, los batallones compartidos por sus clases, las compañías de a cuatro en fondo, lós oficiales a un lado; detrás los carros llenos de cosas varias, revueltas con algunos soldados y chiquillos que asomaban la cara entre sacos y cajones. Después infinidad de borricos, unos con oficiales viejos y comodones, otros con señoras raramente vestidas: grandes ahuecadores en los hombros y el arranque de los brazos y más grandes sombreros, entre cuyas alas, a modo de guardapolvo de calesa, quedaban ocultas e invisibles cabeza y cara; otros

burros también, más traseros, cargados de excusabarajas y baúles; fijando mi atención principalmente uno de ellos, en que, encima de un gran baúl, y atada a una de sus asas por una cadena, venía sentada y caminando militarmente una señora mona.

¡Una mona! ¡La dueña de mis delicias, y a quien volvían a ver mis ojos otra vez, desde los títeres!

Pasó el regimiento entero, pasó la impedimenta larga, y todo fue perdiéndose sucesivamente en el lejano polvo de la ancha vía denominada la Polvera, y que entonces, no empedrada, éralo en realidad.

Volví a casa satisfecho del marcial espectáculo; aunque, a decir verdad, por aquel tiempo no era muy bella la marcialidad de nuestras tropas. Deformes los uniformes, con unos cuellos que disputaban el sitio a los cogotes; unos faldones que chapaleteaban las pantorrillas; vivos amarillos que, sobre un verde indistinto y oscurecido por la suciedad, daban al ropaje cierto viso a los dependientes de nuestras actuales funerarias; y unos morriones, que ni negros bacines puestos al revés.

Pasado largo rato pensaba todavía en el regimiento, en las señoras de los ahuecadores y sombreros; pero, sobre todo y muy principalmente, en la mona del baúl.

A este punto, sonaron fuertes aldabonazos en el portal: cosa extraña y desusada, porque tenía campanilla y todo el mundo llamaba con ella.

—¿Quién es?—preguntó ásperamente el criado.

Con voz más áspera, más alta y con tono imperante, contestó otra voz:

—Alojados.

El criado abrió humilde; y, boleta en mano, cruzó el dintel un asistente.

Pasó a los señores la boleta, de la cual resultaba que habían de dar alojamiento por tres días al capitán don Fulano, con su familia y asistentes.

Acatada la orden, salió el asistente y comenzaron a rebu-

llir en la calle las pisadas de una recua de burros, que daban la vuelta como para penetrar por la puerta de labor, paso de las caballerías.

Naturalmente, mi curiosidad de niño me llevó hacia el corral, donde dicha puerta abría. Y, en efecto, a poco entró el capitán caballero en un jumento, detrás la capitana en jamugas sobre otro, detrás una criada gorda y mujer del sargento de la compañía; a pie el sargento con dos chiquillos de la mano, luego un asistente con un niño de teta en brazos, y, por último, el otro asistente de la boleta tirando de dos burros a la vez. Pero, ¡oh sorpresa!, uno de ellos con la propia mona, señora de mis deseos.

¿Quién me despedazaba a mí de tan agradable compañía? Bajó el capitán, que para capitán era harto viejo, y comenzó a andar patizambo por las agujetas. Bajaron a la señora, que se mostró más diligente, y luego a la criada. Los vi penetrar en la casa, impaciente primero, después con impaciencia y júbilo.

Los asistentes desmontaron los baúles, soltaron los burros; y al que le tocó la mona, miró alrededor como para buscar dónde atarla. Después de esta inspección, dirigióse con ella a la escalera que del corral ascendía a un corredor descubierto y cercado por un barandal de hierro, a uno de cuyos barrotes ató la cadena de la mona. Concluída la faena, bajó al corral y siguió con el compañero transportando baúles al interior de la casa.

Apenas me veo solo, subo por la escalera con los pies y las manos para llegar más pronto, me paro a cierta distancia y contemplo embebecido al animal. No me hace caso, ni siquiera me mira. Está sujeto por un cinturón de cuero que le ciñe por bajo de la barriga. Se mira hacia el ombligo y se rasca allí, cuchareteándose con la mano para arriba. Doy un paso; levanta los blancos párpados, me mira indiferente, los vuelve a bajar y se rasca en un cuadril. Doy medio; me vuelve a mirar y castañetea los dientes. Ya estoy casi en los límites de la jurisdicción de la cadena, no me atrevo a avanzar, pero inclino el

cuerpo, alargo la mano, y le digo: *Mona, monina;* se endereza sobre las posaderas, hace visajes con la cara y vuelve a castañetear los dientes con más fuerza. Nada, no me atrevo a llegarme, paréceme que va a morder.

Así suspenso, entre idas y venidas del miedo y del deseo, se me ocurrió un expediente ecléctico: no tocar a la mona, pero sí desatar del barrote la cadena y tenerla en mi mano; con lo cual tomaría posesión del animal, de cierto modo indirecto. Pensado y hecho. Pero no tan pronto como el animal, dando un tirón, me hizo resbalar en el verdín del descubierto corredor, caer y arrastrarme a la escalera (porque yo no soltaba la cadena, ni por los catalanes). Mas, ¿qué le importaba al avieso animalito? Mi arrastrado cuerpo se hizo más ligero en el plano inclinado de la escalera; sufrí la rápida serie de golpes correspondientes a cada escalón, a modo de teclado, en la cabeza, la cadera y las costillas. Así, la ingrata corriendo a cuatro pies y yo rodando, en un abrir y cerrar de ojos llegamos al corral. Aunque maltrecho y atolondrado por los golpes, yo no cedía; y, más firme en el suelo empedrado, pugnaba por sujetarla y levantarme. Entonces, enfurecida, se abalanza a mí, ya medio incorporado; me agarra de los rizos y me tira un bocado, al que hurté la cara, descargando en la cabeza. Conocí mi inferioridad: yo no tenía dientes que poder oponer a los de la mona. Cedí entonces, y solté la cadena; gateó la mona no sé por dónde y perdióse por los tejados.

El mordisco no hizo más que arrancarme uno o dos bucles de los rubios y rizados que a la sazón tenía; gracias a ellos no pudo herirme el cráneo. Pero todo eso no era nada; mi grande apuro consistía en que se llegara a saber el autor de la fuga de la mona.

Entré en la casa: conocía bien sus rincones. Era grande, mucha de ella deshabitada; en una sala baja, llena de trastos de labor, allí me oculté mientras me limpiaba como pude el verdín de las ropas, me arreglaba la cabellera con los dedos y sosegaba el semblante alterado por el susto y la lucha.

No tardó mucho tiempo en volver al corral el asistente, quien comenzó a echar tacos y venablos por la desaparición de la mona. A las voces acudieron el sargento y el otro asistente: a coro empezaron a lanzar exclamaciones, cundió la alarma, salieron el capitán y la capitana, que, hechos dos furias, a cuál más increpaban y amenazaban al asistente. Sin fruto, antes bien los excitaba más, juraba y perjuraba que la había dejado bien atada. Por último, en medio de la tempestad, se le ocurrió al sargento si se habría ido por las azoteas; subieron y, en efecto, vieron a la mona saltando por los tejados, haciendo monerías. Echáronse todos a correr por los caballetes, y a la postre lograron hacerla prisionera.

En cuanto a mí, llegó la hora de comer; y aquí era ella. No podían menos de notar lo sucio de mis vestidos, como también algún cardenal en la cara y en la frente. Aunque entré recatándome, tuvieron que advertirlo, y me dijeron:

—¿Qué es eso, niño; te has caído?

Vi el cielo abierto.

—Sí, he resbalado, he caído, pero no me he hecho nada.

Alegre por haber salido del paso con una medio mentira, y tranquilo porque la mona se hallaba a buen recaudo, mi alegría y el buen apetito desenvuelto por los esfuerzos de la lucha, dejaron oculta la segunda lección que recibí de parte de una mona.

No fue, por cierto, tan sabia como la primera. Aquélla despertó, por lo grotesco, mi sentido estético. Pero ésta no fue menos eficaz para la vida: desarrolló en mí el sentido de la previsión; facultad, por cierto, poco frecuente en quienes nacemos en Andalucía.

Punto es éste de interés para los efectos de la educación, y conviene examinarlo.

XXVIII

El sol y la imprevisión.

Ya en otra parte dejamos iniciadas algunas ideas sobre la materia. Entonces observamos que ese sentido o facultad interna y superior constaba de dos elementos esenciales asociados, uno de sensibilidad y otro de razón. Por esta causa, la imprevisión puede ser de dos maneras: una, por no sentir lo futuro; otra, por carecer de la facultad de inducir. Hay quien induce bien y con claridad, sabiendo, por consiguiente, lo que debe ocurrir después de un acto; pero, como carezca de aptitud para que sea movida la sensibilidad por cosas que no actúan de presente, obra el sujeto como si tal consecuencia no hubiera de efectuarse. Está de más afirmar que quien no induce, ya por falta de esta propiedad de la inteligencia, ya por defecto educativo, aunque tenga sensibilidad, no podrá prever nada como no se le muestre por otra persona lo que debe acontecer; en cuyo caso se despierta su aptitud para sentir lo futuro y prevé, o ve con anticipación.

Ciertos estados de ánimo vivísimos y profundos despiertan la previsión en individuos que en circunstancias normales y ordinarias carecen de ella. Aparece entonces a modo de relámpago que por un momento ilumina a distancia, y al punto vuelve todo a las tinieblas. Este modo de ver antes, antever o prever, se presenta en las mujeres y es muy raro en el sexo masculino, fuera de ciertos casos de excitabilidad, como los producidos por el misticismo.

Despertóse mi previsión con motivo del movimiento de la sensibilidad por un viaje extraño, una casa extraña y las lágrimas mal reprimidas de mi madre. Con esto pude inducir de la vista de un burro con jamugas que iba a quedar huérfano de mi familia.

Con el picotazo de la cigüeña se agregó otro factor, que, en mi apetecida sociedad zoológica, me hizo andar con tiento para acercarme al caballo. Sin embargo, la facultad permanecía en mantillas hasta que la ingrata mona, cuando menos lo esperaba, con el arrastre, golpes y bocado, desenvolvió en mi inteligencia su más útil facultad.

En qué consista el poder o no poder sentir el tiempo futuro, lo conceptúo uno de esos misterios a primera vista oscurísimos y que realmente son claros como la misma luz.

He aquí la clave del enigma: la causa de no prever está en el sol.

La mucha luz deslumbra los ojos; la mucha luz, de igual manera, deslumbra la inteligencia. Después de todo, si bien se examina, por vibración obra la luz, por vibración la vista, por vibración la inteligencia.

La luz fuerte, con su fuerte vibrar, dificulta e impide percibir las vibraciones más tenues y sutiles que en dirección centrípeta vienen al punto de presente desde el pasado y el porvenir. Sucede exactamente lo mismo que cuando entramos de la calle en nuestras casas de Andalucía, donde a pesar de sus abiertos corredores y sus patios, apenas vemos y andamos a tientas en las habitaciones, que en realidad tienen luz suficiente.

Así he podido observar muy despacio multitud de individuos de mi tierra, que resultan deliciosos tipos. La generalidad, por no decir la universalidad, se refieren a este que apunto.

El C. de C., persona inteligente, culta y simpática al extremo, lo era intelectualmente de un modo prodigioso. ¿Se hablaba de amor? Pues había que oirle con la boca abierta hablar del amor casto a la esposa; y los apuros, miserias, disgustos, deshonras, delitos y larga cadena de desgracias que vienen en pos del amor impuro.

¿Hablaba del juego? Pues no podría encontrarse moralista que mejor escribiera contra esa pasión. Y así de todo, en to-

dos los terrenos. Más que un sabio intuitivo, parecía un profeta. Todo el mundo declaraba que, hablando, era el prototipo del hombre previsor y racional.

Pues bien, persona más imprevisora y calavera no la ha habido en Sevilla, desde el tiempo del Don Juan que dió origen a leyendas y dramas.

Como lo tratara íntimamente, estudié al sujeto y puedo decir que no era hipócrita ni falto de sinceridad; hablaba seriamente, con el corazón en la mano.

—Pero ¿cómo demonios, pensando usted así, hace todo lo contrario y resulta tan perdido?

—Pues no lo sé—me contestaba.—¡La desgracia, hombre, la desgracia!

—¿Qué desgracia ni qué cuatro cuartos?—Usted, de las primeras familias; usted, que ha pulverizado tres caudales; usted, que, aun en su estado de ruina, tiene hoy diez veces más que yo, aunque mañana no tendrá qué comer, ¿cómo se llama desgraciado?

Él no sabía por qué; tampoco yo, hasta más tarde, que, estudiando el asunto por mí y sobre los mismos ejemplares, presumo haberlo averiguado. Induceu, prevén a mil leguas todo cuanto se quiera; pero vibra en ellos una emoción, un sentimiento, un apetito de presente, y con tal fuerza, que no dejan sentir entonces absolutamente nada el porvenir, como si fuese un mito que el sol hubiera de salir al otro día. Al que gasta en una fruslería la única moneda que posee, suele ocurrírsele que podrán quedarse sin comer al día siguiente él y su familia; pero acto continuo se contesta a sí mismo: «¡Bah, Dios dará!»

¡Es el sol, y solamente el sol! Que así como hace pintores coloristas, hace también almaceneros de imprevisión.

Mírese por otro lado. Los pueblos calientes son todos imprevisores, así cultos como incultos, así sabios como salvajes. El sol aviva la producción. Cuando el indio se contenta con plátanos y aguardiente, con tenderse a la sombra en una hamaca, ¿qué previsión ha de sentir, si para el plátano no tiene

otra cosa que hacer sino alargar la mano, para el aguardiente un agujero en el cogollo de una pita, y para la hamaca tomar las hojas de palma desfilachadas por la vejez y echar unos nudos? ¿Qué previsión ha de nacer en Andalucía, donde se mantiene mucha gente comiendo higos chumbos al pasar por los vallados, donde el campo da mejor cama que la casa la mitad del año y donde el sol suple a la leña como el oro al cobre, si hace frío? ¿Qué sevillano guarda nada para el invierno? Pero llevadlo a la montaña, donde la nieve cubre los campos y tapia las puertas de las moradas: y o morirá de hambre y frío, concluyendo con él y su raza imprevisora, o tendrá que adaptarse al medio y hacerse previsor, pues allí no ha de venir el padre Febo, caliente y luminoso, a suplir al haragán.

Pereza, laxitud, alegría, vivir vivo, no pensar, y si se piensa, curarse poco o nada del día de mañana, sentirlo todo pronto y verlo con animadísimos colores, son términos correlativos y dependientes de una misma causa: ¡el exceso de sol!

Ahora, pedagogos, si en la criatura cuya educación os estuviese confiada advirtiérais que carecía de la facultad de prever o sentir el porvenir, resultaría acertado mandarla a educar a los climas del Norte.

XXIX

Pindo el Bravo.

Como todo no puede decirse al mismo tiempo, tengo necesidad de volver algo atrás para dar a conocer a otro personaje de la mayor influencia en mi extraña educación.

La moda, esa manifestación de las determinaciones del capricho, ponía punto a la afición por los perrillos dogos, que ya quedaban relegados a las faldas de alguna vieja ama de cura. A rey muerto, rey puesto; a moda imperante, otra que la de-

rogue. Tocó entonces a los dogos el ser derrotados por los *terriers,* perros también pequeños, negros como la mora, de patitas canela y una manchita sobre cada ojo.

El conde de Villacreces introdujo en Jerez esta raza inteligentísima, haciendo gala de sus numerosos ejemplares, enseñándoles a entender diversas órdenes en francés, en inglés, en español y otros idiomas, no sólo pronunciadas con imperio, sino en distintos tonos y hasta en secreto, al oído de los animales. Solía vender los perros conforme a su menor magnitud, juntamente con su mayor inteligencia y belleza; pero, como extraordinaria prueba de amistad, regaló uno destetado al *Caballero.*

Yo, que no había podido satisfacer en la sociedad zoológica mis instintos de posesión y de dominio, desvanecidos dramáticamente en el avefría; yo, que no era dueño del caballo, y sólo encontraba sumisión en el borrico pío, vi de repente llenos mis deseos cuando me trajeron el perrillo. Jugábamos ambos como dos criaturas, de la mañana a la noche, en el zaguán de la casa, al sol, mientras lo tomaba D. Ramón, sentado en su sillón leyendo la *Gaceta;* y ni él ni yo nos cansábamos jamás. Me obedecía a la mirada. Fue rápidamente creciendo, y resultó más fuerte y de más talla que sus hermanos. Pero, en cambio, ¡qué amor a todos los de la casa y a mí en particular! ¡Qué modo de leerme el pensamiento y qué valor! Cumplidos ocho meses, no había perro chico ni grande en la vecindad que le bajara la cabeza; y de los gatos no hay qué decir: gato visto, gato muerto. Pero se tomaba a un gato en brazos, y enseñándoselo, se le decía: «Mira, *Pindo* (que ese era el nombre de mi personaje), a este gato no se le toca;» y ya se le podía soltar en los hocicos, seguro que no había de osar hacerle daño.

Fuera muy largo el relatar todas las muestras de fidelidad y de talento que dió *Pindo* durante los largos años de su vida. Baste decir que el perro *Paco* y otros canes célebres no se desdeñarían de la historia de éste, si a hacer su historia fuese.

Mucho le quería, pero más él a mí. Mi voluntad, la suya. «No hagas tal cosa»; y así royera un hueso, lo dejaba. Cierto día, no sé por qué, me refunfuñó. Estábamos en el corral, y al verlo insubordinado (¡yo el señor, yo el amo; él mi esclavo!), monté en ira, tomé de la cuadra una vara y di al animal una paliza con toda la cólera de un déspota infantil. Y *Pindo el Bravo*, el valiente sobre todos los valientes, el que hubiera despedazado a la mona que me arrastró como un andrajo, si se hallara presente, tumbóse de barriga... y procuraba lamer la mano que con tanta sevicia le tratara. Al ver esto suspendí la furia, y me dieron ganas de llorar y volver la vara contra mí mismo. No troqué en caricias el injusto castigo, porque la autoridad no puede equivocarse y no es cosa de que pierda su prestigio; pero quedé pensativo, se hizo más profundo mi cariño a *Pindo*, y lo consideré desde entonces, no como un esclavo, sino como mi mejor amigo.

¡Cuántas vulgares reflexiones se agolpan ahora a mi mente, evocadas por este suceso! No quiero darlas a la pluma; pero debo consignar dos de ellas, por ser ambas trascendentales e influyentes en mi educación.

La primera: que desde el punto y hora en que el hombre llega a estimarse como superior a cualquiera cosa, sea animada o inerte, se constituye en tirano. Así, la doctrina que daba por dogma la superioridad Real o la del Feudo, como la del Señorío laico o eclesiástico, tenía que producir como fruto ineludible la tiranía. La simple Autoridad de nuestros tiempos, lo mismo la civil que la judicial, y más la militar y la religiosa, ya que no puede ser tiránica, muestra una decidida inclinación hacia el abuso. ¿Qué es esto? Un fenómeno semejante al que ocurre con la *delicadeza* y con el «impatismo».

La segunda no es reflexiva, en puridad, sino la resonancia más trascendental del suceso referido. Después del castigo injusto, por excesivo y sañudo, de mi humilde amigo, quedé muy disgustado de mí. Permanecí pensativo, y mis pensamientos eran otras tantas voces que en forma de ideas me decían:

—Has sido injusto, has sido cruel; *Pindo* es mejor que tú: Dios debía haberte hecho *Pindo,* y a *Pindo* tú.

Ya a estas fechas, entre mi madre y la *Abuelita,* y ver tanto rezar al *Abuelito,* me había hecho rezador. Sabía de memoria, además de persignarme, el Bendito, la oración al Angel de la Guarda, el Padrenuestro y la Salve. Habíanme dicho muchas veces: «Los niños no hacen eso, que les castiga Dios.» Este temor al castigo y esas oraciones, inentendidas, dichas por hábito y de carretilla, constituían la estrecha esfera de mi Religión.

Al castigar a mi perro y conocer mi sevicia, se me vino a las mientes el recuerdo de Dios que castiga; y comparándome yo castigador con Dios castigador, resulté para mí mismo monstruosamente inhumano y digno del mayor castigo.

Lo cual quiere decir que si a los dos años o poco más tuve conciencia personal de mí, el hecho de plena conciencia moral que he referido, ligado a la primera idea práctica religiosa, ocurrió en mí con ocasión de la tunda de mi buen *Pindo,* a los cuatro años y pocos meses de edad.

XXX

Juanito Juan.

Dice la gente, por intuición: «Los animales nos enseñan.»

Yo también lo decía, de rutina y sin saber su alcance; hasta que, recordando mi vida y las etapas de mi desarrollo afectivo, intelectual y moral, he venido a caer en que mis mejores maestros han salido de la Fauna.

Ahora vamos con el último. A muy poco, tomó posesión de la bodega de la casa un nuevo huésped: llamábase *Juanito Juan.* Carecía de fe de bautismo; pero respecto al nombre, no había duda: cuando se le preguntaba por su nombre, decía constan-

temente él mismo *Juanito Juan;* y muchas veces, aunque no se lo preguntaran. Además, casi todo Jerez, o cuando menos todo el barrio, desde tiempo inmemorial, por *Juanito Juan* le conocía.

Tratábase de un grande, viejo y malignísimo cuervo, dentro de cuyo cuerpo debía de habitar algún espíritu burlón y condenado. El caso es que se contaban de él, por los antiguos, cosas estupendas y maravillosas.

Formalmente se decía que las personas de mayor de edad en Jerez le conocieron ya como un cuervo hecho y derecho. Que en los principios, había vivido en una vieja tahona. Que se descuidaron una vez en cortarle a tiempo las alas, y tomó el pendingue, corriendo por el mundo, sin volver a dejarse ver durante muchos años. Que, desde que había memoria, contesba, al preguntarle su nombre: *Juanito Juan;* únicas palabras que sabía o quería pronunciar. Que, muerto ya el tahonero, y venido a edad madura un su hijo y sucesor, se presentó un día el fugitivo diciendo *Juanito Juan,* restableciéndose sin vergüenza como huésped. Que, dando en la diablura de matar moscas en los mulos del trabajo, pasó a mayores tomando la mala maña de subírseles encima y darles picotazos en las mataduras, con lo cual se armaba la sarracina de coces y boleos que se puede imaginar. Y que, con este motivo, el tahonero pensó matarlo; pero el maestro herrador de la calle de Sevilla, a quien hacía mucha gracia el pajarraco, se lo pidió al tahonero y éste se lo dió sahumado.

En efecto, en casa del herrador estuvo muchos años, y esa era ya historia positiva y contemporánea; allí lo conoció desde muchos años D. Ramón de Torres (padre) andar y revolar por delante de la tienda, y picotear los recortes de los cascos de las caballerías. Mas, al fin, cambió de dueño el establecimiento; y el nuevo herrador no llevaba con paciencia que le revolviera la espuerta de los clavos, le perdiera y escondiera muchos, así como las otras molestias de sus malignidades y diabluras.

El Caballero tuvo conocimiento de esos ánimos, ya por ser vecinas las calles de Piernas y de Sevilla, ya por ser el herrador el mismo de la casa; con lo que, pidiendo el cuervo, obtuvo también su cesión graciosa.

Trajéronlo y fue confinado a la bodega. La bodega había dejado de ser tan medrosa como antes para mí. El temor al dragón no había desaparecido por completo, pero dudaba ya de su existencia: nunca lo había podido columbrar, y veía entrar y salir las gentes sin reparo y sin ninguna lesión; yo mismo había entrado muchas veces cuando había arrumbadores o criados, y hasta solo, aunque con ciertos miramientos.

La estancia del pajarraco cambió las situaciones; le veía desde el enrejado de una ventana, y por la rendija de la puerta, cuando no estaba muy lejano.

Primero con el sirviente, luego sin él, pero con las necesarias precauciones y un palo en la mano, entré a ponerme al habla con *Juanito Juan,* desconfiado yo y todavía más él. Era el caso que la cigüeña y la mona me traían ciertas vacas contra aquel otro maligno animalucho, como si quisiera que me las pagase todas juntas. Él, por otra parte, o mucho me equivoco o conocía mi intención, y aún tenía más ganas de jugarme una mala pasada que yo de jugársela. Después de varios días de tanteos y estrategias para acercarme con disimulo y largarle un soberano palo, el pajarraco se hizo el tonto, dando cortos saltitos de medio lado, y diciendo *Juanito Juan*, hasta a poco más de una vara. Entonces me inclino más y ¡zas!, le largo el estacazo. ¡Que si quieres! Fue al aire, porque el cuervo, dando otro salto con la mayor agilidad, sin inmutarse, como haciéndome burla y sin ponerse espeluznado, dijo *Juanito Juan.*

Al verle puramente a la defensiva, decidí emprender con más resolución el ataque. Pero, no bien lo había pensado, advertí que, con la tranquilidad y calma de un maestro, era *Juanito Juan* quien se disponía a acometerme; di entonces un paso atrás, y, con el palo recogido para desplegarlo y rechazar el

ataque, me fuí declarando en retirada y gané la puerta del corral.

A la verdad, quedé mohino. ¡Burlarse así de mí un cuervo con las alas cortadas! Y, lo que era aún peor, ¡sentirme y conocer de un modo claro que, a emprender la lucha, había de ser derrotado por el avechucho! Hurtaba los trancazos con la mayor facilidad, y con la misma podía impunemente desbaratarme las narices de un picotazo. Con esto aguzaba la inteligencia, fraguando nuevos planes de combate, cuando se me ocurrió una idea peregrina:

—*¡Pindo!*

Pindo acude saltando; con mi perro y mi palo, entro en la bodega a combatir con las armas de la caballería y la infantería. No bien entramos, cuando *Pindo* y *Juanito Juan* estaban ya al cabo de la calle: el perro empezó a mirar belicoso, amenazador y alegre al pajarraco, mientras yo me adelantaba decidido; y *Juanito Juan* tan quieto. Ya a distancia proporcionada *Pindo* y yo, acometemos, él furioso y yo seguro del triunfo. A punto de caer el cuervo entre los dientes de mi perro y bajo la descarga de mi palo, de un revuelo se pone sobre una bota de la segunda hilada, y con sorna irritante grita:

—*Juanito Juan.*

Esta vez, siquiera, aunque burlado, quedo dueño del campo: no fui yo, auxiliado de mi *Pindo el Bravo*, quien tuvo que declararse en retirada.

XXXI

Para maestros, los benditos frailes.

—El niño no sabe nada; ya es tiempo de que siquiera aprenda la doctrina y a conocer las letras. ¿Qué dirá su padre, si se lo mandáramos hecho un borriquito?

Esto decía D. Ramón a su señora, hallándonos todos a la mesa.

—Tiene razón papá—añadió *El Caballero*.

—A la *amiga* no va—replicó la señora;—allí no aprende nada y el niño se entristece.

—No—agregó *El Caballero;*—pero ya debe ir á la escuela.

—¿Y a qué escuela?—preguntó Joaquín.

—Pues, a la de Santo Domingo, que es la más cercana—contestó D. Ramón.

Al siguiente lunes, el criado me llevó a la escuela.

Todavía permanece enhiesto el convento de Santo Domingo en Jerez. La iglesia y el porche del convento, como estaban entonces están hoy. La iglesia nada tiene que ver con el relato.

El porche sí; dará idea de una escuela de entonces.

De las escuelas que pasaban por mejores: las de los benditos frailes.

El porche es un patio descubierto, empedrado, ancho, corto. Da hoy al paseo llamado de Isabel II; entonces, a una plazoleta que unos llamaban de San Juan de Letrán y otros de Santo Domingo, sin duda porque ambas iglesias, frente a frente, se disputaban el nombre de la vía pública. Desde ella, por un portalón muy grande entrábase en el porche; una vez dentro, a los pocos pasos, por una escalera de ladrillos estrecha se podía subir a un extenso granero, bajo de techo, casi oscuro, dividido en dos andenes por pilares gruesos y arcos de mampostería.

El granero, ahogado e imponente, oscuro y triste, era *la Escuela*.

He aquí el mobiliario: hileras de bancas y bancos negros, como las filas de una compañía. Las bancas, con barrotes de madera en su borde posterior, del que pendían marcos con muestras de escritura; en la tabla inclinada superior, tantos agujeros como muestras, ocupados por un sombrerete de plomo que sirve de tintero. En los bancos correspondientes a las bancas, muchachos de todas cataduras, sentados allí pegando codo con codo.

Dando frente a la masa escolar, una mesa vieja, de herraje, con un tintero grande de piedra en forma de cubo, del que sobresalían grandes plumas de ave. Detrás de la mesa, un sillón grande, cuadrado, con asiento de vaqueta y anchos brazos de tabla.

El maestro dejó el sillón (ya estaría hablado por D. Ramón), y adelantóse a recibirme. No me dijo una palabra: me señaló un banco sin banca, aislado, que estaba a la derecha de su mesa.

El aspecto de aquel señor no podía ser más singular. Si entonces, con mis escasas facultades, me hubieran pedido que diese idea de él, habría puesto un queso de bola sobre un barril encima de un banquillo de tijera: o tomando una bellota, haciendo en ella un surco con los dientes por bajo de su cabeza y mordiéndole la punta, la enseñaría en pie sobre la palma de la mano. Hoy, que puedo hacer el dibujo menos rudamente, digo que era un hombre capaz de poner espanto en cualquiera criatura.

Mediano de cuerpo, parecía bajo por su desmesurada anchura. No era gordo, sino anchísimo de membrudo y robusto; cabeza y cara esférica, en un todo contraria al óvalo simpático andaluz. Era de color blanco, limpio y sonrosado, lo cual contrastaba más con lo negro de sus ojos y cejas y lo recio de sus barbas, que, por muy afeitadas, daban un tinte plomizo a todo el territorio correspondiente. Pero lo que hacía más extraño era el afeitado de la cabeza y del cogote, juntamente con el cerco de pelo negro que la separaba de la cara.

No vestía en la escuela el hábito de la orden, que pudiera hacerle más simpático, sino unos calzones negros, cortados a la rodilla, zapatos y medias de color negro, chaleco cerrado hasta el corto pescuezo y un a modo de chaquetón con aldetas, también negros.

Aquel hombre imponente, en su lugar podría estar muy bien. Había nacido para mayoral de una diligencia propia: ninguna cuadrilla de ladrones se hubiera atrevido a darle el

alto. Sin disfraz su cabeza y con sus patillas al natural, quizá resultaría un hombre hermoso por su estructura viril y poderosa.

Yo no me lo explicaba, pero me senté en el banco temblando. Más me eché a temblar cuando advertí sobre la mesa una vara terciada, como las de la cuadra de mi casa.

De allí a un rato se levantó, dirigiéndose a la primera fila de bancas; fue inclinándose por detrás sobre cada chiquillo, uno tras otro, como examinando la labor que hacían. Pasaba tras de algunos, y no les decía nada. Pero, a otro le cogía la mano con mal modo, para que enderezara la pluma; a otro le reñía y a otro le soltaba un cogotazo que, a flojo que fuese, con aquella mano poderosa, le hacía dar con las narices en la banca. Así recorrió todas las filas, y volvióse a su asiento.

—¡Los de la primera decuria!—dijo con voz alta e imperiosa.

A la voz, ocho o diez muchachos de los más espigados se levantaron como por resorte, viniendo a formar un semicírculo delante de la mesa. El primero de la derecha sacó un libro de la cartera que llevaba colgada, y se puso a leer.

A los cinco minutos dijo el maestro: «A otro.» Y el lector pasó el libro al muchacho de su izquierda. Leyó también un rato, repitiéndose el «A otro.» Y así sucesivamente; pero no tan en paz continuó la tanda. Con frecuencia, decía el maestro a los lectores: «¿Qué, qué? ¡Lée eso otra vez!» El chico volvía atrás, leyendo de nuevo. «¿Qué, qué? ¡Vuelve a leerlo con cuidado!» gritaba el fraile, con tono y ceño amenazadores. El discípulo, turbado, leía ya mascullando. Al llegar a la palabra mal leída, echando el preceptor mano al bolsillo, sacaba un manojo de cordeles, o sean disciplinas, con que (a descansar arriero) cruzaba dos o tres veces al alumno.

Mi temor estaba ya explicado: ¡me lo decía el corazón!

No era esto lo peor del caso para mí, sino que al pegar gritaba: «¡Bruto, animal; ahí no dice eso, sino esto!» Y como yo veía que, desde la primera vuelta a leer, el chico ponía sus

cinco sentidos, y que si se equivocaba no era por mala voluntad, sacaba la consecuencia de que, sentado en mi banco, estaba como el tocino para echarlo en sal.

En situación tan grata pasé hasta que dieron las doce, a cuya primera campanada todos los chicos se pusieron de pie, y con voz alta y tono desagradable se pusieron a gritar:

—«*¡Benditooo... y alabadooo... seaaa... el Santísimooo...!*»

Volví a casa, y me preguntaron:

—¿Qué tal, te gusta ir a la escuela?

No me atreví a contestar.

—Los primeros días—dijo D. Ramón—todos los niños sienten ir a la escuela, pero luego se acostumbran.

Afortunadamente, la familia comía a las dos, hora en que volvía a abrirse la escuela.

Como concluímos de comer a las tres, se puso a discusión si me llevarían a aquella hora. Pero la *abuelita* cortó por medio, diciendo con su natural energía:

—De ningún modo; para primer día, basta.

Al otro, recibí la agradabilísima sorpresa de que era día de no sé qué santo, y por consiguiente no había escuela. ¡Santo bendito, que Dios te lo pague! Desde entonces adquirí furor por los días de los Santos, y, aunque no había pocos en el Almanaque, a dejarme a mí los hubiera centuplicado.

Pero llegó el miércoles, y ¡al granero!; o, lo que es igual, ¡a la escuela!

En la cárcel he estado yo cuando grandecito, y digo la verdad formalmente: es muy preferible estar en ella que ir a una escuela de esa especie.

Aquel día encontré igual el aspecto de las cosas. Pero ocurrieron algunas variantes: al corregir las planas menudearon más los pescozones, y aun salieron a zumbar las disciplinas sobre varias espaldas, con acompañamiento de palabras dulces, como animal, torpe, bruto y otras semejantes.

Luego de concluir la faena, y sentado en su sillón, dió la voz de «¡Segunda decuria!», apareciendo al punto una tanda

de muchachos menores que los del día anterior; y, descomponiendo la línea, uno de entre ellos, de bastante más edad y estatura, casi un zangón.

—Diga usted la lección—mandó al primero de la derecha.

Y éste, con una canturía especial y empalagosa, de que aún se recogen ecos en las malas escuelas, que por desgracia todavía abundan, comenzó de corrido a contestar: «Los nombres se dividen en sustantivos y adjetivos; son sustantivos...» «Basta, al otro»—dijo el preceptor.—El segundo de la decuria prosiguió: «Son sustantivos... (y comenzó á vacilar), son sustantivos...» El maestro se puso en pie, echando mano a las disciplinas, en cuyo momento el alumno tomó la cosa desde el principio, diciendo con gran precipitación: «Los nombres se dividen en sustantivos y adjetivos; son sustantivos los de personas o cosas, verbigracia, Juan, mesa...» El maestro volvió a sentarse, y dijo: «¡Otro!» El otro era precisamente el zangón de quien dejo hecha referencia. Salió turbado, repitiendo: «Verbigracia, Juan, mesa, mesas...» El maestro se puso en pie, «Mesa, ¿qué sigue? ¡Borrico!—exclamó muy destemplado.—Y el zangón: «Verbigracia, Juan, mesa...», sin acertar a seguir la taravilla.

Entonces el fraile empuñó la vara, y desde el mismo sitio donde se hallaba se la asestó silbando. El muchacho, más por instinto que por falta de sumisión al castigo, hurtó el cuerpo, con lo que el golpe falló el blanco. ¡Nunca hubiera sucedido! ¡Ni que al fraile le hubieran puesto fuego con una mecha! Salta echando chispas por los ojos; vara en mano, se abalanza sobre la víctima; del primer crujido la derriba en tierra; y allí, entre los denuestos y espumarajos del uno, los gritos del otro a cada varazo y sus contorsiones de dolor, en el silencio de la clase, más silencioso que el de los cementerios, resaltaba el escándalo cual mancha de roja sangre en lienzo blanco.

Yo, sentadito en mi banquillo, no temblaba ya: el pavor me tenía inerte, como al pájaro ante la boca de la culebra; y cuando de puro sofocado, no rendido, el fraile se volvió a su

asiento y pude reponerme, eché a rezar y encomendarme a la Virgen.

Continuó el número siguiente balbuceando de carretilla, con tropiezos frecuentes y otros tantos apóstrofes del maestro; hasta que quiso Dios que concluyera el último de la decuria. Volvieron a sus bancos respectivos, y sonó la voz de mando:

—¡A corregir!

Acto continuo se situó un pequeño delante de la mesa, alargando la plana al profesor; miróla y no dijo nada. Otro chico reemplazó al primero, y así sucesivamente.

A unos les reñía, a otros los dejaba pasar después de ver la plana. Al uno le echaba un tachón sobre lo escrito y le mandaba hincarse de rodillas; al otro le echaba dos, y «De rodillas con los brazos en cruz.» A éste le echaba tres, y le decía: «Hínquese en cruz, y usted se queda encerrado en la clase para tener escrita otra plana cuando yo vuelva por la tarde.» A aquél le echaba cuatro, y decía: «¡Al calabozo!» El zangón del vapuleo aparecía con un manojo de llaves, y se llevaba al niño castigado por la puerta de la escalera.

Dieron las doce, se rezó el *Bendito*, y los alumnos salimos, unos solos, otros en busca de sus criados o parientes que esperaban al pie de la escalera. En mitad de la misma pregunté a un niño mayorcito:

—Ese niño a quien pegó el padre con una vara, ¿no tiene papá?

Y el interpelado me contestó con la mayor inocencia:

—¡Si el padre es su tío!

Después, siempre he observado que los parientes cercanos son poco a propósito para enseñar a las criaturas; o pecan por debilidad y parcialidad con ellos, o se excitan y se impacientan con sus torpezas hasta el furor y la sevicia.

Aquel día me dieron de comer solo. No pasé más bocado que el indispensable para no disgustar a la *abuelita*, y a las dos me volvieron a la escuela.

Temblando más que nunca me senté en el banquito, espe-

rando a que llegase mi vez para sufrir alguno de los numerosos castigos que había visto repartir. El maestro no reparó en mi persona ni me dijo nada.

—¡La tabla de sumar!

A esta voz se volvieron de espaldas a las bancas y de cara al maestro, de pie todos los niños, y comenzaron esta canturía: «Uno y uno, dos; uno y dos, tres», y así sucesivamente. Terminado el rezo de sumar, gritó el maestro:

—¡La tabla de restar!

Y, con el mismo sonsonete, rompió el coro: «Uno menos uno, cero; dos menos uno, uno; tres menos uno, dos», etc.

—¡La tabla de multiplicar!

Con el sonsonete me quedé dormido, despertando luego con el otro sonsonete de tono distinto, aunque no menos desapacible y empalagoso, del:

—*¡Benditooo... y alabadooo... seaaa...!*

El día siguiente era jueves; no hubo escuela, sin embargo de lo cual estuve profundamente disgustado y triste, pensando en el inmediato día.

En efecto, el viernes me llevaron, y el maestro, encarándose conmigo, me dirigió por primera vez la palabra:

—¿Traes la cartilla?

Muy asombrado, me toqué los bolsillos de los calzones, como si debiera estar en ellos y hubiese cometido la primera falta.

—¡Responde! ¿No has traído la cartilla?

—No, señor—le contesté, temblando.

—¡No se dice «no, señor»; se contesta «no, Padre»!—me dijo con tono de reprensión.—¡Dile a tu gente que no te mande sin cartilla!

Como siguiese en pie, cual una estatua, «¡Siéntate!», me dijo; y volví a respirar.

La mañana y la tarde de aquel viernes compartiéronse entre planas, eogotazos y corregir; dar la cartilla a los más chiquitines, que tampoco escaparon sin algún coscorrón (término

común de los frecuentes ataques de impaciencia que sufría el Padre); dar la doctrina en coro y alta voz, con su correspondiente canturía.

Dije a la *Abuelita* que el Padre me había pedido la cartilla; y aquella misma tarde, cuando volví de la escuela, salió conmigo y me la compró; además, una cartera de badana, larga y angosta, con una correa para colgarla de los hombros al costado.

La cartilla y la cartera las sentía como el reo que ve la hopa con que le van a ajusticiar; aquella noche la pasé en capilla. Sin embargo, me dormí (porque, ¿qué pena es capaz de vencer al sueño de una criatura?); pero me dormí rezando cuantas oraciones sabía, para que me librara la Virgen de las iras del Padre.

Por la mañana, al despertar, sentí gran pena de ver el nuevo día. Solíame ya vestir y desnudar solo o con muy poca ayuda. Pero no me levanté: me hice el remolón, por si así pasaba la hora y dejaba de ir a la temible escuela.

En esto, siento rumor de caballerías en la calle; a poco, el tilín de la campanilla. Abren, y suena una voz:

—¡Mi hijo!

Era la voz de mi bendita madre.

XXXII

Reaparecen mis padres.

Apenas calmada la algazara de besos, abrazos y voces de todos los miembros de ambas familias, exclamó *El Caballero*:

—¡Pero, Pepe! ¿Cómo has venido tan de sorpresa, sin escribirnos ni avisarnos?

—Pues, muy sencillo. Ayer, a las dos de la tarde, se recibió en Morón la noticia del cese de Malvar, y me dije: «¿Cesa Malvar?, pues cesa mi destierro.» Encargué a ésta (indicando a mi madre): «Haz los baúles, que esta tarde salimos para Je-

rez; hace luna, y en este tiempo se viaja mejor de noche.» Salí en busca de arrieros... y aquí me tienes.

—¡Hombre, que siempre has de ser así! ¿No consideras que si cesa el Intendente, otro le sustituye y no quedan destruídas ni la Autoridad ni la sentencia?

—¡Pues, ya veremos!—contestó mi padre, y prosiguió diciendo:

—El alma de allí es el viejo abogado Sancho, más absolutista que el mismo Calomarde. Como compañero, me ha guardado algunas consideraciones. Pero, sobre que el Guardián de San Francisco que me vigilaba no hubiera consentido que yo ejerciese, al primer pedimento ¡adiós las consideraciones de Sancho! Y yo no puedo seguir sin ganar un cuarto.

—Es verdad—observó D. Ramón (padre)—Pero de todos modos, si nos hubieras escrito antes, habríamos dado algunos pasos, tanteado el terreno, y visto si podías venir sin peligro. Cuando ahora, lo probable es que tu presencia provoque un escándalo, te metan en la cárcel y te sienten la mano.

—¿Dar pasos previos? ¡Nada peor!—repuso mi padre, con viveza.—Es evidente que las autoridades hubieran dicho que *no*, en redondo; mientras que, ya en el Puerto, harán la vista gorda. Allí tengo parientes y amigos, de todos colores; y los absolutistas, si me tienen ojeriza por las ideas, no pueden prescindir de sus relaciones de toda la vida.

—En eso tienes razón—afirmó doña Ana.—Pero, el niño me lo dejan aquí hasta que os establezcáis y veamos lo que pasa.

—¡Hasta ahí no, mi señora doña Ana!—exclamó mi madre, saltándosele las lágrimas al ver que mi padre hacía un gesto de conformidad.—Yo les estoy a ustedes agradecida con el alma por lo que han hecho y por lo que quieren a mi hijo; pero, ¡he sufrido tanto, separada de él! Comprendan ustedes mi pena, por el disgusto que tienen en dejarlo.

Como la verdad y el sentimiento íntimo se imponen, no insistieron. Sólo añadió la *Abuelita*, con vehemencia:

—Pero le dejarán venir conmigo algunas temporadas.

—Sí, sí—dijo mi padre;—cuantas ustedes quieran.

Conformes todos con el trato, se pasó a otro asunto.

—¿Y qué te vas a hacer en el Puerto? ¿Tienes casa?—interrogó *El Caballero.*

—Allá veremos; por el pronto, iremos con mi suegra.

Mi padre, como se habrá advertido, era un andaluz por todos lados; pero más por dentro que por fuera, a causa de su exterior distinguido y su pronunciación fina y sin ceceo.

Dicho y hecho. Pagó a los arrieros, salió a la calle, buscó a otros para que transportaran los baúles, maletas y colchones al Puerto, y se dirigió a la posada de San Dionisio, donde sabía haber un coche para alquilar por asientos.

Llegado, topó en el patio con el posadero. Entonces cada oficio daba al hombre su tipo particular. No sucedía lo que ahora, que apenas se diferencian por el exterior más que los militares y los curas. Un posadero era un posadero; un sastre, no un hombre como otro cualquiera, sino un sastre; y lo mismo un peluquero, un labrador, etc. Sería necesario ser muy torpe, para confundir a un posadero de entonces con un mayoral o con un mozo de la posada.

—¿Tiene usted tres asientos en un coche para el Puerto?

—Precisamente, caballero, hace quince días que tengo pedido un asiento por un padre Capuchino, que necesita ir al convento del Puerto y no ha podido hacer el viaje por no haberse presentado nadie a pedir los tres asientos que faltaban.

—Pues, entonces, avísele; y, si está conforme, yo desearía salir mañana mismo. A oraciones, volveré por la razón.

—Pues, conforme. ¿Sabe usted el precio?

—¿Cuánto?

—Un duro por asiento.

—Vayan los tres duros.

Volvió mi padre gozoso, y refirió todas las diligencias que había practicado, la fortuna de encontrar un coche por asientos, lo módico del ajuste y la desconfianza del posadero.

A la sazón, ni se soñaban los ferrocarriles; quizá no estuviese hecho aún el de Liverpool a Manchester, el primero de que tuve conocimiento.

Viajar en coche era cosa exclusiva y hacedera para los potentados que lo poseían propio. En alguna capital de primer orden o ciudad como Jerez era raro encontrarlo de alquiler; y si no podía alquilarse por completo, era preciso esperar una o más semanas, como el padre Capuchino.

Por aquel rincón de España, lo corriente las calesas; pero dicho vehículo, ya fósil, era propio para las grímpolas y demasiado peligroso para viajar con criaturas.

A las diez del día siguiente, a la puerta de la posada de San Dionisio, entrábamos en la gran caja de un antiguo coche de sopandas: mi madre con la niña en brazos; el Capuchino, que, por su venerable aspecto, sus maneras distinguidas y hermosa barba negra, debía de ser un personaje de la orden; y mi padre, conmigo. Colocaron a mi madre en el testero a la derecha, el Capuchino a la izquierda, mi padre en frente, con el niño y la niña pequeñita.

El mayoral tendió el látigo, y tomó la dirección del Puerto por el camino del Portal.

XXXIII

La escuela de los frailes.

Mientras se prosigue el viaje, volvamos con el pensamiento a Jerez, que se alejaba lentamente a causa del mal estado del camino, carretero por entonces.

No he de llevarlo hacia el lado de mis sentidas emociones: pasen en silencio, por cuanto que no importan al lector ni a mi propósito.

La Escuela de los Frailes: esto, ya perdido en el tiempo pasado, es lo que conviene revelar; y no por estímulo de vengan-

za, sino para que sirva de ejemplo (y no vago) en el presente y de enseñanza en el porvenir.

La escuela puede dividirse en tres partes: el edificio, el maestro y los discípulos.

De la escuela edificio queda relatado lo de más: ¡un granero! No resulta muy apropiado que digamos. Bóveda baja, que achanta el espíritu; arcos y pilares anchos, que pesan y comprimen; luz escasa y baja, que alumbra las piernas y deja á oscuras las cabezas... no me parece que resulta la construcción más adecuada al caso. Aquellos frailes de Santo Domingo eran ricos, bastante para haber dispuesto un local menos impropio; pero, sobre que tales cosas, aunque ya escritas por ilustres pedagogos de fuera y dentro de España, lo eran en libros que olían a chamusquina y que no debían tenerse en cuenta en los conventos, para ser escuela de éstos no resultaba mala. No seamos egoístas. El convento tenía su escuela para hacer frailecitos, que es lo justo. Si admitía niños indistintamente, era porque no salían tonsurados del vientre de sus madres; pero si los escolares no iban para frailes, para frailes debían ir, y cometían una especie de burla al justo propósito de la institución. Mirado así el asunto, bajo su verdadero aspecto, el granero resultaba que ni de molde.

El maestro... Mucho tiempo le guardé enemiga; y, a poder, hubiéralo metido con el cuervo en un saco atado por el cuello, y lo hubiera echado al río. Después, poco a poco ha venido a ser una de las personas que me han inspirado mayor lástima.

Tenía cerca de cuarenta años. Aquella amplitud hercúlea de cavidades, aquellos brazos y piernas cortos y musculosos, aquel pelo recio y negro como el azabache, contrastando con el color blanco rosado de su rostro, estaban declarando un Aquiles de los campos andaluces, metido y oprimido contra naturaleza en la cogulla y por los claustros del convento. Y a ese sér, como una caldera de vapor de mil caballos con las válvulas cerradas, ¡se le pone a doctrinar chiquillos!

Yo, por fortuna, me libré de él. Pero ¿cómo el infeliz habrá

podido librarse de sí mismo? El caso es que no puede echársele la culpa al Prior. ¿Qué podía saber el buen Padre de estas cosas, si hoy, que se saben, tampoco se tienen en cuenta para nada? Me atrevería a apostar que al ver a aquel fraile tan rijoso, no le pareció apto para el púlpito, ni menos para el confesonario; y que, con santo acuerdo, lo mandó a que hiciese ejercicios de paciencia bregando con chiquillos.

No quisiera maliciar; pero, de todos modos, esa malicia es la que casi me hace hoy simpático el recuerdo del Padre. Aquella contestación inocente del chiquelo, inocentemente entendida por mí entonces—«¡Si el padre es su tío!»—punto de maliciosa interpretación después, es exacta. Digo que aquel hombre era un hombre bueno y excelente en su medula, convertido en fiero y brutal por el absurdo medio en que vivía.

Mi sospecha se ha fundado en un hecho de observación: en el modo más sañudo y feroz de pegar a su sobrino. Si, en efecto, era sobrino, el fraile sería un malvado; pero si era hijo, el fraile sería un corazón hermoso que brotaba sangre y dolor por invisibles heridas.

Los caracteres fuertes son más dados a los raptos con las personas muy queridas que con las indiferentes o extrañas. Obsérvese a la mujer celosa que araña a su amado, la madre que se enfurece con su hijo más querido. Poned este rapto en un padre exaltado por la imposibilidad de serlo socialmente, en un organismo tan brioso y en un maestro como los de su tiempo (llevaban por lema pedagógico *La letra con sangre entra),* y quedará todo explicado.

Muchas veces me he detenido a pensar en el forzoso celibato del sacerdocio. A primera vista me pareció siempre absurdo y ocasionado a la inmoralidad. Cien sacerdotes castos no dan ejemplo de nada; uno que deje de serlo escandaliza y desmoraliza más que cincuenta laicos libertinos.

Mirando más a fondo, se echa de ver que el sacerdocio tiene que ejercer ciertas funciones incompatibles con la vida de familia: las misiones y otras. También hacen gran fuerza va-

rias razones históricas: la evitación de la casta sacerdotal, peligro el más grave para las sociedades y para el progreso; la necesidad imperiosa que, en la Edad Media, tuvo la Iglesia de reforzar su elemento militante.

Variados los tiempos, sin que pretenda enmendar la plana a quien sabe más, columbro que podrá llegar el día en que esto del celibato eclesiástico sea capaz de sufrir alguna modificación. El párroco, el sacerdote sedentario, casado podría estar mejor que con el ama, con hijos mejor que con ahijados y sobrinos. El que tuviese perfecto dominio sobre la carne podría permanecer soltero, así como aquel a quien su espíritu le llevase a las misiones o a la vida de penitencia, de sacrificio y de pobreza.

También me parece vislumbrar que han de sufrir cambio otras cosas: la pobreza, por ejemplo. Eso de ser pobre, viviendo de limosna, me parece duro; porque es cargar con la necesidad de su sostenimiento a otros pobres que trabajan. En vez de esto, sería muy loable llevar al espíritu de comunidad religiosa (como ya se inició) a sanear comarcas insalubres, con menosprecio de la vida; repoblar yermos; restaurar campos estériles por el abono, el riego, las labores, el avenamiento, etcétera; y hecho esto, repartirlo entre los trabajadores de buena conducta que les hubiesen ayudado, para seguir la comunidad en la pobreza y proseguir su santa obra en otra parte.

Tengo fe en que, modificada la condición del celibato y con pocas variantes en la dirección de las sociedades religiosas, se llegaría muy pronto a la Iglesia universal. Las diferentes sectas protestantes han de sentir, cada día con mayor fuerza, el vacío de autoridad, que más que en ninguna esfera se siente en los últimos límites del espíritu. El Pontificado no se funda ya en el Poder temporal y exiguo de un reinecillo, y contrasta, en unos tiempos como los presentes, verlo acatado por reyes y emperadores, árbitro de sus litigios. ¿Cuál otro ha de ser el centro religioso y moral del porvenir?

Pero volvamos al fraile.

Digo que este y otros, no frailes, me han demostrado que los célibes no pueden ni deben dedicarse a la enseñanza de la niñez y de la juventud. Creo firmemente que la Ley debe prohibirlo.

El célibe, sacerdote o seglar, es continente o incontinente. Si lo segundo, mal dechado. Cese el error de que sólo se enseña por el oído: se enseña por todos los sentidos y potencias, desde la punta de los dedos hasta la punta de los cabellos, y desde el sentimiento del amor hasta el sentimiento de matar y destruir. Pero nada se enseña que resulte útil si no se le pone el sello del ejemplo.

Y si es continente, no resulta menor su ineptitud. El continente vive en lucha interior hasta entrada la vejez; para serlo, tiene que convertirse en rígido y severo consigo mismo. Esto, juntamente con cierto desabrimiento y como tristeza interior que se experimenta, aboca a la irascibilidad y quita al sujeto toda aptitud para sufrir a las criaturas, haciendo su trato para con ellas antipático y seco.

También enseña el fraile que, si para ser soldado se exige talla, anchura y otros requisitos, no se comprende que, para ser maestro, sólo se exija haber cursado ciertos estudios. Para maestros se deben desechar todos los contrahechos y ridículos, los excesivamente duros de fisonomía y forma, los neurópatas, impresionables e impacientes. Si ellos equivocaron su vocación, el Estado debe decirles que no va por ahí su camino.

Y vamos a los muchachos de la escuela. En ellos hay muy poco que observar, o, por mejor decir, observé muy poco entonces. Más chicos o más grandes, mejor o peor vestidos, unos rubios y otros pelinegros. Pero, a la verdad, resalta que éramos todos así como una masa de punición.

¡Cuánto castigo en tan breves días! ¡Denuestos, riñas, voces amenazadoras, pescozones, penitencias (hincados de rodillas y en cruz), disciplinazos, sobas con vara arrieril, pérdida de comidas, calabozo oscuro! ¿Qué más puede inventarse para hacer de la escuela un purgatorio?

Resumen: ¿qué aprendí allí? Aprendí a odiar la escuela con horror, con terror; a tener miedo de los frailes.

¿Y nada más?

¡Ah, sí! De rezar por mera rutina, a rezar con el corazón para pedir misericordia; a tomar a la Virgen como abogada; a ver un milagro suyo en la inesperada venida de mi madre.

XXXIV

Cádiz en 1832.

Lo corrido del siglo: eso llevaba, por lo menos, de adelantada la cultura de Cádiz sobre el resto de la Península el año treinta y dos.

Y se comprende bien. Acababa de ser el puerto comercial más importante de España. Ni Barcelona ni Bilbao podían comparársele. Frecuentada por las marinas de guerra y mercantes de todas las naciones, visitada diariamente por extranjeros, habitada por muchos comerciantes genoveses, austriacos, ingleses y franceses, la ciudad gaditana ofrecía un carácter de cultura y buenas formas que contrastaba con la rudeza del resto del país. Agréguese a causas tan poderosas la circunstancia de haberse reunido en ella, con motivo de sus Cortes del 12 y del 23, lo más granado, sabio y culto de la nación.

Pero su zona de cultura era muy limitada. Fuera de Cádiz y la Isla, ya en el Puerto de Santa María, en Puerto Real y en en Sanlúcar se debilitaba, y más allá se extinguía por completo. La divisoria era tan marcada, que a los jerezanos y vecinos de los restantes pueblos se les conocía con el nombre de *gansos:* gansos de Jerez, de Rota, de Medina, etc.

Aun siendo el Puerto de los más privilegiados bajo el aspecto de la cultura, bueno será que demos una idea del verdadero estado de ella; y no por relato más o menos amañado, sino por lo que resulta de la vida íntima de las personas que se movían a mi alrededor.

XXXV

En el Puerto de Santa María.

Llegados al Puerto, el padre capuchino se bajó en La Victoria, próximo al convento de su nombre. Nosotros continuamos hasta la calle de la Nevería, apeándonos ante un portal oscuro de una casa de la acera de la derecha.

Esa casa era la de mi abuela materna, o por mejor decir, de su tía doña Francisca Gil. Véase la casa y entablaremos después relaciones con la familia.

Abierto el portón, tirando de un cordelillo que por el zaguán levantaba el picaporte, entramos en un patio enchinado y limpio, si no lo afeara un caño descubierto que, siguiendo el zaguán, corria a morir en otro caño mayor que iba por la calle.

El patio, cerrado por sus cuatro frentes, en cada uno ofrecía una puerta: la de entrada, que pasamos; la frontera, al lado opuesto, y en los muros de izquierda y derecha otra puerta, respectivamente, y una ventana de reja a uno y otro lado de ellas. El patio carecía de corredores y arriates: la planta baja sólo.

Doña Francisca se redujo a vivir en el lado o pabellón de la izquierda, y nos dió posesión del de la derecha.

Para vivienda interina y gratuita, no resultaba mal: una sala grande, con la puerta de entrada y una ventana; una alcoba cuadrada, espaciosa, alta de techo y su ventana de reja con la correspondiente celosía, dando vista a la calle; otra alcoba espaciosa, con la segunda ventana del patio; y cocina, despensa y fregadero en una pieza, en el centro o fondo del pabellón.

Mobiliario: sillas del Norte, bordeando la sala, pegadas a la pared; en su lienzo mayor, una cómoda barrigona, de caoba con incrustaciones de madera amarilla, bocallaves y tira-

dores de metal; sobre la cómoda, un tintero triangular, de barro vidriado, y dos candelabros de lo mismo con un a modo de león por pie. Las alcobas, una cama de caoba en cada una, también con incrustaciones amarillas; cúbrenlas viejas colchas de damasco; agréguense cuatro sillas bajas del Norte, y queda hecho el inventario.

El departamento de doña Francisca era igual, con leves variantes de amueblado. La sala, con una cómoda gemela de la descrita; encima, un conejito de yeso, que a cualquier movimiento subía y bajaba la cabeza; a los lados, dos vasos grandes, de vidrio antiguo con flores pintadas en el mismo, y flores naturales metidas por los cabos en su capacidad; las serias filas de sillas del Norte; en el esterado suelo, al centro, un brasero de cobre (sin fuego) y su badila, embutido en un gran ruedo de caoba negra claveteado de metal. Las alcobas, con dos y tres camas; en la cabecera de una, un crucifijo de metal; al lado, una pililla de vidrio antiguo, para el agua bendita, y un rosario de cuentas gordas.

La modesta morada, sin embargo, tenía un no sé qué de tranquilo y digno que me fue simpático.

Quizá por eso mi curiosidad se dirigió hacia la persona que vi más en consonancia con aquélla.

Conocí por primera vez a mi abuela, colorada, fresca y algo gorda; a mi tía Dolores, preciosísima niña de doce años, hermana de mi madre. Vi a Santiago, mozalbete de quince a diez y seis años, que estuvo con nosotros una temporada en Medina; y volví a ver a mi hermana mayor.

La que me impresionó más, como he dicho, fue la tía doña Francisca. Y lo extraño del caso consiste en que su persona no presentaba nada de particular. Eso sí, era muy vieja: había cumplido ochenta años; no estaba encorvada y caduca; pero tampoco tiesa, ni aun menos espetada. Mediana de cuerpo, fisonomía tranquila, regular, ni agradable ni desagradable. Enjuta sin ser flaca, entre blanca y morena, pelo negro, escaso, con pocas canas. Ni hizo extremos al vernos, ni nos reci-

bió groseramente, sino con sencillez natural. Vestía saya negra, corpiño de igual tela y color, y un pañuelo negro con franja blanca al cuello, muy ceñido a éste con un alfiler.

Mi abuela materna era viuda de un maestro de música, procedente de la antiquísima escuela de canto, la primera quizá del mundo: el Monasterio de Monserrat. Muy estimado en el Puerto, paró en la cárcel cuando cayó el *Sistema* el 23: así llamaban por aquel entonces al período constitucional. Si liberal y patriota, no era el músico hombre de armas tomar, antes dulce y morigerado; lo cual no bastó para que del primer empuje dieran con él en prisiones, enfermando del susto y muriendo a consecuencia.

La viuda, con dos hijas y un hijo, fue amparada por su tía Francisca (o doña Francisca, como ella se hacía llamar por todos los extraños, sin consentir el apeo más que a la familia). Vivía con su hermano Sebastián, soltero como ésta y aún más viejo, pues había cumplido *cuatro duros y una peseta*.

Sebastián conservaba también todos sus sentidos y potencias, sin doblegarse a la edad; era alto y proporcionalmente grueso; vestía chaqueta y sombrero redondo; sólo el día del Corpus variaba de uniforme, sacando un levitón y un descomunal sombrero de copa, que su hermana guardaba cuidadosamente.

Vivían en paz y muy tranquilos con doce reales diarios, producto de tres casas heredadas de sus padres, y las cuales, a los cuarenta años habían dado en vitalicio para quitarse de cuidado; fué cláusula, además, que habían de vivir en una de ellas hasta la muerte de ambos hermanos (la de la calle de San Bartolomé).

Sólo podía advertirse entre ellos alguna contrariedad, pero mansa, apenas perceptible: cierta cosa en la hermana, porque Sebastián no quería salir del chaquetón. Los domingos, principalmente, al ir a misa,

—Pareces un *tío*—le decía.

Fuera de esto, siempre se la veía tranquila como un vaso

de agua. Sin embargo, recuerdo otra excepción. Tenía una sobrina, prima de mi abuela, y a quien dábamos el nombre de *Antonia la larga:* en efecto, era alta, delgada y desmañada. Con gran frecuencia solía ir a casa de la tía.

—¿A qué vienes aquí?—le preguntaba.

—Pues, ya lo sabrá usted, a ver si me da alguna cosita.

—Siempre lo mismo, siempre pedigüeñeando; si tu abuelo resucitara y te viera tan zarrapastrosa, se volvía a morir de vergüenza.

—¡Como *semos* tan *probes!*

—«*¡Semos, probes!*» Has perdido hasta el modo de hablar; se puede ser pobre y vivir con decencia; pero te casaste (a pesar de todos) con el primer tío del campo que se te puso en el moño, y te has vuelto tan tía como él. ¡Toma y vete!

Le alargaba una peseta, tercera parte de su renta, y terminaba con eso el coloquio.

Doña Francisca iba a misa primera todas las mañanas. No tenía visitas ni relaciones: por no recibir visitas, ni aun de frailes; bien es verdad que para éstos las hacía excusadas la circunstancia del vitalicio.

Con sus tres pesetas (eso sí, limpias de polvo y paja) y con su casita para morar mientras viviese, no sólo era feliz, sino que cubría multitud de atenciones benéficas. Tenía recogida a su sobrina Dolores y a sus dos hijos; todos los sábados repartía diez ochavos entre otros tantos mendigos que acudían al portal de la casa, y diariamente tres, lo menos, al salir de la iglesia. Mandaba decir su misita de a dos reales una vez al mes, por el alma de sus padres, y hacía otras limosnas a las ánimas benditas.

Cierto que la vida era entonces más barata, y que el dinero valía más; pero el milagro resultaba del orden.

A las doce, la sopa humeante de pan o de fideos amarillos; después, en un gran plato sevillano a modo de lebrillete se volcaba el puchero, compuesto de fríjoles, garbanzos y verduras del tiempo, ya coles, ya acelgas, tagarninas o calabaz a

y judías verdes. En medio, por lo regular, formaban una pirámide la carne de vaca o de carnero, el tocino y los pedacitos de chorizo y de morcilla. Con esto se llenaba el estómago satisfactoriamente, ayudando la digestión un vaso de agua pura, unas aceitunas aliñadas, alguno que otro higo y hasta un trocito de queso.

Por la tarde, a los niños nos regalaban con merienda, consistente en frutas y un cantero de pan.

A las ocho en invierno y a las nueve en verano, la cena: un guiso de patatas, con algunos fragmentos de carne, y ensalada; a veces, ensalada y pescado frito.

Pues bien, tal alimentación, vestidos y calzados, y socorros a vivos y muertos, todo salía sin dificultad ninguna del vitalicio, administrado por las manos de doña Francisca.

No sabía leer, ni tampoco escribir; sus hermanos, mucho menos; mi abuela, ídem per ídem. Mi madre sí, por milagro del amor, y véase cómo.

Ni su madre ni su abuela quisieron que aprendiese. Decían que esto era muy bonito, pero que había de tener el peligro de los novios cuando anduviera el tiempo; y, para evitar cartitas, las mujeres no debían saber leer ni escribir.

Pero, cátate que huyendo del perejil les dió en la frente. Mi padre, de estudiante, vió a mi madre y quedó perdido de enamorado. Enamorado debía quedar, cuando mis abuelos paternos se alarmaron; y, para apagar el fuego, pusieron tierra por medio trasladándose a Jerez.

Aun así, nada consiguieron. Cursando en Sevilla, a la menor ocasión, diez días de rabona, un caballo alquilado o prestado por cualquier amigo, y ¡zas! al Puerto, callandito. ¿Vacaciones en Jerez? Pues, ya todos recogidos y dormidos, del balcón a los hierros de la ventana, de la ventana a la calle y trota que trota al Puerto, para regresar a Jerez; y vuelta, de la reja al balcón, del balcón al dormitorio, para que lo encontraran en la cama.

No andaban menos avizores doña Francisca y la abuela: al

portón, llave y cerrojo; nada de cordelillo al picaporte; persianas clavadas; hojas de ventana, cerradas con candado.

Véase un procedimiento original de pedagogía, y que no se le pudiera ocurrir al más pintado. Y, sin embargo, es lo cierto que por él y sin otro maestro aprendió a leer regularmente en un mes o poco más mi madre; y aprendió a escribir, del modo que luego se verá.

Para leer, tomó un catecismo de doctrina y preguntó dónde estaban la Salve y el Padrenuestro, a la primera criatura que sabiendo leer le deparó el acaso. Acto seguido, se puso a mirar la primera letra de la primera palabra, luego la segunda y todas las sucesivas; y ella, haciendo su composición de lugar, decía: «*Pa-dre,* la primera sílaba es *Pa*, la segunda es *dre;* con la punta de la tijera rayaba en el revés de una puerta, y como podía, una *P* y una *d* como las de imprenta. Luego venía «*nues-tro*» y decía para sí: la primera es la *nues,* la segunda *tro,* y rayaba en la puerta *n, t*. De este modo, cavila que cavila y dale que le das, con un lápiz escondido en el seno y una hoja de papel cualquiera, comparando palabras escritas en cartitas de mi padre con las del Padrenuestro y de la Salve, que sabía de memoria, pudo leerlas y llegar a contestarlas.

El tío Sebastián no sabía leer, por otra causa: no tuvo vocación de cura ni de militar, y fuera de ambos casos, para nada hacía falta. Antes por el contrario, si se pertenecía a la clase de heredados propietarios, era un título honroso el no saber escribir: muestra de no pender del trabajo personal, de ser independiente, de vivir de lo suyo y ser un caballero. He aquí, también, la explicación de que a doña Francisca no le gustara ver de chaquetón a su hermano.

Del sobrino Sebastián miraban como una desgracia que supiera leer y escribir; pero se resignaban al verle de aprendiz de procurador, ya que no teniendo qué heredar no le quedaba otro remedio.

Curioseando los cajones de la panzuda cómoda, descubrí

unas telas llamativas. Como estaba cerca mi abuelita, le pregunté qué significaban aquellas casullas.

—No son casullas, son trajes del papá y de la mamá de tía Francisca—dijo.

Y para saciar mi curiosidad, sacó a luz: unas enaguas, rameadas de oro y seda, que se tenían de pie; unos corpiños, tan ricos o más; una casaca grana, bordada en colores, y bastantes encajes.

—¿Eran obispos?—pregunté.

—No, niño, eran un caballero y su mujer: D. Sebastián Gil de Gragea, última familia conocida de los que quitaron el Puerto a los moros (1).

Entonces no comprendí aún qué es lo qne tenía para mí la tía Francisca, quien, sin poseer nada ni hacerme extremos, me inspiraba un respeto simpático y agradable. Pasado mucho tiempo, he venido a caer en que sentía en ella el tipo (ya perdido) de la antigua mujer española, sencilla, ignorante, ordenada, limosnera, modesta y de un vivo sentir la propia dignidad como legado de familia. Cosa ya rarísima la última; pues, por lo común, en las demás gentes de aquel tiempo y del actual, no la he vuelto a ver sino bajo el aspecto de su caricatura, por el lado de la vanidad o de la soberbia.

XXXVI

«¡Yo no quiero ir a la escuela!»

Había entrado en los cinco años. No cabía apelación: el purgatorio abría sus puertas para darme entrada.

Antes de encontrar mi padre casa ni trabajo, fué a hacer-

(1) De aquel tiempo de la reconquista por Don Alonso el Sabio, sólo he podido encontrar leves vestigios: la imagen de la Virgen de los Milagros, que se conserva en la Iglesia Mayor; pequeños trozos de lienzos en los muros del Castillo; un chapitel, dos arcos y el balaustre principal (de madera) de la escalera de la casa arruinada de la calle de la Misericordia, donde estuvo el teatro.

nos una visita mi padrino. Era un comandante, retirado joven por casarse en el Puerto con una señora acaudalada. Amigos y casados unos y otros, mis padres fueron padrinos del primer hijo, y ellos lo fueron míos.

Apenas me había sentado sobre sus piernas y dádome unos cachetitos, cuando exclamó:

—¡Cáscaras, y qué crecido está mi ahijado! Ya debe de andar en los cinco años. Es preciso que lo lleven a la escuela: yo me encargo de su educación; quiero tener ese gusto. El compadre no piensa en nada; cuando venga, díganle que me vea.

En efecto, mi padre había salido.

Escuché la sentencia como puede suponerse; y, apenas se retiró el padrino, me eché en brazos de mi madre rogándola que no me mandase a la escuela. Como no la viese conforme con mis deseos, lloré. Mi madre, sin decir sí ni no, procuraba tranquilizarme.

—No temas, allí van muchos niños como tú y juegan. El maestro les regala muchos dulces y estampitas; tú verás cuántas cosas te enseña y lo bien que lo pasas.

Cálculese el efecto que me harían sus palabras, a mí que escapé milagrosamente del granero de Santo Domingo. Claro está: el llanto pasó a rabieta.

Con mis padres, no me creía en el deber de reprimirme. La escuela era horrorosa; como tal la sentía, declarando mi aversión.

A los dos o tres días, cuando yo esperaba que se hubiese olvidado el asunto, mi padre me tomó de la mano.

—¿Adónde me vas a llevar?

—A la escuela.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—dije, demudado.

—Es preciso, hijo mío, ya tienes edad.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—repetí llorando y tirando para desprenderme de su mano.

—No hay más remedio, hijo—replicó sujetándome.

—¡Yo no quiero ir a la escuela!—y me tiré al suelo.

Mi padre me tomó en brazos, sin hacer caso; o por mejor decir, violentándose poco menos que yo. A pesar de mis gritos y protestas, dió conmigo en una accesoria de la misma calle de la Nevería, esquina a la de Palacios; donde, con puerta de calle a la vía pública, se hallaba establecida la escuela de don Diego Choquet.

Saliónos éste al paso, haciendo genuflexiones y afectando finura. Yo no cesaba de llorar y patear, mientras mi padre y el maestro se entendían: la cosa era clara, que llevaban un torito al matadero.

Hecha la entrega en forma, procuró mi padre desasirse y retirarse. Pero, ¡aquí fué ella! Me agarro a sus piernas, y por poco no le tumbo. Mi padre queriéndose despegar, el maestro tirando de mí con buenos modos, yo chillando y forcejeando, no sé si formábamos un cuadro patético o ridículo. Venció, como siempre, la fuerza cuando no la autoridad, y quedé prisionero.

Retirado mi padre de la escuela, cogiéndome de un bracito el maestro, con más energía y menos amabilidad, me llevó al puesto vacío de una banca; y en el banco correspondiente me sentó, haciéndome dar una culada. Advertí con esto que alboreaban los procedimientos del Fraile; y tuve que reprimirme lloriqueando bajo, haciendo pucheros y limpiándome las lágrimas con los puños.

No hice más, ni recuerdo más de las tres horas que debió durar la clase.

A las doce, el ayo de la escuela puso en fila de a dos a todos los chiquillos, y se disponía a partir con nosotros; pero el maestro, reparando en mí, vió que tenía la cara horriblemente tiznada y llena de churretes. En efecto, sentado delante de una banca de escritura, manchada de tinta luengos años, mis puños, chorreando lágrimas y refrescando la tinta, se habían convertido en dos brochas con las cuales me puse como nuevo. Entonces el maestro, sacando su pañuelo moquero, comenzó a

restregarme; y, no siendo suficiente, le echó varias salivitas, consiguiendo algo más con tan singular jabonadura.

Una vez *limpio* así, la escuela en pleno, con el ayo detrás, se puso en marcha. Como mi casa era la más próxima, me dejaron en el zaguán, y la escuela siguió su procesión.

Mi pobre madre, al verme tan churretoso y sofocado, dolióse de mí. Por la tarde, al oir la voz de un chico que gritó en el portón, *Fulanito de Tal,* contestó mi madre:

—Está malito.

Pero, al día siguiente no hubo tu tía: a la voz del chicuelo, mal de mi grado, tuve que incorporarme a la escuela, tomar puesto en la fila y, llegando a la clase, ocupar mi sitio.

XXXVII

Una escuela particular.

La escuela, instalada en una accesoria, esquina a las calles de Palacios y la Nevería, según dejamos relatado, guardaba en su interior la misma forma angular de las fachadas, esto es: una crujía en paralelógramo a una calle; otra crujía igual a la segunda calle, y ambas continuas por el vértice de su intersección. Al muro de la Nevería, dos ventanas con reja; al de Palacios, la puerta acristalada de ingreso y otra ventana enrejada; todas, con sus respectivas vidrieras. Al testero de la crujía de la Nevería, una puertecilla cerrando un cuarto oscuro: en él un mal excusado, consistente en una tabla horizontal perforada por un gran agujero, a la altura proporcionada para adultos; el resto de dicho cuarto quedaba libre, para una tinaja de agua con tapadera de pino, sobre la que descansaba un jarro de lata abollado y mohoso.

Esto y no más constituía la escuela. Respecto a iluminación, mejor que el granero del convento, en virtud de las tres ventanas y la puerta de calle; en cuanto al aire, peor que

aquél, ya por estar en planta baja, ya por tener cerradas las vidrieras, ya por la fétida boca del retrete, que, sin válvulas ni otro aparato aislador, unificaba el ambiente de la escuela con el de la letrina.

Muebles, los ya consabidos: bancas corridas y sus bancos correspondientes; pero no en hileras, sino bordeando las paredes. La mesa del Profesor hallábase en el testero de Palacios, puesta sobre una tarima y cercada por una baranda de madera. El sillón, tosco: espaldar de costillas, brazos de palo y asiento de anea. En el testero de San Bartolomé, entre la puerta del cuarto oscuro y el rincón, la mesa del ayo, vieja, con una pata rota atada con bramante; detrás una silla, más vieja aún y desfondada, supliendo esta falta las tapas de un diccionario desencuadernado. En las paredes, cartones con silabarios, máximas de urbanidad y cortesía, un cuadrito con la estampa de San Casiano (puesto encima de la silla del ayo), y otro cuadro de mejor ver, con un cristal que protegía a un escudo heráldico con múltiples cuarteles, pintado en una hoja de papel marquilla.

La población escolar, varía en edades y cataduras, desde el zangón de diez y seis años hasta el párvulo de cuatro; niños regularmente vestidos, unos; sucios y mal calzados, otros. Era *Escuela* particular, quiere decir, no de patronato ni convento; por aquel entonces, en Andalucía, era excepcional que las hubiese a cargo de los Municipios.

Pasado bastante rato de estar quietecito en mi asiento, extendió el ayo su larga mano flaca hacia mi dirección, y recogiéndola hacia sí, entendí que me llamaba.

—Caballerito—me dijo,—¿sabe usted las letras?

Le contesté que no, quitándome bastante miedo el oirme llamar caballerito y darme tratamiento de usted; cosa a que no estaba acostumbrado, y menos por el Fraile, cuyas palabras aún me hacían retintín en los oídos.

—¿Trae la cartilla?

—No, señor.

—No se dice «no, señor»; se dice «no, Padre». Diga a su gente que se la compre.

Cuando le hube contestado, tomó una cartilla refregándose un ojo; y haciéndome acercarme mucho entre sus piernas, para lo cual hizo girar la silla, me señaló la primera letra con la púa rota de una peineta de cuerno, que le servía de puntero. Al señalar así, yo dije:

—Jesús María.

Corrigióme él, diciendo *A;* dió un saltito chico con la púa, y recordé que debía decir *E;* otro saltito, y dije *I;* al otro, *O,* y luego *U.*

—Pues, caballerito, conoce usted las vocales.

Nada de eso: yo hube de recordar la taravilla de la amiga *Jesús María, A, E, I, O, U,* pero nada más, y ni por pienso el relacionar estos sonidos con sus signos.

—Bien, bien; ahora al revés. ¿Cómo se llama ésta?

—Jesús María.

El ayo, fijando bien el puntero sobre la letra donde lo tenía puesto, bajó la cabeza y volvió a refregar el ojo por la cartilla, diciendo:

—No, caballerito, ésta es la *U.* ¿Y ésta?

Yo no supe qué decirle.

—Pues esta redondita es la *O.* Vamos a ver, vamos a ver: ¿qué letra es ésta?—señalando la primera.

—*A.*

—Muy bien. ¿Y ésta?

—*E.*

—No, no; mírela bien.

—*U.*

—No; esta letra en forma de palito es la *I.* ¿Y esta redondita?

—La *O.*

—Muy bien, muy bien, caballerito. A ver si me las trae usted aprendidas para mañana.

Decididamente, el pobre ayo aquél se captó mis simpatías;

no me había llamado «*¡bruto!*» ni dado un simple coscorrón. Y eso que su proximidad era bien ingrata, por el empalagoso olor que despedía a carne vieja y ropa sucia.

Así, cuando, dadas las doce y rezado el *Bendito*, se formó la escuela para repartir los niños, tuve un malísimo rato al salir a la calle, a causa de que un par de rapazuelos, desde la opuesta esquina, comenzaron a abuchear al ayo con las siguientes voces:

—*¡Don José Vivanco, cojo, tuerto y manco! ¡Don José Vivanco, cojo, tuerto y manco.*

Lo mismo, sobre poco más o menos, que a mi inolvidable amigo el *tío Mejía*.

Desgraciadamente, era verdad: el ayo así se llamaba, don José Vivanco; y no era menos verdad que le faltaba un ojo, y que por efecto de un ataque cerebral antiguo, arrastraba la pierna izquierda, y tenía zopos el brazo y la mano del mismo lado.

Con esto y su vestimenta, resultaba una desdicha andando, muy a propósito para que los chiquillos de mala educación se metiesen con él.

Alto, lo hacía más su delgadez famélica. En la cabeza, un abollado sombrero de copa alta. En la cara, una cuenca vacía; el otro ojo, saltón; cuenca y ojo cubiertos por gafas de ancha armadura de hierro y dos cristales como culos de vaso; nariz larga, y más delgada que larga; boca algo torcida, por la parálisis.

Cuello: representado por alto corbatín, que fue de terciopelo en sus principios; y que, perdiendo el pelo, quedó terso de mugre.

Levita no mejor parada, abrochada hasta el corbatín para ocultar ausencias de chaleco y defectos de camisas. Pantalón lustrina, salpicado de manchas y lamparones: perniles cicateros y deshilachados por abajo. Botas viejas, remendadas y rotas, completaban el hato del infeliz.

Su biografía, aunque contaría más de cincuenta años, no

resultaba larga. Nació de un comerciante de los más acaudalados, cuando Cádiz era emporio del comercio. Los Ingleses le apresaron un barco de su propiedad, cargado por su cuenta, y le hicieron quebrar. El hijo, educado para caballero, muerto el padre, no encontró dónde meter la cabeza; y así, dando tumbos y luchando con el hambre, se fué al Puerto para ampararse de una sobrina casi tan pobre como él, casada con un empleado del Ayuntamiento, que gozaba de un sueldo de ocho duros mensuales. Con la sobrina encontró habitación en un zaquizamí; y hasta cama, de dos banquillos y tres tablas, donde ponerse horizontal; pero comida, vestido, calzado y ropa limpia, Dios lo dé.

Al fin se condolió la Providencia, deparándole el cargo de ayo de niños en la escuela de D. Diego, por el estipendio de treinta reales que mensualmente debía abonarle; pero que, en efecto, *debía,* porque a duras penas si le pagaba un mes y seguía debiéndole los restantes.

No eran solamente las miserias físicas las que los rapazuelos le echaban en cara, sino que también, con motivo del alto corbatín, ajustado con una hebilla hacia el cogote, le gritaban los muy malignos:

—*Don Pepito, ¿y la pringada?*

Contestando ellos mismos, con voz diferente:

—*En el corbatín la llevo guardada.*

XXXVIII

Silabeo y palotes, insultos y pescozones.

Al mes, conocía los abecedarios, minúsculo y mayúsculo. Empleé dos meses en aprender a deletrear, porque no podía entrarme en la cabeza que *f* y *a* sonaran *fa,* sino *efea;* pero, al fin, con paciencia, D. José Vivanco me enseñó a pronunciar las letras asociadas contra las leyes intuitivas de la lógica infantil.

No ocurrieron tan rápidos progresos sin despertar en mi

sér alguna inclinación torcida, algo de burla y superchería, mezclada de malicia, y su dosis de mentiroso. Por ejemplo:

Poníame a deletrear en un cartón que decía: «*Ma-ña-na ba-ja-rá la pa-ca-ta*», etc. Como el ayo era casi ciego, y como yo, de oir esa retahila en alta voz a otros chicuelos, había aprendido de memoria tan extraña jerigonza, sin pararme a mirar puntero ni cartel, apenas comenzaba el silabeo, sin prestar atención ni mirar a lo apuntado, decía: «*Ma-ña-na ba-ja-rá la pa-ca-ta sa-ya ra-ga-za.*» Y el ayo exclamaba: «Muy bien, muy bien, caballerito.»

A tal altura ya de progreso, dió principio otra enseñanza más dura, penosa y peligrosa para mí (entré en ella bajo la férula, más temible, del maestro D. Diego Choquet): hacer *palotes*.

¡Ahí es nada, hacer palotes! No recuerdo ninguna cosa que me haya costado más trabajos y disgustos.

En un papel pautado horizontal y diagonalmente, el maestro rayó cuatro ó seis palotes con una pluma de ganso, que, con cierto desgaire y muchas circunstancias, cortó *ad hoc* en mi presencia. Hecha la muestra en el primer renglón, me colocó la pluma entre los dedos, recitándome un discurso muy prolijo, del cual no entendí maldita la palabra. Mas, como me lo dirigía a quemarropa, todo lo que pude hacer fue mirar a la cara del maestro, sin pestañear y con tanta boca abierta. Recuerdo algo de falange y de índice y pulgar y dedo corazón; esto lo recuerdo, más que por el discurso, porque, tiempo andando, aquella misma perorata sobre el modo de tomar la pluma nos la hizo aprender de memoria en un librejo impreso, que contenía otras cosas parecidas y no menos útiles por cierto.

Cogióme la mano derecha, metiéndome la pluma entre los dedos, y a seguida me enderezó otra oración amena sobre el modo de colocar el papel (sujeto con la mano izquierda), la colocación de cara, cuello, hombros y no sé cuántas cosas más. Y como nada de esto fuera observado por mí, comenzó a darme estirones, ya del pescuezo, ya del brazo, ya del tronco, primero con suaves y después con bruscas maneras, hasta de-

jarme convertido en un garrote, de puro rígido (pues bien se dejará ver que mi deseo de conservar las posiciones en que me colocaba poníame tieso y envarado); con lo cual el maestro se desesperó, y gracias que por esa vez limitó su desahogo llamándome «¡torpe, bruto y animal!»

Ya solo, y algo repuesto del susto, mojé la pluma y pugné por hacer algún palote; pero, en vez de raya, salió de la pluma un goterón y solté un chapón mayúsculo. Al notar mi congoja el párvulo de al lado, cogió mi plana y pegó un lametón sobre la mancha, con lo cual desapareció lo negro, aunque creció lo húmedo y tiznado.

Con esto, proseguí mi labor, cuidando mucho de sacudir la pluma; pero, al ponerla en el papel, como húmedo que estaba, se corrió la tinta y mucho de lo lamido volvió a ponerse negro. Así, entre mortales angustias y conatos frustrados, llegó la hora terrible de enseñar las planas. Tocóme el turno y fuí temblando con la mía, cual reo que llevara el proceso de su condenación. El maestro se redujo a mirarme con enojo, hacer una piña de la plana y tirarla al suelo. Viendo que no decía nada y que otro chicuelo me seguía a la espalda, me retiré mohino y me senté en mi banco.

Sobre poco más o menos, así pasaron varios días, en lo que respecta a la escritura. Cada vez que venía D. Diego para enseñarme a coger la pluma, poner el papel y colocar el cuerpo, me quedaba más agarrotado, rígido y entorpecido de movimiento; la impaciencia del preceptor se acentuaba, y sobre sus frases halagüeñas intercalaba algún tirón de orejas y alguno que otro pescozón.

Con esto, mi susceptibilidad *impática* trocó en altiva mi naturaleza; muy altiva de por sí para tan corta edad, comenzó a sufrir una metamorfosis horrible. De nada servían mis protestas contra la escuela, ni mis lágrimas en el seno de la familia. De nada servía mi voluntad; tuve que reducirme a devorar en silencio aquella tiranía, sin sentir otro consuelo que reconcentrar mi odio al maestro y a la escuela, alimentando

en mi interior el deseo de venganza, aplazada para cuando fuese mayor y contara con las fuerzas suficientes.

¡Oh, qué educación tan apropiada para hacer de un buen niño un hombre criminal! Si al fin no lo he sido, atribúyase a la divina misericordia.

Y pues ya hemos entrado en relación con el maestro, será oportuno darlo a conocer.

Otro desgraciado, como el fraile, como D. José Vivanco; no menos digno de lástima, y cuya memoria más me mueve a compasión que a respeto, pero de ninguna suerte a odio ni malquerencia.

D. Diego Choquet era por entonces un hombre de cuarenta años de edad, bajo de estatura y fino de complexión; rubio color de lino, blanco y con chapetas rojas en las mejillas, escaso de barba y bien afeitado; limpio y raído en el vestir, a puro cuidar la ropa y el sombrero. En la escuela quitábase la levita para no deteriorarla, vistiendo un casaquín de lienzo crudo con mangas sobrepuestas de percal negro, para no rozar los codos ni mancharse.

Su fuerte era el pendolismo: hacía una redondilla que aventajaba a la impresa en las muestras; una gallarda, que ni con un compás; una inglesa, que parecía litografiada; y unos rasgos, lazos y garambainas que le enamoraban de sí mismo como Narciso en la imagen de la fuente.

Su otro fuerte era la urbanidad y cortesía; entendiendo por tales el hacer muchas genuflexiones y cumplimientos a los padres y tratar con gran crudeza, severidad e injusticia a los chicuelos, haciéndoles en cambio aprender de memoria un librejo empalagoso y necio que se titulaba *Libro de urbanidad y cortesía*.

Era casado, malavenido con su familia y con su suerte. Tenía un hijo en la escuela, ya zangón, al que trató con gran severidad hasta los diez y seis años, y con punible indulgencia desde dicha edad en adelante.

Detestaba sú oficio de maestro de instrucción primaria,

para el cual, lejos de vocación, sentía antivocación y tedio. A grandes voces y casi diariamente maldecía de su estado.

El escudo de colorines que tenía a la cabecera era su único consuelo. Nos lo enseñaba con soberbia, y desde que los chicos escribían planas de pauta séptima (o sea, de dos rayas estrechas paralelas) les hacía suscribirlas de este modo:

Hecha por Fulanito de Tal, discípulo del Sr. D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.

XXXIX

Una víctima de Trafalgar.

En efecto, D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey, era hijo de un Alférez de Navío que murió en el combate de Trafalgar, y está de más la prueba si sería linajudo.

Creo difícil dar idea, ni aun remota, de la vanidad nobiliaria de aquellos tiempos. Quizá porque la aristocracia de sangre veía su ruina con el nacimiento de la clase media, forzaba hasta la caricatura su presuntuosidad *impatuosa*. Pero ni los que ostentaban títulos de Castilla, ni sus segundones (más vanidosos aún) podían compararse en este punto a la oficialidad de la Marina de guerra.

Desde Trafalgar, quedó arruinado el Cuerpo naval. El Gobierno, en sus apuros, escatimó los gastos, lo mismo para el material que para el personal. Pasáronse años sin dar una paga, y la miseria de los oficiales llegó al colmo. Brigadieres de Marina, con sus entorchados en la bocamanga, alargaban la mano, a las puertas de las iglesias, para mendigar una limosna. Los más honrados se deslizaban si podían por los almacenes del Arsenal, para hurtar con disimulo un pedazo de cobre o una herramienta o cualquiera cosa que poder vender para aplacar el hambre. Los propietarios de las palaciegas ca-

sas de la Isla de San Fernando, no pudiendo cobrar la renta, las dejaban arruinarse; luego arrancaban y vendían como hierro viejo los herrajes de puertas y ventanas.

Tanto abatimiento, tanta miseria y desolación, venían a recaer en una clase para cuyo ingreso era necesario hacer rigurosas pruebas de nobleza. Tales circunstancias, irritadas con el desdoro de la pobreza, exageraban hasta el delirio todas las formas de la vanidad.

Don Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey, quedó huérfano muy niño. Viuda su madre, no volvió a ver una moneda del Estado; y en la estrechez no hizo poco con mandar al hijo a la escuela para que aprendiese a leer, escribir y las cuatro reglas de aritmética. Con tan escasa instrucción, logró distinguirse como pendolista.

Criado en la sociedad de gente famélica, pero bien educada y de alta jerarquía, ostentaba buenos modales, algo exagerados y afectados, por lo mismo también que con ellos pretendía dar a entender *quién es Calleja*.

Pero, al cabo, así como a D. José Vivanco lo arrojó la miseria a ser ayo, igualmente el hambre arrojó a D. Diego Choquet a ser maestro de escuela. Desdichas vivientes ambos, víctimas el uno de la presa de los Ingleses, el otro de la rota de Trafalgar.

XL

Nelson me da palmetazos.

No recuerdo el sinnúmero de meses que me chupé haciendo palotes, mas no he olvidado los castigos que por ellos sufrí. Sin tomar en cuenta las frases duras, los empellones y tirones de orejas, pasarían de cincuenta los *plantones*, otra suma igual de *estar de rodillas* y sus quince a veinte docenas de *palmetas*.

A decir verdad, comparativamente, no tenía derecho a

quejarme, pues no era de los peor, sino de los mejor librados.

Bajo tal aspecto, no dejaba de atemperarse el Sr. D. Diego a cierta justicia distributiva, fundada en una particular clasificación, a saber: niños que no pagaban, niños que pagaban mal y niños que pagaban corriente. Los honorarios variaban, de 20 a 40 reales mensuales.

Los de 20 debían llevar las plumas y el papel para las planas; además, todos los sábados un cuarto por el consumo de agua. Los que por pobreza o informalidad de los padres no pagaban, eran cuerpo enojoso; y el mal humor del maestro, no teniendo contrapeso, descargaba en toda su amplitud. Un tanto se retenía con los que al fin algo aliviaban las necesidades del maestro, y bastante más con los de paga saneada.

¡Qué pocos debían de ser, a juzgar por las estrecheces de D. Diego!

La escuela bien le saldría por tres duros mensuales de arrendamiento; cuatro o cinco, a lo más, la casa reservada de él y su familia; treinta reales el ayo y quince una criadilla. El presupuesto de tinta, plumas y papel no lo calculo; pero el de vestidos y alimentos no debía de ser muy largo, al menos por lo que desde la escuela se podía observar.

Comer nunca le vi, pero sí almorzar. A las diez en punto de la mañana traía diariamente el almuerzo a la escuela una criadilla mal hateada y poco limpia. Venía la refacción en una servilleta atada por los cuatro picos. Puesta sobre la mesa del maestro, éste desataba los nudos, la extendía cuidadosamente a modo de abreviado mantel y ordenaba el contenido, consistente en una cafetera de hojalata, una taza y un plato vidriado de Valencia, una cucharilla de peltre, un papelillo de estraza envolviendo una onza de azúcar moreno; y en rebanadas fritas, medio cuarterón de pan, o sea la octava parte de una hogaza.

D. Diego, con gran calma y con cierta fruición, vertía de la cafetera el chorro, no de café, sino de un té *nominal,* en la cuenca de la taza; le agregaba su cucharadita de azúcar, y

comenzaba a mojar allí y a roer de seguida, uno en pos de otro, sus picatostes. Concluídos, acababa por sorberse el infuso restante; y, por último, sonaba la cafetera, por si en su interior hubiese quedado algún remanente no desaprovecharlo. Una vez todo consumido, se limpiaba prolijo los labios con una punta de la servilleta, colocaba en el seno de ésta los trebejos y... a la criada, que salía con ellos tan campante.

¡Y que para esto muriese un Alférez de Navío en Trafalgar!

Por mi parte, le perdono las gruesas de palmetazos que me endilgó a cuenta de los palotes. Al recibirlos, ¡quién me había de decir que, no D. Diego, sino Nelson me los daba! A lo menos, éste tenía la mayor parte de la culpa.

A juzgar por la analogía, la comida debía de correr parejas; y ahora, con estos precedentes, cualquier lector podrá colegir el buen humor y temple de ánimo del maestro para llevar con paciencia la enojosa ocupación de educar niños.

Mas es el caso, que yo entonces no podía penetrar esas profundidades; que sólo experimentaba los efectos del mal trato y de la injusticia, a cuyo influjo, no solamente se fue depravando mi condición moral, sino que también sufrió retraso y hasta retroceso la parte intelectual.

Inducido a la idea de que el deber estribaba en copiar *palotes, puntillos* e *itulfis*, y en repetir como una cotorra la doctrina y las máximas de urbanidad y cortesía, al sentirme inhábil para ello y muy inferior a la generalidad de los otros niños, me convencí de mi torpeza, perdí gran parte de mis condiciones reflexivas y cesé en el hábito de preguntar. ¿Cómo preguntar, si diariamente me llamaban torpe y bruto? Era preciso, cuando menos, disimular brutalidad e ignorancia, no declararlas preguntando lo que no sabía; antes bien, convenía disimular y buscar trazas para dar a entender que estaba muy al cabo de todas las cosas.

XLI

Un encarguito a Puerto Real.

Habían corrido algunos meses. Mi padre pudo ya buscar casa y establecer su bufete de abogado.

La casa, de buen aspecto, estaba arrendada por partidos o pisos. En el bajo no recuerdo quién vivía. Nosotros, en el primero; y otra familia, con varios chiquitines, en el segundo. De éstos, uno era algo mayor que yo, otro de mi edad y otro más pequeño.

Como mi madre se encontraba en meses mayores y próxima a nacer mi hermana Adela, púsose en mi conocimiento que se había encargado a Puerto Real un niño chiquitito y muy bonito, que pronto traerían en un canastillo.

Con tal novedad sentí contento; y como llegaran los niños del vecino, les anuncié a mi vez la buena nueva. Pero, lejos de recibirla con sorpresa, el mayor, haciendo un gesto desdeñoso y algo autoritario, miró alrededor, volvió la espalda y con la mano vuelta comenzó a hacernos señas para que le siguiésemos. Así lo hicimos, dejándonos conducir hasta que, llegando al dormitorio más apartado, con el dedo en la boca indicó el mayor silencio; y levantando la colcha pendiente del costado de la cama y que caía hasta el suelo, allí, en aquella especie de escondite se entró a gatas, imitándole los demás.

Una vez debajo de la cama, con voz muy callandito, nos dirigió la siguiente perorata:

—No lo creáis. El niño no viene de Puerto Real. Sale de la barriga de las mamás. Y lo hacen los papás cuando se acuestan.

Aún entró en otras explicaciones más particulares y menos inocentes, por las que entendí que entre la florescencia y la fructificación no había intermedio: error feliz y de gran influencia posterior en el resto de mi vida.

¡La primera lección de anatomía, debajo de un pollero!

¡La primera lección de fisiología, debajo de una cama!

En tan delicada materia, la educación actual es insensata. Nos enseña en la Doctrina un mandamiento escrito con la palabra más cruda que consiente el pudor, y acto seguido pretende que la palabra se ignore y quede cerrada la inteligencia. Después de cometer tan ineficaz contrasentido, ¿qué se hace? Se abandona el asunto a la malicia, a que más tarde o más temprano un chicuelo más o menos inocente, más o menos honesto, éntre en explicaciones fisiológicas bajo su sucio aspecto pornográfico.

No me complace tocar ciertos asuntos; pero puesto que de educación se trata, no es posible dejar de ser ingenuo. Así diré que nuestra educación, en muchas de sus faltas, acusa responsabilidades contra el clero. Su mal tino educativo ha contribuído a convertir en algunas criaturas el natural pudor en hipocresía.

Si el pudor es un sentimiento natural, creamos en él y no lo torzamos con la malicia.

Antes de enseñar a un niño un mandamiento que no está en aptitud de quebrantar, enseñadle una flor del campo; decidle lo que son estambre y pistilo, mostrándoselos; lo que es polen, y cómo fecunda al ovario convirtiéndolo en fruto con semillas. Después, al enseñarle los mandamientos, y si no se quiere corregir la palabra que el uso ha hecho grosera, decid a la criatura:

—Vosotros no sois flores, ni sois asnos, sino que sois mucho más. La flor del naranjo deja abandonado su fruto para que se pudra en la tierra. Vosotros, seres humanos, necesitáis consagrar vuestra unión sexual por un Sacramento que la dignifique y que asegure la educación y el porvenir de vuestra descendencia.

O Dios me ha quitado la facultad de discurrir, o me parece que eso es más sano y más honesto que dar lugar a que se reciba la lección debajo de una cama.

XLII

De tanto pulir, me despulen.

Considéreme el lector haciendo, no ya palotes, sino medios puntillos y puntillos por espacio de muchos meses, rezando la doctrina, dando la cartilla y cantando la tabla de sumar, amarrado al banco de la escuela como el galeote al banco de su remo, sin más diferencia que la de que en vez del rebenque cruzaran las espaldas frecuentes correazos. Entretanto, digamos algo de la parte de afuera del aula; sin perjuicio de volver a ella después, ya que desgraciadamente hay materia para rato.

Mi buena madre era una madre singular: de puro buena, llegó a convertir mi infancia, ya penosa por la escuela, en más penosa todavía. Los jueves y los domingos, que, como de asueto, debían pertenecer a mi libertad y a mi alegría, se trocaban en días de otra clase de martirio.

Por desgracia, decía todo el mundo que yo era un niño bonito. A mi madre parecíale un querubín, y con esto me cayó la lotería.

Los jueves y los domingos, antes de la madrugada, a las tres de la noche, hallándome sumido en lo más profundo del sueño, cogíame por bajo de los brazos y en volandas me llevaba al cuarto de los trastos, donde tenía prevenida una tina de madera, llena de agua, en la que me zambullía de repentón. Acto seguido, con un trozo de jabón y un estropajo me arañaba de los pies a la cabeza, sin curarse de protestas ni de gritos. Terminada la faena a satisfacción, me secaba con una sabanilla y me cubría con camisa limpia, sentándome en una silla baja, y comenzando otra operación no menos dulce.

En una hornilla preparada al efecto, tenía dispuestos dos pares de tenazas; después de peinarme y abrirme veinte rayas en el pelo, comenzaba a rizar los tirabuzones, que me caían

hasta los hombros y la espalda. Hecho esto, que duraba un valiente rato, cogía unas duras torcidas de papel, liando en cada una su respectivo rizo. En esta disposición, candentes mis orejas, encendido el rostro con el aperreo y el calor de las tenazas, dolorida la piel por el áspero fregar del estropajo, y mi cabeza convertida en caballo de frisa a fuerza de *papillotes*, volvía a cogerme por debajo de los brazos y a depositarme en la cama... para que no durmiera: las duras torcidas se me clavaban ya en la sien, ya en el cogote, según me echase en la almohada, impidiéndome coger otra vez el interrumpido sueño.

Pero esto sólo era el prólogo de mis delicias en los días de asueto.

A las siete de la mañana se enredaba de nuevo en la faena de ponerme hecho un querubín. Destorcía los *papillotes*, y distribuía los tirabuzones de la manera más bella. Poníame un corsé, que me dejaba sin respirar; unas botitas nuevas, bien ajustadas, para que resultaran los pies muy pequeñitos; unos cuellos rizados y almidonados que inmovilizaban la cabeza, y después, los calzones y el casaquín o lo que fuese más de moda y llamativo. Quedábame convertido en una pieza. Y ya por el ajuste o ya porque no me manchase, a mano me daba de almorzar mi bonísima madre; esperando al ayo, si jueves, para que con otros chicos me sacaran de paseo; si domingo, para llevarme a misa y después a pasear.

Ni qué decir tiene cómo iría: a cada paso un dolor, a cada movimiento un ahogo; prefería estarme quieto, y los minutos parecíanme siglos.

Tantos trabajos no tenían más que una compensación, agradabilísima sin duda para mi madre, impertinente y en sumo grado enojosa para mí. No acertaba a pasar moza ni vieja por mi lado, que no parase la escuela y exclamara:

—¡Qué niño tan bonito! ¿De quién es?

Lo peor era que se bajasen a darme un beso, ya tuvieran la cara limpia o sucia, les oliera la boca o llevaran las narices atacadas de tabaco.

¡Martirio los días de trabajo, martirio los de asueto! Otros podrán decir que es feliz la edad de la infancia. Hoy que soy viejo, puede creérseme, no querría volver a la mía por nada de este mundo.

¿Qué influencia pudo tener lo relatado en mi educación y en mis costumbres? Mucha y grande: odio a toda opresión física o moral; rotura de respetos hasta pasada la edad viril; reacción en el sentido de cierta especie de licencia; inclinación al abandono de la forma y de la compostura en el vestir; convertirme, en la segunda infancia y juventud, en un destrozador de ropas; y perpetuamente, en descuidado y desmañado. Aun hoy día, me exalta y sobrexcita que cepillen la ropa cuando la tengo puesta, o que me arreglen la corbata: ésta cae como caiga; y, para no verme irritado, es necesario que el vestido lo arreglen y lo limpien antes de ponérmelo. En vano he procurado corregir tales defectos: los conozco, y trato de contenerme; pero, aun haciendo el propósito, me resulta muy difícil dominar la impaciencia si me pegan un botón.

XLIII

Un Serafín azota a angelitos.

Puesto que ya conocemos al ayo y al maestro, conveniente será entrar en relación con algunos condiscípulos.

Sea el primero Serafín: tal es el nombre del hijo del barbero de la esquina a la plaza del Ayuntamiento, mozallón macizo, con cara, cuerpo y facha de animal; su edad, catorce o quince años bien aprovechados. Llevaba el papel y las plumas y el cuarto para el agua; era contribuyente nominal, por lo que y por no desperdiciar sus aptitudes físicas, sin nombramiento expreso, pero con aquiescencia tácita, ejercía los honrosos cargos de esbirro y de acémila escolar.

A su celo estaba encomendada la denuncia de los delitos y

faltas. Si un chico se distraía, sonaba la voz de Serafín diciendo:

—Sr. D. Diego, Fulanito no escribe; Sr. D. Diego, Menganito está sacando la lengua a Zutanito.

Entre los castigos, algunos de los cuales enumerados quedan y otros los iremos relatando para edificación del curioso lector, existían los azotes; en cuyo acto desempeñaba Serafín el principal papel. Los azotes se dividían en dos clases: honestos y deshonestos; o sea, a calzón puesto y a calzón quitado.

Lo mismo era oir al Sr. D. Diego pronunciar la sentencia, ya estaba en funciones el Serafín con ánimo resuelto, y cara gozosa, que aumentaba su expresión de estupidez. Abalanzábase a la víctima, y cogiéndola de los brazos por detrás, de un voleo le hacía dar una vuelta de campana y caer sobre la espalda, o si más certero, perniabierto sobre el mismísimo pescuezo del funcionario.

Si los azotes eran de la segunda categoría, también sujetaba al reo por detrás, agarrotándole entre las piernas mientras le desceñía los botones; y hecho esto, a los brazos y la vuelta de campana. Convertido de este modo en cabalgadura de la víctima, se apropincuaba el Sr. D. Diego con su correa, larga de una vara, flexible y crujiente,... y ¡zás, zás! la docena de azotes cuando menos.

Para decir verdad, los castigos de la víctima del combate de Trafalgar no eran tan terroríficos como los del fraile de Santo Domingo: éste pegaba encendido de furor, de tal manera, que si no resultaba un estropicio debíase a pura misericordia del Altísimo; mientras que el Sr. D. Diego pegaba sin encenderse, tranquilo, con la serenidad y el desapasionamiento que en las leyes se recomienda a los justos jueces que castiguen.

Eso no obstante, alguna que otra vez solían ocurrir sus excepciones, como se verá por lo que sigue

XLIV

El pobre Carlitos.

Más tarde, mudó la escuela de local. El Rey había muerto, con gran contentamiento de los chiquillos; porque, debido a sus fúnebres exequias, nos dieron vacaciones.

Por mi parte, no había dejado de adelantar. Ya podía poner en la plana: «Discípulo del Sr. D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.» Ya leía el Catecismo, a tropezones, y hasta sacaba cuentas de restar.

La escuela se había instalado en el piso bajo de una casa en la calle de Santo Domingo, esquina a la de San Bartolomé; mejor local, más espacioso y más separado de la letrina.

El Sr. D. Diego debía de haber prosperado, aunque su almuerzo continuaba siendo de té con picatostes. Calle por medio estaba el convento de Santo Domingo, convertido ya en cuartel de Cristinos.

Entre mis buenos condiscípulos contábase el pobre de Carlitos, a quien yo amaba por lo mismo que era objeto de burla para la mayoría de los muchachos de la escuela. Y eso que a su padre le tenía aversión y hasta ojeriza.

Le conocía de haberle visto desde tiempo atrás, cuando íbamos con el ayo a recoger y distribuir los niños. Vivía en el Verjel, en una casucha oscura, de escalerilla y pobre, de los primeros soportales, que ya han desaparecido. Bajo aquellos portales, negros como la noche y aplastados, que parecían caerse encima, solíase ver frecuentemente paseando, solo, taciturno y con la cabeza baja, al padre de Carlitos.

Erase un señor tétrico, alto y flaco, envuelto en un levitón militar, verde oscuro, que le llegaba a los tobillos; cubierta la cabeza por una gorra de hule, vieja, con gran visera negra por arriba y verde por abajo. Su aspecto, entre de militar y dependiente de las actuales funerarias.

La cara tampoco resultaba simpática: sumido de carrillos, muy poblado de cejas; patillas negras, cortas y estrechas; afeitado de bigote. Sin más insignias que unas tiras de cinta, a la izquierda del pecho, sabía yo que era capitán, y capitán retirado.

Algo grave meditaba aquel señor. Un día corrió la voz de que se había ido con los facciosos, y a poco vino otra noticia: que en la primera acción le habían cogido y fusilado los cristinos.

Quedó Carlitos huérfano. Para colmo de desdichas, Carlitos era jorobado: un caparazoncito informe, sobre dos piernitas flacas, y por brazos dos canillas forradas de pellejo.

Con trabajo llevaba el cuarto de agua los sábados, cuando el padre vivía. Huérfano, no hay qué decir: era más gratuito que Serafín, y su contraste vivo (si de un sér tan raquítico puede propiamente decirse que vive).

El caso es que los chiquillos de la escuela le decían: «Carlino, jorobado», y él lo llevaba con paciencia. Pero, amigo, lo que le inmutaba y le hacía palidecer era oir decir:

—¡Ahí vienen los cristinos!

A esta frase, Carlitos se llenaba de pavura y no sabía dónde meterse: se escondía detrás del que estuviera más cercano, o se acurrucaba hecho un ovillo debajo de los bancos. Yo no podía hacer más que tranquilizarle y aconsejarle que no hiciera caso, que no era verdad, y que aquello se lo decían por molerle y asustarle. ¡Todo en balde! Su terror, fácil de explicar y que constituía en él hasta un sentimiento sagrado, por arrancar nada menos que del fusilamiento de su padre, era un terror de los que no se pueden dominar.

Conocíamos esto lo mismo los niños que el ayo y el maestro, y sin embargo... ¡Pobre Carlitos, sólo feliz porque a muy poco terminó su mísera existencia!

Con eso de hallarse próxima la escuela al cuartel de los Cristinos, pasaba Carlitos los sustos que son de suponer, dando pábulo mayor a sus terrores.

Cierto día (¡no puedo recordarlo aún sin sentir indignación!) estaba de guardia un miliciano amigo de D. Diego; y, como próximo a la escuela, se le ocurrió entrar a hacerle una visita.

Lo mismo fue entrar que ponerse en pie Carlitos, en actitud del conejo sorprendido por el cazador. En cuyo instante el zangón de Miguel (que así se llamaba el propio hijo de don Diego), dijo a Carlitos para asustarle más:

—¡Un cristino!

A esta voz, como flecha despedida, sacando fuerzas no sé de dónde, el jorobadillo saltó la banca y echó a correr, levantó el picaporte del zaguán y tomó por la calle arriba con una rapidez inverosímil. En el mismo punto se dió la voz de alarma:

—¡El jorobado se ha escapado de la escuela!

El miliciano, alto, gordo, con su uniforme flamante y el morrión en la mano, se quedó de pie, hecho un pasmarote, en medio de la escuela. Irritado y sulfurado D. Diego, al ver un acto de deserción en su clase y presenciado por un extraño, gritó a Serafín:

—¡Corre y tráelo!

Serafín, tal como estaba, sin tomar gorra ni sombrero, salió cual un sabueso tras la pieza. Ya bajo los mismos portalillos del Verjel, y cerca de su casa, echó el guante por el pescuezo a Carlitos, entrando en la escuela triunfante y con él en volandas, cual mosca en la trompa de un arácnido.

Lo mismo fue soltarlo, que D. Diego le disparó un correazo con cuantas fuerzas pudo, derribándolo al suelo; allí fué a secundarle en su furia insensata, y gracias al cristino, que se metió por medio, con lo cual, lejos de apagarse, se encendió más la ira del preceptor.

Carlitos arañaba el suelo, pugnando por incorporarse; Serafín le miraba de pie, seguro de sujetarle en caso necesario; el cristino abollaba el morrión en su lucha por aplacar y contener a D. Diego. Al fin, éste alcanzó con un puntapié al todavía postrado jorobadito; con esa descarga, al cabo quedó más tranquilo el maestro y escuchó las palabras del pacífico

cristino, el cual pedía no ser causa del castigo de aquella criatura.

Lo que por mí pasó no puedo referirlo. Se me arrasaban de lágrimas los ojos y hervía en santa indignación todo mi sér.

XLV

Un párvulo de diez y ocho años.

La justicia, hollada muchas veces en otros y en mí mismo; la justicia, hollada con la mayor saña y fiereza en el inocente y desgraciadísimo Carlitos, no encontraba en mi interior otro consuelo que saborear ideas de venganza.

«Cuando salga de la escuela, cuando tenga quince años, juro que a Serafín y a D. Diego les he de pegar una paliza, sin dejarles hueso sano.»

Esto decía para mí con la mayor frecuencia.

Poco tiempo después gocé en la escuela quizá la única, indudablemente la mayor satisfacción que tuve.

Entró de alumno uno particular. Se le dispusieron mesa y banquillo aparte; bien merecía tales consideraciones. Su nombre, Pepe Otero; su edad, diez y ocho años; su porte, franco y de buen ver. No venía a la escuela para aprender las letras: se trataba de otra cosa.

Sobrino de D. Jacinto Ibáñez, montañés ricachón, estaba deparado para jefe de escritorio; y como llevar los libros es cosa que pide buena letra, de ahí que, tan crecido y mozo, fuese a la escuela de D. Diego tras sus primores pendolísticos.

A más de la referida, gozaba Otero otras preeminencias: entraba a la hora que quería y se marchaba cuando le parecía. Yo envidiaba su posición e independencia: venía a ser el gran aristócrata de la clase.

Debía de pagar bien. Su tío D. Jacinto Ibáñez, aunque comenzó su carrera despechugado, despachando cañas de vino

como mozo de una tienda de montañés, había llegado a dueño de varias, propietario, personaje de campanario y hasta firme columna de la sociedad como jefe del partido moderado. En una palabra, era uno de esos aristócratas del dinero que habían venido a sustituir a los aristócratas de pergaminos y a los del papel marquilla, como D. Diego.

Por tan valiosos títulos, el maestro desplegaba con el discípulo todas las prescripciones del libro de urbanidad y cortesía; pero no sé cómo, cierta vez hubo de corregirle el trazo o rasgo de alguna letra capital. Otero no lo llevó a bien, y entraron en disputa. D. Diego tomó sus temples de maestro, Otero los de ciudadano libre. El uno increpó de torpe y bruto, el otro se puso de pie en actitud amenazante. Entonces el primero quiso restablecer la disciplina, amenazando al joven; éste, contestando al reto, de una montañesa bofetada derribó al fino de D. Diego, haciéndole dar media vuelta de tornillo, y furioso todavía, le agregó otra montañesa pateadura.

Ni Miguel ni Serafín acudieron al socorro. Pepe Otero cogió su sombrero, se lo encasquetó en la cabeza y salió despacio de la escuela para no volver jamás. Los muchachos, y yo entre ellos, contemplamos la escena con alegrísima emoción.

¡El pobre Carlitos estaba vengado!

XLVI

«¡Por burro!»

Abreviemos, porque o mucho me engaño, o ya debe estar el lector hasta los pelos de D. Diego Choquet. Pero es preciso concluir el relato, siquiera sea de lo más esencial.

Miguel llegó a ser ayudante de su padre; con él alternaba en tomar las lecciones de memoria y presidir las decurias de lectura.

Lección de memoria jamás llevé una, ni de gramática, ni

de nada. Con esto, menudeaban los castigos, y llegué a ser considerado como el más burro de la escuela. Por ende y como tal, mudada el aula a la calle de la Palma, frente a la embocadura de la calle Larga, hubieron de colocarme en el balcón, con una coroza de papel exornada de dos grandes orejas; al pecho, un cartelón que en letras gordas decía: *Por burro,* y en la mano una vieja escoba de caña como cetro.

¿Qué procedimiento podía inventarse más eficaz para hacer perder la vergüenza a una criatura?

Todo comentario sería ocioso. Conste la barbaridad, para que no se pierda en el olvido tal procedimiento pedagógico.

Como, por más que hacía, me era imposible aprender ni dos líneas de memoria, recurrí a determinados artificios; y ya se verá que no dejaban de tener su mérito. Espontáneamente, no por imitación, inventé... el soborno. Guardé cuantos cuartos y ochavos recogía. Al dar la lección, con disimulo alargaba a Miguel, ora seis maravedises, ora una mota, ora un cuarto; y cuando no tenía otra cosa, mis postres de la comida: un puñado de higos secos, una naranja o cuatro nueces.

Ello no sería moral, pero fue eficacísimo. Me evitó muchas docenas de palmetazos; y no volví á ser condecorado de coroza, cartelón y el escobón consabidos.

Finalmente, para estimular la aplicación y el mayor celo de los niños, se empleaba un recurso sapientísimo y muy particular. Consistía en «echar planas, echar puntos en lectura y echar puntos en lecciones».

Tales *echaduras* no dejaban de repetirse con frecuencia: unas veces, por orden del maestro; otras, por espontánea voluntad de los discípulos.

—Zutanito—solía decir D. Diego,—hoy *echa* usted plana con Menganito.

—Fulanito—hoy *echa* usted puntos de lectura (o lección de gramática) con Perenganito.

Uno y otro chicuelo hacían sus planas respectivas con el mayor cuidado; y, terminadas, iban juntos a la mesa del maes-

tro para presentárselas. Examinábalas D. Diego y echaba una rúbrica de *vale* sobre la mejor, entregando a su autor la palmeta para que con ella y por su propia mano pegara una docena de palmetazos al condiscípulo.

Si la *echadura* era a leer o a lección de memoria, leían uno en pos del otro las lecciones o las recitaban como papagayos: aquel que se equivocaba menos o las decía de corrido, convertíase en verdugo de su compañero. Con tan poderoso y *noble* estímulo, los niños procuraban vengarse con nuevas *echaduras;* y así se estimulaban *sanamente* la aplicación y el aprovechamiento de los tiernos párvulos.

XLVII

Cuatro mortales años: 1832-36.

Del año 32 al 36 duró mi brega en la escuela del señor don Diego. ¡Cuatro años! Decir que no aprendí absolutamente nada en ese tiempo, sería falso. Terminado dicho plazo, leía, aunque no de corrido. Añádase una circunstancia, de la que, por más que medito, esta es la hora que no he podido encontrar explicación: que leyendo, bien o mal, pero al cabo leyendo, no me enteraba ni poco ni mucho de lo leído. Tal absurdo, tal contrasentido sería inconcebible, si no fuera porque se repite tanto en la enseñanza, que constituye la regla general: aprender latín, y no saberlo; aprender física, examinarse de ella, decir desde la primera a la última lección, y no saber ni pizca de física; y así de todo lo demás.

Mucho pudo deberse al retroceso mental y a la perversión afectiva que la escuela me produjo. Pero, siendo ley casi general el que se concluya la enseñanza con ignorar aquello mismo que se aprueba después de severo examen, sospecho que el fenómeno no era debido exclusivamente a mi incapacidad, sino al modo cómo procuraron enseñarme.

Efectivamente. Mi madre aprendió a leer y escribir sola, por el deseo del fin, por el empeño de poder entender lo que se le decía por escrito, y por escrito también dar a entender lo que le convenía comunicar. En mi enseñanza de lectura y escritura desaparece el fin, de un modo absoluto. Todo se reduce a unos signos relacionados con unos sonidos: conocer los signos, los sonidos y sus combinaciones; reducir los términos gráficos a fonéticos, los fonéticos a gráficos. Después, conocer las pausas entre palabras, cuidar de no separar las unidas ni unir las separadas. Y atento a tamaños cuidados, bajo el temor del castigo, poner cuantas potencias podían ponerse en todo aquello; y desatender en absoluto al sentido, al contenido, a las ideas, a la esencia de lo que se va leyendo.

Llega la monstruosidad del absurdo hasta tal punto, que escribiendo diariamente en mis planas una u otra sentencia moral, leyendo uno u otro párrafo del librejo de urbanidad y cortesía, uno u otro párrafo de Historia en escabeche, jamás, ni entonces ni ahora, lo que se llama nunca, he podido saber, ni decir, ni recordar ninguna de dichas sentencias, ni consejos políticos, ni noticias históricas.

Quiere decir, que no es broma o exageración o cuento lo que se refiere de aquel pendolista que manuscribió una magna obra y concluyó sin enterarse de lo que trataba. Pues así me quisieron enseñar a leer y escribir, y así pretendieron enseñarme otras muchas cosas.

Sobre leer y escribir letras gordas, aprendí a mal sumar, peor restar, y comenzaba a recibir coscorrones en multiplicar; catecismo coreado, la doctrina desde la primera a la última página, claro es que prendida con alfileres.

En este punto, quiso Dios que saliese de la férula de don Diego Choquet, y entrase bajo la más dulce y racional de don Domingo Fartos.

Pero, antes de entrar en esta tercera escuela de primera enseñanza, conveniente será pasar revista a cosas y sucesos ocurridos fuera de la segunda escuela, en el transcurso de sus

cuatro mortales años, y que tuvieron mayor influencia en el fondo de mi educación.

Las vacaciones entonces, casi como ahora, correspondían a dos meses caniculares, Julio y Agosto; un mes de Nochebuena y Pascuas, del 10 de Diciembre al 10 de Enero, y medio de Semana Santa. Sobre estas grandes, había otras más pequeñas: una semana por Carnaval, media por el Corpus; luego, los domingos y días festivos, que eran numerosos; el del Santo y cumpleaños del Rey, los del maestro de la escuela, los del papá y la mamá; y medias fiestas, los jueves y los días de misa.

Los días festivos y vacaciones cortas los pasaba en el purgatorio, con las composturas de mi madre; pero, las grandes vacaciones, ya eran otra cosa. En la canícula, antes de Nochebuena y por Semana Santa, a Jeréz con D. Ramón de Torres y la *abuelita*. Ya no tenían que cuidar de mi educación, y no me amenazaba ningún fraile. Todo era alegría y gozo y fiestas de mi *Pindo* y carreras por el campo sobre el *Pío*. Volvían los cuentos al acostarme. Nadie se ocupaba en dar fuego a mis rizos, ni en oprimirme las entrañas con el condenado corsé. Antes, por el contrario, la *abuelita* solía observar y decirme:

—Andas cojo. ¡Qué zapatos tan estrechos! Avisad al zapatero, para que venga en seguida.

En efecto, venía y me tomaba medidas anchas de unos zapatos apropiados para correr por el campo.

¡Qué feliz era! Pero las vacaciones volaban, y el ordinario venía por mí, poniendo término a mi dicha.

Al llegar a casa, apenas me besaba mi madre, exclamaba:

—¡Jesús, qué peste a cuadra!

Y acto continuo, ya se sabía, a la tina, al jabón y al estropajo; la faena, con rizadura del pelo y *papillotes*, repetíase por tres días o cuatro, para desquitarse de los perdidos y desvanecer el último tufillo de mi sociedad solípeda.

Notábame yo en las vaciones con mayor despejo, como si una losa se apartase de mi pecho y de mi inteligencia. Pero volvía a caer desde que divisaba el puerto y la bahía de Cádiz,

desde lo alto del cerro de Buenavista. ¡Qué triste me parecía el Puerto, y qué alegre Jerez! Y lo particular es que aún hoy me impresionan lo mismo.

Fuera de la escuela no dejaron de ocurrir algunos sucesos que movieron, ya la afectividad, ya la atención, ya alguna otra facultad de mi naturaleza, y que, por tanto, debieron producir algunos efectos educativos.

Son demasiado numerosos para que su narración resulte soportable. Tímidamente, y con la posible brevedad, daré cuenta de algunos.

XLVIII

Primer homicidio presenciado.

Una tarde de verano venía con la escuela repartiendo chicos por las casas, cuando al pasar por la plaza del Castillo vimos un gran corro de gentes en actitud muy agitada; la escuela en pleno se dispersó, a pesar de los gritos y voces del pobre ayo D. José Vivanco. Cada chico, y yo uno de tantos, se dirigió al corro, procurando meter la cabeza por los intersticios del gentío; en tal empeño estaba, cuando de pronto se abrió un ancho portillo en el círculo por el mismo punto por donde yo quería penetrar, quedándome solo, cual piedra miliar en una vía romana.

En el gran espacio del roto círculo, un hombre revolcándose en su sangre; hacia mí, otro descalzo, remangado de piernas y brazos, que huye con un cuchillo sangriento, rompe el círculo con nuevo amago de salir, y al encontrarme en la línea de la huída, pone el puño del arma en mi hombro, me derriba y sigue veloz su carrera.

Tal fue el primer homicidio presenciado. Esto sí que no se olvida como la escritura de las planas; no se olvida ni en sus más ínfimos detalles.

El muerto estaba bien vestido a modo de hombre jaquetón. El matador debía de ser un pescadero, a juzgar por su calzón de lienzo y su camisa despechugada, los brazos y piernas arremangados y el desuso de zapatos. Tengo en los oídos el chapalateo de sus plantas al herir el suelo en la carrera y un *ris* grujiente de sus muslos al rozar entre sí y ladear el cuerpo para salvar el pequeño obstáculo de mi presencia en la línea de su fuga.

Nada tan frecuente por aquellos tiempos como el espectáculo de las peleas con esas terribles armas cortas. Lo trágico tiene sus atractivos, y más para aquellas sociedades que por teatro conocían únicamente la plaza de toros. Así, cualquier pelea de estas formaba *incontinenti* un espeso círculo de ansiosos espectadores. A ninguno se le ocurría apaciguar a los contendientes ni llamar a la guardia, lo primero, por demasiado peligroso; lo segundo, por inútil: la guardia era una, en el cuartel de realistas o de milicianos, y estaba demasiado lejos.

En este particular han variado mucho las costumbres; para ser justos, debe decirse que en mejora y en empeoramiento. En mejoría, porque dichas peleas no son tan frecuentes, porque el público grita al menos para impedirlas, porque hay policía que suele acudir y evitar muchas desgracias. En peoría, porque, en cambio, aquellas luchas, verdaderos desafíos, observaban sus reglas de igualdad y cierta honradez. Luchábase frente a frente, cuerpo a cuerpo, con armas iguales, por más que fueran aleves. Pero consideraban deshonrosa la verdadera alevosía; no atacaban hasta que su adversario no estuviese con su navaja abierta y preparada. Esta ventaja, al menos, no se le puede negar al matonismo. Luego que los tiempos, la policía y la Guardia civil concluyeron con los barateros y matones, vinieron a sustituirlos los *pinchos,* los *madrugadores,* gentecilla cobarde y despreciable que por entonces cuidaban de exterminar a zarpazos los que gozaban plaza de verdaderos valientes.

El suceso no dejó de servirme de lección: desde entonces he

procurado huir de todo sitio y ocasión de peligro, y nada me parece más insensato que arrostrarlo por curiosidad.

Como barbas mayores quitan menores, el susto de ver al homicida sobre mí, el peso de su mano y el cabo del cuchillo que me derribó, apagaron el horror de la sangre ajena.

Ese horror lo experimenté poco tiempo después, hallándome al balcón de mi casa. En la esquina de enfrente se hallaba situada la taberna del Toro, así llamada por uno grande, negro, pintado en la pared sobre fondo de almazarrón.

Era el tabernero un montañés entrado en años y sumamente obeso, cuya circunstancia fue su perdición. Teniendo los montañeses que habérselas a menudo con gente maleante y bebida, no hay que decir si su oficio es peligroso; pero el gremio, por propio instinto, ha discurrido una táctica defensiva y ofensiva particular. El mostrador les sirve de trinchera, y una cachiporra de acebuche de arma la más eficaz contra cuchillo y navaja. Todo consiste en alguna serenidad. El mostrador corta y destruye el medio de proporción que el arma corta necesita para herir, y todo consiste en largar el garrotazo cuando el contrario llega al mostrador. Con esto, descalabradura segura, atontamiento y dejar al enemigo fuera de combate.

La obesidad del montañés, en la ocasión del suceso, diósela al mal parroquiano para acertarle una degolladura, y que por ella se le escaparan sangre y vida. Acudieron al socorro, que fue el socorro de España. En una silla lo sacaron de la tienda, para llevarlo al hospital. Así le vi, con su enorme papada, tan péndula como la de un cerdo y tajada con un boquerón que daba espanto, boquete por el cual salía la sangre a borbotones, sin dar tiempo para que el herido llegase vivo a la esquina opuesta. ¿Quién me hubiera dicho entonces que, andando el tiempo, nada me hubiese sido tan fácil como detener aquella sangre y salvar al moribundo?

De todas suertes, la escena dejó debilitada mi sensibilidad para los espectáculos sangrientos. Al primer herido que tuve necesidad de socorrer, me acometió un desmayo; y el horror a

la sangre no ha influído poco para buscar y obtener los medios de que se pierda la menos posible en las operaciones que ejecuto.

XLIX

Vida y muerte de un notario.

Cuando mi padre me sacaba de paseo, solía llevarme a casa de sus amigos. A la que más me agradaba ir, no sé por qué, era a la del notario R.; tenía aquella casa cierto atractivo, cierta belleza.

Angulo opuesto por el vértice de la escuela de D. Diego, en otra esquina a las calles de Palacios y Nevería, hallábase una ermita que, aun hoy, abandonada, se denuncia por mohosa campanuela durmiendo en mezquina torrecilla de espadaña. Pegada a la ermita existía la casa del notario.

Zaguán empedrado de menudas chinas y vértebras de cordero, dibujando grecas y círculos. Portón sin cordelillo, pero con un postigo enrejado por el que asomaba la punta de la nariz un ama vieja que reconocía prolijamente, antes de abrir, a quien tocase el aldabón. Dentro, antes del patio, un corredor o galería, con dos arcos de ladrillo descansando en una columna central; de frente, otra galería gemela. A uno y otro lado, un arriate corrido, con macetas o tiestos bien cuidados, de claveles y rosales. En el arriate nacidos, troncos de jazmines y otras enredaderas, una de las cuales daba unas a modo de calabacitas, en figura ya de peras, ya como enanas de peregrino. Entre arriates y galerías quedaba el patio casi cuadrado, de buenas proporciones, crujiente de limpio, tan finamente empedrado y dibujado como el zaguán. En el centro del patio, un pozo con brocal y arca de reja, carrillo o polea de hierro y sus correspondientes soga y cubo.

El notario solía recibirnos sentado en un sillón de vaqueta; el ama, a la derecha, a poca distancia, en una silla baja. Él, con gorro de seda negra, chaqueta grande y chaleco ne-

gro abotonado hasta el cuello; los pies con zapatos de orillo, sobre una zalea. Ella, con jubón de cúbica y saya oscura de percal, teniendo en la falda un perrito dogo muy gruñón, ladrador y mal criado.

La decoración era bonita, florida, verde, fresca, limpia; contrastaba con la sequedad de la vejez y con el mal humor del doguillo. Lo que puedo decir es que aquello me gustaba. Además, dábanme licencia para que cogiese calabacillas, y hasta me regalaban rosas y claveles para mi madre.

La visita tampoco era enojosa por larga; se reducía a preguntar mi padre por el estado de un negocio o por el resultado de alguna diligencia. Parecía la casa la mansión del sosiego; si no fuese por el miedo que a los ladrones veíase en el ama y en el notario, para gozar de paz, allí mejor que en un convento.

Viejo el escribano, no menos añosa el ama, sucedió lo que había de suceder: murió el ama, y a poco vino una apoplejía a visitar al notario. Del primer empuje quedó sin habla y turulato; pero por una hora readquirió el conocimiento. Sabido el accidente por sus relaciones, acudieron al socorro, y mi padre como el más inmediato conocido. El notario quería hablar, y no podía; quería escribir, y su mano se negaba. Traslucía inquietud y vehemente deseo de decir alguna cosa. Aunque notario, no tenía hecho testamento, y así murió.

Careciendo de familia, por lo mismo que curial, echóse la curia encima; cerraron el protocolo y se inventarió.

—El compañero debía tener dinero, y no parece; sólo se han encontrado seis pesetas en el cajón de la escribanía, y una esportilla con cuartos.

Esto decía un escribano, proponiendo que se levantaran los enladrillados. Ya iban a comenzar, escarbando los arriates, cuando otro escribano que había estado cuidando del enfermo dijo:

—El compañero, cuando no podía hablar ni escribir, señalaba en su fatiga hacia el patio.

A tal idea, todos se asomaron a él, y como en su centro estaba el pozo, a una, la curia entera dijo:

—Que se registre el pozo.

Un viejo alguacil salió a la calle y echó el guante al primero que topó con trazas para el caso.

Hiciéronle bajar por la cuerda del pozo, atada a la cintura, con un martillo y un farol. Fué registrando de arriba a abajo, sonando las paredes con el martillo. A una vara sobre el nivel del agua, el martillo dió en un punto sonido a hueco, lo que le hizo gritar:

—¡Aquí hay una piedra falsa!

—¡Quítela usted y registre!—le contestaron desde arriba.

En efecto, así lo hizo. Metió con ansia la mano, y penetró en un hueco: en él tocó maderas como de cajones; procuró asir uno, pero el peso lo inmovilizaba. Creció la expectación ansiosa, y hasta el Corregidor quería echarse al pozo.

Por fin, con nuevas cuerdas y mayores auxilios, vino arriba el primer cajón. Con general impaciencia, poco tardó en saltar la tapa, mostrando su contenido de duros mexicanos. El segundo cajón encerraba también plata acuñada y algunas monedas de oro. El tercero llevó al colmo la sorpresa: contenía cálices, patenas, vinajeras de oro, un pectoral, una cruz episcopal y una mitra bordada en oro, con perlas y piedras preciosas.

Hasta el segundo cajón, la cosa se explicaba bien: los ahorros de toda la vida del notario. Pero, ¿y el tercero? Aquí las caras se alargaban y las bocas se abrían, sobre el fondo de emoción que los hallazgos producen. Un rostro, entre los demás, variaba, ofreciendo cierta expresión ladina.

Así, pasado el primer momento de sorpresa, exclamó el Corregidor:

—¡Pero, señor! ¿Qué significa esto?

A lo que el viejo alguacil contestó, con sorna:

—Pues nada, señor: *¡el tesoro de Pichardo!*

L

El tesoro de Pichardo.

Pocos quedarán ya sobre la tierra que puedan comprender la contestación del alguacil. Esto obliga a una digresión.

En la calle del Ganado, acera frente a la plaza de abastos del Puerto de Santa María, y un tanto más a la derecha, existía la capilla de un Cristo milagroso: capilla y Cristo han desaparecido.

Yo me asomaba al pasar; más que para rezar al Cristo, por ver el enorme trabuco de *Pichardo*, puesto en la capilla como el más importante de todos los milagros y trofeos.

¿Quién era ese *Pichardo*, y por qué estaba su trabuco en la capilla?

El nombre de *Pichardo* y la circunstancia de poseer un trabuco naranjero, ya habrán dado en la nariz que huele a personaje maleante.

Éralo y mucho. Si no ha pasado al romancero de los *guapos*, es porque no hay justicia en la tierra.

Desde el último tercio del siglo que pasó, hasta los primeros años del presente, *Pichardo* fue el ladrón más *echao palante* que pisó los campos de Andalucía.

Desdeñábase de mandar partida: él solo se bastaba y sobraba para hacer lo que cincuenta de pelo en pecho.

Paraba con su trabuco y desvalijaba diligencias y conductas; echaba boca abajo a una compañía de escopeteros, y obligaba al cabo y cuatro números a que llevasen por delante los objetos robados hasta el sitio que *Pichardo* quería.

Estaba pregonado y vuelto a pregonar. Eso le importaba un bledo, pues así y todo, iba (con su trabuco, por supuesto) a la plaza a ver los toros las veces que le daba la gana, y era padrino de bautismo de cuantos chicos parían sus numerosas comadres.

Andando el tiempo, parecerá inverosímil que un hombre solo pueda burlarse así de la sociedad y de las autoridades, y cometer impunemente tantas fechorías. Hoy no, que aún vemos Ejército y Guardia civil quedar impotentes en la persecución del *Bizco* y tantos otros.

Entre los robos de *Pichardo,* uno hizo más ruido que los otros; no porque denotara mayor valor o atrevimiento, sino por la calidad del desvalijado. Tratábase de una conducta fuertemente custodiada, a quien dió el alto al trasponer el cerro de Buenavista, atando a conductores y custodios, y apoderándose del rico botín. Consistía éste en los caudales y alhajas de un obispo de México, que de Cádiz dirigíase a Madrid. Como cosa sagrada, de la Iglesia, el hecho levantó más polvareda que los de otras ocasiones, recrudeciéndose con ese motivo la ineficaz persecución.

Si solitario, *Pichardo* no lo era tanto como parecía. Desde luego, era corresponsal respetable y respetado de todos los capitanes de bandidos que discurrían más allá de Jerez hasta la corte, incluyendo Extremadura y la sierra de Toledo.

Era la llave maestra de los seguros contra el robo a mano armada. Las grandes maestras de las meretrices gaditanas recibían el dinero por los pases de *Pichardo,* y con tan seguro pasaporte se podía andar por los caminos como se navega sobre una balsa de aceite. Los indianos que volvían a España, al desembarcar en Cádiz, ya lo sabían: así fuesen graves oidores o respetables capitalistas, dejábanse conducir en calesa por las señoras del oficio, e iban a dar gracias en el convento del Carmen, por el feliz arribo; dadas ya gracias a Dios, se entregaban con delicia a los diablillos.

A la verdad, si bien por su dinero, no dejaban de ser tratados a cuerpo de rey, mejor que en las fondas actuales; además, la maestra les proporcionaba, por cantidad convenida, el pasaporte de *Pichardo.*

El Obispo debió ir al palacio del mitrado y no andar en

esos trotes, cayendo de esta suerte bajo el poder del trabuco del bandido.

Pero, al fin, como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, entrando una mañana nuestro *Pichardo* hecho un brazo de mar por la calle del Ganado, con capa terciada y trabuco bajo el brazo, al guarda de la plaza, que había tomado el aguardiente con exceso, le dió la tentación de ser valiente. Y como tuviese en mano su negra escopetucha y viese a doce pasos el contoneo provocativo de *Pichardo* vuelto de espaldas, le hizo la mano, dando gusto al dedo, dejándole atravesado de un balazo.

Por caer allí, frente a la capilla, consideróse asunto milagroso; y, para certificarlo, quedó como testigo el trabuco.

Explíquese el lector ahora el miedo del notario y el ama a los ladrones, y el género de relaciones que entre el héroe y el curial debieron de existir.

LI

«Todo conde o marqués nace hombre.»

A fines del otoño de 1833, fueron invadidas por el cólera varias poblaciones de Andalucía. La estación, bastante adelantada, fue motivo para que si en algunas produjera estragos la epidemia, se escapara medianamente en las más. Pero llegó el verano del 34, y el azote fue severo. Tan estúpido me tenía la escuela, que apenas me impresionó; casi me alegré, porque se cerraron las escuelas y se prolongaron las vacaciones.

Recuerdo el terror de los vecinos, la casa cerrada de los Porras: casa principal, de una familia rica de ese nombre y que toda pereció.

Recuerdo también la persecución de los médicos, «tan brutos que a ninguno curaban: lo mismo era recetar un *agua blan-*

ca (¡el inocente cocimiento blanco!), que ya estaba el enfermo en el otro mundo».

También resuena todavía en mis oídos la trompeta de la fama que pregonaba las prodigiosas curaciones conseguidas por un *brujo* que, apiadada, la Providencia deparó entonces a los infelices apestados.

Pero, ciertamente, no era nada de esto lo que me preocupaba.

Mi señor padre tenía sus opiniones científicas. En esto de Medicina, siempre fue escéptico. Pero no un escéptico como se quiera, de esos prudentes que se reducen a no creer y sonreirse de los creyentes cándidos, sino un escéptico brioso, acusador y denostador de la doctrina y sus ministros. La Medicina, para él, no era ciencia ni nada; los médicos, unos animales de bellota. En cambio, él hacía sus composiciones de lugar, y hasta inventaba sus teorías, más o menos originales. Poníase colorado, con la fe de un neófito, asegurando que el cólera era una invasión de animalillos que andaban volitando por el aire, los cuales no se veían por ser incoloros y pequeñísimos; que se metían por la boca, anidando en el estómago y los intestinos, produciendo así sus estragos de vómitos, fatigas y diarreas.

A partir de esos principios, discurrió el remedio: no contando con una escoba para barrerlos, parecióle muy pertinente el sistema de Le Roy, con sus vomitivos y purgantes. La medicina se la aconsejaba a todo el mundo; quiso aplicarla a la familia; pero como mi madre se ponía hecha una furia, tuvo que transigir. Cesó en su empeño respecto a mujer e hijos, y se redujo a preservarse a sí mismo, tomando por la mañana un *vomi,* y al día siguiente un buen purgante.

Mientras más arreciaba el cólera, más apretaba su profilaxis; con lo que los intestinos no eran tripas, sino boca de caño, hasta el punto de dudar si, no obstante esa escoba, quedarían bichos por barrer y estaba ya acometido de la epidemia.

Entre sustos y pérdidas, llegó al estado de esqueleto; has-

ta sin medicina vomitaba los alimentos, y le cogieron síncopes tras síncopes. Lloraba mi madre, quería llamar a un médico.

—¡No me traigas esos brutos!—gritaba mi padre.

Pero, al fin, en fuerza de desmayos, perdió hasta la energía contra aquéllos. Vino el viejo D. José Grajales, quien, con mucho trabajo y no menos paciencia, pudo enderezar el carro y sacarlo del atolladero.

Apenas empezó a cundir la alarma epidémica, se marcharon los criados, quedando sola mi buena madre para atender a todo, incluso a las resultas del régimen preventivo.

No había quien fuese a la plaza: mi padre, tambaleándose y hecho un esqueleto; mi madre, desarreglada como quien anda en la cocina y el lavado, cuidando de sus hijos y de la casa; mis hermanas eran pequeñas; yo, aunque el 34 contaba siete años, resultaba el único disponible para salir a la calle y traer el pan, la carne y otros comestibles.

Y a esto voy: a la violencia que me costaba desempeñar tales menesteres.

¿De dónde diantres me vendría aquella repugnancia, aquel orgullo? La verdad, es preciso confesarlo.

Pues no venía de la educación: mi familia era modesta; las circunstancias, humildes. Mi padre solía tararear a menudo el himno de Riego, y aun cantarlo más o menos en voz alta, según las circunstancias; y su copla favorita era la siguiente:

Todo conde o marqués nace hombre,
Los dictados vinieron después;
Por sus prendas al hombre apreciemos,
No tan sólo por conde o marqués.

Sobre lo de la copla, era realmente un demócrata anticipado. En su hermosura distinguida mezclaba simpática llaneza. De mi *impatismo* ya dejo notado el origen páginas atrás; ahora conviene observar el hecho de reproducirse con ocasión de desempeñar un oficio doméstico.

Lo que es canasto al brazo, eso no lo logró mi madre; una talega, y con trabajo. En ella traía el pan, y luego la carne, y después las cosas de tienda o las verduras, prefiriendo hacer varios viajes a uno solo; y no por el peso, sino porque un taleguillo medio vacío resultaba menos indecoroso que transportar un saco lleno. Además, conteniendo poca cosa, me permitía correr con él haciéndole describir círculos a modo de jugueteo.

Lo que más me quemaba, era la maldita alcuza. Había que llevarla con el brazo tieso para que no se derramase; a la vez, su figura cónica descarada, no había medio de disimularla. De modo que es cual si fuese metiendo a todo el mundo por las narices aquella ignominia. Digo que me sentía como si al dios Marte le hubieran puesto una papalina, como D. Diego en verse maestro de instrucción primaria.

¡Bien merece meditar sobre el asunto!

Es dudoso que existan ideas innatas, pero es menos dudoso que existan nociones innatas; y ya no es problemático, sino evidente, que existen sentimientos innatos, como congénitos son los ojos, los oídos y los nervios. Esos sentimientos proceden del modo o aptitud de la sensibilidad subjetiva, y esto se hereda por perfecto atavismo. Desde siglos atrás, los españoles tenemos un atávico sentimiento enfermo acerca del decoro; enfermedad que se manifiesta por muchos síntomas y bajo diversos aspectos, siendo uno de ellos el que origina la creencia de que el trabajo es cosa de esclavos, villanos, pecheros y gente baja. Mientras dure esta enfermedad o preocupación, es imposible que nuestro pueblo sea feliz.

Y si he traído a cuento esta mi observación autógena, no es con otro propósito que con el de llamar la atención de los educadores, para que pongan sus cinco sentidos en corregirla, combatirla y modificarla en los educandos.

Está el vicio tan arraigado en las clases altas como en las más humildes. Así, existe horror al trabajo, no sólo por pereza, sino porque se cree que humilla. Ved a un menestral a

quien favorece la fortuna y se hace rico. Si fue albañil, todo su empeño consistirá en abandonar el oficio y hacer olvidar que hizo mezclas y raspó ladrillos. Si zapatero, dejará la tienda, y procurará hacer entender a todos que es un propietario.

Otro efecto de tan ridícula manía es el de sobrecargar las clases improductoras a expensas de las productoras. No hay lavandera que no suspire por convertir a su hijo en padre cura o empleado o médico, así sea un animal, producto del jolgorio con un soldado.

Apenas el carnicero se ve con un duro sobrante, allá va con su hijo para Bachiller y Doctor *in utroque*. Labrador, ganadero, como no sea sirviente a secas, no vivirá contento si su hijo deja de ir para oficial de artillería o a un empleíto, cuando no otra cosa. Así va resultando una llamada clase media exuberante, improductiva, hambrienta, parladora, rapada de saber, pretendiente y pretenciosa o presumida.

No es justo ni conveniente volver a las cortapisas de antaño, cuando para ser marino o artillero se exigían *pruebas*. Pero el caso es que en mi tiempo se ha pasado de un régimen absurdo, aunque tenía su ponderación y su equilibrio, a otro más racional y justo, pero de cuya libertad se abusa.

La instrucción primaria era, según dejamos advertido páginas atrás, para el uso de la Iglesia: para frailes y sacerdotes. Luego se agregaba algún contingente para golillas, militares y covachuelistas. Los demás no necesitaban letras: si caballeros, por caballeros; si pecheros, por pecheros.

Ya en mi niñez, sin mejorarse la educación y la instrucción en el fondo ni en la forma, fuimos a las primeras letras para pasar a la segunda enseñanza y de ésta a los estudios mayores. Así, en sesenta años del siglo hemos abarrotado a España de abogados, médicos, oficiales de mar y tierra, ingenieros, arquitectos, catedráticos, empleados, etc.; y de tal suerte y en tal número, que constituyen un verdadero conflicto y una crisis social, el proletariado de levita o de uniforme.

LII

Un conciliábulo frailuno.

El cólera cesó en las proximidades del invierno. Llegó la Nochebuena, y me mandaron a Jerez, con gran contentamiento mío, a que pasara el mes de vacaciones.

El lector conoce los vínculos de parentesco que existían entre la familia de D. Ramón de Torres y D. Tomás de Castro; y cómo el último era a la par comandante de realistas y jefe civil de los absolutistas de Jerez.

Tenía dos hijas y un hijo, que contaba mi edad próximamente. Ya éramos amigos, de años antes; cuando yo estaba en Jerez, venían ellos a casa de los Torres a comer y jugar conmigo; y, por mi parte, iba con frecuencia a la de D. Tomás.

A cosa de medio día, enredábamos por corredores y patio según uso y costumbre, cuando por la galería alta asomó don Tomás a imponernos silencio.

Este señor, severo y algo cejijunto con sus hijos, quizá por seguir el antiguo régimen de educación paterna, era conmigo tan indulgente que rayaba en débil; así, cuando las hijas, el hijo y aun la madre querían pedirle alguna cosa me echaban de intermediario. Extrañamos, pues, que nos llamase al orden. Nos quedamos quietos y silenciosos. Como tal situación era anormal en los pocos años, decidimos irnos a jugar a unas habitaciones altas y lejanas; mas, como para ello tuviésemos que pasar por la galería alta, lo hicimos callandito y de puntillas.

Antes de llegar a la línea de la puerta de la sala, vimos que estaba casi entornada y que salía un rumor de voces desconocidas, como el zumbar de las moscas en verano. Curioso como chico, y aún más por idiosincrasia, hice señas a los colegas

para que se detuviesen; hurtándome cuanto fue posible, y agachado, asomé un ojo por la rendija.

¡Lo que vi me puso carne de gallina!

En cada sillón, sentado un fraile reverendo; en el sofá, don Tomás; y a cada lado de él, otro reverendo de marca mayor. Desde el de Santo Domingo, no había cosa que me produjera más miedo que un fraile. ¡Calcúlese el que me daría al ver tantos reunidos!

Separé de la raja la cabeza y la volví para hacer señas de silencio a mis amigos: si bien me embargaba el miedo, todavía el estímulo de la curiosidad llevóme a poner oído.

Hablaban con interés, pero en voz más baja de la natural; y lo que faltaba de entonación, lo suplían con gesticulaciones. Me quedé en ayunas y pasé frente a la estrecha abertura de la puerta deslizándome sin hacer ruido ni ser visto, imitándome los compañeros. Fuera ya de la galería, echamos a correr como quien huye de un peligro.

Como las impresiones hondas que se reciben en la infancia no se borran jamás, aquella escena la he tenido siempre en el recuerdo. No hay más sino que se mantuvo indescifrable y misteriosa para mi inteligencia, hasta que, ya provecto y enterado en la historia política de aquellos tiempos, pude descifrarla.

¡Era, sin duda, un conciliábulo absolutista, de los que prepararon y dieron lugar a la primera y sangrienta *guerra civil!*

LIII

Los amos de España.

De la muerte del Rey Fernando ya he dicho que me acuerdo por la alegría que me produjeron las vacaciones dadas por tan infausto acontecimiento.

Recuerdo también la amnistía de la Reina Gobernadora,

por el contento de mi padre. Y hago memoria de la expulsión de los frailes, que le tuvo preocupado y atareado en el empeño de su influencia para que se fuesen con Dios, salvos y libres de atropellos.

Como quedan tan pocas personas de las que vivieron bajo el régimen aquel, veo con pesar que se ha perdido el concepto verdadero y justo del estado social de España bajo la tutela de los conventos.

Si hombres de Estado como Cánovas y Castelar han contribuído a su restablecimiento, los unos directamente, los otros indirectamente, es porque, muy niños entonces o no nacidos, no pueden apreciar lo peligroso del caso y la responsabilidad moral de su ignorancia.

Nada más peregrino que oir decir como razón de peso que la democracia, reconociendo el derecho de asociación para todos los ciudadanos, no puede prohibir las asociaciones religiosas.

Bueno sería que examináramos antes si los *frailes* son ni pueden ser *ciudadanos*.

El carácter de ciudadano implica condiciones precisas, determinadas y esenciales.

Exige además obligaciones tan sagradas como las de contribuir a los gastos del Estado y defenderlo con las armas, no por gracia, sino por deber.

Si no exige expresamente que mantenga la posibilidad de llegar a cabeza de familia, no puede consentir la imposibilidad de esta mayor jerarquía social.

Y respecto a la libertad de asociación, demás está el decir que el mayor partidario de ella no la entiende como absoluta: tiene sus límites; no hay nadie que deje de imponerlos, ya en la moral, ya en el orden público o en la seguridad del Estado.

Quiero reconocer y no examino los servicios y beneficios que puedan haber prestado y producido las órdenes monásticas (en empresas loables y en los tiempos de sus respectivas fundaciones).

Todavía algunas pudieran desempeñar oficios cristianos y beneficiosos, cual roturar y poner en cultivo tierras incultas, fomentar las buenas costumbres, sanear lugares insalubres, enseñar e introducir industrias nuevas, etc.

Pero de esto a convertir las ciudades en un amasijo de apretados conventos y la sociedad civil en mero asimilado de los mismos, hay una distancia infinita y patente, como la que media entre el uso y el abuso.

La hecatombe que por entonces dió fin en España a las comunidades religiosas, ha borrado sus culpas bajo la mancha de la sangre. Los que al ver la hoja del árbol encuentran su existir dependiente de la ley y no de casualidad, tampoco pueden mirar los hechos de la Historia (cual la creación y extinción de las comunidades religiosas) como producto del capricho ó del acaso.

Respeto los motivos del nacer, pero me parecen más respetables los del morir. Aunque muy niño, tocó en mi tiempo; y algo pude sentir, ya que no apreciar, de esos motivos.

Infinitos frailes provenían de las clases bajas, y tenían los defectos de la mala educación, agrandados por la grosería del dominio.

Infinitos, insensibles al espíritu sutil de la caridad, eran una masa carnosa, con todas sus podredumbres y pasiones.

Si entre tantos, uno por varón piadoso, otro por sabio, otro por humilde, lograban el justo amor y respeto de todo el mundo, tal autoridad moral iba al peculio de la comunidad y de la institución, para que el mayor número de los viciados acreciera sus imposiciones, sus abusos y sus excesos.

Por cada uno despreciador de los bienes terrenales, contábanse diez que, sin perjuicio de pretender el cielo, querían también, codiciosos, los bienes de la tierra.

Así acapararon mucha parte de la propiedad territorial; y la hubieran llegado a poseer toda, sin el límite infranqueable de otras manos muertas: patronatos, hermandades, vínculos y propios de los pueblos.

Ordenes cuyos fines habían caducado, como la redención de cautivos, vivían sin propósito y en el corroimiento de lo que existe sin razón para existir.

El influjo social de las comunidades sobre el medio ambiente no podía ser peor: dominación, casi una casta; licencia envuelta en hipocresía; modelación de la mujer en histérico-beata (replegamiento del espíritu, escrúpulos de conciencia, temor al diablo, a los duendes y maleficios); *pérdida de la autoridad moral de los jefes de familia, sustituida, unas veces de grado y otras mediante imposición, por la de uno u otro reverendo.*

Si hoy se nota el poder que despliega cualquiera sociedad laica poseedora de valores o de considerables propiedades, como las compañías de ferrocarriles, ¡qué poder soñará en igualarse al de aquellas comunidades que, sobre ser dueñas de la mayor parte de la riqueza inmueble del país, constituían una falange sagrada, secular e incontrastable!

Esta hipertrofia de un órgano social se efectuaba, y no podía ser de otro modo, a expensas de la atrofia de los demás organismos de la nación. Así, las ciudades españolas, como todavía puede verse, eran enredijos de conventos, entre cuyas grandes mallas apuntaba alguno que otro caserón solariego y alguna que otra casucha de menestral o de villano.

Independiente cada orden, cerraba su autoridad dentro de sí misma en la jerarquía del generalato, superior siempre de hecho (y en muchas materias, de derecho) al episcopado; teniendo como principal oficio, no el de corregir abusos y excesos de la orden, sino el de velar por su auge, ampararla y defenderla en derecho y contra derecho.

El laico más poderoso de la tierra, así hubiese fundado, dotado y concordado las obligaciones de un convento, así reservase para el patronato cláusulas omnímodas, quedaba su potestad en nada desde el punto y hora en que la comunidad se establecía.

Los condes de Niebla, fundadores, dotadores, propietarios

del convento de San Isidro del Campo, escandalizados de la irregular vida airada y viciosa de la orden, quisieron en vano poner remedio. Tuvieron que apelar al poderío de otra orden religiosa que contrarrestase a la primera, porque ni Gobierno, ni Arzobispos, ni Autoridad de ningún género tenían fuerza contra el poder de aquella orgía monástica; y aun así, pasaron muchos años sin lograr reducirla, a pesar de órdenes y breves del Pontífice.

Si la Inquisición, con todo su poderío, metió mano alguna vez, como en este mismo de San Isidro, en algún convento que otro, sólo fue para expurgar casos de fe.—Casos de escándalos viciosos, de abusos y extorsiones, o no quiso o no pudo castigarlos e impedirlos; contentándose sóla y tímidamente con imponer leve corrección a alguno que otro de los llamados *solicitantes*.

El mismo interés común de mantenerse en la altura del respeto, obligaba a los buenos a disimular y ocultar los defectos de los malos. La impunidad alentaba los excesos; y así crecía la grama, ahogando los sanos propósitos de las mejores instituciones.

Injusto sería medir por un rasero a todos los frailes y a todos los conventos. Los había mejores y peores.

Mas, el día de su hecatombe fue estallido sangriento de la barbarie, que siempre marca la Historia cuando por muchos siglos queda ahogada la Justicia.

Obsérvese cómo han ocurrido los hechos análogos: la muerte de los Templarios, la degollación de los Genízaros, la de los Judíos en la conjura del Arcediano de Niebla.

Elijo exprofeso estos ejemplos, por lo mismo que siendo al parecer incongruentes entre sí, tienen de común un mismo término de violencia ensangrentada.

En cada uno de ellos aparece una causa distinta determinante, pero todos reconocen la misma predisponente.

La opinión condenatoria más unánime se refiere a la bár-

bara degollación de los Judíos. Y, sin embargo, ¡qué superficial aparece la Historia al tiempo de juzgarla!

Que entrara el furor fanático en el hecho, ¿quién podrá negarlo? ¡Como entró el error fanático de creer a los frailes de Madrid envenenadores de las aguas! Pero, ni el fanatismo religioso por sí solo hubiera asesinado a los Judíos, ni el populacho ignorante y fiero de Madrid hubiera dado asenso a la calumnia, si causas predisponentes, actuando con lentitud por muchos años, no hubiesen coincidido con otras coadyuvantes y con la determinante, a pesar de su notoria absurdidad y falsedad.

Supongamos a España mucho más pobre que lo está al presente. Supongamos que en vez de trescientas casas de empeño y de usureros hubiera en Madrid diez mil; y que estos usureros fueran poderosos, y enredando a los afligidos de la miseria, llevasen a la desesperación, un año y ciento, generaciones tras generaciones. Supongamos que no hubiese Autoridad o leyes capaces de impedir ni castigar estos abusos.

Como en la naturaleza viva y fisiológica, igual que en la puramente física, las fuerzas se transforman, pero no se pierden; y como la irritación que produce la violencia moral de cada individuo es una fuerza, y esta fuerza, aunque se reprima y quede inerte al parecer, tampoco se pierde, sino que sólo se transmite—al fin y al cabo, un año tras otro año, llega a estallar en forma de violencia horrible. Los diez mil usureros serían carne y sangre insuficiente para clavar los colmillos y las uñas de la ira acumulada; como lo fueron los Judíos, los Genízaros, los Templarios... y, por más que duela decirlo, también los frailes.

Si las leyes físicas son dignas de respeto, es preciso respetar las leyes biológicas.

También la Sociología tiene sus leyes, aún más dignas de respeto: son las leyes de la Humanidad; y si no las ha establecido el Supremo Hacedor, yo no sé quién haya podido decretarlas.

Ya muy entrado en años, fuí a visitar en Burgos el convento de la Cartuja.

Lo encontré casi derruído: muchos altares, desmantelados; los góticos sepulcros, primor del arte, convertidos en oprobio de España, que así permite el robo y la fractura de tan nobles e inapreciables monumentos.

Allí, entre soledades y entre escombros, barría el helado cierzo la sangre: caía la lluvia, encharcando el desolado piso y calando los pies.

Una sombra blanca aparece en el fondo del claustro, adelanta con lentitud y la cabeza baja: es un resto, un esqueleto vestido de cartujo, pero con la enjuta cara sonrosada.

Cuenta ochenta y ocho años. No quiso abandonar su convento, y sigue entre sus ruinas hasta la muerte; lo mantiene allí la Providencia, como al jaramago el jugo misterioso de los arcos caídos.

Pasó sin mirarme y sin hablar una palabra. Yo tampoco la pronuncié, pero dije para mis adentros: «¡Bendito seas, anciano venerable!»

*
* *

Determinados quehaceres me llevaron en cierta ocasión a un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Las mujeres andaluzas tienen un tipo gracioso, franco y simpático que les es común, independientemente de que sean bonitas, regulares o feas.

En las varias poblaciones del partido, chocóme ver un tipo común en sus mujeres, pero enteramente opuesto al de los demás distritos: ya fuesen guapas, feas o medianas, todas caritorcidas, antipáticas y desagradables. Los hombres, sin la movilidad y el desplante de la tierra, más bien socarrones, recelosos y predominando en ellos la gordura.

Daba vueltas en mi cabeza al problema: no veía diferencias de razas; cosa ésta muy común en España, donde es frecuente encontrarse, en el corto espacio de un par de leguas,

dos o tres variedades étnicas perfectamente distintas. Teníame ya al fin por confundido, cuando la casualidad me dió resuelto el problema.

En el distrito, en despoblado, el convento de un Cristo milagroso.

Con la devoción, romerías y abundantes ofrendas. Para recogerlas y mandarlas al cielo, suficiente número de frailes trasconejados, sin regla ni hábito, sin rey ni Roque, pero con omnímoda influencia en los contornos. Muchas comadres, más sobrinos (constituídos en autoridades), y todavía más confesadas y muchos más confesados.

Quiere decirse, que hasta ayer mañana cualquier observador podía estudiar en España lo que eran los frailes, los conventos y su influencia en la población.

Lo mejor y lo peor. Lo mejor: hasta arrancar bendiciones de lo más hondo y puro del corazón. Lo peor: hasta producir execración y asco.

Dominó y se impuso lo segundo a lo primero. Cargóse de ira la atmósfera, cayó un rayo y estalló el incendio.

LIV

Donde empieza la fuerza concluye el poder.

Andaba por los alrededores de los ocho años. Había venido a serme cada día más enojosa la penitencia del rizado a fuego, el corsé y las composturas. Contra esto arreciaban mis protestas y la energía de las mismas.

Cierto día llegaron a mayores: no me estaba quieto, rabiaba y pataleaba a la colocación de cada *papillote*. Mi pobre madre trató de reducirme a la obediencia con amonestaciones que no me produjeron efecto; luego, con amenazas, y menos todavía. Eché a correr; mi madre corrió también para sujetarme, lo cual no era fácil por mi infantil ligereza. Viéndose des-

obedecida y burlada, montó en cólera y me tiró una bota, con tan mala suerte, que el tacón, dándome en la cabeza, produjo una descalabradura.

Ver mi buena madre correr la sangre y llenarse de angustia, fue todo uno. Tuve yo que tranquilizarla, haciendo ver que la herida era leve y no tendría consecuencias.

Pero en este pronto acabóse la compostura. Renunció a ponerme bonito, y salí de la esclavitud de Babilonia: tiré el corsé y me hice cortar el pelo a punta de tijera. Es más: si no abusé del cariño de mi madre fue porque la amaba tiernamente, pero no porque conservase autoridad sobre mí. ¡Estaba desarmada!

La corrección tiene su límite; es necesario no llegar a él, porque entonces se agota su resorte y el educador queda desarmado. Esto lo sienten y comprenden perfectísimamente los niños.

El poder y la fuerza son dos cosas en absoluto antitéticas: donde empieza la fuerza es porque concluye el poder.

LV

Ni golpes ni insultos.

Por dicha mía, el año 1837 vino a establecerse en el Puerto otro maestro de escuela.

De su biografía sé muy poco. Sin embargo, me pareció entender que era gaditano, y que unos señores ricos, de Jerez, procurando un buen maestro para sus hijos, se concertaron para proporcionarle un sueldo regular.

Fueron a Cádiz, y tomados informes, eligieron a D. Domingo Fartos. En efecto; dicho señor admitió el partido, trasladándose a Jerez, en cuya ciudad casó con una señora algo hacendada. Vivió así bastantes años, educando a un corto nú-

mero de niños, hasta que, viudo, tomó tedio a Jerez y trasladóse al Puerto de Santa María.

De los Torres había llevado recomendación para mi padre, y el buen porte de D. Domingo hizo que desde luego me entregaran a él, quitándome, con gran contentamiento mío, de la odiosa escuela de D. Diego Choquet de Isla, Suárez de Figueroa, Zayas, Guzmán y Rey.

D. Domingo tomó en arriendo una casa principal en la calle Larga, esquina a la de los Descalzos. Solamente diez o doce niños inauguramos la escuela. Los honorarios, tres duros mensuales; y uno más, si aprendíamos dibujo.

Instaló la clase en la sala principal y en las galerías altas, con luces al patio estas últimas. Aquello estaba bien, cómodo y limpio.

D. Domingo vivía decorosamente. Debía tener ahorrillos, con los cuales y una rentita de mil pesetas, producto del arriendo de un majuelo heredado de su mujer, ayudábale la escuela.

Por otra parte, era un señor original.

Su edad, indescifrable. Representaba al pronto así como unos cuarenta y cinco años. Observado despacio, lo mismo podía tener sesenta que setenta u ochenta. En Jerez solían decir:

—Es más viejo que D. Domingo Fartos.

Lo cierto es que no chocheaba, y que hombre más acicalado y recompuesto no lo he visto en todos los días de mi vida.

Mediano de cuerpo, proporcionado de carnes, dadas las mejillas con su poquito de arrebol, teñido prolijamente el escaso pelo de la cabeza y barba, suplidas ambas deficiencias con una peluca rizada y flamante (de *tupé* a lo Martínez de la Rosa) y patillas postizas (a lo Coradino). Gafas de miope, en fina armadura de oro; dientes blancos, pequeñitos, e iguales en ambas mandíbulas, y tan sin faltas como que eran postizos. Camisa blanca, con gran alfiler de piedras; corbatín rayado, de charol; chaleco amarillo, de gamuza; frac azul con botón dorado; pantalones estrechos, de botín; botas de charol, flamantes: era el

figurín, el currutaco, el lechuguino más completo y pulido que concebirse pueda, sobre un pellejo añoso prolijamente restaurado.

Allí no había disciplinas ni palmetas. Respiré con gozo; a besos hubiera despintado el arrebol de D. Diego y héchole emigrar de su sitio las artificiales patillas.

Luego se acercó muy amable y me preguntó en qué regla escribía. Se lo dije, y me contestó:

—Eso no sirve. Escribirá usted en raya y al dictado. Haga la letra buena o mala, como pueda: procure sólo que sea igual y lleve la misma distancia.

Después me dió a leer en el Iriarte, y me dijo:

—Lee usted sin sentido. Primero lea para sí el primer párrafo; entérese de lo que dice, y luego que lo haya entendido leámelo en voz alta.

Así que examinó el grado en que me hallaba de escritura y lectura, pasó a la gramática, haciéndome una observación que me dejó con tamaña boca abierta, a saber:

«Que ignoraba en la gramática lo que sabía perfectamente desde muchos años atrás. Porque no decía *las hombre* ni *el mujeres*, sino que hablaba correctamente, concordando en género y número los masculinos y femeninos; mientras que por la gramática ignoraba todo esto, al parecer. Añadió que no me apurase, pues con un poco de atención y algo de buena voluntad adelantaría en poco tiempo.»

Efectivamente, yo no sé cómo se las manejó aquel bendito de D. Domingo. Al año justo hizo exámenes públicos en el salón del Ayuntamiento, presididos por el Alcalde, a los cuales asistieron el síndico, los regidores y las familias de los alumnos. ¡Y resulté el héroe de la fiesta! Se me encomendó pronunciar un discurso algo pedante, que aprendí de corrido, a pesar de mi falta de memoria.

Todos los chiquillos salimos muy contentos; diéronme la medalla, y el alcalde me enderezó otro discurso cual el de Je-

rónimo Paturot, diciendo también, entre otras cosas, que los niños aplicados éramos la esperanza de la Patria.

Con esto se dió por terminada mi instrucción primaria, y pasé a la categoría de estudiante de latín.

Digamos la verdad: de la escuela de D. Domingo salí bastante ignorante. Respecto a leer, sí, leía de corrido. En cuanto a escribir, medianamente. Ortografía, insegura y aun escasa. De Aritmética: sumar, restar, multiplicar y partir, con gran trabajo. De Historia, que

> Libre España, feliz e independiente,
> Se abrió al Cartaginés incautamente.

De Geografía: que el mundo tenía cinco partes, y que en Europa estaba España. De Dibujo: copiar hasta caras; y una pícara mano, con un racimo de uvas, que me llevó tres meses.

Pero, al cabo, volví a desentumir mis facultades intelectuales; sentí el estímulo del buen trato, y me coloqué en camino de aprender. ¡Si hubiera tenido la fortuna de tropezar antes con otros maestros cual D. Domingo, atentos y no rutinarios!

LVI

Un general de dos lustros.

A medida que los meses me iban alejando de la escuela de D. Diego, mi espíritu venía desplegándose en la de D. Domingo.

Llegado al punto de entender lo que leía, *motu proprio* leí el *Bertoldo*, que no dejó de hacerme gracia. También leía cuantos romances pregonaban los ciegos. Y a esto se redujo mi primera literatura. Comprendí bien las moralejas de las fábulas de Samaniego, no tanto las de Iriarte. De la Historia de España no hice alto más que en Numancia y en Sagunto, en Viriato, en La Cava y Don Rodrigo.

Con estos materiales y los del medio ambiente, cuya parte

más aguda para mí era la noticia de la guerra civil, despertóse mi cerebro en intensa función imaginativa.

Ya vimos cómo dicha facultad se manifestó años muy atrás, a los tres de mi vida, con motivo de los cuentos de la *abuelita*. Pero entonces el fenómeno ocurría durante el sueño, y mi personalidad poco ponía de su parte: me imaginaba sólo como actor de lo que acababan de contarme, pero no creaba, no producía.

Ahora, esto es, de los diez a los once años, la facultad imaginativa se presenta en toda su amplitud y con todos sus caracteres; no durante el sueño, sino principalmente en esos períodos intermedios del sueño y de la vigilia que se ofrecen entre el acostarse y dormirse, entre el despertar y levantarse por la mañana. También en las ocasiones de reposo y soledad, cuando me echaba a discurrir: un discurrir que sólo consistía en imaginar, crear situaciones, resolver dificultades en pro de mis deseos. ¡Soñar despierto!

Venían estos fenómenos unidos y como evocados por un deseo que, bien puede decirse, declaraba mi vocación: el deseo de moverme, agitarme, correr, volar, combatir y vencer.

Ganábamos una acción a los carlistas, y toda la ciudad se conmovía de contento. Echábanse las campanas a vuelo; el himno de Riego me introducía en el cuerpo el espíritu de un tambor mayor, según cogía el compás, pisaba fuerte y unas carrerillas de calor y frío me soplaban desde el espinazo.

Llegaba la noticia de un desastre: al apocamiento y tristeza de los partes respondían mis emociones con la contracción rígida de los miembros, cual si se prepararan para rechazar y acometer.

Con esto, la imaginación me fingía disponiendo combates: que así picaba de alto, concediéndome, desde luego, el empleo de general en jefe. ¡Y, cosa rara, inventaba recursos para todo! Imaginé una táctica para tener siempre las espaldas cubiertas y defender los flancos, puntos que el mismo instinto me hacía sentir como más débiles.

Discurrí un ataque en forma de cuña, que aún hoy me parece mejor y más racional que el de cabeza de columna y otras muchas cosas que no son pertinentes aquí. Pero que, andando el tiempo y cuando entrado en edad viril, pude dedicarme a la lectura de algunos tratados militares, vi con sorpresa que poco de lo que decían me era nuevo; porque en mi ardor infantil imaginativo ya lo tenía discurrido y aun algo más, por esa especie de visión misteriosa y loca con que la imaginación suele adelantarse.

LVII

«Yo trovador, yo pobre y sin fortuna.»

No sé cómo, repentinamente, de la noche a la mañana, ocurrió en la sociedad portuense un trastorno singular: de solitaria, triste e incomunicativa (excepto los días de toros), se hizo sociable, tertuliana y callejera. El fenómeno fue más visible en las mujeres que en los hombres.

Antes, apenas si salían ellas de sus casas, excepto los domingos para oir misa. Ahora veíaseles ir y venir a casa y de casa de sus amiguitas, a la Alameda por las tardes y al emparrado de la Victoria por las noches. El teatro, que antes apenas se abría de higos a brevas, y quedaba vacío de señoras, por considerarlo cosa de pecado, llenábase entonces de bote en bote, desde la concha del apuntador hasta la cazuela. La *cazuela* se decía a lo que después se ha dado los nombres de *gallinero*, *ignominia, paraíso*, etc. En varias casas particulares se formaron tertulias: se bailaba el rigodón lánguidamente, se recitaban versos y aun, en algunas, se representaba la *Marcela* o algún drama novísimo.

Las mujeres cambiaron los huecadores y el moño alto (a semejanza del retrato de la Reina Gobernadora) por trajes negros, bucles lacios y mal rizados, procurando tomar un aspecto doliente, enfermizo y sentimental. Los hombres se dejaron

crecer el pelo hasta los hombros, sustituyeron el sombrero de copa por chambergo en el invierno y sombrero de paja en el verano.

Ellas tomaban vinagre para empalidecer, y comían poco para ponerse espirituales. Ellos se dieron, del «no hacer nada» andaluz, a pegarse a la guitarra y aprender a cantar, no jaleos ni boleros, sino unas coplas lamento-gemidoras que solían terminar:

«O la muerte o la muerte o tu amor;
»O la muerte o la muerte o tu amor;
»O la muerte o la muerte o tu amor.»

Así, repitiendo tres veces, para que se diesen todos por enterados y nadie pecara de ignorancia.

Pero el caso era que la amenaza la tomaban tan por lo serio las mujeres, que apenas cualquiera del sexo fec (a la sazón más afeado por las greñas y lo melancólico del semblante) tenía con los ojos una escaramuza con cualquiera dama, ya creía ella que estaba a punto de matarse o morirse el trovador, si no le concedía sus favores.

En una palabra: cada hombre era un trovador; cada mujer, una dama mal lograda. Para todo evento, llevaban pendiente del cuello con una cinta negra un pomito de cristal que no contenía nada, pero que debiera contener veneno.

Las solteras se quejaban de la tiranía paterna; las casadas, y esto era peor, de la tiranía de los maridos. Y todo, porque ponían reparos a que la moda de trovadores y románticas no llegase a lo vivo.

Realmente, aquello fue un contagio de histeromanía. Ignoro los grados que alcanzara en el resto de España; pero lo que es en el Puerto y en Cádiz, a juzgar por lo que aun pude observar años después, el fenómeno no pudo ser más curioso, más hondo y trascendental.

No sólo influyó en los trajes y costumbres, sino que modificó la afectividad. Los deslices sexuales, antes anatematizados

y seguidos del conjuro social, ahora eran motivo de general compasión. A la denuncia de alguna travesura del dios vendado, respondíase a coro:

—¡Hija (o hijo), Dios le libre de una pasión!

Lances de amor no satisfacían si no se rodeaban de dificultades familiares: el rapto, lo ideal; el conflicto de un duelo entre dos trovadores, o entre un trovador y un hermano o un marido tiránico, el colmo de la apoteosis pasional.

Hasta el tono de la voz sufrió su cambio; y no hay qué decir, los temas de conversación.

Me parece que acaba de ocurrir. Estoy en el paseo nocturno de la Victoria. La tibia luz de la luna sólo basta para hacer más visibles las espesas sombras de los naranjales y emparrados. Por sus estrechas calles pasan lánguidas señoritas espirituales. Las mamás, so pena de incurrir en nota de tiranía, quedan sentadas en los bancos de piedra. Los trovadores no suelen ir con las amadas: perdería el amor su prestigio con las facilidades de la aproximación. Allí, entre los árboles, al final o a la cabeza del paseo, allí está el galán enamorado para aprovechar una furtiva seña o deslizar un billete, en verso a ser posible.

Un trovador asendereado (como que viene todas las noches de Jerez con su laúd) se sienta en un taburete (vulgo silla), debajo de un naranjo. Cual el ruiseñor, en lo más oscuro y en lo más espeso, con voz temblona y entonación que todavía recuerdan los tenores de arietas, canta:

«Yo trovador, yo pobre y sin fortuna,
sufro de amor, desdenes y esquivez.»

Pero, en fin, este trovador trashumante no resultaba demasiado peligroso.

No sucedía así con otro que había hecho de Cádiz teatro de sus aventuras, y que de cuando en cuando venía al Puerto a hacer conquistas.

En efecto, era guapo: alto, delgado, pelinegro, pálido y

ojos interesantes, al decir de las mujeres. El caso es que las noches que aparecía se alborotaba el gallinero, y todos los demás trovadores y románticos se daban al diablo.

Aumentaba el interés lo misterioso del personaje, que no era gaditano ni se sabía de dónde había venido. Podíase colegir que era rico, puesto que tomaba los mejores cuartos de las fondas; tenía un criado-escudero y un perrillo americano que le traían y llevaban los billetes amorosos; no se le conocía oficio ni beneficio, y sólo se ocupaba en ser romántico. Tanto, que nadie poseía el secreto de su nombre: todos le conocían por «el romántico», y *El Romántico* se firmaba, por antonomasia.

Para que nada le faltase, era altivo con el sexo fuerte y había acogotado a algún marido prosaico y a más de un galán romantiquillo de tres al cuarto.

Con tales antecedentes, no es necesario decir las apasionadas que tendría, para quedar luego con el derecho de hacerse las víctimas y pretender tomar veneno.

No sé lo que fue de aquel Tenorio de época; probablemente se moriría de fastidio.

Mas no hay que tomarlo en broma. Aquella socioneurastenia, aquella enfermedad del espíritu y la carne, produjo un aire ambiente, un medio externo, que hasta en mí, aunque sólo contaba unos diez años, produjo ulteriores efectos.

LVIII

Mi Pegaso-Rocinante.

Con motivo de la brillantez de mis públicos exámenes, no sólo me dejaron ir a Jerez a pasar la canícula, sino que mi tío Manuel me regaló una peseta, y mi padrino dos.

El viaje a Jerez lo hacía de este modo:

A las cuatro de la tarde en verano, y a las dos en invierno,

salía el ordinario de Jerez para conducir cartas y encargos. Correo oficial, aun en poblaciones tan cercanas, no lo había diariamente.

Mi padre, a la hora señalada, conducíame a la casa del ordinario, el cual me montaba en un borrico; y por materia de ocho reales, cuatro por el burro y cuatro por mi encargo, me dejaba en la casa de los señores de Torres.

Esta vez, contando mi padre con mi formalidad y edad adelantada, no me condujo en persona; me entregó las dos pesetas, para que por propia autoridad fuese a casa del conductor y me montase en el burro.

Mas fue el caso que, por el mismo deseo, adelanté las horas, que aquel día me parecieron retardadas y perezosas. No había llegado aún el ordinario, le esperé impaciente. Salí a la calle, mirando en una y otra dirección por si venía. En una de éstas me fijo, sobre un portón de cuadra, en un escudo con la corona real, en medio un caballo pintado, y haciendo círculo un letrero que decía: *Real casa de Postas. Se alquilan caballos.*

Quedé pensativo delante del escudo. Un mozo viejo barría la cuadra perezosamente, como andaluz y viejo y en siesta de verano.

Un pensamiento atrevido me pasó por la frente, hice cierto esfuerzo para desecharlo y salí con precipitación a casa del cosario. No había llegado aún: aunque en realidad no eran las cuatro todavía, el reloj de mi impaciencia señalaba las cinco.

La idea se puso entre ceja y ceja con mayor energía. El viejo continuaba dando sus escobazos, con tres minutos de intervalo. Al fin no me pude contener.

—¿Se alquilan caballos?—pregunté al barrendero.

—Se alquilan—me contestó, como si sintiera pereza hasta para hablar.

—¿Cuánto cuesta un caballo para Jerez?

—Un duro.

Yo tenía la mano metida ya en el bolsillo del pantalón,

tocando las cinco pesetas de mi caudal: las dos que me dió mi padre para el cosario, y las tres de los agasajos.

Mi respuesta consistió en sacarlas y ponerlas en la mano del interrogado. Guardóselas éste, me miró con indiferencia; y a un caballote muy alto, escaparate de huesos, que estaba ensillado, apretóle la cincha, le puso un bocado y lo arrastró a la calle por la brida.

Mi buena madre, si había desistido de apretarme los entresijos con el corsé y de rizarme el pelo, no así en lo de componerme. Para enviarme a Jerez, había puesto los cinco sentidos. Dormán de paño verde oscuro, con tres hileras de botones de cabeza de turco; cuello blanco, de finos pliegues; gorra de fuelle, con larga borla de seda en la flotante punta; pantalón bombacho y botitos de charol abotonados de azabache: tal era mi indumentaria.

El caballote estaba dispuesto en medio del arroyo, y yo pugnaba inútilmente por encaramarme; el mozo hubo de comprender la necesidad de su auxilio; y echándome un puñado a los fondillos, me dejó perniabierto sobre la silla.

Sentirse el jamelgo con montura y echarse a pasitrote, fue en un punto. Tomó a la izquierda, embocando por la calle Larga, y la siguió toda al mismo aire, para tomar por su propia cuenta el arrecife de la Victoria.

Ni aun tiempo tuve para estimar mis extrañezas. Jinete ya y buen jinete en el borrico pío, al sentir la tentación de hacer un viaje a caballo por mi propia cuenta, entendía que de burro a caballo no iba mucha cosa. ¡Ahí era nada lo del ojo! Desde la primera reacción del jaco, salté media vara de la silla; y al caer no caí equilibrado, sino tan fuera de centro, que gracias si pude agarrarme al borrén delantero para no ir a tierra. Con el respingar del cuerpo, la malhadada gorra de fuelle desarrollaba una fuerza excéntrica, que ya fue milagro no perderla al primer paso; tuve que echarme el barboquejo con una mano, mientras con la otra seguía agarrado adonde podía. No teniendo más manos, perdí las bridas, que cayeron al

suelo; en él fueron pisadas y rotas por las patas del rocín. La vaqueta de la vieja silla, encaracolada por las faldas, estaba lustrosa y resbaladiza en el asiento, más que si untada de jabón. Los estribos no hubo tiempo de proporcionarlos a la longitud de mis piernas, de manera que pendulaban sueltos, cochando los ijares y arreando automáticamente al caballote.

Así iba, con los atávicos recursos de mico caballero para no caer; y todavía hay que mirar en esto cosa de milagro, pues tan pronto me veía montado en el pescuezo como en la grupa, tan pronto descentrado a la izqnierda como a la derecha. El animal, por voluntad propia, tomó el camino de la trocha; y, sin dejar su endemoniado trote de posta, entró en Jerez a la hora de salir del Puerto.

Eso sí, ¡la entrada fue triunfal!

Atravesamos (o, con más propiedad, atravesó el Rocinante) por los espesos grupos de *gansos* jerezanos, que, esperando ajuste de trabajo, llenaban la amplia plaza del Arenal. Como viesen tan mal caballo y tan peor jinete, rompieron en una salva tan nutrida y resonante de silbidos y vocal trompetería, que ni la que tanto provocó la *impatuosidad* de D. Antonio.

Mi Pegaso no se dió por aludido. Siguió su trote como si tal cosa, llegó a la calle Larga, colóse en la posada de la Consolación; sin dejar el mismo aire, entró en la cuadra, a pique de estrellarme los sesos contra el dintel de la achatada puerta; gracias que advertí el peligro y me cosí al pescuezo, formando una sola pieza caballo y caballero. En el pesebre, allí paró. Me deslicé, cayendo de pie al suelo; pero tan agarrotado, maltrecho y dolorido de agujetas, que apenas podía andar.

Así salí de la posada, dirigiéndome a la calle de Piernas: a pesar de lo molido, sintiendo cierto orgullo y satisfacción interior por haber hecho un viaje... ¡solo!... ¡y a caballo!

LIX

Hago mis segundas armas.

Si no recuerdo mal, 486 era el número de la casa propia y morada de D. Ramón de Torres. A la izquierda seguía el número 485, también propiedad de D. Ramón, aunque dada en alquiler. Esta, de aspecto antiguo; con trazas solariegas, a juzgar por las dos columnas toscas que limitaban la portada, y el carcomido escudo de mampostería que mediaba el dintel.

Las casas solariegas españolas tienen una cierta elocuencia. Parece que están recitando la sabida copla que dice:

Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer a hoy;
Ayer maravilla fuí
Y hoy sombra mía no soy.

Efectivamente, su aspecto triste, lo sucio y desconchado de sus paredes, lo despintado y desvencijado de puertas y ventanas, contrastando con cierto aire de severa antigüedad, con voces mudas declaran lo inestable de la grandeza humana.

Añádase que tales caserones, no teniendo nobles e hijosdalgo que los habiten, se encuentran relegados a la ínfima clase de viviendas de vecindad. Tal era el tipo del número 485.

Poca renta debía producir. La planta baja tenía cuatro puertas a la calle: la del portal ya descrita; a la derecha una, correspondiente a accesoria, barbería a veces, zapatería ahora (en el día a que me refiero); a la izquierda, haciendo esquina, otra accesoria con dos puertas, una a la calle de Piernas, otra a la de Sevilla (dicha accesoria, más constante de arriendo y uso, carnicería la más veces, puesto de frutas y hortalizas las menos).

En las vacaciones de verano del año 37 frisaba ya en los diez de mi edad.

Durante el que pasé en la escuela de D. Domingo, dejo dicho que la inteligencia y el carácter se me habían desentumido. También el cuerpo había experimentado esponje y esperezo; había crecido mucho y embarnecido algo; más parecía de doce, que de diez años.

No cohibido, sentíame inclinado, puede que por natural reacción, a atrevimientos y a diabluras, a ser curioso, con algún tanto de malicia; y, si llegaba el caso, a salir de apuros faltando a la verdad.

En la calle, frente a casa o poco distante, jugaba al toro con otros chicos del barrio, mal educados; corría la varilla, saltaba la mula, jugaba a la patuca y al hoyuelo, y me daba de pescozones con los pilletes cuando llegaba la ocasión.

También hacía mis excursiones por la vecindad. El almacenero de enfrente me regalaba pasas, almendras y castañas pilongas; el zapatero de la accesoria me recibía con consideración.

Un día fuí a hacerle una visita. Había salido a tomar medidas a un parroquiano y sólo estaba el aprendiz, muchachuelo de catorce años, desvencijado y mal lucido, como suelen los que pasan la juventud sentados, a oscuras casi, oliendo curtidos viejos y cerote.

La curiosidad me llevaba a examinar las cosas inmediatamente, a tentarlas y cogerlas con las manos. Esto es muy común en las criaturas; más común el que se considere como un vicio infantil y se les reprenda diciendo:

—Las cosas no se tocan; se miran y nada más.

La reprensión no es justa ni es discreta. Lo que debe encargárseles bien es que cuiden de no romperlas, de examinarlas con esmero y de volverlas a dejar como estaban y en su propio sitio.

Ello es que yo comencé por mirar y remirar las leznas, el pie de cabra, los hierros y demás chismes que había en la ban-

quilla, cogiendo ora uno, ora otro y palpando sus superficies.

El aprendiz me dijo con malos modos:

—¡A ver si dejas eso!

Y yo le repliqué:

—¿Me voy a comer algún pedazo?

Él entonces, con peores humos, contestó:

—Lo que te digo es que si vuelves a tocar, te bailo un *zapateao* en la barriga.

A esa amenaza, señalándole la puerta de la calle en són de desafío, prorrumpí:

—¡Vamos a verlo!

Salimos, en efecto; y, ya en la acera, comenzamos a darnos de cachetes. Aunque de mayor edad, por desmedrado y mal pergeñado, eran sus moquetes menos duros que los míos; al probar su impotencia, entróse en la tienda y cogió una chabeta, partiendo sobre mí.

Los múltiples y encontrados impulsos que sentí yo en aquellos momentos brevísimos fueron tantos, tan varios y tan complejos, que sólo se pueden concebir dada la velocidad del pensamiento. Entrañan datos de importancia que se relacionan con la psicología de la criminalidad, y creo interesante darlos a conocer y analizarlos. Mas para no cortar el relato diré ahora que, al verle yo trasponer la puerta de la accesoria, di un salto a la derecha, tomé el portal de la casa, y le dejé libre el campo, entrando disimulado a conversar con la familia del señor Felipe Cos.

LX

¿Huída vil o retirada honrosa?

Al ver al zapaterillo echar mano a la chabeta, la primera emoción fue de miedo, acentuado por el recuerdo de los cuadros del pescadero y el muerto, del borracho y el degollado

montañés. Sin intermedio de tiempo apreciable por el reloj, sentí otra emoción poderosísima que no borraba el miedo, pero que se sobreponía a él. Erá una cosa indefinible, la cual sólo puedo expresar diciendo que de no seguirla arruinaba todo mi ideal, todo el edificio de lo que yo entendía por vergüenza, honor, valer, estimación, dignidad y capacidad para hacerme llegar a altos hechos, merecedores de alabanza y del aplauso de las gentes. Sentía el honor y el pundonor a la manera y en el grado como se aprecian y sienten en los romances.

En este punto miré al suelo, por si en derredor mío había alguna piedra. Por entonces, pocas calles estaban empedradas en Jerez; la de Piernas hallábase terriza, convertida en fangal en los inviernos y en polvera en los veranos.

Por otra parte, yo no sentía saña, ira ni aun malquerencia contra el aprendiz; y, aun hallada la piedra, hubiérame dolido hacerle demasiado daño.

Quedar quieto para sufrir el ataque sin defensa me parecía absurdo, y sobre todo no satisfacía mi ideal romancesco; porque en este paso honroso la lucha no resultaba útil, satisfactoria y gloriosa si no venía acompañada necesariamente de la victoria. En este caso particular y afortunadamente, como no pasaba nadie por la calle, me pareció que la vergüenza de huir quedaba circunscrita a un acto sin testigos, del que sólo yo podía absolverme o reprocharme. Con esto me decidí y di el salto, que tanto pudo ser de huída como de discreta, ya que no honrosa retirada.

LXI

De la gimnasia psíquica.

Siendo ley universal la lucha por la existencia, quizá no haya cosa que en mi juicio merezca más atención de parte de la pedagogía que observar y estudiar las manifestaciones de esta ley en los niños educandos.

Algo se trata de hacer sobre este punto, por medio de lo que respecta a la gimnasia, pero me parece algo indirecto y poco suficiente. Bien es verdad que hay conjunción entre el cuerpo y el espíritu: a cuerpo robusto y ágil suele corresponder un ánimo resuelto; pero, ni esto es constante, ni es para olvidar que *tripas llevan piernas,* esto es, que hay en todo categorías y que el hombre acciona más del espíritu al cuerpo que del cuerpo al espíritu, aunque el segundo influye y debe influir sobre el primero.

De las observaciones que he podido hacer en mis sociedades infantiles, en las de adolescentes, en los colegios, de jóvenes en los estudios superiores y de hombres en la edad viril, corriendo por el mundo, he podido notar que el mando y el imperio no recaen por necesidad en los más musculosos y forzudos; es más, paréceme que ni en los más talentosos o cuando menos en los más sabedores.

Resulta ser una *facultad,* según mi parecer, *efecto* de cierta particular combinación a modo de receta en que entran varias drogas. Una de ellas es el elemento ideal, que puede ser muy vario, pero que necesita ser predominante: ya religioso, ya histórico, ya de mero y aun vano entusiasmo, ya ambicioso, ya de pasión y hasta, si se quiere, de aberrada extravagancia. Después interviene otro factor muy importante, y que consiste en una fuerte dosis de carácter, más significado por la constancia en su tensión que por la energía de la misma; a lo cual hay que añadir cierto instinto discreto para manejar esa fuerza con un tira y afloja parecido al que se emplea con la cuerda y el arpón en la pesca de los cetáceos. En tercer lugar viene como droga el talento; pero está tan en tercer lugar, que el hombre del mayor, más claro y general que he conocido, cuya memoria guardo con respeto y cariño, resulta en mis notas de observación el más desheredado de facultades directrices (1). En cuarto término viene la instrucción. Y en quin-

(1) No creo deslustrar su nombre, antes puede servirle para que la

to, cierta salud y determinadas fuerzas de resistencia física.

Dedúcese del análisis, que, andando el tiempo, se ha de establecer una gimnasia educativa para desenvolver, equilibrar y armonizar las drogas de la anterior receta.

De presente, sólo advierto dos órdenes en que más o menos empíricamente se haya hecho aplicación práctica de las ideas que acabo de enunciar: la milicia, en sus ordenanzas sapientísimas; y las órdenes religiosas, en sus reglas.

Pero, la educación laica y civil necesita no abandonar este punto; antes bien, a ella compete reducirlo a principios científicos, primero por la observación y por el análisis, después por la síntesis.

«Es preciso educar la voluntad, para la acción en todos sus incontables órdenes.»

Como la verdad se impone aun antes de ser conocida, a modo de necesidad, es innegable que uno de los propósitos tácitos de la educativa se dirige a promover esa especie de temple y de fuerza del espíritu. Pero, esta rama de la Pedagogía se halla aún confusa, algo caótica, sofocada por el elemento instructivo y por el elemento moral.

El asunto que indico se ve ya descollar en la Historia, dando carácter a algunos de sus períodos, pero con la inconstancia del empirismo y a modo de fulguraciones. Esparta concedió a tal elemento y de esa manera empírica un culto exclusivo sobre los demás, en desproporcionada educación. Por lo mismo, sus frutos fueron efímeros.

Igual observación puede hacerse respecto a los Estoicos.

Nada constituye las monstruosidades que no esté en la naturaleza. Poned dos cabezas sobre una sola columna vertebral, y resultará un monstruo. Poned un cuerpo educativo dominando y atrofiando a los demás, y resultará un macrocéfa-

---

Historia le juzgue con justicia y le conceda indulgencia: me refiero a don Estanislao Figueras.

lo: una sociedad como la de Esparta o una filosofía rígida, triste e impasible como la estoica.

Pero tanto el hecho histórico como el pensamiento filosófico señalados, muestran de una manera evidente que el tema indicado tiene esa grandísima importancia por mí concedida párrafos atrás, y que merece detenido, profundo y científico estudio. En una palabra: a la gimnasia física hay que agregar una gimnasia psíquica.

LXII

¡Si hay piedras o testigos!

Descartado ya de la necesidad que sentía de exponer las anteriores indicaciones, por si algo pueden influir más adelante en las meditaciones de los pedagogos, sigo otra vez el hilo de mi deslucida lucha con el aprendiz de zapatero.

La lucha por la existencia se observa tanto en el microbio como en el hombre más perfecto, moral y civilizado. Claro está que el microfito no lucha con las mismas armas que el león, pero en la esencia luchan lo mismo y para lo mismo; en cuanto a su poder, más terrible resulta para el hombre el bacilo tisiógeno que el colmillo y la ponzoña de la serpiente de cascabel.

Puesto que es ley de la Naturaleza y no podemos sustraernos de ella, tenemos que educarnos para luchar y vencer. Esto apareja con el natural instinto, pues no sería lógica la Creación si, dándonos la necesidad, no nos diese los medios de satisfacerla. Tiene, pues, el niño el instinto y la inclinación de la lucha, destruir, vencer, dominar; y tiene el deber de estar apercibido, de guardarse, de rechazar y pretender dominar a todo aquello que pueda amenazarle, perjudicarle, destruirle, vencerle y dominarle.

Tan brutales inclinaciones no pueden ni deben extinguirse, pero la sociedad humana siempre ha procurado y procura y deberá procurar encauzarlas, modificarlas y dirigirlas. He aquí el

problema. Nos llevaría muy lejos la materia: es el problema eterno de la lucha humana, la lucha entre el odio y el amor.

Por lo que toca directamente a mi relato, digo que no entraron por nada las consideraciones de la ley ni de la penalidad criminal. Niño, no la conocía, ni, menos, la sentía.

Obré según lo hice por los motivos que dejo referidos, pero no por temor a la pena judicial. Sin embargo, algo me pasó por el pensamiento la idea del disgusto, la reprensión y aun el castigo que, de llegar a mayores, pudieran haberme sobrevenido por parte de mi familia.

Pero, ¡que hubiese dispuesto de una piedra, de un palo o de otra arma; que hubiese transitado por la calle alguna gente, algunos testigos de la escena, y es posible y aun probable que hubiera ocurrido una lesión, una herida y hasta un homicidio, un delito, un crimen!

No juzgo inoportuno que, así como los naturalistas estudian en los seres embrionarios los órganos y funciones en embrión, para entender, comprender y explicarse mejor los organismos y las funciones superiores, así también el pedagogo y el criminalista escudriñen y estudien las peleas de los niños, sus móviles y concausas, para poder entender y apreciar mejor la culpabilidad en los delitos.

Tal es el motivo que me ha impulsado en las presentes páginas a dar cuenta de los móviles y factores de mi primera lucha con un pajarraco y de mi segunda con el aprendiz de zapatero.

LXIII

El señó Felipe y la señá Antonia.

Puesto que de un salto he ganado la *casa puerta* (que así se llaman los zaguanes en Andalucía) del *señó* Felipe Cos, entremos en relación con este mi conocido.

El *señó* Felipe era el inquilino de la planta baja de la casa número 485 de la calle de Piernas.

Su edad, de cuarenta a cuarenta y cinco años; estatura, entre alto y mediano; de carnes, enjuto sin ser flaco; rostro oval, bien afeitado; nariz aguileña. Sombrero de cubilete, echado hacia la frente; cabeza tocada con un pañuelo de seda rojo y amarillo, anudado a la nuca, flotando los picos bajo ella; chaquetilla de tezado, bordada en seda verde, con mangas independientes articuladas al hombro con enrejado de cordón; chaleco de pana verde oscuro con botones de plata, en forma de cascabeles, sujetos por patas de muletilla; camisa de chorreras; calzón a la rodilla, del mismo género y color que el chaleco, sujeto en *arzapón* a la cintura por tres medios duros columnarios empatados de muletilla y que hacen de botones; dos hileras de éstos, formados por monedas de veintiuno y cuartillo, corren una a cada lado, desde la cadera a la rodilla; faja de seda roja; botines blancos, de becerro, bordados en seda grana y verde; zapatos semejantes a los botines terminan la indumentaria de la persona.

Al mirarle tan majo y tan bien *jateado*, cualquiera esperará que salga ahora un hombre de jácara y de rumbo, que eche mano a la guitarra y se entone con una copla. Pues nada menos que eso. En primer lugar, las vestiduras llamativas y pintorescas son como las flores, que se marchitan a las tres posturas, del cuerpo aquéllas, del sol éstas. Así el *señó* Felipe resultaba algo *chafado* desde el sombrero a los zapatos, quedando sólo reluciente el monetario que usaba por botonadura.

Como por fuera, así debía de estar por dentro. Siempre le vi sentado, en la misma posición, excepto cuando se levantaba perezosamente, por entregas, para ir a la cuadra a echar el pienso a su jaca. Fuera de esos instantes, estábase el *señó* Felipe en una silla alta, con los talones en el travesaño delantero, el cuerpo encorvado, los codos sobre los muslos y las mandíbulas descansando en las palmas de las manos. No dormía, y no me era fácil colegir si estaba cansado, triste o pensativo;

puede que más lo primero, algo lo segundo y poco menos lo tercero. En cuanto a hablar, no hablaba; al menos era el hombre de más pocas palabras que he conocido en mi vida.

Una semana entera se pasaba en esta disposición. Al llegar la noche del domingo, el *señó* Felipe hacía con el tronco tres oscilaciones sobre el asiento de la silla. En la primera, bajaba los brazos y las piernas; en la segunda, se enderezaba; en la tercera, levantábase del asiento. Después descolgaba un albardón, con muchos caireles, de una palomilla colocada en el testero de la sala, iba a la cuadra y aparejaba su caballería. Volvía por una manta y una alforja valenciana, un retaco y un cabezón; saliendo a poco, tirando por éste de su jaca, huesuda y de pescuezo oblicuo.

Ya en el patio, de par en par abierto el portón, aquel hombre, que durante una semana parecía la estatua de la pereza, en media vuelta, de un salto tan fácil y limpio como pudiera darlo el mejor titiritero, quedaba sentado en el caballo; el cual, al sentir al dueño encima, sin correr, salía a paso tan veloz que caballo y jinete desaparecían como la fulguración de un relámpago.

El *señó* Felipe era contrabandista de tabaco y sedas: de tabaco, por su cuenta; de sedas, por comisión de honrados y respetables comerciantes.

Una semana empleaba en ir a Gibraltar, hacer sus compras y volver; otra, en descansar de tan ruda y azarosa faena. No he visto condición como la que origina Andalucía: o una energía febril, o una pereza apática cual la de los adoradores extáticos del Budismo.

Porque no huelga, completemos el cuadro de la familia. La *señá* Antonia, mujer del *señó* Felipe, era una arrogante moza cuando se componía: treinta y cuatro a treinta y seis años, alta y bien metida en carnes, blanca y de facciones correctas, a pesar de los hoyos de viruelas. Con su pañolón de espumilla blanco o rojo, su mantilla de tira o su velo de encaje, daba la hora.

Pero, el atavío era excepcional. Lo corriente, verla de trapillo, sentada en su silla baja, rodeada del enjambre que le había deparado su fecundidad. Se reproducía todos los años, y a veces por gemelos; tenía siempre al pecho algún crío y algún chiquitín entre las rodillas; otros a los lados, el uno que se revuelca, el otro que llora, éste que pide pan, aquél que ya lo roe, sazonado con sus velas de moco. Madre y prole mal vestidas, ellos churretosos, ella oliendo a leche agria y orinas infantiles.

Destacaba del cuadro, a modo de azucena en jardín descuidado, María Josefa, niña de doce años, hija mayor, fina de naturaleza como un coral, limpia como una patena y más bonita que el capullo de una rosa.

LXIV

«¡Yo seré más!»

El lance del zapaterillo no bastó a enseñarme que no era tan fácil como yo me figuraba el ser un personaje de romance. Seguía soñando y gozando con mis pensamientos de valentías y sucesos gloriosos; y mi natural impaciencia se acrecentaba con la tardanza de los cuatro o cinco años que me parecía necesitar para salir de niño.

En esa especie de tensión se encontraba mi ánimo, cuando dió la pícara casualidad, estando de sobremesa la familia Torres, de que llegase una carta.

Era de una prima suya, casada con un Brigadier, en que les daba cuenta de cómo a su hijo Fernando le habían concedido el empleo de comandante, por su bravo comportamiento en las últimas operaciones de la campaña.

Como es muy natural, la carta llenó de júbilo a la familia, comenzando unos tras otros a dedicar justas alabanzas al sobrino. La conversación me parecía que no iba a concluirse

nunca; todos escuchaban con deleite. Tomó la palabra por cuarta vez el *Caballero*, y añadió:

—Hay personas de buena estrella, y Fernando es un ejemplo: hijo de un Brigadier, rico por su madre, guapo, arrogante, ha hecho la campaña sin recibir una herida; entró de cadete en el regimiento de su padre, no tiene veinticuatro años y ya es comandante...

Iba a proseguir, cuando, saliéndoseme involuntariamente el flato de mi espíritu, le corté la palabra poniéndome en pie:

—¡Más seré yo!

Imposible me será pintar el cuadro, ni dar remota idea del efecto que produjo en la familia tan singular exabrupto. Todos a una, desde el indulgente y pacífico D. Ramón hasta la *Abuela* a pesar de su ternura, y no hay que decir del *Caballero*, de Joaquín y de la hermana, estallaron en indignación e ira contra mí.

—¡Botarate! ¡Mocoso! ¡Atrevido! ¡Insolente! Los niños, cuando hablan los mayores se meten la lengua en el bolsillo. ¿Qué has de ser tú, badulaque? ¡Habráse visto el malcriado! ¡Vaya con el necio!

Qué sé yo la rociada que se me vino encima, hasta que me arrojaron del comedor, con unánime grito de:

—¡Vaya usted enhoramala!

Salí, en efecto, turbado y corrido, bajo el embate de muchos sentimientos y de ideas contrarias. No podía entonces calcular, lo que no se aprende sino en larga experiencia de la vida, ciertos resortes íntimos del corazón humano. Allí, en medio de aquella expansión de sobremesa, fundada en justa satisfacción de orgullo por los triunfos y adelantos de un próximo pariente, ¡interrumpir el gozo, rebajándolo y anulándolo por boca de un chiquillo!

Una cosa saqué en claro: que había cometido una imprudencia, y que antes de hablar debía pensar lo que decía.

De todas suertes, desde el punto de vista de la pedagogía y de la educación, conviene no echar en saco roto las indis-

creciones e inconveniencias de los niños; antes, sin dejar de reprenderlas, se deben analizar con calma e inquirir a qué clase y género de ideas, pasiones o movimientos de ánimo responden.

Si, en el caso presente, después de reprendido con más calma y menos ira, me hubiesen preguntado por qué decía aquello, yo hubiera respondido que porque desde que la *Abuelita* me contaba, para dormirme, los cuentos del Infante de la Estrella, soñaba con heroicidades, empresas y aventuras. Que los romances de los Doce Pares de Francia, del Cid y del guapo Francisco Esteban, absorbían mi sér, embargándolo todo. Que el himno de Riego y la guerra civil eran mi resorte y mi preocupación. Y, de ahondar más, habrían advertido que todos mis juguetes consistían en soldados de plomo y cañoncitos de metal, en vez de los altaritos, candeleros y casullas de papel con que jugaban otros niños.

A poco inquirir, hubieran descubierto que estaba ya en plena edad de ambiciones e ilusiones, y que, efectivamente, tenía aptitud y vocación para ser un buen soldado; así como que no era mi ideal el general de gruesas charreteras, tricornio, banda y zapatos de paño, con juanetes, sino el de los héroes de la historia o de la leyenda. Descubría, en fin, que, recortando cuanto se quisiera por la realidad en la práctica de la vida y por la enseñanza de sucesos cual el del zapaterillo, todavía guardaba el niño en su interior lo suficiente para ser utilizable.

LXV

«¡Ay, sorongo, sorongo, sorongo!»

Terminadas las vacaciones de verano, regresé al Puerto. Acababa de cumplir diez años, y mi padre creyó que debía empezar el latín, matriculándome para el efecto en las Escuelas Pías de la Aurora.

¿Qué eran estas escuelas? Yo no lo sabía. ¿Qué era esta de la Aurora? Eso es largo de contar: el lector, poco a poco, se podrá ir enterando.

Si estuvo la Aurora en algún tiempo bajo la dirección de los Padres Escolapios, lo ignoro. En Octubre del 37 y siguientes, correspondía a una especie de patronato adscripto a la iglesia parroquial. Lindante y pegado a su antiguo cementerio estaba y está hoy el edificio de la escuela, escueto y deshabitado entonces como al presente.

El señor teniente cura era el preceptor universal de aquella casa, que no sé si llamarla casa a secas. Escuela de instrucción primaria, no; de latín, tampoco: porque el padre Galán, que ese era el apellido del señor teniente cura, nos daba las lecciones en su domicilio, dos puertas más allá de la Aurora. Y sin embargo, hasta el año 1857, en que (si no equivoco la fecha) apareció una ley de instrucción pública, ordenando los estudios universitarios y académicos, la denominada escuela de la Aurora, por no sé qué bulas y privilegios, tenía facultades para dar válidos títulos de latinidad y filosofía.

Declaro que al verme elevado a la categoría de estudiante de latín, salté de gozo e hice los propósitos más firmes de estudiar y cumplir mis deberes. El primer día trabé conocimiento con el profesor y mis siete u ocho condiscípulos: el primero, el padre Galán, que ya sabemos; los segundos, jóvenes de once a trece años, todos de la clase media.

El padre Galán, más obeso que D. Ramón de Torres y algo más alto, más tranquilo aún y de más acentuada *bonhomie,* me gustó. Aunque sus ojos eran pequeños y estaban enterrados en la grosura de sus párpados, tenían una mirada alegre e indulgente. Nos habló a todos, uno por uno, y nos dió palmaditas en la cara. Díjome que conocía a mis padres y que fue amigo de mi abuelo. Nos encargó que al día siguiente trajéramos el *Arte de Nebrija,* para señalarnos lección, y nos despidió.

Faltóme tiempo para pedir el *Arte* a mi padre, y no le dejé

a sol ni a sombra hasta que le hice abandonar sus ocupaciones y salir conmigo para comprar el libro. Dueño de él ya, leí su portada, que entendí; después, la primera hoja, que no entendí, y me quedé triste y pensativo.

Llegado el otro día, a las nueve en punto estaba ya en el Colegío de la Aurora, quiero decir, en casa de D. Juan Galán. Uno a uno fueron llegando los demás alumnos; a las diez entró el Padre. Nos hizo sentar en las sillas de su despacho; él también tomó asiento en un fuerte y ancho sillón, proporcionado a su peso y volumen, detrás de una mesa.

—¿Traéis el libro?

Unos lo habían traído, otros no: los primeros enseñamos el *Arte* y los segundos dieron sus disculpas, prometiendo hacerlo para el día siguiente.

Fué mirando los libros, que pusimos sobre la mesa, y escribiendo en la primera hoja el nombre de su respectivo dueño, agregando la rúbrica.

Terminada esta operación, nos dirigió la palabra, y dijo:

«Las declinaciones de los nombres, son cinco. La primera, en *æ,* diptongo, como *musa, musae.* La segunda, en *i,* como *dominus, domini,* etcétera.

Y así concluyó con la última.

Mas como quiera que dijo de palabra lo mismo que decía el *Arte* en letras de molde, resultó que así comprendí lo dicho como entendí lo leído. Con esto, púseme más triste, dudé de mi inteligencia y me abismé en un mar de confusiones.

Así estaba, cuando nos fué llamando por el orden en que nos hallábamos colocados los provistos del *Arte.* Haciendo una rayita por bajo de la primera declinación, nos fué diciendo:

«Hasta aquí traéis aprendida la lección para mañana.»

A los otros niños volvió a encargarles que no dejaran de traer el libro, para que no se retrasasen en las lecciones, y con esto se acabó la que se daba.

Salí a la calle y abrí el *Arte.* Andando, leía: «Las declinaciones de los nombres, son cinco: la primera, en *æ,* dipton-

go, etc.» Y, nada, no entendía. «La primera, en *æ*, diptongo...» Pero, señor, ¿qué será *diptongo*? ¡Diptongo, sorongo!... Sorongo es un baile:

«¡Ay, sorongo, sorongo, sorongo!
Como me puso mi madre me pongo,»

Esto había oído cantar. Pero ese *sorongo* no podía tener nada que ver con *diptongo*, y no me daba luz.

En fin; mareado a fuerza de inútiles cavilaciones, cerré el libro y entré en mi casa.

Después de un rato volví a abrirlo, y dije para mí: «por el hilo se saca el ovillo; quizá, leyendo más adelante, me entere de algo, y ponga en claro lo que esto quiere decir. Vamos a ver: «La segunda, en *i*, como *dominus, domini.*» Pero, señor, ¿quién es *dominus* y qué es *domini*?

Un mareo a los ojos, acompañado de aturdimiento de cabeza, me dejó alelado largo rato. Después, una inquietud interior me obligó a echar a andar por el corredor o galería, con el libro cerrado debajo del brazo. Algo calmado con el movimiento, hice esta reflexión:

«Lo que pide el Padre es que lleve aprendida la lección, que le repita lo que dice el libro , desde aquí hasta la raya. Pues aprendiéndolo, aunque no lo entienda, cumplo.»

Entonces, comencé a leer y repetir: «Las declinaciones son cinco: la primera en *æ* diptongo, como *musa, musae.*—Las declinaciones son cinco: la primera en *æ* diptongo, como *musa, musae.*» Y así repetía y repetía en voz alta la cantinela, hasta el cansancio; después hacía la repetición mentalmente. Dejaba pasar un rato, para ver si se quedaba grabada en la memoria y seguir la tarabilla. Pero, como la palabra *diptongo* y la palabra *musa* no tenían sentido ni representación ideal para mí, quedaba cortado el párrafo ya en *diptongo*, ya en *musa*. En este batallar, sobrevino el cansancio, y arrojé el libro para no volverlo a abrir.

Al día siguiente, el padre Galán comenzó a tomarnos la

lección. Me coloqué de los últimos, para ver cómo la daban los primeros. Unos la dieron a lo papagayo; otros, tropezando y a empujones; yo, a tropezones, empujones y sudores. El Padre no se impacientó cuando me detenía en la palabra del tropiezo. Él apuntaba *dipt...*, entonces agregaba yo *...ongo*; y salía del atolladero.

Una vez concluída la lección, el buen teniente cura recitaba despacio la lección siguiente por vía de explicación; luego señalaba con una raya lo que habíamos de traer para el día inmediato, y así en lo sucesivo.

Los muchachos que podían fijar en su memoria palabras sin sentido se pusieron por delante de todos, los menos aptos detrás, y yo quedé el último de los últimos.

Desapareció mi primer buen deseo de aprender, siendo reemplazado por enemiga a los libros y al estudio. Perdí todo estímulo y emulación. Sintiéndome el último en el aula, reaccionó mi espíritu hacia el lado torcido de los estudiantes desaplicados: a ser el primero en travesuras y osadías. Bien comprendo que el lector habrá dicho para sí, al recorrer este capítulo:

«Pues bien torpe resultabas, criaturita, no entendiendo ni las primeras líneas del clarísimo *Arte de Nebrija*. Allí mismo, pegadito, dice lo que es diptongo (*æ*): dos vocales conjugadas. De modo que si no lo entendías, no era porque no estuviese claro, sino porque debías de ser un niño obtuso. Además, la palabra *diptongo* debía serte ya conocida por la gramática castellana; y su significado, no tan extraño como para que se te ocurriese buscar su similitud y analogía con el baile del *sorongo*.»

Confieso que lo objetado está muy bien, y que yo mismo me he hecho estas observaciones a los veinte años de edad.

Nada más llano y sencillo que comprender las cosas cuando se saben; pero nada más difícil que entenderlas cuando se ignoran; y este es el pecado original de esos métodos de enseñanza. En castellano no hay diptongos propiamente dichos.

¡Saber la gramática! ¡Ahí es nada! No conozco nada más necio que pretender que un niño sea gramático. La gramática es la exteriorización del alma de la humanidad: cosa tan honda que ni los académicos, ni las Academias, ni los autores de Diccionarios, ni los políglotas, ni todos los filósofos y sabios juntos (y conjugados como las vocales de un diptongo) saben ni sabrán jamás. Contentémonos con irla sabiendo poco a poco, para permanecer sin saberse del todo y bien cuando concluya el mundo.

El *musa, musæ*, aun agregada la traducción castellana (o sea la misma palabra musa), era para mí cosa nueva e ininteligible. No había estudiado Mitología, ni tenido ocasión de conocer á esas señoras. Quedaban, pues, dos vacíos por donde no podía saltar mi inteligencia, y que en balde procuraba supliese una memoria que, si bastante para servir a mi razón como criada, jamás pude lograr que me valiese como dueña.

El método del benigno sacerdote era el San Machaca: repetir y repetir las frases, aprenderlas fonéticamente, y no ocuparse ni preocuparse de lo demás.

La recomendación de que aprendiésemos la lección no podía ser más absurda. Para eso, para eso se va a las aulas: para aprenderlas allí, bajo la dirección del maestro; no para aprenderla a solas en las letras del libro.

Hubiérame enseñado a «aprender latín» y, de seguro, sabiendo yo esto, al cabo hubiera sabido latín. Pretendió «enseñarme latín» de buenas a primeras: no pasé ni la primera página, tomé tedio al estudio; y, como llovía sobre lo mojado de la instrucción primaria deficiente, quedé perdido para siempre como estudiante.

Reducido al triste papel del último y más bruto de la clase, no me avenía a serlo también de la sociedad estudiantil. Fuera de uno o dos condiscípulos que tendrían mi misma edad, los demás eran mayores. Cotera y Majarón, zangones ya: grandullón, pero linfático el primero; forzudo y robusto el segundo, éste se imponía por sus fuerzas. Palau, mayor, por su edad y

memoria; el otro hermano, por memoria y vivacidad; Toro, por su aplicación, su seso y el serio continente.

Antes de entrar en clase y al salir de ella, enredábamos, jugábamos y corríamos por la contigua plaza de la Iglesia. A pocos juegos, ya, como en la decuria, cada cual tenía su puesto; desde Toro, que hacía de cabeza, hasta mí, que formaba la última vértebra del rabo, en las calles y plazuelas tenía su lugar cada cual. Al principio, la cabeza resultó tricéfala: componíanla Majarón, Cotera y yo.

Cotera fue, a poco, convirtiéndose en pescuezo: le sobraba fuerza, pero le faltaba osadía. Después, de propio grado, por afecto, y no sé por qué, Majarón se convirtió en mi teniente. Yo quedé solo, de cabeza de motín.

Así, mi primera sociedad escolástica y civil vino a ser el símbolo y figura de la serpiente que se muerde la cola. El primero del aula, el último en la calle; el primero en la calle, el último del aula. Total igual: por reflejo de la improcedente educación, el peor estudiante, el más atrevido y el más pillete.

LXVI

Hoy se hace rabona.

Joaquín Toro hubiera llegado a ser hombre de provecho, si la muerte no le hubiese sorprendido al comienzo de su juventud.

Haremos conocimiento con Pepe Majarón y Ramón Cotera, ya que sería prolijo historiar a los demás en lo tocante a hechos relacionados con sus educaciones respectivas. Muéveme también a la preferencia la circunstancia de que pude seguir más de cerca la vida de ambos.

Majarón tendría entonces quince años, y Cotera diez y seis.

Hijo el primero del boticario de la calle de Pozuelo, y

huérfano de madre al nacer, se había criado al constante calor de su padre y de un tío a quien la exclaustración había convertido en mancebo de botica y ama seca del sobrino.

Es de ver cómo las viudas con hijos toman fortaleza varonil para criarlos y sacarlos adelante; y cómo los viudos, en iguales circunstancias, se suavizan y dulcifican para educar a la prole que perdió el regazo maternal.

Padre y tío, desde dar la papilla hasta lavar y vestir al niño, no había menester que no lo hiciesen: cuando el uno en la botica, el otro con el niño; cuando el uno mecía la cuna, el otro despachando las recetas o sosteniendo la tertulia en la rebotica.

Ellos mismos, para que el Pepito no se pervirtiera, le enseñaron las letras, leer y escribir, las cuentas y la doctrina, en la propia casa; así como la Gramática castellana, su poquito de Historia y algunas añadiduras de Geografía.

De esa manera cumplió Majarón los quince años, sin conocer más que el círculo de la farmacia y las calles del Puerto, en los paseos que le daba el tío Manuel, llevándolo de la mano, los domingos par la tarde.

Pero el exclaustrado no se atrevió con el magisterio de latinidad; y, como era preciso que Pepito siguiese una carrera, no hubo más remedio que llevarlo a la Aurora.

El tío lo llevaba y lo recogía de la clase; pero, como Pepito era de los más crecidos y zangones, esto daba ocasión a la rechifla de los estudiantillos. Amostazóse el tío, se avergonzó el sobrino; y en consejo de familia determinaron que Pepe fuese como los demás a la Aurora, sin conductor.

Muchacho más inocente y mejor criado, a este respecto, no lo he visto jamás. Pero peor educado, tampoco. Y no que fuese grosero, ni mostrase malas inclinaciones; antes al contrario, era noblote, cándido, más que sencillo; carecía de toda iniciativa, y sin embargo, resultaba voluntarioso como niño mimado; impetuoso con desigualdad, por igual motivo; forzudo, por su propia naturaleza y estructura.

La estancia en una clase reducida a lo que sabe el lector, a repetir y repetir palabras para mí inconexas, érame enojosa.

Verdad que D. Juan Galán era modelo de paciente indulgencia, y que, a pesar de ver que no llevaba aprendida la lección, ni me reprendía siquiera; limitándose a decirme:

—Fulanito, es preciso que estudies y te apliques.

Pero, también es verdad que yo sudaba y sentía mil apuros al llegarme el turno de decir la lección; abochornábame la vergüenza.

Con esto vino por su propio peso el deseo de faltar a clase: «hacer rabona», como se dice en lenguaje escolar. La primera vez hice solitariamente la birria, mas el tiempo resultó aburrido y sin saber en qué emplearlo. No podía ir por la calle, no fuese que topara con mi padre o con alguien conocido, que había de ver mi condición de prófugo. También por su propio peso surgió el remedio.

Ya acostumbrábamos a reunirnos antes y después de clase, en el ángulo entrante que forma la iglesia con la pared del edificio de la Aurora, Ya ejercía yo una especie de dictadura sobre los compañeros, y a modo de orden grité un día:

—Hoy se hace rabona.

Majarón, hambriento de libertad por la misma tutela por partida doble en que vivía, acogió la disposición con entusiasmo; Cotera, por no ser menos, siendo el mayor en edad y saber, aunque a su pesar no lo fuese en gobierno. Alguno más tímido se resistía; pero a la imprecación de «¡Marica!» y bajo la amenaza de algunos soplamocos, entraron en la subordinación de la insubordinación.

—¡Al campo!—dije.

Y tomando por la calle de Santa Lucía, salimos a la Plaza de Toros. Entre sus alrededores y el Campo de San Francisco, allí diableamos, jugamos al marro y a la mula, y estuvimos sumamente divertidos.

Las rabonas comenzaron por una vez a la semana; luego

dos; más tarde, tres; y temporadas hubo en que todo el monte se convertía en orégano.

LXVII

Crisálida de un perfecto conservador.

De Cotera poco queda por decir. Educado en libertad y más crecido, tenía trato de gentes; era el más y mejor educado de la cuadrilla; su talento, claro sin ser muy penetrante.

Con estas condiciones superiores a las de los demás, sentíase celoso de Toro en el aula, y de verse pospuesto por un monicaco en la calle. Dependía de que Toro era más sesudo y áplicado, y que para atrevimiento no lo había criado Dios.

Su vida no había sido inquieta. El padre, médico, gozaba bienestar y desahogo para asegurar existencia tranquila a la familia. Todo ello hacía que Ramón, si robusto, resultase por fuera algo linfático, y por dentro *la crisálida de un perfecto conservador.*

Y porque no está demás para conocer la época, referiré aquí lo que por fidedignas referencias supe acerca de la modesta holgura del padre de Ramón.

Que del ejercicio de la medicina no vino, nadie lo podrá dudar, tratándose de tiempos en que por dos reales la visita se daban los doctores con un canto.

El caso fue que la fortuna nos favoreció en Bailén, según sabe todo el mundo. En las capitulaciones entraban que los jefes vencidos saliesen de España con sus equipajes. Verdaderamente, resultaban demasiados bultos; y el *populacho*, que por todo hato entiende lo que se lía en un pañuelo, no podía comprender cómo salían tantos carros y carretas. Desde Andalucía la alta iban las gentes protestando detrás de la conducta.

—¡Eso—decían—es lo que nos han robado los pícaros franceses!

Si unos se cansaban de ir a la husma, otros se agregaban en los pueblos de tránsito; y así el cordón engrosaba o disminuía, poniendo en aprieto a veces a la escolta. Al paso por Jerez, como ciudad populosa, crecieron las protestas y los amagos de meter mano al botín, pero la fuerza armada pudo sobreponerse.

Al llegar al Puerto, punto del embarque, crecieron las ansias, la gente y su empuje, de tal modo, que la tropa a duras penas podía contenerlo.

Quiso el diablo que al descargar un carro en el muelle cayese al suelo un cajón, que reventó del golpe y dejó salir rodando unos cálices y otras alhajas religiosas. ¡No fue preciso más! Un rugido tormentoso, de esos que sólo del pulmón popular salen, vibró de uno a otro extremo de la muchedumbre; al punto mismo que soldados y carros, acémilas y gentes, carretas y carreteros, cajones y baúles, todo quedó arremolinado y confundido en apretada piña, dentro de la cual se establecían vórtices mayores o menores, conforme la asfixia de unos, la codicia de otros y el poderoso esfuerzo de los soldados hacían plaza, para cerrarse apenas hecha.

Tranquilamente había ido a la pescadería el padre de Cotera, según costumbre, cuando se encontró inmediato al alboroto. Una carreta de la conducta se hallaba no distante de él, fuera del corazón del remolino. Lo mismo él que dos pescaderos, a quienes iba a preguntar el precio de la libra, movidos por un mismo pensamiento, se abalanzan a ella. La carreta contiene varias cajas; Cotera coge una más pequeña, con la que podía cargar; los pescaderos otra mayor, que entre ambos apenas pueden conducir. Iban a romperla, y el médico, que ya escapaba trabajosamente con la suya, les dió ejemplo para no detenerse; tomáronlo con tanto más motivo, cuanto que ya venían como alanos hacia la carreta otros asaltantes.

El médico llegó a su casa felizmente. Según el rumor público, su caja contenía de ocho a diez mil duros en monedas de oro, fortuna pingüe para aquellos tiempos de penuria.

No fueron tan felices los pescaderos. Jadeantes, arrastrando su cajón, iban ya a desembocar de la plaza del Castillo en la calle de Santo Domingo, cuando les salió de manos a boca el Alguacil mayor del Ayuntamiento, D. Pedro Giribón.

Nadie extrañe la rimbombancia del apellido. Para ser entonces *Alguacil Mayor de la Muy Noble, Muy Ilustre y Muy Leal Ciudad y Gran Puerto de Santa María*, era condición indispensable ser noble por todos cuatro costados. Que Giribón lo era, no hay más que atenerse a cómo suena en los oídos.

Era, pues, muy noble; lo cual no quita para que dejara de ser tan cuco, solapado y ladino como autoritario.

Giribón, hallándose en el Ayuntamiento, tuvo noticia del desorden y, cual agente principal de la Autoridad que era, dirigióse armado de su bastón al lugar del suceso. Verle los pescaderos y quedarse fríos, notarlo Giribón y echar una mirada a la carga, no fue tan pronto como decirles:

—¿Qué lleváis ahí?

—No lo sabemos—contestaron turbados.

—¡A ver, a ver! Metámonos en este portal.

Y en el primero de la calle entraron; Giribón entornó la puerta, para no ser vistos ni interrumpidos, dejando entreabierta una raja, suficiente no más para no quedar completamente a oscuras.

—¡A ver, muchachos, vamos a ver qué viene ahí!—dijo con tono amable, aunque de superioridad.

El mismo sacó un puñal, que siempre llevaba por si fuese necesario mantener la autoridad, y levantó la tapa del cajón. Hallábase repleto de pesos duros. Entonces, tomando uno, dióselo á un pescadero, diciéndole:

—Como hermanitos, tomemos uno tú y otro yo—guardándoselo en el bolsillo.

Y seguidamente, tomando el tercer duro, se lo dió al segundo pescadero, repitiendo la frase:

—Como hermanitos, uno tú y otro yo.

Así fueron llenando los bolsillos.

Como los de los pescaderos no eran tan numerosos ni tan amplios como los del señor alguacil, pronto rebosaron. Entonces Giribón les hizo poner los sombreros entre las manos, a modo de esportilla, echando los duros allí en la misma forma:

—Como hermanitos, uno tú y otro yo; uno tú y otro yo.

Al cabo, también se llenaron los bolsillos de D. Pedro, así del chaleco como de los pantalones y faldones del levitón; por lo cual, y a su vez, habilitó de espuerta su mayúsculo sombrero de copa alta.

Como todo tiene fin en este mundo, también lo tuvo el reparto; y cada cual se marchó por su lado.

Por la noche se reunieron en la taberna los de la pescadería para celebrar el alboroque, y un compañero dijo al otro:

—¿Sabes que me parece que D. Pedro se llevó más duros que nosotros?

—¡Hombre, no puede ser! ¿No viste que decía: «*uno tú y otro yo?*»

—Sí; pero él, teniendo más bolsillos que nosotros, los llevaba llenos; y en la castora, también.

—¡Hombre, hombre, pues es claro! ¡Habráse visto pillo! Se llevó él solo lo que nosotros dos juntos.

—¡Mañana mismo le pego una *puñalá*...!

No hay qué decir que todo fue un desahogo y nada más. Redújose el caso a que D. Pedro Giribón hiciera la vista gorda cuando corrían el peso, y fuese indulgente con ellos cuando vendían podridas las pescadillas.

LXVIII

El Galán y la Aurora.

En el Colegio de la Aurora, no se vaya a creer que se estudiaba latín solamente: enseñábase de todo; y por un plan de estudios tan liberal, que más no podía ser.

El catedrático disponía las cosas según su leal saber y entender. Distribuía las asignaturas, las daba cuando, como y donde le era voluntad; sus certificados de aprobación valían legalmente ante el Papa y el Rey.

No hay más sino que el magisterio se componía de la ubicua y exclusiva persona del teniente cura, D. Juan Galán y Moreno: él latín, él lógica, él física, él ética, y hasta un poquito de historia natural; todo revuelto, y como pan de la inteligencia distribuído a canteros y zoquetes entre sus amados discípulos.

Pasado el primer trimestre, unos días, los más, le tocaba latín; otros, un ratito de latín y otro de lógica; otros, física *experimental;* y así sucesivamente.

Jamás he visto demostrar más ingenio que el que sacaba nuestro bondadoso catedrático para explicar la física «acomñada de *experimentos*».

Servíale de ayudante su sobrina Aurora, joven guapa, modesta y silenciosa.

—¡Aurora! Tráeme un vaso y un jarro de agua—decía llamándola con fuerte voz, para que oyera desde el interior de la casa.

Acudía la sobrina con dichos menesteres y los colocaba sobre la mesa.

D. Juan sacaba del bolsillo una bolsita de cuero, con los avíos de encender. Llenaba de agua el vaso, vertiéndola del jarro con gran cuidado hasta casi a punto de rebosar. Miraba de través la superficie, añadía una gotita si no estaba a su gusto, y en estándolo enderezaba el tronco con satisfacción. Seguidamente, abría la bolsa y sacaba el eslabón de acero entre los dedos, al mismo tiempo que decía:

—La impenetrabilidad es la propiedad general que tienen todos los cuerpos de no dejar ocupar su lugar por otros cuerpos.

Esto dicho, dejaba caer el eslabón dentro del vaso.

Yo, que no atendía al latín, atendí al experimento; y como atreviduelo que me venía haciendo, dije:

—Pues, D. Juan, el eslabón ha penetrado.

Entonces él, más ufano aún, me contestó:

—Sí, pero ya ves cómo una parte del agua se ha salido y véla aquí mojando la mesa; prueba evidente de que para entrar el eslabón ha vertido igual sitio del agua.

Y con esta contestación, me quedé convencido.

Otro día nos explicó la gravedad, *experimentalmente* también.

—La gravedad—dijo—es la propiedad que tienen todos los cuerpos de descender al «centro de la tierra».

Apenas acabada la oración, echó mano a la mota o borlilla del solideo y, extendiendo el brazo lo dejó caer, exclamando:

—¡Ved la gravedad!

Como estaba tan obeso que no podía bajarse a recoger el cuerpo grave, todos los alumnos, a cual más solícito, nos arrojamos a levantar el solideo; pero, chocando los unos con los otros, resultó otro efecto experimental de la gravedad, pues tropezamos en la mesa y salieron rodando libros y tintero.

Cuando le tocó su turno a la elasticidad, llamó a Aurora para que le trajese las ballenas del corsé; y, provisto del aparato, nos demostró la tendencia de las partículas de los cuerpos a volver a ocupar sus posiciones respectivas.

Si yo hubiese sabido de antemano los días en que iba a explicar física, lógica, ética, historia natural, *y no latín*, tengo por cierto que no hubiera hecho tantísimas rabonas.

LXIX

Aquí había espectadores.

Bien mirado, cada vez iba a más el elemento picaresco y maligno de tales escapatorias.

Vistas hoy, retrospectivamente, desde la helada sierra de la vejez, me parece que responden a una necesidad educativa

insatisfecha; al deseo de libertad, al apetito del goce de la vida, al correr por los campos, al ver lugares nuevos, al conocer el mundo.

Para que mi predisposición fuese más acentuada, agregábase la impaciencia de mi carácter, ya natural, ya exasperada con la quietud desde la amiga hasta la escuela y con las composturas con que mi buena madre me había oprimido.

Uníase también el placer del dominio. En aquella relajación de autoridad y disciplina, sin saber por qué, yo resultaba obedecido e imperante. En cierta dosis, experimentaba otra satisfacción mal definida, vaga, y por eso mismo atractiva; el placer de la aventura, de lo vedado y peligroso.

Verme asaltando una arboleda, para hurtar la fruta; oir al perro que ladra; sentir que el dueño lo advierte; trepar, no obstante, al peral o a la higuera; expoliarlos, llenando precipitadamente los bolsillos; correr, saltar la tapia o el vallado al tiempo que se sienten los pasos y las amenazas del jayán; verlo burlado, y ser recibido como un héroe por el círculo de zangones y chicuelos tímidos—es un placer maligno, que merece parar en *la casilla,* pero al cabo es un placer.

¿Y ver el mundo? Limitaba la satisfacción del deseo la necesidad de atemperarlo a dos o tres horas que, a lo sumo, podían disimularse las ausencias de casa: una para ir, otra para volver; media, para arreglar el semblante y quitar el polvo de zapatos y ropas.

No se crea, sin embargo, que es tan fácil mantener la autoridad en una compañía de chiquillos. Nobleza obliga: pide el cargo ser el primero a las duras y el último a las maduras, para que vean cierto valor y cierta generosidad; exige maña, previsión, y cuando no hay otro remedio, jugarse el todo por el todo.

La verdad, y para no engañarnos: en el fondo, yo era el más medroso. Pero, amigo, los romances me hacían considerar el miedo como la mayor de las deshonras; y lo disimulaba y hacía de tripas corazón.

He referido que Cotera, por varias superioridades y circonstancias, llevaba a mal mi autoridad. Grandote y casi hombre, resultaba yo para él lo que un eral a un toro hecho. Valíame el que, más forzudo Majarón y constituído por propia voluntad en mi lugarteniente, daba a mi poder moral su indispensable base de la fuerza física.

Conocedor de la deficiencia, había ingeniado, procurando suplir con la maña lo que me faltaba de fuerza; y así, en la lucha cuerpo a cuerpo y brazo a brazo, daba un tumbo al mismo Majarón.

Tales eran mis títulos para gozar el puesto de capitán de banda de chicos malcriados.

Habíamos salido de pedrea, y aquel día no vinieron a provocarnos ni a admitir el combate los chiquillos del barrio alto.

Dormíamos sobre nuestros laureles, sentados alrededor de la cruz de San Sebastián, frente al Cementerio, comentando la no presentación del enemigo.

—¡Para lo que tú haces!—dijo Cotera, encarándoseme.—Tiras las piedras como las mujeres, y no alcanzan a tres varas.

Así era, la verdad; como también era cierto que él las tiraba bien y con tan certera puntería, que le vi descalabrar a más de un contrario.

—Yo no tiro piedras—le repliqué;—pero cuando algún zangón, como tú el otro día, se encuentra acorralado y hecho un trapo, me meto con mi palo corto en medio de los del barrio alto y le saco del apuro.

Ramón se avergonzó, pero no pasiva, sino arrebatadamente, encendiéndosele el rostro. Los compañeros estaban muy atentos, como pesándonos en una mano a mí, y en otra a Ramón.

—Y tú, ¿qué hiciste luego sino huir como un cochino?—replicó más arrebatado.

—¿Y qué había de hacer yo más que librarte y abrirme paso, grandísimo collón? Y a lo de que huí como un cochino,

¡ten la contestación!—dije, acompañando a la palabra un revés.

No hay nada tan desigual como el valor. El tímido habitual llega un momento en que se convierte en una fiera. El héroe de cien combates, sorprendido un instante, queda inerte.

Aquella naturaleza apática sufrió un cambio súbito: la sangre toda se le fué a la cabeza; y al arrojarse sobre mí, viendo yo que tenía los peldaños detrás, aproveché el momento, contrarresté con mi impulso el suyo, derribándole, y fué a caer al otro lado de la cruz.

Los espectadores pusieron la cara de asombro que los Israelitas al ver por el suelo a Goliat.

No creí generoso castigarle caído, y pensé que agradecido cesara su porfía; pero, lejos de eso, levantándose sin impedimento por mi parte, más iracundo aún, echó mano al bolsillo y sacó una navaja de las de cabo de marfil, muy suficiente para cualquiera fechoría.

Aquí había espectadores, y de tal naturaleza, que no era posible huir. Sentí miedo e impulsos de correr, trocándolos con la velocidad del mismo rayo en saltar el espacio que mediaba entre nosotros: Ramón iba a descargar al golpe, a dos varas de distancia, y se encontró con su enemigo cosido a la barriga.

Con la acción ganada, me fue fácil echarle la zancadilla y arrojarle al suelo. Le quité la navaja y la tiré por cima de la tapia del convento, diciéndole:

—No te rajo la cara, para que veas que no es verdad que soy un cochino.

Lo levanté del suelo, y esta vez se le había pasado ya la ira. Quedamos amigos y no volvió a protestar contra la dominación.

LXX

Novillos y patriotismo.

Aunque lo referido acerca del Colegio de la Aurora, su enseñanza e indisciplina, resulta demasiado grotesco, inconcebible, o cuando menos bastante exagerado al parecer, debo decir que, por moverme solamente el deseo de dar noticia del estado de la educación en la época de mi infancia y juventud, lo narrado es cierto en todas y cada una de sus partes. El color de los cuadros es propio de la misma tierra, y sus efectos no son del copiante, sino del original de que se tomaron.

Nada sé del origen y fundamento de la Aurora. Fácil cosa sería averiguarlo, por los papeles del archivo parroquial. Una lápida, subsistente hoy en la puerta que da a las gradas de la iglesia, dice así: *Escuelas Pías de la Aurora.*

¿Fue en su origen uno de esos colegios mixtos de instrucción primaria y humanidades confiados a los Padres Escolapios? No me ocupé entonces en saberlo, ni hoy he procurado hacer indagaciones.

Lo que sí puedo decir es que por mis tiempos era un cuerpo sin alma: un edificio que constaba de una iglesia abandonada del culto, y que sólo se abría alguna que otra vez para convertirla en lugar donde se sorteaban los quintos y en *colegio* de ruidosas elecciones.

Sobre la iglesia, unos salones desmantelados.

Y aquí paz y después gloria.

Quedaba el huevo, pero sin yema ni clara. Y quedaba también el fuero, que mantenía como depósito sagrado D. Juan Galán y Moreno.

Representaba la Aurora el último suspiro, el grado postrero de decadencia de aquellas escuelas semimonacales, semiclericales, que llenaban como podían, durante la Edad Media, las

funciones docentes y educativas, y que vinieron lamiendo el plato con más o menos trabajo hasta el plan centralizador de estudios del año 1857.

Por lo que respecta al maestro, nada se puede decir que no resulte en su honra y alabanza.

Sacerdote honesto y sencillísimo, apacible y bondadoso, sabía muy bien latín y no sabía enseñarlo, por causa de la rutina con que lo había él aprendido. Sabía poco de lógica y menos de física; y, sin embargo, con sus experimentos e ingeniosidades, por grotescos que resultasen, era un maestro pintiparado de esas cosas... para una escuela de párvulos.

De las rabonas, luchas y pedreas, de los robos en huertos y arboledas, no hay que escandalizarse: tales excesos, relegados ya a las clases ínfimas de la chiquillería, eran, en aquellos tiempos y los antepasados, cosa corriente y natural. Garcilaso pertenecía a una de las familias españolas de mayor nobleza y acomodo. Cuando dice en sus versos:

Flérida para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,

bien deja entender que robó los frutales, y que no lo haría cuando era ya barbudo y talludito.

Por otra parte, dejo indicado que las rabonas venían a suplir a las excursiones escolares, reconocidas hoy como útiles para los efectos educativos.

En unas escapatorias íbamos a dar con los despedazados muros del Castillo de Santa Catalina. Allí, en la plaza de armas, en sus derruídos baluartes, sentía como si el espíritu de un genio me gritase lo mismo que a Quintana: «¡Guerra y venganza!»

Cuando un día, en más dilatada excursión, llegamos a Puerto Real, sus casas (incendiadas y hundidas casi todas entonces) nos movieron a curiosidad y tristeza, impulsándonos á

preguntar, a un viejo que pasaba, cuál era la causa de tanta ruina. A lo que el anciano contestó:

—¡Lo quemaron los franceses!

LXXI

Las armas y las letras.

Llegado Junio y fin de curso, hallándose mi señor padre en su habitación particular, llamada por mi buena madre *el cuarto de los leones*, le picó la curiosidad de ver lo que su hijo había aprendido.

Hizo que le llevara los libros por donde había estudiado, ¡y cuál sería su estupefacción al encontrarse con que no sólo no sabía el *musa musæ*, pero ni siquiera leer latín!

El cuarto de los leones, cuya llave no dejaba nunca al dueño, guardaba el polvo desde que se alquiló.

Una mesa de escritorio, con carpeta, protocolos y papeles varios, el Fuero Juzgo, las Leyes de Toro, las Partidas y la Novísima Recopilación, declaraban al letrado. Un barril con cartuchos de pólvora, tres docenas de fusiles mohosos, un rimero de cartucheras y correas, un manojo de sables con empuñadura de metal, denunciaban al patriota oficial de voluntarios.

Pues, como digo, mi padre se quedó tan pasmado que ni le saltó el resorte del enojo; y así, sin saber qué decir ni qué partido tomar, rechazado del lado de las letras, fuí a dar en el de las armas. Con rostro severo, me ordenó que cogiera un fusil y me pusiera de plantón sobre el barril de pólvora.

De ese modo estaría cerca de una hora, en cuyo punto mi padre tuvo que salir a sus quehaceres. Dudó si dejarme encerrado, de plantón sobre el barril; pero recapacitando que yo no era de fiar para vecino de materias explosivas, me ordenó bajar y salir del cuarto, dirigiéndome la siguiente admonición:

—¡Ya sabré yo lo que he de hacer contigo!

Las determinaciones fueron: en primer término, dejarme sin ir a Jerez aquellas vacaciones (castigo, en verdad, grave para mí); ponerme a estudiar francés con un pariente nuestro, D. Emilio Polanco; y, por último, mandarme a estudiar el latín con D. Santiago Castellanos.

LXXII

Un profesor de francés y un dómine de latín.

D. Emilio Polanco, casado con una prima hermana de mi padre, era un apuesto joven como de veintisiete a veintiocho años.

Aún vivía su madre, consumiendo los cortos restos de su anterior fortuna y procurando no dar su brazo a torcer. Su esposo, antes opulento comerciante en Cádiz, vióse envuelto en la ruina general. Liquidó la casa, al ver consumido todo su activo, y se retiró al Puerto para vivir con su familia en una casa de su propiedad, que antaño le servía para las temporadas de recreo. Con muy poco numerario y un baúl lleno de incobrables giros, vegetó algunos años; dejando superviviente a su señora para que le siguiese en el difícil papel de vivir con decoro exterior y con poquísimo dinero.

Claro está que una vez casado el hijo, ya no le alcanzaba nada de las zurrapas de la fortuna.

Habíase educado, como hijo de casa rica, en Londres y París; había frecuentado buenas sociedades, y es lógico que descollase por su educación y sus maneras distinguidas.

Pero, ¿qué hacer, cómo exprimir estas dotes para sacar de ellas el pan nuestro de cada día?

Sin comercio ya y sin industria, sin nada en qué emplear el trabajo personal para hacerlo producir, es un enigma cómo podía vivir por entonces, en aquella parte de Andalucía al menos, la desgraciada clase media.

Tentó a dar lecciones de contabilidad, y nada; de inglés, de francés, de matemáticas, y con tantas cosas apenas podía ganar al mes cuatro o cinco duros.

En medio de tantas estrecheces, comencé a dar con él lecciones de francés. Su método era bueno. Me enseñaba de viva voz el sonido de vocales y consonantes, y me lo hacía repetir. Me explicaba cada línea de la gramática una por una, y hasta que no me la hacía entender no me ordenaba que la aprendiese de memoria. Así llegamos hasta traducir el *Telémaco;* y, de haber frecuentado más la conversación, hubiera logrado hablar francés medianamente.

En primeros de Octubre abrió su aula D. Santiago Castellanos, dómine de latín muy contra el uso de lo que cualquiera pueda figurarse.

Fama de latino la tenía, y muy grande. ¡Con decir que se le reconocía desde el siglo anterior, a pesar de ser laico, casado y liberal, está dicho todo!

Pero, mi D. Santiago el año 38 contaba ochenta y ocho de edad. Tenía una catarata senil en cada ojo, que no le dejaba ver tres sobre un burro. De la edad, una tos habitual que por afectación de oficio hacía él más sonora y campanuda. No chocheaba de cabeza; pero su cerebro, batiéndose en retirada, se había quedado sólo con el latín y con la estima de la gravedad de su persona. Y también de los cargos de Síndico y de Alcalde, que había ejercido en las dos épocas del *Sistema*, cuyo recuerdo no dejaba perecer, simbolizándolos *ad perpetuam* en su bastón de caña de Indias, con puño de oro (aunque sin borlas), su gran sombrero de copa y su frac verde con botón dorado y piedra ágata en medio.

Su cátedra de latín, por oposición la había ganado después de mediar el siglo XVIII; pendía de un patronato la retribución, y con sus veinticinco duros cada mes vivía como el pez en el agua.

No era amigo del *Arte de Nebrija*. Nos hizo comprar otro, cuyo nombre no recuerdo si era Hornos, *Hornero* o cosa pare-

cida; y ya podrá calcularse por mi olvido lo mucho que me aplicaría sobre el *Arte*.

D. Santiago tenía la clase en el convento de San Juan de Dios. Entrábase por la calle de la Misericordia; por allí mismo daba acceso a una clase gratuita de primeras letras.

Hoy no puedo menos de sonreirme cuando oigo declamar a algunos varones, que no conocen de la misa la media, porque tuviéramos hospitales, Ayuntamientos, Gobiernos civiles, Capitanías generales, cuarteles, cárceles y presidios establecidos en conventos, sin considerar que ¿qué se había de hacer? Esto prueba que España no era nada, que no había casi hospitales ni escuelas, que no existían, sino por excepción, edificios para los Capitanes generales, ni para los Jefes civiles, ni para las cárceles, etc. Y que, en cambio, toda población importante se reducía a un amasijo de conventos.

Volvamos a nuestro octogenario D. Santiago Castellanos.

Sentábase éste en su pulpitillo o cátedra de madera apolillada, tan vieja como él; y con tantos golpes de tos como palabras campanudas, explicaba la lección. No hay más sino que, para nosotros, así significaban las palabras como las toses: un ruido.

Concluída la explicación, llamaba a un cursante para hacerle una pregunta; y el arrapiezo, abriendo el *Arte* por donde entendía que debiera tratarse del asunto, abusando de la ceguera del maestro y de la altura a que se hallaba colocado, leía con la mayor desvergüenza la contestación.

Perro viejo, no dejaba de advertir a veces el engaño; sobre todo, cuando al preguntar sobre los pretéritos, leían por los supinos.

Pero a mí, en particular, me cogía menos veces. Primeramente: no iba con el libro entero, sino con la hoja que arrancaba; así la escondía mejor en la palma de la mano. En segundo lugar: trocaba alguna palabra o cometía alguna equivocación, para hacer perder la pista de cosa que oliese a leída; y así me las ingeniaba.

Las rabonas no resultaban necesarias; pues ya porque a don Santiago se le agudizasen los catarros, ya porque el reuma no le permitiera salir, quedaba suficiente número de días completamente en blanco.

LXXIII

El rescate de una gorra: epopeya.

Por aquel entonces, el hermano mayor de Cotera, D. José, médico justamente acreditado y regularmente entendido en Historia Natural, abrió un curso particular de dicha asignatura.

Mi señor padre, por ver si yo mostraba más disposiciones para esos estudios que para el latín, me inscribió en la matrícula.

Algo saqué, si bien no muy sustancial. Al fin y al cabo, vine a saber que eran tres, como las hijas de Elena, los reinos de la Naturaleza: minerales, vegetales y animales. Que las plantas vivían y se reproducían; que los animales vivían, se reproducían y se iban de una parte a otra. Y varias cosas más con algunas retahilas como ésta: bimanos, cuadrumanos, carniceros, roedores, desdentados, monotremos, paquidermos, etc.

En cambio, como me vi allí con la mayor parte de mis compañeros de la Aurora, volví a desplegar las alas más libremente en el campo de las travesuras.

Al mismo San Juan de Dios, entonces *bota de turbios* de varias enseñanzas, fuimos con la de la Historia Natural. Dióseños por clase una habitación con puerta de entrada a la izquierda del primer descanso de la escalera, una ventana de antepecho al patiecillo jardín, y el hueco de una puerta (cerrada a piedra y lodo) que daba a la cátedra de D. Santiago Castellanos; delante de este hueco, y para mayor incomunicación, hallábase colocado un gran estante de madera, cerrado con candado y llave, y cuyo contenido y uso desconocíamos.

Enredando en el aula antes de venir el profesor, tiré la gorra de un muchacho, por detrás del estante, al hueco que hacía la puerta tabicada. Viendo la dificultad de rescatarla, el dueño se echó a llorar, diciendo que le castigarían en su casa al verle entrar sin gorra.

Tenía razón el pobre. Sentí remordimiento por el daño causado; y sin pensar en más, tomo vuelo; de un salto cojo la cornisa, que reguindo; trepo por detrás del estante, recojo la gorra y vuelvo a tirarla fuera, siendo recogida por su dueño.

Hasta aquí, todo fué muy bien y a satisfacción. Pero, cuando pienso saltar para salir de lo hondo, veo con estupor que no puedo tomar vuelo ni alcanzar la altura del estante. Hago esfuerzos desesperados para moverlo, empujando por la espalda; sus tablas crujen, y el peso no se mueve.

Mis compañeros ríen a carcajadas, al considerar mis apuros de ratón en ratonera. Después entienden que el asunto es serio; pretenden ayudarme para mover y desviar el armario, yo por detrás y ellos por delante. Carece de asideros y cruje, declarando que está más propicio a dejarse romper que a mudar de posición. ¡Todo un carácter! ¡Toda una ruina inconmovible!

El catedrático debe de estar a punto de llegar. En el apuro, discurro y ordeno que pongan un banco por afuera; que por él salte Majarón sobre la tapa del estante, que Ramón Cotera y otros mayores se reguinden a sus piernas, que Majarón eche los brazos por detrás del armatoste para que al salto alcance yo las manos, y por ellas pueda hacer la ascensión.

El plan es obedecido *incontinenti*. Ya Majarón, tendido boca abajo sobre la cabeza del estante, alarga sus brazos y penden de sus piernas dos cadenas de chiquillos. Trepo; y al trepar cabecea el armatoste, pierde el equilibrio y soltamos todos de repente.

La balumba cae, produciendo un ruido catastrófico. Majarón queda hecho un sapo sobre el espaldar; los demás huyen despavoridos; yo salto sobre las tablas del estante para levan-

tar a Majarón; éstas se hunden y sale rodando un fragmento de altar, con *San Miguel* por un lado y el *Diablo*, independiente, por otro, de los pies del primero. ¡Salimos huyendo!

No habíamos corrido Majarón y yo el primer tramo de escalera, cuando la escuela plena, el maestro, los ayos, sacristanes y cuantos en el convento estaban aparecieron dando descomunales voces, unos de indignación, otros de espanto y todos contra mí, a quien, como era verdad, consideraron desde luego reo.

Ni el coro de los puñales de los *Hugonotes* tiene que oir, para aquel coro improvisado y espontáneo. Fue lo peor, que tuvo eco, y no faltaron gentes que considerasen la cosa como un horrible sacrilegio, digno de ser purgado con sambenito, y en hoguera.

Nos echaron de San Juan de Dios a los *naturalistas,* y nos fuimos con la música a otra parte. La otra parte fue la casa misma de Cotera, donde continuamos asistiendo a las explicaciones de Historia Natural.

Como D. Santiago continuaba dando su clase en un aula del mismo San Juan de Dios, me pareció prudente no asomar por allí mientras no se calmase la ira ocasionada por el sacrilegio. Pasados algunos días procuré volver, impulsado por el temor de que la falta llegara a oídos de mi padre. Di vueltas por el edificio, y un condiscípulo de latín, con quien topé, no me dió buenos informes sobre el estado de los ánimos respecto a mi negocio.

Entré a cuentas conmigo, y dije:

«¿Qué voy a aprender aquí? *Subjuntivo,* ¿y qué es subjuntivo? *Gerundio,* ¿y qué es gerundio? *Pluscuamperfecto:* esto parece que significa una cosa más que perfecta o que no tiene tacha; y si es perfecta, ¿cómo es más perfecta todavía? ¡Al diablo con tales jerigonzas! Más quiero sentar plaza, que volver a abrir un maldecido *Arte de Latín.*»

Volví la espalda; y aquí dieron fin, por entonces, mis humanidades.

LXXIV

* De cómo se enseña a aborrecer lo que se aprende.

Seguí concurriendo a la clase de Historia Natural; y a otra de dibujo, que daba en su casa particular un señor comandante retirado, de cuyo nombre no puedo acordarme, ni hace falta.

Mis deseos por aprender a dibujar eran vehementes. De mí partió la exigencia de que me pusieran en la clase; y no dejé de importunar a mis padres hasta que me compraron el estuche de lapiceros y difuminos.

El primer día, púsome el maestro en el papel dos puntos en sentido horizontal, para que entre ellos trazara una línea recta. Así lo hice. Pasada una hora volvió, y me dijo que estaba bien. Pero, como en hacer la raya eché un segundo y estuve una hora sentado, mano sobre mano, sin hacer nada, el tiempo me pareció eterno; hice péndulo de las piernas, me rasqué el exterior y el interior de las narices, conté todas las vigas de la techumbre, y si tarda más la clase me parece que reviento.

Volví al otro día puntual, aunque ya sin maldito el entusiasmo. Y vuelta a los puntos, que fueron no sólo horizontales, sino que también verticales y oblicuos. Así, como al mancebo del boticario, fué endulzando el maestro mi existencia: unas veces haciéndome machacar almendras amargas y otras veces almendras dulces. Con estas dichosas líneas, más tarde combinadas en paralelas, triángulos y otras figuras geométricas, me hizo pasar un trimestre deleitoso.

Hice acopio de paciencia, cosa difícil en mi temperamento: ya por lo que me escarabajeaba la conciencia por mi mala conducta de latino, como por el compromiso a que me obligaba el

hecho de haber sido yo mismo impertinente solicitante de aprender a dibujar.

Al fin, cuando Dios quiso, me pusieron una muestra de contorno de nariz, y luego otra, y más tarde un ojo, y otro y otro, hasta hacerme aborrecer el queso, que me los pudiera recordar. Y después una boca; y ¡eche usted bocas!, que no fueran tantas si el retirado militar tuviera que mantenerlas. Y más adelante, una oreja y otra oreja y un orejón con sus pelos y todo, que ponían los míos de punta, en fuerza de monotonía y de fastidio. Como si no bastase para agotarme la paciencia, me hacía repetir la muestra una vez y otra vez.

Hasta que, al cumplir el año, di a los mismísimos diablos aquel aprendizaje estúpido, capaz de secar en flor el mismo genio de Velázquez y de Miguel Angel.

LXXV

*El honor de un granadero.

El Convenio de Vergara había regocijado todas mis potencias, pero también había muerto mis mayores ilusiones. Cifrábanse en verme pronto de cadete, y tocaba con la mano la faja de general. Terminada la guerra, veía la cosa más difícil.

Para mi honra de político precoz, debo declarar que estimé en más la victoria sobre los carlistas que todas mis ilusiones. No por eso hube de perder el amor a las armas. Un batallón, una compañía que pasara de largo o se alojase, cautivaba mis sentidos y potencias. Los tambores tenían hilos con mis pies; y quieras o no quieras, me arrastraban en pos y los seguían con el aire de la marcha.

Por las noches tenía ejercicio de armas la compañía de granaderos de la Milicia Nacional, bajo la instrucción del sargento Carniago; su capitán, D. Francisco Nicolau; mi padre, su teniente.

Por mi parte, no faltaba una noche. Cogí un fusil del cuarto de los leones, compré esmeril; y, de negro y mohoso, lo puse reluciente y nuevo. Era inglés, y pesaba más que un cuákero robusto; eso mismo me embelesaba. Si sólo doce años tenía yo de edad, estaba espigado como de quince otros chiquillos, y tenía una vanidad viril que suplía a todo. Poníame en fila y obedecía las voces de mando de Carniago, como cualquier granadero. Reventaba con el fusil aquel, pero no daba mi brazo a torcer hasta que mandara: *¡Descanso!*

El sargento Carniago era mi amigo; un buen patriota. Mediano de cuerpo; algo más blanco, colorado y metido en carnes de lo que correspondía a la marcialidad; pelo rubio rojo, ojos azules, bigotes poblados y retorcidos; fue, tiempos atrás, voluntario con mi padre en la persecución de Pantisco y de Limones. Desde entonces le quedaron su categoría y dejos militares.

Era cortacabezas (de pico) de carlistas y frailes, los que a la verdad eran la misma cosa. Y, a la verdad también, hombre más fiero por de fuera y más inofensivo por dentro, jamás conocí.

Por papelear en la mayoría, gozaba de una ayuda de costas; despachando billetes en la taquilla o «botiquín» del teatro, y apuntando en la concha, las temporadas de comedia, se ganaba la vida. La mujer vengaba la ojeriza del marido a los carlinos tratando sin suaves modos al veterano perseguidor de Pantisco.

Sin vanidad, tantos progresos hice en la marcha, en las vueltas, en andar al paso y doblar el fondo, así como en el ejercicio del fusil, que era el modelo de la compañía. Con esto me encontraba muy ufano, y aun me parece que a mi padre no le desagradaba.

Hallábase establecido el cuartel en el convento de Santo Domingo; allí, en su ancho patio y grandes claustros hacíamos nuestros ejercicios nocturnos.

El tambor de la compañía (me parece que lo estoy viendo,

ya se lo habrán comido los gusanos y lo tengo delante), el tambor, digo, en un tiempo de descanso, se me acercó y me dijo:

—Bien que maneja el señorito ese fusil; pero, ¿a que no hace usted lo que yo?

—¿Qué hace usted?

—Pues, mire: me cuadro así, con el fusil en descanso; y de un golpe, soltándolo de la mano, lo tiro al hombro y lo dejo firme, cogido con la izquierda.

En efecto, así lo hizo; como veterano que era y reciente cumplido de la guerra.

Mucho pesaba el fusil; pero, estimulado mi amor propio, convertí la vanidad marcial en fuerzas; y a la voz de mando del tambor, *¡paf!* allá fué el fusil al aire, para recibirlo en golpe seco y firme sobre la culata con mi mano izquierda.

—¡Bravo, señorito!—Y me tocó la cara.

No me pareció muy bien esta caricia de tambor a un granadero, más o menos efectivo; pero, nada malicié.

—¡A formar!—dijo Carniago, y fuí a colocarme en filas.

A otra noche, procuré en los descansos no separarme de algún grupo de milicianos, quitando así al tambor la ocasión de acariciarme como si fuera un chiquillo. En las sucesivas, parecióme advertir que andaba a vueltas buscando coyuntura. No lo he descrito, y lo merece.

A la talla que pidió Mendizábal, apenas llegaría. Años, como cuarenta y cinco, trabajados en guerra, que bien parecían más de cincuenta; seco de cuerpo, sucio de color, afilado de nariz, entrecano el bigote, sumido de carrillos, ojos negros grandes, pero rebozados por párpados pellejones; apostura echada para adelante y algo torcida a un lado, a modo de soldado baratero; pelo doblado a la derecha, retorcido detrás de la oreja; aretito de oro en el lóbulo de la izquierda, y en su pabellón la colilla de un pitillo. Uniforme de cuartel y gorrilla ídem, tirada a medio ganchete, completaban la figura típica y truhanesca del rodaballo.

A las tres o cuatro noches, se acercó a mi grupo, y diciendo: «Con permiso», me arrebató el fusil, separóse unos pasos y empezó a examinarlo muy detenidamente. Dábale vueltas y más vueltas, metía el dedo por la boca del cañón, montaba las llaves, y más parecía examen de armero que curiosidad de soldado.

Viendo que no concluía, adelanté unos pasos para rescatar el arma, y entregándomela dijo:

—Su fusil es inglés; lo conozco como a la madre que me parió; con esos hemos hecho casi toda la guerra. Los de la compañía de granaderos son los mejores; los que tienen los fusileros son de desecho. Pero lo que tiene que ver es una pistola que yo mismo le quité a D. Basilio. ¡Caballero, eso sí que es un pistola! Si el señorito la quiere ver, arriba en mi cuarto la tengo. Véngase cuando se acabe el ejercicio y ¡verá una prenda!

Entonces como ahora, la condición de la malicia siempre se ha presentado en mí bajo una forma singular. Sospecho, rechazo la sospecha como ruin pensamiento; y luego, los nuevos indicios para la sospecha los atribuyo a obsesión de mi malicia.

El malísimo estudiante de latín, que no sabía el significado de *musa musæ*, ya había hecho con otros escolares la traducción del «*Formosus pastor Córydon ardebat Alexim*»; pasto limpio y edificante con que nutrían a la inocente juventud aquellos benditos y ejemplares cogolludos o cogullados monopolizadores de la educación cristiana, apostólica y romana, desde los Godos hasta casi hoy día de la fecha.

No me dió buena espina la proposición del tamborcete; lo achaqué a mi propia malicia, pero seguí caviloso haciendo suposiciones y proyectos malignos.

Al romper filas salí para mi casa, cargado con el fusil, mirando atrás, por si el tamborcete me seguía, y diciendo entre dientes: «Pues si este Alexis me quiero hacer su Córydon, le meto la bayoneta por la boca del estómago.»

La ocurrencia me pareció magnífica. «Pero ¿y si la caran-

toña del primer día fue inocente, y no era invención lo de la pistola del cabecilla D. Basilio? Ya lo veremos. Hombre, no te dejes ir del primer mal pensamiento; mira lo que piensas y lo que haces, reflexiona.» Pero aquella noche apenas pegué los ojos.

Me sentía ajado en mi dignidad, casi sin honra, como quien recibido un agravio no se decide a vengarlo. «Nada; yo necesito hacer ver que soy tan hombre como el primer granadero. Mañana a la noche dejo al tambor que se explaye, y si no me queda duda que pueda atribuir a propia malicia, hago una que será sonada.»

La idea fué tomando cuerpo; ofrecía para mí un atractivo maligno irresistible. Por lo mismo de que era un niño, eso de ejecutar un acto de hombre, y de hombre de pelo en pecho, a la usanza de los guapos de Andalucía, me hinchaba de vanidad. Si alguna vez me rindió el sueño, fue para soñar con mi proeza.

A veces me repugnaba ver al tambor revolcarse en su sangre; sentía el escalofrío que experimenté cuando el pescadero homicida puso el pomo del puñal en mi cabeza. A veces consideré que el bueno del tambor, si no había sido baratero y maestro de pinchos lo parecía. Pero estas reflexiones sólo servían para avergonzarme, arrancando estos apóstrofes: «¡cobarde, maricón, niño de caca!»

Amaneció. El día se hizo largo. No obstante, cada hora pasada aumentaba cierta angustia interior. No almorcé ni comí. No me hallaba en mi casa, salía a la calle; no me sentía bien. Me eché al campo. «¿Qué vas a hacer?», me preguntaba. Y la sola interrogación muda sonrojábame, cual si fuera una ofensa. «¡Cobarde! ¿Qué quieres con esa pregunta? Los hombres son para estos casos.» Así iba y venía, salía y entraba. Las horas, antes de pasar, eternas; después de pasadas, agónicas.

Al caer el sol, mi cerebro estaba mareado, no discurría; lo peor es que no sentía odio por el tambor; ni menos, ira. Pero

toda la fuerza de mis ideas del honor, toda la literatura de los cuentos y de los romances, de las comedias de capa y espada que había visto, y todo el ambiente externo de *hombría andaluza*, formaban una trampa de hierro que impulsaba mi voluntad a un acto que tenía por absolutamente ineludible.

Sonó la hora. Cargué con mi fusil y marché al patio del convento. «No hay remedio, el tambor se propasó y estoy obligado a pasarlo con la bayoneta.»

Sentía pesada y ardorosa la cabeza; la respiración, difícil. Ya apresuraba el paso para llegar más pronto, ya lo retardaba para alejar el momento. El rezo se vino a mi mente y a mis labios, como en la noche del último día que fuí a la escuela de Santo Domingo; y rezando entré en el patio del cuartel, y rezando a la Virgen mentalmente me puse a discurrir por entre los pocos granaderos que a la sazón habían llegado.

Pasó algún tiempo y reunióse el número ordinario.

—*¡A formar!*—mandó Carniago; y empezamos el ejercicio.

Me desojaba mirando.

—*¡Al hombro, ar!*

Y automáticamente echaba el fusil al hombro, mientras seguía rezando y derramando la vista por todas partes.

—*¡Tercien, ar!*

Y terciaba, escrutando con la mirada los ángulos oscurecidos de los claustros.

—*¡Descansen, ar!*

Y rezaba, miraba y remiraba.

—*¡En su lugar, descanso!*

—*¡Rompan filas!*

Dejé de rezar. Un escalofrío, corriéndome desde el cogote a la rabadilla y desde el espinazo hasta la punta de los dedos, exprimió en sudor mi piel. «¡Cobarde, miserable!»... Y de amarillo y mustio vine a enrojecerme. Avanzo al ángulo menos iluminado del claustro, donde presumía poder hallar al tambor. No estaba. ¡Respiré! Comprimí la respiración, hice otro esfuerzo y me dirigí a los restantes ángulos del claustro. ¡Tampoco!

—Sargento Carniago, ¿y el tambor?

—Está en el calabozo, con la cabeza partida. Vino borracho esta mañana a la guardia, se insolentó con el teniente de la segunda, lo mandó arrestado, no quiso obedecer, y el centila lo descalabró de un culatazo.

Las piernas me flaquearon. «¡Dios mío! ¡Gracias, Virgen Santísima, madre mía! ¡Tu milagro me ha salvado!»

Cogí el fusil, no esperé más ejercicios. Me acosté en seguida, para entregarme a mis pensamientos. Rezaba, sin pensar en el rezo, y al mismo tiempo pensaba así:

«Ahora, que, gracias al milagro, si no valiente de verdad y de propia valentía, al menos por amor propio y por aparecer valiente a tus mismos ojos, has puesto de tu parte cuanto ha sido posible por herir o matar a un pobre diablo que supones te quería ofender, vengamos a un ajuste de cuentas; veamos lo que haya de justicia y de verdad en tus pensamientos, propósitos y conducta.

»Lo primero que veo es que cuando la Virgen te ha quitado la ocasión, permitiendo que el tambor se emborrachara y lo descalabrasen, no era bueno lo que pretendías hacer. Las congojas que has pasado, en mucha parte eran de miedo; pero otras, eran la angustia que produce un propósito criminal, el recuerdo repugnante y horroroso del hombre asesinado por el pescadero, del montañés degollado y otros espectáculos semejantes que has tenido ocasión de presenciar.

»Si el tambor pensaba ofenderte, no te había ofendido aún. Y tú, ¡botarate!, lo que debiste procurar desde que entraste en sospechas, no era facilitar la ocasión de que pudiera llegar a ofenderte, sino evitarla no yendo más al ejercicio ni al cuartel de la Milicia, ni ponerte en el caso de que haya venido a hacer un milagro lo que tú podías haber hecho por propia voluntad y razón.

»¿Por qué no obraste así, estúpido? ¿Por no acusarte de cobardía rehuyendo un peligro? ¿Te quisiste engañar a ti mismo? Después de todo, los romances, el honor, no enseñan

esa valentía que te proponías hacer. Ibas a resultar, no un guapo, sino un pincho de tres al cuarto, de esos miserables que no admiran a nadie y que arrastran un grillete.

»Y luego, no te has acordado de tu madre. ¡Esa sí que es valiente, más que tú: fiera cuando se irrita, pero siempre noble y generosa! Ni de tu padre; a quien, aunque le gusta que seas alentado y no un niño enagüero y mamalón, no le haría mucha gracia que le resultaras esportillero de la cárcel.

»¡De buena te ha librado la Santísima Virgen! No, no es eso el valor. No hay valor sin nobleza. Ni se necesita emplearlo cuando la prudencia puede dejarlo en reserva de mayor lucimiento. No irás más al cuartel; resígnate con no hacer el ejercicio.»

Este relato, puede que fastidioso, quiere significar que tal suceso incluye muchas cosas: el lector podrá inducirlas; no le agravio suponiendo que necesita cuchara de bayeta.

Aquí aparece la conciencia, a los doce años, en perfecta función. Muchos antes, ya hablaba yo conmigo; me aprobaba y me reprendía. Esta vez no resulta una facultad embrionaria, sino en completo desarrollo.

LXXVI

* Gil Blas de Santillana.

No recuerdo si ya he dicho que el primer libro que leí, deletreando casi, fue el *Bertoldo*.

Hago omisión del catecismo, del libro de urbanidad y cortesía, de las fábulas de Iriarte y Samaniego; porque, leídos en la escuela y atento a aprenderlos de memoria, la voluntad puesta en esto, no lograba aprenderlos, ni menos entender de ellos una sola palabra.

¡A tal extremo alcanzan los sistemas absurdos! ¡Vergüen-

za que todavía a fines del siglo de las luces impere en la enseñanza, con su cortejo de exámenes, preguntas y respuestas convenidas, lecciones repetidas de los textos, y demás monstruosidades pedagógicas!

A tan poca cosa se reducían mis lecturas a los doce años; como no se agregue algún romance, pues los más los conocía de oídas, ya a los ciegos, ya a la gente del pueblo y más particularmente a los trabajadores del campo en las temporadas de vendimia.

Mi señor padre, aunque cerraba con llave su cuarto de los leones, no tenía tal precaución mientras no se ausentaba de la casa.

Como todo lo vedado tiene atractivo para los muchachos, a cualquiera vuelta de espaldas, escudriñaba yo los rincones de aquella habitación.

En uno de los armarios de los libros, topé con una caja de cigarros. Como el lector podrá haber entendido, desde que comencé a ir al latín con D. Juan Galán y me vi jefe de cuadrilla, entré en la plenitud de cierta hombría anticipada. Para gozar sus fueros, empecé a fumar, ya pitillos cuando disponía de cuartos, ya «matalahuga» sustraída de la espetera, ya colillas de las barreduras de la casa.

También, para más energía en las órdenes, usaba de interjecciones viriles; y la nota culminante de tal período de mi infancia cifrábase en tapar la edad de niño con afectaciones de hombrecito. Un habano, y grande, resultaba mala tentación para resistida. Sustraje uno, que lucí después humeante entre envidiosos colegas.

Un feliz hurto aboca a la reincidencia. Andaba a vueltas otro día, para el efecto, y me sorprendió mi padre.

—¿Qué buscas ahí?

—Un libro para leer—contesté, con afectada frescura.

—Ahí no hay más libros que de leyes... Pero, si quieres leer, toma.

Y de otro estante sacó un tomo, no pequeño: era el *Gil Blas de Santillana.*

Acto seguido, para mayor disimulo, comencé a leerlo por el prólogo. ¡Cosa rara! Cuando fuera del *Bertoldo* jamás de otro libro pude leer ni la primera hoja, del *Gil Blas* seguí leyendo, enterándome de todo y hasta de la intención del primer cuento.

Llegó la hora de comer; la interrupción me fue enojosa. Comí por fórmula y de prisa. Volví a la lectura; el sol desapareció del horizonte. Pedí con imperio a la criada que encendiera el velón; y no la dejé en paz hasta conseguirlo, a pesar de sus protestas por lo anticipado de la hora. Sin cansancio, sin mareo, llegó la hora en que debía acostarme, y todavía regateé a mi madre una más para seguir con la lectura. Al otro día, me levanté el primero; a la luz crepuscular de la ventana, abrí el libro; y sin dejarlo de la mano, seguí leyendo y seguí hasta que llegó la última línea.

Sentí pena de haberlo concluído, y dije a mi padre:

—¿No tiene usted otro libro como ese?

—No, ni te convienen; te distraerían del estudio.

Quedé meneando la cabeza, sin saber qué contestar.

LXXVII

* Una lección de natación y de otras cosas más profundas.

Llegó (que todo llega y pasa) el verano de 1840.

—Soy casi un hombre y no sé nadar; quiero aprender— dije a mi padre.

No le pareció mal. Me condujo a los baños flotantes del río, tomó un abono para mí, dióle un duro al primer bañero, y le dijo:

—Enséñe usted a nadar a este rapaz.

Desnudo yo, atóme una ristra de corchos por bajo de los brazos y una cuerda. Me eché al agua y comenzó sus instrucciones: «Lo primero es perder el miedo. Los brazos así, las piernas asá. Respire fuerte, y si traga agua la escupe. Más despacio, y a compás brazos y piernas.»

Si me hundía, tiraba de la cuerda. A los tres baños, ganado ya su duro, me daba el rosario de corcho, y me dejaba solo campar por mis respetos. Como otros bañistas nadaban sin tales adminículos, me arriesgué, hice algunos gorgoritos; pero, como no me separaba mucho de la orilla, agarrado a la escala, a pocas tentativas, salí flotando y avanzando con torpeza. Lo principal habíalo vencido; fuí agilizándome, y al terminar el abono, ya nadaba por dentro, por fuera y por los alrededores del cajón.

Una vez dueño del líquido elemento, no pude conformarme con ser nadador de tres al cuarto. Veía a varios hombres y hasta mozalbetes, si bien mayores que yo, cómo pasaban el río de la una a la otra banda. ¿Por qué no hacerlo yo también? ¡Pues manos a la obra!

Como quiera que el Puerto de Santa María está a la desembocadura del Guadalete en el mar, siempre sufre la acción de las mareas vivas: el río allí, si crece, tira para adentro con mucha fuerza; y si mengua, tira hacia el mar como una carretada de demonios.

Ignorando entonces el fenómeno y su causa, experimenté sus efectos a poco de separarme de la orilla; y viendo lo que derivaba y lo escaso del avance, desistí prudentemente del propósito, volviendo rumbo al cajón flotante, que, a duras penas y con no pocos apuros, pude ganar contra corriente.

Llegó a preocuparme la contradicción de la dificultad; como atrae el abismo, así me atraía el irresistible empeño de vencerla. Los días siguientes no eran baños, sino más bien aperreos: yo, por avanzar hacia la orilla opuesta; el río, por arrastrarme donde le daba la gana.

Quiso mi desventura que al pasar cerca del puente una no-

che de aquellas viese por allí, a la sazón, poco ancho el río, casi la mitad que en el sitio de los baños. Hacer la observación y decir para mi capote «¡por aquí sí que te paso!», y desnudarme y correr con aire triunfal a la orilla, fue todo pensamiento y acción a un tiempo: dicho y hecho.

Pero, no había dado tres pancadas, cuando veíame clavado en el fango de la orilla; cosa que me hizo perder la gallardía corporal y encendió más el ánimo con la caída al pozo de tan sucia, remorosa e inesperada contradicción. El agua corría provocativa otro paso más allá.

Desclavé trabajosamente el pie zaguero, hundiéndose el delantero hasta la corva. Sin duda, el pegajoso limo, más prudente y sabidor que yo, pretendía retenerme, y (como en su lenguaje le era dado) parece cual si me hablara y me dijese:

—¿Dónde, vas, mancebo incauto?

Mas yo, con la obcecación de chiquillo voluntarioso y malcriado, forcejea que forcejea, gané el agua de la orilla. Ganarla y hundirme en el cenagoso limo, cual tragado repentinamente, fue tan presto que sólo dió lugar a que con la velocidad del pensamiento conociera mi situación, y me dijese: «El fango te traga, va a pasarte de la boca y te ahogas. ¿Qué remedio? Tiéndete si puedes, toma resuello, mete el cuerpo y la cabeza bajo el río; y así tendido, lucha por desclavar las piernas del fango.»

—¡Virgen, protégeme!—Y me hundí en el abismo.

Mi primera tentativa fue la de tenderme boca abajo: vi que no lo permitía la coyuntura de la rodilla. El río estaba menguando en su período de mayor corriente, y vi que arrastraba mi cuerpo a la derecha; favorecido de esta fuerza poderosa, me dejé caer cuanto pude en esa dirección; y así, medio diagonal, medio tendido por debajo del agua, comencé a patalear cuanto pude en dirección oblicua. Zafaba una pierna, y otra se hundía; nuevos esfuerzos, y no me veía libre.

El aliento tomado al sumergirme iba consumiéndose; apremiaban los instantes, aumentaban las angustias de la si-

tuación. El paleteo de las piernas era ya más oblicuo y menos hondo. El agua, batiendo el limo que las cubría, dábame más soltura; pero, encadenado aún, el resuello no podía ya contenerse, a pesar de todos los esfuerzos de lucha con mi voluntad.

—¡Adiós, madre mía! ¡La Virgen me ampare!—pensé y sentí.

Hice el postrer desesperado esfuerzo; y, como flecha disparada, me arrastró la corriente. Vime libre; pero antes de poder alcanzar la superficie líquida, las paredes del pecho no pudieron más, la boca se abrió, y en vez del aire ansiado, lo que entró fue una bocanada de agua.

No es posible describir las angustias de la asfixia por inmersión; renuncio a ello, y además fatigaría a los lectores. Diré tan sólo que, a pesar de ellas, me quedó conocimiento para pensar así: «La Virgen me ha librado del fango, y no ha de ser para dejar que me ahogue ahora que floto y tengo la cabeza al aire.»

Así era, en efecto; mas, ya el agua que había entrado, ya un nudo que sentía en la garganta, no me permitía respirar. La cabeza empezaba a ofuscárseme. Todo esfuerzo para tomar aliento sólo resultaba eficaz para producir un ronquido sibilante. Aún conservaba conocimiento para no manotear y mover manos y piernas a favor del flote. No pudiendo tomar aire, tenté esforzar los impulsos de tos y apaciguar los conatos de aspirar: el ronquido fue menor y la sibilación más fuerte. Esto me dió alguna esperanza; volví a toser y a sibilar, y con tal faena restablecióse al fin la respiración.

Dueño ya de mí, me quedaba otro nuevo apuro: ganar la orilla sin volver a sumirme en el lodo, para llegar al sitio donde me desnudé y había dejado la ropa.

Como al punto de comenzar la referida aventura estaba el río en la mayor fuerza de la bajamar, una vez libre de la prisión del fondo, fuí arrastrado por la corriente un buen espacio, que después aumentó entre si me ahogo o no me ahogo.

El lugar de mi partida fue como a mitad de la distancia

que media entre el puente y un almacén que hay a la derecha, construído sobre pilotes, y que tiene a modo de un muellecito, que el río cubre en las crecientes y lame en las menguantes.

Cuando dueño de mí quise ganar el trecho perdido, hallábame como a dos cuerpos de edificio más allá del almacén. Nadaba y nadaba río abajo, y apenas avanzaba lo que deshacía la corriente. Tomar la orilla fangosa en el punto más próximo y seguir por ella a pie hasta el lugar de mis vestidos, era imposible; adelantar a nado, más imposible aún. Las fuerzas me faltaban, y por fin discurrí llegar tendido al limo y entre agua y orilla arrastrarme poco a poco, pero tendido siempre de barriga y sin sentar el pie.

Así lo hice, con las dificultades y pena consiguientes; tardando en avanzar media vara lo que se puede suponer, convertido en torpísimo reptil. Aunque mal estudiante de Historia Natural, no se me ocurrió la dicha que a tales animaluchos proporciona lo coriáceo y duro de su piel. Y bien debiera habérseme ocurrido, porque a cada impulso de mi arrastre entre el fango lamoso salían las coquinas a saludarme con los afilados araños de sus valvas, que me hacían mucho mal. Lacerado cual se puede suponer, casi exhausto, llegué al punto donde, sobresaliendo el muelle del almacén, vi cortada mi carrera de caimán o de hipopótamo. Era preciso volver a convertirme en pez. Empresa vana: el cansancio extremado, el río veloz en opuesto sentido, hacíanme retroceder lo avanzado con tan penoso arrastre. Tenté a ver si agarrándome a las junturas de los cantos de la construcción podía pasar; y ¡oh, ventura!, casi a nivel del agua toqué, no piedras desamorosas para débiles uñas, sino una magnífica hilera de estacas o defensa de pilotes que corrían por todo lo largo de la pared. Pero allí vi por experiencia que no hay dicha completa.

La estacada es verdad que me sacaba del apuro, pero a costa de dolores muy acerbos. Las conchas de las coquinas resultaban caricias en comparación del trato que me dieron unos malditos y cortantes escaramujos, moluscos univalvos que se

incrustan en las maderas bañadas por las aguas del mar y cuyas puntas de diamante hieren como cuchillas y escuecen como la pez derretida en el infierno. Cada vez que la corriente me aconchaba contra los pilotes, corrían cien espuelas de fuego desde mis brazos a las piernas, repitiéndose esto a cada avance del uno al otro.

Ganada ya la última estaca, volví a nadar sobre la orilla; y fuese porque el estribo del puente cortase la fuerza de las aguas, fuese por haber terminado la bajamar, vi que adelanba regularmente y sin obstáculos que vencer.

Frente a la ropa, me guardé bien de incorporarme ni fijar los pies, pues no en balde había pasado los anteriores apuros; adopté de nuevo el régimen de marcha reptil, y arrastrando de vientre con ayuda de codos y rodillas, crucé la zona fangosa hasta dar con terreno firme.

No me causó poco embarazo el verme tan arañado y enfangado al punto de vestirme. ¡Tan cerca de allí el agua y tan vedado el acercarse a ella para mi aseo! La situación no dejaba de ofrecer inconvenientes. ¿Cómo ocultar a mi buena madre la suciedad, ni cómo disimularle mi travesura?

Después de maduro pensamiento, tomé mi partido. Vestíme, seguí el camino de la Alameda, y en la fuente que hay establecida junto al embarcadero de los vapores me volví a desnudar; en sus chorros me lavé cuanto pude, así como la ropa interior.

LXXVIII

* Reflexionemos.

Dirigidos estos apuntes al objeto de estudiar sobre el vivo los factores de una educación, faltaría al propósito pedagógico si no entrase ahora a analizar cosas tan complejas como son las contenidas en el último relato.

Surgen del análisis actos inocentes, verdaderamente infan-

tiles, hijos de la ignorancia, y otros que son falsos juicios fundados en las apariencias; pero también algunos que revelan madurez de juicio, y que hombres muy sabidores y esforzados no hubieran discurrido quizá.

Nótase bien el miedo que se apodera de mí, como de toda criatura, ante el peligro inminente de morir; y vuelve a presentarse otra vez el singular fenómeno que aparece ligado con mi primer recuerdo, la *resignación* para morir, conservando o mejor sintiendo avivarse la inteligencia hasta el punto de discurrir en el conflicto, y encontrar esta vez en la mente los recursos necesarios y oportunos para salvarme en tan apurada como peligrosa situación.

En el período de edad en que me hallaba entonces, dominábame el afán de la hombría, contrariábame que me tratasen como niño. Miraba al espejo si por ventura querría aparecerme ya el bozo, veía mi cara tan limpia, me impacientaba y parecíanme siglos los meses, eternos los años.

En tal situación de ánimo, empeñado en nadar como el mejor, impotente para hacerlo junto a los baños flotantes, me pareció que por lo angosto del río podría lograr mejor mi intento. Ignoraba que por las partes estrechas el paso es más difícil y la corriente mayor. Ignoraba también que no todas las orillas son a propósito para abordarlas. Ignoraba a cuánto expone el andar sobre légamos humedecidos. Ignoraba que en la baja de las aguas son muy peligrosas las proximidades de los puentes, porque sus primeros estribos acumulan el fango, porque rápidamente después acantilan la orilla y los ojos aumentan la velocidad de la corriente. Ignoraba que por el punto elegido no se aventura nadie a bañarse, como no sea en la pleamar. Todas estas y otras ignorancias más, donde aparece el niño atrevido, travieso, voluntarioso y malcriado, me condujeron ciego al abismo.

Una vez dentro de él, comienza a desaparecer el niño y a ser sustituído por el hombre. Preveo y anticipo los sucesos que van a ocurrir sin demora de un instante, y rápido más que

ese instante, lo aprovecho para concebir una idea salvadora y realizarla. El fango va a tragarme y no trato de huir inútilmente de él: me tiendo, aunque sé que voy a hundirme en las aguas, y que debajo de ellas tendré que luchar por desasirme, y que me ahogaré si me falta la respiración antes de vencer al enemigo.

En tan suprema resolución, vienen al par el recuerdo de mi madre y el sentimiento religioso invocando a la Virgen. Aliento interiormente la esperanza, lucho y venzo. Al alcanzar ya el libre espacio del aire ambiente, no puedo más; respiro y entra, no el aire vivificante, sino el agua asfixiadora.

En momento tan crítico, cuando la inmensa mayoría de las criaturas pierden toda razón y se agarran a un clavo ardiendo, el niño reflexiona, vuelve su espíritu al auxilio de la Virgen, no permite al cuerpo que se entregue a los desordenados estremecimientos de la asfixia y la agonía; domina aún el instinto que le impulsa a aspirar, y ejecuta esfuerzos de tos y espiración.

¿Cómo explicar tales contrastes de ignorancia y de sabiduría? Asunto es éste digno de meditación; entraña cuestiones que por el momento sería inmetódico explanar. Ahora sólo conviene a mi propósito consignar algunos datos de observación.

Primero: que si había oído y entendido a D. Juan Galán algo de Física y lo correspondiente a las leyes hidráulicas, ni me acordé de D. Juan en aquel momento, ni de tales leyes. Sin embargo, determiné mis actos con arreglo a ellas, buscando disminuir el peso del cuerpo por la submersión, antes de que ocurriera la inminente involuntaria, al hundirme y clavarme un poco más; así como dirigí mis esfuerzos bajo el agua a favor de la corriente, aprovechando su fuerza en pro de mi lucha. ¿Lo hice todo por instinto? De ninguna manera.

Lo que aquí ocurrió fue una determinación o incitacion intelectual, provocada por la emoción del peligro. Si el fenómeno más común es que dicha emoción perturbe la inteligencia en la mayoría de las personas y de las ocasiones, se ve, aunque

con menor frecuencia, que en otros casos a esos mismos individuos, o lo que es más común, a otros individuos, esas mismas emociones del peligro les activan y despejan la inteligencia, adquiriendo una rápida fuerza de concepción racional, salvadora, por términos de ideación armónica tan seguros, precisos e instantáneos como la vibración de la nota cromática más aguda. No pensé, repito, en D. Juan Galán, ni en los experimentos del vaso de agua y los avíos de encender; pero tengo por cierto que aquel poco de saber, que me quedó dormido en el cerebro, se despertó sin saber cómo y sin darme cuenta en el momento del apuro.

Bueno será observar que este género y este porqué del discurrir es más frecuente de lo que a primera vista parece, aun en los actos ordinarios de la vida. Sin apartarme de la escena que nos viene ocupando, puedo señalar otros fenómenos de la misma especie. Por ejemplo, andando el tiempo, oí decir varias veces, a diversas clases de personas: «Junto al puente es muy peligroso bañarse, hay hoyas.» Traduciré esta locución, clara para los vecinos del Puerto, oscura y puede que ininteligible para moradores de otros pueblos. La frase se refiere a la creencia popular de que en determinados puntos del fondo de los ríos corrientes existen sumideros u hoyos profundos, en los cuales el agua forma remolinos, por donde si pasa una persona se hunde y no vuelve a aparecer.

Pues bien, respecto al puente de San Alejandro, la creencia de las hoyas se fundaba en que de vez en cuando ocurría el caso de algún ahogado, principalmente en mozalbetes que para bañarse se tiraban al río desde el puente. Y sin embargo de mi dura experiencia en la asendereada lección de natación, y no obstante mi conocimiento práctico de la naturaleza del fondo del río allí, que tanto tuve en cuenta y puse en práctica al regreso, oía la afirmación de la existencia de las hoyas y su acusación de causantes de ahogados, sin ocurrírseme la explicación verdadera de tales desgracias.

¿Qué significa esto y qué aplicación tiene a la pedagogía?

Una muy sencilla: que puede tenerse un conocimiento práctico sin llegar a ser teórico; así como puede tenerse un conocimiento teórico sin llegar a darle encarnación práctica. De todo esto se deduce cuán inconveniente resulta para la educación una u otra enseñanza aislada; y cuán vital, oportuno y conveniente es darlas asociadas y relacionadas. Ha sido preciso que pasen muchos años para que al oir la noticia de un ahogado que se tiró del puente y no se le volvió a ver, haya caído yo en la verdadera cuenta del siniestro, siéndome tan conocida. Al tirarse desde el puente, de cabeza o de pie, nada más fácil que quedar clavado en el fondo cenagoso, sin necesidad de remolinos ni de hoyas. Pero, ¡cuánto tiempo no ha tardado mi torpe inteligencia para completar tan vulgar conocimiento!

Otra observación tengo que hacer: cuando el suceso del tambor, antes y después de su desenlace inesperado, sentí la emoción religiosa, primero pidiendo a la Madre de Dios que me sacara de aquel lance, luego para darle gracias por el milagro. Pues en esta ocasión del río, invoqué a la Virgen, encomendándome a su amparo; al verme libre, lo creí tan milagro o más que el del tambor, pero ni di gracias ni se me ocurrió tal cosa. Fui el verdadero tipo del ingrato.

¿Por qué efectos tan distintos? Puesto que se trata de cosas que pasaron en mi interior, me parece que yo, mejor que nadie, soy quien puede darles explicación.

El primer caso puso en gran actividad mi conciencia, antes y después; pensé sobre mis pensamientos y sobre mis sentimientos. El segundo movió como una ráfaga (que no había tiempo para más) mi sentimiento religioso, pero no mi conciencia.

Pasado el apuro, ni aun reflexioné sobre lo ocurrido. El movimiento del ánimo se fué a buscar el medio de lavarme el fango y ocultar la diablura; solicitado por este final empeño, ni me acordé de la Virgen, por más que me quedara la impresión de su auxilio milagroso.

LXXIX

* Cambio de carácter.

Los dos últimos sucesos relatados y la lectura del *Gil Blas* produjeron cierto cambio en mi carácter.

Perdí algunas dosis de ilusiones. El tambor por un lado y el capitán Chinchilla por otro, calmaron, aunque no extinguieron mi ardor por las cosas de milicia. Ya no soñaba tanto con ser general triunfador. La fuerza de la corriente y el fango del Guadalete habían amenguado la vanidad que tenía de mis propias fuerzas.

Mi buena madre, celosa hasta el delirio, turbaba la paz doméstica. Amándola mucho y también a mi padre, sufría yo penas más profundas de lo que parece susceptible en un chicuelo.

Todas estas cosas me hicieron perder la alegría infantil y ese placer de la vida que sólo se observa en los pájaros y en los niños. La pesadumbre me trajo a reflexivo: ya aceptaba en la mente propósitos de conducta ladina, a modo de Gil Blas; ya volvía el pensamiento al exclusivo poder y voluntad del cielo.

Corría el verano del 40, y fuí a Jerez. Uno de mis primeros pasos fue ir a ver a la vecina familia del contrabandista; él estaba ausente; su mujer y sus hijos en la misma situación, excepto María Pepa, la hija mayor. Al verla quedé sorprendido.

No era ya la niña, bonitísima, sí, pero mal arreglada, alegre y juguetona. Era una señorita circunspecta, cuidadosamente vestida y limpia, peinada a maravilla, y de una belleza singular, propia y especialísima de alguna que otra mujer de la provincia de Cádiz, cuya nota más culminante la constituye una finura de formas exquisita, en consonancia con toda la gracia de las demás mujeres andaluzas.

Su rostro ovalado, la nariz perfecta, el color blanquísimo

y sonrosado contrastaban con ojos grandes y negros y con su pelo a ondas, que, de puro negro, en la convexidad de cada una reflejaba la luz en rayas plateadas. La barba partida aumentaba el encanto de su belleza; y apenas se sonreía, dos hoyuelos ocultos venían a dibujarse en sus mejillas. La encontré alta de cuerpo, ancha de hombros y admirablemente esbelta.

En Cádiz y sus proximidades, en Tarifa, Vejer y pueblos comarcanos es donde solamente se halla tal género de bellezas. Resultan del batido de multitud de razas, desde las orientales más antiguas hasta la griega y la árabe, todo entremezclado con sangre indígena.

La familia entera me recibió alegremente; también María Pepa, pero sin la algazara y los extremos que el año anterior.

LXXX

* De cómo un estante de libros llama a otros estantes.

Aquella temporada no experimenté tanta inclinación hacia la cuadra, los caballos y el borrico pío. A mi buen amigo *Pindo* ya no lo encontré: había muerto, y sentí gran pena.

La habitación del *Caballero* componíase de un amplio dormitorio y una gran sala; en ésta había dos estantes, velados con visillos verdes.

Después que abandonó su estancia el dueño para salir a la calle, tenté a abrir un estante; la llave, echada en uno y otro, se opuso a mis deseos. Discurriendo mañas para vencer la dificultad, reflexioné que no estaba en mi propia casa y que debía abstenerme. Así lo hice, pero al día siguiente supliqué al *Caballero* que me dejara alguno de los libros para leer. Accedió gustoso; abrió ambos estantes y dejó puestas las llaves para que yo los eligiese.

Unos eran de leyes. Ya los conocía por sus títulos: *Las Siete Partidas*, *Las Leyes de Toro*, *El Fuero Juzgo*, *La Novísima Recopilación*.

Dejé la requisa de los tomos grandes, que resultaban ser de leyes, y tomé uno pequeñito y de pocas hojas, titulado así: *Diccionario crítico-burlesco*. Lo abrí con ansiedad, suponiendo que lo burlesco debería resultar gracioso, y apenas pude leer cuatro hojas; me pareció tan insulso, que volví a ponerlo en el hueco donde se hallaba.

Miré otros rótulos, y dos o tres decían: *Poesías de Martínez de la Rosa*. Con esto de anunciar poesías, bien se me alcanzó que debían de ser cosas de romance y cosa alegre; saqué de su casilla el tomo primero.

En efecto, con bastante deleite leí el libro. ¡Y cosa rara! Cuando jamás pude aprender nada de memoria, muchos versos de aquellos en la memoria se me quedaron grabados. A tal punto, que, no habiéndolos vueltos a leer desde entonces, aún hoy, anciano ya y más que nunca desmemoriado, todavía me acuerdo de:

Cien veces ciento,
mil veces mil,
más besos dame,
Laura gentil,
que flores crían
Mayo y Abril
y arenas llevan
Darro y Genil.

Como también recuerdo, sin que se deba a la simple contextura de la estrofa, aquello que empieza de este modo:

Vi en el Támesis umbrío
cien y cien naves cargadas
de riqueza;
vi su inmenso poderío,
sus artes tan celebradas,
su grandeza.

Pero el ánima afligida
mil suspiros exhalaba
y ayes mil:
el ver la orilla florida
del manso Darro anhelaba
y del Genil.

Y no sólo me agradaron y leí con deleite tales composiciones de la cuerda de Erato, sino que también, con igual gusto y mayor interés, la traducción de la *Epístola de Horacio a los Pisones.*

Como leyera y leyera sin descanso ni levantar mano, a pocos días terminé los tomos. Ya había leído otros rótulos: *Quintana, colección escogida.* Y, en efecto, allí un almacén perfectamente surtido para mi gusto. Uno tras otro, devoré del primero al último versificador toda aquella antología. Unos poetas fuéronme más simpáticos que otros: Fray Luis de León, el que más; aquella estrofa de «Acude, corre, vuela», sobre todas.

Apreció y distinguí las diferencias de estilo, gusto y carácter de los diversos escritores. Por una simple lectura y de corrido, quedáronse también en mi memoria muchas estrofas de la oda a Itálica, las Soledades de Lope de Vega, la nunca bastante celebrada Epístola moral, donde se dice:

Que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente,
antes que la rodilla al poderoso;

la sabrosa plática de la cena, por Baltasar del Alcázar:

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa, etc.

Gustóme mucho Herrera, y también Cienfuegos. Me pareció meloso en demasía Meléndez Valdés; pero «El Aguila altanera» enjuagó el dejo. Lo que no pude resistir ni leer fue las églogas, y las pasaba de largo, excepto alguna de Garcilaso.

Debo notar que, excepción hecha del *Quijote,* jamás he tenido paciencia para leer un libro más de una vez, ni cuando niño, ni de mozo, ni ya viejo, así trate de literatura, de historia o de ciencia. Defecto capitalísimo que no he podido dominar nunca, ni con mis propios escritos; hasta el punto de preferir no corregirlos, a pasar la pena de volverlos a leer.

Atribuyo este capital defecto a la conjunción de mi carácter impaciente con los efectos de la absurda pedagogía a que pretendieron sujetarme. Aprender de memoria sin entender de lo que se trataba, obligarme a repetir una lectura una vez y ciento y mil, produjo en mi espíritu tal indigestión y tales bascas, que, así como aquel a quien se le ha indigestado un alimento, con sólo recordárselo pasado tiempo, siente náuseas y repulsión indominable, mi nerviosidad interna se impacienta y sufre leyendo cualquier escrito más de una vez. Si lo entiendo a la primera lectura, porque ya lo entendí; si no lo entiendo, porque no lo entendí.

LXXXI

*De cómo las cerezas se van las unas tras las otras.

Si se echara sobre un harnero toda la Poesía, desde su origen hasta el último día del postrer siglo futuro, la musa Erato no tendría suficientes faldas para recoger las que habría inspirado; y las demás hermanas quedaríanse con muy poca cosa.

Tanto amor conjugado por activa y por pasiva no puede menos que despertar su sentimiento, y así me aconteció.

Me eché a hacer versos. Limpiando el polvo, topó Conchita con los garabatos; dió noticia del hallazgo a la familia. En su cariño, creyeron que el muchacho era un prodigio de fecunda precocidad. Pareciéronles primorosos los versos, y hasta se adelantaron a mostrárselos a D. Juan Capitán, literato ecle-

siástico y poeta que por entonces gozaba en Jerez fama de humanista. Por cortesía hubo de decir que estaban bien y que el chico prometía; noticia que todos creyeron a pies juntillas; y yo, no hay qué decir.

Leyendo versos y más versos, el sonsonete y el metro se pegan a los oídos, hasta cuesta trabajo salirse de la vibración del ritmo y de la rima. A poca aptitud que se tenga, resulta así cualquiera copla. Paréceme que, por haber escrito versos antes que prosa, esta última me cuesta más trabajo; necesitando tenerme de la mano para que no me salgan a cada instante endecasílabos, octosílabos y otros metros.

¿Tiene esto aplicación a la pedagogía? ¡Vaya si la tiene! Pero, dejemos el asunto; sería largo. Prosigo con mi cuento, que no lo es.

LXXXII

*Las cerezas se enredan

Entro una tarde en casa del *señó Felipe*. No estaba María Pepa, y pregunté por ella.

—Arriba está, en la *sotea*—contestó la madre.

Subí y, en efecto, la encontré sentada en el poyo de una reja-ventana que daba a la calle de Sevilla.

Ventana y azotea no se compaginan bien. El caso consistía en que el caserón, de puro viejo, había hundido el piso alto, quedando un lienzo de pared en que se mantenía la ventana y (desaparecida la techumbre) el piso convertido en azotea.

La plena luz de una tarde de verano inundaba el espacio y enfocaba la figura de María Pepa, muellemente reclinada sobre el alféizar.

Un manojo de claveles escarlata, graciosamente caído, exaltaba la brillantez de las negras ondas de la cabellera, y otro clavel hacía de botón al centro de su leve descote.

Al verme llegar, corrió por su semblante una especie de agrado, saliendo los dos hoyuelos de las mejillas a acompañar al de la barba, como si me dijeran: «¡Buenas tardes!» De súbito se ocultaron; y lo rosado del semblante extendióse por la totalidad de su blancura, lo mismo de la cara que de la frente y cuello.

No sé lo que me pasó por de fuera, porque no podía verme; por dentro sentí como si algo me inundara y saliera en caño por los ojos. María Pepa bajó la vista, y yo también.

Ella tenía mi edad; y lo que yo había extrañado fue, sin duda, que la dejé en botón de rosa el año anterior, y en éste hallábase en el momento de lucir sus primeros colores y formas, de exhalar sus aromas primeros. Por mi parte, sentí la mayor conmoción interna que he experimentado en todo el resto de la vida.

Cuando niños, María Pepa y yo nos queríamos cuanto puedan quererse dos criaturas. María Pepa no tenía más voluntad que la mía. Siempre me hablaba preguntándome:

—¿Quieres que juguemos? ¿Qué quieres que haga?

Siempre nos besábamos al vernos y al despedirnos.

Quise besarla como antes... ¡Huí!... Ella seguía con la vista baja, y me sentí temblar. Los ojos se me humedecieron sin saber por qué. Sentí un mareo. Púseme más encendido que los claveles de María Pepa, volví la espalda, bajé la cabeza y me fuí a casa.

La multitud de cosas que pasan en un solo instante por el interior de la criatura hace difícil su enumeración, y más difícil el dar cuenta de ellas de una manera ordenada; porque se ofrecen de modo tan atropellado y revuelto, que, por mucha aptitud analítica que se posea y por mucha memoria que se tenga de las propias impresiones, la descripción fiel de todo esto supera a las facultades humanas.

Metodizando cuanto puedo la materia, diré que me sentí arrastrado en dos opuestos y poderosísimos sentidos. El primero, me arrojaba a los brazos de María Pepa; el segundo, me

detenía. En tan rápido conflicto, sentí latir mis sienes, aturdírseme la cabeza, cual si estuviese alcoholizado.

El primer impulso fue involuntario y rápido, como la ira que súbita nos acomete. El segundo, voluntario e involuntario a un tiempo mismo; pero no de emoción, sino de motivos presentados en el cerebro no sé cómo. El primero apareció cual una ráfaga enardecida que inundó todo mi sér; el segundo, partiendo por detrás de la frente, quedóse allí mismo taladrándome el cerebro y amenazando saltarlo por las sienes.

¿Qué motivos fueron esos, presentados no sé cómo en el cerebro? Fueron muchos, muchísimos. No podré fijar ahora ni su orden de sucesión, ni el valor comparativo que a cada uno pude dar; pero los recuerdo bien, y sé que por el peso de su suma fue contrastado el primer impulso, sufriendo un choque mi sér entero: conmoción parecida a la que se experimentará cuando dos buques, corriendo a todo vapor o a toda vela en contrarias direcciones, chocan entre sí.

Primeramente, yo quería mucho a María Pepa: nos tratábamos desde que teníamos tres años; mi voluntad era la suya; su finura innata, de cuerpo y de espíritu, culminaba más entre aquella familia de escasa educación; era algo mío.

Acababa yo de recibir abundosas inspiraciones de amor humano con la lectura de tantísimas poesías; y aunque impuras las más, no hicieron mella en mi espíritu por ese lado; antes bien, determinaron una contraria dirección fluctuante (respecto al parecido) entre el amor a Beatriz y el amor a Dulcinea.

¿Por qué este efecto, y no el más directo y natural? Encuentro en mí la explicación, sumamente sencilla: dependió de la huella que dejan en el espíritu las primeras impresiones.

Antes de leer el *Gil Blas* y las poesías de Martínez de la Rosa, Quevedo, Góngora, etc., cuando en la cuna me contaban cuentos, éstos concluían en que el príncipe se casaba con la dama encantada o con la doncella humilde, y no de otro modo ni a menos precio se podía hacer su dueño. Cuando el

caballero, en sus aventuras, era acogido en el mismo lecho, único, de la castellana altiva, ponía a través de ambos la espada por fianza de la honestidad.

Mi buena madre, singular tipo de mujer española, ignorante y apasionada, generosa hasta el heroísmo, humilde casi siempre, arrebatada y ciega a veces, era ejemplar de honestidad llevada a tal extremo, que no recuerdo haberla visto nunca en ropas menores, ni el seno aunque lactase; ni sé cuándo pudo hacer sus diligencias, pues de tal manera se recataba, que, a ponérseme por testigo, la tendría que declarar como cuerpo glorioso.

Sentimiento tan vivo del pudor, junto con el concepto adquirido por los cuentos, dirigieron mi juicio a considerar como cosa abominable la sensualidad. Afirmábame en lo mismo el sexto mandamiento, y sobre todo mi idea del honor. Dos cosas entendía entonces como deshonrosas en primer grado: para la mujer, el quebrantamiento de su pureza; para el hombre, ser cobarde. El romance de los Comendadores constituía mi código del honor. ¿Cómo deshonrar yo a mi pobre y querida María Pepa!

Pero, tan poderoso fue el vértigo, al despertar el nuevo sentimiento, que dudo si los motivos expresados hubieran sido suficientes para mi determinación. Sé que un momento me dije: «¿Y quién lo va a saber?» Un error singular disolvió como la sal en el agua las consecuencias a que iba encaminada la pregunta.

Mis conocimientos fisiológicos sobre determinadas funciones se habían perfeccionado con el estudio de la botánica; pero entendiendo que cópula y fecundación eran una misma cosa, y que dada la una era infalible la otra. Todavía repuse:

—¡Pues me casaré!

Pero, al verme tan niño y tan fuera de posibilidad casadera, la lucha concluyó por aturdirme, dar giros a mi alrededor María Pepa, tapias y ventana, y huir tambaleante.

María Pepa, sin duda; mas yo no era púber aún. ¿Hubiese

vencido la virtud si esta circunstancia viene entonces a mi mente o llegan a ser más exactos mis conocimientes fisiológicos? No lo sé.

¡Pero cuántas cosas, cuán varias y cuán hondas influyen y determinan los actos de las criaturas! ¡Cuánto hay que observar y estudiar en sus oscuros e intrincados resortes! ¡Cuánto puede y debe aprovecharse en esa observación y de ese estudio para dirigir la educación!

En fin, para terminar la historia de la pobre María Pepa, diré que me convertí en su mudo y platónico amador. Huí las ocasiones de encontrarla sola, desquitándome con echarle miradas lánguidas a hurtadillas y nada más. Bien comprendía ella este lenguaje, y bien debía de mortificarla y fastidiarla.

Dos años después, la encontré casada. Grande fue y silenciosa mi pena; pero fue mayor cuando conocí al novio. La misma naturaleza e inclinación fina de María Pepa ocasionó su desventura. Rechazando lo grosero y malcriado, vino a aceptar por marido a un oficialillo de escribanía, rubio, pálido y pecoso, que, si vestía levita a medio uso y sombrero de copa alta, en cambio era viciosillo y borrachín.

María Pepa se deshojó a muy poco, como rosa tronchada, y expiró; su marido no tardó en seguirla, carcomido por los excesos y la tisis.

¡Pobre María Pepa; jamás pude olvidarla!

LXXXIII

*** De cómo la ausencia de alegría en la juventud declara enfermedad de espíritu o de cuerpo.**

Caído ya el ánimo y alejado el bullicioso hervor infantil de la alegría, el amor insatisfecho (de suyo melancólico), sumado a las antedichas causas, hízome experimentar interiores desabrimientos y ansiedades tristes.

Así entré en la adolescencia, y con el mismo sello de ca-

rácter, he proseguido los años que llevo de existir hasta hoy, sin más que momentáneas o breves interrupciones, y el atempero por cierta ficción o disimulo para no convertirme en agrio y desagradable al trato y estima de las gentes.

Calculo si sería por los alrededores de Diciembre del mismo año 40 cuando mi padre, con la demás familia, se estableció en Cádiz. El Puerto, solitario en invierno, no ofrecía atractivos para mí; juzgaba haber en Cádiz más amplios horizontes.

En la vida nueva, debió ocuparse mi padre, dados la edad y el medro de su hijo, en el problema de mi educación.

A inducir por sus determinaciones y las doctrinas corrientes en las personas de mundo, paréceme que debió de fijar su consideración en uno de los más salientes problemas de la pedagogía doméstica y paternal, a saber: impedir que el niño ande en malos pasos. Ello es que habiéndome dejado hasta entonces en libertad para que hiciera lo que me diese la gana, sin percatarse de mi lección de equitación, ni mis rabonas y demás diabluras, ahora me puso un ayo para que me llevara y trajera, acompañándome a todas partes.

Apagada mi presunción de hombría, como otras cosas, ni me afeitaba ya el labio con el cortaplumas, para adelantar el bozo, ni me contrarió el cirineo de levita, quizá porque su oficio fue breve.

En efecto, a poco, me pusieron de medio-interno en el Colegio de San Pedro; dormía en casa, y pasaba el día en el edificio escolar, excepto los domingos y fiestas.

LXXXIV

* Prosigue la interrumpida educación.

Era director el Padre Mora, un exclaustrado convertido en sacerdote, que tenía poco de fraile, mucho de bandolero y más de clérigo de misa y olla. Modesto y conocedor de sus

cortos alcances, ejercía de director nominal, reservándose la efectiva de la instrucción primaria y la gestión económica.

Sojuzgado, pero no extinguido el carlismo, informaban la sociedad de aquella época dos tendencias en lucha, que se manifestaban en todos los sentidos posibles, sin excepción de la misma enseñanza.

Habíase establecido en Cádiz el Colegio de San Felipe Neri, el mejor sin duda que se conocía entonces en España y, a decir verdad, el mejor en su género que ha existido después hasta hoy día de la fecha.

Fue creado por comerciantes, indianos en su mayoría, con el patriótico fin de que sus hijos recibieran educación española; esto es, que no resultaran filibusteros, sino amantes de la tierra de sus padres.

Poblaron el Colegio los hijos de la gente acaudalada, cuya inmensa mayoría era por entonces del partido moderado; y por ello tomó necesariamente color político el bueno de San Felipe.

Algún ricachón, algunos ricos, y la mayoría de las gentes mediocres, formando la falange progresista, hicieron rancho aparte y enviaron sus hijos al Colegio de San Pedro, por más que el Padre Mora fuese tan progresista como su abuela.

Frente al Colegio de San Felipe, ya que no podía oponer su nombre al del célebre poeta D. Alberto Lista, procuró buscar lo mejorcito para el desempeño de las cátedras.

Primeramente arrambló con el material aprovechable de los exclaustrados, sacando de allí a un Sr. Virotó, excelente latino, a quien debió coger la exclaustración con la miel en los labios, sin que le entrase más adentro, a juzgar por los hechos de vestir correctamente de laico, no volver a ocuparse en la misa y adoptar un continente más parecido a comandante de reserva que a pretérito novicio.

También sacó de dicha procedencia al Padre Martínez, lector agustino que había sido, trocado en clérigo llano y de regulares costumbres, bien instruído en filosofía dogmática y

teología, menos en la de Condillac y Baldinoti, que explicaba por la necesidad de acomodarse a los tiempos, y no levantar voces del lado de San Felipe con que le acusasen de ignorante y atrasado.

Para concluir con el personal de eclesiástico origen, diré que había otros dos exclaustrados más, quienes hacían el oficio de inspectores y daban clases subalternas: uno de ellos, el Padre Sartou, tranquilo, indulgente y que debía de ser bueno, puesto que se captaba el cariño de los muchachos, manteniendo en difícil equilibrio el respeto y la amistad.

Un lego venía, por último, encargado del comedor y la despensa; pero tan lego, que debió salir así del mismo vientre de su madre. ¡Ya quisieran haber llegado Cubas, Guzmán, Mariano Fernández y todos los actores cómicos de nuestro teatro antiguo, a hacer un lego tan motilón, tan típico y tan lego como el despensero de San Pedro!

El elemento laico lo constituían principalmente los que voy a enumerar.

D. Joaquín Riquelme, notable matemático entre los más notables, profesor desde aritmética elemental hasta matemáticas sublimes; y verdadero profesor, pero que, por lo mismo, si inmejorable para hombres y personas aplicadas, no servía para chicos, que toman la cosa por necesidad y para cumplir.

Seguíale como hombre notable su cuñado, D. Pedro O'Cruley, profesor de Inglés y Francés, de Historia Universal y de España, de Mitología, Retórica y Poética. Todavía hubiera podido desempeñar otras cátedras más, a haber querido. Porque, verdaderamente, ya como instruído, ya como talentoso, muy pocas personas de aquel entonces le podrían aventajar. No hay sino que D. Pedro, con ser el talento de Cádiz, era el mayor y más singular bohemio que había en todas las Españas.

Con estos dos puntales, con los elementos antedichos, más un médico que daba algunas lecciones de Física y de Historia Natural, más un boticario que oficiaba de químico, un maestro

de baile, dos de música y otro de esgrima, quedaba cerrado el cuadro que tenía que oponerse a las públicas preeminencias de su rival el Colegio de San Felipe Neri.

Perdóneme el que leyere, si, por historiador justo (ya que he descrito mis escuelas de primeras letras, el Colegio de la Aurora y las cátedras de San Juan de Dios en el Puerto), no omito los detalles necesarios para dar a conocer el estado de la enseñanza en los colegios gaditanos en la fecha a que nos referimos.

Tal es el principal fin de estos apuntes; que, si aburren para leídos, no huelgan para animarnos a mejorar la enseñanza y señalar jalones que nos digan si avanzamos o retrocedemos, o si estamos quedos.

LXXXV

* Reconocimiento y clasificación.

Investido de colegial mediante el pago de la pensión del mes, pasó el Padre Mora a tentarme la ropa: quiere decir, a ver qué grado de instrucción tenía el crecido y recio zagal que le entregaban, para disponer las asignaturas a que debería llevarle.

Empezó por la Doctrina; y me encontró tan en claro, que, fuera de persignarme, del Bendito, el Padrenuestro y el Credo, no acerté ni con el número de uno solo de los Mandamientos.

Me hizo leer, y leí bien, de corrido y con sentido cabal.

Hízome escribir al dictado, y le quitaron la buena impresión de la lectura los garrapatones de lo escrito y no pocos excesos ortográficos.

Se metió en la Gramática, y tuvo que salirse de ella *motu proprio,* mirándome de soslayo, sorprendido de ver tal inopia en un muchacho que traía certificado de Latín y otras varias cosas.

Pasó a la Aritmética... ¡y ni sumar! Lo peor del caso es que sigo así, contando sesenta años muy cumplidos.

Quedóse atónito y suspenso el Padre Mora, meneó la cabeza como quien no sabe qué hacer: debí parecerle demasiado grandullón para echarme a los bancos de la escuela. Al fin tomó asiento detrás de su pupitre y escribió tres papeletas: una para Virotó, primer año de Latín; otra para D. Pedro O'Cruley, Historia de España, Mitología, Retórica y Poética; la tercera, para D. Joaquín Riquelme, Aritmética y Algebra.

A las horas correspondientes, me presenté en las cátedras. Todo se redujo a *oir*, *ver* y *callar*. Terminada la lección, cada maestro me dió el título del libro que debía adquirir y por el que había de estudiar.

Dueño de ellos, con resolución firme, abrí el nuevo *Arte* de Latín para recomenzar lo que tan sin fruto había procurado en otras ocasiones aprender. A decir verdad, algo más obtuve; pero poco y prendido con alfileres.

Pasé al libro de Historia: consistía en un compendio, sobre poco más o menos, parecido en tamaño al Iriarte. Su esencia consistía en un catálogo de nombres y fechas. Enterábame de algo; pero como el empeño y el propósito del libro se cifraba en el extremo cronológico principalmente, resultaba imposible para mí el quedarme con las fechas ni los nombres sin trastrocarlos ni confundirlos.

Abrí el libro de Mitología: historia fabulosa bien comprendí que era; cuando no podía quedarme con la efectiva y real, me pareció tiempo ocioso el destinado a cargarse la cabeza con la vida y milagros de Júpiter o Venus.

Quedábanme la Retórica y Poética; leí dos o tres páginas, y parecióme tan sandio su contenido, que cerré el libraco, con cierto menosprecio.

«¡Mal principio de semana (dije para mi capote): soy burro de remate! ¿Para qué querrá mi padre hacerme estudiar? No sirvo para esto. Que me haga cadete: para eso me sobra con

saber leer y escribir. En el Regimiento seré el primero; en el Colegio éste, como he sido en la escuela, el último.»

LXXXVI

* Donde menos se espera, salta la liebre.

A las nueve empezaba la clase de Latín, durando hasta las doce. De una a dos, la de Aritmética y Algebra. De cinco a seis de la tarde, en días alternos, unos Historia, otros Mitología, Retórica y Poética.

Virotó tenía la clase dividida en dos bandos: Cartagineses y Romanos. A mí no me hizo beligerante desde luego; dejóme en paz hasta saber los puntos que yo calzaba.

Al pronto no me enteré de lo que significaba aquello, pero luego entendí que era una donosa aplicación de la Historia antigua a la Pedagogía.

Vivían allí los latinizantes en perpetua lucha, con su general a la cabeza y sus correspondientes decuriones, librándose batallas, ganándolas o perdiéndolas, según los puntos o heridas que respectivamente hacía cada parte. Una tablilla, con una *C* y una *R* enlazadas y de color rojo, pasaba los bancos de la una a la otra banda, según Cartago o Roma lograse la victoria. Confieso que, a pesar de mis inclinaciones bélicas, si amortiguadas, no extinguidas aún, no me entusiasmó gran cosa la invención.

A lo último, concluída la lucha entre Cartagineses y Romanos, comenzó el profesor unas explicaciones que no entendí. Después empezó a tomar la lección a los muchachos, de la parte señalada y explicada el día antecedente, y finalizó preguntándome no recuerdo qué.

Como no acertara a contestarle, me preguntó otra cosa. Así, bajando y bajando, llegó a las declinaciones, donde a duras penas y equivocándome a cada paso pude salir del aprieto,

no sin dejar ver claro que no sabía una palabra y necesitaba principiar por el *A B C*.

Mohino y con las orejas calientes, entré a la hora respectiva en la clase de Aritmética. Comenzó Riquelme por explicar una sencilla suma de quebrados. Después fué llamando uno por uno a cada chicuelo, notándole cantidades y haciéndoselas sumar.

Me llegó el turno... ¡y aquí te quiero ver! Salió a la luz del día toda mi desnudez, y vió el maestro que no sabía realmente ni la tabla de sumar: las cuatro reglas, que a duras penas había aprendido con D. Domingo Fartos, se me habían olvidado.

No se impacientó D. Joaquín, pero me dijo que sin saber bien las tablas de sumar, restar y multiplicar no podía darse un solo paso. Salí del aula más corrido que una mona, triste y malhumorado.

Llegó la hora de la clase de O'Cruley, y entré en ella con la tristeza y el mal humor acrecidos. Tocábale aquel día la Retórica y Poética, y habló de ellas en general; pero tan claro, con tanta soltura y gracia, que lo que me pareció sandio en el libro, me resultó instructivo y ameno saliendo de sus labios.

Terminada la explicación, no empezó a preguntar, sino que entabló conversación con un alumno sobre cosas de versos de pocas sílabas y de muchas sílabas; y así procuraba hacer por que los cursantes dijesen algo que se les pudiera ocurrir, tuerto o derecho.

En esto se encaró conmigo, y me dijo:

—¿Se ha hecho usted cargo de en qué se ocupa la Mitología?

Aunque la distracción de la conferencia había suspendido mi confusión y mal humor, al verme interrogado sobre materia de que tampoco sabía palotada, presintiendo que iba a hacer un papel ridículo por tercera vez en el primer día, exasperado le contesté:

—No, señor. ¡Ni quiero!

Quedóse parado ante el tono y brusquedad de la contestación, y repuesto, me dijo dulcemente:

—Algún motivo le asistirá a usted para eso. Si usted fuese tan amable que me lo dijera, tendría mucho gusto en oirlo.

A lo cual, amostazado, repliqué con viveza:

—Tengo mala memoria. No puedo aprender la Historia de España, ni la tabla de sumar; y no voy a quebrarme la cabeza aprendiendo fábulas y tonterías.

Quedó aún más suspenso D. Pedro; y después de un rato, volviéndose a la clase, que estaba extrañada, por tratarse de un condiscípulo nuevo y desconocido, así como por el atrevimiento, dijo:

—Puede que este alumno tenga razón. De todos modos, declaro que me gusta. Es un librepensador, y no me equivoco si os digo que será el primero de la clase.

Salí confuso entre los demás muchachos, que me miraban curiosamente. Sentí mucha gratitud hacia el maestro; parecíame que me había sacado una espina de mi corazón y echado un bálsamo en la herida.

A la hora de estudio y en mi casa, aquella noche volví a los libros con verdadero afán, pero nada: no había voluntad que superase la imposibilidad absoluta de mi condición.— «Dos por dos cuatro, dos por cuatro ocho, dos por ocho... (contaba por los dedos y seguía)... diez y seis, dos por nueve...» Y tenía que volver a contar por los dedos para decir «diez y ocho».

Claro está que las dificultades crecían a medida que la cuenta iba siendo de más dedos. Cansado de tan ímprobo trabajo, dejaba éste para pelear con las declinaciones. Rendido al fin, como si hubiese hecho una larga jornada, dejaba caer el libro de la mano.

Así pasaron unos días de mortales angustias para mí en las clases de Virotó y Riquelme, de tranquilidad y satisfacciones progresivas en la de O'Cruley.

Apuntaba en un papel los nombres de las personas y las fechas. Cuando le tocaba a D. Pedro hablarnos en una lección acerca de los Fenicios y departía sobre el punto con los mu-

chachos, al llegarme la vez y meter mi cuarto a espadas, decía los hechos de más bulto, y sacando un papelito, dirigíame a D. Pedro:

—No querrá usted que diga un disparate, y para no trabucar los nombres ni las fechas, aquí traigo apuntados unos y otras.

—Hace usted bien—contestaba.—Después de todo, sería un botarate quien se pusiera a escribir de Historia fiándose en su memoria. Mala Historia escribiría no teniendo a la vista, para consultarlos, todo género de datos y documentos, así de los sucesos, como de su enlace y del tiempo y época exactos en que ocurrieron.

De ese modo iba pasando en Historia casi tan bien como el más dispuesto y memorioso; pero donde alcancé prontamente triunfos inesperados y trascendentales fue en Retórica y Poética.

Con lo que cogía al oído de las explicaciones de D. Pedro y con otro factor existente en mí, y del que, sin embargo, no me había dado cuenta (es a saber: la lectura de las obras de Martínez de la Rosa, la traducida Epístola de Horacio a los Pisones y la colección de Quintana), hice un amasijo de tal volumen, que D. Pedro y todos los muchachos de la clase se hacían cruces, creyéndome un prodigio.

Con esto había adquirido cierta autoridad, que subió de punto cuando, encargando a los alumnos de la clase que escribieran un romance sobre no sé qué tema, salió mi romance a relucir.

Ya en camino, me pidieron cuartetas y quintillas, octavas reales, sonetos y muchas cosas más, con cada una de las cuales abrieron un palmo de boca discípulos y maestro.

—¡Es un literato! ¡Es un poeta!—exclamaban asombrados.

¿Quién me tosía ya? ¿Qué importaba que no diese palotada en el latín y en el sumar? Los mismos Virotó y Riquelme me miraban con respeto. Sin embargo, era lo cierto que el *litera-*

to no estaba seguro de si una palabra debía escribirse con *h* o sin ella, con *b* o con *v* de corazón.

Pero cada tiempo tiene sus modas y aun manías. Por aquel entonces, todo lo que había que ser en España era autor de coplas. Quintana, Gallego, Espronceda, Zorrilla, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, llenaban todos los cerebros. Ser poeta era el colmo de la sabiduría. Al mismo D. Alberto Lista no se le tenía en nada por eclesiástico, ni por maestro, sino porque hacía versos.

Que no supiera una patata de Teología: con una oda más o menos lamentable, alcanzaba la Doctoral cualquier clerizonte; o una mitra si los versos menos malos, y el cura de regular conducta. Ni los periodistas ni los diputados tragaldabas conseguían, como ahora, los altos puestos del Estado; mientras que los asaltaba con la mayor facilidad cualquier autor de comedias o de un librejo de versos.

«Ritmo y rima llevaban hasta a la Presidencia del Consejo de Ministros, del Estamento de Próceres o de Procuradores.»

Con esto comprenderá el lector el espíritu de aquella época y la importancia que adquiría en la sociedad escolar su vate improvisado.

Dejé de asistir á latín con Virotó, sin que nadie se atreviese a decirme palabra. Iba cuando quería a la clase de Riquelme, y no se atrevía a preguntarme nada. Entraba y salía en el aula que me daba antojo, para matar el tiempo; pasando el día de aquí para allí, asaltando la despensa, haciendo rabiar al lego, forcejeando con los criados y derribándolos con la zancadilla, forzando las llaves de los calabozos para libertar los prisioneros, jugando al florete y al sable, donde mostré aptitudes superiores a los demás discípulos. Híceme el gallo de los internos y externos, el desfacedor de entuertos escolares, el niño mimado de los sirvientes, inspectores y maestros.

Juntamente con la enseñanza de D. Pedro O'Cruley, casi tanto como la clase de Esgrima, llegó a interesarme la de Ló-

gica y Gramática general que daba el Padre Martínez. Fuí a ella espontáneamente y sin que el Padre Mora interviniera; fuí porque sí, porque un día entré curioso, entendí bien la explicación, y me gustó la materia.

Compré el Baldinoti traducido al castellano, por puro adorno, y una Gramática general; pero no los abrí. Ya el horror a los libros de enseñanza se había apoderado de mi espíritu de tal modo, que miraba un enemigo en cada texto. Pero, eso sí, escuchaba con mucha atención lo que decía el Padre; sus ideas no sólo me las asimilaba, sino que despertaban en mi pensamiento otras ideas, y problemas y conatos de explicaciones.

El Padre me cobró cariño, prodigándome a poco las consideraciones de un compañero y del más aventajado de la clase.

Al fin del curso me encargó el repaso de los otros escolares. Y aunque esto no me dió la importancia que las coplas, me produjo una satisfacción más íntima; cobré mayor confianza en mí mismo, y aun produjo en mi espíritu ciertos dejos de independencia intelectual, cierta rebeldía al pensamiento ajeno.

Crecieron estas manifestaciones de la interior soberbia hasta el punto de denominar intolerancia a las contradicciones de mi opinión propia; arrebatábanme las disputas y encendíanme el espíritu con los vendavales de la ira, cual solemos ver en los fanáticos. En tales casos, cuando las razones no bastaban para convencer a los contrarios, en mi exasperación pasaba a los denuestos, dejando a veces maltratados a amigos y personas queridas. Luego que sobrevenía la calma, dábame pena, conocía la falta y procuraba desagraviarlos.

Advertí que pocas veces se borran del ánimo los efectos del insulto; y que el denostado, ridiculizado o injuriado una vez, podrá perdonar, pero conservando siempre en su interior la huella de la ofensa.

Como tenía el hábito de reflexionar sobre mis actos y los de las personas que me rodeaban, en las horas de mayor soledad, al acostarme, mientras venía el nocturno sueño, y al despertar por la mañana, en ese intervalo que media entre el sueño y la vigilia, decidí enmendarme; y debo confesar que, por completo, no lo he logrado aún.

Cierto que al fin pude reprimir los encendimientos y dejé de pasar de la discusión a las disputas, y menos al denuesto; pero todavía, cuando oigo sostener lo que considero falso, se conmueve mi sér, tengo que refrenar en mi interior algo que parece pugnar por desbocarse, y mis frases y palabras salen duras, por comedidas que pretenda hacerlas.

¿De qué modo podrá la Pedagogía corregir, por la educación este grave defecto? ¿De qué modo, para no caer en el extremo contrario, mucho peor todavía? Porque, ¿hay defecto mayor que la pasividad indiferente en materia de opinión? De aquí a la degradación del espíritu no hay ningún paso.

El mismo escéptico que defiende con ardor su escepticismo es una persona honrada. Pero el acomodaticio, aquel a quien nada mueve; el tolerante, no por educación, sino por indiferencia, es un egoísta, es un hombre incapaz, un eunuco del alma.

Mas he aquí un asunto educativo que no sé cómo resolverlo. Siempre será ardiente el ardoroso, e indiferente el apático. No se me ocurre más que dulcificar al primero, para que no llegue a intolerante y fanático; y estimular al segundo para que ame la verdad y defienda con celo la justicia.

Como quiera que sea, es lo cierto que sin esa mala condición que he confesado, hubiera tenido más amigos escolares.

LXXXVII

¡Gazpacho! El Escamón y Paimogo.

Llegué, no obstante, a ejercer cierto dominio: tácitamente concedido por la generalidad, más o menos repugnado por algunos, ya consintiendo a ratos, ya protestando a veces.

En el mundo pequeño de los chicos hay bastantes cosas que estudiar. Algunas han pasado casi inadvertidas; sobre una de éstas voy a trazar algunos rasgos.

A poco de *tomar la tierra,* quiere decir, de conocer el colegio y encontrarme como en casa propia, movió mi interés bajo cierto aspecto la personalidad de tres alumnos. Ninguno de los tres se parecía a los otros en nada, absolutamente en nada. Pero los tres, aunque en diversa forma y por vario modo eran tres víctimas, tres criaturas condenadas al pasto de las travesuras, los insultos y los malos tratos de la población escolar.

Como tan diferentes eran, necesito darlos a conocer por sus rasgos especiales; y dudo por cuál empezar. Principiaré por el más sencillo.

Ramón Piedra era un muchachón de catorce años, obeso y como un rollo de manteca, inocentón, tímido y femenino, aunque no afeminado. Los compañeros no le querían mal, no le tenían inquina, pero el caso es que no le dejaban un momento en paz.

Uno le empuja, otro le pellizca; éste le pinta a la fuerza unos bigotes con tinta o corcho quemado; aquél unas patillas. O ya, cuando camina inadvertido, viene por detrás un diablejo, y a la carrera le pone las manos en los hombros y salta por encima. O bien, si los inspectores están lejos, se asocian varios estudiantes y derriban al pobrete, gritándole:

—¡Gazpacho!

Y el «gazpacho» consiste en quitarle los calzones, darle azotes en las rollizas nalgas, echarle buches de agua en la barriga, sobarle de lo lindo y pellizcarle.

A todo esto acompañaban las naturales protestas del agredido, así como la risa, jolgorio y algazara de los demás, quienes en cada coz y en cada vano esfuerzo de la víctima sentían un placer maligno e indefinible.

La segunda víctima tenía por nombre Manuel La Riva. Contaría unos diez y seis años. Ni poco ni muy desarrollado, rubio, de pelo claro, fisonomía indiferente casi siempre, descon-

fiada a veces (los chicos le decían *escamón*: palabra que no sé si está en el Diccionario, pero que da una idea inexpresable por ninguna otra.)

Sobrino de un montañés enriquecido en el Puerto de Santa María, mal educado (el sobrino), por consiguiente voluntarioso y tímido, formal y de mediana inteligencia, guardoso, sin esa generosidad de los muchachos, tan noble en el fondo, que los lleva a dar y repartir entre los compañeros todo lo que tienen: tal era *El Escamón*.

Por este pecado comenzó su desdicha. Dieron los condiscípulos en asaltarle el baúl y registrarle la carpeta, forzando llaves y cerraduras. Quitábanle las golosinas, el dinerillo, los libros y papeles, con lo cual se daba a los diablos y quejábase a los superiores. Vinieron las averiguaciones y algún que otro castigo. No fue preciso más: los saqueos arreciaron, quedóse hasta sin calcetines ni camisa; la palabra del más terrible conjuro escolar pesó sobre su cabeza: «*¡Soplón!*», y se vió privado del agua y del fuego. Sus compañeros no volvieron a dirigirle la palabra, sino para mofarse de él o insultarle. Los más chicuelos tenían potestad para maltratarle, pues tras ellos estaba todo el Colegio para acogotar al réprobo, si fuese osado a responder al insulto.

Fue preciso a los directores del Colegio sacar a La Riva del dormitorio general, destinarle una habitación retirada y aislada, de cuya llave era dueño el prisionero, y estar allí condenado al aislamiento y la soledad, sin más amigos que su carpeta, baúl y cama.

La tercera víctima era *Paimogo:* hace poco que ha muerto y reservo su nombre por justas consideraciones; además, en el Colegio sólo le conocíamos por sus dos apodos. Los chiquillos no se habían contentado con uno: *Paimogo* le decían despectivamente, por ser natural de ese pueblo, en la provincia de Huelva; llamábanle también *Durana*, por expresarle antipatía y malquerencia.

El lector no entenderá qué tiene que ver el nombre de Durana con tales defectos. Fácil es la explicación.

Por aquellos tiempos luchaban desaforadamente los partidos moderado y progresista. El último se veía vencedor, gracias a que había echado en el platillo de la balanza su espada el general Espartero. Los moderados venían observando la política violenta y perseguidora que ellos denominaban «*de resistencia*», y que, continuando hasta muchos años después, dió al traste con la corona de Isabel II.

Era el jefe y corifeo de los moderados un Sr. Durana, hombre culto, pero de pasiones vehementes, mejor dispuesto para las intolerancias del absolutismo que para las prudencias de los partidos medios. Dedicó su vida a pelear, acosar, perseguir y aniquilar a los progresistas, ya por medio de la prensa en el periódico de que era director, ya desde la esfera del poder, ejerciendo el cargo de cacique absoluto de Cádiz y su provincia. Con esto resultó aborrecido de los progresistas y altamente impopular. Al caer los moderados, tuvo que salir a uña de caballo. Y la población escolar de San Pedro, hija de familias progresistas, no encontró otro nombre más odioso que aplicarle a *Paimogo* que el segundo mote de *Durana*.

Y antes de seguir mi cuento diré que Durana emigró y que a poco se suicidó en París, pegándose un pistoletazo. Aunque maduro de años, no teniendo en qué ejercer su fogosidad, se enamoró de la Reina Cristina; declaró a ésta su atrevido pensamiento, y al recoger las naturales calabazas, no pudo digerirlas y se levantó la tapa de los sesos.

Paimogo era un mozuelo de quince años, moreno con visos verdinegros, ojos grandes y torvos de mirar oblicuo, roborado entre la contracción de los párpados y el fruncimiento del entrecejo. «*Impatuoso*» e «*impatizador*», descubría que si dañaba de palabra, con más gusto dañara con obras, a poderlo hacer impunemente. No carecía de inteligencia, pero en lo moral no debió a la naturaleza grandes favores. Envidioso, egoísta, vengativo, suplía con la mala intención lo que le faltaba de ese

valor generoso, más o menos arrebatado, que solamente anida en los corazones nobles.

Nada de esto estaba analizado por sus compañeros, ni tampoco por mí entonces; pero, indudablemente, por esa intuición o ese instinto que suple a la reflexión en las criaturas, todos sentíamos antipatía hacia *Paimogo*. Por eso, no contentos con no llamarlo por su nombre, le pusieron *alias*, como a los criminales; y no pareciéndoles expresivo, le añadieron el que a la sazón mejor encarnaba el odio a la violencia y a la tiranía.

Los muchachos, individualmente, le tenían cierto miedo; pero de modo espontáneo se asociaban para insultarle, mortificarle y vejarle, con más saña y rigor que al inofensivo La Riva.

En efecto, *Paimogo* era de la madera y naturaleza de los criminales natos. Cuantas veces he pensado después en tal criatura, más y más convencido quedé de que sin la educación que recibió hubiera ido a parar en un presidio.

Cualquiera diría ahora que esa educación fue la cristiana y moral que le suministrara el Padre Mora o el lector Fray *Fulano* Martínez. Permítaseme que lo niegue: nada de eso. La educación que le impidió ser un malvado, aunque sin lograr hacer de él un hombre bueno, se debió a sus compañeros, al desprecio y los insultos, que, si no le amansaron, hiciéronle tragar saliva una vez y mil, acostumbrándole a reprimirse, a devorar dentro de sí sus aviesas inclinaciones; en una palabra, a dominarse de grado o por fuerza.

En una época como aquella, en que ni familia, ni maestros, ni colegios se ocupaban para nada en la educación de las criaturas (creyendo neciamente que todo se reducía a enseñar de memoria la Doctrina, el libro de Urbanidad, el Latín y algunas otras garambainas condecoradas con el nombre de *asignaturas*), la educación se administraba y adquiría sólo por el roce, contacto y lucha de unos chicos con otros, por el instinto que les llevaba a estimar a los buenos, burlarse de los imperfectos y fustigar a los malos.

Al pobre de Piedra nadie lo quería mal, pero era objeto de las bromas más o menos pesadas de la malignidad estudiantil. Era un pedazo de carne fofa bautizada, un sér sin energía, y a fuerza de empellones y diabluras le fueron educando, agilizando y despabilando. El método no resulta muy pedagógico ni sano; no seré yo quien lo defienda ni proponga; pero, a la verdad, no conozco otro cuyos resultados abone tanto la experiencia. Cuando más adelante hable de las novatadas en las universidades y colegios de carreras mayores, puede que tenga que volver sobre el asunto.

Como La Riva era del Puerto, y paisano mío, por tanto, creí caso de honra salir a su defensa; y, en efecto, con más o menos trabajo pude librarle de su muerte civil. Dejáronle en paz, aunque nunca tuvo amigos; yo fui el único. Me lo agradecía con cierta especie de reconocimiento y sumisión, lo cual no era parte a que se le ocurriera nunca brindarme con nada, ni aun de sus abundantes golosinas.

Ya en camino, de desfacedor de agravios, híceme Quijote de la causa de *Paimogo*. Cesaron de vejarle en presencia mía, no sin que la empresa me costase dar y recibir algunas cachetinas. Pero pronto advertí que el buen *Durana,* no sólo no agradecía mis servicios, sino que en su interior le corroía la envidia y hasta la malquerencia, como ofendido de que obtuviese yo por mi propia autoridad y fuerza un favor para él. Con esto le dejé abandonado a su propia suerte, guardándolo constantemente en la memoria cual tipo de hombre atravesado. Después, el tiempo ha venido a demostrarme cuánta razón de instinto gozan los muchachos, y cómo la propia Naturaleza procura insconscientemente corregir las imperfecciones.

Paimogo comenzó la carrera de abogado; la abandonó y dedicóse a contratista de obras públicas: fue duro, despiadado y estrujador de trabajadores; así se hizo rico. Vivió malquerido de los humildes, menospreciado de sus iguales, comido de envidia por la prosperidad de quienes la alcanzaron mayor que él. Murió sin que una lágrima humedeciese ningunos ojos.

No tropezó en algún artículo del Código porque los colegiales de San Pedro le enseñaron a tascar el freno, disimular y reprimirse. Pero sus últimos años fueron desastrosos; casado, tuvo hijos que ya no se educaron en San Pedro; las ramas salieron al tronco, y esas sí que se enredaron en los artículos del Código penal.

LXXXVIII

* Los exámenes de antaño.

Celebrábalos anualmente San Felipe con gran pompa y aparato; no había de ser menos San Pedro.

San Felipe Neri estaba en su propio edificio, gran convento remozado y alegre, el cual pudo servir para el objeto con que fue fundado, lo mismo que para Palacio de las Cortes y que para Colegio de segunda enseñanza. Tenía y tiene un amplio patio hermosísimo, lugar apropiado para los juegos juveniles y para el espectáculo teatral de los exámenes públicos.

San Pedro residía en un enorme casarón de la calle del mismo nombre y en otras dos casas más, contiguas y comunicantes por la espalda, con fachada a la plaza de Mina. Careciendo estos edificios de un patio tan lucido como el de San Felipe, salíamos de madre y verificábamos la fiesta en el más hermoso que había en la ciudad: en el patio del Pabellón de Ingenieros. Aquello era de ver cuando se celebraba tan solemne espectáculo, acto, fiesta y representación, porque de todo tenía un poco. Epoca fija, en los comienzos de Junio.

Un gran toldo de blanca lona, adornado con festones rojos, tamizaba la luz espléndida del inicial estío, dando al ambiente dulce frescor. Las galerías, listadas de bancos ocupados por el público anónimo. El cuadro central del patio, vistosísimo. Banderas y gallardetes ondeando en los balcones de las galerías. Pabellones de vistosas telas adornando los arcos y columnas inferiores. Alfombrado el suelo.

Al frente, amplia tribuna (tres gradas en alto) circuída por balaustres de madera pintada simulando mármol. En el centro y al fondo, un dosel de terciopelo carmesí cobijando el retrato de la Reina Isabel, en inocente edad, con dos sandías al pie como emblema de los dos mundos de nuestros tiempos gloriosos, y la cara malhumorada y greñuda de un león asomándose. A la derecha, una mesa con tapete de damasco rojo y un sillón para el profesor. Acá y allá esferas armilares y globos terráqueos, mapas y libros, coquetamente y con pintoresca distribución colocados. Por último, un gran atril sustentando amplia pizarra negra.

Al frente opuesto, otra gradería y nuevo tablado, más pequeño, a guisa de estradillo, con sendos sillones eclesiásticos rellenos con las ilustres posaderas del Jefe Político y del señor Alcalde, juntamente con otros para el Comandante general y demás personajes, amén del Padre Mora y los catedráticos libres de faena por el momento.

Entre el estrado y la tribuna, ancha calle limitada por hileras de bancos destinados a las familias de los colegiales; excepto los próximos a la tribuna, reservados para el cuerpo estudiantil.

Allí era cosa de vernos tan lucidos de pies a cabeza con nuestro flamante uniforme, consistente en sombrero de tres picos galoneado de plata, casaca azul con botones y sardinetas del mismo metal, y pantalón también azul e igualmente adornado con franja de plata. Tan preciosa moda militar bueno es que no se pierda de vista, ni se olvide su origen. Como se nota, existía en esos Colegios híbridos y de transición, eclesiástico-aseglarados; conservándose con rigor hasta hoy día de la fecha en las instituciones meramente religiosas, como los Escolapios y Jesuítas.

Tres días duraba la función, amenizando los intermedios con su música una banda militar, situada en la galería superior. El primer día tocaba lucirse a los chiquitines de instrucción primaria; el segundo, a los zangones de humanidades.

El tercero, era todo de jolgorio.

Clase de piano y de solfeo, clase de esgrima, y, por último, clase de baile; sólo que en este examen final se apartaban los bancos y se examinaban también (aunque sin ganar curso) algunas señoritas que, galantemente, eran sacadas a bailar por los escolares. Después, reparto de premios, discursitos obligados del Sr. Jefe Político y del Sr. Alcalde, refresco de naranja y horchata, dulces para los chicuelos y familias, emparedados con buenos vinos para autoridades y demás personas de circunstancias y tal.

Hasta aquí, de los exámenes públicos no hemos visto sino la parte decorativa y exterior; quédame el dar idea de la medula íntima. Diez o doce días antes comenzaba la preparación: los catedráticos repartían los papeles entre sus discípulos respectivos. Excepción hecha del Padre Martínez, que no me advirtió nada, y del maestro de esgrima, los demás (cual a mis otros compañeros) me indicaron la lección sobre que me habían de preguntar, encargándome que la aprendiese bien.

—Mira (porque me hablaba de *tú*)—me dijo D. Pedro O'Cruley,—en Retórica y Poética nada te tengo que advertir, porque sabes más que yo; pero, de Mitología no sabes una palabra. Elige a Venus, que es la diosa más bonita; entérate de sus devaneos y de las veces, poco más o menos, que le puso los cuernos a Vulcano; pues sobre eso te voy a preguntar. En Historia de España y en la Universal tampoco estás muy fuerte; lee con atención y apréndete el capítulo de las conquistas de Alejandro y la batalla del Guadalete, puesto que se dió cerca del Puerto; y, por Dios, ¡que no me hagas ensalada con las fechas!

—De esto último no respondo—le contesté.

—¡Pues estamos perdidos! Mira, omites las que puedas buenamente, que yo no te apretaré; pero las principales márcatelas en las uñas.

D. Joaquín Riquelme se redujo a señalarme una ecuación de primer grado en el libro de Lacroix (no sé si escribo bien

el nombre) y un problema sencillo sobre no recuerdo qué asunto de triángulos.

Por virtud de tan inocente artificio, no naufragó ningún muchacho: salvo mi paternidad, que milagrosamente pudo salvarse en una tabla.

Hice un examen lucido en Lógica e Ideología, medianejo en Gramática general. Pasé a trompicones en Historia; y me hubiera roto las narices si no me ampara D. Pedro, porque las fechas escritas con lápiz en las uñas por la mañana se habían borrado. En cambio, me despaché a mi gusto en Retórica y Poética. Pero, amigo, cuando llegó la vez al Algebra y la Geometría, aquello fue un cataclismo: ¡el vacío, la soledad más espantosa, la nada, reinaban en mi cerebro! Ya había salido la pregunta de los labios de D. Joaquín Riquelme, y yo no sabía qué contestar.

Allí, en la escena, en alto, en el tablado, aumentaban mi confusión el centenar de cabezas, con sus correspondientes pares de oídos y de ojos que en mí estaban fijos, desde los del Sr. Jefe Político hasta los de las bellas jovencitas y orondas mamás. Hubiera deseado que la tierra me tragase. La vergüenza me tiñó el rostro como una remolacha; viniéronme irresistibles pujos de llorar; y para que no me viesen me volví de espalda. En cuyo momento, al ver el caballete y la pizarra, libre de la fascinación de tantos ojos, tomando curso de energía la desesperación, me sugirió una idea salvadora. Cogí la tiza; y escribiendo con gran rapidez en el encerado letras y signos, acá y allá mezclados con + y — y × y : y x, manoteando para con los brazos impedir al público la lectura y borrándola luego de repente, me volví con descaro a D. Joaquín y al público auditorio ilustre, como dando por terminada la faena.

D. Joaquín me miró absorto y me hizo la pregunta de Geometría, por ver si con ella salía más o menos disparatadamente. Pero una vez hecho el camino, ya no me paré en barras. Tracé un triángulo en la pizarra, le puse una letra en cada

pico... ¡y allí fue de ver el barajar del ángulo *a b c* con el ángulo *b c a!* Y a todo esto, escribe que te escribe y charla que te charla en algarabía o bernardinas que dejaron atónito al público y al mismo D. Joaquín, quien puso término al sainete subiendo y bajando la cabeza.

Ello fue que, *premio* no, pero obtuve la nota de *bueno* en Matemáticas. El público no me hizo justicia, ni menos los maestros, pero sí los escolares. Tenía entre ellos bastantes amigos y admiradores; gozaba de buena reputación entre los neutros, que siempre componen la mayoría de toda colectividad; pero tenía también mis émulos y tal cual enemigo. Alguno hubo de oir que un señor gordo decía al Padre Mora durante mi examen:

—Ese muchacho parece de provecho.

Y que el Padre Mora le contestó:

—Es un filósofo, y además hace octavas reales.

Con lo cual se agotó la paciencia de mi émulo y fué a desahogarse entre sus colegas, haciendo los justos comentarios de mi osadía desvergonzada en el examen de Matemáticas, y concluyendo todos por decir que yo era un purísimo farsante.

La frase resultaba dura; pero, como expresión de la verdad, no dejó de imprimir su huella en el ánimo de los neutros y rebajar el concepto en que me tenían. No hay mejor juez de los estudiantes que sus compañeros.

No por descargo de mis culpas: desde las primeras páginas de los presentes apuntes vengo confesando mi ingénita ineptitud para las ciencias exactas y otras muchas; es una desgracia que deploro; no es culpa del ciego el no ver, que harto lo siente. Pero yo digo: si los exámenes son una mera y pura farsa, forzando a hacer papel en ella, ¿qué hice más que extremar los grados de la farsa misma?

¡Ah! No se diga que los exámenes de hogaño son muy otros que los descritos de antaño. Ya demostraré más adelante que los exámenes actuales de preguntas por papeletas sacadas a la

suerte, resultan más farsa todavía; y sobre farsantes, absurdos; y sobre absurdos, necios; y sobre necios, inhumanos e injustos.

LXXXIX

*¿Qué es estudiar?

Si por *estudiar* se entiende grabar en la memoria las hojas impresas de un libro, como las graba en un pliego de papel la prensa tipográfica, para leerlo allí dentro de los sesos con la exactitud que se encuentra en el mismo libro; si por *estudiar* se entiende guardar los signos fonéticos del maestro o sus mismas ideas en la caja del cráneo, como se guarda la ropa en el cajón de una cómoda, para vestirla cuando llega la ocasión, entonces... ¡yo no estudié ni aprendí cosa alguna!

Si por *estudiar* se entiende adquirir algún conocimiento, dar con la clave oportuna para su examen, desenvolver la atención, ensayarla en observar y comparar, despertar el juicio, valorar las cosas y sus fenómenos, seriar éstos, diferenciar las causas de sus efectos, inducir lo desconocido por lo conocido, aprender a ver lo exterior y formar juicio y adquirir conocimiento de cosas y personas, y verse uno mismo interiormente y adquirir conciencia propia, entonces... ¡no dejé yo de estudiar en el Colegio de San Pedro!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD

SEGUNDA PARTE

JUVENTUD Y CARRERA MAYOR

I

La elección de carrera.

Había llegado el verano de 1842; frisaba, por consiguiente, en los quince años. Agitábase mi buena madre con la idea de la perentoria necesidad de que su hijo eligiese una carrera; mi padre abundaba en igual deseo, pero con la calma que él sentía respecto a todo lo futuro.

Como la guerra había terminado, aun sintiéndome con más vocación para militar que para otra cosa, enfriaban mi empeño los estudios matemáticos.

Entonces, como ahora, resultaba un problema dificilísimo este de procurarse cualquier modo de vivir.

La agricultura, reducida a la rutina del *arate cavate*, no estaba al alcance más que de los propietarios terratenientes; mi familia no tenía otras tierras que la arenilla de la salvadera. Tampoco había más industria que la del chocolate; y de comercio, las ruinas del de las perdidas Américas.

Quedaban las llamadas *carreras*. De la Iglesia no había que hablarme: mejor optara por marinero o ganapán.

Bien sonaban a mis oídos las palabras Arquitecto e Ingeniero; empero, salíanme al paso el sumar y el dividir, las ecuaciones y los pícaros triángulos.

No quedaban más que las tres grandes *botas de turbios* a que van a parar las masas de la juventud en la clase media y menos que mediana: Leyes, Medicina y Farmacia. Ninguna, a la verdad, me enamoraba.

¿Boticario? ¡Ni por pienso! Era oficio demasiado sedentario para mi espíritu intranquilo. Por venir de cepa, hubiese preferido el Derecho; conceptuábame más discutidor que mi abuelo y que mi padre, y creía poder sacar mejor partido. Pero la Universidad estaba en Sevilla, y la Escuela de Medicina en la misma Cádiz, donde residía la familia; tan importante circunstancia me obligó a aceptar a regañadientes la candidatura de Galeno.

En Octubre del dicho año 42 tomé matrícula en el preparatorio de Medicina y Cirugía, para cursar las asignaturas de Física experimental y Química, que explicaba, o debía explicar, nuestro catedrático D. José María López; y la de Botánica, que explicaba, en efecto, y enseñaba, el muy digno y distinguido profesor D. Manuel María de Porto.

Ignoro si alguien ha parado mientes en los grandes efectos educativos del primer año de los cursos de uua carrera mayor: constituye la verdadera divisoria de aguas de la vida. Por eso, pido perdón si en el relatar y describir esa divisoria resultase demasiado prolijo.

El Colegio de Medicina de Cádiz fue fundado por el marqués de la Ensenada, con el fin de dotar a las escuadras de un personal médico-quirúrgico propio, adornado de los mejores conocimientos de la época.

Para la mejor realización de su propósito, delegó todas sus facultades en D. Pedro Virgili, cuyas sabiduría, fama y experiencia eran entonces preeminentes. De Barcelona pasó dicho

señor a Cádiz. Dió sus instrucciones a los arquitectos, y se levantó de plano el edificio donde subsiste la celebrada Escuela.

En tanto se daba término a la obra, eligió D. Pedro los médicos cirujanos jóvenes más inteligentes y aplicados de su Escuela de Barcelona, para que pasasen a Inglaterra, Francia e Italia a perfeccionar sus estudios, ordenándoles también según sus aptitudes las ciencias que deberían ampliar más especialmente. Decir los nombres de los elegidos es dejar abonados el acierto y la sabiduría del elector.

A Gimbernat lo mandó a Inglaterra para que conociese sus ya entonces adelantados ciencia y arte quirúrgicos. A Mutis, a Francia, Suecia y otros países que hacían grandes progresos en Botánica y demás ciencias naturales. A Lubet, mi bisabuelo, padre de mi abuela paterna, a Bolonia y otras ciudades de Italia, para ampliar sus conocimientos en Higiene y Patología.

Con éstos, más Ametller y el mismo Virgili, comenzó la enseñanza, dándose al Colegio carácter y fuero de Marina; de modo que marinos eran, y con obligación de servir en los buques del Estado por cierto número de años, los que, terminados sus estudios, habían seguido gratis, alimentados, y con una pequeña paga encima, la carrera en el Colegio gaditano.

II

Vejámenes y novatadas.

Vejámenes y novatadas constituían dos singulares costumbres universitarias y escolares, de que hoy no es fácil dar perfecta idea. Los vejámenes tenían más carácter del elemento frailuno que impregnaba las Universidades. Las novatadas respondían al elemento militar, que formaba el otro polo de la sociedad vieja española.

El *vejamen* era muy grosero: consistía en un público, solemne y escandaloso ludibrio y remoquete del estudiante, cuando concluía su carrera y tomaba el grado en Cánones o Teología, y aun en Leyes y Medicina.

La *novatada*, al revés, no era del final, sino de los años primero y segundo de la carrera. No constituía un acto único, sino un período duro y cruel a veces, mezcla de mofa y sujeción a estado de esclavitud, algo atenuado en el segundo año.

Ya en 1842, como no teníamos por junto más barcos que el vetusto *Soberano*, la fragata *Cortés* y dos bergantines apolillados, sobraban los médicos de la Armada, y sólo iban al mar los estudiantes que lo solicitaban. El Colegio, por otra parte, no vivía del presupuesto: allá se las arreglaba con los productos de sus grados y matrículas; pero eso no obstante, seguía los usos y costumbres de las novatadas traidoras.

El día 1.° de Octubre de dicho año, a eso de la una menos cuarto de la tarde, cualquier transeunte por la plaza de Frajela, que fuese observador, bien podría fijarse en un grupo de ochenta y dos mozolejos, más o menos zangones, estrechamente apiñados, encogidos, cabizbajos y que dirigían las miradas recelosas hacia la puerta del jardín botánico del Colegio de Medicina.

Hallábame entre ellos. Eramos los ochenta y dos *fisiqueros*, el rebaño corderil que esperaba temeroso la hora de entrar por vez primera en clase, a través de las horcas caudinas que se sirvieran imponernos los despiadados estudiantes *mayores*.

Sonó la hora fatal, y dirigióse el apretado grupo al jardín, para ganar el claustro por su puerta, subir la escalera principal e invadir de sopetón el aula, donde ya se estaba salvo por el pronto.

Ya en el jardín aguardaban algunos *mayores*, quienes interpelaron a algunos *fisiqueros* de esta o parecida manera:

—Mira, tú, Napoleón, ven acá; que queremos nos cuentes tus hazañas.

Napoleón era un *fisiquero* chiquitín y anchote, llamado

Pepe Erostarbe, a quien desde ese punto le quedó el nombre del héroe medio loco, medio risible, con que tanto se infatuaron los franceses. Efectivamente, aun sin sombrero de tres picos, por su porte, por su levita larga, por su frente ancha y recta, Pepe Erostarbe se parecía extraordinariamente a un Napoleón de barro.

Como es natural, una vez citado, el *fisiquero* no tenía más remedio que dejarse secuestrar a merced del interpelante, abandonando la manada.

—Tú, boquirrubio, o mucho me engaño o tu madre tiene que ser muy buena moza. Dime dónde vive y si es aficionada a la tauromaquia.

Y allí quedaba sujeta la víctima hasta que se cansaban de tomarle el pelo de la ropa, y salía corriendo y corrido para clase. Y gracias si en el camino, al topar con otros mayores, sólo sufría un torniscón, o los efectos de un bastón que, atravesándole por entre los pies, le hiciera dar un batacazo, o algún apabullo en el sombrero.

Estas bromas eran de las del género mejor. Yo escapé aquel día y otros milagrosamente; porque el peligro se repetía a la salida.

—Caballerito, tenga usted la bondad de escucharme. Estoy sin costurera y sin criada. No tengo quien me cosa, ni quien me arregle el cuarto. Usted parece una doncellita púdica, y queda a mi servicio.

Esto decía un interno a Pepe Bores, a quien siempre llamamos después «el púdico Bores»; porque, en efecto, era tan vergonzoso y ruboroso, que por cualquiera cosa se ponía como la grana. Le cayó la lotería al pobrecillo muchacho, teniendo que pegar los botones al desastrado *mayor*, hacerle la cama, llevarle el agua, limpiarle el orinal y otra porción de impertinentes menesteres.

—A ver, *fisiquero*, ¿con qué méritos cuenta usted para atreverse a seguir la carrera de Medicina?

El muchacho le contestaba lo que podía o quedábase callado.

—Me parece usted muy bruto y que no sirve para el caso. ¡A ver, a ver qué habilidades tiene usted! ¿Sabe usted bailar? Baile usted un poquito de gavota.

Y quieras que no, a bailar hasta echar el quilo, si el buen *mayor* no era algo benigno.

—Baila usted muy mal, sin arte y sin gracia. Cante usted.

Y a cantar. Si el *fisiquero* tenía correa e ingenio, menos mal; pero si se atufaba o demostraba ser hosco, voluntarioso o mal educado, ¡de Dios le viniera el remedio! Lo menos malo que le podía suceder es que le dijeran:

—Vamos, usted no sabe nada ni sirve para nada; por consiguiente, usted no sabrá nunca más que rebuznar. Rebuzne usted, ¿a ver si me equivoco?

Desdichado de él si no rebuznaba a medida y satisfacción del tirano.

—¡Bien! ¿Lo ve usted? Para eso sirve. Pero usted es demasiado modesto, y yo sé que sus facultades alcanzan a más. Vuelva a rebuznar, con más energía.

Y así lo llevaba rebuznando por los claustros, por el patio; y lo sacaba a la Plaza, le hacía subirse en un asiento del paseo, haciéndole rebuznar *urbi et orbi*.

No había resistencia posible; porque la desobediencia, la insolencia u otra protesta cualquiera pagábase con manteamiento, rapado de cabeza y cejas, y hasta con violencias y herejías.

Al hablar del Colegio de San Pedro y referir los malos tratos que dábamos al bueno de Piedra, al guardiñoso Riva y al avieso *Paimogo*, ya noté que estas cosas de chiquillos, por irregulares y deplorables que fuesen, no resultaban injustas ni vanas (mucho menos) para el fin educativo.

Al tocar ahora este duro trato que se daba a los colegiales novicios, veo que constituían en el fondo, a través de sus for-

mas groseras, vejatorias y violentas, una disciplina educativa de no escasos ni perjudiciales frutos.

Era un cierto modo de corregir la ñoñería y el encogimiento de los espíritus viciados por la mala educación doméstica. Avispaba a los muchachos, obligándoles a mostrar su carácter, el mayor o menor despejo, tolerancia o intolerancia, irritabilidad o paciencia, orgullo o llaneza. Era una esgrima del arte del mundo, tan necesaria para saber defenderse en el trato con las gentes de sus malicias, burlas, discreteos y otros recursos que constantemente, aun hasta los hombres serios, empleamos en sociedad para averiguar y saber los grados de inteligencia y educación, las cualidades que posee una persona, y discernir si vale o no vale, si es tonto o discreto, instruído o ignorante, fatuo o sencillo, y hasta si es bueno o es malo.

Mi novatada, por fortuna, se redujo a bien poco: un apabullo que sufrí en el sombrero al subir la escalera y alguna broma de no mal género, que recibí con tranquilidad, y a la cual respondí con la más agradable cortesía que me fue posible. Criado en libertad, como habrá advertido el lector por todo mi relato, tenía el mundo que era dado tener a los quince años de vida un tanto agitada. Por otra parte, no dejó de saberse en el Colegio que me picaba de espadachín; y una y otra cosa hizo que al mes no fuese gallina en corral ajeno; y a los cuatro, aunque *fisiquero,* tan *mayor* en fueros y preeminencias como otro colegial de años mayores.

Lo mismo, más o menos tardíamente, fueron «tomando la tierra» algunos colegas del año, a medida de sus condiciones particulares; siendo las más valedoras y eficaces la gracia y el espíritu abierto, sin llegar a travieso.

En otros, por el contrario, se dilató el período de novatada; algunos todavía andaban en los últimos años siendo pasto de las burlas de sus compañeros: los vanidosos, los egoístas, los escasos de inteligencia, los embusteros, etc., o lo que es igual, los más defectuosos.

III

* Un catedrático como otros, y de los que aún hoy quedan vestigios.

Éralo de Física y Química D. José María López, tipo tan singular que hoy más parecerá inventado que vivo y efectivo.

Juro por Dios en mi ánima que, lejos de exagerar las líneas de su retrato, he de suavizarlas respondiendo al afecto que le tuve y conservo a su memoria; porque sus imperfecciones, defectos o lo que quiera que fuesen, quedaban todos disimulados y perdonados por una originalidad, una gracia y un cierto dón de atraerse las voluntades, que no podré decir en qué consistía.

D. José María López era chiclanero; su aspecto, formas y tono, los de un capataz de bodega vestido de domingo. Y es el caso, que de tres cosas se jactaba.

La primera, ser el mayor inteligente en vinos de todo el Universo; la segunda, saber de tauromaquia más que el que la inventó, debiéndose a ello y a sus lecciones la fama de su paisano el célebre Montes, alias *Paquiro;* y la tercera, saber más Física que Dios y más Química que María Santísima. Todas estas jactancias van expresadas con sus palabras textuales, cual si de ellas diese fe un escribano.

Cómo un hombre de tan bastas formas había llegado a ser catedrático de una Escuela donde el profesor que menos, poseía una cultura exquisita y muy superior entonces a la de todos los científicos de España, es cosa que debe saberse.

D. José María López concluyó su carrera en el Colegio de Cádiz, tomando primer embarque en el navío *Asia,* en ocasión de conducir a México al último Virrey, el general Apodaca. Cayó éste enfermo en la travesía, y López le asistió. Quedóle agradecido, y tan prendado, que al desembarcar en Veracruz no quiso desprenderse del doctor; como Autoridad suprema que era, dispuso darle de baja en el navío y llevárselo a México de médico de cámara.

Las circunstancias políticas en que encontró el Virreinato no podían ser más desastrosas. Y fue lo peor que se agravaron hasta el punto de verlo perdido en sus manos y tener que reembarcarse mirando atrás y diciendo:

—¡Ahí queda eso!

Pero, en el entretanto, el bueno de D. José, con sus arranques, su carácter, cierta travesura y malicia de campesino y aquel dón ignoto que no he podido explicar, se apoderó del afligido Virrey, en tal manera, que desde entonces la voluntad del General fue sustituída por la de D. José María López.

Y es que en los grandes conflictos de la vida, cuando pesa en el alma una gran responsabilidad, cuando en la desgracia sólo se ven ingratos, cuando los amigos huyen y todo se resuelve en defecciones, el temple más viril se apoca; y si queda un amigo, y éste es de ánimo entero y fanfarrón, y da consejo con imperioso desahogo, ese amigo se mete en las entrañas.

Así es que, desde entonces, antes le arrancarían las telas del corazón al Apodaca que arrancarle su médico.

Llegó a Madrid con él, y todo el resto de la influencia que puede quedarle a un desgraciado se empleó: primero, en obtener licencias y más licencias para D. José María López; después, para conseguir que el tiempo que le retenía a su lado, le fuese valedero como de servicios en la Armada; más tarde, para conseguir, contra leyes y estatutos, que fuese ascendido a médico primero de Sanidad de la Armada por sus extraordinarios servicios al Virreinato y a la causa de España en críticos momentos; y finalmente, para que fuese nombrado, de Real orden, catedrático de la Escuela gaditana, con opción a la primera, segunda, tercera o cuarta vacante (todo con el fin de declararlo catedrático por derecho propio) y con facultad de que permaneciera junto a su protector mientras viviese. A la postre, Apodaca, viejo, achacoso y apesarado, dejó este mundo y a su amigo, no sin declararlo único y exclusivo albacea y testamentario.

Libre D. José, solicitó la inmediata vacante, y fué a dar en

Cádiz con su persona, para ilustrar al Colegio en sus cátedras de Física, Química y Clínica médica.

Aunque rapado de conocimientos, un instinto especial, cierta intuición muy común en andaluces, y sobre todo un desenfado admirable, suplían en él con creces todas las deficiencias.

Apoderóse de la Secretaría, y encastillado allí, en todo hizo su santísima voluntad, lo mismo tuerto que derecho. En el Claustro, nadie levantaba el gallo más que él; los profesores más respetables tenían que ceder, so pena de andar a puñetazos; el decano y todos concluyeron por transigir, cual marido prudente con esposa imperfecta.

Y no se diga que los tales señores catedráticos serían unos mandrias o benditos de Dios; nada de eso. Andando el tiempo, D. José fue trasladado a Madrid; y siendo el último en llegar, se metió a todo su Claustro en el bolsillo. Uno solo, carácter duro y entero, cuya fama de tal iguala o supera a la que adquirió de sabio, y que como tipo de carácter ha llegado a ser personaje de novela, procuró resistirle, estando de su parte el derecho y la razón; y, sin embargo, sucumbió derrotado por D. José María López, teniendo que recurrir como protesta a abandonar su honrada toga y su clientela, retirándose de Madrid. Y es que D. José María tenía *un no sé qué*, lo cual nadie podrá decir qué cosa era.

No visitaba más enfermos que los soldados de la clínica; pero sacaba sus provechos, para ayudar al sueldo de la cátedra, por cien caminos que él sabía discurrir.

De Física confeccionó un libro gordo, con retazos de acá y de allá, por el que hacía pagar a cada *fisiquero* cincuenta reales de vellón. Para evitar trampas y filtraciones, comenzó el discurso inaugural de esta manera:

—«Señores: la Física es la asignatura primera y más importante de la carrera. A los médicos se les llama *Físicos*: ¡ya ven ustedes! No se les dice anatómicos, ni patólogos, ni terapeutas, sino *Físicos*. Lo cual quiere decir que la medula de todo lo que hay que estudiar para saber curar está en la Física.

»Pero, por mucho que yo trabaje para metérsela a ustedes en la cabeza, sería inútil si no tuviesen un libro de texto. Ninguno de los que había valía cuatro cuartos: unos compendios que sólo podían servir para dar alguna idea a los muchachos graduados de bachilleres en los Seminarios; pero no para los *Físicos* o *médicos*.

»Para ayudar a ustedes y facilitarles el estudio, he hecho el libro que tienen ustedes aquí y que sólo aquí se vende. Cincuenta reales: los libreros son unos ladrones y les llevarían más caro. Me ha costado muchos dolores de cabeza el hacerlo. Cuando lo imprimí me costó mucho dinero, y todavía estoy entrampado.

»Los que traigan los cincuenta reales, que se acerquen a la mesa para llevarse el libro. Los que no traigan el dinero, que vengan mañana con él para comprarlo. Porque, caballeros, ya sabe todo el mundo que yo soy un catedrático justiciero. Al que sabe, le apruebo; pero el que no sabe, no pasa, y no lo levanta ni la paz y la caridad.»

Terminado este inaugural, que ya sabíamos por fama, nos acercábamos los prevenidos escolares, sacando del bolsillo los dos duros y medio.

—¿Cómo se llama usted?—preguntaba.

—Fulanito de Tal.

Y en la primera hoja escribía el nombre del alumno, y ponía una rúbrica.

Quedaron varios sin comprar el libro. En la lista de matrícula anotó los nombres de los adquirentes, poniendo al margen una crucecita; y a los que no se habían provisto del texto se lo recordaba, conminándoles para que al día siguiente sin falta trajesen el dinero para el libro.

—Conque... hasta mañana, que empezaré la explicación.

Al día siguiente, antes de sentarse, leyó la lista de los todavía no crucificados, la mayor parte de los cuales venían provistos de los respectivos *cincuenta* consabidos. Quedaron unos pocos insolventes, y les dijo:

—¿Por qué no han traído ustedes el dinero?

Unos contestaron que no eran de Cádiz y tenían que escribir para que se lo mandaran; otros, que habían estado en casa de sus apoderados sin hallarlos. Un estudiantillo majete, de capa, faja y calañés, con facha de «guapo Francisco Esteban» en estado fetal, contestó con empaque:

—Tengo el libro.

—¿Cómo que lo tiene?

—Véalo usted—y lo sacó de debajo de la capa.

—¡Veneno con el tunante! ¿Quieres robarme? ¿Dónde lo has comprado?

—En un puesto de la calle Nueva, por una peseta.

—¡Veneno! ¡Eso no vale, eso es estafarme mi trabajo! ¿No ves que este libro está firmado y sirvió ya para otro?

—Sí, señor; pero como no le falta ninguna hoja, yo creí...

—¡Déjate de retóricas, tunante!—interrumpió amostazado D. José.—Quiere decir que estoy yo aquí para quemarme las pestañas, para gastarme todo el dinero que tenía y empeñarme además, para que con una veintena de libros que vendiese, pasando en manos de un estudiante a otro, quedara yo cornudo y apaleado... ¡Vete de aquí, que no te vuelva a ver; y hasta que compres tu libro no vuelvas a entrar en clase!

Veneno, a quien le quedó ese nombre, embozóse con gran donaire en su capita corta, de vueltas encarnadas, se caló el calañés de media alcuza, y con todo el garbo y continente de un majo en miniatura salió dando compases.

Cuatro o cinco días después, poco antes de la hora de clase, vimos llegar a la plaza del Colegio a nuestro *Veneno*. Varios estudiantes nos dirigimos a él, y uno le preguntó:

—¿Vienes a comprar el libro?

—¡No!—contestó secamente.

—¿Vas a entrar en clase?

—¡No sé!

En tanto contemplaba yo a mi héroe detenidamente.

En efecto, ofrecía bastantes particularidades aquel muchacho, que, aun con la añadidura de su sombrero de media alcuza, apenas nos llegaba al hombro. Su carilla, tostada y seria, parecía la de un hombre hecho ya, pasada la juventud y un tanto marchito. No tenía bozo, ni menos indicio de barba, por lo que campaba descaradamente en su mejilla izquierda la hundida cicatriz de un tremendo *jabeque*, que le corría de la oreja a la boca. Por el borde superior de su encarnada faja asomaba el cabo de una navaja jerezana. La pequeñez de su estatura contrastaba con las más correctas proporciones de grosor y relación en cabeza, tronco y miembros. Calculando, observando y comparando mucho, venía a aquilatarse que aquella criaturilla ni era tan niño como a primera vista parecía, ni tan viejo como la inspección detenida hacía presumir. Parecióme, en definitiva, que podría tener de diez y siete a diez y ocho años mal medrados y envejecidos al mismo tiempo.

—De modo que—prosiguió el interpelante,—¿no tienes el dinero para el libro?

—¡Lo jugué!—respondió, siguiendo su camino y separándose de nosotros, sin dar lugar a más interpelaciones.

No entró en clase ni por ella le volvimos a ver. Un día, a cosa de las doce y media, me dirigía hacia el castillo de Santa Catalina; al pasar delante de la derruída muralla de la Bomba, vi las cuadrillas de presidiarios que la estaban reparando, sentados en varios grupos, concluyendo el rancho unos, descansando del trabajo otros. Uno, entre ellos, más arrebujado, formando estrecho corro, casi cerrado en bóveda por la inclinación de todas las cabezas al centro, me llamó la atención. Acerquéme, y fue grande sorpresa encontrar en el grupo a *Veneno*, tirando el *cané* a los presidiarios, sobre su maja capa que hacía de tapete.

Me aparté pensativo de aquel lugar. Muchas veces había oído en labios de personas mayores esta frase escueta: «¡los peligros de la juventud!» No me hacía eco; como declamatoria, resultaba vacía. Ahora vino al pensamiento, posándose en

un hecho real. Pero todavía repuse: «¡peligros de la juventud... y de los viejos!»

Dejando por el momento el episodio de *Veneno,* vamos a la lección de D. José.

Luego que se hubo desahogado y calmado, dió comienzo a ella de la siguiente manera: alargó la mano, tomó un cuaderno manuscrito y empezó a leer en él, punto por punto y c por *b*, lo mismo que impreso contenía la primera lección de su texto. Nadie podría tacharle de inconsecuente. No existía más diferencia sino que en el libro estaba en letras de molde, y en el cuaderno manuscrito con grande y clara redondilla.

También se echaba de ver que D. José sabía leer tan de corrido, que no hacía puntos ni comas; lo que, añadido a su voz de sochantre y gorda lengua andaluza, daba el admirable resultado de mi bernardina matemática, pero con incomparable mayor perfección y maestría.

Como las primeras lecciones correspondiesen a las generalidades, divisiones, definiciones, etc., no se hicieron experimentos; pero en las siguientes sí, hasta fin de curso. Mientras abejorreaba D. José, un su sobrino (Cisneros), de años mayores, ayudado del mozo del gabinete de física, hacía los experimentos, y así pescábamos alguna cosa.

El gabinete era magnífico, aunque un tanto anticuado; pero estaba prohibido que entrásemos los estudiantes en él, porque no rompiésemos los aparatos.

Terminada la lectura y sus correlativos experimentos, pasaba lista el ayudante, y su tío comenzaba a preguntar:

—Don Fulano de Tal. ¿Qué es Física?

Y el muchacho contestaba de carretilla, o se atascaba así:

—Física es la ciencia... Física es la ciencia... la ciencia...

Y D. José le ayudaba sílaba a sílaba:

—Que... la ciencia que... trata...

—Que trata...

Y era de ver, y no menos de holgarse, con aquel método de

enseñanza silábica del graciosísimo, singularísimo, pacientísimo y a la vez impaciente D. José.

Pero lo más divertido era cuando llegaba el punto a las explicaciones de la óptica. Como la cátedra había de quedarse a oscuras para hacer los experimentos, ¡aquí te quiero ver! El aula, a pesar de ser la mayor, el mismo salón de grados o *Paraninfo* (como hoy se llama, no sé si con dejo pedantesco), llenábase de bote en bote. A tales experimentos no faltaba ningún matriculado, ni los estudiantes traviesos de los demás cursos.

Leído en plena luz el capítulo correspondiente, D. José echaba una mirada imponente, corriéndola por todos y cada uno de los bancos, y acto continuo endilgaba este discurso oral:

—«Señores. Todo lo que corresponde a la luz y a sus leyes, su composición, su descomposición por el prisma, etc., etc., que habeisme oído explicar, no se puede comprender bien sin ver las cosas por sus experimentos.

»Como esto interesa a los que estudian Física, pero aún más a los que estudian Fisiología (porque sin eso no pueden saber lo que es el ojo, ni cómo se ve, ni por qué se ve), y también importa a los Médicos y más a los Cirujanos (para operar las cataratas, etc., etc.), no extraño que esté llena la clase.

»Pero, ¡cuidado conmigo! Suelen venir algunos colegialitos a darla de graciosos y perturbar el orden, aprovechándose de quedar la clase a oscuras. Pues ¡mucho ojo! Porque tengo dadas mis disposiciones, y al que coja lo reviento, así sea el *sursum corda*.

»Andrés *(éste era el conserje)*, tú te pones a la puerta de la ventana; y si hay escándalo, cuando yo te diga «¡abre!», abres la puerta de par en par.

»Alonso *(éste era el portero)*, tú te pones a la puerta del aula, y no dejas salir a ningún pillo que trate de escabullirse.

»Tú, Cisneros, con el mozo, a atender a los experimentos y a cuidar de que no se rompa ninguna lente.

»Conque... ¡mucho ojo, y lo dicho dicho!»

Cerrábanse las puertas, dejando tan sólo perforación por donde entrara un delgado haz de luz. La clase quedaba en un silencio sepulcral.

D. José tosía, para dar comienzo a su papel de «Maese Pedro». Apenas había acabado de pronunciar la primera frase de «¡Ahora verán ustedes!», interceptándola un *ajo* pelado y desgarrado de las amplias fauces de D. José, era contestado con una carcajada universal, unísona y espontánea, que a la vez salía de todos los ámbitos de la clase.

—¡Ya salió la jeringuita! Alonso, ¿tienes echada la llave a la puerta? Nadie ha de salir sin ser registrado. ¡Ya se lo diré yo al de la jeringuita cuando concluyan los experimentos!

Verdaderamente, D. José no hablaba con propiedad. No era una jeringuita, sino jeringa y muy jeringa, sustraída del Hospital por los estudiantes de Clínica; sólo que para que sus efectos fuesen más eficaces al caso, no se disparaba en grandes masas, sino a pequeños chorretones, para rectificar la puntería en la oscuridad y repetir los asperges.

—Decía, señores, que la luz es un fluido imponderable...

Tolón, tolón. Y de un banco salía el badajeo de un cencerro.

D. José, revistiéndose de paciencia, hacía caso omiso y continuaba:

—Pero no es un cuerpo simple, porque se descompone en siete colores: rojo, anaranjado, amarillo...

Sonaba la esquila, y contestaban multitud de sonoros instrumentos, campanillas, pitos, trompetas y tejuelas de cacharros castañeteantes, que apagaban la voz gorda del maestro en el seno de un ruido infernal. Después venía un intermedio silencioso, y D. José exclamaba:

—Si no he de poder hablar, ustedes se lo pierden; se harán los experimentos sin explicación. Cisneros, pon el prisma y proyecta el espectro. ¡Otro jeringacito! Ha venido de mi izquierda. ¡Hoy voy a reventar a uno!

A la amenaza contestaban estridentes carcajadas, cence-

rros, pitos, trompetas y tejuelas, golpes de bastón sobre los respaldos de los bancos, taconeos en el piso y cuanto desapacible y ruidoso se podía discurrir. Sobrevenía otro intervalo de calma, y decía D. José:

—Están ustedes abusando de mi paciencia, y si esto sigue se concluyen los experimentos. Andrés, en cuanto vuelva el ruido, abre de repente la ventana. Cisneros, dirige un haz al reflector.

Si había un programa expreso para los experimentos, también lo había tácito para la broma escolar. Cada acto iba en *crescendo,* agregando al anterior alguna novedad. A veces, se declaraba una lluvia de patatas, que cruzaba de banco a banco, y muy principalmente hacia el centro del estrado, donde se suponía al Profesor. No dejaba de alcanzarle algún tubérculo, y advertido Andrés, abría de pronto la ventana; pero más presto quedaba todo en sepulcral silencio, y los alumnos serios y quietos como estatuas.

—¡Está muy bien! ¿Quién, al ver a todos ustedes con los ojos bajos y tan recogiditos como monjas acabadas de confesar, había de creer que eran ustedes unos *tales* y unos *cuales?* Pues, ¡ajo! no olviden ustedes que soy de Chiclana, y a mí ninguno me hace la *tal* y la *cual.* ¡Bueno sería que se me subieran a las barbas cuatro boquirrubios, que me los paso por debajo de los calzones! ¡A mí, que he navegado cincuenta años, y que yo solo reduje y metí bajo la escotilla a los marineros cuando se sublevaron en el navío *Asia!...* ¡Pues no faltaría más!

Descargado su enojo con tan enérgica filípica, añadía:

—Andrés, cierra la ventana, ¡y vamos a ver quién es el guapo que se menea!

No era tan pronto el quedarse a oscuras, como desenvolverse con mayor estrépito la anterior escena de ruidos, patadas, patatazos, *gatadas* y *raterías.* Porque dos o tres gatos muertos, recogidos a prevención en los estercoleros, volaban por el aire, y otras tantas ratas; sin faltar alguno que otro re-

presentante vivo de tales felinos y roedores, que aumentaban la confusión.

—¡*Ajo*, Andrés, abre!

Entraba la luz del pleno medio día, para alumbrar aquel campo de Agramante, sembrado de patatas, cadáveres de alimañas y algún aparato derribado. La inmovilidad, la seriedad y el silencio sólo eran interrumpidos por el *fu* o el *miau* de algún gato espantado o por la fugaz carrera de una rata que procuraba escabullirse y ocultarse.

—¡Ahora nos vamos a ver las caras! Alonso, Andrés, ¡a la puerta de salida! Abrid sólo una raja, y que no salga nadie sin que yo lo registre por mí mismo. Ahora veremos quién es el de la jeringuita, el que sonaba el esquilón, y los de las trompetas y los pitos. ¡A ver! Aquí ni Dios se menea como yo no lo mande. Por bancos. Usted que está el primero, venga acá.

Salía el interpelado y se dejaba registrar por D. José. Su pito o lo que fuese había ya corrido de mano en mano entre los bancos, y el pecador aparecía completamente limpio. Desesperado D. José a los veinticinco o treinta registros infructuosos, jurando que se la habían de pagar, abandonó su tarea de empleado del resguardo y fuése a dar las quejas al Director, título que entonces correspondía al de Decano.

Éralo a la sazón D. José Benjumeda, hijo de la Escuela, padre refunfuñón, y por consiguiente débil; amantísimo de los estudiantes, cuyas travesuras le encantaban, aunque por obligado disimulo de su Autoridad le hacían poner cara cómicamente hosca.

—Señor Director, vengo a que quinte usted a los estudiantes que han asistido hoy a mi clase.

—¿Qué han hecho, que los quiere usted arcabucear?

—Aquí no puedo fusilar. ¡Si estuviera en el navío *Asia*, ya se lo diría yo! Lo que quiero es que nos reunamos en junta de catedráticos, y que de cada cinco alumnos echemos uno a la calle y pierda la carrera.

—Pero ¿qué han hecho?

Punto por punto, D. José le relataba lo ocurrido.

—Pues eso, D. José, es lo mismo que sucedió el año anterior y que le ha pasado siempre. ¡Cosas de muchachos, hombre, cosas de muchachos!

—¡Eso es! Así esto resulta una merienda de negros, y ni se puede explicar ni cabe hacer experimentos. Si yo fuera Director, ya vería usted qué pronto lo arreglaba.

—¡Sí, sí, dígamelo usted a mí, D. José! Usted no se acuerda de que yo era inspector cuando usted estudiante. Entonces estábamos bajo las Ordenanzas de la Armada; y si yo hubiese sido tan riguroso con usted, sería hoy grumete y no catedrático. ¡Vaya, vaya, pues a fe que era usted un chiclanerito chusco!

Con tales recuerdos se aplacaba el enojo de D. José. Estas escenas se repetían todos los años; no obstante lo cual, ninguno dejó de hacer sus experimentos de óptica.

IV

* En que prosigue el retrato de D. José y la última página de Veneno.

Como ocho días antes del Patriarca, pasada lista, nos largó D. José la siguiente alocución:

—«Ha llegado a mis oídos que, según costumbre de todos los años, andan ustedes pensando qué me han de regalar el día de mi santo.

»Unos querrán darme música; otros, un ramillete de esos grandes que se llevan en parihuelas.

»No hagan ustedes tonterías. ¡Para músicas estoy yo! Me alborotan la vecindad, me obligan a salir al balcón a media noche y que pille un catarro.

»Pues, ¿y los dulcecitos? Porque el catafalco de guirlache y merengue no se eche a perder, es preciso estarse atracando

una semana, y se les descompone la barriga a todas las mujeres de la casa.

»Nada de tonterías. ¡Mandádmelo en duros!»

Acto seguido, abrió el cuaderno y comenzó el trabajo de su lectura.

No tardó mucho el mes de Mayo, último de curso, y en que la proximidad de los exámenes pone en un hilo el ánimo estudiantil.

El día primero del referido mes volvió D. José María López a usar de sus arengas, y aquélla fue tan breve como sigue:

—«Señores, desde que soy catedrático, no he conocido un curso de peores estudiantes. El que no es un bruto, es un desaplicado. Y aquí me tienen ustedes en el conflicto de tener que darles calabazas a todos, sin excepción.

»No me gusta hacer daño, y menos oir lamentos y ruegos; pero ya sabe todo el mundo que en los exámenes tengo que ser justiciero.

»Lo único que puedo hacer por ustedes es darles un repaso por las tardes, para que así puedan contestar algo en el examen.

»¡No lo hago por interés! Paga adelantada: el repaso, cinco duros.»

No hay que decir que aquí no había tu tía. Los cinco duros eran el *pasavante* indispensable para la aprobación. A los dos o tres días, cada *fisiquero* había satisfecho su contribución; excepción hecha de *Veneno*, que no había vuelto a aportar por la cátedra, ni aun por la plaza del Colegio.

El repaso lo dábamos a las cuatro de la tarde, consistiendo en lo siguiente: D. José dió lectura muy corrida al cuadernillo en que iba la primera lección del curso, y después dedicó un cuarto de hora a hacer preguntas.

Si leyendo despacio no se entendía lo leído (porque el tono uniforme, la voz gruesa y la falta de pausas de punto y de coma que dieran sentido a las oraciones, producían un rumor más bien que otra cosa), figúrese el lector qué sucedería leyendo D. José de mogollón y para salir pronto del paso.

Aquel *runrún* producía mareo, que, unido a la hora pesada de la tarde, a la pereza de la primavera y al zumbar de muchos moscardones (de cierto, atraídos por la lección de D. José), terminaba en el mas profundo sueño. Así, al cuarto de hora, el aula dejaba en pañales a la leyenda de los siete durmientes; porque no eran siete, sino 70 u 80 escolares profundamente narcotizados, muchos de ellos roncadores.

D. José no debía parar mientes en aquello, y aun sospecho que se hipnotizaba a sí mismo; porque de otra manera no se comprende cómo no prohibía las salidas de tono, las paradas en firme, los altos y bajos de los múltiples ronquidos del atento auditorio.

Cuando cesaba el leer y comenzaban las preguntas, la mayoría salía del letargo. Algunos pobres rezagados seguían entonando su respectiva nota musical; que, según fuese entre otras la más sobresaliente (por sonora, destemplada o ridícula), obtenía como premio el fijar a D. José en quién era el artista... y preguntarle la lección.

Paréceme estar oyendo aún el gangoso, sibilante y estridente ruido del rezagado Pablo Subirá, interrumpido de súbito por la potente voz del catedrático:

—D. Pablo Subirá, dígame usted las leyes de la fuerza centrífuga.

Asustado el muchacho, se levanta de repente como impelido por un resorte; mira con espanto a todos lados, cual si saliera del caos y se encontrara en un mundo desconocido.

—D. Pablo Subirá—repitió D. José,—diga usted las leyes de la fuerza centrífuga.

Pasados unos momentos, en que ya pudo Subirá darse cuenta de sí mismo, se pasó la mano por la frente como haciendo esfuerzos por traerse a la memoria las susodichas leyes; pero, por más que hizo, no pudo decir una palabra.

Apretado, oprimido y exprimido por nuevos mandatos imperativos de D. José, concluyó por ofuscarse de tal modo, que

estoy cierto de que si le preguntan entonces por el nombre de su padre no hubiera sabido contestar.

Viendo D. José la inutilidad de su imperio, desistió, ordenando al muchacho que para la tarde siguiente trajese aprendidas las leyes de la fuerza centrífuga.

Pablito no se durmió aquella tarde; y aun le vimos, mientras abejorreaba D. José, musitar una y otra vez, pararse, mirar alternativamente al libro y al techo, y seguir entre dientes recitándolas.

Llegó el momento de las preguntas, y fiel a su propia orden repitió D. José:

—D. Pablo Subirá, diga usted las leyes de la fuerza centrífuga.

—Las leyes de la fuerza centrífuga son once. La primera...

Y aquí se atascó; siendo lo más extraño que, si no todas, las siete u ocho primeras las había aprendido de corrido y las había *dado* muchas veces para sí.

—¡Diga usted las leyes de la fuerza centrífuga!—gritó el chiclanero profesor.

—Las leyes de la fuerza centrífuga son once. La primera...

Y mientras más gritaba D. José, menos el pobre de Subirá daba pie con bola. Sudoso y angustiado éste, sofocado aquél, concluyóse la escena como la tarde anterior:

—Para mañana, me aprende usted las leyes de la fuerza centrífuga. Porque, ¡o usted las aprende, o yo le reviento!

De igual manera se repitieron las cosas tres veces más. Compadecido desde el segundo día de las angustias del pobre Pablito, antes de entrar en el repaso le dije:

—¿Traes aprendida la retahila que te pide D. José?

—Creo que sí—me contestó;— hace dos noches que no duermo y no hago más que rezarlas entre dientes.

—Dímelas.

Y en efecto, con leves tropezones, las enjaretó una tras otra.

Mi espíritu, que tenía por necio e injusto el sistema de exá-

menes, en presencia de aquel caso me hizo conocer que además era inhumano.

El cerebro de aquel muchacho, amodorrado por el sueño, sale de él bajo la turbación de una sorpresa y queda por un momento inhábil para recordar ni discurrir. Se le ordena que aprenda una larga jerigonza, de memoria. Pone toda su voluntad en conseguirlo; pero, apenas la emoción que le produce la pregunta del profesor hiere su cerebro, se trastorna en el mismo sentido que la vez primera; una obnubilación naturalísima impide todo recuerdo y toda facultad intelectual. Mas, en el caso de Pablito bien puede decirse que no hay mal que por bien no venga. Avergonzado, no volvió a clase, abandonando la carrera. Nada volvimos a saber de Subirá.

Doce años después, yo, el más afortunado entre los 80 compañeros, el que a los cuatro años de médico había sido mejor tratado por la fortuna, tuve que ir a Carmona, llamado para una consulta. Allí encontré a Pablo Subirá.

Mientras sus condiscípulos seguíamos engullendo jerigonzas como la de las leyes de la fuerza centrífuga, él, saltando por exámenes y grados, vendiendo fajas y marselleses, calzoncillos y refajos, había adquirido un fuerte capital y una posición honrosa. Era alcalde, y estaba muy estimado. Ningún hijo de Esculapio fue favorecido como lo fue él por Mercurio.

¡Lástima de sociedad ésta, que se empeña en que toda la juventud ha de vivir a la ubre de las carreras profesionales! Gracias a las leyes de la fuerza centrífuga, Subirá tomó mejor ama de cría.

A la semana de repaso, los bancos se fueron aclarando; pocos días después, apenas si concurríamos seis o siete escolares. Llegó a tal punto la deserción, que D. José tuvo que cantar la nana tan sólo a D. Antonio Aragonés y a mí. ¡A esto quedó reducido su auditorio! Concluída la lectura, nos dijo:

—¡Vámonos! ¿Han visto ustedes año de peores estudiantes? Luego, los compromisos son para mí. Van a examinarse, no contestan una palabra, y para que los aprueben tengo que

andar a puñetazos con los catedráticos que conmigo forman el tribunal.

Verdaderamente que D. José tenía razón, pero no dejaban de tenerla a su vez los colegiales. Los cinco duros poseían la mayor virtud: eran la bula que redime toda clase de pecados. Y, por otra parte, ¿quién aguantaba el *runruneo* aturdidor de D. José?

Ni él se enteraba de lo que leía, ni a sí mismo se oía apenas. La prueba de este aserto está en el hecho que voy a referir.

Según dijimos, a más de la cátedra nuestra, explicaba Clínica médica a los estudiantes de sexto y séptimo año.

Su sistema era igual para todas las asignaturas: leer la lección, que llevaba manuscrita en un cuadernillo de papel y que copió de cualquier libro el primer año que tomó el oficio de catedrático. Ya, con tan cómodo expediente, los años sucesivos redujo su trabajo a ir puntualmente (eso sí) a su cátedra y leer los cada vez más añosos manuscritos. Pero, ¿cómo los leería, cuando un *clínico* que llegó a cátedra antes que D. José, al ver el cuadernillo sobre la mesa, le dió la tentación de escribir una diablura en el claro de una línea que quedaba después de un punto y aparte?

D. José comenzó la tarea de su lectura. No atendió siquiera a la variación del carácter de la letra, y en su monótona faena llegó a barbotear de corrido estas palabras: «*Es una vergüenza que un catedrático de Clínica explique por un cuadernillo.* Los síntomas di...»

Hasta llegar a la primera sílaba de la palabra «diferenciales», no cayó en la cuenta. Poniéndose de súbito en pie, cerrando el puño y lanzándolo adelante cual si quisiera hundirlo en las narices del auditorio, le apostrofó de esta manera:

—¡Me hago la *tal* y la *cual* en el *tal por el cual* que ha escrito esto!

Y salió bufando.

El primero de Junio comenzaron los exámenes. Grande

fue nuestra sorpresa cuando vimos pasear por el claustro a *Veneno*.

—¿A qué vienes aquí?

—A examinarme.

Todos nos quedamos con la boca abierta.

—¿A examinarte, tú?

—A examinarme, yo.

Y echó a andar, con desprecio, para no dar explicaciones.

Aunque los examenes eran públicos, por concierto expreso de los estudiantes, resultaban secretos. Sólo entraban uno a uno, a medida que era llamado por lista y repetido su nombre en alta voz por el bedel. Entraba el examinando; y los compañeros quedábamos guardando la puerta para evitar la fiscalización indirecta, y hacer que en el caso de un desastre fuera éste menos vergonzoso.

Veneno tenía el número 8 en la matrícula. Aunque desde a escena del libro fue borrado de la lista, aquel solemne día sonó su nombre, y entró en la sala con su habitual traje y acostumbrado desplante.

A pesar de la consigna, algunos *fisiqueros* nos quedamos con medio cuerpo fuera y medio dentro del salón, para ver lo que iba a pasar.

Presidido por D. José, como profesor de las principales asignaturas, formaban parte del tribunal D. Manuel María de Porto, profesor de Botánica (cuya asignatura daba en el primer trimestre), y otro catedrático que no puedo recordar y que hacía de secretario.

Lo primero fue extrañarse del caso D. Manuel de Porto, y decir al alumno:

—Usted está borrado de mi lista, porque sólo asistió los dos días primeros a mi clase.

Veneno no contestó, pero D. José lo hizo por él de esta manera:

—Es verdad. Cayó enfermo con unas intermitentes, me llamó para que le asistiera; y, aunque le atraqué de quinina,

siguió con las calenturas hasta que tomé el partido de mandarlo a su tierra, y ya no pudo venir hasta pasadas las vacaciones de Navidad; pero en mi clase ha sido muy asistente y sabe bien la asignatura.

D. Manuel meneó la cabeza; y antes de que dijera nada, comenzó D. José a hacer preguntas a *Veneno*, las cuales contestaba éste de corrido.

Preguntó después Porto, y no le contestó ni una sola palabra. Antes que el Secretario preguntase, D. José dijo a *Veneno*.

—Puede usted retirarse.

Salió, y los curiosos despejamos la puerta. Tardaron bastante tiempo en llamar al número 9; oíamos voces de altercado entre Porto y D. José. Al fin votaron D. José y el Secretario por la aprobación y D. Manuel por la reprobación; pero, constituyendo los primeros mayoría, quedó *Veneno* a flote.

¿Cómo se había hecho este milagro? Ahora se sabrá; y se sabrá por boca del mismo D. José.

Cursaba con nosotros Física un hombre hecho y derecho, de más de treinta años, a quien ya he nombrado: D. Antonio Aragonés. Como persona formal, le distinguía D. José; y después de clase, se iban en compañía hablando amigablemente.

D. José, con sus genialidades y defectos, incluso el de andaluz exagerador e inventor de embustes (que él mismo consideraba a veces hechos reales), era un espíritu ajeno a toda clase de hipocresía. La absoluta carencia de tal vicio declaraba los que tenía, sin hojas de parra ni veladuras, haciéndole tomar cierto aspecto cínico; pero sin producir repugnancia, sino risa, por las razones que luego manifestaré.

Pasados los exámenes, Aragonés interpeló al profesor:

—D. José, ¿cómo fue que *Veneno* ganó el año?

—¡No me hable usted de eso! ¿No sabe usted lo que ha pasado?

—No, señor, y por eso lo pregunto.

—Pues voy a contar a usted lo que ha hecho ese pillo.

«El día antes de los exámenes se presentó en mi casa con su padre, quien se echó a mis pies, y me dijo que su niño se lo había confesado todo: que no había ido a clase, que no había comprado el libro ni estado en el repaso. Pero que él era un pobre labrador, que hacía grandes sacrificios por dar carrera al niño. Que si éste era desaplicado y de mala conducta (cosa disculpable en un muchacho), en cambio era más valiente que un gallo inglés, por lo cual tenía fama y era el niño mimado en Ronda y toda la Serranía. Que si perdía el año, su madre se iba a morir de pena; tanto más que estaba de meses mayores. Que yo era el cuchillo y él la carne. Que era persona muy agradecida, y que no perdería yo ni lo del libro ni lo del repaso, ni el favor de aprobar al niño. En fin, tanto me suplicó y me dijo, que no pude resistir. ¡Vamos, que con este corazón que Dios me ha dado, casi se me saltaron las lágrimas! Pero, como yo he *corrío* mucho mundo y a mí nadie me la pega, dije al padre:

»—Voy a hacer por usted un imposible: voy a que *Veneno* gane el año. Pero de mí no se burla nadie, y ya sabe usted lo que pasó con el libro y el repaso.

»—Sí, señor, se lo pagaré a usted todo: siete duros y medio. Y por el favor de aprobarle, le daré hasta veinte.

»Como usted comprende, quedaban doce duros y medio por la aprobación (lo cual era una mezquindad), por lo que le dije que *no*, y me cerré a la banda.

»Preguntóme que cuánto quería, y le contesté que cincuenta duros; pues menos no era decente que tomase un catedrático como yo. Me dijo que era un pobre, casi un *penjabre;* que nos fuésemos a la tienda de la esquina a tomar unas cañas, y allí acabaríamos de arreglarnos.

»Salimos y me convidó. Tomamos unas cañas; y, tira y afloja, quedamos en que me daría veinticinco duros por la aprobación. Pero como yo le hiciera ver la importancia y dificultad del servicio, por causa de mis compañeros de tribunal y principalmente del maricón de Porto, el padre no se avi-

no a entregarme el dinero hasta que el niño no obtuviese la aprobación. Y como yo no soy interesado, propuse que se depositara el dinero en manos de Bonifacio, el montañés dueño de la tienda. Convenido, llamamos a Bonifacio, se le entregó el dinero, se le enteró del trato; y pidiéndole medio pliego de papel, tintero y pluma, escribí:

»—*¿Qué son cuerpos?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Cuáles son las propiedades de los cuerpos?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Qué es calórico?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Qué instrumentos son los que sirven para medir el calórico?*—Y aquí va la contestación.

»En seguida le dije a *Veneno*:

»—Aprende bien esto, y no me comprometas.

»*Veneno* contestó bien a mis preguntas. Pero el maricón de Porto, conque no había concurrido a su clase, y conque no le contestó a nada de Botánica, quería reprobarle y se atestó y le echó bola negra, por más que yo le eché la escandalosa. Pero, como yo era el presidente y el catedrático de la asignatura principal, el secretario, a quien ya le había yo hablado, se vino conmigo y gané la votación.

»Pero, ahora entra lo gordo, lo que no se le puede a usted pasar siquiera por la imaginación. ¿Qué cree usted que hizo el pillo de *Veneno*? Pues, apenas supo que había salido bien, salió corriendo mientras yo quedaba en el tribunal examinándoles a ustedes. Cuando concluí, pasé a la tienda y pedí a Bonifacio los veinticinco duros. Se puso blanco, y me preguntó:

»—¿El muchacho salió bien?

»—¿Pues no había de salir? ¡Y poco trabajo que me ha costado! Dame los veinticinco.

»Se puso más blanco todavía, y me soltó el muy bestia casi a punto de llorar:

»—¡D. José de mi alma, ese tunante de muchacho me ha engañado! Entró aquí muy cabizbajo y se sentó en ese banco, junto al mostrador; le pregunté cómo había salido, y me

dijo que le habían dado calabazas. Que usted se había peleado con el tribunal y hecho cuanto pudo; pero que no contestó a los otros señores, y por sus dos votos contra el de usted quedó reprobado. Así estuvo mucho tiempo, mirando al suelo y dando suspiros, y después me dijo:

«—Mi padre, de la pena, se ha puesto malo; y me manda para que recoja los veinticinco duros.

»—¿Y se los dió usted?—le pregunté.

»—¡D. José de mi alma, perdóneme usted y dígame lo que quiera; pero me engañó el tunante, y le di los veinticinco duros!

»Como usted calculará, yo monté en cólera y le dije todo lo que me vino a la boca. Le manifesté, por último, que yo no tenía nada que ver con eso; que él era el depositario y, por consiguiente, el responsable de la cantidad. ¡Pero, nada! Aquí me tiene usted sin el dinero, sin saber dónde paran el sinvergüenza de *Veneno* ni su padre, ni cómo voy a sacárselo al bestia de Bonifacio. Y, créalo usted, D. Antonio: no siento tanto la pérdida de los veinticinco duros como siento el haber sido burlado por un chiquillo. ¡A mí, burlarse de mí, que tengo rozados los calzones de pasarme por debajo el presidio del navío *Asia!*»

Grosero, pero genuinamente andaluz, espontáneo y gracioso, con su superabundante y aberrada imaginación, falto de instrucción y de cultura, suplía sus deficiencias con intuición innata, que le permitía ser práctico felicísimo en el tratamiento de los enfermos de su clínica. Sano de cuerpo, fuerte estructura, osado y de enérgica voluntad, tenía el dón de mando, imponiéndose de grado o por fuerza.

Parecía cínico, y no lo era realmente: él creía buenos sus actos. Miraba como cosa justa vender sus libros, y como una picardía que no se los compraran; el agasajo del día de su santo, como una adehala honesta y corriente, abonada por la costumbre. Él, que no conocía la hipocresía ni el disimulo, no

podía entender los refinamientos que la sociedad actual llama delicadeza; y encargaba que no gastasen el obsequio en músicas ni en dulces.

Los cinco duros del repaso consideraba en serio que constituían obvención aneja a su destino; y así de todos los provechos que podía discurrir.

Esta moral de manga ancha (¡no hay por qué asustarse!) chocaba en D. José... porque D. José vivía retrasado.

V

¡Qué tiempos aquellos!

Esa moral era la imperante, la corriente como cosa naturalísima a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, en todos los cargos, jerarquías y oficios, desde la Iglesia y la curia eclesiástica hasta la administración de justicia, desde los reyes hasta los regidores perpetuos, del primero al último de los funcionarios.

El rey consideraba como su propio peculio el de toda la nación. Así pudo verse que un soberano como Fernando VII, que reinó pocos años y en una época tan pobre y calamitosa, pudiera legar en su testamento fabulosa fortuna.

Muchos cargos oficiales carecían de retribución, siendo compensada ésta con arbitrarias obvenciones; todavía, cuando esto escribo, quedan restos de organismos tan imperfectos cual se puede ver en la socaliñadora curia eclesiástica y en la escala baja de la judicial.

Tiempos atrás no se solicitaban las magistraturas en América, ni los empleos, ni aun los cargos de virreyes, por el mero sueldo; sino por las obvenciones, los estipendios y elásticas adehalas que cada cual medía a su sabor. Pretender que todos nuestros antepasados fueran impuros, sería injusto; pero hay que confesar que la pureza tenía en la opinión límites menos estrechos que en la actualidad.

En nuestros tiempos, D. José María López resulta un pequeño trasunto del histórico Verres; cuarenta años atrás, era un catedrático como tantos otros en esto de inventar socaliñas para pasar la vida. Hoy se comete un desfalco: si se sabe, se denuncia, lo publica un periódico y lo repiten ciento. Antes, ni aun existía fiscalización capaz de denunciarlo: cuando menos, quedaba oscurecido y no producía escándalo.

Respecto al modo de enseñar leyendo un manuscrito, también si se examina caeremos en la cuenta de que es recuerdo de pretéritos sistemas de enseñanza. Los maestros de los pasados siglos no daban enseñanzas orales, sino lecturas. *Lectores* se llaman aún los maestros de las órdenes monásticas. *Lector* de Cánones, Teología, Leyes, Medicina, se decían los catedráticos de las Universidades. Leer a tontas y a locas, sin puntos ni comas, sin sentido y sin atender siquiera a lo que se leía, era ya el último eco de un modo de enseñanza degenerada y pervertida, tan detestable como la que hoy impera, consistente en charla insustancial y gárrula, urdimbre de lugares comunes y vulgaridades que se ensartan un día y otro día, para rellenar una hora y salir del paso.

Abrigo la esperanza de que el cuerpo docente, volviendo pronto por los fueros de su propia dignidad, se fije en sus deberes. Al efecto, darán de mano a las parodias oratorias. Las enseñanzas subjetivas (como el Derecho, la Moral, la Literatura, etc.) se darán leyendo los tratados serios, examinándolos, compulsándolos y explicándolos con notas y observaciones orales breves del maestro, para que sean mejor comprendidas por los discípulos. Tal sistema de enseñanza es el que prevalece en Alemania y otros países donde la pedagogía se encuentra adelantada. Y bueno es decir que ya en España algún profesor digno y celoso comienza a practicar dicho sistema, dando de mano a la infeliz pretensión de convertir la cátedra en un aprendizaje del Parlamento.

Las ciencias objetivas (como las Físicas, Naturales, etc.) se enseñarán... *enseñando* los objetos, mostrándolos a la vista, a

la atención, a la observación, a la experimentación y al propio estudio de los alumnos; dándoles verbalmente las noticias, los datos y relaciones que los objetos examinados sugieran, así como las claves para su clasificación y observación.

Causa grima tener que repetir cosas tan triviales, evidentes y sabidas; pero a la repetición obliga el hecho verdadero y desgraciado de que no se practiquen ni aun por la minoría de los que tienen el sagrado oficio de la enseñanza.

¡Ay! ¡Cuántos bochornos, cuántas torpezas, cuántas ignorancias hubiera yo dejado de sufrir y cometer, si me hubiesen educado y enseñado de tan sencilla manera!

VI

* El Sr. D. Manuel José de Porto.

¡Cuán grato es su recuerdo para mí! ¡Cuánto respeto me inspira su memoria!

En 1842 tendría próximamente cuarenta y cinco años. Su estatura y continente eran muy análogos a los de D. Salustiatiano Olózaga; no tan bello como éste, pero sí del mismo porte grave y distinguido. Su cara algo achatada y con muchos hoyos de viruela; cuidadosamente afeitado, usaba peluca de color castaño, bien peinada y no ridícula. Vestía con conveniente elegancia, adecuada a su edad: tan limpio y tan flamante, que parecía su ropa acabada de salir de casa del sastre.

Tan severas sus costumbres, que, por no tener vicios, ni aun fumaba. Era soltero, y no se hacía memoria en él de ningún devaneo. Por esto y su pulcritud le llamaba D. José María López «maricón», a sus espaldas, pues en su presencia le guardaba mucho respeto; hasta el punto de que sólo al Director y a Porto trataba de *usted*.

Hacía religión de sus deberes. Era tipo de hombre ilustrado; no llegaba a profundo, sino en las asignaturas que tenía

que estudiar para enseñarlas. Aun en estas, no hacía gala de sus conocimientos, y eso que estaba al día con los últimos. Hablaba con facilidad y sobria elegancia, preocupándose de la claridad y porque los alumnos le entendieran. Enseñaba bien la Botánica, mejor la Fisiología, y sobre todo, la Patología general.

Visitaba muy poco, y sólo a familias distinguidas, de manera que le quedaba tiempo holgado para estudiar y asistir puntualmente a sus cátedras.

En el partido progresista era jefe del matiz más avanzado, contrastando con sus hábitos tranquilos y de orden.

Respecto a esto último, bien podría ponérsele de modelo. Sin tener caudal, su orden llegaba a permitirle vivir con dignidad y desahogo. Su casa parecía su retrato: limpia, amplia, amueblada con tal decencia que inspiraba respeto, sin la impresión envidiosa que provoca el lujo.

Trataba a los estudiantes con consideración, pero a distancia. Molestábanle la grosería y malas formas. Repugnaba la capa y el *calañés* en los estudiantes: a estar en su mano, hubiera proscrito de la cátedra tales vestimentas.

Sereno y justo, no llegaba a severo; los estudiantes malos le respetaban, los buenos le amaban y respetaban. Su sistema era más oral que objetivo; tenía, sin embargo, algo de lo último.

Fue diputado a Cortes varias legislaturas. Vino de catedrático a Madrid, juntamente con D. José María López; Porto quedó de catedrático a secas, D. José llegó a Decano en la Central.

VII

* Mis camaradas fisiqueros.

Pretender que la educación y la enseñanza se obtienen exclusivamente de los maestros, es el concepto más estrecho y absurdo que se puede imaginar.

Por el curso de estas notas resulta demostrado que todo educa y enseña a la criatura, así los animales como las gentes, así la tierra como el agua y cuanto encierran los que decimos hoy medio interno y medio externo. No hay duda, enseñan y educan las propias sensaciones y emociones, los goces; aún más los dolores y las pesadumbres. Educa asimismo todo lo que nos rodea, y nos enseña e instruye desde que nacemos hasta la muerte.

Tanto como de los maestros, más que de los maestros, aprendí yo del comercio y trato con mis compañeros.

Desde el primer día se estableció en el cuerpo escolar la corriente de compenetración que constituye las sociedades. Dentro de esa especie de piña se construyeron asociaciones particulares de tres o más individuos que, por atracción de carácter, edad, educación o simpatía, venían a hacerse camaradas.

El grupo particular de mi filiación lo compusieron D. Antonio Aragonés, Imperial Iguino y un servidor de ustedes.

D. Antonio Aragonés era un hombre de treinta y cuatro años de edad, mediano de cuerpo, fornido y cerrado de barba negra.

Vestía con lujo, pero sin elegancia, por más que seguía la última moda. Llevaba grandes alfileres de brillantes en la pechera, ricas y numerosas sortijas inmovilizaban sus cortos y robustos dedos, y (para mayor declaración de abundancia en bienes de fortuna) usaba calabrote de oro para el reloj.

Los antecedentes de su vida eran interesantes. De muchacho, se acomodó de mozo en una tahona y después en una fábrica de fideos. Hízose muy perito en el oficio, llegó a maestro y partícipe en la fábrica; años después quedó dueño exclusivo. Exportó sus pastas a las Américas, y le fué viento en popa.

Satisfecho por este lado, sintió el noble deseo de adquirir ilustración, siguiendo una carrera; y, en efecto, a fuerza de firme voluntad, pasó la segunda enseñanza y entró a cursar el preparatorio de Medicina.

El amor propio, juntamente con su edad, le imponían grandes esfuerzos para distinguirse de la turba de los mozalbetes. Estudiaba con testarudez para conseguirlo, y buscó la amistad de Imperial Iguino, que era el número uno de la clase.

Iguino contaba diez y seis años. Yo, entonces, quince; pero, alto de más de cinco pies y ancho de pecho, aunque ligero de carnes, seguía como siempre representando tres o cuatro años más. Resultaba, por consiguiente, después de Aragonés, el más hombre de la clase; circunstancia que señaló mi puesto en aquella trinidad.

Imperial Iguino era el hijo mayor de un catedrático de aquella Escuela de Medicina, de su mismo nombre y apellido. Mi camarada, para su temprana edad, tenía uno de esos talentos prodigiosos y envidiables que rara vez concede la Naturaleza: inteligencia clara como el chorro de una fuente, memoria fenomenal, casi irritante. Dirigido por su padre, había hecho los estudios de la segunda enseñanza con seriedad. Sabía Matemáticas al dedillo; Historia Universal y de España, no con puntos ni comas, sino por obras maestras; conocía los clásicos latinos, con pelos y señales; la Literatura española, a fondo. Había leído y podía recitar *c* por *b* desde las obras de San Isidoro y de Santa Teresa hasta los escritos de Jovellanos. Además del latín, hablaba correctamente italiano y francés. Por último, era un erudito a modo de los Ménendez Pelayo.

Los apuros que yo pasaba para no hacer un papel deslucido en el triunvirato, sólo Dios lo sabe. Aragonés pasaba las noches estudiando en el libro de texto; Iguino, a los cinco días lo sabía de memoria. Yo lo abrí, y apenas pude leer la primera hoja; tal y tan arraigada de antiguo era ya mi aversión a los libros dogmáticos.

Nada podía sacar en claro del runrún del profesor, quedándome con alguna idea que sacaba de la vista de los experimentos, más alguna otra que me sugería la intuición del len-

guaje técnico y que fué pegándose al oído, de las recitaciones que hacía a su modo Aragonés para su propio uso, y de la contestación que a mis observaciones y disputas osadas daba Iguino. Por ejemplo:

—Todo eso es ignorancia—decía yo;—la luz y el calor son una misma cosa y no distintas, como tú aseguras por la autoridad de los libros.

—Esa idea no es tuya—replicaba Imperial;—es un pedazo de añejas y abandonadas doctrinas, como la teoría de los cuatro elementos, doctrinas en que creyeron los antiguos filósofos Fulano y Zutano, Mengano y Perengano.

Y seguía ensartando una retahila de nombres latinos y aun griegos, con los textos correspondientes, que me desesperaban.

—Pues mira—decíale yo;—no he leído ni por el forro a esos señores, y apenas si los conozco de nombre; lo que afirmo es que así se presenta a mi razón; y me carga que, con tus eruditiones, quieras suponer que he cometido un plagio.

A cada paso armábamos disputas semejantes, resultando siempre que todo cuanto se me ocurría habíaseles ocurrido ya a cien personas y cien siglos antes.

De todas suertes, yo con mis inventivas e Iguino con su saber, andábamos constantemente enredados; Aragonés reservaba su opinión, pero nos oía con la boca abierta. Después de todo, hablando y hablando de lo que no sabía una jota, iba pescando algo y haciendo mis composiciones de lugar.

El caso fue que, llegados los fementidos exámenes, los tres obtuvimos nota de sobresaliente: Aragonés, porque se metió el texto en la mollera; Imperial, porque se lo merecía; yo... no se sabe por qué.

VIII

* Cosas del mundo.

El paralelismo de los hechos oblígame a suspender el relato de las cosas escolares y relatar otras que, no siendo escolares, enseñan y educan.

En las vacaciones del verano empleé mal el tiempo: los meses de Junio y Julio los pasé sin hacer otra cosa que tirar al florete; Agosto y Setiembre, en Jerez correteando.

Alguna ventaja saqué por el lado de la esgrima. Desde las once a las cuatro de la tarde, con intervalos de descanso y conversación, asaltaba con cualquiera hasta rendirlo, y luego a otro y a otro. Casi en ropas menores, a pesar del calor del verano y del sudor debilitante, proseguía ágil tan violentos ejercicios.

Así adquirí solidez y rapidez en los movimientos, bastante sensibilidad en lo que se llama *tacto de hierro* y el conocimiento práctico del *medio*, o sea de la distancia más oportuna en cada instante para el ataque o la defensa.

La variación de jugadores también producía enseñanzas y ventajas, así por lo que a la esgrima se refiere, como por lo que respecta a otras esferas. Bien dice el refrán: en la mesa y en el juego se conoce la educación de las personas. En el juego de la esgrima, mucho más: viene a ser el simulacro de una lucha personal, que pone al desnudo toda la oculta cantidad de amor propio de que están dotadas las criaturas; saca a plaza los defectos más secretos del corazón y del carácter; descubre las condiciones morales, las virtudes simuladas y los grados en que están las verdaderas. Al fin y al cabo, suaviza la soberbia, establece una disciplina que obliga a reconocerse superior a unos e inferior a otros; educando así la resignación, que toma la figura de humildad digna; y educando también el sentido de nobleza, que adquiere la forma de generosidad disimulada.

Por otra parte, siendo Cádiz puerto de mar, ofrecía ocasión para el estudio de una clínica abundante de bribones, matachines, fanfarrones, desgraciados y hombres de bien, venidos de muchos puntos, y todos vistos al desnudo en el espejo de la esgrima. Ya daré cuenta, a su tiempo, de algunos ejemplares.

Conozcamos ahora al que fue mi maestro, D. Juan Camas. Híbrido franco-hispano, firmaba Camas por españolizar su apellido Campmas: altísimo de cuerpo, colorado y grueso; cincuenta y dos años en 1843, con el aditamento de una peluca rubia; ágil y tirador de la buena escuela francesa.

Su historia, ¡vaya usted a saberla! Y no es porque dejase de contarla todos los días, sino porque en tratándose de este punto, era tan embustero, que trabajo le mando a quien procurase averiguarla.

Ya decía que pasó una noche herido, en Rusia, y gracias a que, muerto al lado su caballo, le abrió la barriga y se metió bonitamente en ella como en su caracol Bernardo el Ermitaño; ya aseguraba que fue prisionero en Austerlitz; ya que había servido por la causa española en la guerra del Rosellón.

En último término, de todo el berengenal de hazañas, cuentos, inverosimilitudes e imposibilidades cronológicas, sólo pude sacar en claro que había sido soldado, gracias a uu *tatuaje* que tenía en el brazo izquierdo, algo borrado por vejigatorios, y que procuraba ocultar cuidadosamente.

Por apariencia física, continente, frases y género de fanfarronería, debió de servir en el ejército francés; pero cuando ya descansaba de su fatuidad Napoleón en Santa Elena. De soldado aprendería la esgrima, llegaría a maestro, y traído a España como uno de los cien mil hijos que parió San Luis para nuestro regalo, cumpliría en Cádiz; y en Cádiz se quedó, de maestro de florete.

Sea lo que quiera, sólo sé de ciencia cierta que le conocí por vez primera en el Colegio de San Pedro, y en el punto y hora en que fuí a iniciarme bajo su magisterio.

El ejercicio de la esgrima obliga al cuerpo a mantenerse

en firme equilibrio en todas las circunstancias, en los diversos movimientos y posiciones. Tal condición se adquiere con el hábito de esgrimir; da a la persona cierto desplante en el modo de estar y de andar, que resulta provocativo y fanfarrón si el individuo no lo advierte y lo corrige por virtud de una educación delicada.

Careciendo de ella Camas, y vaciado en la turquesa del ejército que se comía los niños crudos, resultaba una caricatura a este respecto. Como toda caricatura impresiona a modo de mascarón, produjome un efecto educativo; y entiendo que no debe echarlo en saco roto la Pedagogía. Advertido de ello, procuré atenuar mis desplantes, disimular la firmeza en las actitudes con maneras de la mayor urbanidad y cortesía. Y véase cómo lo que no pudo conseguir D. Diego Choquet de Isla, etc., etc., con sus afectados cumplimientos y la sempiterna lectura de su libro, lo consiguió Camas sin pretenderlo ni saberlo y por opuesto camino.

Si Camas era así por fuera, por dentro resultaba un bendito de Dios. Buen padre y mejor esposo, trabajaba cuanto podía por ganar el pan de su familia, sintiendo todo el apego a la vida que es propio del instinto de conservación, aumentado por los lazos de mujer e hijos.

Pero, he aquí un contraste: creía que su papel de maestro de armas le obligaba a echárselas de plancheta con todo el mundo y más con los tiradores forasteros, principalmente si ofrecían visos o señales de pretender establecerse en Cádiz para hacerle competencia.

Las primeras veces que asistí a esas escenas me temblaban las carnes: creí que iba a llegar la sangre al río. Las palabras gordas, las provocaciones, los insultos recíprocos llegaban hasta el punto de echar mano a los sables o saltar los botones de los floretes y ponerse en guardia. Mas era el caso que en llegando aquí, sin saber cómo, volvíase todo agua de cerrajas. Eso sí, continuaba el ceño y aun los malos modos; pero cada *feroche* se iba por su lado.

IX

* En Jerez de la Frontera.

España estaba en armas. El Duque de la Victoria defendía su Gobierno con cierta parte del ejército. Poblaciones de importancia, sólo le quedaban Madrid, Zaragoza y Cádiz; sublevada Sevilla, sufría el bombardeo, cuyo eco llevaba la noche serena hasta Jerez.

La familia Torres, enemiga de progresistas y *ayacuchos,* estaba más contenta que unas pascuas; no así yo.

Pasé triste la temporada. Hallábase casada María Pepa. Veía venirse encima grandes nublados. No tuve gusto para registrar la librería del *Caballero.* Andaba taciturno. Escribía algunos versos, menos vacíos que los de antaño.

En Setiembre regresé a Cádiz, matriculándome en primero de Medicina. Antes de empezar el curso, habían ocurrido graves sucesos.

En Torrejón de Ardoz recibió el último golpe la causa del Duque de la Victoria; éste levantó el sitio de Sevilla. Las tropas fueron abandonándole; y sólo con los más fieles llegó hasta el Puerto de Santa María, donde a duras penas pudo embarcarse y tomar asilo en un buque de guerra inglés que le esperaba en la bahía.

Las avanzadas de D. Manuel de la Concha no encontraron resistencia. Cádiz permanecía aún por el Duque; pero como su causa era perdida, bastó que salieran gritando algunos carabineros para que se abriesen las puertas a D. Manuel de la Concha.

Según uso y costumbre, constituyó una Junta; y su primer acuerdo fue el siguiente oficio, que leyó mi padre a las cuatro de la tarde, estando con nosotros a la mesa, acabado de comer:

«De orden de la Junta Suprema, saldrá usted de Cádiz y su

provincia en el término de veinticuatro horas precisas.—El Presidente, Manuel de la Concha.»

Mi padre sacó un bolsillo de seda verde, y de él tres monedas de oro de a cuatro duros. Dió dos a mi madre, y se quedó con una.

—No tengo más dinero—dijo.

Arregló sus papeles, hizo la maleta, y en un falucho que salía al despuntar el alba para Málaga, tomó pasaje por tres duros.

X

* La escuela de los apuros.

Ocho duros por todo capital bien poca cosa es, y más poca si se trata de una familia algo numerosa.

Componíase la nuestra, a la sazón: de mi buena madre y su virtuosa y hermosísima hermana Dolores; de tres hijas, Victorina, enferma de la razón, Amalia y Paz, enferma de hidropesía; de dos hijos, Pepe, entonces de cinco años, y un servidor de ustedes, de diez y seis.

La primera medida fue despedir la casa y arrendar un piso de seis duros al mes; despedir el criado y las criadas; vender en almoneda los muebles de la sala y todo lo demás que, cual las camas y otros menesteres, no resultaba tan preciso.

Con esto se fué tirando un par de meses. Mi madre y su hermana lo hacían todo, desde la cocina al lavado y arreglo de la ropa; Amalia ayudaba en lo que podía y en el cuidado de las enfermas.

El tercero y el cuarto mes se pasaron vendiendo los cubiertos de plata; el quinto, los pendientes y alguna gala que se pudo arañar; el sexto y los siguientes... no lo sé, ¡la Providencia!

En tan angustiosa situación hallábame al comenzar la carrera. La tristeza me hizo más reflexivo; si a los catorce años

parecía tener diez y seis, a los diez y seis representaba veinte.

Con la mayor y mejor voluntad que en una criatura puede darse, comencé a estudiar Anatomía, y me dije: «Hasta ahora has sido un malísimo estudiante, no has abierto un libro; has ganado los años sin saber cómo, por misericordia de Dios y haciendo unos exámenes de farfulla. ¡Vida nueva! Aprende de tu madre, que no descansa ni de día ni de noche; que, porque salgas limpio, se pasa lavando hasta la madrugada, y luego se pone a coserte la ropa y a quitarle las manchas, para disimular en la calle la pobreza. Ya que no sabes ganar un cuarto para aliviar a la familia y cumplir con tu deber, estudia al menos, para ser algún día útil y digno.»

Majarón estudiaba, así como Cotera y Palau (mis paisanos y antiguos camaradas en la Aurora), el tercer año; no necesitaban ya el texto de Anatomía, y Majarón me prestó el suyo, un tanto sucio y deshojado.

No bien hube llegado a casa con mi libro, cuyo autor era Boyer, comencé a leerlo. No entendía la lectura.—«Párate, hombre; párate, y lee con paciencia y con más atención, párrafo a párrafo, oración por oración. Pero, ¡si parece que esto no está en castellano! *La Anatomía se divide en Osteología, Miología, Angiología, Neurología y Esplacnología.*» ¡Demonio de nombres tan extraños! Y tendré que conservarlos en la memoria. *Miología*... no, primero *Osteología,* eso es, *Osteología*... ¿Qué sigue? *Miología.* ¿Y ahora? *Esplacnología.* Ya sé, *Osteología, Miología*... ¡No me acuerdo! A ver el libro: *Angiología, Neurología* y *Esplacnología.* ¡Por vida del diantre, que voy a estar repitiendo estas palabras hasta que San Juan baje el dedo!

Y me echaba a andar por la casa como un insensato, repitiendo: *Osteología, Miología*... Ya rendido, y no sin trabucar el orden a lo mejor de la taravilla, continuaba la lectura. «*La Osteología es la primera parte de la Anatomía, y estudia y trata de los huesos, de las articulaciones y de los ligamentos.*» De los *huesos*, lo entiendo; de las *articulaciones*, lo entiendo; de los

ligamentos..., ¿qué ligamentos serán éstos? En fin, ya me lo dirán.

«*La Miología es la segunda parte de la Anatomía, y trata de los músculos y aponeurosis.*» Músculos, músculos... deben de ser las carnes rojas; sigamos leyendo. «*Llámanse así de* mus, muris, *el ratón, por tener parecido estas partes al ratón desollado.*» ¡Diablo de etimología, tan ridícula y pedantesca! Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, sé que la *Miología* es la parte que se ocupa en estudiar la disposición de las carnes. ¡Adelante!

«*De los músculos y de las aponeurosis.*» Aponeurosis, aponeurosis... ¡qué demonio de nombre! ¿Y qué significará? No lo dice aquí; lo dirá más adelante. Pero, en el entretanto, ¿cómo voy a conservar este nombre raro, bailando en mi cabeza, sin ninguna imagen de objeto o cosa que lo represente?

En fin, como a cada paso topaba con uno de estos tropiezos, la cabeza se ponía a tres bombas. Procuraba repasar en la memoria lo leído, para ver si me acordaba, y desesperábame al ver que lo que zurcía por un lado, se descosía por otro.

En esta brega seguí un día, una semana, un mes. Llegó a ofuscárseme la inteligencia de tal suerte, que lo mismo era llegar a una palabra como *apófisis, epitróclea,* etc., cuyo significado no entendía de primera impresión, que una nube espesa y negra, corriendo por la mente, me dejaba en estupor; tan estúpido y soñoliento, que, para apreciar las cosas más corrientes y usuales, tenía que levantarme, andar y pasarme repetidas veces la mano por la frente.

—Pues, señor, soy un animal; soy inepto para todo estudio. ¿Qué voy a ser? ¿Qué va a ser de mí y de toda mi familia?

Volvía a abrir el libro, y no estudiaba: lloraba sobre él.

XI

* El Director Excmo. Sr. D. José Benjumeda.

Por lo mismo que nada podía sacar en claro del libro, concurría a clase con puntualidad, atendiendo con los cinco sentidos y potencias a nuestro viejo catedrático.

Desgraciadamente, cifraba su sabiduría anatómica en saber lo mismo que Boyer: seguía su propio método (no muy metódico), detallista y prolijamente descriptivo, por lo cual resultaba confuso. De todos modos, como los objetos de la descripción los presentaba en cátedra, algo podía recoger. Con el libro a la vista y el coronal en la mano, no acertaba cuál era la cara anterior ni cuál la posterior; porque la primera más parecía superior que anterior, y la segunda más inferior que posterior. Pero estas dificultades desaparecían cuando D. José señalaba la cara de referencia, quitándome dudas y cavilaciones.

Aun con tal ayuda, confieso que la Anatomía resultaba a mi inteligencia, y más a mi memoria, una cosa insuperable.

Andaba profundamente preocupado. Veía a Iguino tan satisfecho, navegando viento en popa por los golfos anatómicos. Aragonés, masculla que masculla y pasando las noches en claro a la luz de un quinqué, llevaba corrientes sus lecciones. Y yo, en cada *apófisis,* y en cada *epífisis,* y en cualquiera *gónfosis,* tropezaba con un escollo y sentía el naufragio de la pobre inteligencia. Hallábase afligido mi ánimo con esto, y abatido además con la triste escasez de la pobreza, rayana en la negra miseria si no la blanqueasen, ocultándola, el aseo y las virtudes de mi heroica madre.

En lo más profundo de uno de mis abatimientos, caído el *esfenoides* de la mano, fijos los ojos en el libro, pero extraviados, sin leer ni aun percibir las letras, me levanté repentina y nerviosamente, diciendo:

«—¡Ajo! Pero, ¿qué es estudiar Anatomía? Estudiar el cuerpo humano, saber sus entradas y salidas, recovecos y escondrijos, dónde están sus partes, qué vecindad tienen las unas con las otras, cuáles son sus rincones. ¡Ajo! Pues ¿no sé yo andar por mi casa, no sé andar por Cádiz con los ojos vendados, sin que ningún libro empachoso me lo haya hecho aprender? Pues si yo sé de Cádiz para ir y venir, manejarme y cuanto me es preciso, y si me propongo averiguarlo, puedo sin maestro ni libro saber hasta cuántas casas de lenocinio hay en la Mirandilla, ¿qué necesidad tengo de libros ni de nadie para aprender tan bien como Vesalio hasta la última entretela del corazón?

Aquellas interjecciones a lo D. José María López, intercaladas en el razonamiento, produjeron un efecto mágico en mi espíritu. Sentíme con un vigor que se desbordaba en osadía, tiré el libro y no volví a abrirlo sino para consultar alguna que otra vez los datos de mi propia observación, confrontándolos con lo inquirido y establecido por la ciencia. El Boyer quedó como un libro de consulta, pero no como un texto para aprender por él.

Seguí escuchando atentamente a D. José. Quedábame luego examinando el esqueleto y observándolo en conjunto, luego en sus partes, después en las partes de sus partes. Así adquirí un método natural de investigación y observación, lo transporté al correlativo de descripción, y aprendí por mí mismo a ver y describir las cosas, llegando de este modo a un resultado final extraño: a no saber nada de Anatomía sin tener el objeto delante, porque el objeto es el libro que me guía y dice todo; y a saber más Anatomía que la generalidad de los anatómicos regulares, cuando el cuerpo muerto o vivo, mostrándome una sola superficie o parte, revela, a modo de telón que se descorre, todo cuanto detrás y encima y a los lados debe haber y hay en efecto. Podrá olvidárseme el nombre de un filete nervioso; pero, que debe estar allí, que está y cómo está, eso no se me olvida.

Comenzaron a poco los ejercicios prácticos de Osteología y Miología; se acostumbró el oído al lenguaje técnico de la ciencia, y pude ya correr sin andadores y sin trabajo.

Imperial Iguino, a pesar de su inteligencia y memoria prodigiosa, comenzó a sentirse contrariado. Sabía el Boyer tan bien como D. José; pero, a medida que iba aprendiendo descripciones y detalles, la acumulación de los mismos le impedía formarse idea precisa y apropiada de las cosas. Sospechaba que le pudieran disputar el puesto de primer estudiante; y para no descender de él, procuraba marcar nuestras distancias haciéndome preguntas como ésta:

—¿A que no sabes el origen del 5.° par, los filetes que de él proceden y la distribución de todos ellos?

Claro está que no podía contestarle de memoria cumplidamente, y entonces él relataba *c* por *b* y punto por punto cuanto había leído.

Pero yo persistía en mi sistema. Si Imperial era asistente a la cátedra y a los ejercicios, yo atendía con más fuerza; y si él, cumplidos sus deberes, se marchaba a su casa a leer enciclopedias, libros de viajes y de historia, yo me quedaba en el anfiteatro con los disectores, ayudándoles primero y haciendo después los trabajos y preparación de las lecciones; por lo cual, no hay que decir si les sería simpático y me quedarían agradecidos.

La emulación de Iguino no pasó a envidia ni a pasión baja; bien es verdad que yo procuraba no mortificarle y reconocía de grado su superioridad. Disputaba, sí, con él, pero no sobre Anatomía. El caso es que en las disputas me enseñaba muchas cosas de que yo estaba ignorante.

No recuerdo qué guerra había por entonces o amenazaba haberla; lo cierto es que, tocando la cuerda sensible de mis innatas y no extinguidas aficiones militares, hízome soltar la sinhueso desmedidamente. Escuchábame Iguino entre un buen círculo de estudiantes, y atajando mi taravilla, comenzó a hablar tan eruditamente de táctica, estrategia, organización de

los ejércitos, lineas de ataque, defensa y retirada, de la artillería, castrametación, fortificaciones interinas y permanentes en castillos y plazas fuertes, que a todos nos dejó embobados. Así que hubo concluído, añadí yo:

—Es muy sabio todo lo que has dicho, mas hay un punto que desde niño tengo entre ceja y ceja. Si las grandes líneas de batalla tienen su aplicación, los combates colectivos se deciden por la misma ley que las luchas personales: vence el fuerte al débil. Pero si la fuerza está en relación contraria al movimiento, un débil ligero puede vencer a un fuerte pesado. Después, el *quid* está en combinar la mayor fuerza posible con la mayor velocidad posible en un momento preciso; y para esto no me parece lo mejor los ataques en masas profundas, dispuestas en cuadrado o en paralelógramo, como hoy se usa, sino en triángulo o cuña. Un cuadrado, y más un paralelógramo, en dirección normal al frente enemigo, no ofrecen más acción destructora que las filas primera y segunda; todas las restantes son peso inerte, pero no fuerza activa.

—¡Calla, calla!—repuso Iguino.—Extrañaría que no salieses con alguno de tus plagios. Pues, esa invención tuya que dices, no tiene más fecha que una anterior a Jesucristo; es la célebre cuña romana, que saben por lectura hasta los chiquillos de la escuela.

Pero, nos hemos alejado de D. José Benjumeda.

Ya conoce el lector lo principal, a lo que añadiré: sesenta años de edad, pequeñuelo de cuerpo, un tanto rechonchete, nariz breve y labios gordos. El tener los pies deformados por juanetes y callos, le obligaba a andar dolorido con torpeza y las piernas abiertas, influyendo tales circunstancias en su carácter, que resultaba malhumorado y refunfuñón. Mas, como D. José era por dentro tan benigno, indulgente y bueno, la apariencia contraria lo hacía más simpático, respetado y querido. Siempre decía que *no* a todo; al peticionario le echaba una peluca, y apenas éste volvía la espalda, llamábale D. José y le decía:

—Pero, ¿qué quiere usted? Eso no puede ser. ¡Déjeme usted en paz!

—Pero, Sr. D. José, si...

—Vamos, vamos, no le dejan ustedes a uno vivir... Lo haré, lo haré... pero ¡déjeme usted en paz!

Y, en efecto, lo hacía, como no fuese cosa irregular.

D. José, con ser menos talentoso que otros catedráticos, gozaba en Cádiz del primer crédito y la mayor autoridad; siendo muy respetado y querido de toda la población, lo mismo de las clases altas que de las ínfimas. Había logrado el mayor triunfo que deben procurar los hombres: la estimación general. El secreto de ello estaba en su bondad, puesta más de relieve por su aspecto y hablar hosco. Era, por tanto, una figura de mucho claroscuro. Con esto, y con ser formal y exacto cumplidor de sus deberes, cosa que escasea entre andaluces; con tener un talento bien equilibrado y mejor administrado, aunque no descollase en nada, y con ser buen operador para su tiempo, queda explicado y sabido lo que atañe a mi bien amado maestro y respetable decano.

XII

* Dos pecados capitales.

Desde que hice la vida de libertad que corresponde al estudiante de carrera mayor, procuré frecuentar los correspondientes círculos de amistades y relaciones.

Queda dicho que Majarón cursaba Medicina: segundo año, cuando yo el preparatorio; tercero, cuando yo primero. Conservábale cariño, y ya se sabe por qué: era noblón, bondadoso y valiente; me había demostrado afecto, tomando voluntariamente mis deseos por mandatos.

Claro está que, al encontrarnos otra vez unidos en la carrera, procuraría cultivar su trato y amistad. Pero, mi pobre

amigo ya no era el mismo; su fondo igual, mas profundamente modificado en sus manifestaciones y aspecto. Aquel mocetón, criado en la doméstica y frailera servidumbre, en cuanto se vió libre y emancipado en Cádiz, sintió los vivos apetitos de la carne reprimida. El placer le ató al dolor. Las clases y el estudio se le hicieron pesados, indiferente la amistad. No iba a cátedra casi nunca; estudiaba poquísimo, casi nada o nada. Pasábase las noches en las casas donde se compra el amor falsificado; los días enteros, mimando a una, confidente de otra y amante apasionado de todas. Dejábase ver con dificultad, se le veía taciturno y como disgustado, sólo se hallaba bien en la sociedad aquella de jóvenes alegres y desdichadas.

Al tercer año de esos trotes, Majarón era una ruina: la sífilis luchaba victoriosa contra su potente organismo. En las vacaciones del cuarto año marchó al Puerto, para caer postrado y morir, dejando en el mayor desconsuelo al solitario padre.

La casa de pupilos donde vivía Majarón era de estudiantes. Aunque nunca dormía allí, y si comía no almorzaba, iba yo con frecuencia por si pudiera encontrarle. Muchas veces le esperaba, y con esto conocí a otro tipo estudiantil digno de estudio: Julián Reyes, matriculado en último año, tocando, por consiguiente, el término de la carrera, mediano de cuerpo, enflaquecido, con pelo rojo y chapetas coloradas.

La pupilera era una patrona gaditana, de cuarenta años, sucia, flaca y mal *jateada*. Tenía una hija de veinte, y nada más; allí no había padre, ni tíos, ni primos, ni más familia. La jovenzuela parecía concebida en su misma madre y por su propia madre; al menos, allí no aparecían vestigios de masculina filiación.

El pensamiento principal, único, exclusivo de la pupilera, pensamiento y deseo que constituía casi una obsesión, consistía en casar a todo trance a la muchacha. Realmente, ésta no tenía nada de bonita: pasadera y nada más; pero ¡vaya usted a poner una breva a la puerta de una escuela!

La madre todo era atisbar algún caso *in fraganti*, para ar-

mar escándalo y pedir al colegial goloso que le devolviera el honor, casándose con su hija.

Esas escenas se repetían alguna que otra vez; pero todo se reducía a que el escolar mudase de casa y patrona, sufriendo después por más o menos tiempo las súplicas, los denuestos y persecuciones de las ofendidas.

Llegaban éstas en último recurso a escribir a la familia del delincuente, haciendo la historia que la Dueña Dolorida a Don Quijote, y apelando al honor, la religión y otras muchas cosas. Pero, a pesar de tantos lances, siempre sacaban el anzuelo sin pez y sin carnada.

Ultimamente la madre dió a la niña instrucciones severas de moral, haciéndole entender que la promiscuidad era un pecado grave, y que no concediera dádivas sino a quien le conviniese por mayor blandura de corazón.

Desde entonces reinó como señor absoluto Julián Reyes, y con nuevas artes le fueron enredando para pescarlo.

El estado moral de Julián era lo que me parecía más digno de un fino estudio.

Ya porque estuviera tísico, ya porque dada su predisposición a la tisis la adquiriese con la vida que hacía, lo cierto es que desde tres años atrás, grado a grado, quedándose primero en la cama hasta las diez, después hasta las once o las doce, luego hasta la una, y así de más en más tarde, Julián resultó la personificación de la inactividad y la pereza. Solía levantarse a las ocho de la noche, mal vestirse, peor lavarse, cenar con los colegas de pupilaje y jugar al tute, si tenía con quién, o al solitario, si le faltaba pareja, hasta las altas horas de la madrugada. Entonces se volvía a acostar, ¡y Cristo con todos! No hace falta decir qué tal estudiante resultaría.

Lo cierto es que ya venía haciendo de tiempo atrás ese género de vida, con su pereza... y con la hija de la pupilera.

Por un lado, que el diablo las carga, y por otro, que tanto va el cántaro a la fuente hasta que al fin se rompe, o no sé si por tantas lamparillas de aceite como madre e hija encendie-

ron a los piés de San Antonio... se opiló la niña; y Julián, quizá por pereza de dejar la cama y mantener fieras disputas, se avino a legalizar la situación, aceptando el dulce y santo yugo del matrimonio. No es de ponderar la alegría por tan deseada y valiosa pesca: un estudiante de séptimo año, un señor médico dentro de muy poco.

Pero el hombre propone (las mujeres, mejor dicho aquí), y Dios dispone.

Julián era sobrino de un cura bien acomodado de un pueblo de la provincia de Jaén, y este tío cura le costeaba la carrera. Llegó a sus oídos el fregado del bodorrio, montó en cólera y no dió cuartel. Suspendió la mesada a Julián, la patrona tuvo otra boca más que mantener, y luego pagar ama para el engendro de la escasa y especializada actividad de los ocios de su yerno.

En fin, la cosa no pudo salir peor. Julián no pudo examinarse, ni menos allegar el dinero para la reválida. Las pupileras se desquitaban llamándole pillo y haragán a cada instante, y escribiéndole al cura muchas desvergüenzas por su falta de cristianismo.

Julián llegó a no levantarse ni de noche. Algunos ratitos jugaba al solitario sobre las sucias mantas de su cama. Otras veces alargaba la mano y mecía la cuna del llorón chiquillo.

Y así la tisis le fué dejando hueco, y abandonó este pícaro mundo para buscar el del eterno descanso.

XIII

* Fisiopatología de la pereza.

Considero el vicio digno de atención pedagógica. La pereza es un vicio, nadie lo dudará. Los vicios, como las pasiones, tienen su raíz en una facultad, en una propiedad o función natural y fisiológica. Así, todo vicio y toda pasión representan

una facultad trastornada. Por tanto, la pereza tiene un origen: su fundamento está en la ley de intermitencia de la vida, en períodos de actividad y descanso alternativos.

Vulgar es, de puro sabido, que no hay función fisiológica que no sea intermitente: desde la nutrición y las excreciones, hasta la locomoción, la respiración y la circulación.

A primera vista, parece que el sistema nervioso infringe la ley; pero es una falsa apariencia. Con decir que actúa por vibraciones, queda demostrada la esencial intermitencia de su funcionamiento; verdad es que los intervalos son infinitesimales, pero también lo son en el elemento activo de la onda. Todavía hay funciones nerveas cuya intermitencia es perceptible, por ser, digámoslo así, macroscópicas; la atención, entre otras. Su límite es el descanso, la abolición de la misma por un intervalo proporcional al esfuerzo y al tiempo que se atendió. El vulgo dice que el pensamiento no puede estar parado; nada tan falso. Sin traer a cuento los síncopes y otros estados anormales, en la misma normalidad se da la *suspensión*, fenómeno muy común precisamente en los grandes pensadores. No insisto con mayores y más numerosas pruebas; sería ocioso.

Ahora bien, la pereza es una perversión del descanso natural y necesario. Tal vicio asciende a pasión desde el momento en que sojuzga a la voluntad. Hablemos de este punto.

Nótese primeramente que, ya vicio, ya pasión, está muy relacionada con el clima y con el temperamento de los individuos. En los climas fríos no se observa la pereza, sino a veces el estupor que precede a la congelación. Por el contrario, en los climas cálidos es cosa frecuente; y puedo hablar con conocimiento de causa y ciencia propia, como nacido en Andalucía.

El temperamento es otro factor importante: cualquiera diría que el linfático; no es cierto. El linfático es pesado, poco activo, lento en sus resoluciones, apático; pero, por lo mismo, es rítmico; igual, así en su acción como en su descanso. Los

perezosos salen de las personas nerviosas, ya nervioso-sanguíneas, ya nervioso-linfáticas.

Los primeros despliegan, excitados por grandes estímulos, una actividad admirable, para caer después en una inactividad estupenda. He conocido a muchos paisanos míos así: don Nicolás María Rivero, como ejemplo; yo mismo, y por eso conozco el paño.

Los segundos, o sea los linfático-nerviosos, una vez que se paran y se dejan seducir por los placeres de la pereza, ya no los levanta nadie; porque la pereza es un placer seductor, embriagador, casi inefable. Pertenece a la peor categoría de los vicios, a la categoría de los vicios solitarios.

El borracho necesita procurarse los alcohólicos; el erótico, la mujer; el jugador, el garito; pero el perezoso, con echarse en cualquiera parte, ya tiene lo que necesita. Sólo le contrarían las necesidades personales; si tiene asegurado el alimento, aunque sea escaso, nada le hace sufrir como no sean las funciones de excreción. Por eso, orina y defeca de tarde en tarde; está reventando por orinar, y aguanta todavía, por no alargar la mano e interrumpir su beatífica quietud buscando el orinal.

Por el mismo motivo, le picarán las moscas y no hará por espantarlas. Si está en la cama y hace frío, aguantará el frío mejor que levantarse y procurar una manta. Hay más: tendrá sofocos de calor, y seguirá incómodo por no incorporarse y aligerar las cubiertas.

La pereza puede ser total o parcial. Cuando es total, todo el sér reposa en una obnubilación nihilista; tomar un poco de alimento de tarde en tarde, hacer sus necesidades, a esto se reduce todo. Cuando es parcial, reposa el cuerpo y hasta se pierde el tacto y aun la noción de existir; en tanto que el cerebro goza de cierta plácida tranquilidad, semibeatífica, nirvánica.

Muéstranse varios grados en el particular. A veces, el cerebro parece que funciona por sí mismo, con fácil espontaneidad,

ofreciendo en una medio somnolencia pensamientos profundos, puntos de vista luminosos y acertados, resolución fácil a intrincados problemas.

Otras veces, de la meditación humana se va el pensar, como por una escala cromática, a sutiles regiones metafísicas y teológicas. Y sin esfuerzo, a modo de revelación, aparecen escritos en la mente nuevos *Génesis*, nuevos *Apocalipsis,* nuevas *Imitaciones*, nuevas *Moradas*, nuevos *Nombres;* de tal manera que, si no se borrasen del recuerdo, si una actividad, intercalándose en la perdida voluntad, viniera a fijar tales imaginaciones y a movernos para predicarlas, resultaríamos un Daniel o un Isaías más o menos auténticos.

En todos los estados y grados de pereza, las sensaciones y los dolores físicos se atenúan. Siéntese la molestia de una prolongada e incómoda postura o posición, y, sin embargo, se soporta por no interrumpir el placer de la quietud ensoñadora. Al fin y al cabo, la parte queda anestesiada, y sólo se percibe el entumecimiento adolorido cuando termina forzosamente el ciclo perezoso.

La posición social y los medios de fortuna modifican mucho las formas de la pereza: en los altos y bien acomodados arraiga más hondo; en los pobres, los lleva a la haraganería y a la mendicidad. Si la sociedad presente retrocediera a la Edad Media, los haraganes pobres no serían mendigos desharrapados y vulgares; elegirían la vida de eremitas, y aun puede que la de penitentes extáticos. Bastante más podría discurrir sobre tan importante materia; temo ser pesado y que arrojen el libro los lectores.

No he de concluir sin rogar a los pedagogos de los climas cálidos que fijen su atención educadora en estos puntos. Observen, no a los niños, sino a los jóvenes de quince años en adelante. Es vicio que no corresponde a la primera infancia; se inicia en la juventud y va creciendo hasta la edad de los cuarenta años; luego hace estado o decrece, pero cuando ya el cuerpo se halla enfermo y el espíritu entumido.

A poco que se inicien en el joven los albores de este vicio, es necesario acudir con la higiene y la terapéutica pedagógicas, que deberán variar según sea el tipo pático a que el individuo corresponda.

En general, convienen los juegos corporales, de preferencia al aire libre, y los baños fríos de impresión. Pero sobre todo, romper el hábito del reposo prolongado, imponiendo la voluntad del educador a la del educando. Al hacerlo así, tenga presente que el perezoso, al dejar forzado a ello su quietismo, salta malhumorado, muchas veces iracundo, algunas furioso y como demente. Sépalo para que no lo extrañe ni se dé por resentido, ni menos por desaforado de su autoridad. En su consecuencia, no cometa el desacierto de responder al viciosillo, y mucho menos desistir del empeño de romper su cadena.

XIV

* Crecen los apuros en la familia del desterrado

Soportaba las escaseces, pero sufría mucho. El concepto moral que había adquirido de la pobreza era parecido al de un cierto como rebajamiento y menosprecio, incompatibles con la dignidad personal.

Si la pobreza se hubiera podido encerrar entre las cuatro paredes de mi casa, menos mal; pero, ver que se traslucía y no quedaba oculta a los ojos de las gentes, producíame un sentimiento de vergüenza igual a si tuviese que andar en paños menores por la calle.

Por más esfuerzos que ha hecho el Cristianismo para dignificar la pobreza, no lo ha conseguido; antes bien, creo que ha dado lugar a un efecto contrario, al menos en España. Confundiendo la pobreza con la mendicidad, deshonró a la primera y fomentó la segunda. En sus predicaciones nos presentaba al Salvador del mundo sin tener dónde reclinar la cabeza; y en

sus imágenes ofrecíalo a los ojos de los fieles vestido con ricas túnicas bordadas en oro y recamadas de piedras preciosas. Declaraba los trabajos de la Santísima Vírgen, sumida en los mayores dolores y penurias de la vida, y la ostentaba coronada de perlas, esmeraldas y brillantes.

Para ejemplo vivo, creaba, en vez de órdenes que viviesen pobremente y con decoro de su trabajo, órdenes que vivían y medraban por la mendicidad en contubernio con las más altas vanidades humanas. Así, el *General* de la orden de los mendigos era el primero de los *Grandes de España.*

Tales absurdos, tantas aberraciones, produjeron unos efectos deplorables: trocaron en mendigos a los tres cuartos de la población española, y en vanidosos a la otra cuarta parte.

Ahora podrá el lector hacerse cargo de mi sufrir, cuando veía a mi señora madre salir de noche con una labor penosamente labrada por sus manos y las de su hermana Dolores, correr de una en otra tienda para venderla, sufriendo ya una destemplada negativa, ya un sofión; y gracias si al fin, y como acto de caridad, la compraba alguno por mitad de precio.

Hubiérame producido menos vergüenza, menos emoción, cualquier insulto, que la frase de:

—*¡Eres un pobre!*

¡A cuántas desdichas, a cuántos dolores del alma dan lugar los conceptos equivocados de las cosas!

Por mucho que fuese nuestro silencio y disimulo, no era posible que dejara de transparentarse la realidad. Un pariente lejano nuestro, D. Ramón Pardillo, notario desahogado, se presentó a mi madre para hacerla aceptar el pago del arriendo del *partido* (o sea del cuarto que habitábamos). Mi madre acogió el favor con lágrimas de gratitud; yo, con lágrimas de gratitud (¡Dios se lo pague!) y de vergüenza (¡Dios me lo perdone!).

Mi padrino, D. Francisco Miranda, aunque seguía residiendo en el Puerto, también se percató de nuestra pobreza y de cuando en cuando nos socorría. Mi buen tío Manuel, generoso, aunque de varia fortuna y muchas veces escasa, vino a

decirnos que él quería atender a los gastos de matrículas y libros.

Cada uno de estos favores me llevaba a pensar que era un sér inútil; que, hombre y robusto, no sabía el modo de ganar honrada y dignamente la subsistencia de mi familia. Pensaba y repensaba en esto inútilmente, no encontrando la solución del problema.

Así terminé el primer año de Anatomía. Quedábanme aún seis años de carrera: ¡seis siglos que me parecían de Purgatorio!

Marché a Jerez, a pasar las vacaciones. Escocíame estar libre aquellos meses de las penurias de mi familia; pero consideraba que, pues en nada la podía aliviar, por lo menos la descargaba de una boca.

Para mal de mis pecados, topé en Jerez con un personaje singular; y no parece sino que el mismo tentador me lo puso por delante para probarme.

A Conchita Torres, por esa fecha algo jamona, le había salido un novio por el cual estaba loca: el bestia más ganso que ha nacido ni nacerá en Jerez de la Frontera, Diego Barrero.

Figúrese el lector un tío de campo, alto, que no cabía por las puertas, fornido en proporción, con la cara tan cargada de carnes, que éstas borraban las facciones, reemplazándolas por unas prominencias que sólo permitían a sus azules ojos asomarse entre dos hendiduras horizontales.

Toda su persona vestida a lo labrador, esto es: sombrero calañés, faja, botines, calzón corto, chaquetón, muchas chorreras, y más cadenas, botones y alfileres de diamantes gordos.

Su padre había muerto pocos años atrás. Fue un gañán que se echó a pegujalero, y de pegujal a rancho, y de rancho a cortijo; comiendo gazpacho, vivió a lo pobre y murió rico. Su hijo, así educado, encontróse de repente con una gran labor, numerosas piaras y una ganadería de toros bravos con que ilustrar su nombre; *item* más, repletos los graneros, y no pocas botijas de pesos duros y onzas de oro.

Todo esto sería muy bueno, si el muy bestia no hubiera pasado a ser un ente tan poseído de sus riquezas, que sólo sabía hablar de ellas; no bastando a su jactancia recrearse en el continuo relato de su posesión, sino que, para más elevarse, despreciaba a todo el mundo. Para él, los demás labradores eran unos pobretes; las personas de más viso, unos piojosos; no hay que decir con cuánto menosprecio trataría a los trabajadores y a quienes carecíamos de medios de fortuna.

El primer día que me vió, su salutación (sin levantarse del sofá donde estaba sentado cabe su novia, y volviendo la cara hacia ella) fue la siguiente:

—¿Este es el muchacho *probe* que ustedes recogieron?

No sé cómo no le contesté:

—Sí, tío bestia. Yo soy; que pobre y todo no me cambio por usted ni por toda su casta; y que no le doy de palos, como a un mulo, por respetos a esta casa.

Pocas veces me ha costado tanto trabajo reprimirme, y bien puede la familia Torres tomarlo como la mayor prueba que podía darle de mi cariño, respeto y gratitud.

Ya he hablado páginas atrás del *impatismo* y de los *impatizadores;* difícilmente podría presentarse un ejemplo mejor que este D. Diego, de *impatizador* e *impatuoso.*

Lo que me hizo sufrir en aquella temporada, sólo Dios lo sabe. No bastaba que yo huyera de él cielos y tierra; no siempre podía, viviendo en aquella casa. Además, moralmente, estaba él allí perenne. Conchita era la niña mimada; enamorada de aquel montón de carnuza, no se podía decir de él «buenos ojos tienes». Hasta el silencio en el coro de sus alabanzas era sospechoso, y yo temía reventar a cada momento y tirar los trastos por la ventana.

En verdad que son insoportables las gentes mal educadas enriquecidas. Comprendo la inquina que los obreros tienen a los de su clase que se enriquecen, pues no a humo de pajas dice el refrán: «Ni sirvas al que sirvió, ni pidas a quien pidió.»

¡Cosa rara! Aquel medio Sansón, medio Becerro, murió tí-

sico. Aquel, cuya frase estereotípica, y que no se le caía de la boca, era: «¡Yo *ajogo* a ése con onzas!», murió pobre.

XV

* Algo de Historia.

Cayó Espartero a impulsos de una coalición heterogénea; tan opuesta en sus condiciones esenciales, que sucedió lo que tenía que suceder: los disidentes progresistas, con Olózaga el elocuente y listo, cayeron en la ratonera de los señores moderados, por roer el hueso de Isabel II.

Narváez estableció una política dura, de resistencia y permanente persecución. Los progresistas y ayacuchos, y todo bicho viviente que no fuese moderado, declaráronse en conspiración perpetua, cada cual a su modo y como Dios le daba a entender.

Claro está que yo tenía mi puesto virtual: hijo de un desterrado y padeciendo persecuciones por la justicia, aunque mancebo, ¡cátate a Periquito hecho fraile!

Mala voluntad conservaba contra ciertas gentes, para mí *non sanctas*, que habían sido en Cádiz instrumento de los moderados para combatir a Espartero. Dábanla de republicanos, cuando no había republicanos ni por un ojo de la cara; y escribían cierto periódico anarquista, por el estilo de *El Huracán*, para hacer odiosa la libertad de imprenta.

Redactábanlo y dirigíanlo un Sr. Goyena, patriota insulso y vividor; y un tal Mendoza, pillo redomado que siguió haciendo comercio de la política hasta la Revolución del 68 inclusive. Pero, en fin, el caso fue que los señores moderados de Cádiz no pagaron sus servicios; y, por consiguiente, el periódico se declaró en oposición a la subida de Narváez. Este no se anduvo en chiquitas, como Espartero, y metió a la prensa en un zapato.

Como ni Goyena ni Mendoza sabían escribir más que desvergüenzas, y no estaba la Magdalena para tafetanes, recurrieron a D. Pedro O'Cruley, a quien ya conocen los lectores, maestro mío en el Colegio de San Pedro y muy capaz de escribir cosas fuertes bajo formas untadas con manteca. Pero, no le sirvió; mandaron prenderle, mas D. Pedro pudo huir y ocultarse.

Como yo hube de conservar trato y amistad con el maestro, y como su causa era la mía, claro está que nos ligamos también políticamente. Iba a verle al escondite, le llevaba y traía recados de la familia, y hacía de grumete en planes de conspiraciones y en burlas a la policía.

De varios escondites fue preciso saltar. Gracias a que en el Cuerpo de los mismos esbirros siempre solía haber algún patriota o algún tunarra que, por comer a dos carrillos, daba el alerta.

La temporada más larga la pasó D. Pedro en un casarón de cierta calle, cuyo nombre no recuerdo, entre la catedral nueva y la vieja. Estuvo deshabitado, tenía aspecto misterioso y como de casa de duendes. Allí no entraba nadie más que yo, con las necesarias precauciones y recatos; y también un antiguo conocido, que no había vuelto a ver desde años atrás, el famosísimo Carniago, mi primero en la compañía de granaderos.

Según pude columbrar, Carniago era el conserje de aquella casa inhabitada, disponiendo de ella como de cosa propia. Por su misma mano, pero ocultos bajo capa, llevaba a O'Cruley el almuerzo y la comida. Disponía éste de un jergón tendido en el suelo de una sala espaciosa, y de un sillón viejo que fue dorado en sus mocedades. Nada menos y nada más.

Sobre mi oficio de correveidile, también servía a mi maestro en otra cosa: llevaba todos los días una botella de anisado, sin el cual no podía vivir; lo tomaba con agua; pero, lechada a lechada, consumía un cuartillo diariamente.

En aquella monótona soledad, hablábamos de Retórica y Poética, de noticias y proyectos de conspiraciones. Como muy

ilustrado que era, él me hablaba de otras muchas cosas que no dejaban de instruirme. Sabio, quitábale seriedad cierta dosis de bohemia.

Después he tropezado en mi camino con tantas personas así, que llegué a sospechar si no dependerá esto del medio externo, del país, de la educación española, de nuestra historia. Lo que puede afirmarse es que la mayoría de las grandes inteligencias nuestras se malogran por esa ligereza de costumbres a que hemos dado el nombre de *Bohemia*.

El que necesita ocultarse, entre otras mortificaciones, sufre la del aburrimiento. Don Pedro, cuando no íbamos ni Carniago ni yo, se echaba en la cama y solía dormirse. Al encontrarle a veces en tan pacífico estado, considerándolo el mejor, yo no lo interrumpía y me esperaba.

Un día me aburrí también de esperar, y entreteniendo el ocio, quise curiosear el casarón desierto.

Era grande y destartalado. Las principales puertas estaban cerradas bajo llave; por el ojo de una de ellas asomé el mío, y con gran trabajo, gracias a un alto ventanillo que, dando al corredor, crepusculaba el espacio, parecióme distinguir otra puerta en el fondo; más allá todo oscuro, y sobre la puerta algo pintado, que no era adorno ni figura, ni percibí qué fuese.

Renuncié a más curioseos, y volví al salón de mi durmiente, quien despertó al sonido de los pasos.

—¿De quién es este casarón tan viejo y destartalado?

D. Pedro no me contestó de seguida; detúvose como el que tropieza con una dificultad, y luego dijo:

—No sé de quién es; el amigo Carniago lo ha puesto a mi disposición.

Sencillamente, se me ocurrió observar esto:

—¿Quién había de decir que mi primero de granaderos podría hoy disponer de una casa como ésta? Porque según lo veo de hateado, debe de estar peor de fortuna que cuando tenía a su cargo la mayoría y el botiquín del teatro del Puerto.

D. Pedro sacó conversación por otro lado. No me pare-

cieron naturales las salidas de mi maestro, con lo cual entré en cavilaciones y mayor curiosidad.

En sus ojillos negros y redondos me pareció leer que pensaba en algo distinto de lo que estaba hablando. Suspendió la conversación, y después de un intervalo de silencio, me preguntó:

—¿Has oído tú algo sobre masones?

—Sí, en el púlpito algunas veces; y a las viejas beatas las he visto santiguarse como si se tratara del diablo.

—¿Y qué juicio tienes formado de eso?

—Pues... le diré a usted... No sé; pero tengo entendido que inspiraron o les inspiraron las ideas de la Enciclopedia, y que ayudaron poderosamente a la Revolución francesa; por lo cual me son simpáticos. Además, por palabras sueltas que en conversación con algunos amigos oí alguna vez a mi padre, barrunto que anduvo en logias y que algo tuvo de masón.

—¿De modo que ni te inspiran odio ni crees que tienen rabo como el diablo?

—No tal.

—Pues, oye: yo soy masón. Esta casa es una Logia. Ahora están en suspenso las asambleas, y los sucesos políticos han llevado a cada uno por su lado. Carniago es un hermano, de los más antiguos y consecuentes; tiene las llaves de la casa y hace de conserje hasta que esto se reorganice.

—Si cada masón anda por su lado, uno será carlista, otr cangrejo, otro progresista. ¿Cómo van a reorganizarse?

—Te diré. La Masonería es una sociedad universal; existe en todas las naciones de Europa y de América, en Oceanía y en las ciudades comerciales de Asia y Africa. Abarca miembros de todas religiones y creencias, así filosóficas como políticas. Tenemos por vínculo una moral universal, y la obligación de protegernos y auxiliarnos mutuamente. Si es verdad que las luchas políticas nos han desorganizado aquí en España, nuestro espíritu reformista y contrario al oscurantismo subsiste. Lo que se necesita hacer aquí es dejar a un lado los

tránsfugas y afiliar gente nueva. En la Masonería se entra de aprendiz y luego se va ascendiendo en grados. Yo pertenezco al rito Escocés y tengo el grado 33.

—¿Y usted toma en serio todo eso?—le interrumpí.

—¡Pues no lo he de tomar en serio, niño! ¿Crees tú que la Revolución de Francia se hubiera hecho sin nuestra sociedad? La misma Revolución española, ¿por quién se inició sino por nosotros? Por eso nos tienen tanta tirria el clero y los sostenedores del mundo viejo. Si fueras a Inglaterra, a Alemania, a los Estados-Unidos, no harías esa pregunta. Allí verías a las personas más preeminentes ocupar los altos puestos del Gobierno, siendo masones declarados. Aquí, ahora mismo y a pesar de nuestra decadencia, hay hermanos muy distinguidos en las ciencias, en el comercio y en la misma Iglesia. Casi todos los capitanes de buques, así extranjeros como españoles, están afiliados; les sirve de mucho cuando llegan a los puertos y hasta en los casos de naufragio.

—¿Y cómo les sirve? ¿Llevan alguna señal en la cara?

—No, hombre. Para eso tenemos ciertos signos. Por ejemplo: cuando nos vemos en algún peligro, enlazamos los dedos de ambas manos, y colocándolas así (cruzadas delante de la frente), gritamos: «*¡Conmigo los Hijos de la Viuda!*»

—Eso es—repuse yo;—y si está usted en Rusia, le entenderán como a mi abuela.

—Puede que no entendieran las palabras; pero, como verían tu actitud, ya comprenderían que se trataba de un hermano. Cuando vino el Ejército de Angulema, muchos patriotas debieron su salvación a los hermanos que venían en el Ejército francés; y si Riego no comete la torpeza de huir después de la batalla y se deja coger prisionero, otra hubiera sido su suerte.

—Todo eso podrá estar muy bien; pero si no es más que una sociedad de socorros mutuos, no veo la necesidad de tanto misterio.

—Te diré—me replicó.—La confraternidad universal es una idea alta y noble, muy superior al pensamiento (loable,

sin duda) de socorrerse los hombres como hermanos. Tenemos aún más altos pensamientos, representados por símbolos. Procuramos honrar y dignificar el trabajo: por eso tomamos por emblemas el compás, la escuadra y el triángulo; denominamos al Supremo Hacedor el Gran Arquitecto del Universo. Nuestra doctrina se divide en varios grados; los hermanos se van iniciando en ella en relación a los grados a que ascienden.

—Me extraña, amigo D. Pedro, que usted, que es más bien ligero que grave, y que es tan dado a la ironía, hable tan seriamente de esas cosas. No sé por qué, se me antoja que en nuestra tierra de España, donde tan poca afición hay al compás ni a trabajar, la mayoría de los hermanos han de tomar esto como un *modus vivendi* y un camino para buscar empleos.

—De todo hay, por desgracia. Pero no faltan hombres de buena fe; ahí tienes al pobre de Carniago.

—Es verdad—contesté;—pero Carniago me parece un poco tonto, y en esta tierra nuestra han desaparecido los Don Quijote, han disminuído los Sancho Panza y se han multiplicado de una manera prodigiosa los Ginesillo de Pasamonte. Y si no, que lo diga su colega de usted, Mendoza.

—En verdad que no dejas de tener razón; pero el mundo no es España. Yo tengo facultad para iniciar y conceder los primeros grados. ¿Quieres entrar en la sociedad?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Por una cosa muy sencilla: porque detesto todo lazo, toda cosa que me obligue a algo; porque mi voluntad procuro sujetarla a mi pensamiento, y mi pensamiento es mudable. Hoy creo que una cosa es verdad, y mañana entiendo que no lo es. Así, yo no he nacido para ninguna disciplina. Hoy siento, con más vehemencia que ningún otro sentimiento, el sentimiento de mi libertad y el odio a la tiranía.

—Pues no adelantarás nada; serás un solitario inútil para ti, y más inútil para la patria.

—Allá lo veremos, D. Pedro.

XVI

Un hombre galoneado llega a mi casa.

Cursando el segundo de Anatomía, respecto a sucesos escolares, poco hay que decir; adelantaba sin contratiempos.

El pobre de Aragonés hacía esfuerzos sobrehumanos; solía quejarse de dolores de cabeza, y podía advertirse alguna puerilidad en su conversación y como cierta ternura en su afecto hacia mí.

Cursábamos también Fisiología con Porto; leí el Magendie, cuyo era el texto, y bastó para formarme una idea general de las funciones. Además, Porto explicaba muy bien la asignatura, aunque hacía escasos experimentos en algunas ranas, y en un perro cierta vez, al tratar del jugo gástrico y la digestión estomacal.

Por aquel entonces fue nombrado Director de trabajos anatómicos D. Vicente Domínguez. Plaza de nueva creación, su nombramiento alteraba las prerrogativas del Claustro. Excepto D. José María López, nombrado de Real orden, la costumbre establecida era entrar por oposición, formando el tribunal todo el Claustro, y eligiendo el Claustro mismo al candidato, sin más que la posterior aprobación del Gobierno. Domínguez fue recibido cortés, pero fríamente, viéndose desligado de cierto oligarquismo que por tradición formaban los maestros. Tal espíritu ofrecía allí sus ventajas y sus inconvenientes: uno de ellos, la tendencia a la casta; los hijos de los catedráticos salían siempre victoriosos, y en su defecto, los cuñados, o los novios de las hijas de los catedráticos.

Los Gobiernos moderados establecieron el principio de la centralización absoluta, apoderándose de todas las atribuciones y de todos los nombramientos.

Era ministro Pacheco, diputado por Écija; la familia de Domínguez, los grandes electores del distrito.

D. Vicente, concluída la carrera, fué a París para perfeccionar sus estudios y doctorarse. Entrado en deseos de ser catedrático, Pacheco, para complacerle, discurrió crear una plaza de Director de trabajos anatómicos; disponiendo luego que dichos directores pasaran a ser catedráticos de Anatomía. Así quedaron elector y elegido satisfechos, a costa del presupuesto; viéndose aquí cómo una medida acertada y necesaria tuvo su origen, más que en un acto de buen Gobierno, en un acto de favoritismo.

Por ventura, el favorecido resultó muy digno del favor. Había estudiado la Anatomía en París con gran aprovechamiento, y trajo a la Escuela gaditana los últimos adelantos en la materia, sacándola de los moldes, ya un poco envejecidos, del barón Boyer.

Cuando le ví preparar, comprendí que lo hacía mejor que los Ayudantes disectores, y procuré imitarle; no así Pepe Dios ni Manuel Benjumeda, quienes tomaron a mala parte las innovaciones.

Ascendido D. Vicente a Catedrático, no le agradaba ninguna preparación, excepto las que yo hacía sin obligación y sólo por estudiar.

Así terminó el segundo curso, en la expectativa para mí de hacer oposición a la plaza de Ayudante disector que debía vacar por dar fin Manuel Benjumeda al último año de Medicina.

El cargo debía proveerse entre candidatos del tercero; el tribunal habían de formarlo los dos catedráticos de Descriptiva y el de Regiones y Anatomía patológica.

Nos disputábamos la plaza Imperial Iguino y yo; verdaderamente, la lucha era insensata.

Los puntos que calzaba mi contrincante los conoce el lector; pero, aunque así no fuese, sería el primer caso en que entrando en oposiciones un hijo de catedrático no saliera victorioso.

Como la necesidad fabrica ilusos, a despecho de todo, hacía yo cuanto se puede hacer para ganar la plaza.

«Debo ganarla (me decía): Iguino contestará a todo como si leyera el Boyer, pero yo daré con más seguridad idea de las cosas; Imperial ha disecado poco, yo he disecado mucho. Se trata de una plaza de Disector; y, cuando su preparación se presente al lado de la mía, nadie podrá desconocer la diferencia.»

El sueldo de la plaza no era ninguna gollería: seis duros al mes, una peseta diaria; pero una peseta ganada por mí, en las circunstancias en que me hallaba, valía como un tesoro. Una del empleo, otra de las labores, total dos pesetas y casa pagada. ¡Cuánta felicidad en lontananza! ¡Y con qué amargura venía a cortarla la realidad!—«Es imposible, no me la darán.»

Pensaba ir a Iguino y decirle:

«—Sé generoso con tu pobre amigo. Esta es mi situación. Tú no careces de nada; no te acuestas ninguna noche sabiendo que al día siguiente no tendrán tu madre y tus hermanos ni pan que llevarse a la boca, si la Providencia no hace un milagro.»

Mas, ¿para qué iba a descender a tales súplicas de mendigo? ¿No se traslucía la pobreza de mi situación? ¿Ignoraba nadie que éramos la familia del desterrado, contando sólo con el día y la noche?

Por otra parte, si Imperial seguía siendo buen camarada, a pesar del disimulo de la buena educación, asomaba el resentimiento de las rivalidades. No estaba acostumbrado a llevar a nadie delante; y aunque sólo fuese el paralelo, lastimaba su amor propio.

Considerábame empeñado cual si luchase con las olas en un mar sin fin; y como en tales situaciones el espacio que la vista abarca toca y se confunde con el cielo, así mi ánima afligida miraba al cielo, esperando de Dios y de su Santa Madre (que como criatura carnal se ve más cerca de nosótros) que me prestaran el auxilio divino, en el combate mío, abiertamente opuesto a la naturaleza de la condición humana.

El tiempo discurría con lentitud, alargado por mis ansias; pues no parece sino que se complace en ser fugaz para el di-

choso, como prolijo y tardo para el desgraciado. El rezar me consolaba; tranquilizábame así una interior penumbra, mitad de fe ciega, mitad de vaga esperanza.

Llegó al fin el mes de Octubre del año 1845. Apareció en la tablilla de Secretaría la convocatoria para la oposición: Imperial la firmó, yo la firmé. Pasados quince días, constituyóse el tribunal y comenzaron los actos.

¿Cómo resultaron? Sólo sé que los de Imperial fueron buenos; los míos no lo sé. Con sinceridad: no lo recuerdo. Sólo puedo decir que recé como en la noche del último día que fuí a la escuela del fraile. Sé también que los ejercicios de ambos opositores fueron aprobados y calificados de sobresalientes.

Salieron los jueces, y se dispersaron. Salió después D. Vicente Domínguez, y me acerqué a preguntarle, contestándome con emoción:

—Primer lugar Iguino, por tres votos contra uno a favor de usted; segundo lugar usted, por unanimidad.

¡Todo estaba perdido! Quedé resignado, y me consolé diciendo:

—Dios no me abandonará; la Virgen me abrirá otras puertas.

Dos días después, a eso de las ocho de la noche, un hombre con galones llegó a mi casa, portador de un *oficio*. Creí que fuese una equivocación; pero el sobre venía a mi nombre y tenía el sello del Jefe político. ¡El Jefe político! Sin duda habría averiguado que jugaba a las conspiraciones, y me impondría algunos azotes.

El hombre de los galones se fué; temí que mi pobre madre, al enterarse, acreciera su padecer; y guardé el *oficio*, para enterarme a solas. Haciendo el disimulado salí a la calle, y a la luz de la redoma de una botica leí lo siguiente:

«En virtud de la autoridad que me corresponde, y en vista de las propuestas hechas por el Tribunal de oposiciones a la plaza de Ayudante disector del Colegio de Medicina, he tenido a bien nombrar a usted para el ejercicio de dicho cargo con

el haber de *mil cuatrocientos cuarenta* reales anuales.—Lo que participo a usted para su conocimiento y satisfacción.»

XVII

* Explicaciones.

Cosas pasan en la vida que no se pueden describir. Renuncio a pintar mi júbilo y el de mi madre. Seis pobres duros cada mes, adquiridos así, causaron tal impresión de felicidad como no he sentido otra semejante. ¡Ah, todo está compensado! Lo que para un dichoso es indiferente, suele constituir la mayor ventura de un infortunado.

Pero, ¿cómo había ocurrido aquello? ¿Qué tenía que ver con el Jefe político el Colegio de Medicina? ¿Sería una equivocación? ¡La duda me azoraba!

Salí en busca de D. Vicente Domínguez, y lo encontré en su casa. Estaba con rostro alegre, y me recibió diciéndome:

—Ya sé a qué viene usted; le doy la más cordial enhorabuena.

—¿Conque es cierto? ¿He sido nombrado?

—Sí, señor; es usted mi Ayudante.

—Pero, ¿cómo ha sido esto? Siempre ha hecho el Director el nombramiento, en nombre del Claustro, y ha recaído en el primer lugar de la propuesta; nunca el Jefe civil, ni otra Autoridad.

—Pues ahí está el *quid,* que va usted a saber muy pronto. La tarde misma en que se concluyeron los actos, al retirarme a casa encontré en ella una carta urgente del Jefe político, en la cual me decía que a la mayor brevedad hiciera el favor de ir a su despacho. Al llegar a Cádiz le había visitado en nombre de Pacheco, entregándole una carta de éste, donde le decía que me atendiera y considerara en todo como si fuese persona de su propia familia. El Jefe político me recibió con muchas

atenciones; había tenido ya otra carta particular del ministro, en que le hablaba de mí. En vista de la urgencia de la cita acudí inmediatamente, y el Jefe me dijo: «—Disimule usted que le haya incomodado. En el correo de esta mañana he recibido una Real orden, la cual dispone que los Rectores de las Universidades no sean nombrados por el Claustro, sino por el Gobierno; y que en los Institutos y Colegios de estudios de carrera separados de Universidad ejerzan los Jefes políticos las funciones de Rector. Como esto es nuevo y algo extraño para mí, deseo consultarle respecto a cuáles son mis atribuciones en el Colegio de Medicina.» Leímos despacio la Real orden, y le especifiqué como pude cuáles eran las prerrogativas de los Rectores, pareciéndome que la Dirección del Colegio debería quedar convertida en Decanato y la Jefatura política en Rectorado como inmediato representante del Gobierno. Después que aclaramos estos puntos, me acordé de usted y le dije: «—A propósito, me alegro de este cambio. Va usted a empezar deshaciendo una injusticia. En el Colegio existe arraigada la costumbre de convertirlo en patrimonio familiar. Allí no entra nadie como no sea hijo o sobrino de catedrático. A mí me miran de reojo, porque he sido nombrado fuera de la familia. Se acaban de hacer oposiciones a una plaza de Ayudante disector, y han puesto en primer lugar a un hijo del catedrático D. Imperial Iguino. Es muchacho instruído y listo, pero muy corto de vista y no sabe disecar. Mas, como tiene el padre alcalde, han postergado al otro opositor que diseca bien y sabe mucha Anatomía. Sólo falta que se reúna el Claustro y se extienda el nombramiento. Pero, como ahora las cosas han variado, no es al Claustro ni al Decano, sino a usted, a quien compete el nombramiento; pudiendo deshacerse la parcialidad y nombrar al segundo, pues los actos de los dos fueron aprobados y con la misma calificación de sobresalientes.» Después que me hubo oído, hizo que le dejara nota del nombre de usted; y ya tiene explicado lo que ha sucedido.»

En efecto, los moderados llevaban la centralización a

paso de carga. Me aprovechó, gracias a múltiples y milagrosas coincidencias; sin su raro concurso no hubiera conseguido llegar a disector, ni por ende a operador afortunado.

La centralización por sí misma, sin las demás circunstancias, hubiérame sido muy nociva. Bastara la influencia de don Imperial para que cualquier cacique gaditano, hablando al Jefe politico, hubiese conseguido para el hijo lo que D. Vicente Domínguez para mí.

XVIII

* Influencias del oficio.

Si el hombre labora, su labora labra en él. ¿Tira el marinero de la cuerda? Pues la cuerda tira de las manos del marinero, las encallece y agranda. Así todos los oficios, al igual sobre el cuerpo que sobre el alma,

El cargo de Disector produjo en mí profundas modificaciones. Los cadáveres ahuyentaron a las musas, y éstas ya no me soplaron una mala copla en lo sucesivo.

Trabajaba bastante. Pepe Dios y yo teníamos que preparar muchas lecciones: dos para los catedráticos de Anatomía descriptiva, una para el de Topográfica; las autopsias de las Clínicas; y además, cuidar y dirigir los trabajos de Anfiteatro en las clases prácticas. Necesitábamos también concurrir a las cátedras de nuestros cursos respectivos.

Pepe Dios terminó su carrera áquel mismo año, remplazándole un estudiante aplicado, pero poco ágil de manos. Con esto vino sobre mí el peso de toda la carga. Por otra parte, los profesores se daban al diantre si las lecciones que habían de explicar no estaban por mí preparadas; favor que les agradecía, pero que hubiera agobiado a otro de complexión menos robusta.

Ocupadas las horas del día con mis aulas y en las labores anatómicas, quedábanme libres parte de la tarde y la noche, tiempo que dedicaba a preparar las lecciones. Según la labor,

unas veces comenzaba a las seis, otras a las ocho; concluyendo los trabajos por lo común a las diez, y en ocasiones a las dos o las cuatro de la madrugada.

Cinco años así, desmenuzando cadáveres y reflexionando a solas, produjeron los efectos que la maroma en las manos del marinero.

Cuando se llega a dominar cualquier labor, parece que ella se hace por sí misma. La atención queda libre, y el pensamiento se va por donde quiere. Pasa el tiempo de puntillas, sin dejarse sentir; y si el dolor en los lomos, de estar doblado tantas horas, no me avisase, llegara el alba dando la mano al crepúsculo vespertino.

Las cosas sencillas pueden hacerse por todo el mundo; mas es el caso que, por sencillas que sean, pueden hacerse mal, medianamente o bien.

Cortar... ¿Quién no sabe cortar? Pues aseguro que cortar bien es una habilidad extraordinaria.

Mil personas robustas y forzudas tomen sables iguales y bien cortantes todos ellos. Propóngaseles que de un revés dividan una barra de hierro de ocho centímetros de espesor, que se sostenga vertical en el suelo por su propio peso. Evidentemente, ninguno de los mil dividirá en dos el férreo cilindro, como no sepa dar al sable la velocidad y el movimiento preciso para obtener el efecto apetecido. No es la fuerza sola; es la resultante de fuerza, velocidad y dirección lo que ha de concurrir de un cierto modo no fácil de enseñar, sino reservado a la esfera de la aptitud intuitiva, amaestrada por la práctica.

Si una materia homogénea se corta bien de un modo, otra materia de varia estructura, aunque resulte siempre divisible, también por ende resulta muy difícil de dividirse bien, de ser bien dividida.

Cortar bien los tejidos humanos: véase tan sencilla empresa, y se notará cuán difícil. Así como hay literatos y poetas que tienen una letra y una ortografía sumamente malas, así

he conocido yo operadores, celebrados con justicia, que operan bien pero que cortan mal.

Dígolo para llamar la atención sobre minucias que pasan inadvertidas por su propia pequeñez para el arte pedagógico, y que, sin embargo, dan la clave de cosas mayores.

Obligado a trabajar con malos instrumentos, deteriorados por el mucho uso, eso mismo imponía buscar mañas con qué vencer las dificultades.

Escaseces de luz educaron el tacto, dando cada tejido al filo del bisturí una sensación distinta; sin necesidad de los ojos llegué (cual si viese) a sentir y conocer con segura evidencia la parte sobre qué obrara, y por ella saber todas las inmediatas o mediatas. Esto y mucho más, que por evitar prolijidades no refiero, ocurrió en lo que atañe a mis sentidos.

Por lo que toca al espíritu, desenvolvió más la atención, la observación y el juicio propio. Trocáronse mis idealidades poéticas juveniles en imaginaciones discursivas seudofilosofantes.

Quedaron reprimidos mis naturales ímpetus; pero, si menos frecuentes, más atropellados, una vez que estallan, y más violentos.

Perdí el apetito de comer, así como el de movimiento. La interior tristeza de antes, extendió su mancha en fondo de una igual melancolía semejante al sentimiento que engendra el mar un día lluvioso del invierno.

XIX

* Un herido en la lucha.

Como ya se habrá conocido, D. Antonio Aragonés era todo un carácter; un carácter digno de estudio y de gran estimación. He contado su historia, el lector la sabe: de simple mozo de tahona, a obrero en una fábrica de fideos; de obrero a maestro, de maestro a copartícipe, de copartícipe a fabricante, expor-

tador y rico. Esto, conseguido a la edad de treinta años o poco más, demuestra grandes dotes de honradez, razón clara, voluntad firme y constante, persistencia en todo ello; de cuyos factores se integra su verdadero tipo, simpático en alto grado y digno de alabanza sin tasa.

Sabe el lector que, al verse rico, entró en deseos de sentirse ilustrado; cosa que su educación y labores no le habían permitido. En vez de buscar esa ilustración en la lectura y en el trato de personas sabias, fué a buscarla en los claustros de las enseñanzas oficiales. Su edad y su amor propio le impusieron la obligación de ir a la par con los mejores estudiantes.

Pero su cuerpo robusto y sus brazos membrudos, así como su cerebro en plena sazón, ya no permitían nuevos crecimientos. Atiborróse, pues, los sesos con la Física y el primer año de Medicina; llegó el segundo, y «mete que aprieta», las noches en claro a la luz del quinqué, algo debió de lastimársele por dentro. Ya advertí que su carácter mostraba alguna variación, algo como infantil, cierta tendencia a emocionarse y humedecérsele los ojos.

Al tercer año estalló. Un día, en clase, cayó al suelo sin sentido. Fuimos a él los compañeros, y D. Manuel Porto, que nos estaba explicando Patología general, gritó:

—¡Una apopejía! ¡Sangradlo al momento!

Salí como el rayo, regresé con lanceta y cinta, y sangré a Aragonés del brazo.

Bajó el amoratamiento de la cara, pero no volvía en sí. Como pudimos, en una camilla del Hospital, lo transportamos a su casa.

La hemorragia cerebral debió de ser muy extensa. Repetí las sangrías varias veces por mandato de Porto, y otras tantas de iniciativa mía; pues, al ver en ocasiones violársele la cara, estertoroso y como si toda la sangre se le subiese a la cabeza, me pareció que se iba a morir y que yo dilataba su postrer momento volviendo a sangrarle. Sea lo que quiera, a los ocho días comenzó a abrir los ojos, más tarde a balbucear;

al fin lo levantamos del lecho, con la boca horriblemente torcida, afásico y hemipléjico del lado derecho.

Así se hizo llevar, arrastras de un criado, para examinarse del tercero; y así volvió el cuarto año a clase, con puntualidad.

No podía estudiar, pero lo intentaba. Encomendé a su mujer que le quitase todo libro; Aragonés rabiaba, exasperándose, furioso. Ejercía yo bastante influjo en su voluntad; y, no obstante, me era difícil vencer su obstinación.

Aunque menores, le repitieron los ataques. Examinóse del cuarto año y se matriculó en el quinto; pero, antes de abrirse el curso, sucumbió Aragonés, y yo le cerré los ojos.

No sólo es el militar, no sólo es el obrero quien sucumbe a los rigores de su oficio. Lo que pasa es que las heridas debajo del pellejo no se ven, no escandalizan.

XX

* Nuevas relaciones.

Como todo no puede contarse al mismo tiempo, volveremos atrás: próximamente, a los días en que D. Pedro O'Cruley yacía en su escondite.

Al pasar a cosa de la una por la plaza de San Juan de Dios, vi un grupo de gente mal pergeñada, y que me pareció de patriotas. Llenaba los portales del Ayuntamiento, y me agregué, como quien dice: «¡Aquí viene otro!» No me equivoqué; pero no estaban en ademán hostil, sino como unidos por un interés común.

Hacía de cabeza un hombre chiquitín, de barba negra muy cerrada, desenvuelto de movimientos, desastrado y sucio en el vestir. Por su pelaje se colegía que no era menestral ni obrero, sino de la clase de los pobres de levita. Por la suya no hubieran dado una peseta en el Boquete; ni aun dando él además,

de propina, los pantalones y el sombrero, según estaba todo de roto, sucio y deshilachado.

Lo que más hirió mi atención fue que aquel hombre mostraba una altivez y una energía cual si fuese un general con mando en jefe y vestido de gala. ¡Cosa extraña para mí, que cuando llevaba zurcidos los calzones iba avergonzado!

Esta circunstancia hízome simpático el sujeto. Me parecía un espíritu fuerte, con cierta estima de sí mismo, y dándosele tres higas de su ropa.

Me acerqué al grupo. En los sentimientos políticos hay mucho que estudiar; tienen cierta cosa que unifica rápidamente lo más heterogéneo, el sabio con el ignorante, el tonto con el discreto, el culto y bien educado con el zafio y grosero, el pillo con el hombre de bien.

A poco de haber cabeceado por entre la gente, me enteré de lo que pasaba. Veíase en juicio la denuncia de *El Nacional*. Iba de defensor el chiquitillo mal afeitado de la barba negra. Echaba pestes por la boca; y en aquellas circunstancias, bien se daba a entender que con tanto cuidado le tenía ir a la cárcel como el que se le daba de su pelaje.

Su valor me hizo más gracia; me puse frente a él en la primera fila, y le hice coro como aquel que dice: «¡Después que tú, entro yo!» Algo hubo de encontrar en mí, pues nos cogimos del brazo y echamos a pasear juntos, rompiendo el corro, yo escuchándole, él dando voces y manotadas al aire. A poco, desde la puerta del Ayuntamiento, gritó un portero:

—¡Denuncia de *El Nacional*!—y todos nos precipitamos al zaguán, subiendo la escalera.

En la galería alta se hallaba constituído el Juzgado en audiencia pública. El fiscal leyó el artículo denunciado, y dijo lo que le pareció. Tratábase de injurias, por decir lo impreso que el Ayuntamiento estaba formado contra ley, por nombramiento de la Corona, y que era un intruso.

—Tiene la palabra el autor del artículo denunciado.

—Presente—contestó mi hombre.

—¿Cómo se llama usted?

—D. Francisco Sánchez del Arco.

—¿Reconoce usted por suyo el artículo denunciado?

—Sí, señor, que lo reconozco.

—¿A quién ha nombrado usted por defensor?

—Yo no necesito defensor; yo vengo a defender mi artículo.

—Tiene usted la palabra.

—El artículo denunciado sólo dice la verdad. La Ley está sobre todo. El Gobierno arbitrario que manda contra Ley no debe ser obedecido, sino denunciado y llevado a la barra...

—Al orden, Sr. Sánchez del Arco.

—Lea V. S. la Ley, y vea lo que dispone: que los Ayuntamientos sean hijos de la elección y no del capricho de una real orden. Pido que se lea la Ley. Si el Presidente no la lee, yo la leeré; la traigo en el bolsillo.

—No es necesario.

—Pues, si no es necesario, el Tribunal la conocerá y absolverá el artículo; porque de otro modo, sería el tribunal de Poncio Pilatos. *(Aplausos.)*

—Al orden...

—Sí, señor, de Poncio Pilatos. *(Aplausos.)*

—La guardia arrojará del local a quienes perturben el orden. Y usted hable con el respeto debido.

—He dicho que la Ley está clara, y no admite interpretaciones. Y el Ayuntamiento nombrado contra Ley es intruso. *(Aplausos.)*

—Al orden...

—¡Sí, intruso, intruso!—gritó, desgañitándose. *(Aplausos.)*

—¡Al orden, al orden!

No se oía. El Presidente púsose el sombrero; los municipales cogieron a Sánchez del Arco por la solapa y lo echaron a empellones del Ayuntamiento, así como a los espectadores.

Cuando nos vimos en la plaza, Sánchez del Arco llevaba una solapa cual un gallardete guindando, y más abollado el

sombrero. Todavía al quedar solos esperaba verle desahogar el pecho. ¡Cuál sería mi asombro al oirle prorrumpir en nasales carcajadas!

—¡Ga, ga, ga! ¿No han denunciado el artículo porque les decía intrusos? ¡Ga, ga, ga! Pues, les he dicho *intrusos* en sus barbas.

—No está mal, pero me parece que el Juez le va a encausar por desacato.

—¡Ga, ga, ga! ¿Qué importa? En la causa tendré el gusto de ponerlo como un trapo.

—¿De modo que a usted le da lo mismo por lo va que por lo que viene?

—No, señor; me gustan las peripecias. Nada hace reir tanto como lo último que me pasó en Conil. Estaba de Secretario del Ayuntamiento. Había traído de cabeza a los *cangrejos* de allí, que eran los principales de la población. Pronunciada contra Espartero toda España, y estando Concha en Cádiz, ya no pude aguantar más. Se echaron gritando a la calle, pidiendo mi cabeza. El cura, con sus manteos, capitaneaba el motín. ¡Ga, ga, ga! Yo estaba encerrado en el Ayuntamiento. El cura gritaba golpeando la puerta, y muchos brutos con las escopetas estaban impacientes por fusilarme. ¡Ga, ga, ga! Yo, viéndome perdido, abro de repente, me meto entre el cura y sus hopalandas, lo agarro, me enredo con él... y entre si caemos o no caemos, ¡ga, ga, ga!, alcanzo la puerta de la iglesia; ya en el porche, lo dejo caer al suelo, donde dió un bravo batacazo, ¡ga-ga, ga!; métome en la iglesia, salgo por el postigo y me oculto en la casa de un progresista poco visible, que había al revolver de la esquina. Aquella misma noche salí de Conil, ¡ga, ga, ga!, y dejé al cura lleno de bizmas, ¡ga, ga, ga!

Como Sánchez del Arco llegó a ser una persona distinguida, y como fuese quizá quien más estimulara mi curiosidad en el estudio de los caracteres y las gentes, tendré más de una ocasión que hablar de él en lo referente a la instrucción y efectos educativos que su trato y amistad en mí produjeron.

XXI

* Los habitantes de la Luna.

Para averiguar los orígenes del Nilo, sabe Dios cuántas expediciones se llevan hechas; cuántos esfuerzos, cuántas vidas y cuánto dinero perdidos.

Si no temiese ir contra la corriente de la curiosidad, diría que importa más conocer el origen de otras cosas. Por ejemplo: el origen del nacimiento de la democracia en España; de la democracia que constituye el estado actual, que a todo informa, cuyo advenimiento vi llegar y a cuyo triunfo asistí con regocijo.

Dejando aparte referencias eruditas, doctrinas esparcidas acá y allá, y hasta en libros especiales, la democracia apareció en España, antes que por idea, por un sentir natural o interior sentimiento.

Nada más apropiado para dar cuenta de él que relatar sencillamente cómo fue apareciendo en mí, y de qué modo fue enseñoreándose de mi voluntad.

Pero, dejemos para luego la exposición directa; sigamos reseñando los puntos que grado a grado van iniciando las cristalizaciones del espíritu.

Relaciones en la buena sociedad, las tenía; pero, voluntariamente, las corté al verme sorprendido por la pobreza. ¿Era orgullo o vanidad? Creo que no. Hemos caminado mucho, sin advertirlo. Hoy, una señora bien educada puede presentarse con un traje de percal francés limpio en cualquiera parte. Entonces y más atrás, era preciso ir lo que llamaban *decente*; no se concebía la decencia vestida con telas humildes.

Antes, y todavía hoy, siendo dificilísimo el problema de la subsistencia, el que caía y cae de su lugar económico, no queda agarrado a un escalón más o menos inferior; baja hasta lo profundo, a la ruina, y gracias si hace pie en la pobreza y no

se hunde en la miseria degradante. Por eso, las personas de la clase del derribado huyen de él. Suponen (y no se equivocan) que la amistad les obliga a favorecerle; y como presienten que ya no ha de levantarse jamás y que los favores han de ser imposibles por cotidianos, se desvían cuanto antes del individuo que les causa agobio.

No sucedería esto si el trabajo resultase más honroso en el concepto social e individual, si la educación adaptara a las personas para el trabajo más que para los relatos de memoria; y si el trabajo acumulado en forma de riqueza, estimulando a lograrla por medio de él, facilitase al mismo tiempo el desarrollo de las artes útiles, del comercio y de la industria.

Pero, ¡vaya usted a encontrar nada de esto, principalmente entonces! ¡Vaya usted a encontrar trabajo para un señorito, como no sea de escribiente!

Consecuencia de ello: que abandoné mis relaciones antiguas antes de que me dieran de lado, y tomé otras nuevas conforme iban saliendo naturalmente.

Las mejores venían del Colegio y de la esgrima; otras, de la calle, cual la de Sánchez del Arco; y otras, de una cierta aplicación que yo había hecho de la Anatomía al Mundo, expresada en este lema:

Para conocer el cuerpo humano, andar por él; para conocer el mundo y el espíritu humano, correr por ellos.

La aplicación de tal principio me divertía. Pocos sacan placer con la presencia de un ciego típico, de un sordo, de un vanidoso; yo comencé a mirarlos como a los cuadros que distraen y agradan; si hubiera sido pintor, habría obtenido bastante provecho.

Triste de ánimo, prefería los cuadros de fondo triste, con figuras irónicas, inconscientemente graciosas. Así fui llevado al conocimiento de la familia de los Baturoni.

El apellido éste suele oirse en Cádiz y poblaciones vecinas. Debe de proceder de algún tronco italiano; quizá de algún genovés emigrado a Andalucía. He conocido de tal nombre a

algunos músicos. El Baturoni, jefe de la familia que voy a diseñar, debió de morir bastante tiempo atrás, porque la madre ofrecía caracteres de viuda crónica.

Ella, sus dos hijas y un hijo pueden retratarse con la misma línea: múdese tan sólo la edad (vieja una, jóvenes los otros); y con decir que eran altos, desgarbados, morenos verduzcos y de larga nariz, quedan hechos el contorno y la mancha, en particular y de la colectividad.

Mayor variedad había en los caracteres; madre e hijo, de pocas palabras; hijas y otro hijo que ahora saltará, decidores y parlanchines. Saltar y agitarse era su característica.

Era el mayor mediano de cuerpo, color claro y treinta años de edad; con veinticinco, le seguía una hermana; un año menos tendría la otra, y en los veintidós frisaría el hermano silencioso.

¿De qué vivían? Pues, las niñas cosían guantes o ribeteaban zapatos, sentadas a la luz de la reja, con lo cual veían y, además, quedaban como diciendo: «Este cuarto está vacío.»

La madre no hacía más que silencio; ¡ni aire!; sentada, parecía de barro.

El hijo mayor tocaba la guitarra, cantaba y se jaleaba, todo al mismo tiempo; en esa labor permanecía desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche. Madre e hijo menor oíanle en silencio; las ventaneras le oían cosiendo y cuchicheando.

Si algún conocido entraba en la casa, animábase la escena; complacíale al artista tener público.

Cualquier recién llegado, a la primera ojeada se daba cuenta del escenario: una sala larga, una alcoba corta, más una cocina inútil (sin lumbre).

Mobiliario: en la sala seis silletas, una mesilla de pino y encima un veloncito sin mecha; en la alcoba, un rebujo de colchones; en la cocina, cuatro platos, una alcuza, dos botellas de vidrio, una maquinilla de alcohol, una tinaja, un jarro de hojalata.

¡Y a aquella gente, que le picaran moscas! ¿De qué vivían?

Si lo digo a personas que no sean de mi tierra, pasaré por exagerado y quizá por embustero. A los que han visto por sus propios ojos, cómo viven y cómo pueden vivir las gentes pobres en Andalucía, ya no les pareceré ni lo uno ni lo otro.

Cada vez que leo los últimos estudios fisiológicos relativos a la alimentación, la transformación de las fuerzas, las relaciones entre el alimento, las calorías y el trabajo... me echo a reir. Todo eso será muy verdad en los climas fríos; en Andalucía y mucha parte de España, no es verdad. Donde no se necesita el fuego, las calorías guardan otra relación con el trabajo. De sol a sol, se siega con un poco de gazpacho por todo alimento. Si come carne el trabajador, enferma irremisiblemente, *toma una borrega* (así llaman a una fiebre gástrica que degenera en tífica).

Nuestro pigmento, que pinta la piel, hace funciones cuales las de la clorofila vegetal. Esta fija en las plantas el carbono y se apropia el sol. Nuestro pigmento fija el ázoe, y cierra o abre paso a la luz y al calor, según lo necesita el organismo.

Cuando el pigmento es excesivo, para cerrar la entrada a la luz y dársela al calor solar, cual sucede en las razas negras; desde el instante en que se ponen a la sombra, sienten frío. Por eso, ved cómo el negro, en pleno verano, al medio día, cuando entra en su choza, enciende lumbre y se acuesta junto a las ascuas.

Podría probar todo lo dicho de la manera más rigurosa, si tuviera paciencia; no la tengo, ni ya quiero tenerla, ni me importa. En este punto, la ciencia está en error; lo dicho dicho, y ya vendrá el tiempo a darme razón.

¿Que cómo vivían? Pues, como voy a decir ahora.

Por la mañana, una taza de te migado con un bollo de pan por barba; por la noche, seis u ocho cuartos de pescado frito (para todos), con un bollo (para cada uno).

Pero, poquito a poco. El sempiterno cantador y guitarrista aportaba también alguna cosa. No había baile de candil,

bateo, fiesta o casamiento a que no concurriera, fuese o no fuese convidado. Iba por amor al arte, sin interés alguno ni miras egoístas. Jamás le ofendieron en su dignidad ofreciéndole paga. No hay más sino que el hermano le llevaba la guitarra. Si había refresco, ¡bueno!, se enjuagaban la boca; si había terrones de azúcar, ¡mejor!, algunos al bolsillo; si bateo y dulces, ¡mejor que mejor!; eran golosos y guardaban lo que podían; si bodas o funciones suculentas, ¡aquello sí que era de ver, cómo llenaban ventrículo y bolsillos! Cuanto no deglutían ambos hermanos, repartíase luego en casa como pan bendito. Y aquí paz y después gloria.

Dos cosas sacaban de quicio a las hermanas Baturoni: que las vecinas tuviesen novio, y nunca ellas; que los vecinos fuesen a la plaza de abastos.

Las casas gaditanas ofrecen disposición distinta que las de Madrid. En la corte pueden vivir pared por medio los vecinos, sin verse ni conocerse en veinte años. Las casas de Cádiz tienen un patio común, cercado de puertas y ventanas, por donde cada vecino se entera hasta de la respiración de los demás.

Intrigadas estaban las ribeteadoras guanteras con lo que ocurría en el otro cuarto bajo.

—Pues ¿no ves? ¡También hoy vienen de la plaza!

—¿Dónde escarbarán *los habitantes de la luna?*

—¿Habrá pillado al padre algún empleo?

—No digas disparates, mujer. ¡Si no sale de casa en todo el día!

—Pues milagros no se hacen. ¡Como no haya sido algún tesoro!

—¡Aquí hay misterio! Las chiquillas son pequeñas; fea la madre.

—Y en la casa no entra nadie.

Semejante conversación se repetía tres o cuatro veces diariamente: cuando iba o venía con el canasto el vecino o la vecina, cuando veían lumbre en el anafe, cuando olían el tufillo del puchero.

—¡Aquí hay misterio! *Los habitantes de la luna* tienen menos que nosotros. Nosotros, si nos faltan guantes, echamos mano a los zapatos; y, entre tú y yo, de tres y medio a cuatro y medio reales nos ganamos diariamente. Los vecinos, hasta hace poco, vivían peor que nosotros: debían seis meses de casa, y andaban para echarlos. Desde que al padre le quitaron el empleo, no gana un cuarto; ¡y todos los días van a la plaza! Conque, ¿me quieres tú decir qué es esto?

La taravilla no se limitaba a moverse entre una hermana y otra. Proponían la cuestión a su madre, a sus hermanos y a cuanto bicho viviente pisaba aquella casa.

En fin, entre reventar o interpelar al mismo vecino, optaron por lo último.

Una mañana, al llegar de la plaza, salieron al patio para abrirle solícitamente el portón, y, apenas cumplieron con los «buenos días», agregaron:

—Hola, vecinito, ¿viene usted de la plaza? Parece que su posición ha variado. No sabe usted cuánto nos alegramos todos los de nuestra familia. ¡Que sea enhorabuena!

—Gracias, gracias—respondió el vecino.—También yo deseo que mejore la de ustedes. ¿Cómo está mamá?

—Regular; éntre usted en casa, éntre usted, que tendrá mucho placer en verle.

El buen hombre entró, para hacer sus cumplimientos.

—Y, díganos usted, ¿cómo ha sido eso? ¿Le han vuelto el empleo?

—Nada de eso, ¡ni por pienso! La misma necesidad, ¡la misma necesidad! que aguza el ingenio.

—¡Es curioso, es curioso! Siempre nos pareció usted un hombre listo. ¡Así lo fueran nuestros hermanos, que otro gallo nos cantara! Diga usted, diga usted.

—La cosa es bien sencilla: una ocurrencia que me vino al caletre cuando me hallaba a punto de tirarme por la muralla. Verán ustedes.

Y mi hombre, con la mayor naturalidad y casi con fruición, comenzó su relato.

Llamábanle las vecinas a él y a su familia *los habitantes de la luna,* por haber sido comandante de municipales. Qué tengan que ver esos humildes servidores del Municipio con la luna y sus habitantes, es cosa de localidad y de época, que, si no la explico, nadie la podrá hoy comprender.

Pocos años antes del tiempo a que me refiero, no existían ni se conocían los municipales, al menos en la ciudad gaditana.

Para el servicio del Ayuntamiento estaban los alguaciles y una escasa fuerza de bribones, que se llamaba la partida de Fulano o de Mengano (de Faleti, de Raimundo, etc.), según fuese el nombre de quien la mandaba.

Los hombres de *la partida* eran, por lo general, de rompe y rasga: presidiarios cumplidos, perdonavidas, matasietes y otras gentes maleantes, más o menos arrepentidas y sujetas a la Autoridad municipal.

Vestían a lo jaque y guapetón, con el correspondiente calañés, chaquetón con vivos, calzón corto, etc., y usaban espadón de caballería y retaco, por si fuere menester.

Llegaron tiempos más humanos (¡aquellos eran divinos!), y el Ayuntamiento ideó una fuerza que resultara más urbana, con cierta organización militar sustituyendo a la guapeza.

Por querer imitar a los *policemen* ingleses, les encajó unos levitones hasta los tobillos; y en vez de casco, un fementido morrión tubular, estrecho por la copa y con una visera excesivamente oblicua, que los dejaba burriciegos.

Con esta facha se aparecieron de repente al público cuando menos se esperaba, y a las gentes de por allá se les ocurrió que habían caído de la luna. Llamáronlos, por consiguiente, así, *los habitantes de la luna;* y tal nombre les quedó, aun variados después los uniformes. Por eso era frecuente oir cantar ¡y con mucha gracia! a las mujeres:

La *pulisía*
tiene fortuna,
tiene habitantes
¡ay, *sunsurito!*
tiene habitantes,
como la luna.

El hombre que se permitía el lujo de ir a la plaza de abastos (lujo irritante para las de Baturoni, porque ellas no iban ni podían ir), había sido comandante de municipales. Al venir un Ayuntamiento moderado, la primera medida fue echar a la calle hasta el último portero, alguacil, escribiente y municipal. Y nuestro pobre hombre, no pudiendo volver al satélite de donde había caído, en este planeta se quedó ¡pegado a la pared!

«—Pues, verán ustedes—prosiguió.—Cuando yo era comandante de municipales y andaba por esas calles a deshoras de la noche, vigilando siempre, alguna vez tropecé con el contrabando que salía por los *husillos*. Ya se ve, uno solo, la gente dispuesta a todo por los intereses (¿qué quieren ustedes?), hacía la vista gorda, y ¡a vivir! Se acercaba un hombre, me saludaba con respeto y me alargaba un onza.

»Cuando me vi cesante y se acabaron todos los recursos, ¡a morir! Me metí en mi casa *aburrío,* y ¡a comernos por dentro!

»Ya estábamos en las guías, todos (ustedes lo saben) como unos esqueletos, cuando la misma hambre me dijo: *Vete a los husillos.*

»¡Y está claro! Salgo a las dos o dos y media, voy donde yo me sé; y ya por aquí, ya por allí, paseo como el que no quiere la cosa. Algún conocido de antiguo me saluda; y sus cuatro durillos, sus dos durillos, su durillo, caen; más o menos, no hay quien me los quite.»

—Vaya, vaya, ¡qué talento el de usted! Eso se llama un hombre.

—¡Si nosotras tuviéramos un hombre! ¿De qué nos sirven los zánganos de nuestros dos hermanos?

Descifrado el enigma, pasó de boca en boca todo el círculo de relaciones; así puedo hacer ésta con toda exactitud.

Además, desde aquel punto no cesaron las hermanas de instigar y soliviantar a los hermanos para que imitasen la estratagema del habitante de la luna. Llegaban hasta a insultarles. Entablaban coloquios dignos de alquilar balcones.

—¡Calla esa maldita guitarra y no cantes más, que pareces un grillo y ya nos tienes aburridas con tus coplas! Más valiera que supieses hacer zapatos; que nosotras, con ser mujeres, tenemos que manteneros ribeteándolos.

—¡No seas desvergonzada, deshollinador despalmado! ¿Puedes decir? Con mi guitarra he traído yo en los bolsillos más bollos, más aceitunas y más lonjas de jamón que caben en esta sala. Eso díselo a este zanguango de tu hermano, que no cabe por esa puerta, y no sirve más que para llevarme la guitarra.

Sería el cuento de nunca acabar. Por fin, quieras o no quieras, echaron al zangón a la calle, a las altas horas de la madrugada.

No sabía otra cosa sino que por las bocas de los *husillos* andaba el ajo, pero no por cuál o cuáles iba. Anduvo inútilmente, y se volvió mohino y cabizbajo de vacío.

—¡Torpe, bruto! ¡Si tuviéramos nosotras los calzones!

Y vuelta a empujarlo otra vez y cincuenta.

Al cabo, una noche, en un *husillo* del barrio de San Carlos, topó con un fregado y se hizo el remolón para dar tiempo. La cosa seguía y nadie se acercaba a untarle la mano.

Él siguió a paso de tortuga, silbando y mirando a los balcones. No salía de la plazoleta, y uno de los hombres le gritó:

—¡Eh, D. Lesmes! ¿Se le ha *perdío* a usted algo?

Paróse y dijo:

—No, señor.

—Pues, entonces, ¡largo, a su avío!

—Yo voy por la calle, y la calle es del Rey.

—Pues, si es del Rey, ahora lo verá.

Y con la palanqueta de levantar la losa del *husillo* se fué al pobre, asentándole un golpe que lo tendió en el suelo.

—¡Me han matado!

—Si vuelve usted a gritar, lo tiramos de cabeza al *husillo*.

Llegó a su casa.

—¿Traes algo?

—¡Sí!... ¡Dos costillas rotas!...

XXII

* Demócrata ya.

Y así era la verdad. Cuarenta días estuvo sobre un colchón, ¡y gracias!

Mi pobreza orgullosa, la indiferente y a gala de Sánchez del Arco, la crónica, sistemática y misérrima de los Baturoni, me dieron mucho qué pensar.

No veía extraño que existieran desigualdades de fortuna; pero no encontraba razonables las distinciones por la mera posesión de las riquezas. Barrero, enriquecido y orgulloso, me parecía repugnante; menos digno de pública estimación que cualquier pobre sencillo, que no molesta a nadie, que trabaja por atender a su familia y mejorar su estado a ser posible.

Que por el dinero y no por la cualidad de persona humana se tuviera derecho de votar y tomar parte en el Gobierno, lo juzgué injusto. Que quien carece de riqueza sirva a la patria de soldado y quien la posea se halle exento de ese deber, lo tengo por una desigualdad inicua. Que por tener bienes pudiera exponer su pensamiento por escrito, y no pudiera hacerlo quien de ellos careciese, diputábalo por privilegio irritante. Que la comisión de un delito cual el contrabando llevara a presidio al pobre, dejando al rico impune y más enriquecido, era para mí una infamia.

Nada de esto pensaban por entonces los progresistas; has-

ta la Revolución del 68 no aceptaron los principios de igualdad política y civil; y eso solamente una fracción, como transacción circunstancial y aun así... a regañadientes.

XXIII

* D. José Gardoqui y D. José Gabarrón.

Juntos van los retratos de estos dos maestros míos. De ninguna manera mejor podrá conocerse el estado de la enseñanza en el Colegio de Cádiz por aquellos tiempos, que por la semblanza de sus profesores.

D. José Gardoqui tendría a la sazón cuarenta años. Era alto, proporcionado de carnes; cara seria y de expresión escasa; habla torpe, voz desagradable. Exactísimo en cátedra, desapasionado en sus juicios, justo rayando en severo.

Matemático muy notable y profesor de esa ciencia en San Felipe Neri. Físico más que D. José María López, a pesar de que éste lo era «más que Dios». Químico y naturalista al par de los mejores.

Desposeído de toda imaginación y brillantez, no parecía andaluz, ni siquiera español. Aparte de no tener ningún dejo extranjero, cualquiera diría que era una inteligencia mitad inglesa y mitad alemana.

No cuidaba de lucirse, ni en cátedra ni en sociedad. Cifraba sus afanes en cumplir bien y exactamente sus deberes; así, resultaba un maestro modelo.

Nunca se impacientaba con las torpezas de los estudiantes, sí con la desaplicación.

Murió antes de que yo concluyese la carrera. El Profesorado español perdió uno de los mejores maestros que he conocido en España. Me complace hacerle justicia.

Más opuesto carácter e inteligencia no podría encontrarse

ni con candil, como en la persona de D. José Gabarrón, catedrático de afectos externos.

Alto también y regularmente proporcionado, moreno, gran nariz; ojos más grandes, negros y salientes; labios gruesos, péndulo el inferior; lengua gorda, que daba a su voz timbre opaco. No obstante, natural y fácil; expresaba con tal encanto el pensamiento y con gracia tal, que íbamos a su clase cual si fuéramos a una función amena.

Inexacto siempre en la hora, faltaba muchos días; circunstancia suficiente para desorganizar la asistencia de los alumnos con cualquier otro profesor, pero no con él: todos le esperábamos tres cuartos de hora, y hasta perder la esperanza de que viniese.

En concepto de todos, D. José Gabarrón era la mayor inteligencia de aquel Claustro; más digo, de toda la Andalucía. Talento como el suyo puede que se vea otro; superior, me parece difícil.

Poseía suma ilustración: perfecto latino, perito en griego, instruído en humanidades; de todo sabía, y si algo no supiese lo adivinaba como por natural revelación. Lejos de sentirse envanecido por tantas dotes, casi se tenía por cualquiera cosa; y no por afectación de modestia, sino porque daba poco valor a lo que sabía.

Para con los estudiantes era otro estudiante, el primero entre los bromistas y los... calaveras.

Carecía de orden; desconocía toda autoridad, la suya la primera. Hacía imposibles para que no le respetáramos y, sin embargo, se le respetaba; estudiantes y no estudiantes, todos le queríamos.

Tenía alguna clientela; y eso a pesar de que veía a los enfermos como aquel a quien llevan arrastras, una vez por semana, a las altas horas de la noche, a las dos o las cuatro de la madrugada, aporreando las puertas y asustando a los vecinos.

Cierto día, en plena clase, cubiertos por los bancos, dos es-

tudiantes jugaban al monte. En medio de la lección, dijo don José:

—¡Llevo un duro a la sota!

Y prosiguió tan tranquilo su discurso, sin perder de vista los naipes.

XXIV

* El anfiteatro.

Dos había en el Colegio; aún subsisten.

El pequeño, el antiguo, más que anfiteatro resultaba cátedra para explicar Anatomía, con una sola mesa giratoria; bastaba para un muerto cuando la enseñanza anatómica se reducía a la Descriptiva.

En el grande, el nuevo, yo fui el primer disector que trabajó allí; construyóse en mi tiempo, tomando para el solar parte en el jardín botánico, y parte en el corralón del Hospital.

Extenso, bien ventilado (mejor, azotado por los temporales), frío, encrudecido por el marmóreo suelo: seis mesas de piedra, en dos hileras a lo largo; al testero, una mesa y ocho mesas de pino; uno, dos, tres cadáveres, más o menos putrefactos, yacentes en las mesas.

De noche, la luz de la luna y su penumbra, si la había. F todo tiempo, una vela de sebo metida en el agujero occipital de una calavera habilitada de candelabro; un disector encorvado sobre el cadáver, chamuscándose el pelo para ver; otra persona viva, acurrucada en un rincón, dando cabezadas de sueño.

Allá y así pasé la mayor parte de las noches de mi florida y alegre juventud.

¿Qué aprendí allí?

Anatomía me parece que sí, aun siendo tan bruto como pensaba mi D. Diego Choquet, Isla y etc., etc. Operaciones me parece que también. ¿Algo mas? No sé. Mas, ¡aquella sociedad de muertos silenciosos hablaba tanto! Descartémonos del vivo.

—Lafón, traiga otra vela; ésta va consumida. ¡Lafón! ¡Malhaya tu aguardiente! ¡Eh, Lafón! Ni a patadas despierta.

—¿Qué... qué hay?

—Que se levante y me traiga una vela; y que afeite y lave mejor otra vez los cadáveres, pues los deja llenos de inmundicias y piojos.

Dormido y beodo, se levantaba dando tumbos.

—¡Estúpido! ¿Quién conocería tu prosapia?

¿Quiere conocerla el lector? Pues, aunque no quiera, he de contársela. Lafón, el sepulturero, el mozo de anfiteatro, era nada menos que hijo de un General.

Tras la imbecilidad del alcoholismo, tras el velo de la degradación, bien se veía en su fino pelo rubio, en sus ojos azules, manos pequeñas y piel blanca, el retoño de una planta de salón, y no una flor silvestre.

Hijo natural habido en una querida, que con hijo y todo abandonó su padre, el General diría «¡Ahí queda eso!», y se murió luego.

Pero como la soledad y las tinieblas crean fantasmagorías en la imaginación, yo no veía allí a Lafón el sepulturero: veía al General acurrucado y borracho, al mismo General convertido en mozo de una sala de disección, sin uniforme, cruces, bandas, faja ni sombrero de tres picos.

¿Y por qué no? ¿No eran la misma carne y la misma sangre? La vara que arranca de la tronca de un olivo, ¿no es el olivo mismo? Si se sustituyen en el espacio y el tiempo, ¿qué hace lo nuevo sino prolongar la misma esencial existencia de lo antiguo?

«—¡Ah, General, General!—decía para mí muchas noches.—¿Quién te había de decir que al abandonar a un hijo te condenabas a tiritar de frío y de alcoholismo, pasando las noches en cuclillas en el rincón de un anfiteatro anatómico?»

¡Cuántas veces, al sentir los deseos del amor, asomaba el sepulturero-general, diciéndome: «*¡Presente!*»

¿Se deberá a esto el que, gracias a Dios, haya huído los pe-

ligros de tener un hijo natural? Si es así, en el anfiteatro, Lafón fue mi maestro.

Además, el amor es muy bueno para después de haber comido. No es que ayunara: alimentábame con parquedad, pero lo bastante para reponer las fuerzas y aun tenerlas de sobra.

Quise decir, que sin alegría, sin satisfacción de ánimo, los apetitos se apagan. ¿Quién tiene ganas de jaleo bajo el peso de ansiedades y pasiones tristes?

No se achaque a virtud lo que puede depender de otras circunstancias. A ser General, imperante, pleno y satisfecho, ¿quién sabe si me hubieran salido Lafonitos, ahora abandonados para sepultureros? No sé... ¡Me parece que no!

Las cárceles, los asilos, los hospitales, los anfiteatros: he aquí cuatro lugares adonde, andando el tiempo, irán los pedagogos con determinados educandos para enseñarles cosas que no se ven ni se aprenden en excursiones ni museos.

Por la propia gravedad y naturaleza de las cosas, a cárceles, asilos, hospitales y anfiteatros van la espuma y el poso de todas las humanas desdichas. A poco estudio se descubren las causas de las mismas, y se ve también que se reducen a un común denominador, hasta a una simple unidad: *mala educación*.

Estamos hartos de oir el vocingleo de este error: «*¡Instrucción, instrucción! ¡Abrid una escuela y cerraréis un presidio!*» Nada hay más equivocado. Eso no basta.

La instrucción, y menos la consistente en saber la Doctrina de carretilla, leer mal y escribir peor, ante la criminalidad es la carabina de Ambrosio; antes la refina y perfecciona. Hay pueblos absolutamente ignorantes donde la criminalidad es escasa; y *viceversa*.

La educación ya es otra cosa. ¡Basta de tomar el rábano por las hojas!

La educación puede corregir hasta a los criminales natos; dígalo *Paimogo* y el instinto de los colegiales de San Pedro.

Hoy, además, adelantando como va la Fisiología, tenemos en el opio y los narcóticos, en el hipnotismo, en la sugestión y

aun en determinadas operaciones quirúrgicas, muchos recursos que añadir, con los cuales modificar y enmendar los desperfectos que originan la tendencia orgánica a la criminalidad.

XXV

* Muertos que hablan.

Necesitábanse diariamente para la enseñanza tres cadáveres, cuando menos; dos o tres lecciones para las cátedras, y luego carne para que se ejercitaran los alumnos.

Tres muertos no era mucho pedir, y casi nunca los había. Entonces, como hoy, escaseaban por no sé qué clase de conspiración para no mermar los estipendios de enterramientos. Quienes no daban un maravedí para evitar que un cristiano se muriese de hambre, daban un duro como obra de misericordia para enterrarlo.

Así, los muertos andaban por las nubes. Algunos días, por falta de ellos, suspendíanse las cátedras. Los estirábamos hasta más no poder, disputándolos a los gusanos, hasta que la putrefacción los deshacía. Dábase una mala temporada. Tres días seguidos nos dijo Lafón:

—Hoy no hay cadáver.

Al cuarto, entrada la noche, nos anunció uno. Estábamos en lo más rigoroso del invierno, llovía a cántaros; con sólo pasar el jardín, llegué calado al anfiteatro.

Los cristales retemblaban, azotados por el temporal; mugía el viento; cerradas las puertas y ventanas, penetraba, hacía correrse la vela de sebo, oblicuando su llama, y la apagaba. Era una de esas noches de temporal que los campesinos desconocen, y que a los habitantes de islas y costas les ponen pellejo de gallina, imaginando qué será del padre, del hijo, del hermano o del marido navegantes.

Escasa siempre la luz de sebo, en aquella ocasión apenas

si se alumbraba a sí misma lo necesario para declarar cuándo la apagaba el viento. Agréguese que los relámpagos, penetrando súbitos, deslumbraban la retina, y así podrá imaginarse con cuánto trabajo iba a emprender la disección.

Tratábase de la región inguinal; y la calavera-palmatoria hacía garatusas con las sombras. Incindí la piel; instantáneamente la luz de un relámpago iluminó cuerpo y rostro del cadáver, presentándolo por completo a mis ojos en el momentáneo fulgor eléctrico.

Pero quedé sin vista y en un confuso estado indefinible allá por lo más hondo del sér, donde se elaboran las ideas. Como no era miedo, repuesto un tanto, me pregunté a mí mismo: «¿Qué te ha pasado?» Y no pude responderme.

Proseguí mecánicamente la disección: el pensamiento estaba en otra parte. Suspendí el trabajo y lo volví a continuar. Meditabundo crucéme de brazos, como si quisiera ver el cadáver en las tinieblas.

En esto, un bramido del vendaval, acompañado del recio azotar de la lluvia, apaga la luz de la calavera; otro relámpago, entre rojo y azul, ilumina el cuerpo muerto; y el respectivo trueno le sigue inmediato, cual si se viniese abajo la bóveda celeste. Atolondrado, pero menos confuso, grité:

—¡Lafón, luz; trae dos velas!

Lafón, no menos borracho que otras noches, no dormía; sentado en un banco, yacía en las tinieblas de la noche y en las tinieblas de su espíritu.

Echamos fósforos, y con trabajo encendimos tres velas: la del cráneo y otras dos que tomé, una en cada mano.

Por más que había pensado acerca de la impresión que me produjo el muerto al fulgor del primer relámpago, nada había podido discernir. Pero al segundo, no obstante el atolondramiento que causa la conjunción de tan fuertes y ruidosos meteoros, me pareció que aquel cadáver era algo relacionado con mi vida, un algo confuso, así como un conocimiento de ultratumba. Por eso pedí dos velas y me puse a alumbrarle el ros-

tro, mirándolo y observándolo con afán y cuidadosamente. ¡Y nada! Una cara gorda, fofa, inicial de cadavérica descomposición; una cabeza mal rapada, llena de cortaduras y arañazos por la trémula mano y la navaja-serrucho del sepulturero.

Volví a mi tarea; pero la negativa del reconocimiento no bastó para dejarme en paz. Iba la preparación más que mediada, cuando, volviendo y revolviendo, pregunté a Lafón:

—¿De dónde procede este cadáver?

—De los locos del Hospicio.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Pues no pueden haberlo traído sin papeleta. ¿Dónde tienes la papeleta?

—En el depósito estará.

—Pues, vuela y tráemela en seguida.

Lafón fué al depósito, contiguo al frontis Norte del anfiteatro, y trajo la papeleta. En ella leí: *Joaquín Orihuela.*

Quedé suspenso, humedeciéronse mis ojos.

¡Pobre Orihuela! Parece que en el seno de la muerte tenías empeño en que te reconociese yo a la luz de los relámpagos. ¿Qué quieres de mi infantil cariño? Mira mis ojos. ¿Que pida a Dios por ti? Yo pediré. Harto has debido de sufrir: los de Torres vendieron las viñas, dejaste de ser su capataz; bastantes veces pregunté por ti, nada sabían. ¿Me pides que te dé sepultura?

—Lafón, ¿qué cuesta el entierro más barato?

—Quince duros.

—¡Quince duros! Orihuela, ya sabes que no los tengo.

¿Será que me pides que respete tus restos y no los destroce el crudo escalpelo? ¿Si será eso?

¡No! Extraña preocupación mía. No puede ser. ¿Qué le importa a un muerto que se lo coman los gusanos entero o partido? Pero el caso es que mi mano se resiste a seguir dividiendo las carnes de mi buen amigo. ¿Quién te había de decir cuando me acariciabas, querido Orihuela, cuando me llevabas a las

viñas delantero sobre el burro pío y sentía en mis espaldas el calor de tu vientre, en mi pecho tu brazo que me enlazaba amoroso para que no cayera, quién te había de decir que aquel niño de cabellos rubios había de abrir tus carnes con hierros afilados? ¡No, no seguiré!

La lección... ¡Que no haya lección mañana tampoco! Mas no puede ocultarse que hay cadáver, faltaré a mi deber, dirán que soy un gandul indigno de mi cargo...

Confesaré la verdad; contaré la historia de este muerto, mi historia... y se reirán de mí, con mucha razón. Estoy resucitando el viejo espíritu oscurantista, que, por respetuoso amor a los cadáveres, vedaba las disecciones, no permitiendo a Galeno que estudiara Anatomía más que en monos, y retrasando así la ciencia, el mejor conocimiento de las enfermedades y su curación, con tan necias preocupaciones. ¿Voy a ser yo ahora un abogado de ignorancias? ¿Me afiliaré en la hermandad de santurrones, escobas de sacristía, que nos tienen a dieta absoluta de cadáveres?...

Seguí preparando la lección, pero sentía áspero el filo de los escalpelos; parábame fatigado, y continuaba como si hiriese a un vivo operándole contra su voluntad.

Algo da qué pensar este lúgubre suceso.

Considérase el relámpago como el tipo de mayor instantaneidad. Son locuciones frecuentísimas las de: «Ligero como un relámpago; en un relámpago sucedió tal cosa, etc.» Sin embargo, por veloz que sea, tiene momentos: uno en que alumbra y otro en que ciega; tiempos que no estarán en el relámpago en sí, pero que corresponden al ojo y al cerebro nuestros.

Un individuo a quien traté por última vez cuando yo contaba siete o a lo más ocho años, cadáver diez u once después, desnudo, al fulgor del meteoro luminoso, conmueve en mi sér algo indescifrable, algo que, si borroso, en mí subsiste. Déjame pensativo; y, como a quien procupa la solución de un enigma, la visión se repite. Algo menos vago debió determinar, cuando pedí luz para reconocer el rostro; y sin embargo,

ese reconocimiento y examen, esa hasta observación, resultan negativos. Una cara desconocida, deformada por la hinchazón, cara basta, de expresión borrada por la enfermedad mental y por la muerte: ¡nada más! Eso no obstante, pospongo lo racionalmente observado a lo indefinidamente sentido; y el pensamiento solitario vaga por los rincones del cerebro como alma en pena, y al fin me impulsa a conocer el nombre del muerto.

Y pienso que debe consistir en que damos más valor a las sensaciones cuanto son más subjetivas. Por eso, el alucinado es el más creyente en la realidad de sus sensaciones. La misma clave entiendo que puede explicar el dominio que los sentimientos ejercen sobre la razón.

Una persona recta y de inteligencia lúcida, desahogaba hace poco su pecho en mi confianza, querellándose de que a su amada un *malvado* confesor procuraba apartarla de sus relaciones.

Es de ver cómo el poseído por cualquier sentimiento acoge poderosa la más fútil razón que favorezca su sentir; y se exaspera con las más fuertes, y las rechaza si le son contrarias. Por eso es vano convencer al fanático, peligrosísimo y contraproducente predicar la verdad a las masas en efervescencia. Mientras que si llega cualquier pelafustán o malvado, y asegura la certeza del absurdo mayor que pueda imaginarse, con tal que halague o aguce el sentimiento en aquel punto dominante, arrastrará a la multitud como si tuviese una vara mágica.

Cuando luchan el sentimiento y la razón, cosa que sucede con frecuencia, se padece mucho; pero casi siempre, el sentimiento triunfa. Sufrí, entre si acabar o suspender la disección en el cuerpo de mi pobre amigo. Venció la razón, porque no podía disponer libremente del cadáver; de haber podido, no hubiera continuado.

Muchas veces, después y hasta ahora mismo, sentí y siento honda pena con aquel recuerdo. El que ha visto quedársele en las manos alguna criatura, entre los horrores y la sangre de

cruel operación, y al refrescar en su recuerdo el cuadro lo mira sin remordimientos y sin angustia... ¡siéntese insatisfecho de sí mismo por haber dado unos cuantos cortes más en un cadáver!

Esto debe de consistir en que hay personas que viven de presente en el pasado, como las hay que sólo viven en el día que les alumbra el sol.

Como los hay (¡no sé si más infelices o más dichosos!) que viven en lo pasado, en lo presente y en lo futuro.

XXVI

* Los muertos siguen hablando.

De ser otro mi plan, y no el propuesto (dar el cuadro de mi particular educación), fácil me sería escribir unas memorias de anfiteatro; ajustado y ceñido a referirlas, resultarían materiales para un novelador materialista y psicólogo.

Y luego, ¡qué mezcla tan horrible! Mudos los muertos para el oído, ¡qué voceadores y escandalosos para el espíritu! Todos yacentes en silencio, pero al mismo tiempo no hay uno que deje de tirar hacia sí, como diciendo: *¡Mírame!*

Ya es una vieja consumida que se ríe de ella misma y de ti que la estás mirando y del mundo entero que no la ve. Ya es un hombrón velludo y fuerte, que blasfema rígido y yerto. Ya un niño encanijado, encorvadito, sorprendido por la muerte tiritando.

Ahora nos detiene un gallardo joven, con la cabeza perforada de un balazo, cristalizadas en sus labios las quejas de la amarga suerte.

Aquí un hediondo, hinchado y ulceroso virulento, horrible de ver; allí una joven cuya belleza no se rinde a la muerte.

El mayor número se complace en declarar su historia. No parece sino que, a punto de borrarse la persona por el escalpelo y la putrefacción, se dan prisa a decir:

—¡Que soy fulano!

Una vieja nos grita:

—¡He sido guapa! ¿No lo crees? ¡Registra mi pellejo!

En efecto, difícil sería encontrar documento más fehaciente: un *tatuaje*, otro y otro; un archivo de los impuros amores (con todas sus consecuencias fisiológicas y morbosas) de aquella mujer graciosa y bella en el siglo XVIII, horrible y repugnante hacia mediados del XIX.

«Francisca Garrido» decía la papeleta; *Soy de Andrés de la Cruz*, el primer tatuaje, seguido de un corazón bermellón atravesado por dos flechas; debajo, en negro, *Soy de Paco Fuertes, año 1790*, y un falo azul; después, *Perico Garzón*. Y así continuaban por ambos brazos rótulos y signos.

Separé y desequé aquellos pellejos, para conservarlos; hícelo con tan mal arte, que se coarrugaron y ennegrecieron al secarse, borrándose la epigrafía amorosa.

XXVII

* El maestro mundo.

Aparte de los profesores oficiales y de mis condiscípulos, ya estará convencido el paciente lector de que fueron maestros míos: la propia Naturaleza, una mona, una cigüeña, un perro, un cuervo, el campo y otros doctores extraños en quienes nadie podría pensar.

Pero, lo de «conocer el *mundo*, tener *mundo*» y demás frases por el estilo que andan en boca de todos, eso presupone que este enemigo del alma debe y tiene que ser un gran maestro.

El que nace favorecido por la Fortuna, carece de los beneficios suministrados por este supremo pedagogo.

El que nace en oscura condición, dentro de estrecho círculo de necesidades y aspiraciones, tampoco aprende gran cosa de lo que se llama *mundo*.

Los primeros, como los últimos, por opuestas causas, no pueden desenvolver sus facultades de observación: están lejos de sentir el acicate de necesidades insatisfechas; los unos porque gozan de todo sin trabajo, sin esfuerzo propio; los otros, porque con vegetar les basta.

El *mundo* no ejerce sus funciones pedagógicas sino con los que caen y pugnan por levantarse: para con la clase media en general, que tiene un pie en los abismos sociales y otro pie en las alturas de la ambición; o para con los que un tiempo próspero mudó por otro adverso, teniendo así que conocer diversidad de gentes y lugares, sentir las espinas de las adversidades y las desilusiones, los desengaños, percatándose de lo que los afectos tienen de permanente y de tornadizo, de lo que debe esperarse de la amistad, de lo que se le puede exigir a ésta en cada caso y circunstancia, de lo que vale saber y lo que conviene ignorar o aparentar al menos que se ignora, de cuál es el temple individual de cada carácter y de qué manera nos debemos conducir para no provocar las malas inclinaciones y facilitar las buenas, tanto en nosotros mismos, como en las personas con las cuales necesitemos temporal o constantemente estar en relaciones.

El *mundo* no se desenvuelve como maestro sino a expensas de cierto poder de observación y cierta dosis de indulgencia.

Bien se puede ser gran observador, que como el espíritu no esté dispuesto a perdonar, el *mundo* nada nos enseñaría; convirtiéndose en mera causa de enfermedad moral, en causa de manía melancólica, hipocondría y tedioso pesimismo.

La práctica de observar cosas y personas, cuando se une a un espíritu indulgente, no sólo enseña, sino que las más de las veces alegra y aun hace reir. ¡Con cuánta frecuencia vense en los sabios insignes necedades, en los al parecer estultos admirable tino, en los virtuosos pequeñeces y miserias, en los criminales rasgos casi sublimes; y sin que por eso los sabios dejen de ser sabios, los estultos estultos, y criminales los criminales!

Este conocimiento del *mundo* suple muchas ignorancias, y

sólo él da la pauta del arte de la vida social. Llega en algunos espíritus estrechos a un límite bien bajo, haciéndolos meramente *vividores;* quiere decir, que aprovechan su saber para reducirlo a un mezquino egoísmo o arte de medrar. Llega en otros a más nobles esferas, y sólo entonces el *mundo* viene a ser el *supremo maestro.*

Sentadas estas premisas, sigamos con los principales factores de mi *mundo* en la edad verdaderamente crítica en que me hallaba por los años del 1844 hasta el 1850.

XXVIII

* Don Francisco Sánchez del Arco.

Mi conocimiento con dicho señor, ya saben les lectores cómo fue. Ahora debo añadir que, por las singularidades de su persona y carácter, atrayéndose fuertemente mi atención, él consiguió fijarla al impulsarme a observarle, convirtiendo así una facultad inconsciente en un hábito desenvuelto y determinado de estudiar a las personas; lo cual, dicho sea de paso, no ha impedido que a veces cayera en errores de apreciación.

Hay palabras cuyo valor es de circunstancias; pasado el tiempo, casi pierden su significación primitiva o total, dicen otra cosa o nada.

Así, *bullanguero:* hoy por hoy sólo dará la idea de un hombre que bulle, que mete ruido. En los tiempos a que nos referimos, caracterizaba a los exaltados de baja estofa que, no teniendo arraigo ni cosa que perder, gritaban y se agitaban por hábito, dando vivas y mueras en las esquinas en toda ocasión, en las plazas públicas en época de pronunciamientos, y que llegado el triunfo calmaban sus afanes haciendo a las bandas militares tocar el himno de Riego.

De esta ya extinguida clase humilde de políticos de antaño surgieron D. Francisco Sánchez del Arco, D. Luis Gonzá-

lez Brabo y otras personas que llegaron a ser más o menos honradas y más o menos ilustres.

Sánchez del Arco tenía su mesnada patriótica en una barbería de la plaza de Santo Domingo. El maestro miraba a don Francisco como a un sér superior. La tienda era casino de milicianos desarmados, de cesantes y de algún parroquiano progresista. De este núcleo disponía y era cabeza D. Francisco.

Además, como sabemos, se hizo redactor de *El Nacional*, periódico local, cuya suscripción apenas daba para el papel y la imprenta. Por tanto, nada pagaba a los redactores; éranlo, pues, por amor al arte y a las ideas, D. José Pereira y nuestro Sánchez del Arco.

El primero se describe con decir que parecía el reverso de la medalla del segundo.

Joven, abogado, medio poeta y medio literato, tímido, comedido, afable, satisfecho con la medianía de su casa. Tipo de lo que entonces llamaban los moderados *la juventud dorada*, por una de esas dislocaciones tan frecuentes en España, ejercía de *progresista*, cuando su naturaleza real debiera llevarle al bando opuesto.

Pero hacía tal religión de sus ideas, que hombre más consecuente no lo he visto jamás. Vivió y murió (mucho después de la República) siendo progresista y redactor sin sueldo de periódicos progresistas, sin haber solicitado ni obtenido puesto alguno retribuído ni honorífico. Y siempre tan contento y tan satisfecho, sin que la envidia o la ambición jamás turbaran su sueño.

¡Oh inocente y buenísimo Pereira, modelo de patriotas desinteresados y humildes! ¡Cuánto más vale tu oscura memoria que las de tantos otros, más ruidosas!

Quizá por el mismo contraste de los caracteres, Pereira y Sánchez del Arco vivían en una paz octaviana. El primero se entretenía en escribir artículos doctrinales, más o menos anodinos; el segundo se ufanaba en la polémica ardiente, en las notas aceradas y en todo lo que fuese batallar.

Una vez amigo de entrambos, también solía yo meter mi cuarto a espadas, por el honor, si no de redactor, al menos de sotaescritor; y, en efecto, escribí alguno que otro articulejo rimbombante, del género declamatorio, zurcido con lugares comunes.

Con esto del periodismo, con las nuevas de las conspiraciones, con las esperanzas de algún comandante o capitán separado del servicio, o con la palabra formal de un sargento en activo de *sacar* su compañía, pasábamos el tiempo gratamente y sin sentirlo la redacción, los tertulios y los parroquianos del barbero.

Sánchez del Arco no tenía entonces más instrucción que la indispensable para el desempeño de la Secretaría de Conil; pero tenía talento, viveza, travesura y, sobre todo, una energía voluntariosa e irresistible, de hombre chiquitín.

Toda su instrucción literaria reducíase al Brocense y Hermosilla; aula y libro, fuera de éstos, no conocía ninguno. Por lecturas, el *Quijote;* y eso sí, todo el teatro de Calderón, parte del de Lope de Vega, algo de Tirso y de Alarcón. Estas comedias, de ediciones antiguas en forma de cuadernos, juntamente con la ley de Ayuntamientos, constituían su biblioteca, apilada en varias sillas de la casa.

Por Calderón se dió a hacer versos; por el Brocense y Hermosilla, a cobrar el barato entre cómicos y autores de comedias, haciéndose temer desde las columnas de *El Nacional,* y logrando que por conseguir su benevolencia crítica le bailaran el agua delante. De este modo, aun roto, despeinado y sucio, se abrió camino en Cádiz, ¡todo exterioridad y pulcritud!

Por las tardes iba a buscarle a su casa. Tomábamos café en el del Comercio; y luego íbamos al Balón, colándonos de gorra por derecho propio como redactores de un periódico, y departíamos acerca de política y de mil cosas diferentes.

Algunas tardes me leía a Calderón, el cual unas veces me agradaba y otras me hacía bostezar (principalmente en los autos sacramentales). Otras tardes leía sus propios versos (que

yo le celebraba); al fin llegó a hacer alguna mala comedia, como *Urganda la desconocida,* que le celebré también, y alguna pieza del género andaluz bastante regular, como *¡Es la Chachi!,* que le aplaudí a rabiar.

En los oficios de periodista y literato para nada entraba el lucro, ni menos se preocupaba él de cosa tan insignificante. Jamás se le pasó por las mientes el pan nuestro de cada día. Su mujer, que era una mujer excelente, y una hermana de don Francisco que con ellos vivía, cose que te cose, allá se las arreglaban; el caso es que ponían sus sopas y el puchero.

Sánchez del Arco carecía de toda necesidad; tenía dos hijos chiquitines, que consumían poco; y él, cuando le llamaban para comer, iba como a lavarse la cara. Ni se sentaba: en pie, tres cucharadas, un racimo de uvas, y vuelta a leerme Calderón.

Lo mismo salía a la calle con los zapatos rotos que si los acabara de sacar de la tienda; y en funciones de político, como en funciones literarias, lo mismo trataba de igual a igual o por encima del hombro al literato más afiligranado que al propietario progresista o al contrabandista comerciante más fastuoso y cacique de partido. Esta su condición es la que más me enamoraba.

Realmente, Sánchez del Arco no era orgulloso; pero tenía una estimación de sí mismo algo altanera de pellejo adentro, y un menosprecio natural, absoluto y no afectado hacia todo lo que caía de pellejo afuera.

Andando el tiempo, vino a ganar algo; moneda que, acto seguido de recibida, como si le pesase, la entregaba a su mujer. Ella cuidaba de adecentarlo, y al fin se presentó aseado y regularmente vestido. Todas sus exigencias se reducían, cuando estaba en auge, a pedir a su señora un real para café; ni fumaba, ni le conocí devaneo. Prácticamente, es difícil encontrar una persona de mejores costumbres. Teóricamente, es imposible oir nada tan extravagantemente subversivo.

Carecía de afectos, desconocía el amor. Por este lado lo más

que se alcanzaba era su consideración, pero a título de no contradecirle ni oponérsele; esto no lo sufría de nadie. Consideraba a su mujer, miraba con indiferencia a sus hijos; consideraba algo a Pereira; un poco más a mí, aunque sólo era un mozalbete; algo más a Adolfo de Castro, porque, siendo éste un erudito notable, le concedía todo en todo y hasta en opiniones, así políticas como literarias.

Complacíame hombrearme con Sánchez y con Castro, que me parecían dos personas de pro; y que, en efecto, lo eran por diversos modos.

Paseábamos juntos los ratos de vagar, cuidando yo de atender a lo que hablaban y de hablar poco, para no descubrir la hilaza de mi supina ignorancia. La verdad era que Sánchez del Arco estaba a la sazón, sobre poco más o menos, a la altura de mis conocimientos; pero barajaba su Brocense y sus comedias del teatro antiguo con tal aire de perito delante de Castro, que éste casi le concedía autoridad. Por mi parte, abría un palmo de boca cuando Adolfo hacía sus excursiones por los campos de la Bibliografía, que era a cada momento; encontrando en su instrucción e inteligencia muchos puntos de contacto con Imperial Iguino, sólo que el último no hacía profesión de bibliófilo como el primero.

Me causaba sonrojo comparar tanto saber suyo con tanto ignorar mío. Con Iguino podía tenérmelas tiesas; que, en el fondo de las asignaturas, si él entraba por una puerta, entraba yo por otra, y ¡santas pascuas!

Pero oir hablar a Castro de los libros de San Isidoro, del poema del *mío Cid*, de los falsos cronicones, del *Arte de los ingenios*, de las obras de Herodoto, de las ediciones del *Quijote*, de la colección que tenía reunida de éstas y de los libros de Caballería, en fin, de todo un catálogo que a modo de biblioteca llevaba en la mollera, eso causábame vergüenza, por no tener ni la más remota idea de tales cosas. Sánchez del Arco las oía indiferente, cual si le fuesen conocidas.

Como Castro se pasaba la mayor parte del día revolviendo

baratillos y puestos de libros viejos, raro era el en que no nos anunciara alguna nueva adquisición.

Cierto día nos mostró, ufano, un manuscrito que decía ser el *Buscapié* de Cervantes. No parecía sino que descubriera el Nuevo Mundo. Nos convocó con otros amigos a una solemne lectura del precioso hallazgo. Concurrimos a su casa para el efecto; y todos aprobamos, yo inclusive, que aquello no podía ser de otra pluma sino de la del mismísimo Cervantes.

A decir verdad, para mi capote, aquel fasciculillo manuscrito me pareció sin gracia ni sustancia. Que no era superchería ni invención de Castro, teníalo y lo tengo por seguro. Ahora, eso de que fuese o no de Cervantes, ¿qué se yo?; a pesar de las muecas que, unidas a las de más respetables concurrentes, hice en señal de calurosa afirmación.

Mucho habría aprendido de la sociedad de Adolfo, si en la escuela no me hubiesen imbuído la endiablada idea de que es un delito inconfesable el ignorar.

—¿Qué es tal cosa?—me preguntaban.

Y como no la supiera de corrido, en vez de decirme: «Pues mire usted, es esto y aquello» (con lo cual bastaba para quedar enterado), venían los apóstrofes de «*¡Bruto, animal!*» y otros halagos semejantes.

Con esto, la ignorancia viene a imponer el disimulo de tan feo pecado, y lleva a la farsa ridícula de aparentar saber y aun emitir opinión sobre aquello que precisamente se ignora, colocándonos en el más miserable caso ante nuestra propia conciencia.

Y gracias, gracias si en esta lucha el amor propio no vence a la conciencia, quedando convertidos en uno de esos fatuos e ignorantes impenitentes que tapan sus desnudeces con la inflación de la vanidad.

Mucho de historia, de literatura y de bibliografía hubiera podido aprender entonces, con sólo preguntar a Adolfo honesta y llanamente tantas cosas como yo ignoraba y él sabía.

De todos modos, algo se me pegó al oído, algunas ideas

tomé al vuelo, algún libro viejo rebusqué en los baratillos y leí en casa: entre otros, ciertos tomos incompletos de nuestro gran enciclopedista Feijóo, las *Empresas políticas* de Fajardo (de cuyo gallardísimo estilo quedé prendado y procuré imitarlo), la *Historia de España* por Mariana, las *Guerras civiles de Granada*, algunos escritos de Mayans y Síscar, una admirable y olvidada traducción de la *Vida de Cicerón;* leí a Quintiliano, también la colección del *Semanario erudito* de Villarroel, las obras en prosa de Quevedo, las *Novelas ejemplares* de Cervantes, las *Noches lúgubres* de Cadalso, *El Lazarillo de Tormes*, *El Escudero Marcos de Obregón*, las obras militares del Marqués de Santa Cruz, el Dioscórides traducido por Laguna, algo de la *Enciclopedia* francesa, la *Moral universal* de no recuerdo quién, libros más o menos viejos y más o menos sustanciosos.

Castro, no obstante su erudición, en el trato era pueril. Sánchez del Arco, más maduro, cogiendo las cosas al vuelo, debía de leer y estudiar a solas, porque adelantó mucho en poco tiempo; no llegó a erudito, pero salvó la barrera de la ignorancia, creciendo con esto en audacia y travesura. Nunca rindió parias a ninguno. Sólo con una persona le pude ver casi humilde y casi cortesano: fue tal persona un viejecillo atrabiliario, que reapareció por Cádiz accidentalmente aquellos días. Llamábase...

XXIX

* D. Bartolomé Gallardo.

Conocíalo de nombre. Lo primero, por un librejillo de poca más lectura que la Doctrina cristiana, con el cual topé de niño entre los libros de D. Ramón de Torres: el *Diccionario crítico-burlesco*, impreso desventurado, de cuyas primeras páginas no pude pasar, según me pareció de insulso y contrahecho.

—¡Aquí está D. Bartolomé Gallardo!—nos dijo un día Adolfo, como quien comunica una importante nueva.

—¿D. Bartolomé?—exclamó del Arco.—¿Usted le trata?

—¡Vaya si lo trato! No le conozco personalmente, pero sigo frecuente correspondencia con él sobre asuntos literarios. ¡Ah, es el primer bibliófilo del mundo!

—Ya, ya lo sé—dijo Sánchez;—conozco su *Diccionario crítico,* el libro más gracioso y mejor escrito que se ha publicado en nuestra lengua. Deseo que usted me presente a él; quiero conocerle y tratarle.

—Pues, ahora mismo; sé dónde vive. La última vez que estuvo en Cádiz fue cuando vino de la emigración, y paró en casa de Luna. Pero, tronó con Tomás, y ahora pára en una casa de pupilos. ¿No sabe usted cómo fue el trueno?

—No—dijo Sánchez.

—Pues, una cosa como suya, graciosísima. ¡Como suya! Usted sabrá que el padre de Tomás era un rico comerciante liberalísimo: al revés de su hijo, que es la quinta esencia de los moderados más pacatos. Pues bien, D. Tomás (el viejo) protegió mucho a Gallardo. Le tuvo en su casa a mesa y mantel; dábale cuanto dinero necesitaba para sus gastos; y, para hacerle esos favores delicadamente, le suplicó que fuese el preceptor literario de Tomasito, jovenzuelo entonces. Vino lo del año 23, y Gallardo y Luna su protector tuvieron que salir a uña de caballo; Luna murió después, y Gallardo siguió en la emigración. Pero, publícase la amnistía de Cristina; y como Gallardo la última casa que habitara en España fue la de Luna, a casa de Luna se vino tan campante; sin tener en cuenta que Luna había muerto, y que la viuda era una señora beata que nunca miró con buenos ojos a Gallardo, soportándolo a regañadientes por mero respeto y amor a su marido. Pero nada, nada de esto se le ocurrió a D. Bartolomé; y del muelle a casa de Luna se fué, donde se metió de rondón con su equipaje. Ni qué decir tiene la cara de la vieja y la cara de Tomás al ver entrárseles por las puertas, sin aviso ni noticia, a don Bartolo. Él, como en país conquistado, comenzó a mandar a los sirvientes; y en la misma habitación que antes ocupara,

allí se instaló, tirando los trebejos que le estorbaran, con sus modos y humor de todos los diablos. La viuda y su hijo, cohibidos, nada se atrevieron a decirle; y así quedaron las cosas. Pero D. Bartolo, que ya no tenía que guardar respetos al viejo Luna, por difunto, convirtióse en tirano de la casa; y, lo que fue peor, tomábase licencias con las criadas, y llevaba y traía algunas amigas a su habitación. Después de muchas ansias, la señora, que había consultado como caso de conciencia al confesor, fue estrechada por éste para que pusiese a Gallardo de patitas en la calle. Pero, ¿quién le ponía el cascabel al gato? La señora temía a D. Bartolomé como a una espada desnuda; y desde el día en que pisó la casa, se lo pasaba encerrada en su habitación, sin atreverse a salir. Tomasito, aunque ya hombre granado, con su timidez, su moderantismo y su filosofía, no sólo carecía de fuerza moral para el lance, sino que, tratado como un doctrino por D. Bartolo, temía (y no sin fundamento) que éste le arrojara por el balcón. Fuéronse entonces con el expediente al cura, suplicándole que él, en nombre de madre e hijo, se encargase de notificar el desahucio; pero el cura dijo «¡nones!», que ellos y sólo ellos lo habían de hacer. Por fin, discurre que te discurre, ocurriósele a Tomás una idea feliz y propia de su filosofía (1). Escribió una carta muy respetuosa y muy untada de jabón para que se le deslizara suavemente, pero que en el fondo venía a decir: «que muerto su señor padre, las circunstancias habían variado; que su señora madre, anciana y enferma, no podía tener huéspedes; que sus preocupaciones religiosas la mantenían en una alarma peligrosa para su vida; que él, entre el amor de su madre y el respeto a su maestro, se hallaba en un conflicto; y que, como no tenía valor para arrostrarlo, le suplicaba, pidiéndole mil

(1) D. Tomás de Luna fue el jefe principal y la Iglesia toda de los filósofos eclécticos que en España dieron los fundamentos de la doctrina del *justo medio*; se pasó la vida dando lecciones públicas de Filosofía. Le oí varias: era un espíritu estudioso, desinteresado y benigno.

perdones, que tomase habitación, que él mismo le proporcionaría, donde pudiera estar tan cómodamente y con mayor libertad. Que, si no aceptaba el ruego y el ofrecimiento que le hacía, tenía decidido salvar el conflicto saliendo él mismo de su casa, para huir las quejas y amonestaciones de su señora madre.» Esta carta púsola Tomás bajo un sobre en la carpeta de D. Bartolomé, aprovechando un momento de su ausencia. Cuando de allí a poco volvió éste a la habitación y vió la esquela de Tomás, rompió el sobre, la leyó, tomó la pluma y escribió debajo:

Don Tomás:
si te vas,
tonto menos;
si te quedas,
tonto más,
Don Tomás.

—¡Ga, ga, ga!—prorrumpió Sánchez (1).

—¡Ji, ji, ji!—siguió Adolfo, riéndose de la gracia de su propio relato.

Yo no pude reirme.

—¡Vamos a casa de D. Bartolomé!

—¡Vamos!

Y les dejé ir.

En la visita, debieron de quedar citados mis amigos con Gallardo; porque, a la tarde siguiente, estando nosotros en el cafe, entró Gallardo, dirigiéndose a nuestra mesa. Desde que lo divisaron, se pusieron en pie Sánchez y Adolfo, adelantándose a recibirle y ofreciéndole cada uno su respectiva silla.

Entonces conocí al personaje: un viejecillo con cara avinagrada y de color de aceituna, grave, flaco, con cierto aire de superioridad y protección.

---

(1) Sánchez del Arco no reía nunca: afectaba reirse. Y, como risa fingida, no salía, naturalmente, de su sitio, sino de la parte más posterior de la faringe; así, no reía sobre el sonido de la *jota,* sino sobre el de la *gue.*

Me chocó desde luego, más que el viejo, la actitud de Sánchez. Por primera vez, lo vi despojado de su aire de taco y osadía; antes bien, afectaba una atención entre respetuosa y humilde para con el vejete. Éste saludó de medio cuello, y no quiso sentarse, con lo que todos nos pusimos en pie; él volvió la espalda, dirigiéndose a la puerta de salida. Mis amigos le siguieron, y yo también, sin decir nadie una palabra.

Ya en la calle, dándole la acera, le preguntaron:

—¿Cómo está usted, Sr. D. Bartolomé?

—Psi, ¿cómo he de estar? Viejo y trabajado.

—Pero, de seguro que traerá usted algo entre manos.

—Psi, las aficiones siempre quedan.

Es de advertir que todas las obras juntas del laborioso don Bartolo no harían cuatro libras de lentejas.

Pero, en fin, como las cosas no se aprecian principalmente por la cantidad, sino por la calidad, procuré aquellos días leer sus escritos. Pregunté en varias librerías, inútilmente. Pregunté a Sánchez del Arco, y sólo me dió noticias del *Diccionario crítico;* y, o mucho me equivoco, o me parece que lo había visto aún menos que yo. Yo, al menos, lo había tenido en la mano.

En esto llegamos a la Plaza de San Agustín; D. Bartolo entró en una librería, que, si no recuerdo mal, se llamaba de Moraleda. Apenas abocó en la tienda, salió una exclamación de varias bocas:

—¡Hola, Sr. D. Bartolomé! ¡Tánto bueno por estas tierras!

Y todos se apresuraron a achucharle, mientras el librero, detenido por el mostrador, alargaba el cuerpo y el brazo como para satisfacer pronto el deseo de estrecharle la mano. Mi vejete, grave y serio, se dejaba felicitar como si se lo tuviera de sobra merecido, dignándose contestar con movimientos de cabeza. Luego, dirigiéndose al librero, le dijo:

—¿Ha caído por ahi algo importante?

—No, señor; las ediciones antiguas son cada vez más raras. Un Sorapán de Rieros debo tener por ahí.

—De ese libro, que pasa por raro, no hay coleccionista que no tenga un ejemplar.

Entre las tres o cuatro personas que se hallaban de tertulia en la librería, el que más aspavientos hizo a D. Bartolo fue un viejo, mediano de cuerpo y regordete, colorado como cangrejo cocido; tomó la palabra, y se puso a disertar sobre los libros raros y los incunables. Debió de parecerle desacato a D. Bartolomé que así se tomase la palabra delante de él sobre una materia en que sólo él y nadie más que él se consideraba competente, y cortando la palabra al locutor, le interrumpió de esta manera:

—Extrañábame yo, Sr. D. Diego Delgado y Pazos, de que no saltara usted con sus sandeces. ¿Somos niños de la escuela, para que nos venga usted a enseñar el abecedario de Brunet?

El vejete gordo saltó cual un sapo hinchado de ira, y metiéndole los puños por los ojos, increpó a D. Bartolomé de este modo:

—Y extrañárame yo, seor cuartero de viejos libros, de que los años no le parasen la insolencia.

—Más le extraña al hijo de mi madre ver al leguleyo, sin que los años le corrijan de su ingénita pedancia.

—*¡Pedancia, pedancia!*—exclamó el otro.—¿De dónde ha sacado el prosista esa palabra?

—De todas partes donde reina el habla castellana—dijo Gallardo.

Y arrojándose a D. Diego con las manos en garra, le derribó el sombrero, juntamente con la peluca. Don Diego contestó a puñadas, y tuvimos que intervenir para separarlos.

Cuatro o cinco días tan sólo permaneció en Cádiz aquel singularísimo personaje. ¡No me dió poco en qué pensar!

¿Qué es la fama, y por qué se alcanza? ¿Cómo tantos, tan buenos y fecundos escritores yacen en el olvido? ¿Y por qué tipos de tan mal carácter y dudosos méritos cual el atrabiliario y vanidoso D. Bartolo, adquieren y mantienen larga fama y gran consideración?

Problemas son éstos que sólo pueden resolverse por el estudio del mundo y de las gentes. ¡Cuántas y cuántas veces en el curso de la vida he podido observar esas aberraciones aparentes que acabo de referir!

¡Hay tanto que observar en la materia del relato, que no acabaría nunca si me parase en el análisis!

Los bibliófilos, en general, se convierten en soberbios por virtud del mismo oficio. El que ejercita su cerebro en conocer libros y autores de todas las materias, adquiere un concepto exagerado de su propio saber, considérase un portento; y de aquí nace una especial vanidad, intolerancia y soberbia, que, apoderándose de ellos, los convierte en una clase de enajenados, mitad maníacos y mitad ridículos.

Contribuye al arraigo y progreso del daño el público en general; y principalmente los doctos, quienes, por opuestas causas, fomentan con la adulación las pobres pasiones del enfermo moral.

El público, porque comúnmente ignaro, no puede menos de admirar a esos hombres que hablan de tantas cosas y que barajan los nombres de los sabios todos del mundo y sus edades todas, cual si bebieran con ellos en el mismo jarro.

Los doctos... por miedo. ¿Por miedo? Sí, por miedo; y allá va la explicación. A los bibliófilos, su propia vanidad los hace intolerantes. Se atiborran la mollera de lectura y no les queda en los sesos ningún recobeco donde discurrir. Impotentes para la producción fecunda de obras propias, échanse a criticar las ajenas; resultando, no críticos desapasionados y justos, sino apasionados, malignos, mordaces y casi libelistas. Échanse a críticos, y desuellan a todo escritor y a todo aquel que produce alguna cosa. Si éste les cobra miedo, procura librarse de sus mordiscos a fuerza de adulación y halago, para ver si así los atraen, si alcanzan su amistad, y con ella su indulgencia.

Sin embargo, la táctica es ineficaz; por el contrario, tales adulaciones acrecientan más y más las vanidades del bibliómano criticastro, irritan su inconfesable esterilidad y le azu-

zan, cuando llega el caso, contra el adulador mismo, como éste valga algo y publique alguna cosa. Dígalo, si no, aquel Adolfo Castro, a quien algo después enderezó D. Bartolo su «*A Zapatilla, zapatazo, y a su falso Buscapié, un puntillazo*».

Pues bien: Sánchez del Arco, el hombre más atrevido, el más osado quizá que conocí en toda mi vida, convertíase en gelatina en presencia de Gallardo. Y es que Sánchez... escribía comedias.

Después ya me he explicado muchas cosas raras, de naturaleza análoga. Por ejemplo, un personaje que adula a un cómico y se arrastra ante él, para que le ponga en escena un sainete; un ministro que pasa la mano por el lomo a un pobre gacetillero, etc.

XXX

* Abismos del corazón.

Nadie más claro y transparente que Adolfo; no era preciso sondearlo. A mis ojos, su personalidad y su saber aparecían como un lago alpestre: grande, pero tan cristalino, que por todas partes permitía ver hasta los más pequeños guijos de su fondo. Con carácter más arriscado el suyo, hubiera ido a parar en bibliómano, más o menos *abartolado;* de voluntad débil, asomaba las puntas, y como blandas que eran, no pinchaban.

Sánchez del Arco, en cambio, era un abismo cuyo fondo ni él conocía ni lo podía conocer. ¡Cuántas extrañas condiciones, qué mezcla de cosas incongruentes, qué grandes y qué pequeñas facultades!

Carecía de todo principio moral, y la mayor parte de sus costumbres eran morales; carecía de toda ambición, y no consentía ni reconocía superioridad en nadie; sin ser valiente ni pretenderlo, por amor propio resultaba osado, temerario.

No es que despreciara las riquezas y bienes materiales, era que desconocía en absoluto su necesidad; de ahí procedía una procacidad inaudita.

Enemigo, éralo sañudo. Amigo, lo era tibio. Ya he dicho de él que no sentía el amor.

De todas las facultades, la que estimaba en más, por la que más se ufanaba y de la que tenía cierta vanidad, era la travesura. Deleitábase en discurrir el modo de echar la zancadilla a un enemigo; quizá por eso le complacía tenerlos. En las luchas políticas, muchas veces se le vió solo; entonces se le veía más contento, desplegar mayores energías. Ocasiones hubo en que has tael barbero y su tertulia, hasta el propio hermano suyo, le fueron contrarios. Con esto, peleó él solo contra moderados y progresistas, contra todo el mundo; y venció y se impuso.

Llegó a jefe de partido en la provincia, fue Diputado a Cortes en las Constituyentes del 54. No pidió nada, ni quiso nada; por no tener ambición, ni aun la de hacerse notar.

Murió de singular manera, y en consonancia con su carácter. Burlábase de la Patria. Como no amaba, no entendía esta idea; afirmaba que la Patria era un falso ente de razón, como Dios y otras ficciones imaginativas. Y, sin embargo, era patriota, según se puede ver.

Llegó la guerra de Africa; sin ser militar ni tener maldita la obligación, al Africa se fué, sin cuidarse de nada, y menos de su persona.

En Ceuta, dispuesto a seguir a un Cuerpo de Ejército, echó de ver que no tenía dinero. Quedóse dos días sin comer, y no se le ocurrió pedírselo a amigo o conocido. Le acometió el cólera; cuando no pudo andar, se echó en el suelo. Moribundo lo recogieron y trasladaron al hospital; y allí finó mi amigo.

Mi amigo, sí, y maestro. ¡Cuánto aprendí en su estudio!

No fue nada. ¡Qué dolor!

Si hubiera amado... ¡qué grande hombre!

XXXI

* Lucha dentro y lucha fuera.

El comercio amistoso con Sánchez del Arco ejercía en mí diversos efectos: gratos los unos, desagradables otros; todos útiles, sin embargo, bajo el aspecto educativo.

Por su causa tuve ocasión, casi niño, de entrar como hombre en el trato de los hombres y alternar en círculos distintos. El trato uniforme con una sola clase y condición social, produce educaciones deficientes. Es difícil conocer al hombre si no se le ve en los múltiples escenarios de la vida, desde el presidio y los hospitales a los palacios.

Con Sánchez traté a varias clases de personas: menestrales, literatos, cómicos, propietarios, políticos, marinos, aventureros; gentes de distinta educación, instrucción, maneras y costumbres.

La lucha por la existencia es dura, por lo general; pero, en aquellos tiempos, la que me correspondía sostener resultaba muy superior a mis fuerzas.

Contaba con seis u ocho duros al mes, sacados de los muertos: para seguir los estudios, no era mucho; para atender a las necesidades de numerosa familia, no era nada. Seguía desterrado mi señor padre; los amigos demasiado habían hecho, de propia voluntad y por largo tiempo; no era decoroso molestarlos indiscretamente con demandas que implican ingratitud a los favores ya recibidos.

El indiferentismo de Sánchez ante las necesidades, su desprecio al vestir, a esas exterioridades sin las que parece incompatible el decoro, consolábame de tal suerte como ningún otro bálsamo podía aliviar a mi espíritu en aquellas circunstancias. Además, si bajo este aspecto Sánchez del Arco venía a ser como individuo un tipo raro, extravagante, exagerado, en cambio, como *maestro de ejemplo,* era el mejor maestro: en mí produjo una casi virtud, cierto amor a la vida modesta, a las necesida-

des fáciles de satisfacer, a la sobriedad. Y a la vez, en mi carácter triste abrió una fuente de placer para toda la vida, porque, llegando a mejor estado de fortuna, me di por contento con poco: no llegué a sentir las comezones de la ambición, ni dolor por las pérdidas pecuniarias, considerando que bien podía vivir con menos necesitando menos. Como el espíritu es interno y no se ve, he de insistir en este punto de confesión.

En aquella edad, los rigores de la pobreza no los sentía por el hecho de carecer, sino por el deshonor que ésta para mí implicaba. Eso de llegar el tendero con la cuenta y no tener para pagarle, hacer que volviese inútilmente, escuchar sus justas reconvenciones, etc., eran escenas que consideraba incompatibles, no ya con la honra, sino hasta con el más simple decoro.

Así, en mi concepto, era preciso no aparecer de esta manera ante la sociedad, disimular y ocultar la situación. Tal procuraba y aun conseguía, gracias a los cuidados de mi madre; a los milagros, mejor dicho, de su buena y fuerte voluntad.

Partiendo de esto, considérese la fascinación que ejercería en mi espíritu un hombre cual Sánchez del Arco, superior a todo aquello que tanto me mortificaba; quien realmente no hacía gala de sus desastres por cinismo, sino porque despreciaba lo exterior que la sociedad honora, llenándose todo con la interior estimación de sí mismo, que, si le llevaba a osado, no le hacía caer en vanidoso.

Débole, pues (y por ello le consagro aquí mi gratitud), un magisterio sobre el punto más culminante de la educación. Con su ejemplo, me hizo sobrio en apetitos y pasiones, sugiriéndome una especie de placer en el amor a las pocas necesidades.

Viejo hoy, siento contrariedad y como violencia en tener casa y mesa regular y más sirvientes de los precisos: miro con fruición una casita blanca, pobre y limpia. Una cama de tijera, una mesa de pino y cuatro sillas: a esto reduciría mi ajuar si no juzgara que había de tenerse por extravagancia o mezquina avaricia.

Los efectos desagradables que me producía la amistad de Sánchez eran varios. El primero de todos, su intolerancia: no había modo de contradecirle, no admitía razones, no se paraba ni a discutir siquiera. A toda observación que se le hacía, a todo argumento, contestaba *¡Ca!*, haciendo un gesto despreciativo y torciendo del lado contrario la cabeza. No había más remedio que dejarlo y volver la hoja.

Si para mis luchas por la existencia resultaba Sánchez un maestro y un eficaz consuelo, para mis luchas interiores venía a ser un fiero tórculo.

Yo necesitaba creer, necesitaba fe: recuérdense los principales jalones de mi vida, las mayores impresiones que troquelaron mi espíritu.

Un alfiler de a ochavo, que tragué en la cuna, pero cuyo recuerdo rememora el comienzo de mi vida de conciencia; la idea de mi madre, del persignado, del rezo del Bendito, la idea del peligro y de la muerte, la resignación para morir, la sorpresa grata e inesperada al despertar y verme vivo.

La escena de la separación de mi familia, el amargo sentir de la orfandad y el abandono.

El terror de la escuela y del fraile de Santo Domingo, mi apelación al cielo y a la Virgen, la sorpresa del despertar libre del cómitre y en brazos de mi madre.

La obsesión y ofuscación de mi cerebro en la aventura del tambor, mi demanda del auxilio celestial; el arresto y la herida del infeliz aquél, que parecía providencia bajada de lo alto en mi especial socorro.

La casi asfixia en el río Guadalete, con mis oraciones, mis esfuerzos de voluntad y mi salvación.

Téngase en cuenta lo recordado, y se conocerá que todos estos grandes martillazos, dados en mi espíritu, lo habían modelado para el sentido de la fe y de las creencias en una religión que ligaba mi sér a otro Sér Supremo.

Liberal por idiosincrasia, quizá por atavismo, por herencia, por imitación, por protesta contra el dolor de las persecu-

ciones y sus consecuencias, convertidas en lágrimas, pobreza y menosprecio, hallábame en una situación dificilísima, crítica y que, gracias a Dios, no podrá experimentar nadie.

La conciencia me decía: *Ama a Dios y respeta su Santa Religión.* Y los doctores de la Iglesia me arrojaban del templo y me decían: *Réprobo, liberal, enemigo de los religiosos frailes,huye de aquí, no profanes el templo del Señor con tu presencia.*

Así, dentro de mí hervía una lucha oculta, implacable, profunda, incesante.

Mi razón buscaba la salida; no la hallaba. Hacía algún punto de reposo, ya en el simple Deísmo, ya en algún tronchamiento del árbol secular de las creencias; reposo inestable, cuyo fugaz equilibrio rompía el propio pensamiento.

Podía cerrar los ojos para no ver un Dios creador; pero no podía cerrarlos para no ver a la Madre de Jesucristo. Dios, por abstracto y por incomprensible en su infinitud, no estaba tan arraigado en mi conciencia y en mi sér como la Virgen; para desprenderme de los lazos que a ella me ligaban moral y espiritualmente, era necesario que me hubiera desposeído de toda gratitud, de todo recuerdo, de toda idea de mi existencia y de mi vida. Y es que a Dios no puede comprendérsele, pero a la Virgen sí: como madre, abogada, protectora y luz que nos alumbra el camino de lo que, estando demasiado lejos de nuestra naturaleza, nos debe guiar al bien supremo de la visión divina.

Esto creía, y esto sigo creyendo.

Aquel Sánchez del Arco, que a toda insinuación de moral (no digo religiosa, sino de moral puramente filantrópica) sólo contestaba con su gesto y su *¡Ca!* despreciativo, me desesperaba. A veces, solía estrecharle, diciéndole:

—Puesto que considera usted una patraña todo principio moral, ¿por qué no es usted lujurioso, por qué es usted probo, por qué...?

—¡Ca! No soy lujurioso, porque no lo soy por naturaleza;

soy probo, porque téngome por superior al común de los necios, despreciando su dinero, que no necesito, ¡ca!

XXXII

* Cuando menos se piensa...

Llegaba el agua a la boca. Ya no podíamos tirar más... ¿Pedir, mendigar...? Morir, menos mal... Pero, ¿cómo morir? Morir cuando se quiere, es más difícil de lo que parece; el suicidio no podía ocurrírseme; para huir de aquella situación no era necesario. Con sentar plaza estaba concluído; sentarla para el otro mundo era agravar más la situación de mi familia, dejarla más abandonada y aumentar sus ya durísimas penas... ¿Qué hacer...? Resignarse, dejarse ir, ¡y esperar en la Divina Providencia!

Esto hice, y rendido me eché en la cama. Amaneció el siguiente día, y no me levanté. Apenas si pensaba: «de morir no ha de pasar». Recordé haber leído: «Mira los lirios de los campos...» Así, como entre cierto estupor de tranquilidad, abandono, resignación y esperanza. A las once de la mañana continuaba de igual manera: ni me levantaba, ni dormía, ni estaba despierto. Mi madre vino a preguntarme:

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿No vas a clase?

—¿Para qué?

En esto sonó la campanilla, y mi madre salió a ver quién llamaba. Volvió a mi habitación, y me entregó una carta que acababan de traer, y que decía:

«Necesito hablar con usted para cierto asunto, y le agradecería que viniera a verme esta tarde, a las dos.—*Manuel María de Porto.*»

Salté del lecho, me vestí y salí a la calle.

—¿Qué querrá conmigo Porto?

No era profesor de asignatura de mi año, lo había sido; pero me saludaba afable; yo, respetuosamente, y nada más.

Con haber salido de la modorra, volvió a revelárseme en toda su fuerza el cuadro de mi desesperada situación... Anduve por las calles, por la muralla, por las playas, unas veces pensativo, otras agitado, haciendo tiempo a que dieran las dos.

No había hecho más que sonar la primera campanada, pisaba yo el peldaño de la casa de Porto. Hallábase este señor en su despacho, y me dijo:

—Dispense usted que le haya molestado, y también me dispensará si le propongo una cosa que pudiera lastimar su decoro; pero soy presidente de la Junta directiva del Colegio de San Felipe, y me han dado para usted la comisión siguiente: El Sr. Camas se marcha a la Isla, de maestro de esgrima de los Guardias marinas. El Rector trató de averiguar si había en Cádiz algún otro maestro, y parece que no. Llegó a su noticia que usted era la única persona capaz de enseñar el manejo de las armas; pero, como la clase de usted podría rebajarse...

—¡Qué rebajarse, ni qué ocho cuartos!—le interrumpí, cual si se abriera el cielo para darme entrada.—Mi padre está desterrado desde el 43, mi familia necesita de mí, yo de trabajo. ¿Maestro de esgrima? ¡Lo seré! Si algo más llegase a ser, recordaré siempre como mi título más honroso el de maestro de esgrima; y como el mayor favor recibido este cargo que usted me proporciona y que yo acepto con la mayor gratitud.

Quedamos corrientes; y desde entonces fui maestro de florete y sable, hasta acabar la carrera.

XXXIII

* Adelante con los faroles.

¡Oh, qué placer el placer de ganarse la vida! No creo que nadie lo haya experimentado como yo. Porque, efectivamente, para ello se necesitan varias circunstancias.

¿Qué puede gozar el bienhallado cuando insensiblemente, y sin transición, de la comodidad sigue en la comodidad? Mis compañeros, cercanos al fin de la carrera, suspiraban, diciendo:

—«¡Ya pronto se me acaba la vida alegre! Ya mi padre me anuncia que me dejará su titular. ¡Su titular! Dentro de poco estaré hecho un facha, desempedrando las calles de mi pueblo y bregando con la tía Fulana y el bárbaro del alcalde.»

He conocido estudiantes que no estudiaban y se hacían dar calabazas exprofeso, para prolongar su vida alegre de estudiantes. Pero todo está compensado: esos tales, y otros cien mil de diversas clases y condiciones, no han experimentado el supremo placer que yo experimenté.

¡Cómo entré en casa de mi bendecido D. Manuel de Porto! ¡Cómo salí: loco de alegría! En tres zancadas volé a mi casa, eché abajo la campanilla del zaguán y entré llamando a mi madre con desaforadas voces:

—¡Madre, madre, ya somos felices: soy maestro de esgrima!

Mi madre me miraba estupefacta y casi con temor de que me hubiera vuelto loco. Tan triste antes, tan alegre ahora; no podía comprenderlo.

—Maestro de esgrima en San Felipe. ¡Doce a catorce duros todos los meses, y ocho del anfiteatro como disector; ya ves! Y luego, lo que aumente.

Me arrojé a sus brazos, di otro abrazo a mi tía Dolores, haciéndola perder el equilibrio; achuché y besé a mi hermana la

demente, a Amalia y Paz, y levanté en alto a mi hermano pequeño, José.

Caí rendido, y recé y lloré con el alma y con los ojos, dando gracias a la Virgen. ¡Qué felices suelen ser a veces los desgraciados! Por lo demás, las perspectivas son siempre más risueñas que la realidad.

No es necesario decir que al siguiente día me presentaba en San Felipe Neri a tomar posesión de mi cargo, y al otro funcionaba en su magisterio.

Generalmente se inscribían en mi clase de cinco a ocho discípulos. Mi plaza no tenía sueldo fijo; cada uno me pagaba dos duros al mes por su lección; y así, cuando tenía cinco discípulos, diez duros; cuando ocho, diez y seis.

Diez, doce, catorce, diez y seis: no es mala escala; angosta, y más angosta con los diez que con los diez y seis. Pero, en fin, con esto y los ocho de la disección, ¡como el pez en el agua!... si no fuese porque había que contar con la huéspeda. Aquí, la huéspeda no era una, sino muchas: las benditas deudas que, quieras o no quieras, pesaban sobre nosotros.

Mi buena madre inspiraba respeto y cierta consideración. El almacenero de comestibles, el aguador, el carbonero, el panadero, el carnicero, más o menos le fiaban. No de muy buena gana; pero, en fin, veían cierta pobreza decente; esperaban al gran cambio de fortuna; cobraban uno y se alargaban a dos.

Así, en el discurso de años, se hicieron unas cargadillas abrumadoras. Así, para pagar gastos muy reducidos, con mucho orden, ¡vamos, se podía pasar! Pero, obligados como estábamos a ir solventando antiguas y recientes deudas, la cosa no daba para tanto.

Un duro a cuenta al honrado aguador (a quien debíamos diez y más), junto con treinta reales por el mes corriente; dos duros al paciente carbonero; tres al del almacén; dos al panadero, etc., etc. Esos desembolsos se llevaban todas las ventajas y nos impedían el orden en los gastos, sin el cual no caben pre-

supuestos ni mayores economías. Y gracias, gracias a que algún aditamento acreciera mis ganancias.

D. Manuel Elers, maestro de piano, y uno de los primeros profesores de gimnasia que hubo en España, tenía establecida en el antiguo juego del Balón su escuela. Conocíame como estudiante de Medicina, y me tenía por un señorito que tiraba a las armas por mero lujo. Luego que vió que yo daba lecciones de esgrima en San Felipe, me propuso si quería dar clase en su gimnasio. La proposición fue con estas condiciones: él cobraría sus lecciones de gimnasia, yo las mías de florete; los gastos de local, criados y luces, a medias. Acepté y allí llegué a reunir de cuatro a ocho lecciones. Los gastos montaban de veinte a veintidós duros cada mes; de modo que unos meses perdía y otros ganaba poca cosa.

Por más que

cómo a nuestro parescer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor,

es la verdad que Cádiz por aquella época estaba mucho más pobre que en la actualidad; y eso que hoy no está muy prosperado, que digamos; pero, en fin, no está como entonces. No están, como estaban, muchas casas destechadas y en ruinas. No está, como estaba, el hermoso barrio de San Carlos desierto, sus casas deshabitadas, sin cristales, ni puertas.

Sólo podían pagar las enseñanzas de adorno y lujo, como la esgrima, algunos jóvenes americanos que enviaban a educar a San Felipe, y alguno que otro señorito de familia mejor acomodada, que había logrado salvar algo de su antigua fortuna. Mas, fuera de eso, ya por las antedichas circunstancias, ya porque la moneda tuviese entonces más valor liberatorio, lo cierto es que dos duros o dos napoleones eran la cifra en que se estimaba una lección diaria por término de un mes.

Metido en el oficio, también me solía caer alguna que otra ganga: una, dos lecciones particulares, pagadas hasta a tres y aun cuatro duros.

¡Eche usted dinero! Si no hubiera sus quiebras, ¡como el pez en el agua! Pero habíalas, y graves: el verano era fatal; los cuatro meses de vacaciones, ¡adiós mi dinero! Me dejaba en blanco San Felipe: en el verano, nadie quería sudar y a lo sumo un rezagado.

Con todo, ¡cuánto vale cualquier medio de medio ganarse la vida! Véase un punto de pedagogía casi inatendido y del mayor interés. Esto de mostrar a la criatura prácticamente que el trabajo es la única y verdadera fuente de la producción y que sólo por el trabajo se llega al bienestar, al ahorro y la riqueza, es un punto de grandísima importancia, principalmente en nuestro país. A no estar bajo este aspecto nuestra educación tan abandonada, no veríamos a la generalidad de los señoritos que consideran de buen tono y como esencial en la clase distinguida el no ocuparse ni trabajar en nada, pasándose la vida del casino al teatro, y del teatro a las visitas, a los bailes, y vuelta otra vez al casino.

Pienso que en las escuelas y en el seno de la familia se debían producir por los niños y comprar por los padres o las asociaciones algunos objetos de labor; y sus productos entregárselos a los niños para que dispusieran de una parte de ellos con orden, y otra parte la impusieran en las cajas de ahorros escolares. Planos, dibujos, copias de cuentos y pequeñas composiciones en prosa o verso, labores de mujer, labores en madera y paja: todo debería venderse y distribuirse entre los respectivos pequeños productores.

XXXIV

* De cómo enseñando aprende el que enseña.

O lo que es lo mismo: que el Maestro Ciruelo puede llegar a ser un gran maestro.

Sin duda, cuando empecé mi magisterio era un buen afi-

cionado, joven, ágil, enérgico; todas mis innatas aficiones militares y guerreras habían quedado defraudadas e insatisfechas. La lucha colectiva, o sea la guerra, estaba fuera del alcance de mis apetitos; y como a falta de pan buenas son tortas, tomé con ardor el arte del ataque y de la defensa personales.

Lo que se emprende con vocación sale adelante, y por eso conseguí cierta fama local de tirador.

Esta circunstancia y la necesidad me llevaron a maestro, sin serlo realmente; pero después, dale que le das, aprendí el oficio.

Oficio que no deja de proporcionar sus apuros; como lo verá, si tiene paciencia, el discreto lector.

XXXV

* Los duelistas y el Coronel Correa Botinos.

«*Castillo de Santa Catalina,* tantos de tantos... (no me acuerdo de la fecha).—Muy señor mío: en otros tiempos he sido maestro de armas. Me encuentro preso y aburrido. Pido al compañero venga a visitarme, puesto que yo no puedo hacerlo. Con este motivo, se ofrece a usted, con la mayor consiración, *El Coronel Correa Botinos.*»

Esta carta recibí, un sábado precisamente. No me hice esperar. El domingo no tenía lecciones, ni aula, ni anfiteatro, ni más que preparar las lecciones en los cadáveres, a la noche, para las cátedras del lunes.

El nombre de Correa Botinos me era conocido; los abogados conocen de nombre a los abogados notables, *et sic de cæteris.* Personalmente desconocía al coronel, pero de fama me lo tenía al dedillo. En el gremio de espadachines militares y civiles gozaba de más renombre que Pizarro en las Indias.

«¿Qué me querrá este señor? Allá veremos.» Esto iba pensando por el camino del Castillo de Santa Catalina.

Las historias que había oído de él me eran simpáticas por un lado y sospechosas por otro. Simpáticas, porque había sido uno de los militares más bravos y decididos por la causa de la libertad, desde Riego hasta la fecha. Sospechosas, porque su vida era un tejido de violencias y atrocidades.

Sin embargo, iba contento, aguijoneado por la curiosidad y por mi inclinación a conocer y estudiar los personajes que resultan tipos y que ofrecen singularidades de carácter.

Llegué al rastrillo, dirigíme al sargento, y le dije:

—Vengo a visitar al Coronel Correa Botinos, preso en este Castillo; pásele usted recado.

El sargento quedó pensativo un instante; sin contestarme entró en el patio de armas y desapareció, volviendo a poco. Abrió el rastrillo, y dirigiéndose a un soldado, le dijo:

—Acompañe usted a este caballero al pabellón número cuatro.

No debió de pasar recado al coronel, seguramente, sino al comandante de la fortaleza; porque, subida la escalerilla de mampostería correspondiente al pabellón número cuatro, toqué a su puerta y nadie me respondió. El soldado se fué, dejándome solo, una vez cumplida su orden. Llamé con más fuerza, y la puerta se entreabrió naturalmente, dejando ver parte de la habitación.

Hallábase desamueblada, y entendí que serviría de ingreso a otra más interior, donde estaría el coronel. Así, quitándome el sombrero, penetré echando por delante la frase de

—¿Se puede pasar?

Tampoco contestaron; y alcanzando a ver que en aquella sala y la siguiente (si amueblada con cama, silla y mesa) no había nadie, adelanté más, y pude reconocer que el pabellón sólo constaba de la sala de ingreso y el susodicho dormitorio.

«Vamos (dije para mí), habrá salido a algo; esperemos.» Aguardé de pie, pero nadie venía. Entonces, por distraer el aburrimiento, me asomé a una ventana que daba al mar y a la muralla del Castillo. Un centinela la guardaba, paseando a

compás y lentamente, derramando siempre la vista hacia un viejo que, con los brazos cruzados a la espalda, se paseaba también con rápida dureza. Como todo pasaba en un plano inferior al mío tres metros o cuatro a lo más, y a otra tanta distancia horizontal, pude observar al hombre a mi sabor.

Mediano de cuerpo, más bien bajo; carnes proporcionadas, algo enjuto; cabeza rapada, barba gris larga, gran bigote transversal y puntiagudo; mirada inquieta. Destocado; blusa corta y pantalón, ambos de lana, de color aplomado; por calzado, zapatillas.

Iba y venía de este modo, corriendo el lienzo de muralla siete veces en el tiempo que una el centinela. Parábase de pronto delante de un cañón entre mediano y pequeño, yacente en el suelo debajo de una tronera, y desmontado por falta de cureña. Iba hacia él, cual si quisiera embestirle; se echaba atrás, como quien sólo amaga; saliendo acto seguido, con paso más veloz del que traía.

De esta manera, unas veces pasaba de largo mirando de reojo al cañón desmontado e inofensivo, parábase otras para acometerle; hasta que una vez le acometió de veras; se echó sobre él y lo agarró con furia por el cascabel cual si lo quisiera mal, para tirarlo por la tronera. Pero el cañón, que había criado calma con los años, no se dió por entendido y quedóse indiferente, tan pegado al suelo. Irritado el hombre gris, hizo otro esfuerzo, pero en vano; se irguió, dió dos patadas en el suelo y salió escapado, volviendo a sus paseos.

«Sin duda (dije para mí), ese viejo singular es el coronel Correa; pero si no está loco, vive Dios que lo parece. ¡Mala espina! Con su historia, su carta y esto que voy viendo... En fin, observemos y procuremos suplir con el propio seso lo que a éste le falta.»

Pues, señor, dió tres o cuatro paseos veloces, agitado, sin volver los ojos al cañón; pero a otro paseo, vuelta a clavarlos; a otro, nuevamente el arrechucho; y a otro, ¡zas! se arroja, lo agarra por el moño, lo suspende como medio palmo, dé-

jalo caer como diciendo «¡maldita sea tu alma!»; y el cañón, al caeer en su lecho de piedra, apenas sonó *bom*, recordando su mocedades belicosas.

Después de esto, Botinos quedó tranquilo y volvió a pasear ufano acompasadamente.

Con estas y las otras, llevaba ya de esperar una hora boba, y me pareció oportuno concluir con aquel negocio. Bajé la escalera, me asomé a la muralla y cortésmente, con el sombrero en la mano, me dirigí a mi hombre interrogándole:

—¿Es al señor Coronel Correa Botinos a quien tengo el honor de saludar?

—El honor es mío, caballero.

—Soy Fulano de Tal, a quien usted se ha dignado citar por carta.

—Mil gracias, señor, le agradezco su visita; pase usted a mi habitación.

Abocamos a la escalera; me indicó que pasara delante, y yo lo mismo a él; después de muchos ruegos por ambas partes, le hice precederme, alegando los respetos de mayor edad y circunstancias.

—Pues bien—me dijo apenas llegamos a su habitación,—he molestado a usted por dos motivos. El primero, que siendo usted maestro de armas y habiéndolo yo sido, la profesión nos impone el deber de auxiliarnos. El segundo, que no sé de usted, pero su señor padre *(en esto se llevó la mano debajo del cuello, descansando su palma sobre el pecho)*, es un antiguo patriota, compañero mío, que también ha sufrido por la Libertad. Por estos títulos, me he creído autorizado para escribirle. Siéntese usted.

—Muchas gracias; después de usted.

Hízome una cortesía de esas particularmente respetuosas y dignas, propias de nuestros antiguos militares, que no sé por qué han caído en desuso y hoy sólo conserva la oficialidad del ejército austriaco.

—En esta prisión endiablada, estoy solo. El Comandante

es un *animal* de la clase de tropa. Mis antiguos amigos de Cádiz, unos han sido fusilados, otros andan por ahí a uña de caballo. Mi señora está en Madrid. De modo que me paso todo el día escribiendo, y cuando ya me canso, no sé qué hacer. Conservo mis aficiones a las armas y necesito un amigo con quien tirar. Dada esta explicación, conoce usted mi deseo.

—Pues para eso y para todo me ofrezco a sus órdenes, señor Correa Botinos. Los domingos son míos, estoy desocupado. Los demás días, con mis clases en el Colegio, las obligaciones de la disección y los discípulos de esgrima, día y noche ando hecho un azacán. Pero, de todos modos, si entre semana necesita usted de mí para alguna cosa, aquí estaré al primer aviso; también podré venir a distraerle los días festivos, además de los domingos.

—Muy bien; se lo agradezco. ¿Le hizo a usted esperar el *bestia* del Comandante?

—No, señor, ciertamente. Apenas le anunció el sargento que había al rastrillo una persona para visitar a usted, debió de conceder el permiso, puesto que acto continuo me dejaron pasar y un soldado me acompañó a esta habitación.

—Bien, bien; se conoce que la lección le ha servido.

No quise preguntarle qué lección fue esa por no parecer indiscreto. Seguidamente añadió:

—Pero usted no me encontró aquí. ¿Cómo dió usted conmigo en la muralla?

—Diré a usted; esperé un rato en el supuesto de que usted volvería; pero, tardándose algo, me asomé a la ventana, le vi pasear y bajé a su encuentro.

—En efecto, salgo a pasear por el único punto donde puedo estirar las piernas en este dichoso castillo. Ya lo conozco bien, pues he sido su inqnilino tres veces; la última, hace veinte años. Entonces me distraía durante los paseos en levantar los cañones y ponerlos de pie. Ahora he pretendido hacerlo, y la pícara falta de costumbre no me lo ha permitido hasta hoy que al fin ya logré levantarlo.

Me guardé bien de hacerle observar si eso era efecto de la falta de costumbre o de la sobra de años; el Coronel tendría a la sazón sus cincuenta y cinco muy cumplidos.

—Traeré a usted careta, guante y florete.

—No, señor, no es necesario; camino siempre con los míos, los verá usted.

Y abriendo un gran cofre, de los que se usan en Filipinas, sacó de entre las ropas, no dos floretes, sino dos espadas de combate, rígidas y pesadas.

—¿Son estos los floretes de usted?

—Sí, señor, nunca uso otros; ni para asaltar ni para duelo. La punta es muy aguda, un poco por encima tiene esta rosca, en ella atornillo el casquete que deja hueco para que la punta no padezca, y en los asaltos el casquete sirve de botón.

—¡Es ingenioso!—contesté.

Guardándome de añadir que me parecía una barbaridad: primero, porque el arma, ya de por sí pesada y sólo propia para combate, aumentaba su pesadez con el virolón acerado que encerraba la punta; y segundo, porque el demonio que aguantara un botonazo.

La pequeña mesa de pino, que constituía uno de los principales muebles del dormitorio, estaba cubierta de papeles desordenados. El viento de mar, casi siempre recio en el castillo, entrando por las ventanas, voló las hojas. Arrojóse Botinos a recogerlas presuroso, cual si se tratara de documentos de interés. Conforme a cortesía, me eché también a prender prófugas, que, vueltas a la mesa con las demas, sujeté con el tintero de piedra, cúbico, que, según la facha, debía de ser reglamentario y propio del Castillo.

El Coronel no se aquietó con esto; agitado, procuraba ordenar los pliegos por sus páginas, dando taconazos de impaciencia.

—¿Puedo ayudar a usted?

—No, señor, imposible: a mí es y me ha de costar mucho trabajo.

—¿No están paginadas?

—Pues precisamente por lo mismo. Hace una semana que desembarqué; venia como usted se puede figurar. Desde que fui preso en Manila, no me permitieron escribir; encerrado como una fiera, sin comunicacion. De allí, a la fragata; cuatro meses en el mar, reventando por tomar la pluma y hacer la exposición de agravios; aunque no me mareo, en el barco con los pasajeros, no podía escribir. Deseaba llegar a Cádiz, para redactar mi memorial. El primero que hice no salió a mi gusto; el segundo resultó flojo y estaba escribiendo el tercero. Como todos tienen su paginación y la letra es igual, resulta que, barajadas por el viento, no sé si la hoja 2 es del borrador primero, segundo o tercero; y vea usted la dificultad. Este es el pliego primero del primer borrador; este otro debe de ser del segundo...

En fin, después de muchos tanteos, pudo traer cada oveja a su redil.

—Señor don Segundo—me atreví a decirle:—aunque escribo poco, no es posible que me ocurra ese mareo; porque escrita una cosa, buena o mala, así va. En todo caso, lo más que suelo hacer, es enmendar al paso alguna palabra; pero eso de hacer de nuevo otro escrito distinto y luego otro, me extraña en usted, que no me parece muy pacienzudo.

—Es verdad, es verdad; pero hay escritos de escritos. El artículo *tantos* —(dijo el número de corrido, así como su texto, sólo que yo no me acuerdo del número ni de la letra),—el artículo *tantos* de la Ordenanza, dice: «Cuando un inferior reciba agravio de un superior, tendrá paciencia y recurrirá en forma moderada y respetuosa, etc.» Como reclamo de agravio ante Su Majestad, el documento necesita llenar las condiciones de la Ordenanza, y no me sale a gusto.

—Ya veo la dificultad—le dije;—le parecera demasiado fuerte.

—No, señor; al contrario, me han salido muy flojos, descoloridos y sin expresar mis quejas. No he acertado, por cum-

plir lo de que sean moderados y respetuosos. Este es el primer borrador, y después de todo, es el que me parece menos mal.

«Señora: Segundo Correa Botinos, Coronel de los Reales Ejércitos, puesto ante los pies de Su Real Majestad, etc., etcétera.»

A medida que iba entrando en materia, quedaba yo estupefacto. Siento carecer de memoria; bien merecía conservarse el singular documento, por su fondo y por su forma.

El primero se reducía a decir que desempeñando el cargo de Comandante general del Cuerpo de Carabineros de Filipinas, había tenido a raya a los contrabandistas y a los empleados ladrones, cumpliendo su deber como militar y caballero, etcétera. Es la verdad: en este punto, el Coronel era inflexible como sus floretes.

Que habiendo caído el honrado Gobierno del Duque de la Victoria, el General Narváez había sustituído a los mejores funcionarios de Filipinas por una horda de presidiarios.—Eso no sé si era tan verdad; pero puede que algo hubiera.

Que influído el nuevo Capitán General por tales bribones, se atrevió a molestarle injusta e indignamente, poniéndole en el caso de rechazar cual corresponde a un militar pundonoroso tan villanas provocaciones.—En esto, lo que parece haber pasado fue que a mi buen Coronel se le subió San Telmo a la gavia, tiró de espada, y si no se interponen los ayudantes y acude la guardia, allí no queda un General para contarlo.

Respecto a la forma, no hay qué decir: parecía escrita con infantería, caballería y artillería.

Guardéme bien de indicarle que no me parecía aquello muy ajustado a las recomendaciones del consabido artículo de la Ordenanza.

Preso D. Segundo, fue enviado a la Península, con su proceso al canto, bajo partida de registro. Él se creía víctima de la más inaudita arbitrariedad. En el origen del asunto, supongo que le sobraría la razón. En cuanto a su arremetida al Gene-

ral, me quedé haciendo cruces: no comprendía cómo estaba vivo, cómo no lo habían fusilado.

Dicen que un Santo vela por los niños y por los borrachos. Puedo añadir que otro Santo desconocido vela por los hombres de la catadura de Correa Botinos; si tengo o no razón, ya se verá al final de su historia.

Entre la pugna del cañón, los cumplimientos, discursos sobre las armas, ordenación de los manuscritos y lectura del memorial, habíase pasado toda la tarde. Di por terminada mi visita, y me despedí hasta el inmediato día festivo.

XXXVI

* ¿Qué era?

Cumpliendo mi palabra, fuí a Santa Catalina varias veces; no muchas, porque no tardaron en llevarse a mi hombre a las prisiones militares de Madrid.

Como tirador de armas, no me pareció cosa del otro jueves; en cambio, podía considerársele como un modelo de duelistas orgánicos.

Los tiempos, las costumbres, crean ciertas cosas e impiden el desarrollo de otras que antes florecían.

Afortunadamente, ya no hay atmósfera ni medio externo que permita en las clases bajas, a los barateros; en las altas, a los duelistas. De los unos, apenas queda algún recuerdo, a manera de mueca, en los presidios mal regidos; de los otros, ciertos vestigios en la prensa y en los Parlamentos. Pero ambos son a los barateros y duelistas antiguos, como los modestos lagartos de nuestros campos actuales a los grandes saurios de la Paleontología.

Duelistas, habíalos de varias especies; a la mejor sin duda, a la más noble, pertenecía D. Segundo, sin poderlo remediar. Quiere decir, que no por intención maligna, ni aun siquiera

por la vanidad de hacerse superior y temible, resultaba duelista; éralo porque su organización y temperamento le conducían a los raptos de violencia, y sus ideas acerca del honor le sugerían el principio de que sus manchas sólo con sangre podían lavarse. Añádase a esto cierta susceptibilidad para ver las tales manchas a cada paso; y podrá comprenderse cómo en él una palabra equívoca, un gesto, una desatención, una contradicción cualquiera bastaban para levantar polvareda y encontrar los manchones que pedían su correspondiente enjabonado sangriento.

El primer día que hicimos un asalto, le dije:

—Me permitirá usted que le observe que con estas espadas no podré darle todo el juego que desearía.

—¿Por qué?

—Son muy pesadas para ejecutar con ellas movimientos complicados y rápidos.

—Pues precisamente por eso las prefiero a las tiritainas de floretes, que sólo sirven para fingir un juego de chiquillos. ¿Para qué se esgrime? Para adiestrarse en el manejo del arma que hemos de emplear en los lances. Estas espadas son de duelo; tirando con ellas se acostumbra la mano a los lances reales y nos habituamos a reducir el ataque y la defensa a la realidad, desechando esos floreos inútiles de que tanto se paga la generalidad de los tiradores.

Desde este punto de vista no dejaba de tener razón. Pero D. Segundo estaba ya en guardia, vestido con su especial blusa de lana; yo, en mangas de camisa, sin peto ni reparo, no pude menos de echar una mirada compasiva a mis costillas.

Comenzamos el asalto fuera de medio; quiere decirse, a una distancia mayor de la necesaria para recibir herida. Como era justo, dejé que Botinos comenzara el ataque, permaneciendo por mi parte a la defensiva. Él, según formas correctas, simuló más bien que extremó el suyo. Pero, a poco, sus ojos se encendieron, todo su sér se transformó en ardimiento; cualquier espectador hubiera creído que se trataba de un verdadero due-

lo a muerte. Ni su espada podía salir de los ataques simples, ni la mía tampoco: un amago y un cambio eran lo más.

Permanecía yo fuera de medio, reduciéndome principalmente a la defensiva, prevalido de los menos años y la mayor longitud de mis extremidades, cuando, en el acceso de su furia bélica, Botinos, sin echarse a fondo, en la misma guardia, disparóse a modo de quien patina, ganando su distancia ofensiva; al mismo tiempo que cambiando la espada con gran fuerza, para obligarme a una parada enérgica, abatió la punta por bajo de mi puño y me hizo ver las estrellas en la boca del estómago.

—¡Brava estocada de duelista!—exclamé, poniéndome en columna.

Botinos se colocó también en igual posición, haciéndome con la espada un saludo cortés, al mismo tiempo que su fisonomía se tornó tranquila.

En aquel primer asalto conocí su juego, sus dos o tres recursos propios más temibles, y hasta dónde llegaba aquella naturaleza suya incandescente.

Hacia atrás no sabía resbalar patinando sobre los dos talones; daba un impulso y se despedía cual una flecha, sin perder la guardia, que convertía en ataque.

Cuidé muy bien de no incomodar a aquel amigo. Estupidez hubiera sido en mí el excitar demasiado sus ardores; y cuando ya le veía fuera de sí, dejábame tocar, procurando ocasión en que no me hundiese una costilla.

Con esto, me tomó en pocos días cierto afecto; a durar más nuestro trato, hubiera llegado a ejercer sobre él alguna influencia.

Ya podía, con su cuenta y medida, señalarle alguna estocada suave, sin que se enardeciera desmedidamente.

En realidad, estos caracteres fieros son así: Correa Botinos era una pistola cargada, que se podía manejar impunemente teniendo cuidado de no tirar del gatillo y sortearle la boca. Ca-

sado, su mujer le manejaba como a un niño; para ella, resultaba un mansísimo cordero.

Algunos años después (ya debería tener más de sesenta), Correa Botinos pasó por Gibraltar y alojóse en una de sus fondas. No sé por qué, respondió con sus habituales imperio y modos propios a un camarero. Éste, como buen inglés, creyó el caso clásico para un acto de *boxeo;* y poniéndosele delante el Coronel, le estampó un puñetazo en las narices. ¡Ira de Dios, que tal hiciste!

Arrebatado, ciego, Correa Botinos sacó la espada del baúl; huye el camarero, corre tras él.,. y lo pasó de parte a parte.

¡En Gibraltar, un homicidio! Fue condenado a muerte. ¿Lo fusilaron?

No. *Un Santo desconocido vela por estos hombres.* Fue indultado por la Reina de Inglaterra. No se ha conocido otro ejemplar. Algo después, Correa Botinos falleció de muerte natural. ¡Verdadero milagro!

¿Qué era?

Ya lo hemos dicho: un duelista, por organización, por influjo de ideas exageradas del honor, por educación imperfecta; una pistola cargada y montada.

¿Era un cuerdo o un loco?

De todo había: normalmente, cuerdo; pero, como Don Quijote, no había que tocarle a sus libros de Caballería.

De estos cuerdos, locos a retazos, paréceme que, carta más o carta menos, se forma la humanidad.

XXXVII

* Bala perdida.

En rigor, la educación pudiera definirse así: *El arte de vivir socialmente.*

Muchos reducen su alcance a la superficie, a la adquisición

de ciertas maneras, a la adopción de formas cultas y distinguidas; quiero decir, llevan el pensamiento a la altura de don Diego Choquet de Isla y su texto de *Urbanidad y Cortesía.*

Otros confunden, según dijimos en pasados lugares, la educación con la instrucción; pues, si bien relacionadas entre sí, auxiliándose mutuamente, son del todo distintas. De otra suerte, no se verían a cada paso verdaderos sabios mal educados, e ignorantes supinos de correcta educación.

El arte de la vida social, lo de menos importancia que contiene (con ser mucha), es lo que se llama *formas*, *modales o maneras.* Más la tiene, sin duda, aquella parte que enseña el modo de doctrinar nuestras facultades y actividades para que, resultándonos provechosas, al mismo tiempo resulten útiles para la sociedad.

Implica, pues, la parte educativa una finalidad moral, y por tanto completamente estéril si no destila del trabajo práctico y del ejercicio fisiológico dirigidos a una producción. Con lo dicho se evidencia que la educación moral *à priori*, que hasta nuestros tiempos se pretendía enseñar dogmáticamente, resultaba estéril, como todo absurdo.

Por el contrario, enseñad a una criatura a hacer, a trabajar, a producir, y la haréis laboriosa, honrada; disciplinadla en el régimen armónico de sus facultades, y necesariamente os resultará moral.

Como conclusión inducida del análisis de una multitud de criaturas, en los dos anteriores puntos subrayados vienen a estribar los fuertes pilares del edificio educativo. Añádase luego, como cúpula y remate, *un principio ideal:* el que, según las facultades de cada uno, debe o despertársele o inducirle a que se le despierte. Con eso está hecho todo lo posible para que, a medida de sus facultades, resulten hombres útiles y buenos; y, entre tantos, algunos hombres de pro.

Escuelas talleres, escuelas oficinas, escuelas de artes y oficios, escuelas de administración donde se administre, escuelas de comercio donde se comercie, escuelas de agricultura donde

se siembre y se coseche y no se pedantee, etc. Muchas escuelas de trabajo; menos, de *a*, *b*, *c* y de ciencias confiadas a la memoria, lo cual viene a ser como si confiásemos la *construcción* de un reloj a un compañero que no ha de saber ni poder *hacerlo*. Y corto el hilo, que ya me reconozco pesado, insoportable.

Nada de lo dicho tiene que ver con las *balas perdidas* (al parecer); y, sin embargo, una *bala perdida* ha traído a mi caletre la anterior algarabía.

Dicha *bala perdida* era un hombre; no se sabe de dónde venía. Llegó a mí rodando, entre fría y caliente: fría por el hambre, caliente por el alcohol. No se tambaleaba, pero echábase encima.

Francés o cosa parecida debiera de ser; chapurraba como ellos, vestía como cuando llegan a la divisoria entre sastre y desastre, una prenda pasable y otra pasada. Buen mozo, blanco y rubio; bigote militar y el resto afeitado con tres días de retraso; altura regular, musculatura recia.

Hallábame dando lección de florete a un discípulo en el Balón, cuando, sin pedir permiso ni saludar, se me entró el hombre por las puertas diciendo:

—*Muá ser maestro; muá tirar sable, batón e florete.*

—Sea enhorabuena—le respondí, apartando a un lado la cara para hurtar el tufillo de su aliento.—¿Y en qué puedo servirle?

—*Muá ser maestro; muá querer dar lección.*

—Muy bien; siéntese usted, descanse y luego podrá dar lección a un discípulo mío que no tardará en llegar.

Sentóse, con la cabeza baja y las piernas entreabiertas. Comprendí bien lo que pensaba: lo que quería no era dar lecciones, sino tener quien se las pagase. Proseguí mi tarea, y de allí a poco llegó el joven a quien esperaba.

—*Monsieur*—le dije a mi vez, chapurreando.—¿Qué nombre tiene usted?

—Monsieur Alfredo.

—Está bien, señor Alfredo; aquí tiene usted un discípulo mío a quien dar lección.

Hizo como el que no entiende, y le vi en cierta dificultad, cual si quisiera decir algo que no acertase a expresar. Por fin, habló:

—*Leccion, no; querer ser maestro.*

—Perfectamente; venga usted mañana y trataremos del asunto.

Tardó en volver tres o cuatro días; vino sin *vino* entonces, ni otra alguna influencia alcohólica. Pude observar mejor la expresión natural de su fisonomía. Parecíame como de unos treinta y cinco años; el rostro hermoso, si no ofreciera el sello de marchitez que imprime la vida crapulosa. Además inspiraba desagrado, porque tal marchitez, revelada por líneas lánguidas, se complicaba con la interrupción de ellas por otras sobrepuestas de provocativo descaro.

Le invité a que tomase asiento, y después a hacer un asalto si gustaba. Desentendióse por el pronto; pasado un intervalo se levantó, y tomando sable, guante y careta, dijo:

—Sable.

Debía de ser éste su arma favorita. No la mía: daba lecciones de ella, pero había asaltado poco.

Caímos en guardia y sin intención determinó el ataque; no seco, simple y más o menos decisivo, cual corresponde a un arma que opera por curvas y ofende por corte, sino ejecutando una multitud de amagos más brillantes que eficaces, más propios para demostrar agilidad que para hacerlos temer.

Cuando esto vi, respiré amplio y desahogué cierto peso que desde la primera visita de aquel hombre había sentido encima.

Redújeme a mirar las cien evoluciones de su arma y no hacer caso sino de la final.

Contrastaba la mala intención suya con la inocente brillantez de sus ataques; sin embargo, he de decir que, si no por inteligencia, al menos por virtud de hábito diestro, paraba

bien y contestaba como un rayo, siendo en esto verdaderamente fuerte.

No quedé insatisfecho; él no debió de hallar lo que buscaba. Al concluir el asalto, su rostro había perdido el viso de provocación, y todas sus líneas eran las naturales en un hombre fuerte, pero agotado por los excesos. Después de descansar un rato, me preguntó:

—¿Juega usted el *batón?*

—No, señor.

Entonces, echando mano a un bastón que allí había, comenzó a hacer con él infinitos molinetes, a saltar y dar vueltas por el aire y otros ejercicios en que parecía un torbellino y que demostraban extraordinaria agilidad.

Le celebré la gracia, y animado con esto volvió a preguntarme:

—¿Juega usted al *sabot?*

—No, señor. ¿Qué cosa es esa?

—Pelear con el cuerpo.

Fuése al criado, y lo puso en medio de la sala; él se retiró al extremo, y de una carrera se echó sobre él cual si fuera a acometerle con los puños; al punto que el criado levantó los brazos para defenderse, Monsieur Alfredo, con el pie derecho, dió al criado un golpe en la corva y lo tiró rodando.

Quiso hacer otra gracia, pero el sirviente no se prestó al ensayo. Entonces se redujo a figurar la lucha con un contrario supuesto, lucha en que no empleaba los brazos principalmente, sino las cuatro extremidades; ora figurando dar una coz a la altura del rostro del enemigo, ora una cabezada en la boca del estómago; ora corriendo hacia él como para acometerle de frente, dando un salto mortal, ponérsele a la espalda, y al caer, antes de la reposición de la sorpresa, clavar las dos manos en el suelo y disparar dos coces que pudiera envidiar un mulo de artillería.

—Muy bien—le dije;—para hacer eso, se necesita ser un titiritero.

—*En Francia mucho esto; yo maestro.*

Efectivamente, pasados los años llegué a ver el baile del cancán, y comprendí que pudiera haberse aplicado a un simulacro de lucha fundada en movimientos traviesos y gatadas grotescas.

Aquel día nada me indicó respecto a lo que quedamos en el primero. A mí no me convenía reanudar la conversación.

A solas, me lo había hablado todo y hecho mi composición de lugar.

Gajes del oficio; había que contar con ellos y eran de esperar. Suponía saliese al paso, como a mi maestro Camas, alguno que otro matasiete y espantaocho fanfarrón, pero no se me daba cuidado de aquel género conocido. Monsieur Alfredo me pareció harina de otro costal. Tenía todas las trazas de una *bala perdida*, de uno de esos hombres desalmados, y que, no teniendo pizca de vergüenza ni nada que perder, lo mismo se les da por lo que va que por lo que viene.

No conocía su historia, ni pude averiguarla. Apostaría, sin embargo, que había pasado por las aulas del presidio. Su origen debió de ser la clase media; cuando menos, era desertor de Argelia.

Lo de *muá ser maestro*, *muá querer dar lección*, quería decir: «usted me deja el puesto».

Ya por no conocer esos matices del lenguaje que permiten expresar y no declarar las cosas, ya porque no se atreviera a pasar el puente sin tentar el vado, el caso es que optó por lo segundo. Juzgándose muy fuerte en el manejo del sable, pensó sacar ventaja; la cosa no le salió a gusto y se contuvo. Volvió varias veces; una se le iba y otra se le venía. Yo lo observaba con atención, y al verlo en punto de romper el silencio, le decía:

—Maestro Alfredo, vamos a tirar al florete.

Bien sabía yo que no había de aceptar; su modo de jugar al sable me declaró que no conocía la espada ni por el forro.

Pero la necesidad por un lado y sus hábitos de perdido

por otro, no le permitían desistir de sus propósitos, y continuaba encapotado como gato que acecha la ocasión de saltar.

No me hacía maldita de Dios la gracia tenerme que romper la cabeza con aquel perdido. Nada iba ganando, y por otra parte, siempre he sentido la pasión del miedo con gran anticipación y mucha fuerza; defecto que, después de todo, me ha servido de mucho, haciéndome previsor y templando algún tanto ciertos ímpetus violentos.

En el mismo Balón tenía establecido mi compañero Elers un tiro de pistola. Yo nunca había disparado un arma; pero, como la situación del Alfredo continuaba sospechosa, quise saber qué arte sería el mío en el tiro al blanco. Puse manos a la obra, y vi que no era cosa del otro jueves: de doce tiros saqué tres veces el muñeco, ocho puse la bala en el círculo, y una fuera, pero tocando a su circunferencia; repetí el ensayo a la distancia mayor que permitía el espacio, y el resultado fue igual sobre poco más o menos.

Si no anduve desacertado en el blanco, más acertado estuve en la providencia. Aquel mismo día llegó M. Alfredo algo bebido, y *exprofeso* si no me engaña la malicia; venía hosco, y le salí al encuentro, preguntándole:

—¿Qué le pasa a usted, Sr. Alfredo?

—Que hoy pegarme un tiro con uno o pegármelo a *muá*. Estar desesperado. Necesitar dinero. No poder vivir.

—Tranquilícese, Alfredo. Para pegarse un tiro no es menester hallarse con mal humor; y para comer en la cárcel no es necesario dárselo a otro, con menos trabajo se come el rancho. Usted tiene muchas habilidades: tira al sable, juega el bastón y el *sabot,* como usted llama. ¿Tira usted a la pistola?

—Tiro.

—Ea, pues, penas a la espalda, que detrás de un tiempo malo viene otro... peor. Venga usted al tiro de pistola.

—No tengo dinero.

—No importa. Esta casa ya le dije que era suya. Los tiros yo los pagaré, y luego le convido a comer.

Dejóse conducir. Púsose a tirar; pero como los que abusan de los alcoholes tienen muy mal pulso, y en aquel momento estaba algo bebido, no hizo un solo disparo con acierto.

—Mal anda ese pulso, Alfredo. Yo no sé tirar, pero voy a ver qué tal lo hago.

Disparé doce tiros y saqué cuatro veces el pelele.

—Hoy no doy lección; lo dedico a quitarle el mal humor.

M. Alfredo iba confuso; de buen o mal grado, se sintió dominado por un muchacho, mitad señorito, mitad maestro de armas. Y en el campo del Balón se echó a llorar.

No pude menos que impresionarme cuando de repente M. Alfredo comenzó a darse de puñetazos como un loco.

—*¿Llorar muá? ¡Cochón! ¿Llorar muá?*—y seguía dándose puñadas en la cara y la cabeza.

—Alfredo—le dije;—vale más el que llora que quien se enfurece. Cuando usted llora, adquiere mi respeto y mi afecto; cuando usted se maltrata, me parece un furioso, pero no un valiente.

—*¿Muá no un valiente? ¡Sacré nom! ¿Muá no un valiente?*

Y echando fuego por los ojos, recogía los puños pasándomelos por delante de la cara.

—*Muá matar hombres con mano.*

Me quedé mirándolo fijo, afectando una tranquilidad que ciertamente no tenía, y pasado un rato, le repliqué:

—¡Bah! Alfredo, cuando esté en razón, venga a buscarme.

Le volví la espalda y marché otra vez al Balón.

Pasó una semana sin haberle vuelto a ver. Al cabo de ella, se me presentó de un modo inesperado. Era otro hombre; se dirigió a mí humilde, suplicante:

—*Usted mi amigo, usted bueno, muá no tener más que a usted.*

—Bien, Alfredo, ¿qué le pasa? ¿Qué puedo hacer por él?

—*Querer llevarme a la cárcel, andar a mí para prender.*

—¿Por qué causa? ¿Quién ha mandado prenderle?

En el tiempo que había permanecido en Cádiz había lo-

grado chapurrar menos mal; sin embargo, no dejó de costarme trabajo entender su relación.

Reducíase a lo siguiente: a que hacía un mes que estaba viviendo en la Posada de la Academia, sin pagar, porque no tenía dinero; pero, en cambio, para cumplir de algún modo con su deuda, le había estado haciendo el amor a la posadera. El posadero le exigió la deuda, y él contestó que era una desvergüenza pedirle dinero cuando todas las noches dormía con madama. Las contestaciones de la disputa fueron a gritos, voces y amenazas; llegó la policía y lo arrestaron, soltándolo después; pero el posadero, puesta una querella, había conseguido la orden de prisión.

La cosa no dejaba de ser grave: o injuria y calumnia probada con testigos, o demanda de adulterio.

Lo que me hacía más gracia era la persuasión en que estaba el buen Alfredo de que con hacer el amor a la posadera había hecho méritos de sobra para no pagar lanzas ni annatas.

—Pues, Alfredo, no hay que apurarse; por esta vez no le echan el guante. Véngase conmigo.

Lo llevé al muelle, y a un lanchero conocido le pregunté:

—¿Para qué puerto sale hoy el primer barco?

—Señorito, para Gibraltar y la carrera.

—A este amigo, ahora mismo me lo pones a bordo. Es extranjero y va de prisa. Tú te las compones para que no ande con repulgos. Toma un duro para ti, que no da para más la sacristía. Adiós, M. Alfredo, ¡a ver si me sienta la cabeza!

Le di la mano, y en ella cinco duros. Dióme un abrazo y me besó en la frente. Algo se le humedecieron los ojos; me alegré que no pasara de ahí, no fuese cosa de que volviera a indignarse consigo mismo.

¡Qué perversión de educación y de costumbres ésta, que mira y considera como falta y deshonor aquello poco que queda de buenos sentimientos aun en los corazones corrompidos!

Cosa de dos meses después, leí en los periódicos de Cádiz el siguiente suelto:

«*Málaga. Escándalo inaudito.*—Anoche, en la función del Teatro, ocurrió la escena más deplorable y escandalosa que imaginarse pueda.

»Salió M. Alfredo a ejecutar sus ejercicios, consistiendo uno de ellos en colocar sobre dos banquillos un gran tablón cargado de cantos y numerosas pesas; y, colocándose debajo, levantar aquella balumba con las espaldas, paseándose por el proscenio cargado con tan grande número de arrobas.

»En esto, a un espectador, dirigiéndose al acróbata, se le ocurrió decir: «*¡Arre!*» Y éste, tirando enfurecido la carga, se arrojó del escenario y emprendióla a puñetazos con el público.

»Hubo, como es consiguiente, carreras, gritos, desmayos, caídas y atropellos; a duras penas pudieron los municipales sujetar al atleta furioso, no sin que resultaran varios contusos y heridos.

»Esperamos que las autoridades corregirán severamente al insensato autor de tal escándalo.»

XXXVIII

* La Amazona Belga

Serían las tres de la tarde de un jueves, cuando hallábame preparando una lección anatómica en el Anfiteatro grande.

El portero Andrés se acercó a decirme que una extranjera muy fea estaba en la portería preguntando por mí.

—¿Qué se le ofrece?

—No lo sé, no la entiendo, habla en lengua extraña; sólo he comprendido que le busca a usted.

—En mala ocasión me encuentro para recibir visitas, pero ¡qué se le ha de hacer! Que éntre en mi cuarto y espere mientras me lavo las manos.

Por aquel tiempo, moraba interno en el Colegio; concluía muy a deshoras de preparar las lecciones, y a las siete de la

mañana debía estar en planta para asistir a la primera visita de la clínica en el Hospital Militar. Ganaba tiempo durmiendo en el Colegio, me ahorraba el salir a deshora y podía disponer de algún descanso más por la mañana: Colegio de Medicina y Hospital Militar hallábanse contiguos.

Lavadas las manos, pero manchada la blusa y de mal parecer, llegué a mi cuarto. En él hallábase de pie una mujer, fantasma por lo alta, por lo correosa y estrafalaria. Su traje no convenía con la usanza gaditana, pero podía pasar, dado lo exótico de quien lo vestía. Pero, ni con esa ni con toda clase de indulgencias, lo que no podía considerarse admisible era su sombrero, chocante hasta lo sumo por lo raro y desportillado.

Nos saludamos a compás, y el primer embarazo que surgió fue al invitarla a que tomara asiento. En efecto, en mi habitación estudiantil no había dónde: una silla, que había perdido el espaldar, hacía de lavamanos; y otra, coja de un pie, bien apoyada al muro, junto a la cabecera de la cama (de bancos y tablas), oficiaba de mesa de noche. Fuera de lo mencionado, un cántaro de agua, sito en un rincón, y un estante de pino coetáneo de la fundación del Colegio, constituían todo el mobiliario. ¡Ah!, se me olvidaba: una maleta puesta en el suelo y que contenía alguna ropa.

Dirigí una mirada alrededor, y salí del apuro. Despojé de la jofaina a la silla lavamanos, poniendo en el suelo aquélla y el jabón, y ofrecí ésta galante a la madama. Hice otro tanto con la palmatoria y los demás trebejos colocados en la silla coja, y me senté en ella, cuidando de guardar el equilibrio.

—¿En qué puedo servir a usted, madama?

—Soy *la Amazona Belga*—me contestó en francés.

—Muy señora mía.

—¿No ha oído usted hablar de mí?

Dudé si decirla que sí, por cortesía; pero, al fin, me decidí por decir la verdad.

—No, ciertamente. Ocupado en mis estudios y trabajos, no estoy enterado de muchas cosas que pasan en el mundo.

—Pues soy *la Amazona Belga,* tiradora de armas. He recorrido toda Europa, haciendo asaltos con los maestros más conocidos.

Al decir esto, sacó unos cuantos periódicos en diversos idiomas, donde probablemente se hablaría de ella o se anunciarían sus ejercicios.

—Está muy bien.

—Vengo de Madrid. Invité a asaltar conmigo al maestro Carbonell y no asistió. ¡Mal caballero! Los maestros tienen obligación de favorecer a los maestros. ¡Mal caballero! Le desafié por los periódicos.

Sacó uno del seno: por el alojamiento y por el roce de las carnes, estaba bastante sucio. En efecto, era un remitido demasiado insolente para firmado por una dama. Y continuó:

—Al no contestarme, fuí a darle de bofetones; cinco días me detuve en Madrid y no pude verle ni en su sala de armas ni en su casa. ¡Mal caballero!

No me di por enterado de la indirecta, y hubo entre ambos un lapso silencioso. Pero ella lo rompió viniéndose al bulto:

—Me han dicho que en Cádiz usted es el profesor de armas. Usted asaltará conmigo. Necesito que usted me facilite sitio y armas; y que concurran sus discípulos.

—Como usted habrá advertido por la disposición en que me encuentra—le dije, señalándole mi blusa asaz manchada de sangraza,—paso las tardes y las noches con los muertos, los días entre mis cátedras y lecciones. Iré a su asalto, siquiera para que no diga usted de mí lo que del maestro Carbonell; armas, floretes, etc., se los facilitaré; pero, tiempo para buscarle local no tengo.

—¡Es preciso, indispensable! Soy extranjera, no conozco la cindad ni a nadie.

En este apuro, me acordé de dos amigos a quienes echar el muerto; o por mejor decir, un conocido y un amigo. El conocido, el marqués de Ureña; el amigo, D. José de Haro.

Saqué la cartera, y de ella dos tarjetas. En una escribí:

«Amigo Haro, haga usted cuanto pueda por complacer a esta señora.» Y escribí en la otra: «B. L. M. al Sr. Marqués de Ureña, suplicándole haga por esta comprofesora cuanto le sea posible.» Entregué las tarjetas a la madama, le di las señas del domicilo de ambos señores, y aseguré que me reemplazarían con ventaja para la consecución de sus deseos.

Con esto se fué bendita de Dios; me consideré libre de tan antipático marimacho, y volví a mis tareas con los muertos.

XXXIX

El Marqués de Ureña.

D. José de Haro, efectivamente, era un cariñoso amigo mío, y excelentísima persona. De noble estirpe, como lo indica su apellido, quedó huérfano de padre en corta edad; éste dejó a su esposa la exigua viudedad de oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada, que, como ya sabemos, no se pagaban en aquellos calamitosos tiempos. Mi amigo D. José de Haro tuvo que dedicarse al oficio de latonero.

Aprovechando la estada de los franceses en la Isla, aprendió a tirar a las armas con los maestros de los regimientos. Agil y dispuesto para todo, salió tan buen hojalatero como tirador de armas. Emigró a la Habana; con uno y otro oficio y su ejemplar conducta, vivió decorosamente, educó a sus hijos cual correspondía a sus ascendientes, y ahorró cuarenta mil pesos, capital con que regresó a España y estableciόse en Cádiz.

Aunque de mucha más edad que yo, congeniábamos. Tiraba perfectamente. Carecía de instrucción, pero en cambio era de una educación irreprochable y conocía el mundo, como persona de talento natural y que desde la nada se abrió paso.

Al marqués de Ureña le conocía desde que como aficionado comencé a tirar las armas. El buen marqués era un señor opulento, pero tan singular que dudo si podré describirlo.

Llevando uno de los títulos de Castilla más antiguos, ya se supone que estaría troquelado como tal. En efecto, su estructura era de magnate. Pero su forma exterior, entretejida de guapo de romance, torero y picador de caballos.

Vestía de caballero majo, habitualmente; de maestrante, en las procesiones; de miliciano, en las fiestas cívicas y paradas. Porque el marqués, sin dejar la ostentación de su prosapia, quizá para hacerla notar más, se las daba de patriota.

Pero, lo que constituía su personal esencia, su vanidad, sus ideales, eran tres jactancias: no las tenía ni de rico ni de noble; teníalas por tirador de armas, por caballista y por matador de toros.

Sobre estas tres ruedas giraba su existencia, procurando satisfacer sus necesidades de espíritu por ingeniosos modos. Y bien necesitaba de magno ingenio; porque, flaco, rígido y tieso por estructura, no podía guardar el equilibrio ni en un burro, ni tirar a las armas, ni dar una carrera por el estrado.

Lo de caballista y domador de potros lo gozaba hablando siempre de pretéritas hazañas; disputando sobre el libro de Don Juan Segundo, afirmando que todo lo más esencial que contenía se lo había enseñado él al Don Juan, y que éste de su boca y de su ejemplo habíalo aprendido; parándose en la calle a disertar sobre el primer jamelgo transeúnte, y dando consejos a los herradores sobre el arte de la albeitería y la ciencia de la veterinaria.

Para alimento de su vanidad esgrimidora, había dedicado un salón de la planta baja de su casa a sala de armas. Allí hacía concurrir a los maestros y aficionados para dar asaltos; nos obsequiaba con agua, panales o azucarillos y ron. Hacía los honores en concepto del más antiguo y más caracterizado de los maestros, refiriendo en los intermedios maravillosos asaltos en que había sido héroe y vencedor. Cuando se le invitaba a tirar, eludía el compromiso diciendo que el florete y el sable eran armas baladíes; que no las consideraba dignas de verdaderos maestros, sino corrupción de la moda y de los tiem-

pos; que la única arma verdadera y noble era la espada española; pero que no habiendo quedado en España quien la conociera, más que él, se veía privado de su ejercicio favorito.

En lo de torero, así se las componía. A más de su ordinario vestir, desde las galerías bajas a las altas, desde el estrado al comedor, las paredes estaban cuajadas de respetabilísimos retratos de los ascendientes: generales de mar y tierra; obispos, arzobispos y cardenales; altos magistrados, virreyes; voluminosas señoronas, alguna monja y alguno que otro reverendo. Pero, entre cuadro y cuadro respetabilísimos, una cabeza de toro (que el marqués había matado, por supuesto), una moña, dos banderillas ensangrentadas y otros varios trofeos de ese jaez, eran ejecutorias de *sangre torera*.

Además tenía el marqués, en vetusto arcón de nogal, varios lujosos ternos de matador, con sus correspondientes capotes, espadas y muletas. De cuando en cuando solía vestirse con ellos y pasearlos por la casa.

Púsole una vez su afición en grave compromiso, del cual no pudo salir a despecho de su ingenio como salía de sus otras jactancias.

Fue el caso que para uniformar un batallón de milicianos se acordó dar una corrida. Cosa de milicianos y de toros, claro está que el marqués había de figurar en primera línea.

Dejóse correr con su jactancia, y probablemente por el pícaro apetito de lucir sus alamares y su cuerpo gentil vestido de torero. Ello es que se comprometió a matar un toro, viendo su nombre al lado de otros matadores de cartel.

Llegó el día y procuró escaparse por la tangente, suscitando una cuestión grave de tauromáquica etiqueta: dijo que le correspondía presidir la cuadrilla y a los demás matadores, por ser más antiguo. Pero los compañeros se dieron de ojo y le otorgaron el primer lugar; por este lado no tuvo escapatoria, y salió a la plaza presidiendo a la cuadrilla, hecho un brazo de mar.

Llegó el momento crítico para él, y dirigióse a la Presiden-

cia, brindando de un modo gallardo y magistral. El público prorrumpió en aplausos nutridísimos, y el marqués quiso corresponder saliendo por el lado opuesto al toro para hacer saludo con la espada. Así llegó hasta el punto diametralmente opuesto al bicho y quedóse parado, arreglando la muleta y limpiando la espada. Luego la blandió sobre la punta, para asegurarse de su estado; y vuelto al arreglo de la muleta, mientras el público empezaba a gritar e impacientarse.

—«¡Al toro!... ¡Al toro!...»

Pero mi buen marqués parecía sordo, entrenido con los trastos de matar.

—«¡Al toro, tío maula! ¡Al toro!...»

La plaza se venía abajo: unos reían, otros se enfurecían, todos gritaban desesperadamente.

Al fin, el Alcalde tuvo que mandar un alguacil, quien le dijo:

—Señor marqués, de orden del señor Alcalde que vaya V. E. al toro.

Y el marqués le contestó:

—Diga usted al Alcalde que yo sé lo que me hago.

Pero, en idas y venidas pasaba el tiempo. La plaza, poseída de ese vértigo de furor propio de tales espectáculos, amenazaba un cataclismo. El Alcalde volvió a mandar al alguacil, que, llegado al marqués, le dijo en voz alta:

—De orden del señor Alcalde que vaya V. E. al toro o que le echará la *media luna*.

A esto los chulillos, ya que que el matador no iba al toro, sacándolo de capa, lo traían por medio de la plaza hacia el sitio que ocupaba el marqués. El cual, al ver la faena, tirando al suelo espada y muleta, tomó el burladero próximo, dirigiendo al alguacil esta contestación homérica:

—Diga usted al Alcalde que eche la luna llena y el sol y las estrellas.

XL

La Camorra.

No me parece, pues, que dirigí mal a *la Amazona Belga*. En efecto, verse considerado maestro de armas por tan extraño personaje le pareció la imposición del sello lacrado en su diploma.

Como no volviera a verme, olvidé su negocio; por lo cual sentí mayor sorpresa al fijar la atención en una esquina, donde lucía un cartel desmesurado. ¡Pero qué cartel! Jamás tan vivamente me sonrojó la vergüenza.

Con alevosa ortografía y letra infame, con tintas almazarrón y humo de pez, declarábase allí que el domingo, a las doce del día, *la famosa e invencible Amazona Belga* asaltaría con *(aquí entraba yo, con mi nombre y apellido)* y con cualquier otro tirador que quisiese medir sus fuerzas con ella. Citaba al asalto para el local de *La Camorra*, y fijaba el precio de medio duro por la entrada.

Lo que hoy me causa risa, produjome entonces tal bochorno, tal humillación, que hubiera deseado me tragara la tierra. Verme anunciado en un cartel por las esquinas, cual un saltimbanqui de la legua, era para desesperar.

Me pareció un abuso punible el hacerlo sin mi conocimiento, y mucho más sin mi consentimiento. Tácitamente y por evitar que la machota me sacase en papeles, había consentido en asaltar con ella, pero en sala particular de amigos y no descaradamente en público. Enhorabuena que, si vivía de aquello, los concurrentes y aficionados la hubieran favorecido con el producto de un escote; pero dar a la cosa todo el carácter de una función a medio duro la entrada, donde de aquella dama había yo de aparecer como galán, lo juzgaba la cosa más degradante y ridícula que se podía imaginar.

El hombre no puede sentir ni pensar del mismo modo en todos los tiempos y ocasiones. Lo que ahora me parece una

simple peripecia cómica de esas que suelen ocurrir en la vida sin poderlas evitar, entonces lo juzgaba como un caso de desdoro, de rebajamiento social, de pérdida de dignidad; pues por aquella época me sentía exageradamente susceptible, ya por los efectos que en mi espíritu habían producido los romances caballerescos, ya por la gimnasia de este sentimiento en oculta lucha con la pobreza.

Pero, más que el hecho en sí, me exasperaba un accesorio del caso, a saber: que en los carteles fementidos (los había por las esquinas de todos los sitios frecuentados) aparecía pintada con almazarrón y humo de pez *la Amazona* en su traje de batalla, y ¡horror!... yo también, con humo de pez y almazarrón.

El fenómeno de herir más la sensibilidad y el sentimiento un detalle que el fondo de la cosa es muy común; entiendo que obedece a una ley natural. El lenguaje ordinario ha inventado una frase para expresar esto: «No siento que me llames adoquín, sino el retintín.»

El arte aquél, espontánea e ingenuamente característico de las figuras, era el *retintín* endiablado del cartel. Monté en ira.

El primer impulso fue ir en busca de *la Amazona Belga* y ponerla como un trapo. Después, determiné no concurrir al asalto; pero desistí del propósito, considerando que daría lugar a interpretaciones y posiblemente a algún acto de insolencia que me pusiera en situación aún más ridícula. Quedóme el ánimo enconado con esa especie de rescoldo que producen las ofensas, y decidí cobrármelo con creces maltratando a *la Amazona* en el asalto. Como pasó la noche, el rencor se fué evaporando de mi pecho, y decíame:

—«¡Pobre mujer! Su aspecto derrotado indica la miseria. ¡A cuánto no lleva la necesidad! Ya has salido a la vergüenza en los carteles. ¿Qué puedes remediar? Tienes que resignarte y hacer el oso en el asalto. ¡Pues, a resignarse! Que el animalito sea lo menos oso posible, y nada más.»

Bajo tal estado de ánimo dirigí los pasos al edificio llamado *La Camorra*, llegando a las doce en punto.

La Camorra es un edificio esencialmente gaditano. Parece difícil que la arquitectura pueda alcanzar la condición de persona humana, en el grado que lo ofrece *La Camorra*. Es frívola, coqueta, honesta y deshónesta en ocasiones, alegre unas veces, triste otras, cuándo rica, cuándo pobre, siempre culta, pero con cierto sabor y dejo de cursilería.

La Camorra, ora sirve de Liceo, ora de sociedad de beneficencia; y sucesivamente o alternando, como teatro de aficionados, club político, colegio electoral, salón de conferencias, casino, exposición de pinturas, bailes aristocráticos o bailes de candil, cámara de comerciantes, círculo recreativo, lugar para festines y para otros muchos menesteres y cosas que sería prolijo enumerar.

A la sazón iba a servir para sala de armas, adaptada al efecto, en virtud del celo y buena diligencia del marqués de Ureña a favor de *la Amazona Belga*.

Al ingresar en el gran salón que da al jardín o patio, había ya alguna concurrencia. Hallábase dispuesto un tabladillo poco elevado para los tiradores, y numerosos bancos en filas para los espectadores.

Allí estaba el marqués dando disposiciones, y me extrañó encontrar al coronel Sola.

La extrañeza procedía de esta circunstancia. Gozaba de gran fama como tirador; referíanse varias anécdotas de su destreza, principalmente relacionadas con los espadachines y maestros del ejército de Angulema; cuando se hablaba de buenos floretistas, casi siempre se oía esta exclamación:

—¡Ah, para floretistas el coronel Sola!

Desde tiempo atrás tenía yo deseos de conocerle y admirarle en un asalto. Alguna vez me atreví a solicitarle para ello, pero me contestó con verdadera ingenuidad:

—Siento no poder complacer a usted. Cuando teniente y capitán de artillería tiraba, en efecto, y pasaba por un buen aficionado. Pero la esgrima es agilidad, y usted comprenda qué agilidad tendré a mis años.

Me parecía que le sobraba razón y no insistí, reduciéndome a rogarle que no para tirar, pero sí para algún consejo, honrara mi sala alguna vez. Pero ni eso pude conseguir. Parecíame que no le agradaba comparar lo pasado con lo presente. En efecto, el Coronel se sentía añoso; pero, aun confesándolo, hacía lo posible por olvidarlo y huyendo las ocasiones del recuerdo.

El salón fué llenándose: los cartelones y los mamarrachos fueron eficaces. A poco, entró *la Amazona*, subióse al tablado y saludó al público; si fea estaba con su traje de visita, ahora parecía el mismísimo demonio.

Considéresela con casco de latón en la cabeza, la cara oscurecida a través de la careta; saliendo del casco y encuadrando la careta, unas grandes melenas en tirabuzones de color azafranado, pendientes hasta los hombros y la espalda. Descotada hasta el arranque de los que, si fueron pechos algún día, más parecían brevas de presente. Descaradas las clavículas y costillas, sin más reparo que un gran collar de pelotas de vidrio remedando ámbar. Justillo viejo de seda recamada de lentejuelas, parejo con una enagüilla de la misma estofa, que alcanzaba a medio muslo; y de allí a abajo, calzón de punto de no muy buen parecer, y calcetas rojas.

Ahora dígame el lector, como si la viera, si no podría servir a un pintor para modelo del mismo Belcebú o del ángel caído. ¡La mismísima estampa de la herejía!

Una vez que hubo saludado, hízome una seña y me dirigí al tablado, más encendido que un pimiento. Pero, antes de subir, se inclinó *la Amazona* a mi oído, y me dijo a media voz.

—Yo le *demando* permiso para romper el asalto con el coronel artillero; se lo tengo ofrecido.

Hice tres veces *sí* con la cabeza, y quedé atónito. Aquella mujer había logrado de Sola sacarle de sus casillas para asaltar con ella en público, cuando ni yo ni nadie lo habíamos conseguido en el terreno privado y casi secreto.

Hizo otra seña al Coronel, quien subió ufano y mostrando

diligencia; sospeché si habría intervenido en el asunto la mano del marqués. Hallábase a mi lado, y le dije:

—¿Cómo es esto de Sola?

—Pues diré a usted. La madama me pidió que la presentase a los tiradores mis amigos, para que concurriesen a la función. Usted sabe que Sola es íntimo mío; tirábamos juntos cuando los franceses, y llevábamos en alto la bandera de España. La madama le fue por mí presentada, y él accedió a concurrir con la familia. La madama entonces le pidió que le hiciera el honor de romper con ella el primer asalto. Sola se resistió diciendo, como es verdad, que hacía más de veinte años que no tiraba; pero *la Amazona* le propuso ensayar en el acto, para ver si la excusa era efectiva. Me pareció bien, y estreché a Sola recordándole cuando los dos tirábamos. Dicho y hecho; como conserva los trebejos y los tenía en el despacho, se pusieron a tirar; y claro está, Sola, como en los buenos tiempos, sacó gran ventaja a *la Amazona*. Quedó comprometido, y ya lo ve usted.

En tanto que el marqués me daba la clave del enigma, el Coronel se había quitado la levita, puesto el guante y la careta, hecho el saludo y demás fórmulas de cortesía.

Viéndole caer en guardia presentí el desastre: aquel cuerpo y aquellos músculos no estaban ya para el caso, y menos para amazonas.

Al primer fondo estuvo si se cae o no se cae; a duras penas pudo volver a la guardia. *La Amazona* se destacó con un ataque duro, completamente innecesario y grosero ante la debilidad del enemigo; las estocadas llovían sobre su pecho y vientre. Amostazado él, se fué a fondo; paró *la Amazona* y contestó sobre la parada... cuando el pobre Coronel, tratando de reponerse, perdió el equilibrio con el golpe y cayó al suelo.

A la caída, se le rompieron las gafas; y gracias que el cristal no le hirió un ojo. *La Amazona* dió en todo señal de su crianza: ni hizo muestras para levantarlo. Subí al tablado y le ayudé, mientras confuso me decía:

—No estoy ya para estos trotes.

Se puso la levita y salió del salón con la familia, que, muy sofocada, le iba regañando.

La Amazona marchóse por la puerta por donde había entrado, para hacer un entreacto; el cual amenizó una murga dispuesta por el Marqués. Dirigiéndome a él, le dije:

—¿Qué me dice usted ahora?

—¡Hombre, hombre! ¿Qué le he de decir? Que esa madama tira mucho.

—Pues, ¿no me dijo usted que en el ensayo había sacado Sola gran ventaja?

—Hombre, hombre, sí; pero ¡ya ve usted!

—Lo que veo es que ha engañado a ustedes y que es una tía grosera. Hizo un juego falso en el ensayo, para crear a ustedes la ilusión de que mantienen la agilidad como en los tiempos de Angulema; y luego, aquí, ante el público, adquirir fama de temible tiradora, a costa de un anciano incauto y respetable.

No le hubo de gustar el razonamiento al bueno del Marqués, según puso la cara; nada contestó.

La murga suspendió sus trompetazos al presentarse de nuevo *la Amazona*. Saludos y aplausos de una parte del vulgo en materia de esgrima. Disfrutó de ese ruido un rato, en actitud vencedora, y me señaló con el florete.

Subí, sin sentir la vergüenza de antes; pero de mal humor por lo que había pasado y con intenciones no muy buenas.

Despojada la levita y armado, comenzamos el asalto manteniéndome a la defensiva. Conocí pronto su juego: era duro como el de Correa Botinos; pero menos simple, menos eficaz y más abierto. Prosiguió el ataque diez minutos; como violento que era, no pudo continuar Y se puso en columna para tomar descanso. Púseme también del mismo modo, esperando el saludo que según costumbre precede a todo comienzo de nuevo ataque; pero *la Amazona* no entendía de fórmulas políticas, y así que se consideró repuesta renovó la acometida. Esta vez, mientras ella hacía garambainas con el florete, la detuve con una estocada en la careta. ¡Produjo un efecto deplorable!

Como su muelle caía por dentro del casco de latón, éste no debía de estar muy fijo en la cabeza. El caso fue que el golpe de la careta desquició el casco, llevándose consigo la redonda peluca de tirabuzones, y quedando desnuda la mollera, sólo exornada con un moñete exiguo.

Nutrido aplauso celebró el hecho casual. *La Amazona* no se turbó: cogió su casco y se lo encajó más firme. Púsose en guardia y no tomó la iniciativa del ataque. Como pasase tiempo en dicha situación, simulé el primero de mi parte. Y no hice mal, porque con esto conocí su último recurso.

Sobre una fuerte parada, corría el hierro metiendo una estocada capaz de volcar de espaldas a un jayán; su parada, sobre el ataque falso, resultó un floretazo al aire. Descubierta, le señalé en el pecho suavemente la estocada y vine a guardia. No lo confesó; irritóse y se descompuso, desatándose en una lluvia de acometidas sin orden ni concierto, tan desatentadas como inofensivas.

De todas maneras, aquel martillear obligaba a reducirlo a justos términos. Volví a señalarla a la careta; y *la Amazona*, para evitar la repetición de la pérdida del casco, huyó la cara atrás. Pero el florete, cogiendo el collar de vidrio por debajo, al tiempo de echar la cara atrás, lo sacó del cuello y fué por el aire.

Nuevos y más nutridos aplausos resonaron. *La Amazona* recogió su collar y marchóse puertas adentro.

La murga rompió en sus destemplados piporrazos. Me puse la levita y salí de *La Camorra*, huyendo de impertinentes felicitaciones.

XLI

* La mejor lección.

La ridícula historia que acabo de referir, me dió una fama de tirador injustificada e inmerecida. Hízome pensar si el aura

pública se fundaría a veces en fútiles motivos. Algo sospechaba de esto desde que conocí al famoso D. Bartolomé Gallardo.

Por otra parte, no me hacía gracia ninguna aquel género de popularidad. De un lado por intuición, de otro por observación, conocía esta gran verdad, a saber: que el público no concede a nadie preeminencia en dos cosas. Adquirir fama de floretista era lo mismo que no llegar a tenerla nunca de médico, ni de ninguna otra cosa: en una palabra, cerrarme el porvenir.

Sin embargo, ni Mefistófeles es tan perjudicial consejero como la vanidad. Rechazaba mi conciencia aquel aura baladí; conocía mejor que nadie su infundamento, desagradábanme los plácemes y felicitaciones de los papanatas; mas eso no obstante, luego sentía cierta plenitud o inflación interior tal, que si otro accidente hubiese venido a fijarla, me deja constituído para toda la vida en un pobre diablo.

Por fortuna, a los pocos días, muy pocos, un suceso sencillísimo, insignificante al parecer, oscuro, vino a constituir el hecho más trascendentalmente educativo en aquella época, la más crítica de mi vida.

Había concluído mis lecciones de esgrima; los discípulos se habían marchado; quedábame solo, arreglando las cosas para salir y echar la llave, cuando llamaron a la puerta.

Abrí, presentándose un caballero tan bajo de cuerpo, que a serlo algo más cayera en lo ridículo; bien vestido y mejor proporcionado, distinguido aspecto militar, que borraba la mala impresión de su estatura.

—Perdón, señor, ¿es usted D. Fulano de Tal?

—Sí, señor, servidor de usted.

—Soy Monsieur Petit *(su nombre le cuadraba ciertamente)*, profesor de esgrima en Lisboa. Voy a Marsella. El buque hace escala aquí hasta la tarde; aprovechando las horas, he querido tener el gusto de visitar a usted y conocerle personalmente.

—Usted me favorece, señor. Pase usted adelante; tengo el

mayor gusto en ofrecerle mis respetos y le agradezco mucho la visita.

Pasamos a la sala y nos sentamos en un banco; en mi habitación del Colegio no habría podido recibirlo mejor, ni tampoco en mi casa.

—Siento que no se detenga usted más en Cádiz, para acompañarle y servirle de alguna utilidad.

—Comprenderá usted que no puedo: tengo el billete pagado hasta Marsella.

—Y cuando vuelva usted a Lisboa, ¿no pasará por aquí?

—Es dudoso que vuelva. Mi carrera es militar; he estado separado del Ejército algún tiempo, establecido en Lisboa; probablemente, volveré al servicio.

—De modo que, según colijo, es usted, como yo, un maestro de esgrima por accidente y no por oficio habitual.

—Así es—contestó.

Tal circunstancia y sus distinguidas maneras ganáronle mis simpatías. Hubiera deseado entrar con él en más interioridades, pero lo juzgué indiscreto en una primera visita, circunscribiéndome a decir:

—Soy estudiante de Medicina. Las vicisitudes políticas me han obligado a buscar en el trabajo un medio de vivir; era un aficionado a la esgrima, y de aficionado la necesidad me trajo a profesor.

Monsieur Petit hablaba correctamente el castellano; sin dejo nasal, no obtante ser francés.

—Mucho se parecen los motivos de nuestro magisterio. Pero, maestro o no, mi afición a la esgrima es tanta como la del jugador más vicioso al billar o a las cartas. El día que no asalto, me falta alguna cosa y estoy de mal humor.

—Pues, me alegro infinito saberlo; haremos los asaltos que usted quiera; y, sobre honor, tendré mucho gusto en complacerle.

Me levanté; le ofrecí guante, careta y florete; se desnudó la levita; y sacando un bramante del bolsillo lo anudó a la em-

puñadura del florete e hizo un lazo, que con los dientes y la mano izquierda ató a la muñeca de la diestra.

Cayó en guardia de una manera tan sólida como airosa. Cruzamos los floretes y le supliqué comenzara el ataque. Se resistió; pero, vista mi insistencia, lo hizo al fin, deteniendo el botón media pulgada antes de tocarme.

—Tocado—dije.

—No, señor—contestó.

—Usted perdone; si no tocó fue porque usted no quiso; pero yo no tenía su hierro, lo sentía perdido y la punta de usted estaba en mi descubierto.

Hícele a mi vez un ataque muy suave, y lo paró. Repitió el suyo, y no logré tocar su acero ni encontrarlo; me llegó la estocada, si bien con gran blandura.

—Tocó.

Volvimos á la guardia y ataqué; su parada, a tiempo y certera, no pudo desviar mi arma porque la suya le salió de la mano, quedando pendiente del bramante.

—Tocó—dijo.

—Tocó, pero no me satisface; usted paró a tiempo y bien, sólo le faltó un poco de fuerza.

—No es extraño—me contestó:—soy manco.

Desciñéndose el puño de la camisa, mostró el antebrazo: el radio anudado mostraba una fractura medianamente consolidada; los músculos anteriores habían sido profunda y totalmente divididos. La mano carecía de flexión, no podía doblar los dedos; sólo el grueso y el pequeño ejercían algunos de sus propios movimientos.

—¡Es admirable cómo puede usted tirar así!

—Recibí esta cuchillada en campaña, y estuvieron para amputarme el brazo; gracias que sólo perdí el uso de la mano.

—Ahora comprendo por qué se ata usted el florete a la muñeca.

—No podría de otro modo; lo tendría siempre en el suelo.

—Señor Petit—le dije:—tirando con usted me he visto en

una situación completamente desconocida. Usted, al caer en guardia, me da el contacto de su hierro; pero, desde el momento en que comienza a atacar, nunca logro encontrarlo, y así quedo indefenso. Es imposible, pues, pararle una estocada.

—Mi propia debilidad me obliga a atacar muy ceñido y hurtar el hierro a las paradas.

—Es decir, que contra usted ¿no hay más defensa que la distancia?

—Puede ser; pero si tirásemos muchas veces, usted adquiriría más suavidad en los movimientos, ganando en ligereza lo que perdiera en energía.

Volvimos al asalto, y fue inútil cuanto hice: su botón tocaba siempre y no pude hacer una parada.

—Monsier Petit, lo confieso: ¡yo no sé tirar al florete!

—No, ciertamente. Tira usted bien... con cualquiera que no sea manco. Y, sobre todo, es usted un tirador bien educado; cosa más rara de lo que parece. Usted no ha abusado de mi debilidad de brazo forzando sus estocadas; lo que hacen todos los que tiran conmigo, para desquitarse de las mías.

Después de descansar, despidióse de mí, haciéndonos mutuos y sinceros ofrecimientos.

No tuve el gusto de saber luego qué fue de Monsieur Petit.

Quedando a solas vine a meditar:

—«¡Señor, si seré bruto! ¿Cómo no he caído antes en que las grandes fuerzas sólo se vencen con la anulación de la resistencia? Al mar, las arenas; a Correa Botinos, su mujer; a la fuerza del vapor, una válvula; a mi vanidad, ¡un manco!»

Perdida la que empezaba a tener, me afané cuanto pude por hacerme olvidar como espadachín, y el público empezó a romper:

—¡Es un buen chico!

Está bien, procuré eso: la estimación de las gentes. Si Monsieur Petit no me dió la mejor lección, venga Dios y lo vea.

XLII

* La borrasca.

Años hay fatales. Mucho lo fue para mí el de 1848.

Bien que mal, con las lecciones y los ocho duritos del Colegio, íbamos tirando.

Ya por economías, ya porque se suprimió la Escuela de Guardias Marinas (no lo recuerdo bien), fue el caso que mi maestro, D. Juan Camas, se quedó sin destino; y, como era consiguiente, volvió a Cádiz para buscarse la vida.

El suceso planteó ante mí un problema difícil. ¿Debía yo seguir dando lecciones y condenar a mi pobre maestro, a quien me había enseñado, a morirse de hambre?

La concurrencia entre los dos no era posible: él viejo, yo joven; él, con los modales de soldado fanfarrón, era poco simpático en Cádiz; lo aceptaban a falta de otro.

Partir la capa como San Martín, no abrigaba a ninguno: apenas si podía tirar con la capa entera, para que tirase con la mitad.

Las necesidades de mi familia me decían: «Tú el primero.»

La conciencia clamaba: «No seas ingrato con el que te enseñó lo que sabes; no conviertas su enseñanza en su dogal.»

¡Me decidí! Al día siguiente de llegar mi maestro, fuí a verle, y le dije:

—Amigo Camas, tiene usted en San Felipe ocho lecciones, que son diez y seis duros, más cinco discípulos en el Gimnasio de Elers.

—Con Elers no corro bien—observó.

—Ya lo sé—le respondí;—pero a los cinco discípulos les haré que vengan a dar lección aquí, a su casa de usted.

—Muchas gracias—me contestó, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

El pobre Camas no tenía mucho de Salomón. Por otra par-

te, como cuando yo estudiaba en San Pedro pasaba por un señorito de casa acomodada, y después que varió la suerte procuré ocultarlo de todos cuantos me fue posible, en su concepto, si yo le había sustituído en el magisterio, lo consideraba como puro amor al arte. Así, mi ofrecimiento le pareció la cosa más natural del mundo.

—Venga usted conmigo a San Felipe, para despedirme del Rector y presentar a usted.

Salimos, en efecto, a practicar dicha diligencia. Al Rector no le hubo de hacer ninguna gracia el cambio, y objetó:

—Yo no tengo facultad para nombrar los Profesores, ni para admitir la sustitución de unos por otros; eso a la Junta Directiva pertenece. Daré cuenta cuando se reúna, y ella determinará lo que tenga por conveniente. En el entretanto, espero que usted seguirá dando su clase, para no perjudicar a nuestros alumnos.

—Está bien—le contesté.

Salimos, y dije a Camas:

—De más está el decir que desde ahora es usted el Profesor: mientras determina la Junta, seguiré dando la clase; pero los honorarios son de usted.

Dióme las gracias, con más efusión que antes.

Elers no se avino a tener de socio a Camas; el uno del otro, no eran santos respectivamente de su devoción. Cesó la escuela de esgrima en el Gimnasio; y de los cinco alumnos, tres algo adelantados se dieron por satisfechos, y los otros dos convinieron en seguir dando lecciones con Camas.

Volví a quedar con ocho duros al mes, para acudir a todas las necesidades. Suprimo relatos angustiosos, que sólo conducirían a afligir el ánimo del piadoso lector.

Alguna gota de agua cayó en el campo sediento. El padre de un estudiante desaplicado vino a proponerme que repasara a su hijo, para ver si podía ganar curso, y me ofreció cuatro duros mensuales; ya eran doce.

Pero aquel año fue de conflagración universal; toda Euro-

pa se levantó en armas, y en Madrid pudo Narváez ahogar en sangre la revolución. La Hacienda pública sufrió desquiciamientos, y dejaron de pagarse las atenciones del Estado que no fueran exclusivamente militares. Así trascurrieron muchos meses.

Inventé dar lecciones prácticas del arte de operar, aprovechando los cadáveres del anfiteatro; tuve quince alumnos, que abonaron tres duros cada uno, pero sólo duró un mes la cosa.

Para más duras pruebas, mi hermano menor, entonces de ocho años, fue acometido del tifus; contagióse la hermana que le seguía en edad, seguidamente la otra, y en pos mi tía Dolores. Quedamos incólumes la hermana mayor (enferma de la mente, como atrás dije), mi santa madre y yo.

Pero mi madre, de acudir a todo y no dormir ni aun desnudarse, de luchar con tantos conflictos, si no rindió su espíritu, enérgico y paciente cual ninguno, rindió su cuerpo. Atacada de reuma paralítico, arrastrábase de cama a cama, del lavadero a la cocina.

Vivíamos en la calle de Flamencos Borrachos, en un piso entresuelo; el principal lo ocupaba un santo médico, D. Ignacio Mata, que después fue profesor en el Colegio de Medicina.

Desde el primer momento acudió a la asistencia de mi hermano; vió desarrollarse tan grave enfermedad en la mayor parte de la familia. No se le pudo ocultar aquella situación; traía las medicinas y las daba por su mano. Siempre que entraba en la casa o salía de ella, visitaba a mis enfermos y hacía de enfermero; nos prestaba sus criados y los auxilios de su familia. Sin su providencia, no sé qué hubiera sido de nosotros.

De todas suertes, después de pasar tales conflictos, la reflexión no alcanza a comprender cómo se ha podido salir de ellos.

Una noche llamé a la puerta de mi casa, y no me abrieron; volví a llamar más fuerte, y oí la voz de mi madre. Tardó mucho en llegar; luego oí que arañaban la puerta por dentro; al fin, se abrió el pestillo.

¡Pobre madre mía, mártir y Providencia del hogar! No podía tenerse en pie; baldada en absoluto, no disponía de sus miembros; sólo era dueña de su buena e indomable voluntad.

Al fin, pude obligarla a dejarse conducir a la cama. Mi tía Dolores y mi hermana, aunque postradas, estaban ya fuera de peligro. Mi hermano seguía muy grave y sin conocimiento. Después de asistirlos como pude, salí para el Colegio a preparar las lecciones y dejé la puerta de la escalera sin cerrar, poniendo estaquilla en el pestillo para poder entrar sin repetirse la dolorosa escena que había presenciado.

Lleno de agobio caminaba hacia el Colegio, caída la cabeza, encorvadas las espaldas cual un viejo. ¿Qué pensaba? ¡No sé! Sólo recuerdo que no recuerdo nada, ni a nadie vi en el camino. Al entrar en la calle del Teniente, sentí una fuerte sacudida interior, que me hizo volver a la conciencia de mí mismo, y exclamé:

«—¡No puede ser! Esto no puede pasar a más, esto tiene que cesar. ¿Cómo? ¡No lo sé! Como otras veces. Algo será: ganaré a la lotería. Pero, ¡si no has jugado! Pues no hay más que morir o sacar la lotería.»

Despejado ya, proseguí el camino con una extraña tranquilidad de espíritu y una fuerza interna tal y tan grande, que no parecía sino que hubiera absorbido las energías de mi madre.

Pasé en el anfiteatro hasta más de media noche, disecando, pensando y orando mentalmente. Discurría cuán egoísta es el dolor: aquel cadáver, en cuyas entrañas iba laborando, nada me decía y no me preguntaba a mí mismo si habría padecido como yo; ya no padecía.

Terminada la tarea, fuí a mi cuarto, me acosté y dormí tranquilo cual el marinero que después de la tempestad descansa en la bonanza. Despertóme la campana de visita del Hospital.

Me acusé de pereza: debí levantarme con el sol, para ir a casa, ver a mi madre y mis enfermos, hacer por ellos lo que pudiera y volver a la hora de la visita hospitalaria. Tranquilizá-

bame la idea de que D. Ignacio Mata y su familia hacían cosa más útil: daban caldos y medicinas a los enfermos; yo, no teniendo qué dar, era un inútil vergonzoso.

Pasadas visita y cátedra, llegué a mi casa a las diez de la mañana, poseído de la misma tranquilidad (mezcla de fe, resignación y esperanza) que sentí infundírseme en la calle del Teniente.

El portón estaba cerrado, no abierto como lo dejé. Tiro de la campanilla y sale a abrir mi padre: ¡la lotería!

Desde el año 43 que no le veía. Partió siendo un hombre hermosísimo y gallardo; conservábase hermoso, pero lleno de canas.

Caímos en los brazos uno de otro.

—¿Cómo aquí, sin avisar?

—La noticia de vuestro estado me tenía como podéis suponer. Anteayer me cayeron dos mil duros a la lotería y los cobré. Ayer me embarqué en Málaga, y esta mañana estaba en Cádiz al abrirse las puertas. Como los tiempos andan mal, no puedo permanecer aquí sin peligro de que me deporten a Manila. Os dejaré dinero para salir de esta situación; y mientras se le da vado, tomaré en Sevilla casa para establecerme con la familia.

No fui ingrato: no cuantas debía, pero di gracias a Dios y gracias a la Virgen, y se las sigo dando.

Mi querido padre, español y andaluz por todos cuatro costados, tenía pasión por la lotería. Más previsor y ahorrando lo que gastaba en sus billetes, lo hubiera pasado menos mal. Pero, esta vez, preciso es convenir en que la lotería fue oportuna.

XLIII

* En plena estudiantina.

Pasados veinte días, los enfermos estaban convalecientes y en aptitud de tomar el vapor para la famosa capital de todas las Andalucías.

Mi padre arrendó y arregló una cómoda y blanca casita en la calle de los Viejos. Despidióse de mí con lágrimas mi familia. Los dejé embarcados, partió el vapor; desde la borda me saludaban con los pañuelos; yo, desde la lancha, con el mío; nos perdimos de vista, y me hallé solo pisando la escalera de piedra del muelle gaditano.

Sentí una confusa mezcla de penas y alegrías al entrar de nuevo por las puertas de la ciudad. La plaza de San Juan de Dios me pareció más animada; no experimenté el peso que produce en el ánimo el encierro de una ciudad murada. Conmovido por la separación, halagábame, por contrario modo, la nueva posicion de rico y de persona exenta de cuidados.

En efecto, en aquel punto y hora me consideraba como un acaudalado. No iban aún al corriente las pagas del Colegio, pero anunciábase una a cuenta. Además, aunque el colegio de San Felipe no había decidido nada sobre la permuta, y seguía dando las lecciones meramente a beneficio de mi maestro, malo había de ser que no ganara alguna cosa con los eventuales repasos de Anatomía y otras asignaturas. En fin, parecíame que nadaba en la abundancia.

Llegué al Colegio; desde el día antes habían llevado allí de mi casa un arca con la ropa arregladita por mi madre. No estaba del todo mal. En la exterior, aunque el carácter de estudiante disculpa deterioros, éstos eran ya mayores de lo que el buen parecer podía consentir. Bicoca el tal inconveniente. Derechito me fuí a casa de Arcos, sastre amigo y de los más acreditados, y con *sans façon* le dije:

—Necesito un traje decente, lo pagaré a dita: tres duros cada mes.

—Y aunque no me pague nunca, le vestiré con mucho gusto.

—Hágame usted...

—Lo que yo quiera; queda a mi juicio el vestir a usted según me cuadre.

—Está bien, lo que usted guste.

Hízome un frac azul con botones dorados, un chaleco de lanilla de color pajizo (la gran moda entonces), y un pantalón de lana dulce a finas listas blancas y negras; todo lo cual, en verdad, me caía bien, pareciendo el primogénito de un extractor de vinos que vuelve de Londres y París.

Necesitaba una casa de huéspedes donde comer; para habitar tenía mi cuarto en el Colegio. Casas de pupilos, en Cádiz había un sinfín; podía escoger, pero con su cuenta y medida. Las mejores, con honores de fonda, estábanme vedadas por motivos económicos; debía circunscribirme a las de pupilaje para estudiantes. Quimera es lo de buscar la igualdad rígida y absoluta; debe entenderse por igualdad la que siéndolo en el género varía en las especies.

Fuí en derechura a una de la cual tenía buenas noticias; estaba a la cabeza de las estudiantiles: allí paraban los escolares aristócratas, o sea los que gozaban de buena y corriente mesada. Llegué a la hora de almorzar.

Estaba a la mesa, entre los que iré diciendo, Antonio Fernández, el estudiante más simpático y alegre que yo había conocido. Presidía un Canónigo, el pupilo más antiguo de la casa; se las daba de respetable y al mismo tiempo de hombre de mundo, de esos que no se asustan por nada y conocen la aguja de marear... a los demás.

A su derecha estaba una actriz, muy en candelero a la sazón; luego otros huéspedes que pudiéramos llamar de la clase de tropa; y a los pies de la mesa, Luna, mediano cómico andaluz, más gracioso en la calle que en las tablas, abierto, servi-

cial y tunante de buen género, en la línea de los que en Andalucía calificamos con el epíteto de *pirandón.*

Pero era el caso que si Luna merecía este calificativo, aún más ganado se lo tenía el Canónigo; sólo que el uno *pirándose* de gracia y el otro *pirándose* egoísta y desgraciado, de esa especie *guasona* antipática de los sotanas mundanos, que no apean, sin embargo, lo sagrado del carácter.

Como no hay mayor enemigo de la ballena que el cachalote, ni el Canónigo podía ver a Luna, ni Luna al Canónigo.

Yo había ido a ver a Antonio Fernández para que me diese informes y precio de su casa; pero apenas me senté a su lado y un poco detrás de él, divisé el escenario y esperé alguna escena. Los comensales, como buenos españoles, hablaban todos a un tiempo y en voz alta.

El Canónigo, torciendo amable y almibarada la cara a su derecha, dirigíase a la actriz llamándola *Ritita* y ofreciéndole con el tenedor una aceituna. Después, al entablar conversación con ella, desde el extremo opuesto de la mesa saltó la voz de Luna, que decía:

—Señor Canónigo, ¿no es verdad?...—(*El resto de la pregunta era ininteligible.)*

El Canónigo movía la cabeza y los hombros como entre sí, no y qué sé yo, para salir del paso.

Cortada la conversación canonical, volvía a reanudarla poniendo la cara esdrújula y la boca en acento circunflejo, comenzando de nuevo por:

—*Ritita...*

Pero no habría pronunciado la mitad del introito de su galante y estudiado tema, cuando otra vez salía a interrumpirle la conversación Luna, cruzando su voz la distancia de extremo a extremo de la mesa a través de las disputas de los demás pupilos.

El canónigo hizo un gesto de mal humor, bajó la cabeza y se puso a revolver con el tenedor la comida de su plato. No pasó mucho tiempo sin que le entrasen nuevos deseos de enta-

blar conversación con la *Ritita*. Luna le dejó esta vez engolfarse hasta que, apreciando oportuno el momento, le disparó una retahila incoherente, pero tan bien hilvanada, que, pareciendo tratarse de un asunto acalorado e importante, sólo llegaba el eco de las palabras, mas no las oraciones.

Apenas había concluído Luna, cuando el canónigo saltó en pie, y encendido en ira, se disparó a gritos:

—*¡Cará...!* ¡Señor Luna o señor *mier...*, hace una hora que me está usted *empre...*, y no le entiendo una palabra!

Solté una carcajada estridente, que resultó en coro al unísono con las de todos los comensales. Lo peor fue que *Ritita* se rió también; y de tal modo, que soltó el café con la leche por las narices.

El canónigo tiró la silla al suelo, ya que no pudo a la cabeza de Luna; salióse todo sofocado y mudó de casa.

Solicité informes de mi amigo el estudiante Fernández.

—Es buena casa de huéspedes: diez reales, con todo; ocho, por almuerzo y comida, sin cuarto.

—Es caro, Antonio; me voy con la música a otra parte.

XLIV

* Buen acomodo.

Entre muchos, elegí el de Sancho; su casa, frente por frente, en la misma plaza del Colegio. En un santiamén podía saltar de una parte a la otra.

De aseo, regular para el género; las paredes, encaladas. Si la mujer no tomara por las narices polvo cucarachero, perfectamente; con ese vicio, asaltaban ciertos temores de que algo fuese a caer en la cazuela.

Precio corriente, ocho reales; de favor para mí, no ocupando habitación ni cama, cinco cada día. ¡Como un príncipe! A las nueve, el almuerzo; a las tres, la comida; a las ocho, la cena.

Almuerzo: un huevo gallego, media tostada con manteca de Asturias y una taza de café con leche. *¡Todo, de lo mejor!* No había más sino que los huevos que traían de Galicia eran pequeños y venían en faluchos viejísimos, llenos de cucarachas; el huevo tiene tal afinidad con el principio aromático de esos animalitos, que para pasar un huevo era preciso ser estudiante de Anatomía, tener el estómago a prueba de anfiteatro. La manteca, ya era otra cosa: rancia, por de contado; así resultaba más alimenticia. El café disputaba con la leche sobre cuál de los dos fingía su papel con mayor propiedad.

Comida: sopa de arroz o de fideos, de pan algunas veces (cuando resultaba un remanente de mendrugos). Puchero de fríjoles y garbanzos, con hortalizas del tiempo. Carne y tocino aparte; y aunque de tocino y carne poco, lo suficiente para pringar media rosquilla. Ensalada después, y luego postres: un higo seco, o dos nueces, o una naranja. Agua, a discreción; y eso que entonces en Cádiz costaba un ojo de la cara, ¡un real o dos el barril!, cuando se agotaban los aljibes.

Cena: una rodaja, de a cuarto, de caballa o pescadilla; ensalada; media rosca.

¿Parece poco? ¡Menos son cinco reales! Que por ellos se comprometa a dar otro tanto aquel a quien le parezca mal. Sufrían hambre algunos, es verdad; pero ¡qué dicha, al tener unos cuartos, ir a satisfacerla en el *Candil* o la *Sacristía* con alegre cena!

XLV

Las circunstancias.

Las varias circunstancias varían el carácter y la educación. Que yo era siempre el mismo, nadie lo podrá poner en duda. Y, sin embargo, ¿era lo mismo ahora feliz e independiente, que poco antes agobiado de trabajos y pesadumbres? No lo era, sentíame muy otro.

Ya no tenía que reprimirme. Ni de niño ni de joven había disfrutado alegrías. Estaba sediento de reir, de bromear, de ejercer acción sobre lo que me rodeaba, de imponer mis opiniones y voluntades, de arrollar todos los obstáculos.

Quiere decir, que existía en mi naturaleza un germen de despotismo y vasallaje que no había podido desenvolverse bajo el peso de la desgracia. O lo que es lo mismo, que si la fortuna no me hace desgraciado, si nazco rico y me educo en la abundancia, hubiera sido un hombre duro, altanero, violento e inconsiderado.

Como desde el suceso del tambor adquirí la costumbre de meditar por la noche acerca de mis actos del día y hacer escrutinio de ellos, a cada paso notaba mis defectos y hacía propósitos de enmienda. De mucho me valía tan loable costumbre, pero declaro que algunos de esos defectos no ha podido corregirlos ni aun la nieve de la vejez.

Discutidor, las disputas me encienden. Lo que entiendo ser verdad, créolo con firmeza y entusiasmo: su contradicción me irrita; si el opositor no cede, siento enfado. Llego a la intolerancia con lo que considero injusto; y al fanatismo, y al impulso de aniquilar a los que sostienen la injusticia.

Mis discusiones con Iguino hiciéronse más duras. Dejé el trato de Sánchez del Arco porque se me hizo intolerable; no podía soportar sus imposiciones, y nos hubiéramos pegado.

Respecto a opiniones, he conseguido corregirme. No del todo: atiendo y respeto las contrarias, pero defiendo las propias con demasiado calor, a veces con enojo.

Respecto a lo que siento como injusto, no he podido adelantar una línea. Y eso que alguna vez me han declarado los hechos y sucesos que lo que yo entendía por injusto no lo era; y que juicios apasionados habíanme conducido a lamentable error.

XLVI

* Últimos maestros

Corría el sexto año de carrera. Tres otros catedráticos debo dar a conocer:

D. Andrés Azopardo.—Cincuenta años por entonces; alto, cenceño y flexible; siempre de frac, chaleco y pantalón negros; del alba de un día al del siguiente. Catedrático de partos, asistía en ellos a todas las señoras gaditanas, desde las ricas a las medianamente acomodadas; así, pocas noches dormía en su domicilio. Pasaba la mayor parte dentro de su frac, ejerciendo su oficio entre cabezadas y esfuerzos y lamentos. Como tenía gran clientela, para acudir a todas partes valíase de la singular longitud de sus piernas; en seis zancadas dejaba atrás la calle, y para hacerlo mejor, usaba zapato bajo sin tacones.

Podía considerársele como un modelo de finura gaditana. Culto, hasta un amaneramiento que, por ser original, suyo, resultaba agradable; en otro, hubiera parecido caricaturesco. Hablaba con facundia amena, tenía una ilustración amplia, aunque poco honda; conocía su especialidad hasta lo que alcanzaba su época. Galanteador habitual inofensivo, por hacerse agradable al bello sexo; si bien cayó a veces en un resbaladero, saliendo con las manos en la cabeza.

Explicaba bien y agradablemente su asignatura; asistía con puntualidad, a pesar de los partos. Guardaba las distancias con los estudiantes; se hacía respetar y no temer.

D. Antonio Villaescusa.—Sesenta años; hombrón, alto y fornido, blanco y rojo. León, cuando irritado; niño gigante, en su sér normal.

Comprensión tarda, pero sólida; instrucción limitada, pero lo que sabía sabíalo hondo. Modesto, exacto, ordenado, casi reglamentario. Cazador, íntimo amigo de sus perros. Padre

cariñosísimo, amigo hasta la pared de enfrente. Para la amistad, su bolsa y su vida; como enemigo, formidable. Habla premiosa, palabra difícil.

¡Cosa singular! Este defecto hacía de D. Antonio un excelente catedrático, tan bueno o quizá mejor que D. José Gardoqui. Como éste, hacía religión del magisterio. No faltaba un punto de la hora; permanecía en cátedra hasta que, quieras que no quieras, le metía la lección en la cabeza aun al más torpe de los alumnos.

Preparaba todas las noches sus lecciones del día siguiente. Explicaba clínica quirúrgica, operaciones y anatomía topográfica. Leía para explicar, no obras de texto, sino diccionarios, monografías y revistas. Su empeño era cumplir bien su obligación. Modesto como he dicho, para explicar mejor la Anatomía de regiones, entraba en el anfiteatro un cuarto de hora antes; y cual si fuera un alumno, hacíame cien preguntas sobre la preparación que le tenía dispuesta.

Los estudiantes buenos tenían en él un protector y un padre; los malos, un Atila. No podía contener los ímpetus de su genio. Éranle antipáticos los hombres chiquitines; sus tiernas simpatías iban por los estudiantes grandullones y corpulentos.

Ortiz, colegial sanluqueño, enredador, travieso, tamaño como del codo a la mano, hacíale cosquillas en el cogote y las orejas a otro colegial grandote y voluminoso, a quien llamábamos *Caput Medusœ*. Lo advirtió Villaescusa, y encarándose con Ortiz, le dijo:

—¡A ver si no molesta usted a ese angelito!

Oir llamar angelito al angelón aquel, fue cosa que nos hizo reventar de risa; y reventar, porque tuvimos que contenerla. ¡Ira de Dios si sale afuera! No era D. Antonio para aguantar eso.

Otro día, el mismo Ortiz, en la grada inmediata al sillón donde, sentado Villaescusa, explicaba la decolación del fémur, trepidaba el pie sobre el respaldo con esa vibración inconsciente a que se entregan las personas de espíritu inquieto. El mo-

vimiento aquel distrajo a D. Antonio, a quien sin eso le salían ya de por sí las palabras estreñidas:

—¡Estese usted quieto con ese pie!—le gritó:

Quedóse el muchacho quieto cual un muerto. D. Antonio siguió su explicación, teniendo en la mano el largo cuchillo para mostrárselo a los alumnos; cuando, nuevamente distraído, Ortiz volvió con su temblequeo. En un pronto, D. Antonio, dando un terrible gruñido, clavó la punta del cuchillo en el espaldar donde apoyaba Ortiz el pie. Fortuna grande que, al rugido, Ortiz echóse atrás y pudo evitar el golpe.

Conoció D. Antonio lo peligroso de sus raptos, y dulcificó la cosa con esta frase:

—¡Diablillo de hombre, capaz de sacar a un Santo de sus casillas!

Villaescusa era el representante del elemento revolucionario en la ciencia, dentro de la Escuela Gaditana. Había estado, después de médico, en París; asistió a las clínicas de sus hospitales, alcanzó las postrimerías de Dupuytren, hizo amistades con Velpeau, Roux y otros profesores famosos, y traía el espíritu impregnado de las reformas de la época.

El motivo de su marcha a París lo fue un drama, drama real.

Casado, amaba a su mujer como él sabía amar, con alma y vida. Entre sus íntimos amigos contaba a un teniente coronel, mayor de plaza en la ciudad. Un día sorprendió a una criada, que a su vista trató de ocultar una carta. Naturalmente, quiso ver para quién era. La arrebató: el sobre, para su mujer. Rasga, lee: una cita amorosa del falso amigo a la esposa infiel.

Subió, la arrastró a una lejana habitación; anonadada, de rodillas, lo confesó todo; bien sabía que sólo esa actitud la libraria de la muerte.

—¡La llave, la llave!—gritó furioso.

La mujer le dió la llave. Acto seguido, le dijo:

—Si das un paso fuera de esta habitación antes de que yo

lo ordene, si llamas a alguna criada o hablas con alguien, ¡dispónte para morir!

Acto continuo, en otra habitación encerró a los criados y les dijo:

—Si dais una voz, si pretendéis salir de aquí, pedís auxilio o hacéis ruido, os mato a todos.

Se fué a su despacho, mirando constantemente al reloj. Una hora más tarde salió a la calle, echando la llave a la puerta. Encaminóse a cierta casa inhabitada, abrió la puerta; la entornó; la escalera abocaba al zaguán; subió y esperó en la sala. Algo después, otro hombre vestido de militar subía la escalera; llegó al portón alto, lo empujó y cedió éste. Detrás, con voz de Júpiter airado, apareció Villaescusa, quien con voz de trueno le increpó:

—¡Infame amigo!

El mayor echó mano a la espada; pero no la había sacado media cuarta, cuando un puntapié hercúleo le derribó en el suelo, y otro le hizo rodar las escaleras.

Villaescusa bajó tras él, llegó encima: el militar era cadáver.

Fuése a su casa, y puso en libertad a los criados. Llevó a su mujer a un convento. Él se marchó a París, por atenuar su pena.

D. José Arboleya.— Hombre venerable para mí, en todo y por siempre digno de amoroso respeto. Dechado de virtudes y de ciencia, modelo de honradez profesional. Por la verdad, apasionado; por la doctrina, fanático como creyente convencido y sincero. ¡Qué instrucción tan vasta, qué elocuencia la suya! Más que catedrático, parecía un poseído al explanar su sistema.

Más que profesor, era un Demóstenes al describirnos la fiebre amarilla en el castillo de San Juan de Ulúa, del que a la sazón era médico. Ponían los pelos de punta; llorábamos a veces, a veces rugíamos, como aquellos casi muertos apestados que iban a dar el último suspiro disparando el cañón y rechazando los asaltos.

¡Y qué elocuencia tan sentida, tan vehemente y natural a un tiempo! ¡Cuán sobria de palabras, cuán nutrida de altos pensamientos! ¡Oh España y oh siglo desperdiciadores! ¿En qué país hubiera existido D. José Arboleya, que su nombre no anduviese por las nubes?

No escribió; en otra tierra hubiera escrito. Sin escribir, taquígrafos tomarían sus lecciones, editores disputaríanse la impresión. ¿Cómo ha de llegarse a honrar a la patria si se pone sordina a sus mejores órganos?

Por la industria y el comercio se relacionan los pueblos, por las artes se estiman, por las ciencias se respetan, por las armas se temen. Ved Francia y Alemania cómo vociferan y subliman a sus sabios; ved Inglaterra y los Estados Unidos cómo los pagan. Ved a todas esas naciones, cuando carecen de alguno de primer orden en cualquiera ciencia o rama... cómo lo inventan.

Desde Hipócrates hasta los días en que explicaba Arboleya, tengo para mí que no había obra maestra que él no hubiese leído y estudiado de primera mano; así hablaba de sus doctrinas con tanta seguridad como lucidez. Habíase él hecho también la suya, algo semejante a la antigua de Montpellier; pero propia, si no me engaño. O, sin saberlo él mismo, había hecho una paráfrasis o un transporte del cristianismo a la ciencia médica.

No quisiera equivocarme, pero de lo mucho que escuché de sus labios, la *Vida* resultaba cual una deidad creadora, de la que todo organismo procedía. En su mismo seno, como los ángeles rebeldes en el seno de la gloria, ciertos entes o geniecillos malos venían a perturbar en determinado sentido morboso las leyes de la vida y a producir, por ende, trastornos y enfermedades en el organismo. Para él, una fractura no era en enfermedad, sino en cuanto levantase dolor, calor, fiebre: reacción de los fenómenos puramente vitales, según él.

Las úlceras intestinales de los muertos por la fiebre tifoi-

dea no eran causa, sino efecto, del ente vital tífico (hoy diríamos del bacilo específico).

Así, la Anatomía patológica le sacaba de quicio; los organicistas y «fisiologistas» groseros eran unos miopes que apenas si veían la superficie aparente de las cosas.

Hipócrates y sus secuaces eran el Cristo y el Apostolado de la única y verdadera doctrina.

Pero Arboleya no era feliz. A las veces atormentábale algún escrúpulo de conciencia: temía que las flaquezas de su espíritu le hicieran caer en heterodoxia y en error. La tenia era para él la culebra tentadora; pero, al fin, cerraba los ojos, y, si no convencido, aseguraba que la tenia no provenía de un huevo trasconejado por la garganta, sino de... una perturbación vital.

Como práctico, era menos feliz aún; creía en las virtualidades terapéuticas de las drogas. Allí estaban para probarlo la quina, el mercurio, el tártaro emético que hacía vomitar, el ruibarbo con su virtud de excitar la secreción del hígado, la sangría (sin ser droga) y todo verdadero agente terapéutico.

Pero no podía creer (y esto le abrumaba) en las virtudes de la piedra bezoar ni en la uña de la gran bestia; producíánle estos atascos los mismos efectos que a un cristiano ferviente al que se le atravesaran Jonás y la ballena.

«—¡Bueno está!—podrá decir algún lector.—¡Tanto ponderar de sabio a un Catedrático, para acabar por decir que enseñaba errores!»

¿Y qué? Se olvida que un verdadero sabio, sosteniendo y enseñando errores enseña y hace discurrir y aprender más que cien necios enseñando lo verdadero.

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

La educación de un niño contada por un viejo.

	Págs.
PRÓLOGO, por D. Luis Marco	5
Introito	15
1.—Mi primer recuerdo: un alfiler	16
2.—Un cartucho de dulces	19
3.—Mujeres llorando	23
4.—Me confirman	24
5.—Primer espectáculo	26
6.—Primera emoción estética	27
7.—En la amiga	30
8.—El tío Mejía	33
9.—Temor e imprevisión	36
10.—Cama que anda	40
11.—«¡A casa, a casa!»	42
12.—Trinidad Malvar	44
13.—Inducciones	46
14.—Una explicación	47
15.—Dos cariátides	47
16.—La familia Torres	48
17.—Gama de afectos	49
18.—La caverna del dragón	50
19.—El placer de la venganza	51
20.—«Sana, sana, culito de rana»	52
21.—Cuentos de abuela	55
22.—Reconcomios	58
23.—Y el primer huevo, ¿quién lo puso?	66
24.—No quiero amigas	73
25.—La vendimia	74
26.—«¡Vaya un niño delicado!»	76
27.—La dueña de mis delicias	78

Págs.

28.—El sol y la imprevisión 83
29.—Pindo el Bravo 86
30.—Juanito Juan 89
31.—Para maestros, los benditos frailes 92
32.—Reaparecen mis padres 100
33.—La escuela de los frailes 103
34.—Cádiz en 1832 108
35.—En el Puerto de Santa María 109
36.—«¡Yo no quiero ir a la escuela!» 115
37.—Una escuela particular 118
38.—Silabeo y palotes, insultos y pescozones 122
39.—Una víctima de Trafalgar 126
40.—Nelson me da palmetazos 127
41.—Un encarguito a Puerto Real 130
42.—De tanto pulir, me despulen 132
43.—Un Serafín azota a angelitos 134
44.—¡El pobre Carlitos! 136
45.—Un párvulo de diez y ocho años 139
46.—«Por burro» 140
47.—Cuatro mortales años: 1832-36 142
48.—Primer homicidio presenciado 145
49.—Vida y muerte de un notario 148
50.—El tesoro de Pichardo 151
51.—«Todo conde o marqués nace hombre» 153
52.—Un conciliábulo frailuno 158
53.—Los amos de España 159
54.—Donde empieza la fuerza concluye el poder 166
55.—Ni golpes, ni insultos 167
56.—Un general de dos lustros 170
57.—«Yo trovador, yo pobre y sin fortuna» 172
58.—Mi Pegaso-Rocinante 175
59.—Hago mis segundas armas 179
60.—¿Huída vil o retirada honrosa? 181
61.—De la gimnasia psíquica 182
62.—¡Si hay piedras ó testigos! 185
63.—El *señó* Felipe y la *señá* Antonia 186
64.—«¡Yo seré más!» 189
65.—«¡Ay! sorongo, sorongo, sorongo» 191
66.—«¡Hoy se hace rabona!» 197
67.—Crisálida de un perfecto conservador 200
68.—El Galán y la Aurora 203
69.—Aquí había espectadores 205
70.—Novillos y patriotismo 209

Págs.

71.—Las armas y las letras..... 211
72.—Un profesor de francés y un dómine de latín..... 212
73.—El rescate de una gorra: epopeya..... 215
* 74.—De cómo se enseña a aborrecer lo que se aprende..... 218
* 75.—El honor de un granadero..... 219
* 76.—Gil Blas de Santillana..... 226
* 77.—Una lección de natación y de otras cosas más profundas.... 228
* 78.—Reflexionemos..... 233
* 79.—Cambio de carácter..... 238
* 80.—De cómo un estante de libros llama a otros estantes..... 239
* 81.—De cómo las cerezas se van las unas tras las otras..... 242
* 82.—Las cerezas se enredan..... 243
* 83.—De cómo la ausencia de alegría en la juventud declara enfermedad de espíritu o de cuerpo..... 247
* 84.—Prosigue la interrumpida educación..... 248
* 85.—Reconocimiento y clasificación..... 251
* 86.—Donde menos se espera salta la liebre..... 253
87.—¡Gazpacho! *El Escamón* y *Paimogo*..... 259
* 88.—Los exámenes de antaño..... 265
* 89.—¿Qué es estudiar?..... 270

SEGUNDA PARTE

Juventud y carrera mayor.

1.—La elección de carrera..... 271
2.—Vejámenes y novatadas..... 273
* 3.—Un catedrático como otros y de los que aún hoy quedan vestigios..... 278
* 4.—En que prosigue el retrato de D. José y la última página de veneno..... 289
5.—¡Qué tiempos aquellos!..... 300
* 6.—El Sr. D. Manuel José de Porto..... 302
* 7.—Mis camaradas fisiqueros..... 303
* 8.—Cosas del mundo..... 307
* 9.—En Jerez de la Frontera..... 310
* 10.—La escuela de los apuros..... 311
* 11.—El Director Excmo. Sr. D. José Benjumeda..... 314
* 12.—Dos pecados capitales..... 318
* 13.—Fisiopatología de la pereza..... 321
* 14.—Crecen los apuros en la familia del desterrado..... 325
* 15.—Algo de historia..... 329
16.—Un hombre galoneado llega a mi casa..... 335

Págs.

* 17.—Explicaciones..... 339
* 18.—Influencias del oficio..... 341
* 19.—Un herido en la lucha..... 343
* 20.—Nuevas relaciones..... 345
* 21.—Los habitantes de la luna..... 349
* 22.—Demócrata ya..... 358
* 23.—D. José Gardoqui y D. José Gabarrón..... 359
* 24.—El anfiteatro..... 361
* 25.—Muertos que hablan..... 364
* 26.—Los muertos siguen hablando..... 369
* 27.—El maestro mundo..... 370
* 28.—D. Francisco Sánchez del Arco..... 372
* 29.—D. Bartolomé Gallardo..... 378
* 30.—Abismos del corazón..... 385
* 31.—Lucha dentro y lucha fuera..... 387
* 32.—Cuando menos se piensa..... 391
* 33.—Adelante con los faroles..... 393
* 34.—De cómo enseñando aprende el que enseña..... 396
* 35.—Los duelistas y el coronel Correa Botinos..... 397
* 36.—¿Qué era?..... 405
* 37.—Bala perdida..... 408
* 38.—La Amazona Belga..... 417
39.—El marqués de Ureña..... 420
40.—La Camorra..... 424
* 41.—La mejor lección..... 430
* 42.—La borrasca..... 435
* 43.—En plena estudiantina..... 440
* 44.—Buen acomodo..... 443
45.—Las circunstancias..... 444
* 46.—Últimos maestros..... 446

ERRATA.—Pág. 341, cap. XVIII, línea primera, dice: *su labora labra en él;* debe decir: *su labor labra en él.*

257884

LS
R8966m

Author Rubio y Galí, Federico

Title Mis maestros y mi educación.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU